UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

P. VENTURA

LA MORALE CATTOLICA

1

BX2353
R3
1885
V.1
c.1

011766



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080022938

Y 8-50

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

LA MUJER CATÓLICA.

VENDESE EN LA LIBRERIA RELIGIOSA MEXICO Calle de Mayo Num. 1

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



R. P. Ventura de Ráulica.

A

ATÓLICA,

a de Ráulica,

S, CONSULTOR DE LA SAGRADA
DE RITOS,
SPOS Y CLERO ROMANO,

A

FONSO JOSÉ NIETO,
licador de S. M.

ACION.

IMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Universitaria

D,
IO LOPEZ, EDITOR,
núm. 29.

47854

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



R. P. Ventura de Ráulica.

LA
MUJER CATÓLICA,

POR

el R. P. Ventura de Ráulica,

ANTIGUO GENERAL DE LOS TEATINOS, CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACION DE RITOS, Y EXAMINADOR DE LOS OBISPOS Y CLERO ROMANO,

TRADUCIDA

POR EL DOCTOR D. ILDEFONSO JOSÉ NIETO,

Capellan de honor y predicador de S. M.

NUEVA EDICION.

TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Cármen, núm. 29.
1885.

47854

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX2353
.23
1885
v.1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, núm 20.

PRÓLOGO.

Dios, Sér eterno, santo y perfecto, nada hace en el tiempo sino con relacion á la eternidad; nada hace en el órden de la naturaleza que no lo ordene al órden de la gracia; nada hace por el hombre que no sea para gloriarse en el hombre y por el hombre, atrayéndole á Sí, llenándole de su amor y haciéndole participante de su propia felicidad.

Así, pues, cuando al ir á formar á la mujer al principio del mundo, dijo Dios: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante á él: *Non est bonum esse hominem solum; faciamus ei adjutorium simile sibi*» (*Genes.*, II); por estas grandes palabras, de las que quiso hacer una ley de órden social, constituyó á la mujer como la *ayuda del hombre*, no sólo en todo aquello que se refiere á sus necesidades materiales, sino tambien principalmente en todo aquello que tiene relacion con sus necesidades espirituales. Es, pues, un deber de la mujer cuidar del hombre, edificarle con sus ejemplos, mejorarle con sus santas inspiraciones y santificarle con sus virtudes. *Ayudar* al hombre á conseguir su salvacion es el fin principal de la mujer, su mision, su ministerio, su gloria, su grandeza y su dignidad. Así, pues, la mujer tiene, segun los designios de Dios, una delegacion, ó más bien una consagracion religiosa. Ella es, en cierto modo, *el sacerdote de la familia*, así como el hombre es el rey de ella.

011766

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero observemos tambien que las palabras «no es bien que el hombre esté solo» tienen indudablemente un sentido general, indeterminado y absoluto, y que, por consiguiente, las palabras «hagámosle una ayuda semejante á él» tienen el mismo sentido y significan que Dios ha constituido á la mujer como la *ayuda del hombre* en cualquier estado ó condicion en que él se encuentre. Es decir, que la mujer no es sólo la ayuda del hombre en el estado doméstico, sino tambien en el estado político y en el estado religioso; no es sólo la ayuda del hombre esposo, sino tambien la ayuda del hombre rey y del hombre sacerdote; en una palabra, que, independientemente de su mision en la familia, tiene la mujer una mision que ejercer en el Estado y áun en la Iglesia.

En la segunda parte de esta obra se verá cuál es la mision que la mujer está llamada á ejercer en la Iglesia y en el Estado, y cómo ha cumplido la mujer católica esta mision desde el principio del Cristianismo hasta nuestros dias. Entre tanto, séanos permitido consignar aquí el trabajo infernal con que, desde que las ideas y los principios paganos invadieron los países cristianos, se ha tratado de paralizar toda la accion y de neutralizar toda la influencia de la mujer católica en la Iglesia y en el Estado, lo mismo que en la familia, y de aislar al hombre sacerdote y al hombre rey, lo mismo que al hombre esposo y al hombre padre, de la *ayuda* misteriosa que Dios le habia dado.

No era fácil engañar al hombre sacerdote é inspirarle una injusta desconfianza de la adhesion de la mujer católica á la causa de la Iglesia; se ha procurado, pues, engañar á la mujer católica é inspirarle una desconfianza más injusta aún del celo del hombre sacerdote (1).

En cuanto al hombre rey, se le ha dicho: «Guardaos de que la mujer católica se mezcle en los negocios públicos. Existe una

(1) Este trabajo, comenzado por Molière en el siglo XVII, ha sido continuado por los folletos de los llamados filósofos en el siglo siguiente, y en nuestro siglo ha sido terminado por M. Michelet, cuyo libro *Sobre la familia* no es otra cosa que un comentario sin pudor del *Hipócrita*.

especie de afinidad particular, una especie de parentesco espiritual entre la mujer católica y el sacerdote, y el dia en que la mujer católica ponga el pié en vuestro palacio, el sacerdote entrará tambien con ella; ellos reinarán en vuestro lugar, y vos no seréis más que su juguete.» Y de este modo se ha excluido á la mujer católica de toda participacion en los negocios del Estado, tanto por ódio al sacerdote, como por el menosprecio de la mujer católica, que el paganismo, que domina en la política, ha introducido en los espíritus.

Esto consiste en que, bajo pretexto de querer *emancipar* el Estado del yugo de la Iglesia, se ha querido arrojar del Estado el principio cristiano y reemplazarlo con el principio pagano; esto consiste en que se ha querido formar la religion con la mitología, la política con la historia griega y romana, y las leyes con Maquiavelo. Y como el principio cristiano sólo estaba representado en el Estado por el sacerdote y sostenido por la mujer, se ha intimado bruscamente al sacerdote que se retire á la sacristía y se ha encerrado á la mujer en la sala ó en el retrete, á pesar de hacerle grandes cortesías, pero sin dejarla salir á no ser que sea para ir al baile ó á la ópera. Por un resto de pudor se ha aparentado todavía apreciar á la mujer y al sacerdote; se ha acariciado á aquélla, pero ha sido para corromperla, y se ha pagado á éste, pero ha sido para esclavizarle; y desembarazado el hombre de todo aquello que podia recordarle á Dios ó conducirle á Dios, se ha creido dichoso con poder *reinar* y *gobernar* sin Dios. Nosotros no necesitamos decir lo que ha sido ese reinado y ese gobierno del hombre por el hombre. La Europa, y la Francia en particular, lo saben demasiado. Filósofos de la duda y de la materia, políticos del interes y de la astucia, Dios os ha sometido á la prueba: Él os ha dejado obrar por espacio de setenta años. ¿Y qué es lo que habeis sabido hacer? *¡Nada, nada, nada!*..... Digo mal: vosotros habeis sabido destruirlo todo y crear el cáos. Por espacio de tantos años no habeis hecho más que charlar sin hablar, raciocinar sin deducir y trabajar sin edificar. Semejantes al insecto, que ensucia y marchita todo cuanto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toca, vosotros habeis desfigurado todo aquello sobre que habeis puesto la mano, y áun todo cuanto habeis nombrado lo habeis desacreditado. Vosotros habeis querido formar Constituciones, y ninguna de ellas ha sobrevivido á sus autores; vosotros habeis querido formar la libertad, y ella ha desaparecido; la economía pública, y jamas han estado los pueblos más abrumados por los impuestos; el gobierno parlamentario, y lo habeis hecho impopular y despreciado de todos. En cuanto á las mejoras incontestables que la sociedad ha obtenido en estos últimos tiempos, haceis una injusticia en atribuíroslas y en jactaros de ellas. Ellas no son otra cosa que el desarrollo necesario del principio cristiano, que vosotros no habeis podido destruir completamente; ellas han sido conquistadas sin vosotros y áun á pesar vuestro. Sólo desde que vosotros habeis querido mezclaros en ellas ha sido necesario comprarlas con torrentes de lágrimas y de sangre. Vuestra verdadera dote es únicamente la impotencia, y vuestra verdadera habilidad es tan sólo para destruir. ¡Gloriaos, pues, de haberos emancipado de toda influencia del sacerdote y de la mujer cristiana; es decir, de toda la influencia de la Religion y de Dios!

Se ha dicho tambien al hombre esposo y al hombre padre: «La mujer no existe más que para regalo del hombre, para prepararle la comida y para darle hijos. Los negocios de la familia y la educacion de estos mismos hijos no tienen que ver nada con ella; todo esto es de la incumbencia exclusiva del hombre, y la mujer nada tiene que hacer ni que ver en todo esto.» El hombre esposo y el hombre padre se ha dejado engañar por este lenguaje insidioso y halagüeño para su orgullo, se ha encerrado en el absolutismo del poder doméstico, ha rehusado dividir el cargo de su mando con *su ayuda*, la compañera inseparable de todos sus goces y de todos sus dolores; ha querido reinar solo en la familia, y los negocios domésticos se han arruinado, lo mismo que los negocios públicos, y la anarquía ha invadido la familia lo mismo que el Estado.

De este modo se ha conseguido, no sólo privar al hombre de los auxilios preciosos que encuentra siempre en la piedad, en el

buen sentido y en el afecto de la mujer, sino que se ha conseguido tambien rebajar á la mujer y hacerla descender hasta el último grado de la escala social. Felizmente el Catolicismo, á pesar de los esfuerzos diabólicos que se han hecho de dos siglos á esta parte para destruirlo, tiene todavía demasiada vida y demasiado poder, áun en los países mismos en que ha sido más combatido. De otro modo se hubiera visto, áun en nuestras comarcas, volver la mujer á ser lo que ha sido siempre y lo que es todavía en todos los pueblos paganos: un innoble instrumento de placer, una *cosa*, y volver á caer en el abismo de degradacion y de esclavitud de donde el Cristianismo la sacó. Sin embargo, bajo cierto aspecto, no deja de ser ella, áun en los países católicos, un sér arrojado de su lugar, caido de su trono, despojado de sus derechos; un sér que no tiene libertad sino para el mal; un sér relegado, por el orgullo estúpido del hombre, al mundo de los placeres y de las frivolidades, y á pesar de que se halla rodeada de todos los refinamientos de la vanidad y del lujo, de que se le ha dejado gozar, es todo lo esclava que puede ser.

El divorcio, que no es más que un pensamiento y una institucion pagana en perjuicio de la verdadera libertad de la mujer, áun en los países donde no existe de derecho, existe de hecho. No siempre se echa de casa á la mujer; pero no por eso se deja de repudiarla para tomar otra, á quien se da el nombre y la consideracion de tal. Es imposible formar una idea de las humillaciones y los dolores que una mujer á quien su respeto á la religion y á sí misma no le permiten hacer otro tanto por su parte, debe sufrir para prevenir ó para tolerar una situacion semejante. Esto es más que la esclavitud, esto es ese martirio del alma de que habla San Ambrosio, y que no porque se efectúa diariamente sin ruido ni publicidad, en el secreto de las paredes domésticas, deja de ser un martirio, muchas veces más cruel y más terrible que el del cuerpo: *Sunt quædam, inter domesticas parietes, secreta martyria.* ¡Pobres criaturas! ¡Esos son los beneficios que debeis al protestantismo y á la filosofía!.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á fuerza de engañar á la mujer sobre el fin de su existencia y de dejarla ignorar la grandeza de su mision y la nobleza de su destino, se ha conseguido humillarla y degradarla á sus propios ojos, é impulsarla de este modo al desórden. Porque si muchas veces esta interesante criatura se entrega al desórden porque se estima demasiado, son muchas más las que se entrega á él porque no se estima suficientemente, porque no se respeta lo bastante. Porque se desprecia á sí misma es por lo que desespera de sí misma bajo el punto de vista religioso y social.

No basta, pues, hoy dia realzar á la mujer á los ojos del hombre, sino que es necesario realzarla tambien á sus propios ojos; es necesario hacerle conocer su grandeza y su importancia; es necesario recordarle lo que ella es en el órden providencial; es necesario hacerle conocer, en cuanto sea posible, la importancia inmensa de las inefables palabras con que Dios, su Criador y su Señor, la constituyó la *ayuda del hombre*, semejante á él por la comunicacion de un mismo espíritu y por la identidad de una misma naturaleza, á fin de impedir que se degrade á sí misma, y de hacer que ella sea lo que debe ser para la felicidad del hombre y de la sociedad.

Con el fin de contribuir en cuanto podamos á este doble objeto, hemos publicado nuestras *Homilías sobre las mujeres del Evangelio*, en las que, por medio de los bellos y edificantes ejemplos de aquellas santas y sublimes mujeres, hemos procurado inspirar á la mujer el espíritu de Jesucristo y de su Evangelio, que constituye todo su poder para el bien y toda su gloria; y con este mismo fin hacemos ahora que á *Las mujeres del Evangelio* sigan *Las mujeres posteriores al Evangelio*.

Al principio creimos poder tratar de este asunto en el prólogo de *Las mujeres del Evangelio*, y despues en un opúsculo separado; pero aumentándose á nuestros ojos su interes y su encanto á medida que escribiamos, y extendiéndose éstos cada vez más bajo nuestra pluma, hemos formado los dos volúmenes que publicamos ahora, en los que, bajo el título de La Mujer Católica, tratamos del catolicismo en sus relaciones con la mujer, y

de la mujer católica en sus relaciones con la familia, con el Estado y con la Iglesia.

Nosotros hemos dividido esta obra en tres partes: en la primera demostramos la necesidad que hay actualmente de dedicarse de una manera especial á la educacion de la mujer bajo el punto de vista religioso, y de arraigar el Catolicismo en su espíritu y en su corazon, á fin de que, en la catástrofe religiosa que se prepara, y que podrá trastornarlo todo para que todo sea restaurado despues, pueda la mujer conservar el Catolicismo en Europa al fin del siglo XIX, como lo conservó en Francia al fin del siglo XVIII. Despues, con la Historia en la mano, de la condicion de la mujer en las diferentes épocas y en los diversos países del mundo, le ponemos á la vista, por una parte, el horrible y repugnante cuadro de su humillacion y de su esclavitud bajo el imperio del paganismo, del mahometismo, de la herejía y del cisma; y por otra, el cuadro delicioso y consolador de su dignidad y de su independencia en el seno del Catolicismo, á fin de obligarla á adherirse á esta religion santa y consagrarse á ella. Con este motivo exponemos los inconvenientes del divorcio y las ventajas de la institucion evangélica de la indisolubilidad del matrimonio, bajo el punto de vista filosófico, teológico y social, y siempre en beneficio de la verdadera grandeza y de la verdadera libertad de la mujer. Nosotros le demostramos que participar de ciertas teorías en favor del *matrimonio de arrendamiento*, que *áun hoy dia* corren entre la clase más abyecta de la sociedad, sería en la mujer una cosa tan estúpida como impía, porque esto sería conspirar contra sí misma y suscribir el innoble é inicuo tratado de su degradacion, de su servidumbre, de sus miserias y de su desesperacion.

En la segunda parte se encontrarán, no las vidas, sino los retratos del espíritu y del corazon de las mujeres católicas más célebres en las cinco grandes épocas de la historia de la Iglesia: 1.º, en la época de Jesucristo y de los apóstoles; 2.º, en la época de los mártires; 3.º, en la época de los padres de la Iglesia; 4.º, en la Edad Media, y 5.º, en los tiempos modernos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la primera época se verá á la mujer alimentando con sus bienes y asistiendo personalmente al Salvador del mundo y á sus discípulos, y contribuyendo con su celo, con su generosidad y con su fervor á la fundacion de la Iglesia.

En la segunda época se la verá admirar y confundir al paganismo con su amor celestial á la pureza y con los prodigios de su valor y de su constancia en la confesion de la verdadera fe, en medio de los más crueles tormentos; se la verá, vírgen ó esposa, viuda ó madre, libre ó esclava, inocente ó penitente, siempre grande, sublime y heroica en su martirio, demostrando de este modo al mundo, de una manera victoriosa, la divinidad de la religion cristiana, y propagándola por todo el mundo.

En la tercera época se verá con sorpresa que los padres de la Iglesia griega y latina, esos grandes genios que han admirado é ilustrado al mundo con su ciencia y con sus virtudes, esos terribles azotes de todos los errores, esos defensores, esos vengadores celosos de todas las verdades, fueron unos preciosos dones que la piedad de la mujer católica presentó á la Iglesia, y que sólo con su auxilio fueron ellos tan grandes é hicieron tanto bien á la Iglesia.

Esta sorpresa se aumentará al ver, en la misma época, á la mujer católica, en su casa particular, realizar en toda su perfeccion los preceptos y los consejos del Evangelio, y contribuir con sus ejemplos, lo mismo que los Padres con sus predicaciones y con sus escritos, á popularizar la santidad y á formar las costumbres de los pueblos cristianos; y sentada en el trono, trabajar para convertir los césares, para cristianizar el Imperio, para ayudar á la Iglesia á desterrar el culto de los ídolos y á destruir todas las herejías. Todo esto es muy cierto, y nosotros decimos que tambien es muy razonable; porque, habiendo comenzado todas las herejías por la mujer, no pueden concluir sino por la mujer (1).

(1) La explicacion de este gran fenómeno, «de que los reinados de las *santas reinas* han sido los más grandes, los más brillantes y los más felices entre los reinados más célebres en la Historia», se encuentra en este notable

Pero escribiendo en Francia y para Francia, le hemos consagrado una parte más extensa en esta revista de la historia *de la mujer católica en la Edad Media.*

Se ha dicho que la nacionalidad francesa es la obra especial de los obispos católicos. Esto es muy cierto; pero no se ha observado bien que los obispos sólo han llevado á efecto una obra tan grande y tan maravillosa por el concurso de la mujer católica, por el concurso de esas grandes reinas, de esas admirables princesas, prodigios de santidad y de sabiduría, que se han sucedido sin interrupcion en el trono y en la casa Real de Francia, en la que, en compensacion de la barbarie y del libertinaje de los hombres, han mantenido las tradiciones prácticas del espíritu de castidad, de justicia, de beneficencia y de caridad, propias de la soberanía cristiana. Tampoco se ha observado lo bastante que de la casa Real de Francia han salido esas santas matronas que han santificado cuasi todos los tronos de Europa, y han esparcido y perpetuado en ellos la accion convertidora y civilizadora de la Francia. Nosotros hemos querido consignar este hecho, de que la mujer francesa puede envanecerse y la Francia tambien.

pasaje del más grande de los publicistas cristianos de nuestros dias, el Marqués de Valdegamas: «La ciencia de Dios, dice, da al que la posee sagacidad y fuerza, porque ella aguza y dilata á la vez el entendimiento..... El hombre habituado á conversar con Dios y á ejercitarse en la contemplacion divina, en igualdad de circunstancias aventaja á los demas por la inteligencia y la fuerza de su razon, ó por la seguridad de su juicio, ó por la penetracion y la agudeza de su entendimiento; y sobre todo, yo no sé de ninguno que en circunstancias iguales no aventaje á los demas por ese sentido práctico y sabio que se llama el buen sentido..... Entre las personas que yo conozco (y conozco á muchas), las únicas en quienes he reconocido un buen sentido imperturbable, una verdadera sagacidad, una aptitud maravillosa para dar una solucion práctica y sábia á los problemas más difíciles, son aquellas que han observado una vida contemplativa y retirada. Por el contrario, yo no he encontrado todavía ninguno de esos hombres que se llaman de *negocios* y que desprecian las contemplaciones espirituales, que sea capaz de entender cosa alguna *en ningun negocio*..... Dios ha condenado á los que le desprecian ó le ignoran, á esos engañadores de profesion, *á ser perpétuamente estúpidos.*» (*Essay sur le Catholicisme*, etc., lib. II, cap. VIII.) Ved aquí lo que escribió ese grande hombre, ademas de probar, con la Historia en la mano, que jamas se han fundado dinastías ni reinos durables, que jamas se ha hecho nada grande ni útil, sino apoyándose en el principio religioso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

En el mismo período histórico se verá á la mujer católica inspirar á todos los fundadores de Órdenes religiosas, y contribuir por todos los medios posibles á aquellas preciosas fundaciones, como tambien á la construccion de los templos, de los conventos de ambos sexos, de las escuelas y de los hospitales, que, durante aquella larga época, surgieron como por encanto y cubrieron el suelo de Europa, para el esplendor del culto y para el alivio de todas las miserias y de todos los dolores. Se la verá tambien llamar á sus deberes á los príncipes, mejorar la condicion de los pueblos, ayudar á las misiones, interesarse en el sostenimiento de la disciplina y de la ciencia en el clero, defender á los obispos, sostener al Papa y enriquecer á los pobres, enriqueciendo la Iglesia. Se verá, en una palabra, que todo lo grande, lo maravilloso y lo útil que el Cristianismo y la Iglesia hicieron en aquella época, lo mismo en el órden civil y político que en el órden moral y religioso, lo hicieron con la asistencia y el concurso de las santas mujeres. De modo, que la mujer católica de aquella época de fe hizo tal vez más que el hombre por la Iglesia, por los pueblos y por los Estados.

Finalmente, en la quinta y última época de este resúmen histórico de altos hechos de la mujer católica, se la verá siempre la misma. Se la verá, mártir, confesar á Jesucristo con el mismo heroísmo que las mujeres mártires de los primeros siglos cristianos; reina, gobernar los Estados con la misma felicidad que las santas reinas de la Edad Media, combatir con más valor y mejor resultado que los hombres el protestantismo, y ayudar á propagar el Catolicismo por todo el mundo; y en cualquiera otra condicion en que se la encuentre, se la verá detener los progresos de la herejía y de la impiedad, conservar la fe católica, inspirar y formar los santos, alentar á los apóstoles, contribuir á la fundacion de nuevas Órdenes religiosas, multiplicar los establecimientos de piedad y de beneficencia, extender prodigiosamente las santas fundaciones de caridad, y sostenerlas con la misma generosidad y el mismo fervor que las santas mujeres de todas las épocas, y mostrar tan bien como ellas, con el prodigio de las

mismas virtudes, que el Catolicismo, que las inspira, tiene siempre la misma virtud divina, la misma fuerza y la misma verdad, y que, por consiguiente, él es el verdadero Cristianismo, la única religion verdadera.

Nosotros no decimos aquí nada nuevo. Lo único nuevo que hay es el órden que hemos dado en esta parte de nuestra obra á esa serie de prodigios, muy antiguos sin duda, pero que en los países católicos se renuevan á cada instante, áun en nuestros dias y á nuestra vista, con la misma constancia y con la misma eficacia y virtud. Porque nosotros no sabemos que se hayan reunido los rasgos de la admirable belleza del entendimiento y del corazon de la mujer católica, esparcidos en los numerosos volúmenes de la historia de la Iglesia, para formar con ellos el retrato natural de la más bella, de la más noble, de la más sublime creacion de la gracia del Cristianismo. Nos es muy sensible no ser un pintor bastante hábil para dar á un retrato como éste todo el encanto, todo el brillo y toda la animacion de que le creemos susceptible. Este es un retrato celestial y angélico, que no puede ejecutarse bien sino por el pincel de los ángeles y con los colores del cielo; pero al ménos este informe y grosero bosquejo podrá servir para que nazca en el entendimiento de alguno de esos grandes pintores de las almas, de que la Francia abunda, la idea de tratar de una manera completa y digna de él este mismo asunto. Á pesar de cuanto se ha escrito sobre la mujer, creemos nosotros que una obra en que se trate expresamente de *la mujer católica* no se ha publicado aún, y esperamos que se publicará.

Entre tanto, con este resúmen de las virtudes, de los méritos, de las grandezas y de las glorias de la mujer católica, que hemos formado en la segunda parte de esta obra, hemos querido ofrecer á la mujer un espejo, que ella podrá consultar con ventaja, para saber lo que puede realzar la belleza y la gracia de su alma, y hacerla más digna del amor de Dios y del respeto y de la admiracion de los hombres; para elevarse á sus propios ojos, para conocer lo que ella es, lo que ella vale y lo que puede bajo la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

accion del Catolicismo, y para convencerse de que sus adornos más magníficos, más espléndidos y más brillantes son : *la vestidura* de la gracia santificante, *blanqueada en la sangre del Cordero* (*Apoc.*), el cíngulo de la castidad (Matt.), las cintas de la mortificacion, el calzado de la imitacion de Jesucristo (1, Petr.), el anillo de la fidelidad (Luc.), los brazaletes de la sumision, el collar de la paciencia, el camafeo del amor de la cruz, el diamante del fervor, la diadema de la sabiduría, las rosas del pudor, el aderezo de la modestia, los perfumes de los buenos ejemplos, las piedras preciosas del mérito de las santas obras, la amplitud de la devocion, la santa fortaleza de la fe, la seguridad de la esperanza y el oro de la castidad.

Esta segunda parte nos ha dejado poco que decir en la tercera, que habiamos reservado para la exhortacion. Los grandes ejemplos de la mujer católica que hemos presentado á las personas del mismo sexo equivalen á los más elocuentes discursos. Nosotros, pues, nos limitarémos en esta última parte de nuestra obra á unas breves observaciones sobre el conocimiento de la religion y sobre la castidad, propias de la mujer católica, las dos condiciones indispensables de su verdadera grandeza, los dos medios por los cuales puede elevarse á la altura de fe y de caridad que le son necesarias para ser la *ayuda fiel*, la *ayuda santificadora*, la *ayuda poderosa del hombre*, en la familia, en el Estado y en la Iglesia.

Así, pues, la primera parte de esta obra muestra lo que el catolicismo es y lo que ha hecho para la mujer ; la segunda lo que la mujer ha hecho por el Catolicismo y para el Catolicismo ; y la tercera, en fin, muestra las condiciones con que el Catolicismo puede trasformar y elevar á la mujer, y las condiciones con que la mujer puede obrar maravillas y hacerse digna del Catolicismo.

Tal es el plan de esta obra, que podemos considerar como un efecto de la voluntad de Aquel *por quien todo buen pensamiento se prepara* (*Sap.*); porque, diez meses há, ni áun siquiera habiamos pensado en ella. Lo cierto es que al escribirla hemos experimentado una verdadera satisfaccion. Esto consiste en que esta

obra no es tanto un himno de gloria á la mujer, á quien el paganismo moderno procura degradar, cuanto un himno de gloria al poder de la gracia del Catolicismo, cuyo amor nos arrebata y cuya grandeza nos encanta. Lo que es todavía más cierto es que, habiendo probado, á nuestro parecer, con esta obra que por espacio de diez y ocho siglos nada grande ni útil se ha hecho en la Iglesia ni en las naciones cristianas sin la influencia y la cooperacion de la mujer católica, hemos presentado una prenda de esperanza á aquellos á quienes el estado actual del Cristianismo en Europa tiene alarmados ; porque, viendo en el cuadro que les hemos presentado lo que la mujer católica ha sido capaz de hacer en lo pasado, pueden calcular con mucho fundamento lo que ella es todavía capaz de hacer en lo futuro, y esperar con razon que, en la gran renovacion católica que se prepara, la mujer católica desempeñará todavía dignamente el grandioso é importante papel que le ha sido reservado por la Providencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA MUJER CATÓLICA.

PRIMERA PARTE.

NECESIDAD DE OCUPARSE DE LA MUJER

BAJO EL PUNTO DE VISTA CATÓLICO.

§ I.—Admirable designio del Criador en haber formado á la mujer más fuerte que el hombre en el órden moral, y al hombre más fuerte que la mujer en el órden físico.—El poder de la mujer sobre el hombre, para el bien y para el mal, señalado por la Escritura.—La manera bárbara con que la mujer es tratada en ciertos países es una prueba de este mismo poder.

Los seres que forman la familia, lo mismo que los que forman el Estado y los que forman el Universo, no pueden llenar sus funciones ni conseguir su fin sino en tanto que el órden existe entre ellos, y el órden no puede existir entre ellos sino por el equilibrio de las fuerzas y de los poderes. Era, pues, necesario que el hombre y la mujer, seres de la misma naturaleza y de la misma especie, pero tan diferentes el uno del otro por sus cualidades y sus condiciones, pudiesen equilibrarse y armonizarse entre sí. Esto fué lo que hizo la sabiduría del Criador al formar á la mujer tanto más poderosa que el hombre por sus atractivos y sus gracias, cuanto el hombre es más poderoso que ella por la fuerza y la autoridad.

En efecto, la mujer, más débil que el hombre como ente físico, es más fuerte que el hombre como ente moral. De derecho, el hombre es quien debe mandar á la mujer, supuesto que es su superior:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui (*Genes.*, III); pero de hecho la mujer consigue cuasi siempre atraer al hombre á su voluntad, imponerle áun sus mismos caprichos y dominarle. Aun cuando sea él tan perfecto como Adan, tan fuerte como Sanson, tan astuto como Sísara, tan piadoso como David, tan sabio como Salomon y tan feroz como Holofernes, acaba cuasi siempre por dejarse arrastrar por la mujer, por someterse á ella y obedecerle, y áun puede llamarse feliz cuando no se hace el juguete de ella (1).

Es verdad que se ven muchos hombres que tiranizan á sus mujeres; pero esto no sucede ordinariamente sino, cuando habiendo caido bajo el yugo de otras mujeres por una culpable y vergonzosa pasion, son á su vez tiranizados por ellas y hechos sus miserables esclavos.

El hombre, como poder independiente, considerado frente á frente de la mujer, depende de ella más de lo que cree. Á pesar de darle sus órdenes, cede, sin apercibirse de ello, á su ascendiente, y sufre su dominacion; y de aquí nace ese fenómeno moral que todo el mundo, y áun la Iglesia misma, reconoce como un hecho incontestable, de que la moralidad ó la inmoralidad de la mujer se reproduce más fácilmente en el hombre, que la moralidad ó la inmoralidad del hombre en la mujer (2).

Este inmenso y terrible poder moral de la mujer sobre el hombre, para modificarlo segun su modo de pensar, y hacer que él sea lo que ella es, lo ha consignado la Escritura Sagrada en los términos más claros y más enérgicos; porque ved aquí lo que se lee en ese código divino, regla suprema de todos los pensamientos y de todas las acciones humanas:

«El hombre se hace malo por un reflejo de la maldad de la mujer (1).

»El vino y las mujeres han hecho apostatar á los hombres más sabios (2).

»Es ménos peligroso encontrarse con un leon ó con un dragon en su misma cueva, que habitar con una mujer mala en una misma casa. Habitar con una mujer tal, es tener en la mano un escorpion (3).

»El hombre que tiene una mujer mala, tiene una llaga en el corazon (4).

»El pecado comenzó por la mujer y por la mujer morimos todos (5).

»Toda maldad es una cosa muy pequeña en comparacion de la maldad de la mujer cuando ella es mala (6).

»La mujer ha despreciado muchos hombres despues de haberlos herido; los hombres más fuertes han sido muertos por ella (7).

»¡Oh, cuántos han perecido por la belleza de la mujer! Por ella se inflama la concuspicencia y hace tantos estragos como el fuego (8).

»Vale más al hombre ser malo que tener una mujer que le haga bien con el fin de llenarle de oprobios» (9).

(1) El mismo Rousseau, que, como todos saben, no aborrecia á las mujeres, consigna el poder de la mujer moderna sobre el hombre con estas palabras: «Yo lo he dicho con respecto á las mujeres, y ahora lo digo con relacion á los hombres. Éstos se resienten tanto y más que ellas de su íntima comunicacion; las mujeres no pierden con ella más que sus costumbres, y nosotros perdemos nuestras costumbres y nuestra constitucion; porque este sexo, más débil, no pudiendo adoptar nuestro modo de vivir, demasiado penoso para ellas, nos fuerza á tomar el suyo, demasiado muelle para nosotros; y no queriendo sufrir la separacion ni pudiendo convertirse en hombres, acaban por convertirnos en mujeres.» (Rousseau á M. d'Alembert.)

(2) Se sabe que la Iglesia dispensa más fácilmente el *impedimento* que resulta de la *disparidad del culto* cuando se trata del matrimonio entre una mujer católica y un hombre protestante, que cuando se trata del matrimonio entre una mujer protestante y un hombre católico, y que lo mismo sucede cuando se trata del matrimonio entre un cristiano y un infiel.

(1) «A muliere iniquitas viri.» (*Eccl.*, XLII.)

(2) «Vinum et mulieres apostatare fecerunt sapientes.» (*Eccl.*, XXV).

(3) «Conmorari cum leone et dracone placuit, quam habitare cum muliere nequam. Qui tenet mulierem nequam, quasi qui apprehendit scorpionem.» (*Ibid.*, XXV.)

(4) «Plaga cordis mulier nequam.» (*Ibid.*, XXVI.)

(5) «A muliere initium peccati, et per illam omnes morimur.» (*Ibid.*, XXV.)

(6) «Brevis omnis malitia super malitiam mulieris.» (*Ibid.*)

(7) «Multos vulneratos dejecit; et fortissimi quique interfecti sunt ab ea.» (*Prov.*, VII.)

(8) «Propter speciem mulieris multi perierunt; et ex hac concupiscentia quasi ignis exarsit.» (*Eccl.*, XI.)

(9) «Melior est iniquitas viri quam mulier benefaciens, et mulier confundens in opprobrium.» (*Eccl.*, XLII.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Finalmente, la Escritura Santa nos representa á Job quejándose de que la mujer habia seducido su corazon (1), y el mismo sagrado libro nos manifiesta el corazon de Salomon seducido y arrebatado por las mujeres (2).

Pero, segun el mismo código divino, la mujer religiosa y honesta es tan poderosa para el bien como la mujer sin religion ni pudor lo es para el mal.

«La bondad de la mujer, dice tambien la Escritura Santa, hace al hombre bueno, y por consiguiente, dichoso, y duplica los dias de su vida (3).

»¡Oh, cuán rica herencia es tener una mujer buena! Esta es la mayor recompensa que el hombre puede recibir en la tierra por sus acciones virtuosas (4).

»La mujer santa y honesta es la gracia añadida á la gracia; no hay tesoro alguno que equivalga á la castidad de su alma (5).

»La belleza de la mujer buena regocija y embellece su casa, como el sol al nacer regocija y embellece al Universo. Es una lámpara colocada sobre un santo candelabro, que esparce en torno suyo el resplandor de la santidad (6).

»Á la manera que los cimientos de un edificio fundado sobre un terreno sólido son eternos, así tambien los mandamientos de Dios en el corazon de una mujer santa son incontrastables (7).

»La esposa diligente es la corona de su esposo, así como la esposa que ejecuta acciones vergonzosas es la corrupcion en sus huesos (8).

»La mujer sábia edifica de la nada su casa; mas la mujer insen-

(1) «Deceptum est cor meum super mulierem.» (*Job.*, XXXI.)
(2) «Depredatum est cor ejus per mulieres.» (*Reg.*, III, XI.)
(3) «Mulieris bonæ beatus vir; numerus annorum illius duplex.» (*Eccl.*, XXII.)
(4) «Pars bona mulier bona; dabitur viro pro factis bonis.» (*Ibid.*, XXVI.)
(5) «Gratia super gratia mulier sancta et pudorata; omnis ponderatio non est digna continentis animæ.» (*Ibid.*, XXVI.)
(6) «Sicut sol oriens in mundo, sic et mulieri bona in ornamentum domus ejus. Lucerna splendens super candelabrum sanctum.» (*Eccl.*, XXVI.)
(7) «Fundamenta æterna supra petram solidam, et mandata Dei in corde mulieris sanctæ.» (*Ibid.*, XXVI.)
(8) «Mulier diligens corona est viro suo; putredo in ossibus ejus quæ confusione digna gerit.» (*Prov.*, XII.)

sata, léjos de edificar una casa que no existe, destruye con sus manos la que existe ya (1).

»El hombre que encuentra una mujer buena, encuentra el verdadero bien, y este bien le proporcionará el gozo del Señor (2).

»No os separais de la mujer buena y santa que os ha cabido en suerte, en el temor del Señor; porque la gracia de su pudor vale todo el oro del mundo» (3).

Ved aquí, pues, segun la Escritura Santa, lo que la mujer es, lo que vale y lo que puede respecto al hombre, segun que es buena ó mala, religiosa ó impía.

En ciertas regiones de la Tartaria la mujer permanece atada á la puerta, con una larga y pesada cadena de hierro, lo mismo que un mastin; pero con la diferencia de que al perro se le suelta de noche, pero á la mujer nunca. Esto consiste, dicen ellos, en que en aquellos países la mujer procura contínuamente escaparse de la casa y abandonar á su marido y á sus hijos para ir á venderse á otro señor.

En la China se encierran los piés de la niña que acaba de nacer en unos zapatos de hierro, para impedir que crezcan y se desarrollen en proporcion al resto del cuerpo; de modo que las mujeres de aquel país tienen los piés tan pequeños, que puede decirse que no tienen piés, y que más bien cojean que andan. Á este rasgo de barbarie se ha unido la idea de una belleza exterior, capaz de lisonjear la vanidad de las mujeres y de indemnizarlas algun tanto de este suplicio de toda su vida. La mujer de la China es tanto más bella cuanto más pequeño tiene el pié. Pero la verdadera razon de tullir así á la mujer es el deseo de sujetarla en casa y de impedir «que lleve su corazon á otra parte.»

Entre los indios, cuando el marido llega á morir debe su mujer sufrir la misma suerte. Se la arroja viva en la misma hoguera donde se echa el cadáver del difunto, para que se quemen los dos juntos. Á esta horrible costumbre se ha unido tambien una idea

(1) «Sapiens mulier ædificat domum suam, insipiens extructam quoque manibus destruet.» (*Prov.*, XVIII.)
(2) «Qui invenit mulierem bonam, invenit bonum et hauriet jucunditatem à Domino.» (*Ibid.*, XVIII.)
(3) «Noli discedere à muliere sancta et bona quam sortitus es in timore Domini: gratia enim verecundiæ illius super aurum.» (*Eccl.*, VII.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religiosa. Se ha persuadido á las mujeres que sacrificándose de este modo van más pronto al cielo y sus esposos tambien. Pero, segun lo que un sabio de aquellos malhadados países ha dicho á uno de nuestros misioneros, la verdadera razon de estas hecatombes atroces es que, entre los indios, la mujer tiene una gran propension á envenenar á su marido, y que no hay otro medio para librar al marido de las asechanzas de su mujer que el de hacer á la mujer responsable de la vida de su marido, obligándola á morir con él.

Dios nos libre de aprobar esa legislacion infernal, ese horrible abuso del poder del hombre sobre la mujer. Pero no deja de ser cierto que semejantes excesos contra la naturaleza encuentran, si no una excusa, al ménos un pretexto en la maldad de la mujer que no está inspirada por la verdadera religion, ni gobernada por leyes santas.

Muchos autores han escrito acerca de la mujer, pero animados de sentimientos opuestos. Los unos han hecho de ella un ángel y los otros un monstruo. Segun los pasajes de los libros santos que hemos citado, los unos y los otros tienen razon. Puede decirse de la mujer lo que se ha dicho de la lengua: «Nada hay peor, nada hay mejor que ella.» La mujer es un monstruo cuando nó es un ángel. Pero el hecho es que ella no ha sido ni será jamas un ángel fuera de la verdadera religion. Fuera de esta religion, la mujer, corrompida, oprimida y degradada por el hombre, le devuelve duplicado el mal trato que de él recibe; ella le corrompe, le degrada á su vez, y procura oprimirle; ella le hace bárbaro, porque la barbarie no es otra cosa que el estado en que el hombre y la mujer, corrompiéndose mutuamente, se degradan, para acabar por oprimirse el uno al otro.

§ II. — Mision de la familia; la mujer lo es todo en ella. — La influencia de la religion y de la moralidad de la mujer tiene un poder inmenso sobre la moralidad de la familia y del Estado. — Esta verdad ha sido reconocida y consignada áun por la sabiduría pagana. — Horacio atribuye la ruina de Roma á la corrupcion de costumbres de las mujeres.

Si tal es el poder moral de la mujer con respecto á su esposo, es mil veces mayor con respecto á sus hijos y á sus domésticos.

El sabio y piadoso abate M. Gaume, en su preciosa obra titulada *Histoire de la Famille* (1), dice: «Lo que la raíz es al árbol, la fuente al rio y la base al edificio, es la familia al Estado y á la Iglesia; de manos de la familia recibe aquél sus conciudadanos y ésta sus hijos.

»En un sentido más íntimo y por una ruzon más profunda, la familia debe ser llamada la más importante de las sociedades. Formar al hombre tal como es y tal como será, ¿no es preparar infaliblemente la gloria ó la vergüenza, la ventura ó la desgracia del mundo? Tal es la terrible mision de la familia.

»Si preguntamos á Aquel que ha establecido los estados y fundado la Iglesia, cuál es el fin de ellos, su infalible oráculo nos da esta luminosa respuesta: El fin de todas las obras de Dios es la santificacion del hombre. *Hæc est voluntas Dei, santificatio vestra.* (I, *Thess.*, IV.) Fin sublime, en el cual se comprenden á un mismo tiempo la ventura y el modo de obtenerla.

»So pena de caer en los más funestos errores, la filosofía humana se ve obligada, despues de tantos ensayos, á aceptar como un axioma esta conclusion final de la fe; no se disguste por ello el materialismo ciego de nuestro siglo: *La santificacion del hombre* es el último fin de todas las cosas.

»La familia, asociada á la paternidad misma del Criador, ha recibido el poder de engendrar seres á su semejanza, seres capaces de participar un dia de la naturaleza divina: *Divinæ consortes naturæ.* (II, Petr., I.) ¡Oh familia, oh sociedad misteriosa y sagrada! ¡Cuán grande eres á los ojos de la razon, cuán respetable á los ojos de la

(1) Esta es, á nuestro modo de ver, como lo hemos dicho diez años há, una de las obras más útiles y más importantes que han aparecido en este siglo; y no podemos comprender cómo se halla tan poco extendida y tan poco apreciada del clero en el país mismo que la ha visto nacer. Á excepcion de su largo prólogo, que su ilustre autor va á acortar en una nueva edicion que está próximo á dar, es una obra perfecta, y la más á propósito para dar á conocer la necesidad y la importancia del catolicismo en sus relaciones con la perfeccion de la familia, con la civilizacion y la felicidad del Estado. Este es, á nuestro modo de ver, el libro de familia por excelencia, digno de ocupar en una biblioteca de familia el primer lugar despues de la Escritura Santa y del Catecismo, y de formar parte del ajuar de una mujer casada. Ella aprenderá en él la grandeza de su dignidad, la importancia de su mision y la extension de sus deberes. Ciertamente que no podria hacérsele un regalo más precioso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religiosa. Se ha persuadido á las mujeres que sacrificándose de este modo van más pronto al cielo y sus esposos tambien. Pero, segun lo que un sabio de aquellos malhadados países ha dicho á uno de nuestros misioneros, la verdadera razon de estas hecatombes atroces es que, entre los indios, la mujer tiene una gran propension á envenenar á su marido, y que no hay otro medio para librar al marido de las asechanzas de su mujer que el de hacer á la mujer responsable de la vida de su marido, obligándola á morir con él.

Dios nos libre de aprobar esa legislacion infernal, ese horrible abuso del poder del hombre sobre la mujer. Pero no deja de ser cierto que semejantes excesos contra la naturaleza encuentran, si no una excusa, al ménos un pretexto en la maldad de la mujer que no está inspirada por la verdadera religion, ni gobernada por leyes santas.

Muchos autores han escrito acerca de la mujer, pero animados de sentimientos opuestos. Los unos han hecho de ella un ángel y los otros un monstruo. Segun los pasajes de los libros santos que hemos citado, los unos y los otros tienen razon. Puede decirse de la mujer lo que se ha dicho de la lengua: «Nada hay peor, nada hay mejor que ella.» La mujer es un monstruo cuando nó es un ángel. Pero el hecho es que ella no ha sido ni será jamas un ángel fuera de la verdadera religion. Fuera de esta religion, la mujer, corrompida, oprimida y degradada por el hombre, le devuelve duplicado el mal trato que de él recibe; ella le corrompe, le degrada á su vez, y procura oprimirle; ella le hace bárbaro, porque la barbarie no es otra cosa que el estado en que el hombre y la mujer, corrompiéndose mutuamente, se degradan, para acabar por oprimirse el uno al otro.

§ II. — Mision de la familia; la mujer lo es todo en ella. — La influencia de la religion y de la moralidad de la mujer tiene un poder inmenso sobre la moralidad de la familia y del Estado. — Esta verdad ha sido reconocida y consignada áun por la sabiduría pagana. — Horacio atribuye la ruina de Roma á la corrupcion de costumbres de las mujeres.

Si tal es el poder moral de la mujer con respecto á su esposo, es mil veces mayor con respecto á sus hijos y á sus domésticos.

El sabio y piadoso abate M. Gaume, en su preciosa obra titulada *Histoire de la Famille* (1), dice: «Lo que la raíz es al árbol, la fuente al rio y la base al edificio, es la familia al Estado y á la Iglesia; de manos de la familia recibe aquél sus conciudadanos y ésta sus hijos.

»En un sentido más íntimo y por una ruzon más profunda, la familia debe ser llamada la más importante de las sociedades. Formar al hombre tal como es y tal como será, ¿no es preparar infaliblemente la gloria ó la vergüenza, la ventura ó la desgracia del mundo? Tal es la terrible mision de la familia.

»Si preguntamos á Aquel que ha establecido los estados y fundado la Iglesia, cuál es el fin de ellos, su infalible oráculo nos da esta luminosa respuesta: El fin de todas las obras de Dios es la santificacion del hombre. *Hæc est voluntas Dei, santificatio vestra.* (I, *Thess.*, IV.) Fin sublime, en el cual se comprenden á un mismo tiempo la ventura y el modo de obtenerla.

»So pena de caer en los más funestos errores, la filosofía humana se ve obligada, despues de tantos ensayos, á aceptar como un axioma esta conclusion final de la fe; no se disguste por ello el materialismo ciego de nuestro siglo: *La santificacion del hombre* es el último fin de todas las cosas.

»La familia, asociada á la paternidad misma del Criador, ha recibido el poder de engendrar seres á su semejanza, seres capaces de participar un dia de la naturaleza divina: *Divinæ consortes naturæ.* (II, Petr., I.) ¡Oh familia, oh sociedad misteriosa y sagrada! ¡Cuán grande eres á los ojos de la razon, cuán respetable á los ojos de la

(1) Esta es, á nuestro modo de ver, como lo hemos dicho diez años há, una de las obras más útiles y más importantes que han aparecido en este siglo; y no podemos comprender cómo se halla tan poco extendida y tan poco apreciada del clero en el país mismo que la ha visto nacer. Á excepcion de su largo prólogo, que su ilustre autor va á acortar en una nueva edicion que está próximo á dar, es una obra perfecta, y la más á propósito para dar á conocer la necesidad y la importancia del catolicismo en sus relaciones con la perfeccion de la familia, con la civilizacion y la felicidad del Estado. Este es, á nuestro modo de ver, el libro de familia por excelencia, digno de ocupar en una biblioteca de familia el primer lugar despues de la Escritura Santa y del Catecismo, y de formar parte del ajuar de una mujer casada. Ella aprenderá en él la grandeza de su dignidad, la importancia de su mision y la extension de sus deberes. Ciertamente que no podria hacérsele un regalo más precioso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fe! ¡Comprende la sublimidad de tu glorioso destino, la santidad que debe presidir á tus palabras y á tus acciones, los cuidados religiosos que debes consagrar á ese sér que te debe la existencia, á ese sér á quien Dios llama *mi hijo*, y el ángel mi hermano!

»La familia está establecida, lo mismo que la Iglesia, para velar sobre la vida espiritual del recien nacido; en el hogar doméstico, sobre las rodillas de su madre, entre los brazos de su padre, es donde el hijo de la eternidad debe recibir los primeros conocimientos de su doble orígen, de sus grandes deberes, de su sublime destino; allí es donde el jóven candidato del cielo debe aprender que, para ser elegido, sólo debe vivir para su Dios y para sus hermanos; allí es, en fin, donde él debe hacer este glorioso aprendizaje de las virtudes cristianas, que es el único camino de la eterna bienaventuranza. Expresan, por consiguiente, muy bien la religiosa mision de la familia los Santos Padres (August., *Opp.*, tom. IV), que llaman á la sociedad doméstica *una iglesia privada*, cuyos sacerdotes son los padres, y cuyos fieles son los hijos.» (Gaume, *Histoire de la famille*, c. I.)

Santo Tomas hace notar que el matrimonio se llama en latin *matri-monium*, porque se refiere especialmente á la madre: *Matrimonium*, *quasi matris-munium;* es decir, que en la mujer se resume particularmente la familia, que la mujer es quien hace la ventura ó la desgracia de ella, y que es el gran instrumento, el gran motor de su moralidad ó de su corrupcion.

Así, pues, la familia entera no es otra cosa que lo que la mujer la hace, no es otra cosa que un espejo fiel de sus buenas cualidades ó de sus defectos, de sus virtudes ó de sus vicios; y por consiguiente, la sociedad civil (que no es otra cosa que la reunion de las familias bajo una cabeza política, así como la familia es la reunion de los individuos bajo una cabeza doméstica) no es otra cosa que lo que las mujeres la han hecho; no es sábia ó insensata, religiosa ó impía, casta ó corrompida, sino en proporcion de la castidad ó del libertinaje, de la religion ó de la impiedad, de la sabiduría ó de la ligereza de las mujeres.

¡Ah! Nunca podrá repetirse lo bastante: la fuerza, la grandeza y la felicidad de los pueblos dependen de la religion, y el sosten y la propagacion de la religion dependen de una manera especial de las mujeres. El hombre, tanto en lo moral como en lo físico, es tal

como su madre lo ha formado. La misma madre que le ha dado la vida del cuerpo con su sangre, le da la vida de la inteligencia con sus palabras. La misma madre que le enseña á conocer á su padre terreno, le enseña tambien á conocer á su Padre celestial, á su Dios. La primera revelacion de la existencia de Dios y de sus atributos, de Jesucristo y de sus misterios, del hombre y de su orígen, de su condicion y de su destino, de la Iglesia y de sus sacramentos, del culto y de sus prácticas, de la moral y de sus obligaciones; esta revelacion primera, repito, no se hace al hijo sino por su madre. Su madre es su primer predicador (1), su primer misionero, su primer apóstol, su primer evangelista; que ilumina su razon naciente, que desarrolla en él los hábitos de las virtudes teologales que recibió en el bautismo; que le enseña á creer en Dios, á esperar en su misericordia, á amar su bondad, á llamarle con el dulce nombre de *Padre*, á adorar su majestad, á temer su justicia, á invocarle en la oracion, á cumplir su voluntad y á esperar sus recompensas.

La mujer piadosa, pura, sábia, prudente y devota, en una palabra, la mujer católica, es la que, como madre, cristianiza al hombre niño; como hija, edifica al hombre padre; como hermana, corrige al hombre hermano, y como esposa, corrige al hombre esposo. Ella es esa antorcha rosplandeciente de que habla el Evangelio, que, colócada sobre el candelabro doméstico, derrama incesantemente á su alrededor la luz de la fe en toda la casa, é ilumina á todos los que en ella habitan: *Accedunt lucernam, et ponunt eam super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt.* (Matth., V.) Ella es esa sal misteriosa, prosigue el Evangelio, que impide que se corrompa la familia: *Vos estis sal terræ.* (Ibid.) Ella es ese vaso de celestiales aromas de que habla San Pablo, que esparce en torno suyo el buen olor de Jesucristo: *Christi bonus odor sumus.* (II, *Cor.*, II.) Es verdad que todo esto se dijo de los apóstoles y de sus sucesores; pero la mujer es tambien apóstol, la madre apóstol en la casa, como los apóstoles son, segun San Pablo, los apóstoles madres en la Iglesia: *In Christo Jesu, per Evangelium, ego vos genui.* Porque la mujer religiosa es quien, con su conversacion, sostiene y hace valer

(1) Véanse *Las Mujeres del Evangelio*, Hom. V, § 13, donde este ministerio de la mujer madre se explica bajo el título de *La Madre Iglesia.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la enseñanza de la religion, y la realiza con sus virtudes; y por lo mismo que sostiene en accion la religion en la familia, la sostiene tambien en el Estado. Pues así como la familia no es religiosa sino por la religion de los individuos, así el Estado no es religioso sino por la religion de las familias.

Es verdad que los hombres son los que forman las leyes, cuyo bueno ó mal espíritu decide de la ventura ó de la desgracia de la sociedad. Pero las leyes no son otra cosa que el reflejo y la expresion de las costumbres públicas, y, como se ha reconocido constantemente, las leyes son una letra muerta, las leyes nada valen, nada son sin las costumbres. *Quid leges, sine moribus, vane proficiunt*, decia Horacio. Así como las mujeres son las que principalmente forman las lenguas (1) y los proverbios, así tambien ellas son las que forman las costumbres, los usos y los modales de los pueblos.

«Por más que hagais, decia el mismo poeta á los romanos, no os libraréis de las grandes desgracias que os amenazan. Roma está arruinada porque sus mujeres están corrompidas.» Ved aquí el notable pasaje en que este poeta pagano pinta la corrupcion de las mujeres romanas de su tiempo, y ateniéndose sólo á los grandes principios tradicionales de la humanidad, anuncia que las costumbres licenciosas de las mujeres acarrearian la ruina del Imperio. Despues de haber oido los oráculos de la sabiduría divina, no estará de más que oigamos las palabras de la sabiduría humana.

«Hemos llegado, decia Horacio, á un grado de desenvoltura en la mujer, que la jóven doncella sólo se complace en las danzas voluptuosas de la Jonia, y que desde la misma infancia sueña con amores incestuosos (2). Cuando se casa no se hace más sábia: ella lleva su desvergüenza hasta el punto de preferir á su esposo jóvenes adúlteros, en la misma presencia de él y miéntras que se halla

(1) Las lenguas no nacen en el seno de las academias, sino en el seno de las familias, y allí son las mujeres quienes las forman. Esto es lo que hace que las lenguas, en su orígen, son tan caprichosas, tan irregulares y sonoras, y al mismo tiempo tan vivas, tan expresivas y tan graciosas. Estos son los caractéres particulares de la mujer.

(2) «Motus doceri gaudet Jonicos
Matura virgo; et fingitur artubus;
Jam nunc et incestos amores
De tenero meditatur ungui.» (Lib. III, Odar., VI.)

sentada á la mesa. Y esto no lo hace sólo con un amante á quien ha elegido, ni en las tinieblas de la noche; sino que concede sus culpables favores al primero que llega, á todo el mundo y en medio del dia. El desventurado marido se ve obligado á tomar su partido, y la ve con indiferencia correr en pos del que la llama, aunque sea un mercader ó un patron de una nave española, con tal que se halle dispuesto á pagar á buen precio la infamia de su mujer (1). Así es como nuestro siglo, tan fecundo en crímenes, ha manchado sobre todo el lecho nupcial, y ha degradado de esta manera las generaciones y las familias; del seno de la familia ha salido el torrente de la corrupcion que ha invadido al pueblo y ha trastornado el Estado (2). Así es como con el trascurso del tiempo, que todo lo destruye, el libertinaje de las generaciones ha ido creciendo de dia en dia. Nuestros padres valian ménos que sus abuelos, nosotros valemos ménos que nuestros padres, y dejarémos unos hijos todavía más depravados que nosotros» (3).

Ved aquí lo que dijo Horacio; y á pesar de que era epicúreo, pronunció unas grandes verdades. Cuando la corrupcion no llega más que al hombre, no se ha perdido todo, porque el hombre puede ser mejorado por la mujer; pero cuando la corrupcion ha llegado hasta la mujer, nada queda ya que esperar, porque la mujer no puede ser restaurada por el hombre. La mujer es la fuente de la vida social, es el corazon de la sociedad; y las aguas emponzoñadas

(1) «Mox juniores quærit adulteros,
Inter mariti vina; neque elegit
Qui donet in permisa raptim
Gaudia, luminibus remotis.
Sed jussa coram, non sine conscio
Surgit marito, seu vocat institor,
Seu navis hispanicæ magister.
Dedecorum pretiosus emptor.» (Lib. III, Odar., VI.)

(2) «Fœcunda culpæ sæcula nuptias.
Primum inquinavere, et genus et domos:
Hoc fonte derivata clades
In patriam populumque fluxit.» (Ibid.)

(3) «Damnosa quid non imminuit dies?
Ætas parentum, pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.» (Ibid.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la fuente no pueden ser purificadas, y las enfermedades del corazon son incurables.

Esto consiste en que el hombre sólo forma la filosofía especulativa, y la mujer forma la filosofía práctica. El hombre no tiene más que las ideas, y la mujer es quien tiene la accion, y áun la accion que ejerce por medio del hombre; porque, en efecto, el hombre obra generalmente por inspiracion de la mujer, y con mucha frecuencia, por complacer á la mujer ó por no disgustarla, obra en contradiccion consigo mismo, creyendo que obra por su voluntad.

§ III.—Poder de la mujer con respecto al error.—El hombre es quien lo engendra, pero la mujer es quien lo concibe y lo hace crecer.—Todas las falsas religiones y todas las herejías se han establecido por el concurso de la mujer.—La propagacion del protestantismo y de la incredulidad moderna son obra suya.

Ved lo que sucede en materia de errores. Los hombres son indudablemente quienes los inventan, pero no se radican hasta que las mujeres toman parte en ellos, hasta que, pasando de las escuelas á las familias, pasan de los libros á las costumbres; y este pasaje es obra de las mujeres.

En el órden físico el hombre sólo contribuye por el acto pasajero de la generacion al nacimiento del hombre. La mujer es quien lo concibe y lo lleva por espacio de nueve meses en sus entrañas, lo forma con su sangre, lo da á luz, lo alimenta con su leche y lo cria con sus cuidados. Lo mismo sucede respecto al error.

El error no es otra cosa que el pensamiento del hombre que abusa de su razon y pretende formarse á sí mismo su creencia y su ley. Cuando él ha formado este pensamiento culpable, procura hacer que pase al espíritu de la mujer. Esta es una especie de generacion espiritual; porque el espíritu engendra lo mismo que el cuerpo, supuesto que el espíritu se reproduce en cierto modo en otro espíritu por la comunicacion de las ideas, como un cuerpo vivo se reproduce en otro cuerpo vivo por la comunicacion de su sustancia. Pues bien; si la mujer tiene la desgracia de consentir en esta generacion espiritual, es decir, si tiene la desgracia de aceptar en su espíritu este error del espíritu del hombre, lo concibe verdaderamente en sí misma; y despues de haberlo modificado á su manera por la fuerza de su imaginacion, y de haberlo formulado por la precision de su lenguaje, da á luz en la familia este monstruo, lo alimenta, lo desarrolla y lo hace crecer en ella. Y cuando el error se introduce de esta manera en las familias, por la influencia de la mujer, es cuando se hace social y público, y cuando de las costumbres pasa á las leyes, las cuales los sostienen, porque ellas están á su vez sostenidas por las costumbres domésticas, por la influencia oculta, pero omnipotente, de las mujeres.

El epicurismo antiguo, por ejemplo, llevado de Aténas á Roma, al principio no tuvo partidarios más que en los hombres, y sólo más tarde fué cuando las mujeres lo acogieron, y con mucho más ardor que los hombres, hasta el punto de no haber una mujer distinguida que no llevase la imágen de Epicuro pendiente de su collar y de sus brazaletes; hasta el punto de hacerse moda entre las mujeres ser epicúreas, y de que, mudando de maridos todos los años, contaban ya sus años por el número de sus maridos. Pues bien; miéntras que la filosofía de Epicuro en Roma no salió de los umbrales de las academias ni fué más que un objeto de discusion para los hombres, no causó un gran mal. Pero cuando esta doctrina de la voluptuosidad se pegó como una peste á las mujeres, se encarnó en la mujer, se hizo mujer y por la mujer invadió la familia, entónces, y sólo entónces, fué cuando se extendió por todas partes, todo lo corrompió, todo lo manchó y produjo aquella espantosa corrupcion de costumbres, que fué la verdadera causa de la caida del Imperio romano.

Todas las falsas religiones en los tiempos antiguos, así como todas las herejías, el protestantismo, y sobre todo el filosofismo en los tiempos modernos, se han establecido en el mundo por el concurso de las mujeres.

No hay secta alguna herética que no haya procurado ante todo asociarse á la mujer é iniciarla en sus errores.

San Pablo nos representa á los primeros herejes del Cristianismo procurando atraer á su secta á todas las mujercillas vanas, ligeras é impúdicas, y valiéndose de ellas para introducir y perpetuar en las familias sus funestas doctrinas: *Qui penetrant domos et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis, quæ decuntur vanis desideriis.* (II, *Timot.*, III.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la fuente no pueden ser purificadas, y las enfermedades del corazon son incurables.

Esto consiste en que el hombre sólo forma la filosofía especulativa, y la mujer forma la filosofía práctica. El hombre no tiene más que las ideas, y la mujer es quien tiene la accion, y áun la accion que ejerce por medio del hombre; porque, en efecto, el hombre obra generalmente por inspiracion de la mujer, y con mucha frecuencia, por complacer á la mujer ó por no disgustarla, obra en contradiccion consigo mismo, creyendo que obra por su voluntad.

§ III.—Poder de la mujer con respecto al error.—El hombre es quien lo engendra, pero la mujer es quien lo concibe y lo hace crecer.—Todas las falsas religiones y todas las herejías se han establecido por el concurso de la mujer.—La propagacion del protestantismo y de la incredulidad moderna son obra suya.

Ved lo que sucede en materia de errores. Los hombres son indudablemente quienes los inventan, pero no se radican hasta que las mujeres toman parte en ellos, hasta que, pasando de las escuelas á las familias, pasan de los libros á las costumbres; y este pasaje es obra de las mujeres.

En el órden físico el hombre sólo contribuye por el acto pasajero de la generacion al nacimiento del hombre. La mujer es quien lo concibe y lo lleva por espacio de nueve meses en sus entrañas, lo forma con su sangre, lo da á luz, lo alimenta con su leche y lo cria con sus cuidados. Lo mismo sucede respecto al error.

El error no es otra cosa que el pensamiento del hombre que abusa de su razon y pretende formarse á sí mismo su creencia y su ley. Cuando él ha formado este pensamiento culpable, procura hacer que pase al espíritu de la mujer. Esta es una especie de generacion espiritual; porque el espíritu engendra lo mismo que el cuerpo, supuesto que el espíritu se reproduce en cierto modo en otro espíritu por la comunicacion de las ideas, como un cuerpo vivo se reproduce en otro cuerpo vivo por la comunicacion de su sustancia. Pues bien; si la mujer tiene la desgracia de consentir en esta generacion espiritual, es decir, si tiene la desgracia de aceptar en su espíritu este error del espíritu del hombre, lo concibe verdaderamente en sí misma; y despues de haberlo modificado á su manera por la fuerza de su imaginacion, y de haberlo formulado por la precision de su lenguaje, da á luz en la familia este monstruo, lo alimenta, lo desarrolla y lo hace crecer en ella. Y cuando el error se introduce de esta manera en las familias, por la influencia de la mujer, es cuando se hace social y público, y cuando de las costumbres pasa á las leyes, las cuales los sostienen, porque ellas están á su vez sostenidas por las costumbres domésticas, por la influencia oculta, pero omnipotente, de las mujeres.

El epicurismo antiguo, por ejemplo, llevado de Aténas á Roma, al principio no tuvo partidarios más que en los hombres, y sólo más tarde fué cuando las mujeres lo acogieron, y con mucho más ardor que los hombres, hasta el punto de no haber una mujer distinguida que no llevase la imágen de Epicuro pendiente de su collar y de sus brazaletes; hasta el punto de hacerse moda entre las mujeres ser epicúreas, y de que, mudando de maridos todos los años, contaban ya sus años por el número de sus maridos. Pues bien; miéntras que la filosofía de Epicuro en Roma no salió de los umbrales de las academias ni fué más que un objeto de discusion para los hombres, no causó un gran mal. Pero cuando esta doctrina de la voluptuosidad se pegó como una peste á las mujeres, se encarnó en la mujer, se hizo mujer y por la mujer invadió la familia, entónces, y sólo entónces, fué cuando se extendió por todas partes, todo lo corrompió, todo lo manchó y produjo aquella espantosa corrupcion de costumbres, que fué la verdadera causa de la caida del Imperio romano.

Todas las falsas religiones en los tiempos antiguos, así como todas las herejías, el protestantismo, y sobre todo el filosofismo en los tiempos modernos, se han establecido en el mundo por el concurso de las mujeres.

No hay secta alguna herética que no haya procurado ante todo asociarse á la mujer é iniciarla en sus errores.

San Pablo nos representa á los primeros herejes del Cristianismo procurando atraer á su secta á todas las mujercillas vanas, ligeras é impúdicas, y valiéndose de ellas para introducir y perpetuar en las familias sus funestas doctrinas: *Qui penetrant domos et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis, quæ decuntur vanis desideriis.* (II, *Timot.*, III.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San Epifanio refiere que los gnósticos, en sus misiones por el Oriente en provecho de Satanas, iban siempre precedidos por una gran multitud de mujeres, tan notables por su belleza como por su desenvoltura y sus artificios; que ellas atraian los hombres á los desórdenes, y de este modo les preparaban á la pérdida de la fe; y que el mismo santo obispo se vió en peligro de caer en los lazos de aquellas sirenas del infierno. (*Contr. hæres.*)

Otras herejías hicieron tantos estragos en Oriente porque tenian el favor y la proteccion del poder imperial, y este favor y proteccion lo obtenian por medio de las mujeres. El arrianismo hizo allí tantas víctimas porque estaba apoyado en la córte por Basilina, esposa de Julio Constancio, mujer sin pudor, sin religion ni costumbres, y digna madre de Juliano Apóstata. Por medio de ella consiguieron los arrianos arrojar á San Atanasio de su silla de Alejandría, así como á los otros dos santos obispos, Asclepas, de Gaza, y Eutropio, de Andrinópolis. Por su cualidad de pariente cercano de esta princesa, tanto por la impiedad y la maldad, como por la sangre, fué por lo que Eusebio de Nicomedia, la cabeza y el alma de aquellos herejes, tuvo el poder suficiente para sostener aquellas horribles sectas y perseguir á los católicos. (Fleury, lib. XI.) Más tarde Eudoxia, aquel mostruo de avaricia y de libertinaje, la enemiga implacable del celo y de las virtudes de San Juan Crisóstomo, fué quien, aprovechándose de la nulidad de su débil esposo, protegió secretamente el partido nestoriano; y la mujer de Justiniano I, Teodora, aquella mujer sin pudor, á quien Procopio llamó el *azote del género humano*, fué quien sostuvo ante el Emperador la causa de los eutiquianos.

Todos saben el papel tristemente importante que la mujer representaba entre los montanistas, los priscilianistas, los donatistas y los arrianos, y en estos últimos tiempos áun entre los jansenistas. En el convento de las *Hijas de la infancia*, presidido por el abate de Saint-Cyran, era donde Port-Royal hacía imprimir todos sus libros; logrando tener por medio de estas *hijas* muchas adeptas entre las *madres*, y consiguiendo por medio de estas madres tener de su parte á muchos padres en el clero, en la academia y en el parlamento. (Véase la *Histoire des filles de l'enfance.*)

Tambien el protestantismo, del que el jansenismo es un vástago degenerado, se estableció definitivamente en la mitad de la Europa

por el concurso de las mujeres. Al recorrer la Alemania Lutero y sus satélites con sus predicaciones cínicas, se dirigian ante todo á las mujeres, procurando remover el cieno que habia en el corazon de las mujeres; y sólo en los pueblos donde las mujeres pudieron ver sin estremecerse á aquellos nuevos apóstoles, salidos de los jardines de Epicuro y desposados en el altar del incesto, con el anillo del sacrilegio y la bendicion de Satanas; sólo en aquellos lugares donde las mujeres pudieron oir sin ruborizarse la apología descarada de la voluptuosidad, fué donde pudo establecerse el protestantismo. Sólo despues que las mujeres lo aceptaron como el sistema religioso más conforme á sus costumbres actuales, fué cuando algunos eclesiásticos sin conciencia pudieron formar de él una religion, y los gobiernos sin pudor hicieron de él una ley de Estado. De modo que, como decia San Cipriano de los apóstatas de su tiempo, no fué el protestantismo quien hizo apostatar á tantos pueblos en la Alemania, ni quien los separó del Catolicismo; lo que hizo el protestantismo fué descubrir y probar que aquellos malhadados pueblos habian dejado mucho tiempo ántes de ser católicos por el libertinaje de las mujeres.

Fué ciertamente un monstruo Enrique VIII, de quien se dijo: «No hubo mujer alguna cuyo honor no sacrificase Enrique á su lujuria, ni hombre que no sacrificase á su crueldad.» Pero los desórdenes de Ana Bolena y la ferocidad de Isabel excedieron con mucho los crímenes de su pretendido marido y padre. Ningun tirano hizo tantos mártires como Isabel, ninguna persecucion contra la Iglesia fué más funesta que la suya, porque aquella horrible mujer, tan hipócrita como perversa, perseguia á sangre fria. En ella se abrigaba el genio de Neron unido al de Juliano Apóstata. Enrique fué quien comenzó el protestantismo en Inglaterra por complacer á las mujeres y bajo la inspiracion de las mujeres, pero Isabel fué quien lo afirmó. Ella fué quien, en un exceso de orgullo tan necio como impío, se hizo papa y tomó el nombre de *gobernadora suprema de la iglesia de Inglaterra en lo espiritual y en lo temporal.*

La mujer de la aristocracia, la mujer del pueblo y la mujer de la aldea no eran mejores entónces en Inglaterra que la mujer de la córte. El protestantismo, pues, se propagó tan rápidamente en aquel interesante país porque, habiendo debilitado la fe la relaja-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion de costumbres de las mujeres de todas clases y condiciones, todas ellas, con muy raras excepciones, cedieron, cuasi sin combate, ante los caprichos brutales de Enrique VIII, ante la feroz hipocresía de Isabel y ante las farsas sacrílegas de Jacobo I, y porque, cediendo ellas las primeras, hicieron ceder al clero en masa (1); porque el clero no puede oponerse eficazmente á los estragos del error en un país donde la mujer abjura de él, y el protestantismo, aceptado en la familia por la mujer, acaba por hacerse aceptar de los hombres y apoderarse del Estado.

El mismo fenómeno histórico se repitió en la misma época en Suiza cuando Calvino se presentó allí con el decreto de la abolicion del celibato eclesiástico en una mano y la ley del divorcio en la otra. Las costumbres de las mujeres y del clero eran horribles en ciertos cantones. La corrupcion, desbordando por todas partes, habia penetrado en el santuario. Apénas se encontraban mujeres sin amantes, y áun en los mismos conventos se contaban á centenares las que habian sido madres. Así, pues, viniendo el nuevo Evangelio tan á propósito para sancionar tantos incestos sacrílegos y para asegurar una licencia ilimitada á las más fogosas pasiones, fué recibido en aquellos cantones con los brazos abiertos; y si la reforma de Calvino pudo sin mucho trabajo hacerse en aquel país la religion pública, fué porque se encontraba ya en el estado de religion secreta en la familia, por la desenvoltura y la desvergüenza de las mujeres.

Si el calvinismo puso el pié en el suelo católico de Francia fué por la impiedad y el libertinaje de Juana de Albret, que, aprovechándose de la indolencia de su esposo, abjuró el Catolicismo, lo arrojó de Bearn, sustituyéndole con el culto de Calvino por medio de la intolerancia más bárbara y más cruel. Todos saben que las horribles matanzas de Orthez y de Pau fueron obra suya.

Finalmente, si el filosofismo tuvo tanto séquito en Francia en el último siglo, fué porque las mujeres del pueblo y las de la alta sociedad se empeñaron en hacerse teólogas segun Voltaire, y filósofas

(1) De ciento cincuenta obispos que habia en aquella época en Inglaterra, sólo cuatro permanecieron fieles y sufrieron el martirio; todos los demas cayeron cobardemente en la apostasía. En 1793 en Francia, de un número casi igual de obispos, sólo cuatro apostataron, y todos los demas fueron mártires.

segun Rousseau. La manía y el fanatismo de las mujeres por aquellos dos hombres tan funestos, fué lo que contribuyó á la propagacion de sus horribles doctrinas. La irreligion, en aquel siglo, no salió de las escuelas, sino de los salones. Los hombres la formularon en sistema, pero las mujeres la pusieran en moda, y de este modo la recomendaron y áun la impusieron á todas las clases. El club de Holbach tenía sus sesiones en los retretes, en presencia de las mujeres; era presidido por las mujeres, y no contentas ellas con inspirarlo y animarlo con su adhesion y con sus adulaciones, lo apoyaban en todas partes y áun en la misma córte; y bajo la sombra y la proteccion de la mujer causó tantos estragos en la Francia y áun en la Europa, con un desbordamiento tan horrible y una impunidad tan escandalosa (1).

Así, pues, la historia lamentable de la apostasía del Eden se ha repetido despues de seis mil años, y se repetirá contínuamente en el mundo. Satanas, haciéndose serpiente ó haciéndose hombre, es quien inventa el error, y Eva, la mujer, es quien lo persuade, lo propaga y lo afirma.

Pero que no se ofendan las mujeres porque les hemos atribuido tanta parte en la propagacion del error, pues en la segunda parte de esta obra les darémos una parte mucho más considerable en la propagacion de la verdad. En ella, despues de habernos afligido por la consideracion del mal que la mujer ha causado, nos alegra-

(1) «Cobardemente consagrados á la voluntad de la mujer, á quien deberiamos proteger y no servir, hemos aprendido á despreciarla obedeciéndola, y á ultrajarla con nuestros cuidados burlescos; y cada mujer de París reune en su habitacion un serrallo de hombres, más mujeres que ella, que saben tributar á la belleza toda clase de homenajes, ménos el del corazon, de que ella es digna. Pero ved esos hombres encerrados en esas prisiones voluntarias, levantarse, volverse á sentar, ir y venir sin cesar á la chimenea y á la ventana, tomar y soltar cien veces un abanico, hojear los libros, recorrer los cuadros, andar arriba y abajo por el cuarto, en tanto que el ídolo, recostado sin movimiento en su silla poltrona, no tiene actividad más que en los ojos.» (Rousseau, en el lugar citado.) Ved aquí lo que, segun Rousseau, eran los salones de aquella época. Pero el autor de este cuadro se olvida de decirnos que aquella turba de imbéciles estaba compuesta de *filósofos* (y él era tambien de este número), y que ellos se indemnizaban de su innoble esclavitud á las mujeres con la proteccion que ellas concedian á la *filosofía*. Ha sido, pues, muy ingrato este *filósofo* en hablar con tan poco respeto de las mujeres de su tiempo, á las que él debe en gran parte el éxito de su filosofía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rémos por la consideracion del bien inménso que ella ha producido. Allí verémos que, si es cierto que por ella se ha establecido el error en los países donde reina, tambien lo es que por ella se ha conservado la verdad en los países donde se encuentra. Por otra parte, este pequeño cuadro del mal que la mujer ha causado y puede causar, lo hemos trazado por el bien de ella misma y por el bien de la Iglesia, para obligar á aquellos á quienes incumbe, á que dediquen toda su atencion á la instruccion religiosa de la mujer, y para mostrar cuánto se debe cuidar de su educacion, á fin de impedir que se convierta en esa levadura funesta de que habla el Evangelio, que es capaz de corromper toda la masa de la sociedad.

§ IV.—El cuidado especial que los más grandes hombres del Cristianismo han tenido de la mujer.—San Pablo, Tertuliano, San Ambrosio, San Agustin, San Jerónimo, San Bernardo, San Francisco de Sales y otros muchos tomaron á su cuidado la instruccion de las mujeres.—La necesidad de convertir á la mujer si se quiere convertir al hombre.

Por esta razon todos los grandes hombres del Cristianismo han tenido gran cuidado de la educion de la mujer. San Pablo, el primero y más sublime intérprete del pensamiento de Jesucristo, como San Juan lo fué de su amor, en todas sus cartas habla de la mujer con un cuidado especial, y se encarga de su instruccion. Él la sigue en sus diversos estados de *vírgen*, de *esposa* y de *viuda*, y le enseña las obligaciones que debe cumplir, las virtudes que debe practicar, los escollos que debe evitar, los medios por donde puede santificarse á sí misma y á los demas, y edificar á los fieles en cada uno de esos estados. Él desciende á los más minuciosos detalles acerca de lo que la mujer cristiana debe ser en las diversas condiciones en que puede encontrarse. Él tiene cuasi el mismo cuidado y muestra cuasi el mismo celo por la mujer fiel que por el obispo; porque, lo repetimos, la mujer católica es el obispo de la familia; ella debe ser para su familia lo que el obispo debe ser para su iglesia.

El apóstol San Pedro, en su primera carta (cap. III), fija tambien nuestra atencion sobre la mujer cristiana, y en pocas palabras revela su dignidad y marca sus deberes.

Á imitacion de los apóstoles, el gran obispo y martir San Policarpo, en la carta que dirigió á la Iglesia ántes de ir á sacrificarse por Jesucristo, dió una bella y sólida instruccion relativa á las mujeres; en ella hace ver que, segun su modo de pensar, de la conducta de las mujeres depende en gran parte la edificacion de los fieles y el bien de la Iglesia.

Tertuliano, en medio de las grandes luchas con los filósofos paganos y con los herejes de su tiempo, no se olvidaba de la mujer; él creia que no servía ménos á la causa del Cristianismo y de la Iglesia escribiendo largas é importantes obras para la instruccion de la mujer cristiana, que escribiendo su *Apologética* y sus *Prescripciones*. De él se conservan los tratados siguientes: 1.º DE LA CONDUCTA DE LA MUJER (*De habitu mulieris*); 2.º DE LOS ADORNOS DE LAS MUJERES (*De cultu fœminarum*); 3.º DEL VELO DE LAS VÍRGENES (*De velandis virginibus*); 4.º DE LA HONESTIDAD (*De pudicitia*); 5.º DE LA UNIDAD DE LAS NUPCIAS (*De monogamia*); 6.º DE LA EXHORTACION Á LA CASTIDAD (*De exhortatione castitatis*); y 7.º Á SU ESPOSA DOS LIBROS (*Ad uxorem libri duo*), que contienen un tratado completo sobre la sumision, la dignidad y los deberes de la mujer cristiana. Estos escritos, tan notables por su fondo como por su forma, y en los que algunas veces el celo está llevado á la exageracion y el raciocinio hasta el error, nos prueban, sin embargo, que, en el concepto de su autor, la mujer lo es todo para la felicidad de la familia, para la edificacion de los fieles y para los progresos del Cristianismo.

Todos saben que el *Pedagogo*, de Clemente de Alejandría, no es otra cosa que el Verbo de Dios hecho Hombre, á quien el autor figura en este escrito instruyendo al hombre, que es su obra predilecta y forma sus delicias. Pues bien; todo el tercer libro de esta bella y sábia obra está consagrado á la instruccion especial de las mujeres que profesan la religion del Evangelio. El autor las llama á la escuela de Jesucristo, y les hace oir de su divina boca las más elevadas lecciones y reglas de conducta para todas las circunstancias de su vida.

San Cipriano, educado en la escuela de Tertuliano, á quien llamaba *el Mártir* (Hieron., *De Script. Ecclesiæ*), no daba ménos importancia á la educacion de las mujeres; y al sentimiento de interés y de celo de que estaba animado por la dignidad y la satisfac-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rémos por la consideracion del bien inménso que ella ha producido. Allí verémos que, si es cierto que por ella se ha establecido el error en los países donde reina, tambien lo es que por ella se ha conservado la verdad en los países donde se encuentra. Por otra parte, este pequeño cuadro del mal que la mujer ha causado y puede causar, lo hemos trazado por el bien de ella misma y por el bien de la Iglesia, para obligar á aquellos á quienes incumbe, á que dediquen toda su atencion á la instruccion religiosa de la mujer, y para mostrar cuánto se debe cuidar de su educacion, á fin de impedir que se convierta en esa levadura funesta de que habla el Evangelio, que es capaz de corromper toda la masa de la sociedad.

§ IV.—El cuidado especial que los más grandes hombres del Cristianismo han tenido de la mujer.—San Pablo, Tertuliano, San Ambrosio, San Agustin, San Jerónimo, San Bernardo, San Francisco de Sales y otros muchos tomaron á su cuidado la instruccion de las mujeres.—La necesidad de convertir á la mujer si se quiere convertir al hombre.

Por esta razon todos los grandes hombres del Cristianismo han tenido gran cuidado de la educion de la mujer. San Pablo, el primero y más sublime intérprete del pensamiento de Jesucristo, como San Juan lo fué de su amor, en todas sus cartas habla de la mujer con un cuidado especial, y se encarga de su instruccion. Él la sigue en sus diversos estados de *vírgen*, de *esposa* y de *viuda*, y le enseña las obligaciones que debe cumplir, las virtudes que debe practicar, los escollos que debe evitar, los medios por donde puede santificarse á sí misma y á los demas, y edificar á los fieles en cada uno de esos estados. Él desciende á los más minuciosos detalles acerca de lo que la mujer cristiana debe ser en las diversas condiciones en que puede encontrarse. Él tiene cuasi el mismo cuidado y muestra cuasi el mismo celo por la mujer fiel que por el obispo; porque, lo repetimos, la mujer católica es el obispo de la familia; ella debe ser para su familia lo que el obispo debe ser para su iglesia.

El apóstol San Pedro, en su primera carta (cap. III), fija tambien nuestra atencion sobre la mujer cristiana, y en pocas palabras revela su dignidad y marca sus deberes.

Á imitacion de los apóstoles, el gran obispo y martir San Policarpo, en la carta que dirigió á la Iglesia ántes de ir á sacrificarse por Jesucristo, dió una bella y sólida instruccion relativa á las mujeres; en ella hace ver que, segun su modo de pensar, de la conducta de las mujeres depende en gran parte la edificacion de los fieles y el bien de la Iglesia.

Tertuliano, en medio de las grandes luchas con los filósofos paganos y con los herejes de su tiempo, no se olvidaba de la mujer; él creia que no servía ménos á la causa del Cristianismo y de la Iglesia escribiendo largas é importantes obras para la instruccion de la mujer cristiana, que escribiendo su *Apologética* y sus *Prescripciones*. De él se conservan los tratados siguientes: 1.º DE LA CONDUCTA DE LA MUJER (*De habitu mulieris*); 2.º DE LOS ADORNOS DE LAS MUJERES (*De cultu fœminarum*); 3.º DEL VELO DE LAS VÍRGENES (*De velandis virginibus*); 4.º DE LA HONESTIDAD (*De pudicitia*); 5.º DE LA UNIDAD DE LAS NUPCIAS (*De monogamia*); 6.º DE LA EXHORTACION Á LA CASTIDAD (*De exhortatione castitatis*); y 7.º Á SU ESPOSA DOS LIBROS (*Ad uxorem libri duo*), que contienen un tratado completo sobre la sumision, la dignidad y los deberes de la mujer cristiana. Estos escritos, tan notables por su fondo como por su forma, y en los que algunas veces el celo está llevado á la exageracion y el raciocinio hasta el error, nos prueban, sin embargo, que, en el concepto de su autor, la mujer lo es todo para la felicidad de la familia, para la edificacion de los fieles y para los progresos del Cristianismo.

Todos saben que el *Pedagogo*, de Clemente de Alejandría, no es otra cosa que el Verbo de Dios hecho Hombre, á quien el autor figura en este escrito instruyendo al hombre, que es su obra predilecta y forma sus delicias. Pues bien; todo el tercer libro de esta bella y sábia obra está consagrado á la instruccion especial de las mujeres que profesan la religion del Evangelio. El autor las llama á la escuela de Jesucristo, y les hace oir de su divina boca las más elevadas lecciones y reglas de conducta para todas las circunstancias de su vida.

San Cipriano, educado en la escuela de Tertuliano, á quien llamaba *el Mártir* (Hieron., *De Script. Ecclesiæ*), no daba ménos importancia á la educacion de las mujeres; y al sentimiento de interés y de celo de que estaba animado por la dignidad y la satisfac-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion de la mujer católica debemos su admirable tratado De la disciplina y de la conducta de las vírgenes (*De disciplina et habitu virginum*), que es una obra maestra de elocuencia, de poesía y de elegancia.

San Ambrosio, cuando fué elegido obispo, no creyó poder principiar mejor la carrera del ministerio apostólico que dirigiéndose á las mujeres. Sus tres libros De las vírgenes (*De virginibus*), lo mismo que el De las viudas (*De viduis*), el De la exhortacion á la virginidad (*De exhortatione virginitatis*), y su invectiva Á la vírgen caida (*Ad virginem lapsam*), no son otra cosa que una coleccion de sermones, con los que aquel gran doctor de la Iglesia principió á evangelizar y á instruir á su pueblo. Parece que se dijo á sí mismo: «Si yo consigo reformar las mujeres, en el mismo hecho habré reformado los hombres; y nada es más propio para la reforma de las mujeres que enseñarles el mérito, la grandeza y la gloria de la castidad y de la virginidad segun el Evangelio. Comencemos, pues, á predicar á las mujeres acerca de la castidad y de la virginidad.» Grande y bello pensamiento, digno de un padre de la Iglesia, que hace tanto honor á su entendimiento, cuya sabiduría nos revela, como á su corazon, cuya pureza virginal nos manifiesta, y que, como verémos despues, fué coronado con el éxito más brillante por la reforma de costumbres de la ciudad de Milan y de toda la Italia.

Habiéndose divulgado en Oriente la noticia de los felices resultados que San Ambrosio habia obtenido en Occidente al dedicarse de una manera especial á la instruccion de las mujeres, San Basilio el Grande se admiró tanto de ello, que no pudo dejar de felicitar á San Ambrosio por medio de unas cartas que manifiestan la más alta estimacion á su buen talento, la más grande veneracion á sus virtudes, y el más vivo afecto hácia su persona. Él le llama el modelo de los obispos, la antorcha más brillante de la Iglesia y la gloria más grande del Cristianismo. Él le manifiesta su deseo ardiente de verle y abrazarle ántes de morir, á fin de coger en su fuente, en su corazon, aquel espíritu de celestial pureza que San Ambrosio habia difundido en sus escritos para la edificacion y la santificacion de las mujeres. San Basilio habia tratado muy particularmente del mismo asunto, así lo manifiesta su apreciable libro De la verdadera virginidad (*De vera virginitate*); así lo manifiestan sus *reglas* para la vida religiosa de las mujeres, su celo por multiplicar los establecimientos de las vírgenes, y en fin, sus admirables cartas, dirigidas en su mayor parte á las mujeres, para formar de ellas santas, apóstoles de otras mujeres, y por lo mismo hombres. Pero los brillantes trabajos de San Ambrosio en este género le habian hecho olvidar los suyos. Él no los contaba por nada, ni se saciaba de bendecir á Dios por haber llevado á efecto por medio de otro lo que él habia deseado hacer por sí mismo. Los santos no son envidiosos los unos de los otros; ellos no sienten que el bien se haga por otros, con tal que se haga y que Dios sea glorificado.

San Agustin, esa águila de los doctores, ese gran expositor, ese vengador glorioso de toda la doctrina católica, ese martillo del error, ese apóstol, ese apologista infatigable de la verdad, no se ocupó ménos de las mujeres, con el mismo pensamiento y con las mismas intenciones que San Ambrosio, su padre en la fe, porque de él tenemos los magníficos tratados siguientes: 1.º De la santa virginidad (*De sancta virginitate*); 2.º De la santa viudedad (*De sancta viuditate*); 3.º Del bien conyugal (*De bono conyugii*); 4.º De las nupcias incompetentes (*De incompetentibus nuptiis*); 5.º De la mujer corcovada (*De muliere curva*); 6.º De la mujer fuerte segun los proverbios de Salomon (*De muliere forti juxta proverbia Salomonis*), y en fin, el libro De los matrimonios adulterinos (*De conyugiis adulterinis*).

Todos estos escritos respiran el celo ardiente de aquel sublime doctor por la instruccion de la mujer católica, á quien él trata de proteger contra la corrupcion del vicio y contra los extravíos del error. Pero nada prueba tanto la importancia que aquel gran genio de la fe daba á las virtudes y á los buenos ejemplos de las mujeres para la reforma de las costumbres, como su *Carta á Proba*, en el momento en que su nieta, Santa Demetriades, la vírgen más bella, más noble, más rica y más espiritual del Imperio romano, renunció al mundo y se consagró á la virginidad, á la humildad y á la pobreza del Evangelio. Esta carta, al mismo tiempo que es un himno á la santa virginidad, es tambien un monumento de gloria para la mujer verdaderamente católica. Lo mismo debe decirse de su *Carta á Felicidad y á Rústica*, que presidian un establecimiento de vírgenes fuera de clausura. Esta carta se llama comunmente *La Re-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gla de San Agustin, que despues fué aplicada á los hombres áun cuando sólo fué escrita para las mujeres.

Más adelante tendrémos ocasion de observar en San Juan Crisóstomo los mismos sentimientos y el mismo celo por la cultura espiritual de las mujeres. Y no podia ser de otra manera, supuesto que en la persona de la feroz Eudoxia, que perseguia á los católicos bajo el nombre de *josefistas*, tenía á la vista el triste espectáculo del mal que puede hacer una mujer sin fe ni costumbres; y por el contrario, veia en las personas de Santa Olimpiades, de Santa Pentadia, de Santa Prócula, y de otras muchas santas y admirables mujeres, á quienes llamaba *mis hijas*, lo mucho que vale la mujer verdaderamente religiosa y honesta para el mantenimiento de la fe y de las costumbres en toda una ciudad.

El mismo San Juan Crisóstomo, lo mismo que San Gregorio el Grande, en sus sábias homilías, no se olvidan jamas de las mujeres, y se dedican con un cuidado especial á corregir sus costumbres, á reprender sus vicios, á condenar sus extravíos, á instruirlas, animarlas y á elevarlas á sus propios ojos con los bellos ejemplos de las santas mujeres de la *Biblia* y de la Iglesia, y hacerlas conocer cuán grandes son cuando son cristianas.

Pero ninguno de los antiguos padres se ocupó más de las mujeres que San Jerónimo. Absorto, por sus grandes trabajos en la version y en los comentarios de los libros santos; distraido por sus combates diarios con los herejes y por las consultas que, como al oráculo viviente del mundo cristiano, se le hacian de las tres partes del globo, supo encontrar el tiempo suficiente para formar esa admirable escuela de las mujeres cristianas, conocida en la Iglesia con el nombre de *la escuela de San Jerónimo*, de la que tratarémos más adelante, para escribir sus vidas, para ensalzar sus virtudes, para popularizar sus ejemplos, para hacer ver su poder, su influencia y su importancia con respecto á la religion y á las costumbres. En efecto, nada es más á propósito para hacernos conocer lo que vale la mujer cristiana bajo este doble aspecto, que los elocuentes panegíricos que él nos dejó, por ejemplo, de Santa Paula, de Santa Marcela, de Santa Fabiola y de Santa Demetriades, de los que verémos algunos trozos en la segunda parte de esta obra. Al mismo que, como gran pintor, trazaba con rasgos majestuosos y admirables, con mano firme y delicada, con colores brillantes y delicio-

sos, estos magníficos cuadros de las virtudes de las grandes mujeres de aquella hermosa época de la Iglesia, escogió y reunió las flores de los más graves y bellos pensamientos de los libros santos y de la antigüedad cristiana, relativas á la oracion, á la mortificacion, á la piedad, á la pureza y á la caridad; y á ejemplo de San Pablo, ofreció estos misteriosos ramilletes á las hijas de la Iglesia para que adornasen con ellos su casto seno y se recreasen con su celestial aroma. Él siguió tambien á la mujer católica en los diversos estados en que ella puede encontrarse; él le dió las instrucciones más importantes, le trazó las reglas más seguras, y le indicó las prácticas más perfectas, con las cuales pudiese elevarse sobre el mundo y sobre sí misma, perfeccionarse, santificarse y conservarse fiel á Dios y á sus deberes. Así fué como instruyó á la vírgen en su famosa carta Á SANTA EUSTOQUIA, DE LA CONSERVACION DE LA VIRGINIDAD (*De virginitate servanda, ad Eusthoquium*); á la viuda, en su carta Á FURIA (*Ad Furiam*), y en su carta Á SANTA SALVINA (*De viuditate, ad Salvinam*), y á la mujer casada y á la buena madre, en su carta Á LETA, SOBRE LA EDUCACION DE SU HIJA (*Ad Lætam, de educatione filiæ*).

Este último tratado es muy notable por el cuidado especial que San Jerónimo tiene de la edúcacion de la pequeña Paula (este era el nombre de la niña, dichosa en haber tenido por maestro un hombre tan grande y tan santo). Él toma desde la cuna esta pequeña cristiana, y la sigue de año en año hasta el momento en que, segun el voto que habia hecho su santa madre, debia consagrarse solemnemente á Jesucristo. Él indica las primeras palabras que la niña debe deletrear, los primeros discursos que debe oir, las primeras doctrinas que deben imprimirse en su espíritu, y hasta el modo con que debe aprender á leer, con la ayuda de un alfabeto en relieve ó de letras de boj (*buxeis litteris*). Despues señala lo que debe leer en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres cuando sea mayor, lo mismo que las prácticas de religion á que debe acostumbrarse, las personas con quienes debe conversar y aquellas de quienes debe huir; finalmente, ordena todo lo que ella debe hacer y todo lo que debe evitar, para conservar la pureza del alma y la santidad del cuerpo, y para ser una cristiana santa y perfecta, una digna esposa de Jesucristo.

Al leer esta sábia y deliciosa carta no es posible dejar de admi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rarse al ver que el gran teólogo, el gran intérprete de los libros santos, el gran controversista, el gran doctor de la Iglesia, no se desdeña de ocuparse de la educacion de una niña en sus más minuciosos detalles. Pero la admiracion cesa cuando se recuerda que en el pensamiento de los padres de la Iglesia todo es grande, todo es importante cuando se trata de inspirar á una mujer la santidad y las virtudes del Cristianismo; porque esta mujer puede llegar á ser el orígen de una generacion cristiana, de una raza de santos por espacio de muchos siglos; puede llegar á ser el apóstol de todo un pueblo. Por otra parte, en la carta sobre la educacion de esta jóven quiso San Jerónimo dar á la Iglesia un tratado completo de educacion de las jóvenes cristianas.

Ademas de estos tratados tan diferentes y tan preciosos que él compuso para la instruccion de las mujeres, les dirigió ó les dedicó todos sus sabios comentarios sobre los libros santos; y esto con el fin de inspirarles el amor y el gusto por los estudios serios, y de ofrecerles el medio de conocer de una manera profunda la religion cristiana, cuyo conocimiento perfecto sólo se halla en los libros santos, interpretados por los doctores de la Iglesia, en el sentido y en el espíritu de la Iglesia. De modo que puede considerarse á San Jerónimo como el gran apóstol, el maestro y el pedagogo de la mujer segun el Evangelio.

En la Edad Media, todos los soberanos pontífices, todos los concilios, todos los doctores y todos los teólogos se ocuparon de las mujeres de una manera especial. Cuasi todos los comentarios de los libros santos y los tratados ascéticos que aparecieron en aquella gran época de fe se escribieron principalmente para las mujeres, áun aquellos en que no se trata de ellas. El grande y magnífico comentario de San Bernardo sobre el *Cantar de los cantares* no parece que fué compuesto para las mujeres, y sin embargo, en él se encuentra la ciencia de la Escritura Santa puesta al alcance de la mujer, el misticismo tal como la mujer, cuasi exclusivamente, lo puede sentir y practicar, y las reglas de la vida santa y perfecta de las mujeres. Ved, por ejemplo, cómo habla el doctor *melífluo* del pudor, que es el más bello adorno de la mujer. «El pudor, dice, es la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la antorcha que esparce exteriormente los rayos de un alma pura. El pudor, alejando el mal, es la gloria particular de

la conciencia, la guarda de la buena reputacion, el decoro de la vida, la silla de la virtud, el verdadero título de elogio de la naturaleza humana. Porque ese color de rosa que el pudor esparce en las mejillas, da al rostro un atractivo admirable, una gracia especial (1).» ¡Oh, cuán dulces y cuán elocuentes son estas palabras! No se podia expresar ni pintar mejor el valor, la belleza y los encantos del pudor, para inspirar á las mujeres amor á él. Toda esta admirable obra está llena de trozos del mismo género, de la misma dulzura y de la misma fuerza, y que evidentemente se dirigen á las mujeres.

En estos últimos tiempos, tres grandes santos, San Cayetano, San Ignacio y San Cárlos Borromeo, animados del mismo celo y del mismo espíritu, se han encontrado en este mismo pensamiento. El modo más á propósito para reformar las costumbres del pueblo cristiano es el de introducir en él la frecuencia de los sacramentos de la confesion y de la comunion. Todos tres han trabajado para conseguir este fin, y lo han conseguido. Pero para conseguirlo han tenido que atraer ante todo á las mujeres á estas grandes prácticas del Cristianismo, ocupándose, con preferencia á todo, de la reforma de las mujeres.

Animado San Francisco de Sales del mismo pensamiento, siguió por el mismo camino. Su incomparable *Tratado de la vida devota*, que le coloca en el primer lugar entre los escritores ascéticos y los verdaderos reformadores del pueblo de Jesucristo, se dirige especialmente á la mujer, y parece que no tiene otro objeto que indicar á la mujer que vive en el siglo, un camino tan fácil como seguro, *facile et tutum iter* (*Brev. Rom.*), por el que pueda llegar á la mayor altura de la santidad y de la perfeccion cristiana. Lo mismo debe decirse de los libros de sus admirables cartas, que no son tan leidas ni conocidas como merecen serlo; dirigidas cuasi todas á las mujeres, como la mayor parte de las de Fenelon, no son otra cosa sino unos pequeños tratados sobre todos los deberes, sobre todas las virtudes y prácticas del Cristianismo perfecto, para uso de las

(1) «Verecundia est gemma morum, virga disciplinæ, soror continentiæ, lampas pudicæ mentis, expunctrix malorum, specialis conscientiæ gloria, famæ custos, vitæ decus, virtutis sedes, naturæ laus. Rubor ipse genarum, quem forte invexerit pudor, quantum gratiæ et decoris suffuso aferre vultui solet.» (Serm. 86 *in Cant.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujeres. Este gran apóstol de la devocion comprendia muy bien que el modo más eficaz de hacer germinar la verdadera devocion, esta hermosa flor del Evangelio, en los terrenos pantanosos del mundo, es plantándola primero en el corazon de la mujer; porque ella no puede ser sólida y sinceramente devota sin hacer que el hombre lo sea tambien. La piedad y el pudor de la mujer cristiana son prodigiosamente fecundos para el bien, así como su impiedad y su desenvoltura son horriblemente contagiosas para el mal. Convertid á la mujer, y con esto sólo habréis hecho andar al hombre las tres cuartas partes del camino de su conversion. Pero miéntras que la mujer esté sin religion y sin costumbres, miéntras que no tenga más que una religion vacilante, una piedad fantástica, unas costumbres sospechosas, unos afectos frívolos y una conducta ligera, no espereis, á pesar de vuestro celo, ver al hombre con fe, respetando las costumbres y practicando la religion.

§ V. — Efectos funestos causados en los hombres, por la ignorancia de la religion, por la incredulidad y por el libertinaje de las mujeres, en ciertos países católicos. — Digresion sobre la *ley del domingo*. — Principios naturales en que está fundada. — Escándalo de su violacion. — El Gobierno nó tiene poder para hacerla cesar. — Este es un negocio municipal. — El bienestar temporal de los pueblos depende de esta ley. — Imposibilidad de hacer que observen los hombres la ley del domingo cuando la violan las mujeres. — La vecindad. — Ella no puede ser conducida á la religion sino por medio de las mujeres.

Ved, por ejemplo, lo que sucede en ciertos países, otras veces tan católicos. Si el Catolicismo se ha conservado en ellos, está muy léjos de hallarse floreciente. En ciertas ciudades de este mismo país (doloroso es decirlo), á excepcion de cierto número de personas, los sabios, los letrados y el pueblo son cuasi extraños á él; apénas una décima parte de los vecinos de esas ciudades profesan la fe como deben, y practican la religion. En las cercanías de esas mismas ciudades sucede todavía peor: hay algunas parroquias rurales en las que apénas diez personas oyen misa el domingo y comulgan por Pascua, y en las que pasan sin sacerdotes, no sólo durante la vida, sino tambien á la hora de la muerte. Mas estos escándalos, tan lamentables en el presente y tan terribles para el porvenir, tie-

nen todos una misma causa, y es, que en tales poblaciones las mujeres principales son, por lo general, demasiado ligeras, y las mujeres del pueblo demasiado ignorantes. Con mucha frecuencia se oye decir á tales mujeres que aunque creen en Dios, no creen que Dios envie á nadie á los infiernos ni pueda ser ofendido por las flaquezas del hombre. Por lo demas, tienen una ignorancia profunda y una indiferencia completa respecto á todo lo que es cristiano. De este modo se comprende cuál será la moral de esas pobres gentes con una religion como la suya, y lo que serán los hombres que viven en compañía de tales mujeres.

Al ver esa multitud de lo que se llama *mujeres entretenidas* mostrarse al público con una desenvoltura desconocida áun en los países infieles, y llevando en triunfo el libertinaje y el adulterio; al ver el anhelo, ó por mejor decir, el furor con que las mujeres del pueblo buscan los goces materiales, se apresuran á gozar de una voluptuosidad fugitiva y recorren las diversiones, los pasatiempos y los placeres, parece que se halla el hombre entre esos impíos de que hablan los libros santos, que dominados por la desesperacion de todo bien en lo futuro, y por el presentimiento de su castigo próximo en el presente, se animaban mútuamente á gozar de los momentos que les restaban, con estas horribles palabras: «El tiempo de la vida es corto y está lleno de amarguras, y nadie nos asegura que el hombre debe esperar otra vida mejor despues de la muerte, porque nadie ha vuelto de los infiernos. Nacidos de la nada, acabarémos en la nada, y serémos como si no hubiésemos sido. Nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se disipará como un leve vapor. Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes; apresurémonos, como hacen los jóvenes, á hacer que todas las criaturas sirvan á nuestros goces. Coronémonos de rosas ántes que se marchiten. No haya pradera que nuestra lujuria no visite, y todos, corruptores y corrompidos, auxiliémonos mútuamente en nuestros placeres. Oprimamos al justo pobre, no perdonemos á la viuda, no respetemos la vejez; que la justicia sea para nosotros la fuerza. Vamos, pues, comamos y bebamos, porque mañana morirémos (1).»

(1) « Exiguum, et cum tædio est tempus vitæ nostræ, et non est refrigerium in fine hominis, et non est qui agnitus sit reversus ab inferis: quia ex nihilo nati sumus, et post hoc erimus tanquam si non fuerimus..... Cinis erit

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujeres. Este gran apóstol de la devocion comprendia muy bien que el modo más eficaz de hacer germinar la verdadera devocion, esta hermosa flor del Evangelio, en los terrenos pantanosos del mundo, es plantándola primero en el corazon de la mujer; porque ella no puede ser sólida y sinceramente devota sin hacer que el hombre lo sea tambien. La piedad y el pudor de la mujer cristiana son prodigiosamente fecundos para el bien, así como su impiedad y su desenvoltura son horriblemente contagiosas para el mal. Convertid á la mujer, y con esto sólo habréis hecho andar al hombre las tres cuartas partes del camino de su conversion. Pero miéntras que la mujer esté sin religion y sin costumbres, miéntras que no tenga más que una religion vacilante, una piedad fantástica, unas costumbres sospechosas, unos afectos frívolos y una conducta ligera, no espereis, á pesar de vuestro celo, ver al hombre con fe, respetando las costumbres y practicando la religion.

§ V. — Efectos funestos causados en los hombres, por la ignorancia de la religion, por la incredulidad y por el libertinaje de las mujeres, en ciertos países católicos. — Digresion sobre la *ley del domingo*. — Principios naturales en que está fundada. — Escándalo de su violacion. — El Gobierno nó tiene poder para hacerla cesar. — Este es un negocio municipal. — El bienestar temporal de los pueblos depende de esta ley. — Imposibilidad de hacer que observen los hombres la ley del domingo cuando la violan las mujeres. — La vecindad. — Ella no puede ser conducida á la religion sino por medio de las mujeres.

Ved, por ejemplo, lo que sucede en ciertos países, otras veces tan católicos. Si el Catolicismo se ha conservado en ellos, está muy léjos de hallarse floreciente. En ciertas ciudades de este mismo país (doloroso es decirlo), á excepcion de cierto número de personas, los sabios, los letrados y el pueblo son cuasi extraños á él; apénas una décima parte de los vecinos de esas ciudades profesan la fe como deben, y practican la religion. En las cercanías de esas mismas ciudades sucede todavía peor: hay algunas parroquias rurales en las que apénas diez personas oyen misa el domingo y comulgan por Pascua, y en las que pasan sin sacerdotes, no sólo durante la vida, sino tambien á la hora de la muerte. Mas estos escándalos, tan lamentables en el presente y tan terribles para el porvenir, tie-

nen todos una misma causa, y es, que en tales poblaciones las mujeres principales son, por lo general, demasiado ligeras, y las mujeres del pueblo demasiado ignorantes. Con mucha frecuencia se oye decir á tales mujeres que aunque creen en Dios, no creen que Dios envie á nadie á los infiernos ni pueda ser ofendido por las flaquezas del hombre. Por lo demas, tienen una ignorancia profunda y una indiferencia completa respecto á todo lo que es cristiano. De este modo se comprende cuál será la moral de esas pobres gentes con una religion como la suya, y lo que serán los hombres que viven en compañía de tales mujeres.

Al ver esa multitud de lo que se llama *mujeres entretenidas* mostrarse al público con una desenvoltura desconocida áun en los países infieles, y llevando en triunfo el libertinaje y el adulterio; al ver el anhelo, ó por mejor decir, el furor con que las mujeres del pueblo buscan los goces materiales, se apresuran á gozar de una voluptuosidad fugitiva y recorren las diversiones, los pasatiempos y los placeres, parece que se halla el hombre entre esos impíos de que hablan los libros santos, que dominados por la desesperacion de todo bien en lo futuro, y por el presentimiento de su castigo próximo en el presente, se animaban mútuamente á gozar de los momentos que les restaban, con estas horribles palabras: «El tiempo de la vida es corto y está lleno de amarguras, y nadie nos asegura que el hombre debe esperar otra vida mejor despues de la muerte, porque nadie ha vuelto de los infiernos. Nacidos de la nada, acabarémos en la nada, y serémos como si no hubiésemos sido. Nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se disipará como un leve vapor. Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes; apresurémonos, como hacen los jóvenes, á hacer que todas las criaturas sirvan á nuestros goces. Coronémonos de rosas ántes que se marchiten. No haya pradera que nuestra lujuria no visite, y todos, corruptores y corrompidos, auxiliémonos mútuamente en nuestros placeres. Oprimamos al justo pobre, no perdonemos á la viuda, no respetemos la vejez; que la justicia sea para nosotros la fuerza. Vamos, pues, comamos y bebamos, porque mañana morirémos (1).»

(1) « Exiguum, et cum tædio est tempus vitæ nostræ, et non est refrigerium in fine hominis, et non est qui agnitus sit reversus ab inferis: quia ex nihilo nati sumus, et post hoc erimus tanquam si non fuerimus..... Cinis erit

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es verdad que no se dice esto en voz alta, pero se piensa, y lo que es peor, se hace; y lo que es todavía más sensible, los hombres obran así alentados por las mujeres, y por la vergonzosa facilidad con que las mujeres los siguen en esta senda del mal y se hacen sus auxiliares y sus cómplices.

¡Ay! Si las mujeres fuesen verdaderamente religiosas, los hombres acabarian por serlo tambien. Si las mujeres observasen, por ejemplo, la ley del domingo, esta ley sería observada tambien por los hombres; y los ojos del protestante y del infiel que viene á ciertas ciudades católicas no se escandalizarian con el espectáculo de la profanacion pública y sistemática del dia del Señor, que, bien reflexionado, no es otra cosa que una protestacion pública de ateismo, y uno de esos crímenes sociales, que acaban siempre por atraer sobre los pueblos azotes públicos y sociales.

Á propósito de este gran escándalo, que produce tanto mal en los corazones verdaderamente cristianos, permítasenos ahora una pequeña digresion.

La observancia del domingo, lo mismo que la observancia del ayuno, no es tanto una ley eclesiástica como una ley natural; porque es una ley natural es por lo que es una ley eclesiástica, supuesto que todas las leyes y todas las instituciones de la Iglesia tienen su razon filosófica en los instintos y en las necesidades legítimas del hombre, en las relaciones naturales del hombre con el hombre y del hombre con Dios; en una palabra, en las leyes naturales.

Habiéndose cumplido los misterios más grandes del Cristianismo en el dia primero de la semana, la Iglesia, guiada por la tradicion de los apóstoles, no hizo otra cosa que designar este dia como el dia *debido al Señor*, y llamó este mismo dia *dies dominica*, de donde se deriva la palabra *domingo*. Pero al designar la Iglesia el dia que se debe santificar en cada semana, no inventó la santificacion

corpus nostrum et spiritus diffundetur tanquam molis aer..... Venite ergo, et frugamur bonis quæ sunt, et utamur creatura, tanquam in juventute, celeriter..... Coronemus nos rosis, antequam marcescant; nullum pratum sit quod non pertranseat luxuria nostra. Nemo nostrum exsort sit luxuriæ nostræ. Opprimamus pauperem justum, et non parcamus viduæ, nec revereamur canos multi temporis. Sit fortitudo nostra lex justitiæ. Comedamus et bibamus, cras enim moriemur.» (*Sap.* II; Is., XXII.)

del domingo, así como al designar los dias del año en que se debe ayunar, no inventó tampoco el ayuno. La práctica de consagrar un dia de cada semana al culto de Dios y al reposo del alma y del cuerpo, lo mismo que la práctica de ayunar en ciertos dias del año, es una ley tan antigua como el mundo. Esta es una ley que Dios impuso al primer hombre, y que, bajo el nombre de *ley del Sábado* ó bajo otros nombres, pasó por la tradicion desde el primer hombre á todos los demas, se extendió y se estableció en todo el mundo, y se hizo una ley universal y constante de la humanidad. De modo que, así como jamas ha existido, ni existe al presente, pueblo alguno, sea cualquiera el grado de su civilizacion, que no ayune, de la misma manera, tampoco ha existido, ni existe al presente, ningun pueblo que no consagre un dia de la semana al reposo y al culto de la Divinidad.

¿Se quiere saber la razon de estas grandes instituciones? Vedla aquí: el derecho civil reconoce una clase de contrato que se llama *enfitéusis;* este contrato tiene lugar cuando el propietario de un terreno lo cede perpétuamente á otro, con la condicion de que éste le pague un cánon anual en reconocimiento del dominio que tiene el dueño sobre el mismo terreno. Porque, en efecto, por este contrato el propietario conserva el *dominio directo* de su tierra, y sólo cede el *dominio útil*, con la condicion de que si el enfiteuta deja de pagar por espacio de tres años el cánon convenido, pierde todo su derecho, pierde el dominio útil, el cual vuelve al señor directo.

Pues bien; Dios hace, en cierto modo, el mismo contrato con el hombre: Él le da el *tiempo*, de que el hombre dispone, y los *alimentos*, con que el hombre vive. Pero Dios concede al hombre todo eso mediante un *cánon*, es decir, con la condicion de que el hombre consagre á Dios una porcion del tiempo y de los alimentos en señal de reconocimiento de que Dios es el Señor *directo* de los alimentos y del tiempo, y de que el hombre tiene el tiempo y los alimentos por la liberalidad de Dios. De aquí nace la ley del domingo, que nos manda consagrar á Dios, Señor del tiempo, una porcion del tiempo que nos concede; y la ley de la abstinencia ó del ayuno, que nos obliga á abstenernos de tiempo en tiempo de cierta cantidad ó de cierta cualidad de los alimentos que Él nos da, y de consagrarlos á él en la persona de sus pobres. Así, pues, la ley del domingo es tan natural como la ley del ayuno. La una y la otra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tienen su razon en las relaciones naturales de dependencia en que está el hombre con respecto á Dios, y la una y la otra son la expresion y la confesion de estas relaciones; y por lo mismo, la una y la otra son un homenaje exterior y público que se tributa á la soberanía de Dios. De modo que negar á Dios este homenaje es exponernos á que Dios nos niegue el tiempo y los alimentos, de que conserva el *dominio directo* y de que nosotros tenemos tan sólo el *dominio útil;* es no reconocerle por nuestro Conservador, nuestro Señor y nuestro Dios. Por consiguiente, la profanacion habitual y pública de la ley del domingo equivale á la negacion de la providencia de Dios, de la existencia de Dios como autor de la naturaleza; en una palabra, á una protestacion de ateismo.

Este escándalo es tanto más repugnante, cuanto que, trabajando el domingo, se suele holgar los lúnes. Esto consiste en que el hombre, lo mismo que el bruto (1), no puede trabajar contínuamente; por consiguiente, un dia de la semana necesita para reposo del cuerpo y para ocuparse de su alma, y por lo mismo, la observancia del domingo, ademas de ser una ley religiosa, es una regla de higiene, porque la vida física del hombre es tan interesante como su vida espiritual. Luego, no pudiendo pasar sin un dia de reposo y de descanso en la semaaa, y teniéndolo en efecto, nada puede excusar al trabajador que profana el domingo para reposar el lúnes, y esta profanacion sólo puede explicarse por su indiferencia y por su desprecio de la religion.

Pero vamos á consignar aquí otra idea sobre esta importante materia. Con el objeto de hacer cesar este grande escándalo, que convierte una ciudad cristiana en una ciudad epicúrea, ciertas personas nobles y celosas exigieron del gobierno una ley represiva; mas el gobierno se negó á ello, y en nuestro concepto, con razon. Una ley sobre esta materia nada valdria. Ella, ademas de ser odiosa, serviria sólo para excitar antipatías populares contra la religion, á quien se le atribuiria haberla provocado. Si fuesen pocas las personas que profanasen públicamente el domingo, podria obligárselas,

(1) Monsieur Chateaubriand refiere unas palabras bastante significativas que algunos paisanos de la Vendée habian pronunciado al establecerse la estúpida ley de la *década*, con lo que quiso reemplazar, durante la revolucion, la ley del domingo. «Los mismos bueyes, decian ellos, reconocen el domingo; ellos no quieren trabajar en ese dia.»

sin inconveniente alguno, á que respetasen los sentimientos religiosos de sus conciudadanos; mas supuesto que desgraciadamente en ciertos lugares cuasi todo el pueblo se hace culpable de este crímen, no es por la fuerza por donde se debe llamar á su deber á todo un pueblo en materia de religion. Persuadid la religion al pueblo, pero guardaos de querérsela imponer.

Bajo el punto de vista puramente humano, éste no es un negocio político, sino un negocio municipal; uno de esos negocios en que nada tiene que ver el poder supremo, y que lo pone en peor estado si se mezcla en él. Á la municipalidad de cada ciudad es á quien pertenece ocuparse de este asunto, de que depende el honor cristiano y áun la conservacion del municipio, porque está escrito:

«En vano se vela para guardar una ciudad, si Dios no la guarda: *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam*» (Salmo CXXVI); y Dios, por su gloria y por su justicia, no puede hacer prosperar, ni áun dejar que existan por mucho tiempo, las ciudades en que es despreciado públicamente y sistemáticamente insultado, y que, por lo mismo, son la piedra de escándalo y la afrenta de toda la cristiandad.

Los sabios y celosos magistrados que administran los intereses materiales de las ciudades deben tambien tomar á su cargo este interes de moralidad y de religion pública (1), del que depende más de lo que se cree aún el bien material de la ciudad que ellos se honran de representar. Á ellos, y no al poder político, es á quienes

(1) El autor pagano que hemos citado anteriormente, dice á este propósito lo que sigue: «Romano, tú expiarás, siendo inocente, los crímenes de tus padres: porque no has levantado los altares de los dioses ni sus templos, que se hunden, ni sus imágenes, ennegrecidas por el humo. Recuerda que si mandas al mundo, es porque hasta el presente has estado sometido á los dioses. Sea, pues, Dios tu principio y tu fin, y no olvides que cuantas veces se ha descuidado el culto de los diosos, su cólera ha derramado grandes males sobre la desventurada Italia:

«Delicta majorum immeritus lues,
Romane, donec templa refeceris
Ædesque laventes Deorum, et
Fœda nigro simulacra fumo.
Dis te minorem quod geris, imperas:
Hic omne principium, huc refert exitum
Di multa neglecti dedere
Hesperie mala luctuosæ.» (Lib. III, *Odar.*, VI.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pertenece tomar la iniciativa, conferenciar con el clero sobre esta importante materia, y entenderse con los padres de familia, con los dueños de tiendas y con los vecinos del pueblo, excitando para ello su celo religioso y su patriotismo. ¡Oh, cuán edificante es ver á la municipalidad de una gran ciudad reunida en su iglesia matriz con motivo de una gran solemnidad, manifestando, en nombre del pueblo, su deseo de hacer respetar y observar el dia del Señor!

A este propósito es necesario no olvidarnos de la mujer. Miéntras que veamos á una mujer que se halla en el café ó en la fonda, que al ver á un extranjero que viene de la iglesia, le dice con un acento de mofa y de burla: «Señor, ¿venís acaso de la iglesia? Nosotros no vamos á ella jamas; ¿de qué sirve rezar ni ir á misa?» Miéntras que el domingo veamos á una mujer en la tienda, sentada en su despacho, como en los demas dias, trabajando y procurando con una actividad judáica aumentar por todos los medios posibles los beneficios de su comercio, que sólo algunos negocios desgraciados bastan á destruir; y en fin, miéntras que la mujer del pueblo no conozca á su cura ni á su parroquia, como ella se jacta de decirlo, no debemos pensar que sea posible ver á los hombres del pueblo practicar la religion.

Vemos á muchos eclesiásticos celosos, que sólo se ocupan, en ciertos barrios de París, de la gente obrera, procurando por todos los medios que la caridad les sugiere, atraerlos á la iglesia. Pero el resultado de sus piadosas intenciones es capaz de entibiar el celo más ardiente y más intrépido. Lo más que consiguen es reunir ciertos domingos algunos centenares de esos hombres que están sumidos en la ignorancia más completa de la religion, y despues no vuelven á verlos más en la iglesia. No debemos admirarnos de esto, porque en esas clases las mujeres son todavía más ignorantes y más

Ved aquí, pues, un poeta pagano que habla como un profeta judío, y que reconoce, para afrenta de ciertos pretendidos hombres de Estado de nuestros dias, que el olvido de la religion y del culto, lo mismo que el descuido en conservar los templos y los objetos de la pública veneracion, atraen sobre los pueblos castigos públicos. Horacio no pudo sacar esta doctrina de su cabeza ni aprenderla en la escuela filosófica de Epicuro. No pudo tomarla sino de las creencias públicas de la sociedad, que ha conservado siempre y en todas partes, aunque alteradas, las verdaderas tradiciones de toda la humanidad, cuyo orígen no puede dejar de ser divino, y de las cuales ésta es una de las más importantes y de las más universalmente reconocidas.

indiferentes en materia de religion que los hombres, y por ellas sería necesario comenzar.

Por otra parte, desde que han llegado á persuadir á la gente del pueblo que las clases elevadas, de acuerdo con los sacerdotes, conspiran para esclavizarlas y explotarlas, esas gentes no tienen ya confianza en las clases elevadas ni en el sacerdocio. Segun ellos (y lo dicen públicamente), las personas distinguidas practican la religion por cálculo, y los sacerdotes la predican por razon de oficio. Esas gentes no creen más que á los ciudadanos en materia de religion, porque les atribuyen las luces y la imparcialidad de que desgraciadamente carecen. En efecto, la clase acomodada volteriana ha sido quien, con sus escritos, y más aún, con sus ejemplos, ha extinguido el Cristianismo en las ciudades y en las aldeas, y ha hecho al pueblo volteriano. En las ciudades los pretendidos sabios, y en las aldeas el médico, el maestro de escuela, el notario y el abogado, han sido los que con sus blasfemias, con sus calumnias y con sus sarcasmos, respecto á la religion, la han hecho sospechosa, odiosa y ridícula á los ojos del pueblo. Pues bien, el remedio debe venir de donde vino el mal. Sólo estas mismas personas, volviendo al Cristianismo, podrán cristianizar al pueblo. Pero miéntras que estas personas acomodadas permanezcan léjos de la fe y de las prácticas de la religion, el celo más ardiente del clero para atraer á ella al pueblo tendrá un éxito muy incompleto. Pues bien, estas personas no pueden volver sinceramente al Cristianismo sino por medio de las mujeres.

Los efectos de la mala educacion que los hombres de esta clase reciben en ciertos establecimientos, no pueden ser corregidos sino por el celo ilustrado y los buenos ejemplos de las mujeres. Pero ¿cómo podrán ellas arrojar del seno de las familias las falsas ideas en materia de religion, que los hombres han introducido en ellas, si no conoce la religion más que de una manera superficial, incompleta y áun errónea? Nada es, pues, más urgente, en la época que atravesamos, que instruir á las mujeres de una manera sólida en el Cristianismo. Pero nosotros trataremos en la tercera parte de esta obra del importante asunto de la instruccion religiosa de la mujer. Entre tanto vamos á indicar otra razon por la que es necesario dedicarse á la educacion de las mujeres, tomada de las condiciones excepcionales en que se encuentra actualmente el Cristianismo en Europa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ VI.—La revolucion es el paganismo.—Estado lamentable del Cristianismo en Europa.—Sin embargo, no será desterrado de ella.—El papel que está reservado á la mujer en la restauracion católica que debe verificarse.

Eso que se llama *la revolucion*, en su verdadero sentido, no es otra cosa que la sustitucion de la duda á la certeza en la ciencia, de la dominacion á la obediencia en el derecho público, de lo útil á lo honesto en el derecho civil, y del *naturalismo* al *supernaturalismo* en la religion. Eso que se llama *la revolucion*, en su verdadero sentido, no es otra cosa que la sustitucion de las máximas de Maquiavelo á las doctrinas del Evangelio, de la fuerza al derecho, del número á la autoridad, de la razon á la fe, del hombre á Dios. Eso que se llama *la revolucion* no es, en fin, otra cosa, en su verdadero sentido, que la indiferencia absoluta en materia de religion, la negacion de toda ley moral, la concentracion de todo el hombre en la vida presente, y el olvido más completo de la vida futura; es la idolatría del poder, el furor de los destinos, la sed del oro y el culto de la carne.

Mas todo esto es pagano. Esto mismo es lo que han admitido y han seguido los paganos de todos los tiempos y lugares bajo nombres y formas diferentes. Todo esto se encuentra combinado con el culto de Xaca y de Buda entre los indios de nuestros dias, así como se encontraba combinado con el culto de Júpiter y de Vénus entre los antiguos griegos y romanos. Todo esto no es otra cosa que el constitutivo esencial del paganismo. No debe decirse, pues: «La revolucion es el progreso, la revolucion es el espíritu moderno, la revolucion es el orleanismo»; sino que se debe decir simplemente: *La revolucion es el paganismo* (1).

Pues bien, este paganismo ó esta revolucion, que, como hemos visto, son una misma cosa, habiendo comenzado por un fanatismo ciego que, al fin del siglo XV, los orientales escapados de Constantinopla trajeron é inocularon en el Occidente, fué poco á poco invadiéndolo todo; primero la filosofía, y de aquí nació el materialismo, el idealismo, el racionalismo, el panteismo ó simplemente el ateismo; despues la religion, y de aquí nació el protestantismo, y en fin, la política, y de aquí nació el despotismo y la anarquía con que tanto ha sufrido la Europa en estos últimos tiempos, y el socialismo y el comunismo, de que se halla amenazada.

(1) Monsieur Nodier dice en cierto lugar: «La revolucion francesa no fué otra cosa que la aplicacion de las ideas paganas del colegio á la sociedad.» Nada más razonable se ha dicho sobre las verdaderas causas de la revolucion francesa. Desgraciados los que no quieren comprenderlo.

Es muy sensible decirlo, pero es cierto; la Europa, á pesar de sus admirables progresos en las ciencias naturales y en la industria, se ha vuelto cuasi pagana. Á medida que se han acortado las distancias entre los diversos lugares de la tierra, se ha ido perdiendo el camino del cielo. Por medio de un trabajo infernal se ha destruido cuasi enteramente el Cristianismo en Europa. Se encuentra todavía en muchos pueblos una gran multitud de hombres y de mujeres cristianos, pero apénas quedan pueblos cristianos. Las instituciones son las que forman los pueblos. Pues bien, las instituciones de la Europa moderna, con cortas excepciones, no son ya cristianas, sino paganas, segun el espíritu y la letra; y por consiguiente, los pueblos que se las han dado lo son igualmente. Ellos cuasi no son cristianos más que en el nombre, pero en cuanto á las ideas, á las máximas, á las preocupaciones, á los usos y á las costumbres, son paganos, y áun en ciertos lugares son paganos de la peor especie, paganos civilizados, es decir, paganos que han abusado de la civilizacion hasta el punto de haberse vuelto incrédulos, que es lo que constituye el paganismo en su más alta potencia, en su último grado.

La curacion de esta horrible gangrena moral que ha corrompido á la Europa hasta la médula de los huesos, es para ella una cuestion de vida ó de muerte. Si ella no pudiera desembarazarse del elemento pagano que la corroe y la devora, tendria infaliblemente que perecer. La civilizacion no podria salvarla, como tampoco salvó á Aténas, á Alejandría ni á Roma. Á ejemplo del Oriente, otras veces tan cristiano, perdiendo ella el reino de Dios, la gracia del Cristianismo, perderia tambien la civilizacion, de que con razon se gloría, y todos los frutos de las invenciones y del trabajo del hombre; ella no sólo se haria cosaca, sino que recaeria en la barbarie.

Esperamos que esto no sucederá. Al lado del mal que existe y que se hace en esta hermosa parte del mundo, existe y se hace tambien el bien. El Cristianismo ha echado en ella raíces demasiado profundas para que pueda ser arrancado completamente de ella.

UNIVERSIDAD AVEMARÍA DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Áun en aquellos lugares donde no existe en estado de creencia y de práctica, se encuentra todavía demasiado vivo y demasiado robusto en el estado de sentimiento, de instinto y de necesidad, para que pueda extinguirse de todo punto.

Ménos todavía creemos que la humaninad *está deseosa de una religion nueva, la religion de la razon, que debe reemplazar á la religion de la fe, y que esta nueva religion no será otra cosa que uno de los modos con que la misma Divinidad se complace en manifestarse á la humanidad, á quien ella informa.* Dejamos estas enormes extravagancias, estas estúpidas blasfemias, estas groseras impiedades á los racionalistas y á los panteistas modernos, que habiéndolas tomado de los antiguos, las publican con una imperturbable serenidad, como si fuesen doctrinas inventadas por ellos ó descubrimientos nuevos que ellos hubiesen hecho, pero sin que ellos mismos crean en ellas.

No hay más que una sola religion verdadera, así como no hay más que un solo Dios verdadero y una sola constitucion verdadera de la humanidad; y todos los demas cultos no son otra cosa que desviaciones más ó ménos grandes, alteraciones más ó ménos profundas de esta misma religion. Esta religion, la única verdadera, porque es la única santa, la única eterna y la única inmutable, como Dios, que es su Autor, es la religion católica, que, segun San Pablo, Dios manifestó por medio de su propio Hijo, despues de haberla revelado de diferentes maneras y en el estado de enigma, de figura y de profecía, á los primeros padres del género humano por medio de los profetas: *Multifariam multisque modis, loquens olim Deus Patribus per prophetis, novissime locutus est nobis in Filio.* (*Heb.*, 1). Abusando el hombre de su razon, no consultando más que á sus pasiones, ha podido oscurecer esta religion augusta, como observa Santo Tomás, en cuanto á sus consecuencias y á su aplicacion; pero no ha podido destruirla enteramente en cuanto á sus principios ni á sus fundamentos, porque Dios hizo de esta religion el patrimonio inalienable de la humanidad y la condicion esencial de su existencia; de modo que, si esta religion hubiese perecido, la humanidad hubiera perecido con ella.

Así, pues, la humanidad, considerada en su integridad moral, jamas ha dejado de creer en un solo Dios, Autor y Señor del universo, en ciertos espíritus incorpóreos, buenos ó malos, dependientes de este Dios único, y sumisos á su autoridad; en la inmortalidad del alma, en la eficacia de los sufragios en favor de los difuntos, en la necesidad de una expiacion divina, del sacrificio, de la penitencia y de la oracion; y finalmente, en la existencia de una ley divina, cuya observancia hace al hombre virtuoso, y cuya violacion lo hace criminal; y estos dogmas augustos, que sólo en el seno del Catolicismo se encuentran en toda su pureza y en toda su perfeccion, se encuentran más ó ménos alterados, más ó ménos mezclados con invenciones humanas en todos los pueblos de la tierra, y forman la base de todas las religiones.

El hombre, pues, no será bastante poderoso para destruir en lo sucesivo esta religion, que no ha podido destruir en los seis mil años pasados. Esta religion, que recibió en sus brazos á la humanidad al tiempo de nacer, asistirá á sus funerales y cerrará su tumba; y por consiguiente, por más que se haga y por más que se diga, el Catolicismo nada tiene que temer de los grandes acontecimientos que se preparan en Europa; por el contrario, él volverá el órden á la Europa y le dará nueva vida.

¿Y no estamos viendo desde ahora un inmenso trabajo de restauracion, que se efectúa en silencio y por una mano invisible y omnipotente, áun en medio de las ruinas? ¿No estamos viendo que todo lo que se hace, todo lo que sucede, sirve, sin que nadie se aperciba de ello, para la reedificacion del gran edificio de la unidad católica en Europa y en todo el mundo?

La filosofía moderna, habiendo dado la vuelta á la Europa con la piqueta en la mano, para destruir todo lo que restaba aún en ella de este edificio de Dios, no ha hecho otra cosa que demoler hasta los fundamentos ese horrible edificio del hombre que se llama *protestantismo;* no ha hecho otra cosa que acabar por destruirse á sí misma. Existen todavía ciertos hombres que se llaman protestantes; pero el protestantismo, como sistema religioso, que reune á todo un pueblo en una misma creencia, no existe ya en parte alguna, porque se ha hundido en la indiferencia, que no es otra cosa que el escepticismo religioso. De la misma manera hay todavía ciertos hombres que se llaman filósofos; pero la filosofía puramente racional, considerada como ciencia, que reune un cierto número de hombres en una misma opinion, no se encuentra en ninguna parte, porque se ha hundido en el escepticismo, que no es otra cosa que la indiferencia filosófica. Tanto de una parte como de

011766

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otra no existe nada de positivo; todo es negativo, todo se ordena á una inmensa negacion; y la negacion es una destruccion en el órden intelectual, como la destruccion es una negacion en el órden físico. Y habiendo probado esta doble demolicion que sola la religion católica es afirmativa, positiva y real, ha hecho ver que ella sola es verdadera, porque *la verdad es lo que existe, así como el error es lo que no existe.*

Esos caminos de hierro, esos barcos de vapor, esos telégrafos eléctricos, ante los que desaparecen las distancias, y que trasportan con la velocidad del rayo de un extremo á otro del mundo los productos de la tierra, los prodigios de la industria, y la palabra y el pensamiento del hombre, trasportan tambien al mismo tiempo y con la misma rapidez los productos del cielo, los prodigios de la gracia, la palabra y el pensamiento de Dios.

La orgullosa Albion, impulsada por ese espíritu mercantil, que es el poderoso motor que la hace obrar, ha ocupado todos los caminos estratégicos del globo, ha forzado todos los puertos de los países infieles, y se ha establecido en ellos. Pues bien, Albion acabará, sin duda alguna, por inclinar su frente orgullosa á la obediencia del jefe de la Iglesia y por entrar en la Iglesia. Esto es tambien para ella una condicion *sine qua non* de su existencia. ¿Y quién no ve cuando este gran acontecimiento tenga lugar, por el solo hecho de hacerse católica la Inglaterra se encontrará el Catolicismo en posesion de los puntos más importantes del mundo, y que todas las puertas se hallarán abiertas y que todos los caminos llanos ante ella para que propague el Evangelio por todo el mundo? ¿Quién no ve que sólo con este fin le ha concedido Dios el imperio de los mares; y que si ella no cumple su mision *católica, apostólica y romana*, su poder colosal, cuyas bases son de barro, no teniendo razon alguna de existir, se destruirá, y la Inglaterra con él?

Y la conquista de Argelia, que ha entregado el África á los cristianos, ¿no les impone la obligacion de explotar aquella interesante comarca, no tanto en favor del Estado como en favor de la Iglesia?

Y la revolucion que en este momento aflige á la China y amenaza con su última hora á la dinastía de los Mandchules, que por espacio de dos siglos ha perseguido el Cristianismo; y la expedicion americana al Japon, que, sin apercibirse de ello, irá á destruir los obstáculos insuperables que la tenebrosa idolatría ha opuesto hasta

ahora, no tanto al comercio extranjero, como á las ideas y á la religion cristiana; y esas minas de una riqueza fabulosa que se acaban de descubrir en unos países bárbaros, y que atrayendo á ellos por la codicia del oro, y aglomerando en ellos hombres de todos los puntos de la tierra para convertirlos en un solo pueblo, sólo servirán tambien para la propagacion de una sola religion: la religion católica, la única verdadera y la única universal.

Y el protestantismo, al traducir en todas las lenguas vivas la *Biblia*, y al repartirla con profusion por toda la superficie del globo, ¿hace otra cosa, como observa M. de Maistre, que llevar por todas partes el conocimiento material de ese libro divino, facilitando de este modo su mision á los enviados de la Iglesia, que más tarde darán la inteligencia espiritual de él, que ellos solos pueden dar? En el interes de un proselitismo protestante despliega el protestantismo tanto celo y gasta tantos millones en la propagacion de la *Biblia*, y al fin este celo y estos millones sólo han de aprovechar al Catolicismo. Así fué como la version de la *Biblia* que Tolomeo, por un sentimiento de vanidad, hizo ejecutar del hebreo al griego, la lengua más conocida en el mundo antiguo, preparó preciosos elementos á la predicacion de los apóstoles y sirvió de introduccion y de prefacio á la predicacion del Evangelio en todo el mundo.

Y esa guerra de Oriente, que ha llegado tan inesperadamente, que se ha impuesto como una necesidad, á pesar de los esfuerzos que se han hecho para conjurarla, por una parte ha sido suscitada por una gran ambicion política, oculta bajo un pretexto religioso, y por la otra ha sido aceptada por un gran interes social. Pero, sean cuales fueren sus resultados, sólo aprovechará á la verdadera religion.

Tal vez esta guerra concluya por hacer que el Cristianismo sea más libre y más poderoso en Turquía, y por realizar la union de la Iglesia griega con la Iglesia latina. Esta union ha sido preparada mucho tiempo há por la ignorancia y por la corrupcion del clero griego, y la han hecho necesaria los votos y los deseos del pueblo. Tal vez los sectarios de Mahoma contribuyan por su parte á que se verifique esta union; concurriendo, sin apercibirse de ello, á servir á los intereses de Jesucristo.

Y no debe causar admiracion que Dios se sirva de los discípulos del Coran para hacer que triunfe el Evangelio, cuando vemos que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sirve del diablo para predicar el Cristianismo y vengar á la Iglesia. Voltaire dijo: «Satanas es el Cristianismo; quitad á Satanas, y cae el Cristianismo.» Estas palabras de Voltaire tienen más importancia que la que él creyó; ellas son un resúmen de la teología, de la redencion, y los teólogos no deben olvidarlas. Porque si Satanas no existe ó no tiene accion alguna en el mundo, no es cierto lo que dice San Juan, que Jesucristo vino á destruir las obras de Satanas: *Ut disolvat opera diaboli* (I, Joan., III.) Así, pues, si no hay Satanas, no hay la caida del hombre; sin la caida del hombre, no hay redencion; si no hay redencion, no hay Redentor; si no hay Redentor, no hay Cristianismo; si no hay Cristianismo, no hay religion; si no hay religion, no hay Dios. Y en efecto, comenzando por mofarse de Satanas y por negar á Satanas, ha sido como los filósofos del último siglo y los del siglo presente han acabado por burlarse de Dios y por negar á Dios. De este modo se concibe el interes que Satanas, y sus satélites tienen en que se mofen de ellos y se niegue su existencia. Negándolos, se les sirve mejor que adorándolos; porque los idólatras, al adorar á Satanas, no dejan por eso de creer en Dios, Señor supremo de todo y áun del mismo Satanas, miéntras que los filósofos, negando á Satanas, niegan á Dios; y esta negacion es el último fin de todas las obras de Satanas y el colmo de sus deseos. Por el contrario, todo hombre lógico, creyendo que existe Satanas, debe creer necesariamente en Jesucristo, debe creer en el Cristianismo, debe creer en la Iglesia. No debemos hacernos ilusion sobre los designios de la Providencia al permitir esos millares de hechos de las mesas *que hablan y que escriben*, de los cuales, si *uno solo* es cierto, no es posible negar la existencia de ciertos espíritus extraños al hombre, y que obran por medio de los cuerpos para engañar al hombre; y por consiguiente, tampoco será posible negar la verdad de la doctrina verdadera de la Iglesia y la sabiduría de la legislacion sobre esta materia, que se ha puesto en ridículo con el fin de ridiculizar la Iglesia; y en este supuesto, el Catolicismo, como lo hemos dicho en otro lugar (1), acabará por ser restable-

(1) «Yo no soy profeta, ni sé lo que la misericordia ó la justicia de Dios nos prepara; pero tiemblo por el presente, como vos, y sin embargo espero en el porvenir, porque estoy viendo que de todas esas cosas salen lecciones maravillosas. De ahí sale, en efecto, la justificacion del Evangelio y de la fe, la condenacion definitiva del racionalismo destruido por esos hechos, y por consiguiente la glorificacion próxima de todo el pasado de la verdadera Iglesia, y áun de la Edad Media, tan calumniada y tan revestida gratuitamente de tinieblas. Los acontecimientos políticos de estos últimos tiempos se habian encargado de dar la razon á la Edad Media bajo el aspecto de buen sentido en materia de gobierno; y ved aquí unos hechos de una naturaleza muy extraña, que vienen á vengarla de las acusaciones de supersticiosa credulidad: esta reparacion era necesaria.» (Carta del P. Ventura á M. de Merville, que se halla al principio de la obra *De los Espíritus*, etc.)

cido en todas partes y por triunfar completamente de las burlas sacrílegas de sus estúpidos adversarios. En la imposibilidad de contestar al hecho de que *el lenguaje y la escritura de las mesas es obra de una inteligencia*, supuesto que la ciencia lo ha reconocido así, se ha pretendido explicar este fenómeno con la extravagancia de que la inteligencia del hombre es la que *toca* la mesa, la que, con este mismo tocamiento, habla y escribe por medio de la mesa cosas que ella no sabe, y que ella es quien hace obrar la mesa. Así, pues, como nosotros lo hemos echado en cara á uno de esos fenómenos de credulidad, se encuentran hombres que, no queriendo creer el sublime misterio del Dios hecho Hombre, aceptan con la mayor facilidad el misterio absurdo de *la inteligencia humana convirtiéndose en mesa*.

Por otra parte, Dios es bueno y misericordioso, y no permitirá que la Europa pierda, con el Cristianismo, que por espacio de tantos siglos ha constituido su fuerza y su gloria, el precioso patrimonio de la civilizacion cristiana, que, á costa de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios, ha procurado proporcionar á todos los pueblos y propagar por todo el mundo. Dios se compadecerá de esta comarca que ha elegido por centro de la verdadera religion, y en un tiempo dado la curará; aunque, habiéndose infiltrado el elemento pagano por todas partes, y habiéndose identificado con todo, podrá suceder que no pueda ser arrojado de Europa sino con remedios violentos; podrá suceder que la Europa, semejante á un enfermo acometido por la gangrena, y que no puede ser curado sino por el hierro ó el fuego, para ser renovada, regenerada y suscitada á la fe, que es su vida, tenga que sufrir rudas pruebas, y le estén reservadas grandes desgracias y grandes dolores. Pero cuando, por medios que nadie puede pensar, una mano invisible haya quitado esa capa cenagosa de paganismo, que todo lo cubre, que todo lo mancha, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo lo corrompe y que amenaza destruir todo gérmen de Cristianismo, eso precioso gérmen, libre del funesto terreno de aluvion que lo ahoga, brotará más vigoroso y más robusto, crecerá rápidamente y se convertirá en árbol majestuoso de la *ciencia del bien*, del verdadero progreso, de la resurreccion y de la vida.

En cuanto al clero, si una crísis religiosa se verifica, él será la primera víctima; porque Dios, en este género de pruebas, *comienza siempre por el santuario*. (Ezech., IX.) La Iglesia sufrirá tal vez, en la persona del sacerdote, un nuevo bautismo de sangre, que la purificará más y más, que le hará rejuvenecerse, y que la salvará, como siempre, en el momento mismo en que parezca que va á perecer. Lo que nos parece muy probable es que, como el clero podrá ser dispensado y reducido, á pesar de su celo, á no poder hacer otra cosa que sufrir, la accion religiosa quedará entónces en manos de la mujer católica, y ella será la que, en cierta manera y en cuanto le sea posible, reemplazará momentáneamente la accion del clero, que parecerá haber desaparecido. Esto se ha visto ya muchas veces y puede volverse á ver.

La mujer ha participado del paganismo ménos que el hombre. Ella no ha experimentado sus efectos sino de rechazo; ella lo ha sufrido, pero no lo ha amado ni lo ha acariciado; ella no lo defiende ni lo diviniza. Este triste papel se ha reservado al hombre. Ella es la primera víctima del paganismo y no puede creerlo. El Cristianismo, arrojado de todas las posiciones que ocupaba en la sociedad europea, se ha refugiado en el corazon de la mujer católica, verdadero santuario del pudor y de la devocion, y, por consiguiente, digno de que en él habite la religion de la santidad y del amor. En las grandes solemnidades de la Iglesia, de cien personas que se acercan á la sagrada mesa, se ve apénas un hombre, y todas las demas son mujeres. De aquí es fácil deducir que el número de los verdaderos cristianos entre los hombres es el de uno por ciento en comparacion de las mujeres. Y estando las mujeres cuasi solas para conservar el Cristianismo, estarán tambien cuasi solas para restablecerlo, si llega el caso. La mujer fué la que salvó el Catolicismo en Francia al fin del siglo XVIII, y ella será tambien la que lo salvará en Europa al fin del siglo XIX.

Al lado de un trabajo infernal de demolicion de todas las creencias y de todas las prácticas cristianas, se apercibe un trabajo celestial de reconstruccion de esas mismas creencias y esas mismas prácticas, y este trabajo se hace en secreto principalmente por las mujeres. De modo que nos parece indudable que la mujer va á desempeñar un papel muy importante en la gran restauracion católica que salvará á la Europa, y á la que concurren de acuerdo la industria y la política, el protestantismo y el cisma, las ciencias naturales y la filosofía.

Es, pues, muy importante en la actualidad ocuparse sériamente de la mujer, á fin de educarla y hacerla apta para la gran mision á que está llamada. Nosotros creemos que la verdadera *escuela de las mujeres* (1) no está en el teatro, sino en la Iglesia; no está en la lectura de las comedias, sino en el conocimiento del Evangelio, ese espejo divino que representa la imágen fiel de la mujer sábia, grande, sublime y perfecta; de la mujer tal como debe ser para que sea un medio de edificacion, un ministro de ventura para la religion, para la familia y para la sociedad.

§ VII. — La importancia especial del Catolicismo para la mujer, probada por el estado de degradacion y de opresion á la mujer en todos los pueblos extraños á la verdadera religion. — El paganismo es necesariamente hostil á la mujer. — Triste condicion de la mujer en los antiguos pueblos. — El matrimonio entre los árabes.

Pero, ademas de las circunstancias excepcionales en que se encuentra la Europa, y que exigen que se eduque á la mujer de una manera especial, no sólo el interes de la familia y del Estado, sino el interes bien entendido de la mujer misma, exige que se eduque cuidadosamente en el Catolicismo, y que ella misma trabaje con todas sus fuerzas para mantener, para afirmar y propagar el Catolicismo.

Uno de los espectáculos más odiosos y repugnantes que nos presenta la historia de la humanidad es el de la triste condicion de la mujer ántes de la venida de Jesucristo, lo mismo que en aquellos

(1) Alude aquí el autor á la comedia de Molière titulada *La Escuela de las mujeres*, y á otras comedias del mismo género, en las que la mujer sólo aprende á hacerse presumida, de lo cual no tiene necesidad, á engañar á su marido y á olvidar impunemente sus deberes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo lo corrompe y que amenaza destruir todo gérmen de Cristianismo, eso precioso gérmen, libre del funesto terreno de aluvion que lo ahoga, brotará más vigoroso y más robusto, crecerá rápidamente y se convertirá en árbol majestuoso de la *ciencia del bien*, del verdadero progreso, de la resurreccion y de la vida.

En cuanto al clero, si una crísis religiosa se verifica, él será la primera víctima; porque Dios, en este género de pruebas, *comienza siempre por el santuario*. (Ezech., IX.) La Iglesia sufrirá tal vez, en la persona del sacerdote, un nuevo bautismo de sangre, que la purificará más y más, que le hará rejuvenecerse, y que la salvará, como siempre, en el momento mismo en que parezca que va á perecer. Lo que nos parece muy probable es que, como el clero podrá ser dispensado y reducido, á pesar de su celo, á no poder hacer otra cosa que sufrir, la accion religiosa quedará entónces en manos de la mujer católica, y ella será la que, en cierta manera y en cuanto le sea posible, reemplazará momentáneamente la accion del clero, que parecerá haber desaparecido. Esto se ha visto ya muchas veces y puede volverse á ver.

La mujer ha participado del paganismo ménos que el hombre. Ella no ha experimentado sus efectos sino de rechazo; ella lo ha sufrido, pero no lo ha amado ni lo ha acariciado; ella no lo defiende ni lo diviniza. Este triste papel se ha reservado al hombre. Ella es la primera víctima del paganismo y no puede creerlo. El Cristianismo, arrojado de todas las posiciones que ocupaba en la sociedad europea, se ha refugiado en el corazon de la mujer católica, verdadero santuario del pudor y de la devocion, y, por consiguiente, digno de que en él habite la religion de la santidad y del amor. En las grandes solemnidades de la Iglesia, de cien personas que se acercan á la sagrada mesa, se ve apénas un hombre, y todas las demas son mujeres. De aquí es fácil deducir que el número de los verdaderos cristianos entre los hombres es el de uno por ciento en comparacion de las mujeres. Y estando las mujeres cuasi solas para conservar el Cristianismo, estarán tambien cuasi solas para restablecerlo, si llega el caso. La mujer fué la que salvó el Catolicismo en Francia al fin del siglo XVIII, y ella será tambien la que lo salvará en Europa al fin del siglo XIX.

Al lado de un trabajo infernal de demolicion de todas las creencias y de todas las prácticas cristianas, se apercibe un trabajo celestial de reconstruccion de esas mismas creencias y esas mismas prácticas, y este trabajo se hace en secreto principalmente por las mujeres. De modo que nos parece indudable que la mujer va á desempeñar un papel muy importante en la gran restauracion católica que salvará á la Europa, y á la que concurren de acuerdo la industria y la política, el protestantismo y el cisma, las ciencias naturales y la filosofía.

Es, pues, muy importante en la actualidad ocuparse sériamente de la mujer, á fin de educarla y hacerla apta para la gran mision á que está llamada. Nosotros creemos que la verdadera *escuela de las mujeres* (1) no está en el teatro, sino en la Iglesia; no está en la lectura de las comedias, sino en el conocimiento del Evangelio, ese espejo divino que representa la imágen fiel de la mujer sábia, grande, sublime y perfecta; de la mujer tal como debe ser para que sea un medio de edificacion, un ministro de ventura para la religion, para la familia y para la sociedad.

§ VII. — La importancia especial del Catolicismo para la mujer, probada por el estado de degradacion y de opresion á la mujer en todos los pueblos extraños á la verdadera religion. — El paganismo es necesariamente hostil á la mujer. — Triste condicion de la mujer en los antiguos pueblos. — El matrimonio entre los árabes.

Pero, ademas de las circunstancias excepcionales en que se encuentra la Europa, y que exigen que se eduque á la mujer de una manera especial, no sólo el interes de la familia y del Estado, sino el interes bien entendido de la mujer misma, exige que se eduque cuidadosamente en el Catolicismo, y que ella misma trabaje con todas sus fuerzas para mantener, para afirmar y propagar el Catolicismo.

Uno de los espectáculos más odiosos y repugnantes que nos presenta la historia de la humanidad es el de la triste condicion de la mujer ántes de la venida de Jesucristo, lo mismo que en aquellos

(1) Alude aquí el autor á la comedia de Molière titulada *La Escuela de las mujeres*, y á otras comedias del mismo género, en las que la mujer sólo aprende á hacerse presumida, de lo cual no tiene necesidad, á engañar á su marido y á olvidar impunemente sus deberes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

países donde no se conoce ni se adora á Jesucristo como debe ser conocido y adorado. Así como la historia de la verdadera Iglesia es en gran parte la historia de la grandeza y de la gloria de la mujer, de la misma manera la historia de las falsas religiones y de las herejías es la historia de sus desgracias, de su degradacion y de su humillacion, bajo el aspecto de su personalidad civil y humana.

Como si ella no hubiera tenido bastante con el anatema que se le habia fulminado en la persona de la desventurada Eva; como si no hubiera tenido bastante con los dos castigos que este mismo anatema hacía pesar sobre ella, *de estar sujeta siempre al hombre*, *y de dar á luz sus hijos con dolor* (*Genes.*, III), el hombre, apóstata de la verdadera religion, abusando escandalosamente de su dignidad y de su fuerza, ha considerado siempre y en todas partes como un deber, y se ha complacido cruelmente en envilecer á la mujer y en tratarla como al más depravado y al más despreciable de todos los seres.

En oposicion á la verdadera religion, cuyo autor es Dios, que ordena la represion de la fuerza y el respeto á la debilidad en las relaciones mutuas de los hombres, el paganismo, la religion que el hombre inventó para satisfacer sus goces y sus pasiones, sólo inspira la opresion de la debilidad y la consagracion y la apoteósis de la fuerza. Así, pues, tan pronto como esta extraña religion, esta obra maestra de la necedad y de la impiedad del hombre, se estableció en el mundo, la mujer, débil físicamente con respecto al hombre, fué la primera que experimentó en todo su rigor los terribles efectos del privilegio que la fuerza se habia atribuido en perjuicio de la debilidad. En todas las naciones idólatras, así como el padre era un déspota y el hijo una víctima, la mujer era una esclava, y áun mucho más esclava que el hombre cuando caia en la esclavitud; ella no era más que una *cosa*, ó más bien, ella era la más triste, la más funesta y la más despreciable de todas las *cosas*.

La *unidad*, la *indisolubilidad* y la *santidad* del matrimonio dan á la mujer un sér propio, una personalidad propia, le aseguran una posicion honrosa en la familia y en el Estado, y forman su grandeza y su dignidad. Una vez abolida la unidad del matrimonio por la poligamia, quebrantada su indisolubilidad por el divorcio ó profanada su santidad por la prostitucion, la mujer, en la sociedad doméstica, no es ya una persona que tiene grandes derechos é importantes deberes; ella no es más que un instrumento de placer para el hombre, una *cosa* puramente pasiva, despojada de todos los derechos de la personalidad humana, del *yo* humano, despojada aún del poder de querer por sí misma, de pensar en sí misma y de existir por sí misma. Esto fué precisamente lo que sucedió desde que el paganismo arrojó de la familia la unidad, la indisolubilidad y la santidad del matrimonio, y convirtió esta gran institucion divina, principio y base de la sociedad, en un hecho puramente humano, cuyas condiciones imponia el hombre solo, y cuyas utilidades se apropiaba; en una union vaga, pasajera y accidental de los dos sexos, poco más ó ménos que la que tiene lugar entre los brutos, á excepcion de que el hombre se servía de la mujer por el tiempo que le parecia, y despues la arrojaba de sí, lo cual no hace el bruto.

Así como en los pueblos en el estado nómada y doméstico la mujer no era más que una propiedad, una cosa privada en manos de su dueño, de la misma manera en los pueblos constituidos en sociedad civil, la mujer no era más que una propiedad, una cosa pública en manos del soberano, que se servía de ella para recompensar al hombre de las molestias que le causaba el servicio del Estado; porque en esos mismos pueblos todo el hombre que no tenía el poder público era una propiedad del Estado. Así, pues, entre los babilonios, los fenicios, los tracios, los mogoles y los espartanos, la prostitucion era obligatoria para todas las mujeres, como el servicio militar para todos los hombres. En algunos pueblos, como entre los armenios, se consagraban las jóvenes á una diosa, se las encerraba en ciertos templos, convertidos en harenes, en serrallos públicos, de donde no podian salir para desposarse con un hombre sino despues de haber pasado cierto número de años sirviendo al público en cualidad de mujeres públicas; así como los hombres no eran dueños de sí mismos ni podian establecerse sino despues de haber servido al público como soldados. Pero el Estado, que no se mezclaba en el establecimiento de los hombres, se habia reservado el derecho de establecer las mujeres; porque él era quien casaba á las doncellas que habian dejado de serlo, vendiéndolas en pública almoneda, como á un vil rebaño. Muchas veces, como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en Lidia, se las degradaba en público, y el precio de la deshonra era la dote y la condicion del matrimonio (1).

Por lo demas, la venta de la mujer estaba admitida en todos los pueblos de la antigüedad. Vendida por sus padres á aquel que queria casarse con ella, se hacía su *propiedad mobiliaria*, y sufria todas las consecuencias de esta condicion. Ella era vendida ó muerta por su marido, segun se le antojaba.

Aun el matrimonio mismo, en cuasi todos los pueblos asiáticos, no era otra cosa para la mujer que un largo y cruel martirio, que sólo se terminaba por la inmolacion de la víctima. Si ella tenía la desgracia de envejecer en vida de su marido, ó más bien, de su tirano; tenía éste el derecho de deshacerse de ella por medio de la extrangulacion, como se mata una bestia cuando no se halla ya en estado de poder servir. Si el marido llegaba á morir, se inmolaban sobre su tumba todas sus mujeres, ó al ménos aquellas que más amaba. Muchas veces el mismo padre de la esposa era quien degollaba con sus propias manos á su hija sobre el sepulcro de su yerno.

Todos saben que entre los indios el sacrificio de la mujer se halla en uso aún en el dia de hoy. Se obliga á la mujer, como lo hemos dicho ántes, á dejarse quemar en la misma hoguera donde se quema el cadáver de su marido, teniéndole en sus brazos. Los tártaros hacian lo mismo. En algunos pueblos, por abreviar, no se daba á la mujer el trabajo de morir; sino que se la enterraba viva con los restos de su marido.

Entre los partos, matar á su mujer, y áun á su hermana ó á su hija, era para el hombre una cosa tan indiferente como matar un gato. En general, en cuasi todos los pueblos paganos, el derecho de vida ó muerte estaba reconocido y garantido por las leyes al marido sobre su mujer, como al padre sobre sus hijos. Así, pues, no contento el hombre con haberse constituido señor absoluto de su mujer; se habia constituido tambien en juez de ella, y ya se sabe lo que es el juicio de un tirano.

Los egipcios habian quitado á los hijos la obligacion de alimentar á sus padres ancianos, y habian dejado esta obligacion sólo á las hijas, las cuales la cumplian vendiendo su honor.

(1) Las pruebas y los documentos de lo que hemos dicho y dirémos en adelante sobre este triste asunto, pueden verse en la *Historia de la familia*, del abate Gaume, que hemos citado más arriba, en la que este sabio autor ha tratado extensamente esta materia, que nosotros no podemos tratar más que de paso.

Entre los árabes, cuando en una tribu habia más mujeres que las que se necesitaban, mataban todas las que nacian, ó las enterraban vivas en una fosa pública destinada á este uso, á la manera que cuando una perra pare mayor número de perros que los que el dueño necesita, se los quita y los mata. Porque, en efecto, en todos los pueblos paganos se hacía ménos aprecio de una mujer que de una burra, y áun que de una perra. Despues que se habia abusado de ella, se la maltrataba de todos los modos posibles.

Entre los galos, lo mismo que entre los germanos, la mujer era, á los ojos de la ley, la esclava del hombre, que debia trabajar para su marido miéntras él vivia, y despues de su muerte se debia matar sobre su tumba para ir á servirle al otro mundo. Esta horrible legislacion no era otra cosa que el reflejo de este dogma religioso, más horrible aún, que el pueblo profesaba: *La mujer es un sér impuro, y por consiguiente, excluido para siempre del* Valhabia *ó del* Paraíso de Odin, *á no ser que ella misma se dé la muerte para ir á reunirse á su esposo*. En esos mismos pueblos se trataba á las mujeres como á verdaderas bestias de carga; ellas eran las que estaban obligadas á labrar la tierra y á llevar sobre sus hombros las cargas más pesadas. Y ¿no se ven aún, en el dia de hoy, en ciertos países del África, al fiero árabe caminando á caballo, y su mujer siguiéndole á pié, anhelante y fatigada por la carrera, y agobiada bajo el peso del fardo con que su marido la ha cargado para aligerar á su caballo?

Mas ved aquí otros detalles que un periódico grave publica en estos momentos sobre el matrimonio entre los árabes de nuestros dias:

«En Europa, dice, el matrimonio es un contrato de buena fe entre el hombre y la mujer. Ésta, sobre todo, se ve rodeada de las atenciones y los miramientos de su marido, que generalmente hace todos los esfuerzos posibles para proporcionarle la vida más cómoda y agradable.

»No sucede lo mismo en África, sobre todo en las tribus que no tienen idea alguna de la civilizacion europea. El hombre no se casa por el deseo de tener una compañera, sino con el solo objeto de tener una esclava que provea á todas sus necesidades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

» Ved aquí cómo se contratan ordinariamente los matrimonios en aquellas tribus.

» El hombre á la edad de quince años comienza á estar á cargo de su familia; entónces se le hace conocer la necesidad de crearse una posicion, que consiste en tomar una mujer.

» La madre ó el padre del jóven, con el consentimiento de éste, sale en busca de una mujer; y cuando creen haber encontrado lo que les conviene, se presentan al padre de la jóven, y despues del saludo de costumbre, se entabla el diálogo siguiente:

» —¿Teneis una hija?

» —Sí.

» —Pues nosotros tenemos un hijo.

» —Sea enhorabuena.

» —Á quien queremos casar.

» —Está muy bien.

» —Con vuestra hija, si sois hombre con quien se puede hacer negocio.

» —Tal vez podrémos entendernos.

» —¿Cuánto es lo que vos quereis? ¿Cuáles son vuestras condiciones?

» —Mi hija sabe guisar, sabe tejer admirablemente, lava muy bien, y reune, en una palabra, todas las cualidades que puede un hombre desear.

» —Sí, ya lo sé; pero no me decís vuestras condiciones.

» —Mi hija tiene en toda la tribu una gran reputacion de virtud.....

» —¡Vuestras condiciones! Este es el punto más importante.

» —Todas las cualidades de mi hija no podrian pagarse como se deben; sin embargo, como yo no soy muy amigo de hacer negocio, y quiero tratar con vos, y la prueba de esto es que tal y tal persona me están instando sobre lo mismo, os daré la preferencia por cuarenta duros.

» —Esa es una cantidad fabulosa; será imposible que nos entendamos si no bajais el precio.

» Para terminar este diálogo, el matrimonio se concluye ordinariamente con una rebaja muy considerable. Así es que, de cuarenta duros, bajan muchas veces hastá diez, y algunas veces hasta cinco.

» Entónces la jóven es conducida á casa de su comprador, quiero decir, de su marido, y allí entra inmediatamente en el desempeño de sus funciones.

» La mujer árabe, en la tienda de su marido, hace las veces de molinero: ella pasa la mayor parte del dia moliendo el trigo en un pequeño molino de mano; de panadera, de cocinera, de pastelera, de cafetera, de tejedora, de sastre y áun de albañil. Ella es tambien quien va á buscar la leña, quien lleva los animales al campo, etc.

» El hombre no hace absolutamente nada. Miéntras que la mujer trabaja, él está sentado junto á su tienda bebiendo las tazas de café que su mujer le prepara. Tal es la posicion que se crea un jóven cuando se casa.» (*La Patrie*, 26 de Abril de 1854.)

En estos matrimonios, como hemos visto, el pensamiento del marido no se dirige á la mujer como sér inteligente, como sér moral, como sér llamado á formar una sociedad con el hombre, sino á las cualidades físicas de la mujer, á su aptitud para las cosas materiales. El marido no compra en su mujer más que una sirvienta para las necesidades de su vida animal, y no una AYUDA, *adjutorium*, para las nobles funciones de la paternidad, que elevan al hombre hasta asociarle á las funciones del Dios criador. Él no compra más que una máquina animada, una bestia que anda en dos piés, y que, por lo mismo, es más á propósito para ciertos quehaceres domésticos que las otras bestias que andan en cuatro piés; pero bajo otros aspectos, cree comprar una bestia ménos útil; porque, pagando treinta duros por un caballo, pocas veces pagan más de diez por una mujer, y porque lo mismo á su caballo que á su mujer los estima en proporcion de la cantidad que les han costado.

Y si esto sucede en nuestros dias, en presencia de la posicion honrosa en que la civilizacion cristiana ha constituido á la mujer entre los europeos, puede juzgarse cuál sería la condicion de esta desventurada criatura ántes del establecimiento del Cristianismo, cuando no habia vestigios ni áun ideas de esta civilizacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ VIII. — Continuacion del mismo asunto. — Condicion no ménos deplorable de la mujer entre los antiguos griegos. — La filosofía impulsó al hombre á la opresion de la mujer. — La mujer pagana en Roma. — La facilidad con que era repudiada ó muerta por su marido. — El infanticidio, que se cometia ante sus ojos. — El aborto, autorizado por los filósofos y por las leyes. — Horribles angustias á que estaba condenada la mujer pagana.

Cualquiera creeria que, al ménos entre los griegos, cuyas sábias leyes, cuya cultura y cuya civilizacion tanto se ha ponderado, la condicion de la mujer hubiese sido ménos deplorable; pero nada de esto. La prostitucion pública estaba mandada por las leyes y consagrada por la religion. En Corinto, en un solo templo de Vénus, á quien la ciudad estaba dedicada, habia por lo ménos mil prostitutas constantemente, que las familias más distinguidas estaban obligadas á ofrecer á la diosa tutelar para la comodidad de los devotos que iban á honrarla, en atencion á que Vénus no podia ser honrada más dignamente que con la prostitucion. Es verdad que aquellas jóvenes desenvueltas, dignas sacerdotisas de tal diosa, tenian ellas solas el derecho de presentarle los homenajes y las preces de los adoradores, y de atraer sobre ellos su proteccion; es verdad que ellas se hacian pagar bien caros sus favores y su mediacion, particularmente por los extranjeros, lo cual habia dado lugar al proverbio que decia: *No es dado á todos ir á Corinto*; mas aquellos honores y aquellas utilidades no podian borrar la vergüenza de semejante ministerio, ni impedir que la conciencia pública lo mirase como una prueba de la degradacion de la mujer.

El amor infame, como nos lo atestigua el *moral* Plutarco, confesando que él mismo se entregaba á él, estaba consagrado en Aténas por el ejemplo de los sabios, con Sócrates, Platon y Zenon á la cabeza de ellos; y de aquí nacia tambien el tedio que inspiraba la mujer y el desprecio con que se la miraba. Se la compraba para tener hijos, arrojándola inmediatamente despues á la plaza pública, ó destruyéndola como un mueble inútil. Entre tanto se usaba de ella como de una cosa, como de una propiedad, como de una esclava; porque ninguna diferencia legal existia entre la mujer casada y la mujer esclava. Así que se cedia con la misma indiferencia el usufructo de la una y de la otra al primero que llegaba á la casa. Este era uno de los rasgos de hospitalidad que se daban en

las principales casas; éste era un rasgo de cultura y de buen tono Finalmente, en aquel pueblo, cuyas ciencias, cuya literatura, cuyas artes y cuyas costumbres se admiran tanto, no habia crímen, no habia crueldad, no habia infamia de que el hombre no tuviese un derecho absoluto sobre la mujer, y que, para vergüenza de su sexo, no ejercitase con toda libertad.

Para colmo de desgracias, la filosofía, siempre muda respecto á la suerte de los esclavos, si no era para rebajarlos cada vez más á los ojos de sus señores, no fué más humana para con la mujer, contribuyendo con sus horribles doctrinas á hacerla cada vez más despreciable á los ojos del hombre. Segun Pitágoras, el universo es obra del principio bueno, que crió el *órden*, la *luz* y el *hombre*, y del principio malo, que formó el *desórden*, las *tinieblas* y la *mujer*. Otros filósofos no fueron más generosos con las desventuradas hijas de Eva. La mujer, segun ellos, no es otra cosa que una triste necesidad, una carga, un azote, una calamidad en la familia, un sér impuro, despreciable y abominable, el orígen del mal, y el mal mismo, personificado bajo una forma sensible. La filosofía griega, á imitacion de la filosofía india, china, persa y egipcia, fué siempre inexorable con la mujer; jamas abrió la boca para tratar de ella, que no fuese para degradarla y maldecirla. Se comprende lo que debia ser para esta desventurada criatura el hombre, á cuya disposicion habia puesto la filosofía el despotismo, el capricho y la crueldad. La patria de Perícles, lo mismo que los países más bárbaros del mundo, no era otra cosa que el infierno de las mujeres.

En Roma, miéntras que la religion primitiva, la religion de Dios, se conservó pura con la ayuda de las costumbres y de las tradiciones, y la religion secundaria, la idolatría, permaneció cuasi desconocida, la mujer conservó mucho de su grandeza y de su dignidad. La madre de familias (*mater-familias*), lo mismo que la viuda de un solo marido (*univira*), y sobre todo la vírgen, estaban en veneracion; pero cuando, de resultas de las conquistas que Roma hizo en África, en Asia y en Grecia, se introdujo en ella el paganismo, con el infame cortejo de sus doctrinas y de sus costumbres, la constitucion de la familia sufrió un gran trastorno y la condicion de la mujer se hizo en ella tan deplorable como en todos los demas países. Desde la cuna al sepulcro, su vida fué una serie no interrumpida de humillaciones, de sufrimientos y de dolores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habiendo concedido las leyes al hombre el derecho de divorcio, usó de él con la mayor libertad. Se repudiaban las mujeres, no sólo por causa de esterilidad ó por incompatibilidad de caractéres, sino por los motivos más vergonzosos, por los pretextos más frívolos. Sempronio repudió á su mujer porque habia asistido una sola vez al espectáculo sin su permiso; Sulpicio repudió á la suya porque la encontró en la calle sin velo. Un dia preguntaron á Paulo Emilio por qué se habia divorciado de su mujer, y el grave cónsul, extendiendo las piernas, respondió con sonrisa: «Por Hércules, yo he hecho lo que se hace con un zapato cuando molesta al pié.» Pompeyo repudió á su mujer para casarse con la hija de Sila, y conciliarse de este modo la amistad del padre. El autor, tan admirado, de los libros *De los deberes* (*De officiis*), Ciceron, no sabiendo cómo pagar sus deudas, no encontró otro medio mejor, en su sabiduría filosófica, que el de repudiar á Terencia, que habia hecho los mayores sacrificios para hacer que le levantasen el destierro, y casarse con una mujer rica, á quien repudió tambien despues de haberle gastado la dote. Catón, el santo de la época, llevó más léjos su infamia: al repudiar á su mujer, tuvo cuidado, ántes que ella saliese de su casa, de hacerla deshonrar por sus esclavos. Augusto, el reformador de las costumbres públicas, repudió tambien á la virtuosa Scribonia para casarse con Libia, aquella descarada prostituta que convirtió el palacio imperial en un lugar de prostitucion accesible á todo el mundo. Estas eran unas personas graves, y sin embargo, se burlaban así de las santas leyes de la familia. Por eso se puede conjeturar cuál debia ser entre otras personas, que no eran tan escrupulosas, el desprecio de las mujeres, consagrado por semejantes ejemplos.

Envejecer ó dejar de agradar era un crímen para la mujer romana. «No es una esposa lo que el hombre busca cuando se casa, sino un rostro agradable. Que los ojos pierdan un poco de su viveza, que el esmalte de los dientes se empañe, que la piel pierda su tersura, que aparezcan dos ó tres arrugas, y todo se acaba entre el marido y la mujer.» Se repudiaba á la mujer sin ninguna formalidad. Un criado de casa iba á decirle, en nombre del señor: «Idos de aquí»; y todo estaba dicho. Segun el citado autor, Publio, al repudiar á su mujer, no hizo otra cosa que mandarla decir por medio de un esclavo: «Mujer, vos moqueais mucho; marchaos al mo-

mento. Nosotros esperamos una nariz ménos húmeda para que os reemplace.»

Es necesario convenir que no se podia llevar más lejos el desprecio de la mujer, ni mofarse de una manera más escandalosa de los lazos más sagrados.

Mas si la mujer habia dado motivo á la menor sospecha de infidelidad, y habia excitado los celos del marido, era otra cosa muy diferente. Entónces se la despojaba de todos sus vestidos, y los esclavos la acompañaban al echarla de casa, azotándola por todas las calles hasta el lugar de su nueva morada. Y este castigo era un rasgo de clemencia; porque en tales casos, verdaderos ó supuestos, el marido podia matarla, en atencion á que en Roma el marido tenía sobre su mujer el mismo derecho de vida ó muerte que tenía sobre sus esclavos y sobre sus hijos.

Inútil es decir que en las relaciones de la mujer con un esposo semejante no se encontraba ese cariño mutuo ni esos sentimientos de respeto, de confianza y de amor que hacen tolerable la severidad de las leyes del matrimonio y forman la felicidad de los cónyuges. Todas las relaciones de aquellos matrimonios podian resumirse en estas dos palabras: *brutalidad* por una parte y *temor servil* por otra. Tal era el verdadero espíritu de la familia romana. Los tiernos afectos del esposo habian sido reemplazados por la dureza del señor. La mujer se veia obligada á temblar ante su compañero, como una esclava; porque podia á cada instante ser obligada á sufrir los tratamientos más crueles, y ser arrojada de la casa despues de haber perdido su juventud, su belleza, su dote y cuanto ella tenía de más precioso á los ojos del mundo, para ir á morir de hambre ó á vivir en la deshonra. Es necesario confesar que la hembra del tigre es ménos desgraciada en su caverna que la compñera del hombre lo era en un palacio romano.

Pero la mujer en el *pueblo-rey* estaba condenada á un suplicio mucho más atroz todavía, al suplicio de ver que le arrancaban sus propios hijos para darles muerte áun á su presencia misma. Cuando un niño acababa de nacer, la partera lo depositaba á los piés del padre. Si éste, *elevándolo* (1) del suelo, lo tomaba en sus brazos para

(1) De aquí la palabra *elevar* se hizo sinónima de la palabra *educar*, en todas las lenguas modernas hijas de la latina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entregarlo á su nodriza ó á su madre, el recien nacido era conservado por entónces, salvo siempre el derecho que tenía el padre de deshacerse de él despues, vendiéndole ó matándole con su propia mano. Pero si el padre, apartando la vista del recien nacido, lo dejaba en el suelo, se le ahogaba, se le exponia en la calle ó se le arrojaba, como la inmundicia, en la cloaca máxima ó en el rio.

Si al partir el marido para un largo viaje dejaba á su mujer encinta, no se olvidaba de decirle con una horrible sangre fria: «Si durante mi ausencia pares una hija, mátala.»

Una ley mandaba degollar todos los niños que nacian con alguna deformidad. «Es costumbre entre nosotros, decia Séneca, matar los niños monstruosos; nosotros ahogamos á nuestros propios hijos cuando tienen algun defecto físico. No hacemos esto por cólera, sino por razon; porque nada es más razonable que arrojar de la casa las cosas inútiles.» (Séneca, *De ira*). El grave Quintiliano decia tambien: «Matar á un hombre es muchas veces un crímen; pero matar á los propios hijos es muchas veces una accion muy bella.»

Los pobres exponian ó mataban á todos sus hijos. Si hacian alguna excepcion á esta regla, era siempre en favor de los niños, pero nunca en favor de las niñas, á quienes se consideraba como una pesada carga. La mujer era siempre un sér privilegiado en punto á desprecio y opresion. Tambien los nobles y los ricos, cuando tenian ya dos ó tres hijos, hacian que pereciesen todos los demas. Muchas veces se les ahorraba el trabajo de nacer, matándolos en el vientre de su madre. Cuando se conocia que la mujer estaba encinta, se le mandaba tomar un abortivo que se tenía siempre preparado, y que se vendia en todas partes, como se vende ahora la magnesia y el ruibarbo. Este crímen se habia hecho una cosa tan indiferente y tan usual, que muchas veces la mujer no esperaba que se lo mandasen para tomar el *remedio* contra la vida del hijo, que muchas veces quitaba tambien la vida á la madre.

Pero el paganismo solo no fué bastante para establecer este horrible exceso contra la naturaleza. El paganismo, con la licencia de sus doctrinas y de sus costumbres, no habia podido destruir de todo punto, como lo hemos visto ya, los principios de la ley divina primitiva, que la tradicion habia esparcido por todo el mundo, y segun los que el infanticidio, áun del niño que no habia nacido todavía, es un homicidio como otro cualquiera. Fué necesario, pues,

quitar este escrúpolo á los hombres rectos. Pues bien; la filosofía se encargó de tranquilizar en este punto las conciencias delicadas, como lo habia hecho con respecto al robo, á la venganza, al adulterio y al incesto, que se hallaban autorizados por ella. Empédocles habia enseñado que el niño en el vientre de su madre es sólo una parte de ella, y no *un animal* distinto de ella. Platon, más generoso, habia concedido al niño que todavía no habia nacido el honor de ser *un animal distinto de su madre;* pero declarando solemnemente que no es todavía un individuo perteneciente á la especie humana, y que, por consiguiente, matarlo en tal estado no es cometer un homicidio. Estos oráculos de la filosofía habian sido reducidos á leyes. Licurgo, Solon y los decenviros habian autorizado el infanticidio sin distincion de tiempo. Así, pues, lo mismo en Roma que en Grecia se cometia este crímen sin reserva, sin pudor y sin remordimiento.

El número de niños que se exponian en el *velabro* ó que se arrojaban á la *cloaca* era tan grande, que se habia hecho un motivo de lucro para cinco especies de especuladores, que todas las mañanas se dirigian en turbas á aquellos sitios para escoger entre aquellas inocentes víctimas de la brutalidad de sus padres, los que convenian más á sus horribles especulaciones. Los directores de las casas públicas se llevaban y criaban á estas desgraciadas criaturas para la prostitucion; los *lanistas* se las llevaban y las criaban con el objeto de venderlas despues para los espectáculos de los gladiadores; los *mágicos* se servian de ellos para los horribles misterios de su arte (1); los *titiriteros*, que retorcian sus miembros, quebrantaban sus huesos y los hacian monstruosos para que divirtiesen al público con sus movimientos, con sus juegos y con su extraña figura; finalmente, los *industriales*, para explotar la sensibilidad pública, saltaban los ojos á aquellos niños, ó les cortaban los brazos y las piernas, ó les cubrian de llagas, ó los desfiguraban de la ma-

(1) Se colocaba al niño de pié, con las manos atadas atras, en un hoyo hecho en el suelo, y se le enterraba vivo hasta el cuello. Se colocaban á cierta distancia de él los manjares más apetitosos, de modo que él los veia sin poderlos tocar, y moria de hambre mirando la comida. Se creia que el corazon y el hígado de un niño que habia sufrido esta horrible muerte eran muy eficaces para curar ciertas enfermedades. Véase en el *Epodon*, de Horacio, la oda que comienza con estas palabras: *Astor Deorum*, donde este poeta trazó el horrible cuadro de la muerte de uno de aquellos desventurados niños.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nera más bárbara, y en este estado los ponian todas las mañanas en los sitios más frecuentados, para que excitasen la caridad de los transeuntes con sus súplicas, con sus lamentos y con sus lágrimas. Y desgraciados de estos seres miserables si á la noche no llevaban á sus señores la cantidad de dinero que su avaricia esperaba; porque entónces se les acusaba de no haber pedido, de no haber gritado ni llorado lo bastante, y se les azotaba cruelmente, y muchas veces hasta el extremo de darles muerte.

Así, pues, en Roma la mujer estéril debia temer ser repudiada infaliblemente, y si era fecunda, estaba condenada á ver arrancarle de su seno el fruto de sus entrañas para darle muerte ó para que viviese en la miseria y en el dolor.

«La mujer pagana, que tan desgraciada era por los hijos que le quitaban, no lo era ménos por los que se dignaban dejarle. Ella se veia privada cuasi siempre del respeto filial, del afecto tierno, de las caricias, de los halagos, de la confianza íntima de sus hijos, y de todo aquello que puede proporcionar la ventura de una madre. En primer lugar, los hijos no le pertenecian, sino que eran propiedad de su marido, y ellos lo sabian; ellos sabian tambien que su madre era una esclava, y que al dia siguiente podia ser lanzada del hogar doméstico. Y bien, ¿qué respeto, qué amor podia ella esperar de aquellos que al dia siguiente serian extraños á ella y se avergonzarian de reconocerla por madre? Porque, en efecto, viéndose ella mañana sin esposo y sin fortuna, vagará por las calles sola y á pié con la frente inclinada, en tanto que ellos pasarán á su lado sobre sus doradas carrozas.» (Gaume, part. I, cap. XI.)

Es, pues, imposible imaginar, en un sér humano, una condicion más humillante, más lamentable ni más terrible que aquella en que el paganismo habia puesto á la mujer. Ella estaba atormentada en las dos afecciones más legítimas, más profundas y más violentas; la de esposa y la de madre; ella estaba herida en aquella parte más principal de su sér, supuesto que la mujer fué formada para *ayudar al hombre* (*Genes.*, II), es decir, para amarle y servirle. Este sentimiento, que para ella es una necesidad imperiosa, una condicion esencial, una ley especial de su existencia y de su vida, no tenía objeto sobre qué dirigirse. Su condicion era muy inferior á la de las hembras de los animales, á las que les está concedido gozar, al ménos por cierto tiempo, de la ventura de la esposa y de

la madre. La mujer pagana llevaba toda la carga de los deberes del matrimonio, sin poder decir á su compañero: *amigo mio;* y sufria todos los dolores de la maternidad, sin poder decir al fruto de sus entrañas: *hijo mio;* ella era el único sér fuera de su estado natural; el único sér colocado en la imposibilidad de conseguir su destino en este mundo; el único sér que no podia decir ni un solo instante: *me hallo contenta;* el único sér en estado de angustia, de sacrificios y de sufrimientos, sin recompensa de ninguna especie; el único sér extraño á la felicidad, el más desventurado de todos los seres dotados de alma.

§ IX.—Condicion muy diferente de la mujer en los países cristianos.—Este cambio es obra del Cristianismo.

¿Y cómo cesó para la mujer aquel estado lamentable de angustia, de degradacion y de martirio para toda su vida? ¿Cómo reivindicó ella los derechos que le pertenecen segun los designios del Criador? ¿Cómo, no siendo más que un vil instrumento de los placeres del hombre, se hizo su compañera y su igual? ¿Cómo, no siendo más que una máquina al dar á luz á sus hijos, se hizo madre de ellos? ¿Cómo, no siendo más que una esclava en la familia, se hizo la señora de ella, ante quien todos se inclinan y á quien todos obedecen? ¿Cómo, no siendo más que una *cosa*, se hizo una *persona*, y una persona llena de respeto y de los miramientos de todo cuanto la rodea? ¿Cómo manda hoy donde otras veces era despreciada? ¿Cómo, áun cuando llegue á vieja ó se quede viuda, se le reserva el primer puesto de honor, y la veneracion y el afecto de la familia la acompañan hasta el sepulcro? ¿Por qué feliz revolucion ha recobrado ella su libertad? ¿Á qué debe ella el alto grado de consideracion, de dignidad y de grandeza de que goza en la familia y en la sociedad? ¿Es acaso á la cultura de las ciencias y de las letras? ¿Es al progreso natural del espíritu humano y de la civilizacion? ¿Es á la sabiduría de las leyes civiles? Mujeres, esto es lo que se os dice y se os repite contínuamente; pero seriais muy insensatas en creerlo, porque nada de esto ha hecho cambiar vuestra posicion. La historia de todos los pueblos, de todos los tiempos y de todos los lugares está ahí para probar lo contrario; es decir,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para probar que sólo debeis al Cristianismo, y al Cristianismo exclusivamente, las ventajas de que gozais.

¿No es muy cierto que los antiguos griegos y romanos cultivaron con ardor las ciencias y las letras, y las llevaron á su mayor altura? Sin embargo, ¿cómo se comprende que esos pueblos, que discurrian tan bien, que hablaban y escribian tan bien, se condujesen tan mal con las mujeres, y que fuesen más ultrajadas y más oprimidas en esos pueblos que en los demas? ¿No se vió en esos mismos pueblos á la filosofía establecer el despotismo del hombre, y contribuir con sus horribles doctrinas al desprecio y al envilecimiento de la mujer?

Se quiere atribuir al desarrollo del espíritu humano y de la civilizacion el cambio sorprendente que se verificó diez y ocho siglos há en la condicion social de la mujer. Pero ¿cómo puede explicarse que el espíritu humano permaneciese en todo el mundo estacionario, dormido, por espacio de cuatro mil años, en una materia tan importante, y que esperase la voz, la promulgacion del Evangelio, para despertar, para marchar por el camino del verdadero progreso, para hacer justicia á la mujer y levantarla de su postracion? La civilizacion es principalmente el respeto á la mujer. Todo pueblo en que no se respete á la mujer es un pueblo bárbaro. Decir, pues, que el desarrollo de la civilizacion produjo el respeto á la mujer, es decir que el respeto á la mujer fué producido por el respeto á la mujer; lo cual es colocar la causa de un efecto en el efecto mismo y mofarse de la razon y del sentido comun.

Las leyes civiles que han rehabilitado á la mujer datan desde el establecimiento del Cristianismo, y sólo se encuentran en los códigos de los pueblos cristianos. Ellas no son otra cosa que la inspiracion del Cristianismo, la expresion legal de los principios y de las creencias cristianas. En efecto, las leyes no forman la religion de un pueblo; por el contrario, la religion de un pueblo, mezclándose en todo, *et magno se corpore miscet*, todo lo hace á su imágen, todo lo informa, todo lo inspira, en el órden político y civil, áun las instituciones, áun las mismas leyes; y de aquí nace la imposibilidad de hacer que un pueblo mahometano ó idólatra, por ejemplo, adopte las leyes y las instituciones civiles cristianas, ó que un pueblo cristiano adopte las instituciones ó las leyes civiles paganas.

§ X. — Continuacion del mismo asunto. — Condicion de los siervos y de la mujer entre los judíos. — Este es el único pueblo de la antigüedad en que la mujer era persona, era esposa, madre y cabeza de familia. — Los judíos eran el único pueblo de la antigüedad que profesaba el Cristianismo en preparacion, ó la religion verdadera. — La mujer esclava del tiempo presente en los pueblos extraños al Cristianismo.

Debemos observar tambien que ántes del establecimiento del Cristianismo, el único pueblo del universo donde la mujer era una persona y no una cosa, una compañera y no una propiedad del hombre, era el pueblo judío.

La prostitucion estaba prohibida severamente en Israel; el hombre que se entregaba á ella era tan odioso y tan infame á los ojos del pueblo como la mujer que la cometia. (*Deut.*, XXII, 17.)

El que violaba á una jóven á quien encontraba sola en el campo, era condenado á muerte. (*Ibid.*, XXV.) Si la jóven estaba libre de todo compromiso, el violador debia pagar una gran suma al padre, casándose al instante con ella, y no tenía el derecho de repudiarla, sino que debia guardarla constantemente durante su vida. (*Ibid.*, XXVII, 29.)

Las leyes judías condenaban tambien á muerte al hombre y la mujer que cometian adulterio. (*Deut.*, XXII.) Esto era igualar la condicion y los derechos de la mujer á los del hombre. El marido era el jefe de la familia, pero no señor de ella. Él tenía derecho á la obediencia de su mujer y de sus hijos, pero no podia disponer de sus vidas. Matar á su mujer era un homicidio, y áun más odioso que otro cualquiera, y como tal lo castigaban las leyes; miéntras que en los pueblos paganos éste era un derecho ó una cosa indiferente.

Entre los judíos habia siervos, pero su condicion no era semejante á la de los esclavos de los pueblos paganos. Éstos estaban entregados á la brutalidad de sus señores, á quienes pertenecia su vida y sus bienes; miéntras que aquéllos sólo estaban obligados á prestar á los suyos ciertos servicios. El señor judío sólo tenía derechos sobre el trabajo de sus siervos, pero no sobre sus personas. La vida y la persona de los siervos se hallaban bajo la salvaguardia de las leyes, y el señor no podia atentar contra ellas impunemente. En ciertos dias del año los siervos judíos eran admitidos á la mesa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para probar que sólo debeis al Cristianismo, y al Cristianismo exclusivamente, las ventajas de que gozais.

¿No es muy cierto que los antiguos griegos y romanos cultivaron con ardor las ciencias y las letras, y las llevaron á su mayor altura? Sin embargo, ¿cómo se comprende que esos pueblos, que discurrian tan bien, que hablaban y escribian tan bien, se condujesen tan mal con las mujeres, y que fuesen más ultrajadas y más oprimidas en esos pueblos que en los demas? ¿No se vió en esos mismos pueblos á la filosofía establecer el despotismo del hombre, y contribuir con sus horribles doctrinas al desprecio y al envilecimiento de la mujer?

Se quiere atribuir al desarrollo del espíritu humano y de la civilizacion el cambio sorprendente que se verificó diez y ocho siglos há en la condicion social de la mujer. Pero ¿cómo puede explicarse que el espíritu humano permaneciese en todo el mundo estacionario, dormido, por espacio de cuatro mil años, en una materia tan importante, y que esperase la voz, la promulgacion del Evangelio, para despertar, para marchar por el camino del verdadero progreso, para hacer justicia á la mujer y levantarla de su postracion? La civilizacion es principalmente el respeto á la mujer. Todo pueblo en que no se respete á la mujer es un pueblo bárbaro. Decir, pues, que el desarrollo de la civilizacion produjo el respeto á la mujer, es decir que el respeto á la mujer fué producido por el respeto á la mujer; lo cual es colocar la causa de un efecto en el efecto mismo y mofarse de la razon y del sentido comun.

Las leyes civiles que han rehabilitado á la mujer datan desde el establecimiento del Cristianismo, y sólo se encuentran en los códigos de los pueblos cristianos. Ellas no son otra cosa que la inspiracion del Cristianismo, la expresion legal de los principios y de las creencias cristianas. En efecto, las leyes no forman la religion de un pueblo; por el contrario, la religion de un pueblo, mezclándose en todo, *et magno se corpore miscet*, todo lo hace á su imágen, todo lo informa, todo lo inspira, en el órden político y civil, áun las instituciones, áun las mismas leyes; y de aquí nace la imposibilidad de hacer que un pueblo mahometano ó idólatra, por ejemplo, adopte las leyes y las instituciones civiles cristianas, ó que un pueblo cristiano adopte las instituciones ó las leyes civiles paganas.

§ X. — Continuacion del mismo asunto. — Condicion de los siervos y de la mujer entre los judíos. — Este es el único pueblo de la antigüedad en que la mujer era persona, era esposa, madre y cabeza de familia. — Los judíos eran el único pueblo de la antigüedad que profesaba el Cristianismo en preparacion, ó la religion verdadera. — La mujer esclava del tiempo presente en los pueblos extraños al Cristianismo.

Debemos observar tambien que ántes del establecimiento del Cristianismo, el único pueblo del universo donde la mujer era una persona y no una cosa, una compañera y no una propiedad del hombre, era el pueblo judío.

La prostitucion estaba prohibida severamente en Israel; el hombre que se entregaba á ella era tan odioso y tan infame á los ojos del pueblo como la mujer que la cometia. (*Deut.*, XXII, 17.)

El que violaba á una jóven á quien encontraba sola en el campo, era condenado á muerte. (*Ibid.*, XXV.) Si la jóven estaba libre de todo compromiso, el violador debia pagar una gran suma al padre, casándose al instante con ella, y no tenía el derecho de repudiarla, sino que debia guardarla constantemente durante su vida. (*Ibid.*, XXVII, 29.)

Las leyes judías condenaban tambien á muerte al hombre y la mujer que cometian adulterio. (*Deut.*, XXII.) Esto era igualar la condicion y los derechos de la mujer á los del hombre. El marido era el jefe de la familia, pero no señor de ella. Él tenía derecho á la obediencia de su mujer y de sus hijos, pero no podia disponer de sus vidas. Matar á su mujer era un homicidio, y áun más odioso que otro cualquiera, y como tal lo castigaban las leyes; miéntras que en los pueblos paganos éste era un derecho ó una cosa indiferente.

Entre los judíos habia siervos, pero su condicion no era semejante á la de los esclavos de los pueblos paganos. Éstos estaban entregados á la brutalidad de sus señores, á quienes pertenecia su vida y sus bienes; miéntras que aquéllos sólo estaban obligados á prestar á los suyos ciertos servicios. El señor judío sólo tenía derechos sobre el trabajo de sus siervos, pero no sobre sus personas. La vida y la persona de los siervos se hallaban bajo la salvaguardia de las leyes, y el señor no podia atentar contra ellas impunemente. En ciertos dias del año los siervos judíos eran admitidos á la mesa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sus señores, á participar de su alimento, como si hubieran sido sus hijos, y esto para recordar á los señores que sus siervos, no por estar sujetos á ellos por su condicion, dejaban de ser sus hermanos y sus iguales por la naturaleza; y finalmente, cada seis años, el año del jubileo, todos los siervos obtenian su emancipacion completa y su entera libertad. (*Ibid.*, XVI.)

El señor que, castigando á su siervo, le quitaba un solo diente, perdia al momento sus derechos sobre él, y él se hacía libre. (*Exod.*, XI, 27.) Si le heria hasta el punto de causarle la muerte, él mismo era condenado á muerte. (*Ibid.*) Si un siervo, para librarse de la cólera y de las amenazas de su señor, iba á refugiarse á una casa cualquiera, debia ser bien recibido en ella, segun la ley. Estaba prohibido al dueño de esta casa molestarle en manera alguna, y mucho más entregarle á su antiguo señor. (*Deut.*, XXIII, 15.)

Las siervas eran tratadas aún con mayor consideracion. Sus señores debian respetar su honor como si fuesen sus hijas. Ellos podian elevarlas á la categoría de sus mujeres secundarias (porque la poligamia estaba permitida), y esto era un verdadero matrimonio, que daba ciertos derechos civiles á la mujer; pero no podian obligarlas á ello, y mucho ménos abusar de su condicion servil y de su flaqueza para inmolarlas á sus pasiones.

Y si tal era la suerte de la mujer sierva entre los judíos, es fácil comprender que la suerte de la mujer esposa debia ser todavía más noble y más feliz en aquel pueblo. Creyendo el pueblo judío que Dios habia formado á la mujer de una costilla del hombre, compañera del hombre, igual al hombre en la participacion de unos mismos derechos, así como de una misma naturaleza y de una misma carne (*Genes.*, II), raza de Abraham y de Sara, la mujer libre, la mujer señora, *domina*, la mujer á quien Abraham, segun el precepto que habia recibido de Dios, debia escuchar en todo cuanto hacía relacion al órden interior de la casa (*Ibid.*, XXI); el pueblo judío, repito, honraba á la mujer tanto como al hombre, y áun mucho más que al hombre. En aquel pueblo la esposa era la verdadera compañera del hombre, la verdadera cabeza de familia despues del hombre, y en union con el hombre era la verdadera señora de la familia; ella presidia al gobierno interior de la casa, y era obedecida y respetada como el marido mismo.

La misma creencia de que el Mesías debia nacer, segun las profecías (*Is.*, VII), de una Mujer, y de una Mujer Vírgen, debia necesariamente poner á la mujer y á la vírgen al abrigo del desprecio que pesaba sobre ella en todos los pueblos paganos, y áun conciliarle una especie de respeto religioso. Y ¿cómo hubieran podido mirar con desprecio y oprimir de una manera bárbara al sexo de que se creia que Dios se iba á valer para librar á su pueblo y dar al mundo el Salvador del mundo?

Es cierto, como lo dice Jesucristo en el Evangelio, que por la dureza de corazon que el pueblo judío habia adquirido de los pueblos idólatras respecto á la mujer, fué por lo que Moises permitió al marido repudiar á su mujer á quien odiaba, para evitar que le diese muerte: *Ad duritiam cordis vestri permisit Moyses dimittere uxores vestras* (Matth., XIX); pero, en primer lugar, no se podia repudiar la mujer sino por una causa justa, ante el magistrado y en presencia de testigos, y despues de cumplir otras formalidades que la ley exigia (A Lap., *in* XXIV, *Deuteron.*); lo cual hacía el repudio muy raro y muy difícil, y todo esto era en favor de la mujer.

En segundo lugar, la reprobacion del divorcio era entre los judíos un dogma tradicional. El *Thalmud* nos enseña que el hombre que se aprovechaba de la ley del divorcio para repudiar á su mujer *era declarado odioso delante del Señor*. Un doctor judío añade: «Aun cuando esté permitido repudiar á la mujer, Dios no se complace en el acto del repudio.»

Otros decian: «El mismo Dios forma los matrimonios. El divorcio es la disolucion de una union formada por Dios, y la destruccion de una cosa que existe por la voluntad de Dios. El Señor no quiere unir su nombre á ningun divorcio, porque su voluntad es la conservacion de las cosas.» Esta era la doctrina y la enseñanza de los teólogos judíos con respecto al matrimonio, y nada era más á propósito que esta doctrina y esta enseñanza para elevar á la mujer al estado y á la dignidad de esposa y de madre.

La ley misma que obligaba al hermano del marido muerto sin hijos á casarse con la viuda (*Deuter.*, XXIV, 5), daba á la mujer una importancia especial. Segun la ley, los hijos que nacian de este matrimonio eran considerados como herederos del nombre y de los bienes del hermano difunto, y formaban su descendencia. Así es que este segundo marido, por haberse desposado con la mujer de su hermano, tenia hijos sólo para su hermano. Pero ¿quién no ve

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que una legislacion semejante debia hacer que se considerase á la mujer casada como unida con lazos misteriosos é indisolubles al esposo y á su familia, y como identificada con ella, supuesto que áun despues de la muerte de su esposo quedaba hecha depositaria de su nombre y de sus derechos, los cuales trasferia al hermano que con ella se casaba? ¿Quién no ve que esta legislacion fué un modo muy singular y muy propio para asegurar á la mujer una situacion estable en la familia en que habia entrado, y que, por lo mismo, debió desaprobar todo pensamiento de repudio y de divorcio?

La personalidad civil de la mujer judía no era ménos sagrada que su personalidad doméstica. Sus derechos de propiedad, lo mismo que los de sus hijos, estaban garantidos por las leyes. Cuando un hombre moria sin dejar más que una hija, ésta era la heredera única de su padre, excluyendo á todos los parientes del difunto. (*Num.*, XXVII, 8.) Si un hombre tenía dos mujeres, de las cuales una le era amada y la otra *odiosa*, y esta última daba á luz un hijo ántes que la otra, el derecho de primogenitura pertenecia al hijo de la mujer *odiosa*, y no era permitido al padre trasladarlo al hijo de la mujer que amaba. (*Deuter.*, XXI, 17.)

La muerte de un niño era entre los judíos un crímen más odioso que la muerte de un hombre; y era desconocido entre ellos el crímen de aconsejar, de mandar ó de procurar el aborto de una mujer preñada. Aquel que, áun cuando fuese en una riña, heria á una mujer en este estado, de manera que se verificase el aborto seguido de la muerte de la madre, era condenado á muerte irremisiblemente. (*Exod.*, XXI, 22.) El siervo podia ser separado de sus hijos en ciertos casos; pero la sierva jamas. (*Exod.*, XXI, 22.) Por consiguiente, la mujer judía no tenía el temor de ver arrancar á su hijo de su seno, ni de verlo morir por voluntad del padre; y al hacerse madre, estaba segura de que, como no fuese por muerte natural, nadie la podia privar de los hijos que Dios le habia dado. Y así, ella los criaba cuidadosamente para que fuesen la gloria de su fecundidad, el apoyo de su vida y las delicias de su corazon.

Las leyes mismas que prohibian arrebatar los pajarillos del nido en presencia de su madre (*Deut.*, XXII, 6), y matar al cordero en presencia de la oveja, ni al becerro á vista de la vaca (*Levit.*, XXII, 26), mandando respetar el amor maternal aun de los

mismos brutos, eran á propósito para inspirar mayores consideraciones aún respecto al amor maternal de la mujer. El acto solo de afligir á su madre era para el hijo un crímen, que se castigaba con el último suplicio. La mujer judía, cuando se quedaba viuda, era mirada, segun las prescripciones de la ley y los consejos de los profetas, como una persona sagrada, y sus hijos igualmente. Las riquezas del templo, las rentas públicas y la generosidad de los particulares debian servir para socorrerla. (*In Pentat. et proph., passim.*) Los oráculos más imperiosos y más amenazadores de parte de Dios encomendaban la viuda y sus hijos al respeto y á la caridad del pueblo, los ponian al abrigo de los ultrajes y desprecios, y les aseguraban una asistencia honrosa y áun feliz. Así, pues, la mujer judía, verdadera esposa del hombre, era verdadera madre de sus hijos, conservaba siempre sus derechos sobre ellos, de quienes esperaba su consuelo y su apoyo. Tal era la condicion de la mujer entre los judíos, bien diferente, bajo todos aspectos, de la condicion de la mujer en todos los démas pueblos.

Pero los judíos formaban el único pueblo de la antigüedad que conocia el verdadero Dios y le tributaba un culto digno de Él; que conocia sus leyes y se esforzaba por cumplirlas; que conocia á su Mediador, á su Mesías, que debia venir, y le honraba, le saludaba y le adoraba desde léjos, como al símbolo de todo perdon, al fundamento de toda esperanza y á la fuente de toda gracia y de todo bien. Todo hablaba del Mesías á aquel pueblo: la vida de los patriarcas, lo mismo que los oráculos de los profetas. Todas las ceremonias de la ley, todos los ritos y los sacrificios del culto, no eran otra cosa que la historia de su vida, los emblemas de su grandeza y las figuras de sus misterios; y estos sacrificios, estos ritos y estas ceremonias, no tanto por lo que eran en sí, cuanto por lo que significaban, recibian de la fe del Mesías una virtud anticipada, que producia cuasi los mismos efectos para la purificacion y la salvacion de las almas, que han producido despues que este Mediador celestial vino á realizarlos con los misterios de su Persona y la eficacia de su sacrificio. Por consiguiente, con la diferencia de que en el pueblo judío el Cristianismo se hallaba en estado de gérmen, de figura, de expectacion y de profecía, y que entre nosotros se halla en estado de complemento, de realidad y de perfeccion, Israel era el verdadero pueblo cristiano de la antigüedad, así como el pueblo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristiano es el verdadero Israel de los tiempos modernos. Los antiguos judíos adoraban al mismo Dios que nosotros adoramos, y esperaban su salvacion del mismo Mediador, Jesucristo, de quien nosotros esperamos la nuestra. Ellos profesaban el Cristianismo y seguian la verdadera religion; pero, como lo hemos visto ya, ellos eran el único pueblo de la antigüedad en que la mujer era considerada como igual al hombre y de la misma naturaleza que él; como dotada de una personalidad completa y de derechos y de deberes, lo mismo en el órden doméstico que en el órden civil. De aquí se deduce claramente que en los tiempos antiguos la mujer fué respetada y considerada como una cosa noble y sagrada, sólo por la influencia del Cristianismo, por un reflejo anticipado de su espíritu y de su gracia sobre ella.

Lo mismo sucede en los pueblos modernos. La mujer no es lo que debe ser sino en los pueblos cristianos. Donde quiera que el Cristianismo es desconocido, la mujer es esclava, carece de personalidad civil y áun de personalidad humana, y es despreciada, oprimida y rebajada hasta la condicion del bruto ó de un mueble; en una palabra, de una *cosa inanimada*.

Ya hemos visto cuál era la condicion de la mujer bajo el imperio del paganismo antiguo. Pues bien, si se consulta la historia, los monumentos y las memorias de los viajeros, se conocerá que la condicion de la mujer bajo el imperio del paganismo moderno no es más ventajosa. En nuestros mismos dias, áun á vista de los europeos, en Turquía, en Armenia, en Tartaria, en Persia, en las Indias, en la China, en la Corea, en el Japon, en Egipto, en la Argelia, en Marruecos y en todo el resto del África, en las dos Américas, lo mismo que en la Australia y en la Oceanía, la mujer pagana es todavía lo que era ántes de la venida del Salvador: en unas partes ella es una propiedad, una cosa que se compra, que se vende y que se destruye cuando se quiere; en otras partes es una bestia de carga, una máquina condenada á los más penosos trabajos; en otras partes no es más que una esclava, que se castiga, que se arroja de la casa, ó se abandona á la miseria ó á la deshonra; en otras partes, en fin, no es más que una víctima que se inmola á la supersticion más estúpida y cruel.

En efecto, los *Anales de la fe* nos enseñan que la muerte violenta de la mujer sobre la tumba de su marido, que se verifica entre los

indios, se halla tambien en uso en todas las tribus bárbaras del África, de la América y del mar Pacífico. Entre los paganos modernos, lo mismo que entre los antiguos, la mujer es un sér odioso é impuro, á quien se prohibe entrar en los templos de los dioses y áun pronunciar sus nombres; un sér maléfico, contra el que se necesitan tomar precauciones; un sér despreciable, en fin, que el hombre se complace en humillar y en despreciar.

Esto mismo sucede en todos los pueblos que no son cristianos, sean cualesquiera sus adelantos en las ciencias, en la literatura y en las artes, y sea cualquiera el grado de su pretendida civilizacion. Recorred el mundo, y donde no encontreis cruces que adorar, podeis estar seguros de encontrar á cada paso los signos, los monumentos y las pruebas más terminantes de la crucifixion y de la degradacion de la mujer. Fuera de las creencias y del culto cristiano, en ninguna parte que vayais encontraréis la menor idea, la más pequeña señal de la mujer igual al hombre, de la mujer esposa, de la mujer madre, de la mujer cabeza de familia, de la mujer propietaria, de la mujer dueña de sí misma, de la mujer grande, de la mujer noble, rodeada de dignidad, de miramientos y de respetos, tal como existe en los países cristianos. Es, pues, incontestable que la mujer debe sólo al Cristianismo cuanto ella es en estos países, y que uno de los efectos propios de la religion cristiana sobre los pueblos es la rehabilitacion y la elevacion de la mujer.

§ XI. — El verdadero hereje no es cristiano. — No hay más que un Cristianismo verdadero, que es el catolicismo. — Se debe entender del catolicismo todo cuanto se ha dicho hasta aquí de la accion del Cristianismo para la rehabilitacion de la mujer. — Pruebas de que fuera del catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada y humillada. — Condicion deplorable de la mujer en Inglaterra y en todos los países protestantes. — El protestantismo es un verdadero destructor del espíritu de familia.

Pero cuando hablamos del Cristianismo como de la única religion tutelar de la dignidad y de la ventura de la mujer, sólo se debe entender por esta palabra el catolicismo.

Cuando el Salvador envió á sus Apóstoles á evangelizar el mundo, les dijo: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristiano es el verdadero Israel de los tiempos modernos. Los antiguos judíos adoraban al mismo Dios que nosotros adoramos, y esperaban su salvacion del mismo Mediador, Jesucristo, de quien nosotros esperamos la nuestra. Ellos profesaban el Cristianismo y seguian la verdadera religion; pero, como lo hemos visto ya, ellos eran el único pueblo de la antigüedad en que la mujer era considerada como igual al hombre y de la misma naturaleza que él; como dotada de una personalidad completa y de derechos y de deberes, lo mismo en el órden doméstico que en el órden civil. De aquí se deduce claramente que en los tiempos antiguos la mujer fué respetada y considerada como una cosa noble y sagrada, sólo por la influencia del Cristianismo, por un reflejo anticipado de su espíritu y de su gracia sobre ella.

Lo mismo sucede en los pueblos modernos. La mujer no es lo que debe ser sino en los pueblos cristianos. Donde quiera que el Cristianismo es desconocido, la mujer es esclava, carece de personalidad civil y áun de personalidad humana, y es despreciada, oprimida y rebajada hasta la condicion del bruto ó de un mueble; en una palabra, de una *cosa inanimada*.

Ya hemos visto cuál era la condicion de la mujer bajo el imperio del paganismo antiguo. Pues bien, si se consulta la historia, los monumentos y las memorias de los viajeros, se conocerá que la condicion de la mujer bajo el imperio del paganismo moderno no es más ventajosa. En nuestros mismos dias, áun á vista de los europeos, en Turquía, en Armenia, en Tartaria, en Persia, en las Indias, en la China, en la Corea, en el Japon, en Egipto, en la Argelia, en Marruecos y en todo el resto del África, en las dos Américas, lo mismo que en la Australia y en la Oceanía, la mujer pagana es todavía lo que era ántes de la venida del Salvador: en unas partes ella es una propiedad, una cosa que se compra, que se vende y que se destruye cuando se quiere; en otras partes es una bestia de carga, una máquina condenada á los más penosos trabajos; en otras partes no es más que una esclava, que se castiga, que se arroja de la casa, ó se abandona á la miseria ó á la deshonra; en otras partes, en fin, no es más que una víctima que se inmola á la supersticion más estúpida y cruel.

En efecto, los *Anales de la fe* nos enseñan que la muerte violenta de la mujer sobre la tumba de su marido, que se verifica entre los

indios, se halla tambien en uso en todas las tribus bárbaras del África, de la América y del mar Pacífico. Entre los paganos modernos, lo mismo que entre los antiguos, la mujer es un sér odioso é impuro, á quien se prohibe entrar en los templos de los dioses y áun pronunciar sus nombres; un sér maléfico, contra el que se necesitan tomar precauciones; un sér despreciable, en fin, que el hombre se complace en humillar y en despreciar.

Esto mismo sucede en todos los pueblos que no son cristianos, sean cualesquiera sus adelantos en las ciencias, en la literatura y en las artes, y sea cualquiera el grado de su pretendida civilizacion. Recorred el mundo, y donde no encontreis cruces que adorar, podeis estar seguros de encontrar á cada paso los signos, los monumentos y las pruebas más terminantes de la crucifixion y de la degradacion de la mujer. Fuera de las creencias y del culto cristiano, en ninguna parte que vayais encontraréis la menor idea, la más pequeña señal de la mujer igual al hombre, de la mujer esposa, de la mujer madre, de la mujer cabeza de familia, de la mujer propietaria, de la mujer dueña de sí misma, de la mujer grande, de la mujer noble, rodeada de dignidad, de miramientos y de respetos, tal como existe en los países cristianos. Es, pues, incontestable que la mujer debe sólo al Cristianismo cuanto ella es en estos países, y que uno de los efectos propios de la religion cristiana sobre los pueblos es la rehabilitacion y la elevacion de la mujer.

§ XI. — El verdadero hereje no es cristiano. — No hay más que un Cristianismo verdadero, que es el catolicismo. — Se debe entender del catolicismo todo cuanto se ha dicho hasta aquí de la accion del Cristianismo para la rehabilitacion de la mujer. — Pruebas de que fuera del catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada y humillada. — Condicion deplorable de la mujer en Inglaterra y en todos los países protestantes. — El protestantismo es un verdadero destructor del espíritu de familia.

Pero cuando hablamos del Cristianismo como de la única religion tutelar de la dignidad y de la ventura de la mujer, sólo se debe entender por esta palabra el catolicismo.

Cuando el Salvador envió á sus Apóstoles á evangelizar el mundo, les dijo: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que observen todo cuanto os he mandado. (Matth., XXVIII.) El que creyere y fuere bautizado se salvará; pero el que no crea será condenado.» (Marc., XVI.) Segun estas divinas palabras, es evidente que sólo el bautismo y una fe vaga en Jesucristo no forman el verdadero cristiano, no colocan al hombre en el camino de la salvacion; que no puede el hombre ser verdadero cristiano ni conseguir su salvacion sino en tanto que con el bautismo acepte, crea y practique todo lo que Jesucristo ha revelado á su Iglesia, y su Iglesia nos enseña en su nombre; es decir, miéntras no reconozca á la Iglesia, esté sumiso á ella, y forme parte de ella.

Pues bien, el cismático no es otra cosa que un cristiano que se ha separado de la Iglesia y se ha rebelado contra la Iglesia; el hereje no es otra cosa que un cristiano que profesa opiniones particulares, contrarias á las creencias comunes de la Iglesia; el protestante, como lo da á entender su mismo nombre, no es otra cosa que un cristiano que protesta contra todas ó contra algunas doctrinas de la Iglesia para no creer más que sus propias doctrinas; es decir, que se atribuye á sí mismo la infalibilidad que niega á la Iglesia. Así es que esos desgraciados cristianos, á no ser que tengan una buena fe y una ignorancia invencibles, se hallan por diversas causas fuera de la Iglesia, y no son verdaderos cristianos; y á todos ellos se puede aplicar esta terrible sentencia, que pronunció Tertuliano contra todos los herejes: «Si son herejes, por esto mismo no son ya cristianos: *Si hæretici sunt, christiani non sunt.* (*De Præscript.*) Esto consiste en que, exceptuando las almas sencillas é inocentes, que, aunque separadas del cuerpo de la Iglesia, pueden pertenecer á su espíritu por lazos secretos, fuera de la Iglesia no existen dogmas, no hay más que *opiniones;* no puede decirse *yo creo*, sino *yo pienso, me parece;* y si existe alguna fe, es una fe incierta, vacilante, mudable, defectuosa y estéril; pero la fe santa, firme, inmutable, uniforme, fecunda y regeneradora del hombre y de la sociedad, no se encuentra más que en la Iglesia católica.

Es verdad que existen en el mundo muchas comuniones cristianas diferentes; pero así como no hay más que un solo Dios verdadero, un solo Jesucristo verdadero, tampoco hay ni puede haber más que un solo culto verdadero, una sola religion verdadera, un solo Cristianismo verdadero; y este Cristianismo no es ni puede ser otro que el catolicismo, el único que no niega ni *protesta* contra lo

que Jesucristo ha enseñado; que lo admite todo, y que, unido á Jesucristo por la Iglesia, participa de la luz divina y de la divina gracia, y es el Cristianismo verdadero y perfecto. Es necesario, pues, entender del catolicismo, y del catolicismo solo, todo cuanto hemos dicho, y todo cuanto dirémos respecto á la accion del Cristianismo para la rehabilitacion de la mujer. La mujer verdaderamente cristiana no es otra cosa que la mujer católica, y el catolicismo la ha hecho lo que debe ser, segun los designios de Dios, en el mundo civilizado.

Mujeres, ¿quereis convenceros de esta verdad? No teneis más que tender la vista en torno vuestro, y ver cuál es la condicion de vuestro sexo en el seno del cisma del protestantismo y de la herejía. Se ha dicho que el *protestantismo es la religion conservadora del espíritu de familia;* pero nada es más falso que esto. Es cierto que el protestantismo, la religion orgullo, la religion del *yo*, la religion que impele al hombre á concentrarse en sí mismo, á no buscarse ni reconocerse más que en sí mismo, trata de aislarle del ministerio eclesiástico, de hacerle preferir la casa al templo y las reuniones domésticas á las congregaciones de los fieles; pero lo hace con el objeto de mandar en ella como señor, y no para consagrarse como cristiano á la felicidad de su mujer y de sus hijos. Por consiguiente, el protestantismo es, por el contrario, la religion destructora del verdadero espíritu de familia; porque el verdadero espíritu de familia no es otra cosa que el afecto mutuo de los miembros que la componen. Ved, en efecto, lo que es hoy la mujer en la familia protestante, en Inglaterra, por ejemplo, que se halla á la cabeza del protestantismo, como la Francia se halla á la cabeza del catolicismo.

Ved esa mujer con los ojos bajos, la frente abatida y con una soga al cuello, cuyos dos extremos tiene un hombre en su mano, en medio de una turba, que se rie, se burla de ella y le dirige los denuestos más groseros: ése es un marido que va á vender á su mujer en almoneda pública. Vosotros creeréis que os hallais en alguna ciudad de Egipto, de la China ó de la Tartaria; pero no es así; ¡esto sucede en una plaza de Lóndres ó de otra ciudad de Inglaterra! El gobierno ha tratado de abolir esta costumbre bárbara; pero no ha podido conseguirlo: ésta es obra del protestantismo, que, habiendo abolido el matrimonio como sacramento, lo ha reducido á un mero contrato civil, que se puede romper por el divorcio cuando se quie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra. La prueba terminante de que esto procede del protestantismo es que en Irlanda, país sometido al mismo gobierno y á las mismas leyes civiles que en Inglaterra, no se ha visto ni una siquiera de estas repugnantes ventas, que en Inglaterra son más frecuentes de lo que se piensa y se dice. Pero la Irlanda es católica, y la Inglaterra es protestante. No os admireis, pues, del profundo desprecio con que John Bull mira á la mujer, supuesto que el padre vende tambien sus hijas, lo mismo que el marido su mújer, á los dueños de fábricas; que se sirven de ellas para todos los usos que tienen por conveniente (1). No os admireis de que no haya país alguno en el mundo donde el honor de la mujer del pobre esté más expuesto á las asechanzas del rico, que, convencido de adulterio ante los tribunales, sólo se le impone el pago de una multa. No os admireis de ver que Lóndres es el país donde el adulterio se ve con más frecuencia, donde las costumbres están más corrompidas, y donde el número de mujeres públicas que os rodean y os estrechan en todas las calles iguala al número de los obreros y marineros.

Pero la mujer de un rico no es más dichosa ni más respetada en la poderosa Albion que la de un pobre. La sola posibilidad de que la mujer abandone la casa por el divorcio, obliga al marido á ocultarle cuidadosamente todos los secretos de familia, por temor de que un dia pueda divulgarlos. Esto explica la repugnancia que tiene el marido á tratar de negocios comerciales ó políticos en presencia de su mujer. Ellos se reunen á comer, y comen, como los extranjeros, en una fonda, sin decirse una sola palabra. Á los postres es necesario que las mujeres se retiren, porque entónces es cuando se principia á tratar de los negocios. Parece que aquellos hombres esperan que se vayan las mujeres, como si fueran espías, para hablar con libertad. Esta es la desconfianza y el desprecio de la mujer llevado á su último grado.

En esas familias, tales como el protestantismo las ha formado, todo es desconfianza y frialdad en las relaciones del marido con su mujer. En ellas no hay ese afecto mutuo de los esposos; en ellas no

(1) Es verdad que esto se llama *ceder;* pero ceder por el dinero es *vender.* Algunas veces estas cesiones se hacen sólo por cierto término; pero ceder por cierto término mediante una renta es *alquilar.* De todos modos alquilar ó vender la mujer ó las hijas es una costumbre propia de pueblos paganos.

se encuentra esa expansion de dos corazones que no forman más que uno solo; no hay esa confianza ilimitada que tienen los esposos entre sí, viviendo el uno para el otro; no hay esa unidad de pensamientos, de sentimientos, de secretos y de intereses; no hay ese deseo de adivinarse mutuamente los pensamientos y de sacrificarse el uno por el bien del otro; en una palabra, no hay esos miramientos afectuosos y delicados, que forman la ventura del hogar doméstico, y que son tan comunes y tan populares en las familias católicas. Todo esto ha sido reemplazado por modales frios y por miramientos calculados, movidos por el interes y producidos por la ficcion. Esta es la etiqueta sustituida al amor, el entendimiento al corazon, y la razon al sentimiento, y formando la regla única de la vida de los esposos; éstos son los *matrimonios de razon* ó de cálculo; y no puede ser de otra manera donde todo se reduce á la razon ó al cálculo, áun la religion misma.

La mujer protestante, profundamente humillada, degradada y desventurada como esposa, no lo es ménos como madre al otro lado del canal de la Mancha. Los hijos no le pertenecen, y sólo le tributan esos miramientos de conveniencia, separados de todo sentimiento de confianza y de afecto, de que su padre les da ejemplo. Si los hijos tienen un secreto, van á confiárselo á su padre, no á su madre. Despues que una jóven ha hecho *su entrada en el mundo*, es libre de salir sola, acompañada de un criado, de ir donde quiera, y de volver á la hora que le parezca. La madre nada tiene que ver en eso; en esas familias no es ella más que la nodriza ó el ama de gobierno, pero no la primera autoridad, y mucho ménos la primera y la mejor amiga de sus hijos.

La independencia, ó más bien la ausencia de toda relacion amigable y afectuosa de los hijos con su madre, es todavía más grande y más escandalosa. Al salir un jóven de la escuela es enviado á una de las universidades, de la cual vuelve para ir á viajar al extranjero. Despues de los viajes se casa, y la madre se ve obligada entónces á dejar su habitacion para cederla á la esposa de su hijo, y á retirarse á un oscuro rincon de la casa, ó tal vez á dejar la casa para ir á vivir en el aislamiento y en la soledad, haciéndose desde entónces completamente extraña á sus hijos, así como sus hijos lo son para con su madre. Y no es extraño que esto suceda, porque se dice entre los protestantes que la esposa es *la primera sirvienta de la*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casa. Por consiguiente, cuando se cumple el plazo del *servicio estipulado* se le ajusta su cuenta y se la despide, y ella no tiene derecho alguno para quejarse. Pero ésta es la relajacion y áun la destruccion de todos los lazos, de todos los sentimientos de familia. Esta es la violacion fragrante y sistemática de todos los deberes del marido para con su mujer, y de los hijos para con su madre. Esta es la degradacion completa de la mujer. Este es el espíritu pagano, introducido en las familias, en lugar del espíritu cristiano. Todo esto es innegable; y sin embargo, se repite á cada paso que el protestantismo *es la religion conservadora del espíritu de familia*. La mentira no cuesta nada al error.

§ XII.—Siguen las pruebas de que fuera del Catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada y humillada.—Degradacion de la mujer entre los cismáticos.—La mujer griega.—Impotencia del cisma para civilizar los pueblos.—La mujer rusa del pueblo y de las clases elevadas.—Libertinaje de la aristocracia rusa.—La vida del palacio es el infierno de las señoras.

Entre los griegos cismáticos la mujer está muy léjos de gozar de todos los derechos y de todas las consideraciones de que goza en la familia católica. El marido trata á su mujer más bien como á su sierva que como á su compañera. El padre mira á sus hijos más bien como cosas que le pertenecen exclusivamente que como personas, y por consiguiente, dispone de ellos como le parece.

Todas las doncellas y los mancebos griegos (1) que llenan los serrallos de los turcos, no se encuentran allí por la violencia de éstos, sino por la venta que de ellos hacen sus propios padres (2), con gran humillacion y con gran dolor de sus desgraciadas madres. No es un caso raro ver á un marido que vende su propia mujer á un rico pachá. Áun en el caso de que la madre se libre del horrible

(1) Todos saben que, á ejemplo de los antiguos filósofos, y entre ellos Sócrates y el *divino* Platon, y con el permiso que les concede el Coran, que declara ser una cosa indiferente (*harem*), los pachás turcos prefieren los mancebos á las doncellas.

(2) Si esto sucede en Grecia, país que se halla en contacto contínuo con la civilizacion católica, país donde el verdadero Cristianismo, por la multitud de sus doctores y de sus santos, brilló por espacio de tantos siglos con el resplandor de la más elevada ciencia y de todas las virtudes del Evangelio, y dejó vestigios tan profundos y tradiciones tan preciosas, se puede calcular con razon lo que debe suceder en los demas países del Oriente, que el cisma y la herejía han colocado fuera de la verdadera Iglesia, y que no tienen las condiciones tan ventajosas que tiene la Grecia. En efecto, la costumbre bárbara de repudiar y de vender las mujeres y áun los hijos á los infieles, se encuentra más ó ménos extendida entre todos los cristianos cismáticos y herejes de la Persia, del Egipto y de la Abisinia; y por una sórdida é infame avaricia, dan un número cuasi igual de esclavos para proveer de criaturas humanas los bazares de Constantinopla y del Cairo.

suplicio de verse privada de sus hijos, está muy léjos de verse recompensada, por su ternura y su respeto, de los dolores que por ellos ha sufrido y de los cuidados que les ha prodigado. Testigos del imperio, ó por mejor decir, del desprecio con que el marido griego trata á su mujer, los hijos aprenden á tener poco respeto, y áun á despreciar á su propia madre. Desde que llegan á la edad en que pueden vivir sin ella, le mandan despóticamente, y menosprecian su amor y su autoridad.

En Rusia la condicion de la mujer es todavía peor. En los paises infieles sujetos al cetro del Czar, la mujer es siempre esclava de su marido y de su padre. En muchas comarcas de aquel Imperio, el matrimonio por cierto tiempo, por un año, y áun por seis meses, es una costumbre recibida; en otras, el dia en que la mujer cumple cuarenta años, pierde, *ipso facto*, su categoría de madre de familia, deja de ser la esposa de su marido y la madre de sus hijos, y se ve reemplazada por otra mujer más jóven; es verdad que se la conserva en casa, pero es como sirvienta de su esposo y de su propia rival. De este modo se la castiga por el crímen de haber envejecido un poco, y de no haber tomado sus medidas para morir ántes.

En otras comarcas de aquel Imperio, como en Circasia, en Georgia, en Mingrelia y en todo el gobierno del Cáucaso, los maridos echan de casa á sus mujeres por el más pequeño motivo de disgusto, y con mucha más frecuencia las venden, lo mismo que á sus hijos y á sus hijas. En aquellos países, cuyas mujeres son tenidas por las más hermosas de toda el Asia, es donde los mercaderes de carne humana van á hacer sus acopios para los serrallos de los turcos y áun para los palacios de la aristocracia rusa. Si hay guerra, todos los prisioneros, hombres, mujeres y niños, se venden en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mercado; y como entónces el artículo de las mujeres abunda, se pueden comprar á cinco rublos cada una, *¡á escoger!*

El clero ruso, para excusarse de que no hace nada por abolir esas costumbres bárbaras, se escuda en su antigüedad, que las ha hecho convertirse en la naturaleza de esos pueblos, y que reduce el celo más activo á la imposibilidad de desarraigarlas. Mas esta excusa no prueba otra cosa que la impotencia propia del cisma y de la herejía para combatir la barbarie, para suavizar las costumbres, para realzar á la mujer y para introducir en parte alguna la civilizacion cristiana. En cuanto al verdadero Cristianismo, que es el catolicismo, los anales de la propagacion de la fe están ahí para probar que es omnipotente para destruir costumbres todavía más antiguas, más feroces y más lisonjeras á las pasiones del hombre, para convertir los monstruos en hombres, los hombres en ángeles, y los antropófagos mismos en perfectos modelos de caridad (1).

Mas entre los mismos pretendidos ortodoxos la condicion de la mujer no es mucho mejor. Tenida por incapaz de instruccion alguna, su Cristianismo no es otra cosa que una mezcla de preocupaciones groseras y de prácticas supersticiosas; ella no tiene más conocimientos que los que necesita para saber que debe resignarse á la servidumbre. El pueblo ruso, pueblo excelente, pueblo de una bella alma, como su talla y su figura, pero inmovilizado, petrificado y embrutecido por el cisma, no estima ni respeta á la mujer. Él no la considera más que como una *cosa*, y su mismo Gobierno es quien le da el ejemplo. Un solo hecho nos dirá más que las más prolongadas citas. Al soldado ruso se le permite casarse y tener consigo en su garita á su mujer, partiendo con ella la miserable racion de pan negro, de mal potaje, y de un sorbo de agua y vino, que es lo que forma todo su alimento. Si llega á tener un hijo, esta racion tiene un pequeño aumento. Pero por este miserable socorro que el Gobierno concede al padre, se hace dueño del hijo. Este hijo es soldado nato: sólo pertenece al ejército, y sus padres tienen que criarlo para el ejército. Aquí, como se ve, hay compra y venta, hay tráfico de un sér humano, con la diferencia de que se le compra

(1) Véase en el *Viaje al rededor del mundo*, por el almirante Urbille, el brillante testimonio que este viajerô filósofo da de los cuatro sacerdotes franceses que, en ménos de seis años, convirtieron las islas Cambiéres, centro de la barbarie y de la antropofaguía, en una tierra de santos.

ántes de que sea apto para el servicio, como se compran los frutos sobre el árbol ántes que lleguen á sazonarse. ¡Gran motivo de honor y de consuelo para la madre! Pero si el soldado no tiene más que hijas, el Gobierno no le aumenta la racion, y la madre tiene que criarlas de la manera que pueda, muchas veces á expensas de su propio honor, ó del honor de sus mismas hijas, destinándolas, por cierta cantidad, *al servicio;* pero á un servicio de otra especie muy distinta; ¡y esto tambien para su mayor gloria y su mayor felicidad!

Las esposas de los grandes señores se hallan libres de semejantes desgracias; pero están condenadas á sufrir otras muy parecidas. Como la civilizacion de la aristocracia rusa no es el resultado del desarrollo de los principios cristianos, sino del contagio filosófico del siglo XVIII, se halla sólo en las formas, pero no en las costumbres. El Gobierno ruso permanece siempre militar (1), y la mujer rusa ha permanecido siempre cosaca. Así es que el caballero ruso, perfecto parisiense en cuanto á la forma, permanece todavía bárbaro en la realidad, y no es fácil dar una idea de su libertinaje. En él se encuentra el sensualismo salvaje de los turcos bajo los modales franceses. Los palacios de la aristocracia rusa son unos verdaderos serrallos, poblados de jóvenes compradas en Circasia, ó suministradas por las numerosas familias de siervos que tienen en sus tierras. Es necesario que el *señor* se distraiga, y los huéspedes que vienen á verle de la ciudad igualmente. Uno de estos grandes señores ortodoxos, no teniendo un dia jóvenes bastantes para *honrar* á sus numerosos amigos que habian ido á visitarle de las ciudades inmediatas el dia de su cumpleaños, mandó á sus mayordomos que se las proporcionasen, tomándolas á la fuerza de entre sus siervos. La provision se hizo cuasi sin resistencia. Pero al dia siguiente, furiosos los siervos por la afrenta que se les habia hecho, asaltaron el palacio, y despues de haber hecho salir de él á sus

(1) Todo es militar en Rusia; los magistrados y los gobernadores de provincia son oficiales del ejército. El *soberano pontífice* de la fe ortodoxa es el Czar, cuyo uniforme de coronel, cuyo látigo (*knout*) en la mano, cuya espada á la cintura y cuyas botas de montar contrastan singularmente con la gran cruz griega que lleva en su pecho, y lo hacen un personaje extraño á los ojos de los extranjeros. El presidente mismo del *Santo Sínodo*, que se compone de obispos, no es otro que un general de Caballería.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujeres, lo entregaron á las llamas, y quemaron en él á su señor con sus amigos. Tales rebeliones, á que el despotismo está expuesto de parte de la esclavitud, no son raras en Rusia.

Por lo dicho se comprende bien lo que las esposas de aquellos pachás cristianos deben sufrir al ver á sus maridos entregados á los mayores excesos en su propia casa y á su propia vista, y prefiriendo á ellas jóvenes esclavas ó descaradas prostitutas. Mejor sería repudiarlas que hacerlas espectadoras forzosas de las injusticias que se cometen contra ellas. Sus palacios dorados son una verdadera prision; sus títulos de esposas y de señoras de una casa principal son una burla amarga; su vida de grandes señoras es un infierno. Sin embargo, este proceder es tan universal, y se considera tan legítimo y tan indiferente, que las desventuradas ni áun siquiera pueden quejarse. Esta es una condicion de la vida de los palacios, á la que deben resignarse desde que piensan entrar en ellos. Y no es extraño que así suceda, habiendo perdido aquellos ortodoxos toda idea de la santidad y de la unidad del matrimonio cristiano. Ellos son hombres de creencias al parecer cristianas y de costumbres realmente musulmanas. En ellos se ve el sensualismo pagano oculto bajo la sombra de la cruz (1). Y la mujer misma, en fuerza de ser víctima de estos horrores, acaba por hacerse cómplice de ellos, por imitarlos á su vez, y por perder el último de sus bienes, que es el sentimiento de su dignidad.

§ XIII. — Continúan las pruebas del estado lamentable de la mujer fuera del Catolicismo. — El divorcio admitido por los cismáticos. — El clero cristiano, sustraido á la autoridad del Papa, no puede conservar el espíritu de su estado. — La ignorancia, la currupcion y la venalidad del clero cismático son causa de la degradacion de los matrimonios entre los cristianos de Oriente. — Sólo el Catolicismo hace que se respete á la mujer.

Este estado de degradacion de la mujer entre los cismáticos nada tiene de extraño. Sólo por la indisolubilidad del matrimonio, como

(1) Entre los antiguos romanos la ley autorizaba al marido para que tuviese consigo otras mujeres ademas de su esposa: *Concubinas habere jus esto.* Esto, que entre los romanos era un derecho del marido *por la ley*, entre los personajes rusos es un derecho del marido *por la costumbre;* fuera de esta diferencia, el suplicio que de ello resulta á la esposa es el mismo.

hemos visto ya, y como verémos todavía despues, tiene la mujer una personalidad propia, que la hace ser en la familia lo que debe ser en ella. Pues bien, los griegos, á pesar de que admiten y han admitido siempre que el matrimonio es uno de los siete sacramentos de la Iglesia, por una inconsecuencia que salta á la vista de todos los que saben su catecismo (1), han sostenido siempre, y sostienen todavía, que el adulterio disuelve completamente el matrimonio áun en cuanto al vínculo, y concede á los esposos separados la facultad de contraer nuevo matrimonio.

El clero cristiano que se separa de la obediencia del jefe de la Iglesia, no puede conservar por mucho tiempo el espíritu de su estado. Dejando de ser vigilado por la elevada autoridad, por la autoridad imparcial, independiente y suprema del Papa, acaba por caer en la ignorancia y en la corrupcion. Esta ley no tiene excepcion alguna. Así es que ni áun el clero griego, cismático, á pesar de su jerarquía, que termina en el patriarca, y á pesar de sus sínodos, no se exceptúa de ella. Nosotros hemos leido poco tiempo há una Memoria del estado actual del cisma griego, fundada en hechos y en documentos irrecusables, y escrita por un griego muy conocido en París y en Roma por su erudicion eclesiástica y por su celo en procurar la reunion de la Iglesia griega con la Iglesia latina, y hemos visto con disgusto que aquel desventurado clero ha llegado al último grado de abyeccion, bajo el doble aspecto de las ciencias y de las costumbres. La simonía se halla en ellos á la órden del dia. La dignidad de patriarca y la de obispo se sacan á la subasta por el sultan y los pachás, que imitan en esto al Sínodo, y se dan al mejor postor. No pudiendo estos dignatarios tener mujeres legítimas, segun los cánones, se las proporcionan de otra especie. Cargados de deudas por los enormes gastos de su eleccion y de la manutencion de sus mujeres é hijos, se ven obligados á sacar prove-

(1) El matrimonio entre los bautizados es un sacramento, porque, segun San Pablo, significa perfectamente la union de Jesucristo con la Iglesia por medio de la encarnacion. Y siendo indisoluble la union de Jesucristo con la Iglesia, el sacramento del matrimonio, que la representa, debe ser tambien indisoluble; porque de otro modo no representa esta union, ni es, por consiguiente, un sacramento. Luego admitir que el matrimonio entre los bautizados es un sacramento, y admitir que puede disolverse, es admitir á un mismo tiempo que el matrimonio cristiano es y no es un sacramento, lo cual es absurdo. Pero más adelante volverémos á tratar de esta materia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujeres, lo entregaron á las llamas, y quemaron en él á su señor con sus amigos. Tales rebeliones, á que el despotismo está expuesto de parte de la esclavitud, no son raras en Rusia.

Por lo dicho se comprende bien lo que las esposas de aquellos pachás cristianos deben sufrir al ver á sus maridos entregados á los mayores excesos en su propia casa y á su propia vista, y prefiriendo á ellas jóvenes esclavas ó descaradas prostitutas. Mejor sería repudiarlas que hacerlas espectadoras forzosas de las injusticias que se cometen contra ellas. Sus palacios dorados son una verdadera prision; sus títulos de esposas y de señoras de una casa principal son una burla amarga; su vida de grandes señoras es un infierno. Sin embargo, este proceder es tan universal, y se considera tan legítimo y tan indiferente, que las desventuradas ni áun siquiera pueden quejarse. Esta es una condicion de la vida de los palacios, á la que deben resignarse desde que piensan entrar en ellos. Y no es extraño que así suceda, habiendo perdido aquellos ortodoxos toda idea de la santidad y de la unidad del matrimonio cristiano. Ellos son hombres de creencias al parecer cristianas y de costumbres realmente musulmanas. En ellos se ve el sensualismo pagano oculto bajo la sombra de la cruz (1). Y la mujer misma, en fuerza de ser víctima de estos horrores, acaba por hacerse cómplice de ellos, por imitarlos á su vez, y por perder el último de sus bienes, que es el sentimiento de su dignidad.

§ XIII. — Continúan las pruebas del estado lamentable de la mujer fuera del Catolicismo. — El divorcio admitido por los cismáticos. — El clero cristiano, sustraido á la autoridad del Papa, no puede conservar el espíritu de su estado. — La ignorancia, la currupcion y la venalidad del clero cismático son causa de la degradacion de los matrimonios entre los cristianos de Oriente. — Sólo el Catolicismo hace que se respete á la mujer.

Este estado de degradacion de la mujer entre los cismáticos nada tiene de extraño. Sólo por la indisolubilidad del matrimonio, como

(1) Entre los antiguos romanos la ley autorizaba al marido para que tuviese consigo otras mujeres ademas de su esposa: *Concubinas habere jus esto.* Esto, que entre los romanos era un derecho del marido *por la ley*, entre los personajes rusos es un derecho del marido *por la costumbre;* fuera de esta diferencia, el suplicio que de ello resulta á la esposa es el mismo.

hemos visto ya, y como verémos todavía despues, tiene la mujer una personalidad propia, que la hace ser en la familia lo que debe ser en ella. Pues bien, los griegos, á pesar de que admiten y han admitido siempre que el matrimonio es uno de los siete sacramentos de la Iglesia, por una inconsecuencia que salta á la vista de todos los que saben su catecismo (1), han sostenido siempre, y sostienen todavía, que el adulterio disuelve completamente el matrimonio áun en cuanto al vínculo, y concede á los esposos separados la facultad de contraer nuevo matrimonio.

El clero cristiano que se separa de la obediencia del jefe de la Iglesia, no puede conservar por mucho tiempo el espíritu de su estado. Dejando de ser vigilado por la elevada autoridad, por la autoridad imparcial, independiente y suprema del Papa, acaba por caer en la ignorancia y en la corrupcion. Esta ley no tiene excepcion alguna. Así es que ni áun el clero griego, cismático, á pesar de su jerarquía, que termina en el patriarca, y á pesar de sus sínodos, no se exceptúa de ella. Nosotros hemos leido poco tiempo há una Memoria del estado actual del cisma griego, fundada en hechos y en documentos irrecusables, y escrita por un griego muy conocido en París y en Roma por su erudicion eclesiástica y por su celo en procurar la reunion de la Iglesia griega con la Iglesia latina, y hemos visto con disgusto que aquel desventurado clero ha llegado al último grado de abyeccion, bajo el doble aspecto de las ciencias y de las costumbres. La simonía se halla en ellos á la órden del dia. La dignidad de patriarca y la de obispo se sacan á la subasta por el sultan y los pachás, que imitan en esto al Sínodo, y se dan al mejor postor. No pudiendo estos dignatarios tener mujeres legítimas, segun los cánones, se las proporcionan de otra especie. Cargados de deudas por los enormes gastos de su eleccion y de la manutencion de sus mujeres é hijos, se ven obligados á sacar prove-

(1) El matrimonio entre los bautizados es un sacramento, porque, segun San Pablo, significa perfectamente la union de Jesucristo con la Iglesia por medio de la encarnacion. Y siendo indisoluble la union de Jesucristo con la Iglesia, el sacramento del matrimonio, que la representa, debe ser tambien indisoluble; porque de otro modo no representa esta union, ni es, por consiguiente, un sacramento. Luego admitir que el matrimonio entre los bautizados es un sacramento, y admitir que puede disolverse, es admitir á un mismo tiempo que el matrimonio cristiano es y no es un sacramento, lo cual es absurdo. Pero más adelante volverémos á tratar de esta materia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho de todo, y venden hasta la absolucion. El clero inferior se halla á la altura de sus prelados. El sacerdote griego, ignorante, ébrio y cargado de una numerosa familia, se ve poseido por la sed del oro, porque necesita mucho dinero para vivir como vive; y habiéndose dedicado desde mucho tiempo há á sacar la mayor utilidad posible, de los matrimonios especialmente, no procura indagar la existencia del único título que llama canónico (el adulterio) para pronunciar un divorcio, y de la condicion de los contrayentes para bendecir un nuevo matrimonio. Cualquier marido que quiere separarse de su mujer, lo mismo que cualquiera mujer que quiere dejar á su marido para pasar á los brazos de otro, no tiene más que presentarse al tribunal sagrado con una bolsa en la mano; apoyadas en *este documento*, las sospechas se convierten en hechos, y las calumnias en razones, y hay una seguridad de ganar el pleito. Lo mismo sucede cuando se quiere contraer un matrimonio adulterino. Basta con presentarse á un sacerdote cualquiera y obtener de él una bendicion, mediante una cantidad, para que el vínculo culpable se haga legítimo, y la parte ofendida y los padres se vean obligados á avenirse como puedan.

Oigamos sobre esta importante materia á un hombre grave, testigo ocular de los hechos que refiere, y que hace notar el daño que el cisma ha causado en Grecia, en Rusia y en todo el Oriente á la constitucion de la familia, al bienestar y á la felicidad de la mujer, favoreciendo el divorcio y mofándose del vínculo conyugal.

«El hombre, dice el venerable M. Boré, que, poco cuidadoso de los intereses de la religion, juzga las cosas por su exterior, preguntará tal vez cuáles son los inconvenientes de esa venalidad, y qué perjuicio causa al órden social. Nosotros le responderémos, que la sociedad se ve perjudicada por ella en su ley fundamental, que es la ley del matrimonio. Su inviolabilidad, prescrita por el Cristianismo, queda destruida cuando el sacerdote, por ejemplo, mediante una cantidad, autoriza el divorcio, bendiciendo una union nueva, y la conciencia vence sus escrúpulos cuando el oro tienta su codicia, y su familia es quien reclama. Así, pues, cuando un extranjero pide, por ejemplo, á una jóven armenia, el *Deder* ó sacerdote no se informa si está ya casado, si jura fidelidad á su esposa, ni si sus padres consienten; sólo se ocupa del beneficio que le ha de resultar de su intervencion, y le pone el precio más subido. En

Persia, entre los cismáticos (y lo mismo sucede en Rusia y en Grecia), no es necesario que la ceremonia se verifiquee en la iglesia, sino que basta la casa de los esposos; y el juramento de amor, de respeto y de obediencia se hace sobre un anillo, sobre una bolsa ó sobre un vaso de vino. De este modo parece que se quiere imitar la inmoralidad de una ley persa, que permite, por una época reducida á seis meses ó á un año lo más, el matrimonio con una clase de mujeres conocidas con el nombre de *mônlats*, palabra que se confunde con la raiz de otra que significa mueble ó utensilio.» (Boré *Memoires et correspondance d'un voyageur en Orient.*)

En apoyo de estas observaciones, refiere el mismo viajero el hecho siguiente, que basta por sí solo para dar una idea completa de la degradacion á que la avaricia del sacerdote cismático ha hecho descender el sacerdocio, el matrimonio y la mujer:

«El 17 de Febrero de 1839, durante nuestra residencia en Táuris, los desertores rusos que habian entrado á servir en el ejército del Rey de Persia, fueron trasladados al otro lado del Araxe, en virtud de un decreto imperial.

»Uno de ellos entabló relaciones con una mujer armenia, y le propuso que se casára con él. Esta jóven, ya casada, pero poco feliz en su matrimonio, aceptó la peticion, pero con la condicion de que su union se habia de bendecir. La ignorancia hacía inventar á estos cristianos estos miramientos para con la religion. Los preparativos de las bodas se hicieron sin que lo supiese el marido de la novia ni sus hijos, que tenian ya ocho ó diez años. Para la ceremonia se dirigieron al sacerdote caldeo-católico, que vivia con nosotros. Ellos pensaban que, segun la costumbre del clero armenio, cismático, se apresuraria á ejercer su ministerio sin más formalidades, porque entre ellos no hay amonestaciones; un dia, una hora basta algunas veces para el contrato, los esponsales y las nupcias. Nuestro sacerdote, que temia una sorpresa, pidió el tiempo suficiente para tomar sus informes sobre el estado de las personas; pero como tenian prisa, recurrieron á un sacerdote cismático. Una utilidad inesperada legitima á los ojos de éstos muchas cosas; por consiguiente, éste á quien llamaron se trasladó inmediatamente á la casa de los novios, y sin exigirles que fuesen á la iglesia, les dió en el acto la bendicion nupcial. La esposa estaba, segun la costumbre oriental, cubierta con un velo blanco, que le cubria la cabeza, el rostro y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las manos. Los contrayentes fueron casados por él. Él tomó su dinero y marchó. Volviendo su marido á casa una hora despues, recibió ella con sonrisa su visita de parabien; pero cuál sería su sorpresa cuando su esposa le dijo: «Amigo, oid el secreto que os »confio ántes de partir para Makchivan, y guardaos de publicarlo, »porque podria seros perjudicial. ¡Sabed que en mí, que os hablo, »acaba de casarse *vuestra mujer!*» Considérese cuál sería la confusion y la cólera del marido.

»Á la mañana siguiente el soldado ruso se llevó tranquilamente á su mujer, que dejó al otro marido sus hijos en prenda. Y habiéndole dicho uno: «Tu primer marido te maldice y te excomulga», le respondió ella con serenidad: «Pues yo le devuelvo sus maldiciones y sus excomuniones; él lo merece por su necedad.» (Boré, *Ibid.*)

Este hecho da lugar á un sinnúmero de reflexiones. El sacerdote caldeo nos dice que, para el clero católico, donde quiera que él se cuentra, el matrimonio es un acto importante, es un sacramento, es un contrato que no se puede bendecir ántes de tener una seguridad completa de la libertad de los contrayentes. La conducta del sacerdocio armenio nos hace ver, por el contrario, que para el clero cismático la bendicion nupcial no es más que una ceremonia sin valor alguno, si no es el del dinero que recibe el que la da, y que, por lo mismo, no merece la pena de tener tantos miramientos con ella. La mujer que abandonó sus hijos y su marido con tanta indiferencia por seguir á un extranjero á quien apénas conocia, nos manifiesta la ausencia de todo afecto, de todo sentimiento propio de la esposa y de la madre de familia, tal como el cisma la ha constituido. El soldado ruso, que se creia casado legítimamente con la mujer de otro, por el acto material de una bendicion obtenida por el dinero, nos demuestra cuáles son las ideas del pueblo ruso respecto al matrimonio; y todos los personajes de este drama escandaloso nos prueban y nos confirman que fuera del Catolicismo, el matrimonio no es otra cosa que una ficcion, un juego en perjuicio de la mujer, y que sólo en el Catolicismo es donde se hace justicia á la mujer, se la respeta y se la honra como se debe, segun los designios de Dios.

§ XIV. — Grandes y magníficos medios por los que el verdadero Cristianismo ha realzado á la mujer. — Sublimes y santas doctrinas de Jesucristo y de los Apóstoles respecto á la mujer y al matrimonio. — Insolencia de los protestantes en haber admitido el divorcio, que se halla en contradiccion formal con estas doctrinas. — Por estas doctrinas rehabilitó el Cristianismo á la mujer.

El prodigio de la rehabilitacion de la mujer, que ciertamente es un prodigio, y muy grande, lo obró la religion cristiana, valiéndose de grandes y magníficos medios, y fueron necesarios tales medios por lo difícil que era obtener este resultado, y por lo mucho que importaba para la santificacion de las almas y para la civilizacion de la sociedad. Estos medios fueron: 1.º, las doctrinas de Jesucristo y de los Apóstoles, relativas á la mujer y al matrimonio; 2.º, el dogma de la encarnacion y de la maternidad divina de María; 3.º, el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia; 4.º, el sacramentó del matrimonio, y 5.º, el espíritu del Evangelio.

Vamos á examinar ahora estos medios, considerando la influencia que ellos han tenido en la reconstitucion de la familia y la rehabilitacion de la mujer; y este exámen nos hará conocer mejor el poder civilizador y los beneficios sociales del Cristianismo. Esto forma el objeto de las sublimes y santas doctrinas del Salvador del mundo y de los Apóstoles, relativas á la sociedad doméstica y á la familia cristiana.

La cuestion del repudio de la mujer por el hombre era un objeto de controversia entre los judíos en el tiempo en que apareció entre ellos el Salvador del mundo. Los ricos y los adeptos de la secta voluptuosa de los saduceos, que eran muchos, defendian la libertad completa del hombre para repudiar á su mujer y tomar otra segun le agradase. Los más sabios, que pertenecian en su mayor parte á la secta rigorista de los fariseos, pensaban que era necesario hacer algo para reprimir la licencia y la desvergüenza con que cierta clase de hombres mudaban de mujer todos los años y áun todos los meses. Disputaban unos y otros sobre esta materia, pero no se entendian ni podian ponerse de acuerdo. Estaba reservado al Hijo de Dios, que se hizo Hombre, no sólo para redimir al hombre, sino para ilustrarle é instruirle en las condiciones de su existencia y en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las manos. Los contrayentes fueron casados por él. Él tomó su dinero y marchó. Volviendo su marido á casa una hora despues, recibió ella con sonrisa su visita de parabien; pero cuál sería su sorpresa cuando su esposa le dijo: «Amigo, oid el secreto que os »confio ántes de partir para Makchivan, y guardaos de publicarlo, »porque podria seros perjudicial. ¡Sabed que en mí, que os hablo, »acaba de casarse *vuestra mujer!*» Considérese cuál sería la confusion y la cólera del marido.

»Á la mañana siguiente el soldado ruso se llevó tranquilamente á su mujer, que dejó al otro marido sus hijos en prenda. Y habiéndole dicho uno: «Tu primer marido te maldice y te excomulga», le respondió ella con serenidad: «Pues yo le devuelvo sus maldiciones y sus excomuniones; él lo merece por su necedad.» (Boré, *Ibid.*)

Este hecho da lugar á un sinnúmero de reflexiones. El sacerdote caldeo nos dice que, para el clero católico, donde quiera que él se cuentra, el matrimonio es un acto importante, es un sacramento, es un contrato que no se puede bendecir ántes de tener una seguridad completa de la libertad de los contrayentes. La conducta del sacerdocio armenio nos hace ver, por el contrario, que para el clero cismático la bendicion nupcial no es más que una ceremonia sin valor alguno, si no es el del dinero que recibe el que la da, y que, por lo mismo, no merece la pena de tener tantos miramientos con ella. La mujer que abandonó sus hijos y su marido con tanta indiferencia por seguir á un extranjero á quien apénas conocia, nos manifiesta la ausencia de todo afecto, de todo sentimiento propio de la esposa y de la madre de familia, tal como el cisma la ha constituido. El soldado ruso, que se creia casado legítimamente con la mujer de otro, por el acto material de una bendicion obtenida por el dinero, nos demuestra cuáles son las ideas del pueblo ruso respecto al matrimonio; y todos los personajes de este drama escandaloso nos prueban y nos confirman que fuera del Catolicismo, el matrimonio no es otra cosa que una ficcion, un juego en perjuicio de la mujer, y que sólo en el Catolicismo es donde se hace justicia á la mujer, se la respeta y se la honra como se debe, segun los designios de Dios.

§ XIV. — Grandes y magníficos medios por los que el verdadero Cristianismo ha realzado á la mujer. — Sublimes y santas doctrinas de Jesucristo y de los Apóstoles respecto á la mujer y al matrimonio. — Insolencia de los protestantes en haber admitido el divorcio, que se halla en contradiccion formal con estas doctrinas. — Por estas doctrinas rehabilitó el Cristianismo á la mujer.

El prodigio de la rehabilitacion de la mujer, que ciertamente es un prodigio, y muy grande, lo obró la religion cristiana, valiéndose de grandes y magníficos medios, y fueron necesarios tales medios por lo difícil que era obtener este resultado, y por lo mucho que importaba para la santificacion de las almas y para la civilizacion de la sociedad. Estos medios fueron: 1.º, las doctrinas de Jesucristo y de los Apóstoles, relativas á la mujer y al matrimonio; 2.º, el dogma de la encarnacion y de la maternidad divina de María; 3.º, el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia; 4.º, el sacramentó del matrimonio, y 5.º, el espíritu del Evangelio.

Vamos á examinar ahora estos medios, considerando la influencia que ellos han tenido en la reconstitucion de la familia y la rehabilitacion de la mujer; y este exámen nos hará conocer mejor el poder civilizador y los beneficios sociales del Cristianismo. Esto forma el objeto de las sublimes y santas doctrinas del Salvador del mundo y de los Apóstoles, relativas á la sociedad doméstica y á la familia cristiana.

La cuestion del repudio de la mujer por el hombre era un objeto de controversia entre los judíos en el tiempo en que apareció entre ellos el Salvador del mundo. Los ricos y los adeptos de la secta voluptuosa de los saduceos, que eran muchos, defendian la libertad completa del hombre para repudiar á su mujer y tomar otra segun le agradase. Los más sabios, que pertenecian en su mayor parte á la secta rigorista de los fariseos, pensaban que era necesario hacer algo para reprimir la licencia y la desvergüenza con que cierta clase de hombres mudaban de mujer todos los años y áun todos los meses. Disputaban unos y otros sobre esta materia, pero no se entendian ni podian ponerse de acuerdo. Estaba reservado al Hijo de Dios, que se hizo Hombre, no sólo para redimir al hombre, sino para ilustrarle é instruirle en las condiciones de su existencia y en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la perfeccion de sus deberes, enseñarle las relaciones primitivas entre el marido y la mujer, que habian sido olvidadas ó alteradas, erigirlas en leyes é imponerlas á los esposos con toda la autoridad de la palabra de un legislador, que es Dios. Esto fué lo que hizo el Salvador, segun nos lo refiere San Mateo.

Un dia se presentaron ciertos doctores ante el divino Maestro y le preguntaron: «¿Es lícito al hombre repudiar á su mujer por cualquiera causa? *Si licet homini dimittere uxorem suam quacumque ex causa.*» (Matth., XIX.) Ellos no hicieron esta pregunta al Señor para obtener una respuesta y observarla, sino, como nota el Evangelista, para valerse de su respuesta con el objeto de calumniarle y de acusarle ante aquellos á quienes habia de indignar esta misma respuesta: *Tentantes eum.* (*Ibid.*) Pero el divino Salvador, no atendiendo á la perversa intencion de los que le preguntaban, se valió de esta ocasion para revelar al mundo y establecer en él su sublime doctrina, su legislacion perfecta respecto al matrimonio; y por consiguiente, les respondió de esta manera: «¿No habeis leido en la Escritura que Aquel que formó al hombre al principio los formó varon y hembra, y dijo: Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne? Así, pues, el hombre y la mujer no son ya dos, sino una sola carne. Por consiguiente, lo que Dios ha unido, guárdese el hombre de separar: *Non legistis quod Qui fecit hominem ab initio, masculum et fœminam fecit eos, et dixit: Propter hoc relinquet homo patrem et matrem, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una? Itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit homo non separet.*» (*Ibid.*) ¡Oh, cuán sublimes y cuán magníficas son estas palabras! La sabiduría humana jamas habia hablado de esta manera. Este lenguaje es el lenguaje de la Sabiduría divina, el lenguaje del Criador mismo del hombre, que es el único que conoce su orígen, su naturaleza y su elevado destino.

Recordemos que al principio del mundo crió Dios todos los animales de los dos sexos. Sin embargo, en la Escritura Santa no se dice de ninguna especie de animales que *Dios los crió macho y hembra.* Esto se dice sólo del hombre, por la circunstancia de que, habiendo Dios criado de la nada los animales de ambos sexos, cuando quiso criar la especie humana, crió primero al hombre, y despues formó la mujer de la carne misma del hombre. Segun San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, Teofilacto y Eutimio, estas inefables palabras significan evidentemente que, así como sólo en la humanidad el macho y la hembra fueron formados de un mismo individuo, de un mismo hombre, sólo en la humanidad el hombre y la mujer son dos miembros de un mismo cuerpo, dos partes de un mismo todo, que forman una misma cosa; y que sola la union, sólo el matrimonio del hombre y la mujer fué instituido por Dios. «Por esta razon, añade San Basilio (Lib. *De virginit.*), busca el hombre á la mujer como á una parte de sí mismo, que ha sido separada de él, y la mujer atrae al hombre, como el iman al acero.»

Esta interpretacion es todavía más clara por esta sentencia que el Hijo de Dios pronunció en las mismas circunstancias y sobre el mismo asunto: «*Por esto* dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una misma carne.»

La palabra *carne* es en este pasaje un hebraismo, es la carne del hombre, una parte del hombre, tomada por todo el hombre. Así, pues, estas palabras pueden traducirse de este modo: *Por lo mismo* que la mujer no ha sido formada de un elemento extraño, sino del hombre mismo, es de la misma naturaleza, de la misma condicion que el hombre, tiene los mismos derechos sobre el cuerpo del hombre que el hombre sobre el cuerpo de su mujer. *Por esto mismo* no serán ellos más que dos espíritus en un solo cuerpo, en un solo hombre. *Por esto mismo* dejará el hombre la casa de su padre y de su madre para ir á habitar con su mujer; se unirá á ella de una manera íntima y perpétua, como una cosa unida á otra (*agglutinabitur*, segun la palabra griega), y formarán una sola persona civil, un solo compuesto indisoluble, no tanto por la aproximacion de los cuerpos, cuanto por la union de los corazones.

Á estas palabras, que son tomadas del *Génesis,* y que el Salvador no hizo más que repetirlas á sus interlocutores (*Non legistis*), añadió estas otras: «Por consiguiente, el marido y la mujer no son dos, sino una sola carne. Guárdese, pues, el hombre de separar lo que el mismo Dios unió.» Así, pues, despues de haber recordado el divino Maestro lo que habia sido el matrimonio al principio del mundo, segun el pensamiento primitivo del Criador, es decir, la union indisoluble de un solo hombre y de una sola mujer, añadió que, siendo esta union obra de Dios, efectuándose por su voluntad y por su concurso, es una union santa que el hombre debe guar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

darse de disolver, supuesto que no puede el hombre, sin hacerse culpable de un sacrilegio, disolver lo que Dios ha unido. Y en todo este admirable pasaje, el Hijo de Dios y Señor del hombre, como lo es de todo el universo, llevó el matrimonio á su primitiva perfeccion; restableció para siempre la verdadera legislacion del matrimonio, que el hombre regenerado debe observar; abrogó la dispensa de su propia ley, que el mismo Dios habia concedido por circunstancias excepcionales y pasajeras, y condenó en los términos más formales el divorcio, la pluralidad de mujeres y la profanacion del santo vínculo conyugal.

Oigamos sobre este particular á San Juan Crisóstomo: «Por estas palabras, dice, que Jesucristo refiere como pronunciadas por el mismo Dios al principio del mundo, es evidente que Dios quiso que el hombre se casase con una sola mujer. Si Él hubiera querido que un hombre tuviese muchas mujeres, despues de haber criado al hombre, no se hubiera contentado con darle una sola mujer, sino que hubiera criado muchas. Así, pues, por la creacion misma del hombre, lo mismo que por la ley que le fué dada, manifestó Dios claramente que no es permitido al hombre tener más que una sola mujer, y que jamas puede romper el vínculo conyugal; porque decir: *Aquel que crió al hombre, crió al principio un hombre y una mujer*, fué decir que, habiendo salido los dos de un mismo principio, se hallan unidos de manera que no formen más que un solo cuerpo, porque los dos son de una misma carne. Por consiguiente, así como dividir un cuerpo humano es un gran crímen, de la misma manera repudiar á la mujer es una grande iniquidad. Pero el divino Salvador no se detuvo aquí, sino que, para dar á esta doctrina una sancion divina que la consagrase para siempre, añadió: *Luego no debe el hombre separar lo que Dios unió*. De todo esto se sigue que el matrimonio es indisoluble, el divorcio ilegítimo y contrario á la naturaleza del hombre y á la ley de Dios: á la naturaleza del hombre, porque divide una misma carne; y á la de Dios, porque Jesucristo formó una ley divina, que prohibe al hombre separar lo que Dios unió.» (Homil. LXIII, *in Matth.*)

Los fariseos comprendieron la alta importancia de esta legislacion divina, y la severidad de los deberes que de ella resultan, y no pudiendo conciliarla con la indulgencia de la ley de Moises, que tenía á Dios por autor, dijeron al Señor: «¿Pues por qué Moises

mandó al marido dar á su mujer, que ya no le agrada, un libelo de repudio y abandonarla? *Quid ergo Moyses mandavit dare cibelum repudii et dimittere?*» (*Ibid.*) Á lo que Jesucristo respondió: «Moises no os mandó, sino que os permitió simplemente repudiar á vuestras mujeres, y esto por la dureza de vuestro corazon, que os hubiera impulsado á matar á vuestras esposas que se os hubieran hecho odiosas, sino hubierais podido repudiarlas. Pero no sucedió así al principio del mundo. Yo quiero restablecer el órden primitivo sobre este punto, y por consiguiente, os digo Yo, el Hijo de Dios y el Maestro del hombre, que en adelante, excepto el caso de infidelidad por parte de la mujer, no es permitido al marido separarse de su mujer; y que, áun en este mismo caso, el vínculo conyugal subsiste siempre; de modo que si el marido se casa con otra mujer se hace culpable de adulterio; y que el que se desposáre con una mujer divorciada, es culpable igualmente de adulterio: *Ait illis: Ad duritiam cordis vestri permisit Moyses dimittere uxores vestras. Ab initio autem non fuit sic. Dico autem vobis quod quicumque dimiserit uxorem suam nisi ob fornicationem, et aliam duxerit mœchatur.*» (*Ibid.*) Así, pues, segun estas palabras del Hijo de Dios, Salvador del mundo y Legislador supremo del mundo, la mujer es de la misma naturaleza, de la misma condicion que el hombre; y cuando llega á ser su esposa tiene los mismos derechos que el hombre, es igual al hombre; y por consiguiente, el matrimonio es una institucion divina, una institucion santa, que establece un vínculo único, perpétuo é indisoluble.

San Pablo, el primero y el más grande intérprete del Evangelio, comentando esta legislacion sublime de su divino Maestro respecto al hombre y á la mujer, dice: «Para evitar la fornicacion, debe tener cada hombre su mujer, y cada mujer su marido. El marido debe pagar el débito á su mujer, y de la misma manera la mujer á su marido. El cuerpo de la mujer no pertenece á ella, sino á su marido; y de la misma manera el cuerpo del marido no pertenece á él, sino á su mujer. No os defraudeis el uno al otro, *á no ser de acuerdo*, por cierto tiempo, con el objeto de consagraros á la oracion; y volved despues á lo que erais ántes, para evitar que Satanas os tiente por la incontinencia. Yo os digo esto por indulgencia, y no como precepto; porque yo quisiera que fuesen todos como yo (vírgenes)..... Yo digo á los que no están casados y á los viudos que les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está bien permanecer así; como yo mismo..... Mas á los que están unidos por el matrimonio, mando, no yo, sino el Señor, *que la mujer no se separe de su marido. Si se separa de él, que permonezca sin casarse, ó que se reconcilie con su marido; y que el marido tampoco se separe de su mujer.....* ¿Te hallas unido á una mujer? Pues no procures separarte de ella. ¿No estás unido á ninguna mujer? Pues no busques mujer alguna. Sin embargo, si tomas una mujer no pecas, y si una vírgen se casa tampoco peca; pero éstos tendrán, sin embargo, la tribulacion de la carne..... La mujer está ligada á la ley del matrimonio todo el tiempo que vive su marido. Si su marido llega á morir, se queda ella libre de todo vínculo; ella podrá casarse con quien quiera.» (I, *Cor.*, VII.) En otro lugar dice el mismo Apóstol: «La ley (del matrimonio) obliga al hombre durante el tiempo de su vida; y la mujer desposada con un hombre se halla sujeta á esta ley miéntras el hombre vive; pero si el hombre muere, se ve absolutamente libre de la ley que le sujetaba al hombre. Luego si ella se entrega á otro hombre en vida de su marido, será tenida por adúltera; pero si su marido llega á morir, queda ella libre de la ley del matrimonio anterior; de modo que no será adúltera aunque contraiga matrimonio con otro hombre.» (*Rom.*, VII.)

Estos pasajes de San Pablo tienen una claridad y una precision sin igual. La doctrina, eminentemente social, de la indisolubilidad, de la perpetuidad del vínculo conyugal, de la prohibicion que tienen los esposos de contraer nuevas nupcias durante su matrimonio, áun cuando se hallen separados en cuanto al lecho y á la habitacion; y se establece en ella de la manera más terminante la condenacion del divorcio lo mismo que la pluralidad de mujeres. De modo que se necesitó toda la obcecacion, todo el descaro, toda la insolencia propia del error para atreverse á afirmar, como lo hicieron *los reformadores* del siglo XVI, que, segun la Escritura, el vínculo conyugal puede romperse en ciertos casos, de tal modo que los esposos separados puedan contraer nuevas nupcias con otras personas; que el divorcio es una cosa lícita á los cristianos, y que *puede el hombre separar lo que Dios ha unido.* Pero no nos maravillemos de esta enorme inconsecuencia del protestantismo, que se jacta de no seguir más que la Escritura, y que admite en este particular lo que la Escritura evidentemente condena. Ningun error puede existir tres dias, y mucho ménos erigirse en sistema religioso en un

pueblo, sin el concurso de las pasiones. Esta es la razon por que todo error comienza siempre por poner de su parte las pasiones, por lisonjearlas y por hacerlas sus auxiliares. Esta es la razon por que todo error no es, en punto á la moral, más que una baja condescendencia con la corrupcion del corazon, así como en punto al dogma no es otra cosa que una baja condescendencia con el orgullo del entendimiento. ¿Cómo hubiera podido el protestantismo establecerse en Alemania y en Inglaterra, si no hubiera comenzado por permitir al sensualismo de los príncipes repudiar sus mujeres para casarse con otras; al libertinaje de los sacerdotes y de los religiosos contraer matrimonio, y á la avaricia de los grandes enriquecerse con los bienes de la Iglesia; al orgullo de los filósofos rechazar todo lo que excede á la razon, y á todo hombre creer lo que le parezca y vivir como cree?

San Pablo dice tambien á los esposos cristianos: «La voluntad de Dios es que os santifiqueis y que os abstengais de la fornicacion. Que cada uno de vosotros procure conservar su vaso (su cuerpo) en la santidad y en el honor, y no en la sumision á las concupiscencias de la carne, como hacen los gentiles, que no conocen á Dios.» (I, *Thessalon.*, IV.)

En otro lugar, hablando el mismo Apóstol de los fieles casados, se expresa de este modo: «Yo he sido establecido en Jesucristo predicador y apóstol, doctor de las gentes en la fe y en la verdad. Yo deseo, pues, que los hombres vivan de tal manera que puedan siempre y en todo lugar elevar al cielo sus manos puras de toda mancha y su corazon libre de toda cólera; como asimismo que las mujeres se presenten siempre vestidas con decencia, ataviadas con modestia y con pudor, y no con los cabellos adornados de perlas y de joyas, ni vestidas lujosamente. Ellas deben vestirse del modo que conviene á unas mujeres que profesan la piedad por la práctica de las buenas obras. Deseo que la mujer aprenda con silencio y sumision (lo que debe saber). No permito que las mujeres enseñen (1) ni que dominen á los hombres, sino que guarden silencio;

(1) En la Iglesia, y magistralmente; porque San Pablo dice en otro lugar que las mujeres callen en la Iglesia: *Mulieres in ecclesiis taccant* (I, *Cor.*, XVI); y esto por respeto á los ministros, que son los únicos á quienes Jesucristo confió directamente el ministerio de enseñar la ciencia de la salvacion. Pero indirectamente en sus casas particulares, y generalmente en ausencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque Adan fué formado primero y Eva despues. Y no fué Adan seducido (por el demonio, para seducir á Eva), sino que Eva fué seducida (por el demonio), é hizo prevaricar al hombre. Sin embargo, la mujer se salvará por los dolores que pasa al dar á luz y al criar sus hijos, si, guardando moderacion y templanza en todo, permanece en la fe, en la caridad y en la santidad.» (I, *Timot.*, II.)

Finalmente, en la segunda parte de la Epístola á los hebreos, que es toda moral, dirigiéndose el mismo Apóstol á los esposos cristianos, dice: «Recordad que el matrimonio es una cosa honrosa. Es necesario, pues, que vosotros lo honreis en todo cuanto á él se refiere; que no mancheis el tálamo conyugal; porque Dios reserva un juicio severo á los fornicadores y á los adúlteros.» (*Hebr.*, XIII.)

Esto es decir á los casados que deben guardar en todo la honestidad, el decoro y el honor de su matrimonio, usando de sus derechos como hombres y como cristianos, segun la razon y las intenciones de Aquel que se los dió, y no segun los impulsos de una pasion ciega, propia de los brutos; que deben guardarse de profanar su union por el adulterio, por la molicie y por esos excesos de lujuria que ofenden la naturaleza y el pudor conyugal; que deben respetar sus propias personas, lo mismo que las leyes del matrimonio; que deben permanecer fieles á la palabra que se han dado mutuamente, y al amor que mutuamente se han jurado, y vivir unidos en la paz de una amistad santa y perfecta.

El apóstol San Pedro se dirige tambien á los casados con estas palabras: «Las mujeres deben estar sujetas á sus maridos, á fin de que si ellos no creen todavía en la predicacion apostólica, puedan ser reducidos á la fe sin esta predicacion, por la vida santa de sus mujeres, viendo la castidad de sus costumbres, en el temor del Señor. Ellas no deben cuidar demasiado de su aparato exterior, del peinado, de los anillos de oro ni de los ricos vestidos. Los adornos del hombre interior son los que deben llamar toda su atencion;

de los ministros de la Iglesia, y como discípulas y delegadas suyas para la enseñanza doméstica, no sólo pueden, sino que deben, segun el mismo San Pablo, instruir en la ley de Dios á sus hijos, á sus domésticos, y áun á sus esposos, y procurar convertirlos y santificarlos. (Tit. III; I, *Cor.*, XII.) En efecto, más adelante verémos, por una multitud de ejemplos, que la mujer católica se ha dedicado siempre á este gran ministerio con el más feliz resultado, y que ésta es una de sus glorias.

esto es, la mansedumbre y la pureza del corazon; porque ésta es la verdadera riqueza ante Dios. Así es como procuraban adornarse en otro tiempo las santas mujeres, que no esperaban más que en Dios, y permanecian siempre sumisas á sus esposos. Así es como Sara obedecia á Abraham y le llamaba su señor; y de ella seréis vosotras, mujeres, verdaderas hijas, si procurais obrar el bien sin que os detenga el temor. Vosotros tambien, maridos, vivid con vuestras mujeres segun la ciencia (la ley de Dios); respetadlas y honradlas, por lo mismo que es un vaso más frágil, recordando que ellas son coherederas de la misma gracia, de la misma redencion que vosotros; así es como vuestras oraciones podrán elevarse hasta Dios sin impedimento alguno.» (I, *Petr.*, III.)

Así, pues, á imitacion del divino Maestro, los príncipes de los Apóstoles, los primeros comentadores del Evangelio, los primeros doctores del Cristianismo, enseñaron, no sólo la unidad y la indisolubilidad, sino tambien la santidad del matrimonio, la igualdad de los esposos, la grandeza de su ministerio y la importancia de sus funciones.

Los primeros cristianos, educados en esta escuela, comenzaron á dar á sus mujeres el nombre de *hermanas*, ó el de *consiervas en el Señor*, es decir, compañeras en el servicio de un mismo Dios. Así es que Tertuliano, escribiendo á su mujer, la llama: «Mi muy amada hermana, mi muy querida consierva en el Señor: *Soror charissima, dilectissima mihi in Domino conserva.*» Lenguaje admirable, dulces y afectuosas palabras, que anunciaban la inmensa y dichosa mutacion que el Cristianismo habia hecho en las relaciones del hombre con su mujer. Ellas nos manifiestan que ya habia pasado el tiempo en que la mujer no era más que una esclava, á quien el marido tenía el derecho de arrojar, de castigar ó de matar; ó una propiedad, una cosa, que podia vender, ceder ó destruir, segun su brutalidad ó segun sus caprichos. Ellas nos manifiestan que entre los cristianos el marido no es ya el dueño absoluto, el tirano de su mujer, sino su hermano, su compañero para toda la vida, participante de todos sus goces y de todos sus dolores; y que la mujer se ha hecho la hermana de su esposo, su compañera, inferior á él en autoridad, pero igual á él en los derechos del matrimonio y en la mancomunidad del mismo amor y del mismo respeto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Predicar estas doctrinas tan puras, tan santas y tan sublimes respecto al matrimonio, fué, de parte de los Apóstoles y de sus sucesores, condenar el divorcio, la poligamia, la prostitucion y la licencia, que formaban los elementos constitutivos del matrimonio pagano, y la horrible legislacion de la esclavitud y de la degradacion de la mujer. Fué mudar todas las ideas, todas las leyes, todas las costumbres que el paganismo, de acuerdo con la filosofía, habia hecho prevalecer en la familia y en el Estado, en perjuicio de la mujer; sustituyendo otras ideas, otras leyes y otras costumbres absolutamente contrarias, en beneficio de la misma mujer.

Segun esta admirable legislacion de los Apóstoles, tan nueva en la época en que apareció en el mundo, por la enseñanza del Cristianismo, á pesar de que el matrimonio está considerado como un estado inferior á la virginidad, estado sublime y perfecto, que hace á la mujer objeto de la veneracion universal, no por eso deja de ser un estado santo, supuesto que es union formada por la mano del mismo Dios; no por eso deja de ser un estado puro, cuyo vínculo es un amor sobrenatural, semejante, como lo dice el mismo apóstol San Pablo, al amor de Jesucristo á la Iglesia y al amor de la Iglesia á Jesucristo; no por eso deja de ser un estado moral, en cuanto que es remedio contra un libertinaje degradante y culpable, no por eso deja de ser un estado de paz, supuesto que los esposos cristianos deben tolerarse mutuamente, y perdonarse el uno al otro todos sus defectos y todas sus flaquezas; no por eso deja de ser un estado de igualdad de derechos, por el mutuo dominio que se trasfieren los esposos de sus personas; no por eso deja de ser un estado de libertad, supuesto que cada uno de los esposos puede contraer nuevas nupcias despues de muerto su consorte; finalmente, no deja de ser un estado de felicidad, por el afecto mutuo que deben profesarse, y segun el que deben vivir el uno para el otro; y ved aquí, por todo esto, arrojado el sensualismo del derecho nupcial, asegurada la vida de los hijos, establecida la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, quebrantado el despotismo del marido, la esposa hecha *persona* y señora de la familia, gozando de toda la libertad y de toda la dignidad á que tiene derecho segun la institucion primitiva del matrimonio, y completamente rehabilitada la mujer; porque tan pronto como el Cristianismo se estableció en el mundo, esta misma legislacion pasó del Evangelio

y de las cartas de los Apostsles, primero á los códigos de Constantino y de Justiniano, y despues á los de todos los monarcas cristianos; y siendo ántes una legislacion religiosa, se hizo la legislacion civil de todos los estados que profesan la religion de Jesucristo.

Así fué como el Cristianismo con sus doctrinas rehabilitó completamente á la mujer. Mas el dogma de la Encarnacion, y de la maternidad divina de María, no contribuyó poco á este precioso resultado, como lo vamos á ver.

§ XV.—Segundo medio por el que el Cristianismo ha rehabilitado á la mujer, el dogma de la Encarnacion y de la maternidad divina de María.—Grandezas de María, segun las creencias cristianas y el lenguaje de la Iglesia. —La culpa de Eva reparada y borrada por María.—La mujer elevada en Ella y por Ella.—La influencia de estos misterios en favor de la mujer se deja conocer áun entre los mismos mahometanos.

¿Qué ministerio ejerció la mujer en el misterio de la Encarnacion? La Iglesia nos lo enseña por la manera con que habla de María, en cuanto que María es Vírgen y Madre del Dios hecho Hombre; manera de hablar cuyo elevado pensamiento teológico es realzado por la más brillante, por la más deliciosa poesía. «Aquel, dice ella, á quien la tierra, el mar y los astros predican, honran y adoran; Aquel que gobierna la triple máquina del universo, se encierra en el seno de María (1). Y las entrañas de una Jóven inundada por la gracia del cielo llevan á Aquel á quien la luna, el sol y todas las criaturas sirven en todo tiempo (2). ¡Oh Madre afortunada, por cuyo consentimiento el Artífice celestial, que tiene el mundo en su mano, se encerró en el arca de su vientre! (3). ¡Oh

(1) «Quem terra, pontus, sidera,
Colunt, adorant, prædicant
Trinam regentem machinam
Claustrum Mariæ bajulat.»

(2) «Cui luna, sol et omnia
Deserviunt per tempora,
Perfusa cœli gratia
Gestant puellæ viscera.»

(3) «Beata Mater munere,
Cujus supernus Artifex,
Mundum pugillo continens,
Ventris sub arca clausus est!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Predicar estas doctrinas tan puras, tan santas y tan sublimes respecto al matrimonio, fué, de parte de los Apóstoles y de sus sucesores, condenar el divorcio, la poligamia, la prostitucion y la licencia, que formaban los elementos constitutivos del matrimonio pagano, y la horrible legislacion de la esclavitud y de la degradacion de la mujer. Fué mudar todas las ideas, todas las leyes, todas las costumbres que el paganismo, de acuerdo con la filosofía, habia hecho prevalecer en la familia y en el Estado, en perjuicio de la mujer; sustituyendo otras ideas, otras leyes y otras costumbres absolutamente contrarias, en beneficio de la misma mujer.

Segun esta admirable legislacion de los Apóstoles, tan nueva en la época en que apareció en el mundo, por la enseñanza del Cristianismo, á pesar de que el matrimonio está considerado como un estado inferior á la virginidad, estado sublime y perfecto, que hace á la mujer objeto de la veneracion universal, no por eso deja de ser un estado santo, supuesto que es union formada por la mano del mismo Dios; no por eso deja de ser un estado puro, cuyo vínculo es un amor sobrenatural, semejante, como lo dice el mismo apóstol San Pablo, al amor de Jesucristo á la Iglesia y al amor de la Iglesia á Jesucristo; no por eso deja de ser un estado moral, en cuanto que es remedio contra un libertinaje degradante y culpable, no por eso deja de ser un estado de paz, supuesto que los esposos cristianos deben tolerarse mutuamente, y perdonarse el uno al otro todos sus defectos y todas sus flaquezas; no por eso deja de ser un estado de igualdad de derechos, por el mutuo dominio que se trasfieren los esposos de sus personas; no por eso deja de ser un estado de libertad, supuesto que cada uno de los esposos puede contraer nuevas nupcias despues de muerto su consorte; finalmente, no deja de ser un estado de felicidad, por el afecto mutuo que deben profesarse, y segun el que deben vivir el uno para el otro; y ved aquí, por todo esto, arrojado el sensualismo del derecho nupcial, asegurada la vida de los hijos, establecida la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, quebrantado el despotismo del marido, la esposa hecha *persona* y señora de la familia, gozando de toda la libertad y de toda la dignidad á que tiene derecho segun la institucion primitiva del matrimonio, y completamente rehabilitada la mujer; porque tan pronto como el Cristianismo se estableció en el mundo, esta misma legislacion pasó del Evangelio

y de las cartas de los Apostsles, primero á los códigos de Constantino y de Justiniano, y despues á los de todos los monarcas cristianos; y siendo ántes una legislacion religiosa, se hizo la legislacion civil de todos los estados que profesan la religion de Jesucristo.

Así fué como el Cristianismo con sus doctrinas rehabilitó completamente á la mujer. Mas el dogma de la Encarnacion, y de la maternidad divina de María, no contribuyó poco á este precioso resultado, como lo vamos á ver.

§ XV.—Segundo medio por el que el Cristianismo ha rehabilitado á la mujer, el dogma de la Encarnacion y de la maternidad divina de María.—Grandezas de María, segun las creencias cristianas y el lenguaje de la Iglesia. —La culpa de Eva reparada y borrada por María.—La mujer elevada en Ella y por Ella.—La influencia de estos misterios en favor de la mujer se deja conocer áun entre los mismos mahometanos.

¿Qué ministerio ejerció la mujer en el misterio de la Encarnacion? La Iglesia nos lo enseña por la manera con que habla de María, en cuanto que María es Vírgen y Madre del Dios hecho Hombre; manera de hablar cuyo elevado pensamiento teológico es realzado por la más brillante, por la más deliciosa poesía. «Aquel, dice ella, á quien la tierra, el mar y los astros predican, honran y adoran; Aquel que gobierna la triple máquina del universo, se encierra en el seno de María (1). Y las entrañas de una Jóven inundada por la gracia del cielo llevan á Aquel á quien la luna, el sol y todas las criaturas sirven en todo tiempo (2). ¡Oh Madre afortunada, por cuyo consentimiento el Artífice celestial, que tiene el mundo en su mano, se encerró en el arca de su vientre! (3). ¡Oh

(1) «Quem terra, pontus, sidera,
Colunt, adorant, prædicant
Trinam regentem machinam
Claustrum Mariæ bajulat.»

(2) «Cui luna, sol et omnia
Deserviunt per tempora,
Perfusa cœli gratia
Gestant puellæ viscera.»

(3) «Beata Mater munere,
Cujus supernus Artifex,
Mundum pugillo continens,
Ventris sub arca clausus est!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mujer, dichosa por el mensaje del cielo, fecunda por la virtud del Espíritu Santo, de cuyo seno salió el Deseado de las gentes! (1). ¡Oh Vírgen gloriosa entre todas las vírgenes, sublime entre todos los astros, que alimentasteis con vuestra leche á Aquel que os crió, cuando se hizo Párvulo! (2). ¡Oh María, Vos nos restituis, por vuestro adorable Hijo, todo lo que nos habia quitado la desventurada Eva! ¡Vos abris las puertas del cielo, para que puedan entrar en él los desterrados de este mundo! (3). Vos sois el camino para ir al más elevado de los reyes; Vos sois el palacio Real, resplandeciente de luz. ¡Oh naciones que habeis sido redimidas, celebrad la vida que os ha sido dada por la Vírgen!» (4).

En consideracion á la parte que María tomó en el misterio de la Encarnacion, la Iglesia habla á Dios de este modo: «¡Oh Dios, que por medio del anuncio de un ángel quisisteis que vuestro Verbo tomase un cuerpo humano del seno de la bienaventurada Vírgen María, os rogamos nos concedais que seamos ayudados en vuestra presencia, por la intercesion de esta misma Vírgen, por quien hemos tenido la suerte de recibir al Autor de la vida, nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo!» (5). Otras veces, dirigiéndose á Dios, le habla en estos términos: «¡Oh Dios sempiterno y omnipotente, que, con la cooperacion del Espíritu Santo, preparasteis el alma y

(1) «Beata cœli nuntio,
Fecunda Sancto Spiritu,
Desideratus gentium,
Cujus per alvum fusus est!»

(2) «Oh gloriosa Virginum,
Sublimis inter sidera,
Qui te creavit parvulum
Lactente nutris ubere!»

(3) «Quod Eva tristis abstulit
Tu reddis, almo Germine,
Intrent ut astra flebiles,
Cœli recludis cardines!»

(4) «Tu regis alti janua,
Et aula lucis fulgida.
Vitam datam per Virginem
Gentes redemptæ plaudite!»

(5) «Deus, qui de beatæ Mariæ virginis utero Verbum tuum, angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti; præsta, supplicibus tuis, ut ejus apud te intercessionibus adjuvemur, per quam mernimus Auctorem vitæ suscipere, Dominum nostrum, Jesum Christum filium tuum.»

el cuerpo de la gloriosa Vírgen y Madre María, para que mereciese ser un tabernáculo digno de vuestro Hijo, concedednos, por la piadosa intercesion de esta misma Vírgen, cuya conmemoracion nos llena de gozo, que nos libremos de los males que nos amenazan, y de la muerte eterna!».(1).

Treinta veces al año, en todo el oficio del dia, dice á María la Iglesia: «¡Oh María, Vírgen sagrada, Vos sois dichosa y muy digna de toda alabanza, porque de vuestro seno nació el verdadero Sol de Justicia, Jesucristo, nuestro Dios, que borrando la maldicion, nos trajo la bendicion, y confundiendo la muerte, nos dió la vida eterna! Ea pues, orad por el pueblo, pedid por el clero, interceded por las mujeres que se han dedicado á Dios, y haced que todos los que celebran vuestras grandezas experimenten los efectos de vuestra proteccion!» (2). Y despues añade la Iglesia: «Santa Madre de Dios, nosotros nos acogemos bajo vuestra proteccion. No desprecieis las súplicas que os dirigimos en nuestras necesidades; sino, por el contrario, Vírgen gloriosa y bendita, libradnos siempre de todos los peligros» (3).

Por espacio de cinco meses al año, al fin de todas las horas canónicas, repite la Iglesia esta afectuosa súplica á María: «Nosotros os saludamos, oh Reina, Madre de misericordia; nosotros os saludamos, porque sois nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza. En este valle de lágrimas, nosotros, los desterrados hijos de Eva, no podemos hacer otra cosa que suspirar y clamar á Vos, llorando y gimiendo. ¡Oh María, nuestra protectora ante Dios, apresuraos á volver hácia nosotros vuestras misericordiosas miradas!

(1) «Omnipotens, sempiterne Deus, qui gloriosæ Virginis et Matris Mariæ corpus et animam, ut dignum Filii tui habitaculum effeci mereretur, Spiritu Sancto cooperante præparasti; da, ut, cujus commemoratione lætamur, ejus pia intercessione ab instantibus malis et à morte perpetua liberemur.»

(2) «Felix næmque es, sacra Virgo Maria, et omni laude dignissima, quia ex te ortus est Sol Justitiæ, Christus, Deus noster; qui solvens maledictionem, dedit benedictionem, et confundens mortem, donavit nobis vitam sempitærnam. Ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto femineo sexu; sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.»

(3) «Sub tuum præsidium confugimus, Sancta Dei Genitrix. Nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus nostris. Sed à periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Vírgen María, mostradnos y dadnos, despues de este destierro, á Jesus, fruto bendito de vuestro seno!»

En las letanías de la Vírgen para uso de los fieles que quieren cantar sus privilegios y sus glorias, implorando su proteccion, la Iglesia les ha enseñado á llamarla: «Santa María,—Santa Madre de Dios,—Santa Vírgen de las vírgenes,—Madre de Jesucristo,—Madre de la divina gracia,—Madre del Criador,—Madre del Salvador,—Vírgen prudentísima,—Vírgen digna de toda veneracion,—Vírgen digna de ser siempre celebrada,—Vírgen poderosa,—Vírgen clemente,—Vírgen fiel,—Espejo de la justicia,—Silla de la sabiduría,—Causa de nuestra alegría,—Vaso espiritual,—Vaso honorable,—Vaso insigne de la devocion,—Rosa mística,—Torre de David,—Torre de marfil,—Casa dorada,—Arca de la alianza,—Puerta del cielo,—Estrella de la mañana,—Salud de los enfermos,—Refugio de los pecadores,—Consoladora de los afligidos,—Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y de todos los santos.»

Finalmente, la Iglesia ha puesto en la boca, y más aún en el corazon, de sus hijos, para que la repitan todos los dias, y muchas veces al dia, esta sublime y tierna oracion á María, que, estando compuesta de los más bellos pasajes del Evangelio que se refieren á Ella, resume en pocas palabras todas sus grandezas, todos los sentimientos con que debemos tributarle culto, y todos los bienes que podemos esperar de Ella: «Yo te saludo, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesus. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Segun este magnífico y piadoso lenguaje de la Iglesia respecto á María, Madre del Dios hecho Hombre, el misterio de la Encarnacion presenta siempre al espíritu de los cristianos una Mujer hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo, una Mujer Vírgen y Madre al mismo tiempo, llena de la gracia y de la virtud de Dios, y unida y asociada á Dios de la manera más íntima, más noble y más perfecta; una Mujer Madre del Criador, y por lo mismo elevada sobre todos los ángeles, sobre todos los

santos y sobre todos seres criados; que no conoce nada superior á Ella, sino el Dios que la crió, y elevada al más alto grado de grandeza á que puede llegar una pura criatura; una Mujer que es la dominadora de Satanas, la triunfadora del pecado, la alegría del cielo, las delicias de la tierra, el terror del infierno y la Reina del universo; una Mujer que es la Madre del buen socorro, la mediadora del perdon; y despues de Jesucristo, que es la fuente, Ella es el canal de toda gracia, de toda esperanza, de todo mérito y de todo consuelo. En una palabra, el misterio de la Encarnacion nos habla siempre de una Mujer á quien el Hijo de Dios se asoció para redimir al mundo, para salvar al mundo, y de la salvacion del mundo, que el mismo Hijo de Dios obró por el consentimiento, la virtud y la cooperacion de una Mujer.

En este supuesto, la grandeza única, tan admirable, tan incalculable y tan incomprensible, que el misterio de la Encarnacion revela en María, recae sobre la mujer. En la economía del misterio de la Encarnacion, *la vida* salió del mismo sexo que habia introducido la muerte; el sexo que, en la primera mujer, concibiendo el pecado en su corazon, habia causado la ruina del mundo, se hizo la salvacion del mundo en la *Mujer por excelencia*, en la Mujer perfecta, que concibió en su seno virginal la gracia y la santidad. El sexo que Eva habia sometido de una manera especial á la serpiente, fué convertido por María en vencedor de la serpiente, y reparó y borró en la Persona de María todo el mal que habia causado á la humanidad en la persona de Eva. El sexo tan humillado por Eva se encuentra exaltado por María sobre toda ponderacion. La *Bendita entre todas las mujeres* es su honor y su gloria. Era, pues, imposible que la mujer continuase siendo mirada como un sér impuro y maléfico en los pueblos que creen en el misterio de la Encarnacion, es decir, en el misterio del Dios-Salvador, concebido por una Mujer y nacido de una Mujer. Era imposible que el misterio de la Mujer Madre de Dios no reflejase alguna parte de su magnificencia y de su esplendor sobre la mujer madre del hombre, sobre la mujer en general, y le conciliase el respeto y la veneracion de los pueblos que creen en Jesucristo. Y en efecto, nosotros vemos que donde quiera que la creencia en el misterio de la Encarnacion ha establecido el culto de María, la mujer tiene, á los ojos del hombre, algo de misterioso, de grande y de delicado, que la re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comienda á la estimacion y á la consideracion de todo el mundo.

Oigamos sobre este particular al grave y piadoso autor citado por nosotros muchas veces, que expone la influencia que los misterios de la vida de María han ejercido sobre el espíritu de los pueblos en favor de las mujeres: «Por el género humano, dice Gaume, da María á su Hijo, y con toda verdad puede Ella decir: Mi carne es inmolada, y mi sangre corre en el Calvario. Y María es asociada de la manera más íntima y más dolorosa á la redencion del hombre: ¡gloria sublime que con solo Dios, excluyendo áun á los mismos ángeles, divide María y comunica á su sexo!

»Y al ver el hombre que Dios honra á la Mujer hasta tal punto, al ver que la Mujer, á costa de inefables dolores, se hace el instrumento de su salvacion, comprende la dignidad de la Mujer, y penetra su corazon un gran respeto y un profundo reconocimiento á la Mujer. Y al recordar los ultrajes y los desprecios de que habia llenado á la Mujer, se da golpes de pecho como el Centurion, y llora amargamente como Pedro.

»Para que la mujer fuese respetada en cualquier edad ó condicion en que se hallase, quiso Dios que María, la bienhechora del hombre, el tipo de la mujer regenerada, consagrase todas las edades y todas las condiciones de su sexo. Porque, en efecto, María fué á un mismo tiempo Hija de reyes y Mujer del pueblo, que ganaba el pan de cada dia con el trabajo de sus manos; Ella fué Vírgen y Madre, Esposa y Viuda, inocente y penitente; y despues de haber rescatado su sexo á costa de los más crueles dolores, despues de haberlo rehabilitado por medio de todas las virtudes, despues de haberlo salvado haciéndolo instrumento de la salvacion universal, dijo María al hombre: «¡Todo cuanto hicieres á la última de »estas pequeñitas, que son mis hijas, sabes que es á Mí á quien lo »haces. Sabe que si las ultrajas, me ofendes en las pupilas de mis »ojos, á Mí que soy tu Madre y la Madre del Señor del trueno!» ¡Oh hombre! ¿Te atreverás ahora á despreciar, á humillar á la mujer, que se ha hecho en María la Madre de tu Dios y la amable Mediadora de tu ventura y de tu gloria?

»Y la misma mujer, al verse en tanta altura, habiendo estado hasta entónces tan humillada, volvió á conocer su dignidad y comprendió su vocacion. Desde entónces todos sus cuidados, todo su estudio fué el de procurar acercarse á su tipo celestial; ella conoció

que María era su Protectora, y se refugió con confianza bajo las alas de María; ella rodeó sus altares, y la amó como el niño ama á su madre. Y la amable simplicidad de los primeros años, y el pudor de la vírgen, y la casta dulzura de la esposa, y el poderoso amor de la madre, y la activa humildad de la viuda, y el celo, en fin, con sus innumerables industrias, se hicieron su vida, la vida de su vida, sus ocupaciones del dia y sus pensamientos de la noche. Y la mujer, así reformada por el modelo de María, volvió á ser lo que habia sido, lo que debiera haber sido siempre segun la intencion del Criador: *la ayuda*, *la compañera*, *el ángel* del hombre.» (Gaume, II p., c. I.)

Esta poderosa influencia de los misterios cristianos en favor de la mujer se hace sentir áun fuera del Cristianismo. En los pueblos que siguen el islamismo, por ejemplo, lo mismo que en todos los pueblos infieles, la suerte de las mujeres es ciertamente deplorable. Las casas de los musulmanes no son otra cosa que verdaderas prisiones, en las que unos celos brutales tienen á la mujer perpétuamente aislada del resto del mundo, y donde ningun hombre puede impunemente poner sus piés, ni áun sus miradas. El dueño de la casa recibe á sus amigos y trata sus negocios en una habitacion que da á la calle y que está junto á la *puerta* (1), y ningun hombre, aunque sea pariente, penetra jamas en el interior de la casa. La facultad que tiene todo musulman de desposarse con tantas mujeres como pueda mantener, convierte al marido en señor, á todas sus mujeres en esclavas de sus caprichos, y el matrimonio en un infierno, cuyas víctimas son perpétuamente devoradas por el gusano roedor de los celos y de la desesperacion. Finalmente, el derecho de vida y muerte que la ley da al marido respecto á sus mujeres, hace de él un verdadero tirano, ante quien las desventuradas no pueden ménos de temblar. Sin embargo, no deja de ser cierto que la mujer musulmana conserva algo de su personalidad humana; el Coran le reconoce ciertos derechos como esposa y como madre, que todo buen musulman respeta. Á excepcion de las mujeres de la familia Imperial, á quienes una costumbre bárbara,

(1) Esto es lo que ha dado lugar al nombre de la *Puerta* con que se nombra la sala de los Consejos, y áun el Gobierno mismo del Sultan, que sólo trata los negocios del Estado á la entrada del serrallo ó á la *puerta*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fundada en razones de Estado, condena á verse arrancar sus hijos para darles muerte, muchas veces en su presencia (1); la mujer musulmana, al hacerse madre, no se ve privada totalmente de los derechos y de las dulzuras de la maternidad.

Mas esta suavidad que el islamismo ha introducido en las relaciones entre el hombre y la mujer, sólo se debe al Cristianismo. El mahometismo, segun observa Leibnitz, no es otra cosa en el fondo que una secta cristiana nacida del arrianismo, en la que el Salvador, segun las instrucciones del mismo Mahoma, es considerado como *el representante de la bondad divina en la tierra, que ha enseñado á los hombres el camino de la sabiduría.* En el Coran se trata de la gran Mujer María, hecha Madre de Jesus por la virtud de Dios, sin dejar de ser Vírgen, así como de otras doctrinas tomadas del Evangelio. Los musulmanes honran á Jesucristo como á un profeta, y á su Santísima Madre como á una gran Reina del cielo y de la tierra, y cuando se ven en algun peligro recurren á su proteccion. Desde luégo se conoce que estos restos de las verdades cristianas, aunque mezclados con tantos errores, deben necesariamente ejercer una influencia benéfica en el espíritu y en el corazon de los musulmanes, y suavizar sus costumbres, á la manera del sol, que aunque descienda bajo el horizonte, continúa derramando su pálida luz crepuscular sobre la tierra, que lo ha perdido de vista. Por consiguiente, así como es imposible que el conocimiento, aunque alterado, del misterio del Verbo de Dios hecho Hombre no realce al hombre, de la misma manera es imposible que el culto y la invocacion de María, Madre de Jesucristo, no realce á la mujer y le concilie de parte del hombre alguna consideracion y respeto. Así, pues, donde quiera que la mujer no cristiana goza de la más pequeña ventaja en su posicion social, debe esta ventaja á la secreta influencia de las tradiciones de los misterios cristianos, á la accion dulce y omnipotente del Cristianismo.

(1) Esta es la costumbre observada tambien en la China y en el Japon, de hacer morir á todos los descendientes varones en línea colateral, de la raza Imperial. Viviendo Mahmoud, padre del Sultan actual, la hija á quien más amaba, sintiéndose encinta de resultas de su matrimonio, se envenenó para librarse del dolor de ver dar muerte al hijo que diera á luz. Se refiere que la sultana Saliaha, otra hermana de Abdoul-Medjid, casada con Alí-Pachá, habiendo visto estrangular por órden de su hermano al hijo que acababa de parir, se volvió loca y murió de desesperacion el año de 1843.

Así es como el misterio de la Encarnacion y el de la maternidad de María han contribuido á realzar la mujer.

§ XVI.—Tercer medio por el que ha mudado el Cristianismo la condicion de la mujer; el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia.—El matrimonio no es el tipo de esta union, sino que esta union es el tipo del matrimonio, de la dignidad y de la grandeza de la mujer.

El misterio de la Iglesia no ha contribuido ménos á la rehabilitacion de la mujer. San Pablo, en su Epístola á los de Efeso, se expresa de este modo: «Las mujeres deben estar sujetas á sus maridos como al señor, porque el hombre es la cabeza de la mujer, así como Jesucristo es la cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Luego así como la Iglesia está sometida á Jesucristo, así las mujeres deben estar sometidas en todo á sus esposos. Maridos, amad á vuestras mujeres como Jesucristo amó á la Iglegia y se ofreció por ella para santificarla, purificándola con el agua, unida á la palabra de la vida, á fin de que apareciese ante Él gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa alguna desagradable; sino que fuese santa é inmaculada. Así, pues, los maridos deben amar á sus mujeres como á su propio cuerpo. El que ama á su mujer se ama á sí mismo, y niñguno aborreció jamas su carne, sino que la alimenta y la cuida; así es como Jesucristo obra respecto á su Iglesia, porque nosotros (que componemos la Iglesia) somos los miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto se dijo que el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer y serán dos en una misma carne. *Este sacramento es grande*, digo, en Jesucristo y en la Iglesia. Cada uno de vosotros debe, pues, amar á su mujer como á sí mismo, y la mujer debe tener un temor reverencial á su esposo.» (*Ephes.*, v.) Este pasaje, á pesar de expresar la más grande sencillez y la mayor ternura, es magnífico y sublime, y digno del gran talento de San Pablo, el apóstol que mejor conoció los misterios de Jesucristo.

Ya sabemos que Dios formó la primera mujer, no de la cabeza del hombre, para que no se creyese superior al hombre; no de sus piés, para que el hombre no se creyese con derecho á despreciar á su mujer; sino de su costilla, para que supiese que la mujer es su compañera y su igual, formada de la misma carne, y que, por con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fundada en razones de Estado, condena á verse arrancar sus hijos para darles muerte, muchas veces en su presencia (1); la mujer musulmana, al hacerse madre, no se ve privada totalmente de los derechos y de las dulzuras de la maternidad.

Mas esta suavidad que el islamismo ha introducido en las relaciones entre el hombre y la mujer, sólo se debe al Cristianismo. El mahometismo, segun observa Leibnitz, no es otra cosa en el fondo que una secta cristiana nacida del arrianismo, en la que el Salvador, segun las instrucciones del mismo Mahoma, es considerado como *el representante de la bondad divina en la tierra, que ha enseñado á los hombres el camino de la sabiduría.* En el Coran se trata de la gran Mujer María, hecha Madre de Jesus por la virtud de Dios, sin dejar de ser Vírgen, así como de otras doctrinas tomadas del Evangelio. Los musulmanes honran á Jesucristo como á un profeta, y á su Santísima Madre como á una gran Reina del cielo y de la tierra, y cuando se ven en algun peligro recurren á su proteccion. Desde luégo se conoce que estos restos de las verdades cristianas, aunque mezclados con tantos errores, deben necesariamente ejercer una influencia benéfica en el espíritu y en el corazon de los musulmanes, y suavizar sus costumbres, á la manera del sol, que aunque descienda bajo el horizonte, continúa derramando su pálida luz crepuscular sobre la tierra, que lo ha perdido de vista. Por consiguiente, así como es imposible que el conocimiento, aunque alterado, del misterio del Verbo de Dios hecho Hombre no realce al hombre, de la misma manera es imposible que el culto y la invocacion de María, Madre de Jesucristo, no realce á la mujer y le concilie de parte del hombre alguna consideracion y respeto. Así, pues, donde quiera que la mujer no cristiana goza de la más pequeña ventaja en su posicion social, debe esta ventaja á la secreta influencia de las tradiciones de los misterios cristianos, á la accion dulce y omnipotente del Cristianismo.

(1) Esta es la costumbre observada tambien en la China y en el Japon, de hacer morir á todos los descendientes varones en línea colateral, de la raza Imperial. Viviendo Mahmoud, padre del Sultan actual, la hija á quien más amaba, sintiéndose encinta de resultas de su matrimonio, se envenenó para librarse del dolor de ver dar muerte al hijo que diera á luz. Se refiere que la sultana Saliaha, otra hermana de Abdoul-Medjid, casada con Alí-Pachá, habiendo visto estrangular por órden de su hermano al hijo que acababa de parir, se volvió loca y murió de desesperacion el año de 1843.

Así es como el misterio de la Encarnacion y el de la maternidad de María han contribuido á realzar la mujer.

§ XVI.—Tercer medio por el que ha mudado el Cristianismo la condicion de la mujer; el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia.—El matrimonio no es el tipo de esta union, sino que esta union es el tipo del matrimonio, de la dignidad y de la grandeza de la mujer.

El misterio de la Iglesia no ha contribuido ménos á la rehabilitacion de la mujer. San Pablo, en su Epístola á los de Efeso, se expresa de este modo: «Las mujeres deben estar sujetas á sus maridos como al señor, porque el hombre es la cabeza de la mujer, así como Jesucristo es la cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Luego así como la Iglesia está sometida á Jesucristo, así las mujeres deben estar sometidas en todo á sus esposos. Maridos, amad á vuestras mujeres como Jesucristo amó á la Iglegia y se ofreció por ella para santificarla, purificándola con el agua, unida á la palabra de la vida, á fin de que apareciese ante Él gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa alguna desagradable; sino que fuese santa é inmaculada. Así, pues, los maridos deben amar á sus mujeres como á su propio cuerpo. El que ama á su mujer se ama á sí mismo, y niñguno aborreció jamas su carne, sino que la alimenta y la cuida; así es como Jesucristo obra respecto á su Iglesia, porque nosotros (que componemos la Iglesia) somos los miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto se dijo que el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer y serán dos en una misma carne. *Este sacramento es grande*, digo, en Jesucristo y en la Iglesia. Cada uno de vosotros debe, pues, amar á su mujer como á sí mismo, y la mujer debe tener un temor reverencial á su esposo.» (*Ephes.*, v.) Este pasaje, á pesar de expresar la más grande sencillez y la mayor ternura, es magnífico y sublime, y digno del gran talento de San Pablo, el apóstol que mejor conoció los misterios de Jesucristo.

Ya sabemos que Dios formó la primera mujer, no de la cabeza del hombre, para que no se creyese superior al hombre; no de sus piés, para que el hombre no se creyese con derecho á despreciar á su mujer; sino de su costilla, para que supiese que la mujer es su compañera y su igual, formada de la misma carne, y que, por con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siguiente, debe amarla como se ama á sí mismo. El pasaje de San Pablo que acabamos de ver nos enseña que cuando Dios formó la primera mujer del hombre dormido al pié de un árbol tuvo presente á la Iglesia, que debia nacer un dia del costado de Jesucristo dormido sobre el árbol de la cruz; así como al criar al hombre unió el alma y el cuerpo en un solo compuesto, teniendo presente á Jesucristo, en quien la divinidad y la humanidad debian unirse en una sola Persona. Este pasaje de San Pablo nos enseña que en el momento mismo en que Dios obraba en figura en la persona de Adan en el Paraíso, este gran misterio de la Iglesia que debia realizar un dia en Jesucristo en el Calvario, lo reveló á Adan de tal modo, que despertando Adan de su misterioso sueño ó de su éxtasis y viendo á Eva delante de sí, exclamó: «Este nuevo sér que veo es el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; por esta razon dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne», aludiendo principalmente con estas palabras al misterio de la Iglesia. Finalmente, este pasaje de San Pablo nos enseña que no porque Eva nació del costado de Adan fué por lo que la Iglesia nació del costado de Jesucristo, sino al contrario, porque la Iglesia debia nacer del costado de Jesucristo fué por lo que Eva nació del costado de Adan, es decir, que la union del hombre y la mujer no fué el tipo original, el modelo de la union de Jesucristo con la Iglesia, sino que la union de Jesucristo con la Iglesia, que debia cumplirse en la plenitud de los tiempos, fué el tipo original, el modelo de la union del hombre y la mujer al principio del mundo; en otros términos, que las condiciones de los *desposorios* de Jesucristo con la Iglesia no fueron establecidas con arreglo á las condiciones que Dios habia fijado para el matrimonio del hombre y la mujer, sino que las condiciones del matrimonio del hombre y la mujer fueron establecidas con arreglo á las condiciones que Dios habia fijado para los *desposorios* de Jesucristo con la Iglesia; que Jesucristo no se unió indisolublemente *á una sola Iglesia* porque Dios habia unido indisolublemente el hombre á una sola mujer, sino que Dios unió indisolublemente el hombre á una mujer porque Jesucristo debia unirse un dia indisolublemente á la Iglesia; que la unidad y la indisolubilidad de los desposorios de Jesucristo con la Iglesia no fué una consecuencia de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio del hombre y la

mujer, sino que la ley de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio del hombre y de la mujer es una consecuencia de la unidad y de la indisolubilidad de los desposorios de Jesucristo con la Iglesia; y en fin, que la union de Jesucristo con la Iglesia no es un gran misterio porque representa la union del hombre y la mujer, sino que la union del hombre y la mujer es un gran misterio y un *gran sacramento* porque representa la union de Jesucristo con la Iglesia; ésta es la significacion de aquellas sublimes palabras de San Pablo: «El matrimonio es un gran sacramento en Jesucristo y en la Iglesia.»

San Juan Crisóstomo se llenaba de admiracion en este bello y magnífico pasaje, en el que San Pablo, ó más bien el mismo Dios, propone á los esposos por modelo de su union la union inefable de Jesucristo con la Iglesia. Él se llenaba de admiracion al ver la sublimidad de esta doctrina y su eficacia para espiritualizar un acto que hasta entónces habia degradado el sensualismo. «¿Cómo, dice él, segun esta doctrina de San Pablo, no ha de ser el matrimonio un gran sacramento? Ved esa doncella cristiana, encerrada hasta ahora en la casa que la vió nacer, entregándose ella misma á un hombre á quien jamas ha visto y amándole desde el primer dia como á su propio sér. Ved á ese jóven que se une á ella, á pesar de que era extraña para él, y la prefiere á todos sus amigos, á todos sus parientes y áun á sus mismos padres. Ved esos mismos padres, á quien no quitariais impunemente la más mínima porcion de sus bienes, y que, sin embargo, se dejan quitar sin disgusto y áun con placer su hija y sus tesoros. Considerando todas estas cosas, considerando este gran acto, por el que dos jóvenes esposos, dejando sus propios padres, se unen de la manera más íntima y forman una sociedad más perfecta que la que puede resultar del trato más familiar y más antiguo; considerando que no es dado al hombre inspirar un amor semejante, que prevalece sobre todas las afecciones más profundamente arraigadas en el corazon, sino que este sentimiento no puede tener otro autor que Dios, dijo San Pablo: «Este sacramento es grande.» Pero añadió lleno de admiracion: «Es «grande en Jesucristo y en la Iglesia.» Nada es más cierto que esto, porque el esposo deja á su padre para unirse á su esposa, como Jesucristo dejó el trono paternal para unirse á la Iglesia. Así, pues, este sacramento es verdaderamente grande áun á los ojos de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres; mas cuando se le considera como que tiene su tipo en Jesucristo y en la Iglesia, no se le puede dejar de mirar como una cosa milagrosa y á propósito para absorber toda nuestra admiracion.» (San Joan. Chrysost., t. III, *Laus Maximi et Quales ducendæ sint uxores.*)

Esta doctrina de San Pablo ha revelado, por consiguiente, unas relaciones absolutamente nuevas entre el marido y la mujer; relaciones que ni el paganismo ni la filosofía conocieron ni pudieron conocer; relaciones misteriosas, sagradas y divinas, que hacen del matrimonio una cosa misteriosa, sagrada y divina, *un gran sacramento*, que, elevando el matrimonio al más alto grado de dignidad y de grandeza, le han impreso un carácter de santidad, de pureza y de integridad que no tiene ni puede tener en los pueblos que no tienen una idea de estas inefables relaciones, y cuyos ojos, fijos en la voluptuosidad y en la carne, no pueden elevarse lo bastante para ver en el matrimonio los encantos del pudor y los vínculos del espíritu. Mas esta elevacion del matrimonio, de una cosa puramente terrena, de un contrato civil que era, á una cosa celestial, á *un gran sacramento*, es principalmente en honor y en provecho de la mujer. Por esta doctrina apostólica, que la Iglesia recuerda á los esposos en el dia de su matrimonio, aprende el cristiano á no ver en su mujer más que á la Iglesia, y la mujer cristiana aprende á no ver en su marido más que á Jesucristo. Por esta doctrina de San Pablo aprende el cristiano á amar á su mujer como Jesucristo ama á la Iglesia, y la mujer cristiana venera á su esposo como la Iglesia venera á Jesucristo. ¿Y cómo la mujer, á quien el misterio de la Iglesia hace tan grande y tan noble á los ojos del hombre, puede ser despreciada por el hombre, esclavizada por el hombre y hacerse el juguete de sus caprichos y el innoble instrumento de sus pasiones? Tanto más que, como hemos oido de boca de San Pablo, y segun la doctrina y la creencia constante y universal del verdadero Cristianismo, el matrimonio entre los cristianos, por lo mismo que representa la union de Jesucristo con la Iglesia, es un verdadero sacramento y un gran sacramento: *Sacramentum hoc magnum est, dico ego, in Christo et in Ecclesia.* Esta circunstancia contribuye tambien mucho á elevar y á afirmar el matrimonio cristiano y las condiciones de la mujer. Permítasenos, pues, detenernos en ella algunos instantes. La esposa cristiana en particular no podrá ménos de agradecerlo.

§ XVII. — Cuarto medio por el que el Cristianismo ha elevado á la mujer: el *sacramento del matrimonio.* — Teología católica sobre los sacramentos. — El matrimonio ha sido siempre un sacramento. — Diferencia entre el antiguo y el nuevo sacramento del matrimonio. — Grandeza y gloria que este sacramento da á la mujer.

La palabra *sacramento* tiene una doble significacion: unas veces significa una cosa oculta, un secreto sagrado, un misterio, y otras un signo de santificacion. Tomado en este último sentido el sacramento en general, no es otra cosa que un SIGNO SENSIBLE, SAGRADO, DE LA GRACIA SANTIFICANTE, INSTITUIDO, DE UNA MANERA PERMANENTE, POR EL MISMO DIOS: *Signum sensibile, sacrum, gratiæ sanctificantis, permanenter à Deo institutum.*

Se llama un *signo sensible* de una cosa insensible ó espiritual, porque siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, no puede conocer cosa alguna sino por el concurso del alma y del cuerpo. Luego así como en el órden natural, despojando los fantasmas de los cuerpos, que se presentan al alma por medio de los sentidos, es como ella forma las ideas ó los conceptos puramente espirituales (1), de la misma manera, en el órden sobrenatural, es necesario que los dogmas y los misterios de la religion se le presenten bajo símbolos corporales. «Si fuerais un sér incorpóreo, nos dice San Juan Crisóstomo, os hubiera dado Dios sus dones (como lo hizo con los ángeles) de una manera simple é incorpórea. Pero encontrándose en vos el alma unida al cuerpo, debió presentaros bajo formas sensibles áun las cosas puramente inteligibles» (2).

Esta necesidad ha sido conocida por todo el género humano; porque los hombres se han representado siempre y en todas partes las cosas espirituales é invisibles bajo formas materiales y visibles, y se han formado sacramentos falsos cuando han negado los verdaderos sacramentos. De modo que no ha habido ni habrá jamas religion alguna sin ceremonias exteriores, sin una liturgia, que no es

(1) Esta es la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre las ideas, que nosotros hemos expuesto en el primer volúmen de nuestras *Conferencias*, y en la obra *Del origen de las ideas y de los fundamentos de la certeza.*

(2) «Si incorporeus esses, nuda, incorporea tibi dedisset ipse dona; sed quoniam anima corpori conserta est, in sensibilibus intelligibilia tibi præbet.» (Homil. 83, *in Matth.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres; mas cuando se le considera como que tiene su tipo en Jesucristo y en la Iglesia, no se le puede dejar de mirar como una cosa milagrosa y á propósito para absorber toda nuestra admiracion.» (San Joan. Chrysost., t. III, *Laus Maximi et Quales ducendæ sint uxores.*)

Esta doctrina de San Pablo ha revelado, por consiguiente, unas relaciones absolutamente nuevas entre el marido y la mujer; relaciones que ni el paganismo ni la filosofía conocieron ni pudieron conocer; relaciones misteriosas, sagradas y divinas, que hacen del matrimonio una cosa misteriosa, sagrada y divina, *un gran sacramento*, que, elevando el matrimonio al más alto grado de dignidad y de grandeza, le han impreso un carácter de santidad, de pureza y de integridad que no tiene ni puede tener en los pueblos que no tienen una idea de estas inefables relaciones, y cuyos ojos, fijos en la voluptuosidad y en la carne, no pueden elevarse lo bastante para ver en el matrimonio los encantos del pudor y los vínculos del espíritu. Mas esta elevacion del matrimonio, de una cosa puramente terrena, de un contrato civil que era, á una cosa celestial, á *un gran sacramento*, es principalmente en honor y en provecho de la mujer. Por esta doctrina apostólica, que la Iglesia recuerda á los esposos en el dia de su matrimonio, aprende el cristiano á no ver en su mujer más que á la Iglesia, y la mujer cristiana aprende á no ver en su marido más que á Jesucristo. Por esta doctrina de San Pablo aprende el cristiano á amar á su mujer como Jesucristo ama á la Iglesia, y la mujer cristiana venera á su esposo como la Iglesia venera á Jesucristo. ¿Y cómo la mujer, á quien el misterio de la Iglesia hace tan grande y tan noble á los ojos del hombre, puede ser despreciada por el hombre, esclavizada por el hombre y hacerse el juguete de sus caprichos y el innoble instrumento de sus pasiones? Tanto más que, como hemos oido de boca de San Pablo, y segun la doctrina y la creencia constante y universal del verdadero Cristianismo, el matrimonio entre los cristianos, por lo mismo que representa la union de Jesucristo con la Iglesia, es un verdadero sacramento y un gran sacramento: *Sacramentum hoc magnum est, dico ego, in Christo et in Ecclesia.* Esta circunstancia contribuye tambien mucho á elevar y á afirmar el matrimonio cristiano y las condiciones de la mujer. Permítasenos, pues, detenernos en ella algunos instantes. La esposa cristiana en particular no podrá ménos de agradecerlo.

§ XVII. — Cuarto medio por el que el Cristianismo ha elevado á la mujer: el *sacramento del matrimonio.* — Teología católica sobre los sacramentos. — El matrimonio ha sido siempre un sacramento. — Diferencia entre el antiguo y el nuevo sacramento del matrimonio. — Grandeza y gloria que este sacramento da á la mujer.

La palabra *sacramento* tiene una doble significacion: unas veces significa una cosa oculta, un secreto sagrado, un misterio, y otras un signo de santificacion. Tomado en este último sentido el sacramento en general, no es otra cosa que un SIGNO SENSIBLE, SAGRADO, DE LA GRACIA SANTIFICANTE, INSTITUIDO, DE UNA MANERA PERMANENTE, POR EL MISMO DIOS: *Signum sensibile, sacrum, gratiæ sanctificantis, permanenter à Deo institutum.*

Se llama un *signo sensible* de una cosa insensible ó espiritual, porque siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, no puede conocer cosa alguna sino por el concurso del alma y del cuerpo. Luego así como en el órden natural, despojando los fantasmas de los cuerpos, que se presentan al alma por medio de los sentidos, es como ella forma las ideas ó los conceptos puramente espirituales (1), de la misma manera, en el órden sobrenatural, es necesario que los dogmas y los misterios de la religion se le presenten bajo símbolos corporales. «Si fuerais un sér incorpóreo, nos dice San Juan Crisóstomo, os hubiera dado Dios sus dones (como lo hizo con los ángeles) de una manera simple é incorpórea. Pero encontrándose en vos el alma unida al cuerpo, debió presentaros bajo formas sensibles áun las cosas puramente inteligibles» (2).

Esta necesidad ha sido conocida por todo el género humano; porque los hombres se han representado siempre y en todas partes las cosas espirituales é invisibles bajo formas materiales y visibles, y se han formado sacramentos falsos cuando han negado los verdaderos sacramentos. De modo que no ha habido ni habrá jamas religion alguna sin ceremonias exteriores, sin una liturgia, que no es

(1) Esta es la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre las ideas, que nosotros hemos expuesto en el primer volúmen de nuestras *Conferencias*, y en la obra *Del origen de las ideas y de los fundamentos de la certeza.*

(2) «Si incorporeus esses, nuda, incorporea tibi dedisset ipse dona; sed quoniam anima corpori conserta est, in sensibilibus intelligibilia tibi præbet.» (Homil. 83, *in Matth.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otra cosa cosa que el dogma religioso realizado y representado al espíritu bajo formas sensibles.

Los sacramentos, verdaderos ó falsos, son tambien unos vínculos por los que aquellos que tienen una misma creencia se unen y forman una comunion religiosa visible. Porque es imposible, como dice San Agustin, que los hombres puedan formar una sociedad religiosa cualquiera, que tenga por base la verdadera religion, ó una religion falsa, sin que tengan ciertos signos ó sacramentos sensibles que les sean comunes y que los unan entre sí (1).

Se dice tambien que el sacramento es un signo *sagrado;* y esto por tres razones: 1.ª, porque el sacramento significa la gracia, que es una cosa sagrada; 2.ª, porque se refiere al culto de Dios y al bien del hombre en el órden sobrenatural, y este culto y este bien son tambien cosas sagradas; y 3.ª, porque todo sacramento consagra formalmente á Dios, y santifica, al ménos con una santidad moral, al sujeto que lo recibe. (Antoine, *De Sacram.*, cap. I.)

Se añade tambien que los sacramentos son unos signos *que significan la gracia santificante*, porque Dios los instituyó para que signifiquen esta gracia, ya sea presente, ya sea futura.

La definicion del sacramento se completa por las palabras *instituido por Dios de una manera permanente*, porque ningun signo sensible puede significar infaliblemente la gracia, á ménos que haya sido elegido para esto por el mismo Dios, que es el único que confiere la gracia, porque es el único Autor de ella, y porque los sacramentos están establecidos como leyes permanentes y estables. «Los sacramentos, prosigue San Agustin (*loc. cit.*), son principalmente unas ceremonias por las que el verdadero pueblo de Dios está unido en la profesion de una misma religion, y se distingue de los demas pueblos; y por consiguiente, deben durar siempre, miéntras dure la forma de la religion para que han sido instituidos.»

El mismo santo dice tambien que no hay verdadera religion sin sacramentos: *Nulla potest esse vera religio sine sacramentis.* (*Contr. Faust.*, lib., XIX, cap. XI.) Pues bien, siendo la religion verdadera la que Dios reveló á Adan, y que se mantuvo siempre pura en la

(1) «In nullum nomen religionis, sive verum, sive falsum, coagulari homines possunt, nisi aliquo signaculorum vel sacramentorum sensibilium consortio colligantur.» (*Contr. Faust. Manichæus*, lib. X, cap. XII.)

raza de Seth, debió tener, y tuvo en efecto, sacramentos, lo mismo que la religion de Moises, que fué una continuacion de ella. Porque, aunque la Escritura Santa nada dice, no se debe creer, continúa San Agustin, que ántes de instituirse la circuncision, por ejemplo, los verdaderos siervos de Dios, que creian en el Mediador que debia encarnar, no tuviesen ningun sacramento con que socorrer á sus párvulos (1). El Concilio ecuménico de Florencia enseña que los antiguos sacramentos figuraban la gracia que se debia dar por la Pasion del Señor. (*In Decret. pro Armen.*) Eran, por consiguiente, unos signos sensibles, sagrados, instituidos por Dios de una manera permanente para significar la gracia, y por consiguiente, eran unos verdaderos sacramentos. Así es que este mismo Concilio, lo mismo que el de Trento, los llama simplemente sacramentos. La diferencia entre los sacramentos de la antigua ley y los de la ley nueva consiste en que los antiguos sacramentos eran unos signos sensibles, sagrados, permanentes, instituidos por Dios, y que significan la gracia *que debia darse en lo sucesivo* por la pasion del Señor; y los sacramentos nuevos son unos signos sensibles, sagrados y permanentes, instituidos por Jesucristo, y que significan *la gracia dada al presente*, en virtud de la obra hecha: *Ex opere operato*, como dice la teología; es decir, que confieren, cuando no se les pone obstáculo alguno, infaliblemente la gracia por sí y en virtud de la accion misma que los constituye. Porque los sacramentos de la nueva ley son unos signos prácticos, que producen realmente en el alma, de una manera inefable, el efecto que su aplicacion sensible produce en el cuerpo; son unos signos á los que está aneja la promesa divina de la colacion de la gracia; son, en fin, unas acciones propias de Jesucristo, que obran por el ministerio del hombre, que por sí é inmediatamente mueven á Dios á conferir la gracia, por los méritos del mismo Jesucristo.

De este breve resúmen de la teología de los sacramentos se desprenden consecuencias importantes relativas á la materia de que tratamos.

Si, segun los concilios y los padres, aun ántes de la venida del

(1) «Non ideo tamen credendum est, et ante datam circumcisionem, famulos Dei, quandoquidem eis inerat Mediatoris fides in carne venturi, nullo sacramento eos opitulatos fuisse parvulis suis, quamvis quid illud esset Scriptura latere voluerit.» (*Contr. Julian.*, lib. V, cap. II.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Salvador la verdadera religion tuvo verdaderos sacramentos para los grandes actos de la vida moral del hombre, parece evidente que tuvo tambien uno para el matrimonio, es decir, que desde el principio del mundo el matrimonio ha sido un sacramento.

En efecto, desde el principio del mundo el matrimonio legítimo se efectuó por el consentimiento mutuo del hombre y la mujer, expresado por palabras de presente. Luego fué un *signo sensible*. Segun estas palabras del Señor: *No fué así al principio; el hombre no debe separar lo que Dios ha unido*, es claro que desde el principio del mundo el mismo Dios asistió al matrimonio, y estrechó su vínculo con su propia mano. Luego fué tambien un signo sensible, *sagrado*, que consagraba los esposos á Dios, y hacía descender las bendiciones de Dios sobre los esposos. San Pablo nos ha revelado que el matrimonio de Adan y Eva fué la figura y la profecía del gran misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia, es decir, del gran misterio que debia traer al mundo la gracia santificante. Fué, por consiguiente, tambien, desde el principio, un signo sensible, sagrado, que *significaba la gracia santificante futura*. Jesucristo dijo tambien: *Al principio no hubo divorcio; el Criador del hombre estableció el matrimonio entre un hombre y una mujer*. Esto fué decirnos que desde el principio del mundo el matrimonio fué establecido por Dios como una ley *permanente*. Luego fué un signo sensible, sagrado, que significaba la gracia santificante, y tambien un *signo instituido por Dios de una manera permanente*. Así, pues, el matrimonio tuvo desde el principio todas las condiciones que constituyen un sacramento; por consiguiente, fué un verdadero sacramento.

El Concilio de Florencia dice: «El sétimo sacramento es el matrimonio, *porque es el signo de la union de Jesucristo con la Iglesia*» (1). Pues bien; habiendo sido tambien el matrimonio primitivo *el signo de la union de Jesucristo con la Iglesia*, es claro que fué tambien un verdadero sacramento. La diferencia entre el antiguo sacramento del matrimonio y el nuevo consiste, dice la Teología, en que el matrimonio de Adan y Eva significó la union de Jesucristo con la Iglesia *sólo como un misterio futuro*, miéntras que el matrimonio entre las cristianos significa la union de Jesucristo con la Iglesia *como un misterio siempre presente*. Esta es la razon por qué es más noble y

(1) «Septimus est sacramentum matrimonii, quod est signum conjunctionis Christi cum Ecclesia.» (*Loc. cit.*)

más eficaz que aquél, y si no se le pone ningun obstáculo, confiere por sí mismo, por la misma accion que lo constituye, la gracia santificante, cuyo signo es (1); lo cual no podia hacer el sacramento antiguo.

Así es que el Concilio de Trento, la asamblea más santa, más sábia, más ilustrada y más augusta que se ha visto jamas en el mundo, la Iglesia católica, de acuerdo en este punto con todas las Iglesias cismáticas, que han conservado el matrimonio entre los sacramentos, fulminó el anatema contra todo el que «ose negar que el matrimonio es verdadera y propiamente uno de los siete sacramentos de la ley evangélica, instituido por nuestro Señor Jesucristo, y contra todo el que se atreva á afirmar que el matrimonio ha sido introducido en la Iglesia por los hombres, y que no confiere la gracia» (2). Y de aquí se deduce que la Iglesia católica ha conservado siempre, no sólo la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, no sólo la institucion del Dios Redentor, sino tambien la doctrina y la institucion del Dios Criador, que desde el principio del mundo hizo del matrimonio un sacramento. Ella se encuentra tambien de acuerdo con la tradicion y la creencia constante y universal del género humano; porque todos los pueblos del universo, áun los pueblos paganos, áun los pueblos salvajes, áun los pueblos que más han degradado el matrimonio, han hecho de él, sin embargo, un acto religioso, un sacramento á su manera, una union sagrada, dependiente de la religion y bajo su tutela; y los herejes antiguos y modernos, que han eliminado el matrimonio del número de los sacramentos, se hallan en oposicion manifiesta, no sólo con la Iglesia universal, sino tambien con las doctrinas primitivas y con la fe de toda la humanidad.

¡Oh, cuán grande y cuán preciosa es la institucion divina del sa-

(1) «Matrimonium Adami et Evæ, si conjunctionem Christi cum Ecclesia significavit, tantum *ut futuram* significavit. At matrimonium christianorum significat *præsentem* Christi cum Ecclesia conjunctionem, unde *majorem efficaciam habere debet*: Ideoque gratiam sanctificantem, quam simul significat, conferre debet *ex opere operato*, non ponentibus obicem.» (Antoine, *Trac. de Matrim.*, Quæst. I.)

(2) «Si quis dixerit matrimonium non esse vere et proprie unum ex septem legis evangelicæ sacramentis, à Christo Domino institutum, sed ab hominibus in Ecclesiam invectum, neque gratiam conferre, anathema sit.» (Sess. 24, can I.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cramento del matrimonio para la familia y para la sociedad! Por ella la sociedad entera se consagra á Dios en la familia, la familia en los esposos, y los esposos en Jesucristo y en la Iglesia, cuyo misterio representan, y en el mismo Dios, cuya accion creadora continúan respecto á la reproduccion del hombre á imágen y semejanza de Dios. Esto hizo decir á San Agustin: «La verdadera dignidad, la verdadera grandeza de las nupcias de las mujeres cristianas consiste más bien en la santidad del sacramento que en la fecundidad del vientre. Entre todos los hombres, en todas las naciones, la excelencia del matrimonio consiste en la generacion de los hijos y en la fe mútua de la castidad de los esposos. Pero en el verdadero pueblo de Dios el matrimonio es todavía más excelente, porque es un santo sacramento» (1).

Antes de San Agustin habia Tertuliano trazado un admirable cuadro de la grandeza y de la gloria que el matrimonio cristiano recibe de la dignidad de ser un sacramento. Ved aquí el pasaje á que aludimos, tan bello por el fondo como por la forma:

«Con dificultad encontraré, dice, palabras que expresen bien toda la excelencia del matrimonio cristiano. La Iglesia forma su vínculo, la ofrenda del augusto sacrificio lo confirma, la bendicion del sacerdete le pone el sello, los ángeles son los testigos, el Padre celestial lo ratifica; y ¿qué alianza es ésta de dos esposos cristianos, unidos en una misma esperanza, en un mismo voto, en una misma regla de conducta y en una misma dependencia? Ellos no forman verdaderamente más que una misma carne, animada por una sola alma. Unidos oran, unidos se entregan á los santos ejercicios de la penitencia y de la religion. El ejemplo de su vida es una instruccion, una exhortacion, un alivio mutuo. Unidos los veis en la Iglesia y en la mesa del Señor. Todo es comun entre ellos: los cuidados, las persecuciones, los goces y los placeres. Ningun secreto hay entre ellos, sino, por el contrario, una confianza absoluta y un afecto recíproco; no tienen necesidad de ocultarse el uno del otro para visitar á los enfermos, asistir á los indigentes, repartir sus limosnas, ofrecer el sacrificio, y ocuparse con asiduidad en cumplir sus debe-

(1) «In nostrarum nuptiis plus valet sanctitas sacramenti, quam fecunditas uteri. Bonum igitur nuptiarum per omnes gentes atque omnes homines in causa generandi est, et in fide castitatis; quod autem ad populum Dei pertinet, etiam in sanctitate sacramenti.» (*De bono conjug.*, cap. XVIII.)

res sin reserva ni restriccion alguna. Nadie les obliga á disimular *ni la señal de la cruz* ni la accion de gracias. Sus bocas, libres como sus corazones, hacen resonar unidas los piadosos cánticos. El único celo que hay entre ellos es el de servir mejor al Señor. Tales son los matrimonios que forman la alegría de Jesucristo, y á quienes Él da su paz. No es permitido, no es útil á los cristianos casarse de otra manera.» (*Ad uxor.*, lib. II, cap. III.)

Este cuadro del matrimonio es muy bello y está pintado por una mano maestra; pero es bello porque es verdadero. Porque tal era en los primeros siglos del Cristianismo, y tal es en la actualidad la vida, tal es la ventura de que gozan los esposos verdaderamente cristianos que han contraido su matrimonio cristianamente y viven como verdaderos cristianos. Esto consiste en que el sacramento del matrimonio, como todos los sacramentos que se llaman *de vivos*, ademas de aumentar la gracia santificante, que es su principal efecto, confiere á los esposos que no ponen obstáculo alguno, el derecho de recibir infaliblemente en tiempo oportuno otros auxilios actuales de gracia, con los que pueden llevar fácilmente todas las cargas del matrimonio, cumplir sus deberes y conseguir su fin; esto consiste en que, cómo dice el Concilio de Trento en un pasaje que citarémos despues, esta gracia, santificando á los esposos, eleva, perfecciona y afirma su natural amor; y en que este amor, ennoblecido y sostenido por los auxilios celestiales, disminuye el peso de las obligaciones, hace sufrir las tribulaciones, evita los disgustos del matrimonio, y forma su felicidad. Por consiguiente, al desechar los modernos herejes el sacramento del matrimonio, han privado á los esposos cristianos de sus pretendidas Iglesias de todos los auxilios sobrenaturales que son inherentes al matrimonio como sacramento. Ellos han privado á este gran acto de la vida humana de toda influencia divina; ellos han convertido en una union puramente profana la union que Jesucristo consagró; ellos han hecho del matrimonio un estado cuyos deberes tienen que cumplir los esposos sin el auxilio de las gracias propias del estado; un estado en el que se les abandona á sus propios recursos, á sus propias flaquezas y á sus propias pasiones. Y bien sabemos lo bueno que el hombre puede hacer cuando se separa de Dios para aislarse en sí mismo y no consultar más que á sí mismo. No es, pues, extraño que en los protestantes, entre quienes la herejía ha profanado y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

degradado el matrimonio, no se encuentren esos matrimonios santos, felices y perfectos, cuya pintura nos ha hecho Tertuliano, y que se encuentren muchos de ellos entre los verdaderos católicos. No es extraño que el matrimonio luterano, anglicano ó calvinista no sea, como lo hemos visto ya, más que una sociedad en que las personas se unen y los corazones permanecen siempre separados; una sociedad en que los esposos se hablan sin oirse, se juntan sin unirse, y se toleran sin amarse; una sociedad cuyas relaciones son tan frias como el cálculo, y cuya felicidad es tan inconstante y tan precaria como la pasion; una sociedad que el adulterio mancha y la indiferencia entibia, áun en el caso en que el divorcio no la rompa; una sociedad, en fin, en que la suerte de la mujer no es otra cosa que una gran multitud de contradicciones, de humillaciones y de dolores.

§ XVIII. — Continuacion del mismo asunto. — La dignidad de sacramento, no sólo eleva al matrimonio, sino que es su más sólido apoyo. — Diferencia del matrimonio entre los cristianos y del matrimonio entre los infieles. — Porque el primero es un sacramento de la ley nueva, es *uno é indisoluble*, y apoyándose en este mismo dogma han hecho los príncipes cristianos una ley de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio.

Pero la dignidad de sacramento, eficaz por sí mismo, á la que nuestro divino Salvador elevó el matrimonio cristiano, no sólo fórma su esplendor, sino que es tambien su sosten y su apoyo. Ya hemos visto que al despertar de su misterioso sueño el primer padre del género humano, y viendo delante de sí á Eva, que acababa de ser formada, exclamó con acento profético: *Esta es el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; por esta razon dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne.* Pues bien, el Concilio de Trento declaró que el Espíritu Santo fué quien puso en los labios de Adan estas grandes y misteriosas palabras, y que por ellas Adan, ó más bien el mismo Dios por medio de Adan, pronunció desde entónces la grande ley del vínculo perpétuo é indisoluble del matrimonio (1). Es, pues, evidente, dice

(1) « Matrimonii perpetuum et indissolubile nexum primus humani generis parens, divini Spiritus instinctu pronuntiavit, cum dixit: Hoc nunc os ex ossibus meis, et caro de carne mea. Quamobrem relinquet homo patrem et matrem et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una. » (*Concil. Trid.*, Sess. IV.)

Antoine, citando este pasaje del Concilio, que el matrimonio, por su naturaleza y por su institucion primitiva, es indisoluble, y no puede ser disuelto por ninguna autoridad puramente humana (1). Ya hemos dicho tambien que, segun San Pablo, al pronunciar Adan las palabras citadas hizo alusion al gran misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia. Es, pues, evidente tambien que el matrimonio fué declarado indisoluble desde el principio del mundo, porque indicaba en perspectiva y en profecía el misterio de esta inefable union. En cuanto al matrimonio entre cristianos, es indudable, dice el mismo teólogo, que la razon porque Jesucristo quiso que fuese indisoluble es: Porque el matrimonio entre dos personas bautizadas es el signo perfecto de la union de Jesucristo con la Iglesia por la encarnacion, y esta union es indisoluble, porque el Verbo no dejó jamas la humanidad que habia tomado (2).

Nada es más sagrado, ó por mejor decir, más sacramental, que esta union de Jesucristo con la Iglesia. Así, pues, el matrimonio sólo es indisoluble porque representa una cosa sagrada, y él mismo es una cosa sagrada; es decir, porque desde el principio del mundo fué un sacramento; un sacramento incompleto, imperfecto, durante el tiempo que precedió á la venida de Jesucristo al mundo, porque entónces el matrimonio sólo significaba la union futura del Verbo con la humanidad, y la gracia que se debia recibir por este misterio y sacramento completo, perfecto y que produce la gracia por sí mismo, despues de la venida del Salvador; porque desde esta época el matrimonio cristiano representa la union ya cumplida del Verbo con la humanidad y con la Iglesia, y esta union es siempre permanente, y se renueva diariamente en el misterio de la Eucaristía (3).

(1) « Unde patet matrimonium, ex prima sua institutione, et ex natura sua indissolubile esse, ac proinde à nulla auctoritate mere humana dissolvi posse. » (*Loc. cit.*)

(2) « Ratio cur Christus voluit ut matrimonium baptizatorum nunquam dissolvi posset, est: quia matrimonium est signum perfectum conjunctionis Christi cum Ecclesia per incarnationem: quæ conjunctio est indissolubilis; Verbum enim humanitatem asumptam numquam dimitit. » (Quæs. VII, *De matrim.*)

(3) Esta es la opinion de muchos padres de la Iglesia, de los cuales sólo citarémos tres. San Agustin exclama: «¡Oh, cuán grande es la dignidad de los sacerdotes, supuesto que en sus manos se encarna diariamente el Hijo de Dios, como se encarnó una vez en el seno de la Santísima Vírgen! *¡Oh vene-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

degradado el matrimonio, no se encuentren esos matrimonios santos, felices y perfectos, cuya pintura nos ha hecho Tertuliano, y que se encuentren muchos de ellos entre los verdaderos católicos. No es extraño que el matrimonio luterano, anglicano ó calvinista no sea, como lo hemos visto ya, más que una sociedad en que las personas se unen y los corazones permanecen siempre separados; una sociedad en que los esposos se hablan sin oirse, se juntan sin unirse, y se toleran sin amarse; una sociedad cuyas relaciones son tan frias como el cálculo, y cuya felicidad es tan inconstante y tan precaria como la pasion; una sociedad que el adulterio mancha y la indiferencia entibia, áun en el caso en que el divorcio no la rompa; una sociedad, en fin, en que la suerte de la mujer no es otra cosa que una gran multitud de contradicciones, de humillaciones y de dolores.

§ XVIII. — Continuacion del mismo asunto. — La dignidad de sacramento, no sólo eleva al matrimonio, sino que es su más sólido apoyo. — Diferencia del matrimonio entre los cristianos y del matrimonio entre los infieles. — Porque el primero es un sacramento de la ley nueva, es *uno é indisoluble*, y apoyándose en este mismo dogma han hecho los príncipes cristianos una ley de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio.

Pero la dignidad de sacramento, eficaz por sí mismo, á la que nuestro divino Salvador elevó el matrimonio cristiano, no sólo fórma su esplendor, sino que es tambien su sosten y su apoyo. Ya hemos visto que al despertar de su misterioso sueño el primer padre del género humano, y viendo delante de sí á Eva, que acababa de ser formada, exclamó con acento profético: *Esta es el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; por esta razon dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne.* Pues bien, el Concilio de Trento declaró que el Espíritu Santo fué quien puso en los labios de Adan estas grandes y misteriosas palabras, y que por ellas Adan, ó más bien el mismo Dios por medio de Adan, pronunció desde entónces la grande ley del vínculo perpétuo é indisoluble del matrimonio (1). Es, pues, evidente, dice

(1) « Matrimonii perpetuum et indissolubile nexum primus humani generis parens, divini Spiritus instinctu pronuntiavit, cum dixit: Hoc nunc os ex ossibus meis, et caro de carne mea. Quamobrem relinquet homo patrem et matrem et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una. » (*Concil. Trid.*, Sess. IV.)

Antoine, citando este pasaje del Concilio, que el matrimonio, por su naturaleza y por su institucion primitiva, es indisoluble, y no puede ser disuelto por ninguna autoridad puramente humana (1). Ya hemos dicho tambien que, segun San Pablo, al pronunciar Adan las palabras citadas hizo alusion al gran misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia. Es, pues, evidente tambien que el matrimonio fué declarado indisoluble desde el principio del mundo, porque indicaba en perspectiva y en profecía el misterio de esta inefable union. En cuanto al matrimonio entre cristianos, es indudable, dice el mismo teólogo, que la razon porque Jesucristo quiso que fuese indisoluble es: Porque el matrimonio entre dos personas bautizadas es el signo perfecto de la union de Jesucristo con la Iglesia por la encarnacion, y esta union es indisoluble, porque el Verbo no dejó jamas la humanidad que habia tomado (2).

Nada es más sagrado, ó por mejor decir, más sacramental, que esta union de Jesucristo con la Iglesia. Así, pues, el matrimonio sólo es indisoluble porque representa una cosa sagrada, y él mismo es una cosa sagrada; es decir, porque desde el principio del mundo fué un sacramento; un sacramento incompleto, imperfecto, durante el tiempo que precedió á la venida de Jesucristo al mundo, porque entónces el matrimonio sólo significaba la union futura del Verbo con la humanidad, y la gracia que se debia recibir por este misterio y sacramento completo, perfecto y que produce la gracia por sí mismo, despues de la venida del Salvador; porque desde esta época el matrimonio cristiano representa la union ya cumplida del Verbo con la humanidad y con la Iglesia, y esta union es siempre permanente, y se renueva diariamente en el misterio de la Eucaristía (3).

(1) « Unde patet matrimonium, ex prima sua institutione, et ex natura sua indissolubile esse, ac proinde à nulla auctoritate mere humana dissolvi posse. » (*Loc. cit.*)

(2) « Ratio cur Christus voluit ut matrimonium baptizatorum nunquam dissolvi posset, est: quia matrimonium est signum perfectum conjunctionis Christi cum Ecclesia per incarnationem: quæ conjunctio est indissolubilis; Verbum enim humanitatem asumptam numquam dimitit. » (Quæs. VII, *De matrim.*)

(3) Esta es la opinion de muchos padres de la Iglesia, de los cuales sólo citarémos tres. San Agustin exclama: «¡Oh, cuán grande es la dignidad de los sacerdotes, supuesto que en sus manos se encarna diariamente el Hijo de Dios, como se encarnó una vez en el seno de la Santísima Vírgen! *¡Oh vene-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Porque el matrimonio representa este misterio ya cumplido, siempre permanente y renovándose siempre, fué por lo que Jesucristo, segun San Pablo, lo elevó á la alta dignidad de gran sacramento : *Sacramentum hoc magnum est in Christo et in Ecclesia.* Y supuesto que la humanidad es una, y que el Verbo divino, habiéndola tomado una vez, no la dejó jamas : *Quod semel assumpsit, nunquam dimissit ;* y supuesto que la Iglesia es tambien una, y que el Hijo de Dios, habiéndose unido á ella una vez, jamas se ha separado de ella, se sigue de aquí que el sacramento del matrimonio, destinado á expresar y á representar este mismo misterio, no debe tener lugar sino entre un hombre y una mujer, y que una vez contraído legítimamente, debe ser perpétuo. Así, pues, el matrimonio, en cuanto representa este gran misterio del Dios encarnado, es un sacramento, y en cuanto es sacramento, *es uno, santo é indisoluble;* y la dignidad de sacramento es quien le da estas condiciones, que forman de él la union más noble que puede haber entre los hombres (1).

randa sacerdotum dignitas, in quorum manibus, velut in utero Virginis Filius Dei incarnatur ! » (*Ad catechum.*) San Juan Crisóstomo dice : « Por el misterio (de la Eucaristía) se une Jesucristo á cada uno de los fieles y lo alimenta con el más grande amor, y al mismo tiempo recuerda y persuade continuamente al hombre que Él tomó una vez la carne del hombre: *Singulis fidelibus, per hoc misterium, se conjungit, eos studiosissime alit ; ad etiam re carnem illam tua assumpsisse tibi persuadens.* » (Homil. LXXXIII *in Matth.*) Finalmente, San Leon se expresa en estos términos : « Supuesto que el Salvador debia ocultar de nuestra vista el cuerpo que habia tomado de nosotros, era necesario que nos dejase que consagrásemos el sacramento de su cuerpo y de su sangre, á fin de que pudiésemos honrar con este misterio el sacrificio que se ofreció una vez por nosotros como precio de nuestro rescate: *Quia corpus assumptum ablaturus erat ex oculis, necessarium erat ut nobis sacramentum corporis et sanguinis sui consecraret, ut coleretur jugiter per misterium quod semel afferebatur in pretium.* » (*De Pass.*)

(1) Aunque el matrimonio consumado entre los cristianos no puede disolverse jamas, sin embargo, en virtud de una dispensacion divina en favor del Cristianismo, que, como todos saben, nos ha sido revelada por San Pablo (I, *Cor.*, VII), si un esposo infiel se hace cristiano, y su consorte, permaneciendo en la infidelidad, no quiere habitar pacíficamente con el esposo cristiano, puede éste anular su primer matrimonio y contraer otro nuevo con una persona fiel. Segun los teólogos, la razon de esta disparidad de condicion del matrimonio entre dos cristianos y del matrimonio entre dos infieles consiste en que, siendo el matrimonio entre dos bautizados el signo perfecto de la union del Verbo con la Iglesia por la encarnacion, y no pudiendo ser repre-

De este modo discurre el sagrado Concilio de Trento respecto al matrimonio cristiano. Él comienza por establecer que, siendo este matrimonio mucho más noble que todos los matrimonios antiguos, por la gracia que Jesucristo unió á él, con mucha razon los Santos Padres, los Concilios y la tradicion universal de la Iglesia han enseñado siempre que se debe considerar como uno de los sacramentos de la nueva ley (1).

Despues prosigue el mismo Concilio: « Jesucristo, institutor y perfeccionador de los venerables sacramentos, fué quien, por su pa-

sentada esta union, absolutamente indisoluble, sino por el matrimonio, tambien indisoluble, quiso Jesucristo que el matrimonio consumado entre cristianos no pudiese disolverse jamas. Pero el matrimonio entre infieles, que no estando bautizados, no tienen relacion alguna con el cuerpo místico de Jesucristo, no es un signo de la union de Jesucristo con la Iglesia, y por consiguiente, Jesucristo quiso, en favor de la religion cristiana, que el matrimonio entre infieles, aunque consumado, pudiese disolverse cuando uno de los esposos se convirtiese al Cristianismo, y el otro permaneciese en su infidelidad : *Disparitas est quod Christus noluit matrimonium baptizatorum consummatum dissolvi nunquam posse, quod hoc matrimonium, ex institutione Christi, est perfectum signum indissolubilis confunctionis Verbi cum Ecclesia per incarnationem, ad quod requiritur omnimoda indissolubilitas. At Christus in gratiam religionis christianæ voluit, ut infidelium matrimonium, etiam consummatum, dissolvi posset altero conjugum ad fidem converso, quia infidelium matrimonium non est signum conjunctionis Christi cum Ecclesia.* (Antoine, Quæst. XI, *De matrim.*) Pero, segun San Pablo, el matrimonio cristiano representa perfectamente la union de Jesucristo con la Iglesia, porque es un misterio y un sacramento. Luego decir que el matrimonio cristiano es indisoluble, porque representa la union de Jesucristo con la Iglesia (lo que no hace el matrimonio entre los infieles), es decir que el matrimonio consumado de los cristianos es absolutamente indisoluble, porque es un sacramento, miéntras que el matrimonio de los infieles no lo es. En el capítulo *Quanto, de Divortiis*, del derecho canónico, dice Inocencio III : « Aunque el matrimonio de los infieles sea un verdadero matrimonio, sin embargo, no hay entre ellos un matrimonio perfectamente ordenado (*non tamen est ratum*); sólo el matrimonio de los fieles es verdadero y perfectamente ordenado (*inter fideles autem verum ac ratum existit*); y la razon de esto es que el *sacramento de la fe*, que se admite al mismo tiempo en el matrimonio de los fieles, no se pierde jamas (*quod sacramentum fidei, quod semel est admisum, nunquam amittibus*). Así, pues, la perfeccion y la indisolubilidad del matrimonio cristiano proceden de que es un sacramento.

(1) « Cum matrimonium, in lege evangelica, veteribus connubiis per Christum gratia præstet, merito inter novæ legis sacramenta adnumerandum sancti Patres nostri, concilia et universalis Ecclesiæ traditio *semper* docuerunt. » (Sess. XXIV, *De matrim.*)

sion, nos mereció la *gracia que santifica los esposos, que eleva y perfecciona su amor natural* y confirma la *indisoluble unidad* de su union.» A esto aludió San Pablo cuando dijo: «Esposos, amad á vuestras esposas como Jesucristo amó á la Iglesia y se ofreció por ella»; añadiendo despues: «Este sacramento es grande, digo, en Jesucristo y en la Iglesia» (1). Los obispos deben tratar, por consiguiente, de que las nupcias se celebren con la decencia y la honestidad conveniente, supuesto que el matrimonio *es una cosa santa* y que se debe tratar santamente (2). Y anatematiza á cualquiera que afirme que es permitido al hombre cristiano tener muchas mujeres á un mismo tiempo, y que no está prohibido por ninguna ley divina (3); y anatematiza igualmente á todo el que se atreva á decir que el vínculo del matrimonio se puede disolver (4). Esto equivale á decir que el matrimonio cristiano es santo é indisoluble porque es un sacramento.

Sabemos que el matrimonio, siendo un sacramento ó figura de un sacramento que representa un misterio divino, es una institucion divina, una cosa divina. El hombre no puede profanarlo sin hacerse culpable de un sacrilegio. Sus condiciones esenciales no pueden ser modificadas, y mucho ménos mudadas, por ningun poder terreno. Porque, ¿cómo el hombre terreno, sea cualquiera su rango en la gerarquía social, ha de tener derecho para mudar ni áun para modificar las condiciones de una institucion celestial, de un misterio, de un sacramento de Dios? El poder espiritual de la Iglesia y del Papa mismo, que todo lo puede atar y desatar, y al que está sujeta la economía de los sacramentos, lo mismo que sus

(1) «Gratiam vero quæ *naturalem amorem perficeret, et indissolubilem unitatem* confirmavit, *conjugesque* sanctificavit, Christus, venerabilium sacramentorum institutor et perfector, sua nobis passione promeruit. Quod apostolus Paulus innuit dicens: Viri, diligite uxores vestras sicut Christus dilexit Ecclesiam, et tradidit semetipsum pro ea; mox subjungens: Sacramentum hoc magnum est, dico ego, in Christo et in Ecclesia.» (Sess. XXIV, *De matrim.*)

(2) «Quas nuptias episcopi, ut ea qua decet modestia et honestate fiant curabunt: sancta enim res est matrimonium, et sancte tractandum.» (Sess. XXIV, *De matrim.*)

(3) «Si quis dixerit licere christianis plures simul habere uxores, et hoc nulla lege divina esse prohibitum, anathema sit.» (*Ibid.*)

(4) «Si quis dixerit dissolvi posse matrimonii vinculum, anathema sit.» (*Ibid.*)

ritos y el modo de administrarlos, no puede, sin embargo, mudar la naturaleza, *la sustancia* y las condiciones esenciales que el Autor divino de ella les ha dado; y por consiguiente, ni la Iglesia, ni el Papa, y mucho ménos el poder temporal, pueden autorizar la poligamia ni el divorcio. En efecto, partiendo de este principio, es el matrimonio cristiano un sacramento divino fuera de toda jurisdiccion humana, y constituye entre el hombre y la mujer una sociedad una é indisoluble; partiendo de este principio, no sólo la Iglesia y el Papa han sostenido siempre la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, sino que todos los soberanos cristianos han hecho lo mismo hasta el siglo XVI; y áun cuando alguna vez, por su libertinaje, han querido repudiar sus mujeres legítimas para casarse con otras, es decir, cuando han querido introducir la poligamia y el divorcio en su misma casa, no se han atrevido á introducirlos en la sociedad por sus leyes. De modo que la legislacion civil de todos los príncipes cristianos, relativa al matrimonio, ha caminado siempre de acuerdo con la legislacion canónica de la Iglesia sobre esta misma materia. Así es como la dignidad de sacramento ha contribuido á establecer en los pueblos cristianos la santidad, la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, en los que se fundan los derechos y las grandezas de la mujer esposa, de la mujer madre y áun de la mujer hija.

§ XIX. — Se demuestra que la historia misma del protestantismo confirma la doctrina de *la importancia del sacramento del matrimonio para asegurar su unidad, su indisolubilidad y su santidad.* — Horrible corrupcion de costumbres, causada por la Reforma, y atestiguada por los reformadores y por el mismo Lutero.

La historia de la *reforma protestante* es tambien un elocuente testimonio de la importancia del sacramento del matrimonio para la felicidad de la mujer y para la moralizacion de la sociedad. Procurarémos profundizar esta materia, porque nada es tan á propósito como ella para hacer conocer á la mujer lo que debe al verdadero Cristianismo.

Recordemos, en primer lugar, los horribles estragos respecto á las costumbres que, por confesion de los mismos reformadores, y en presencia de ellos, causaron las doctrinas luteranas en los pue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sion, nos mereció la *gracia que santifica los esposos, que eleva y perfecciona su amor natural* y confirma la *indisoluble unidad* de su union.» A esto aludió San Pablo cuando dijo: «Esposos, amad á vuestras esposas como Jesucristo amó á la Iglesia y se ofreció por ella»; añadiendo despues: «Este sacramento es grande, digo, en Jesucristo y en la Iglesia» (1). Los obispos deben tratar, por consiguiente, de que las nupcias se celebren con la decencia y la honestidad conveniente, supuesto que el matrimonio *es una cosa santa* y que se debe tratar santamente (2). Y anatematiza á cualquiera que afirme que es permitido al hombre cristiano tener muchas mujeres á un mismo tiempo, y que no está prohibido por ninguna ley divina (3); y anatematiza igualmente á todo el que se atreva á decir que el vínculo del matrimonio se puede disolver (4). Esto equivale á decir que el matrimonio cristiano es santo é indisoluble porque es un sacramento.

Sabemos que el matrimonio, siendo un sacramento ó figura de un sacramento que representa un misterio divino, es una institucion divina, una cosa divina. El hombre no puede profanarlo sin hacerse culpable de un sacrilegio. Sus condiciones esenciales no pueden ser modificadas, y mucho ménos mudadas, por ningun poder terreno. Porque, ¿cómo el hombre terreno, sea cualquiera su rango en la gerarquía social, ha de tener derecho para mudar ni áun para modificar las condiciones de una institucion celestial, de un misterio, de un sacramento de Dios? El poder espiritual de la Iglesia y del Papa mismo, que todo lo puede atar y desatar, y al que está sujeta la economía de los sacramentos, lo mismo que sus

(1) «Gratiam vero quæ *naturalem amorem perficeret, et indissolubilem unitatem* confirmavit, *conjugesque* sanctificavit, Christus, venerabilium sacramentorum institutor et perfector, sua nobis passione promeruit. Quod apostolus Paulus innuit dicens: Viri, diligite uxores vestras sicut Christus dilexit Ecclesiam, et tradidit semetipsum pro ea; mox subjungens: Sacramentum hoc magnum est, dico ego, in Christo et in Ecclesia.» (Sess. XXIV, *De matrim.*)

(2) «Quas nuptias episcopi, ut ea qua decet modestia et honestate fiant curabunt: sancta enim res est matrimonium, et sancte tractandum.» (Sess. XXIV, *De matrim.*)

(3) «Si quis dixerit licere christianis plures simul habere uxores, et hoc nulla lege divina esse prohibitum, anathema sit.» (*Ibid.*)

(4) «Si quis dixerit dissolvi posse matrimonii vinculum, anathema sit.» (*Ibid.*)

ritos y el modo de administrarlos, no puede, sin embargo, mudar la naturaleza, *la sustancia* y las condiciones esenciales que el Autor divino de ella les ha dado; y por consiguiente, ni la Iglesia, ni el Papa, y mucho ménos el poder temporal, pueden autorizar la poligamia ni el divorcio. En efecto, partiendo de este principio, es el matrimonio cristiano un sacramento divino fuera de toda jurisdiccion humana, y constituye entre el hombre y la mujer una sociedad una é indisoluble; partiendo de este principio, no sólo la Iglesia y el Papa han sostenido siempre la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, sino que todos los soberanos cristianos han hecho lo mismo hasta el siglo XVI; y áun cuando alguna vez, por su libertinaje, han querido repudiar sus mujeres legítimas para casarse con otras, es decir, cuando han querido introducir la poligamia y el divorcio en su misma casa, no se han atrevido á introducirlos en la sociedad por sus leyes. De modo que la legislacion civil de todos los príncipes cristianos, relativa al matrimonio, ha caminado siempre de acuerdo con la legislacion canónica de la Iglesia sobre esta misma materia. Así es como la dignidad de sacramento ha contribuido á establecer en los pueblos cristianos la santidad, la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, en los que se fundan los derechos y las grandezas de la mujer esposa, de la mujer madre y áun de la mujer hija.

§ XIX. — Se demuestra que la historia misma del protestantismo confirma la doctrina de *la importancia del sacramento del matrimonio para asegurar su unidad, su indisolubilidad y su santidad.* — Horrible corrupcion de costumbres, causada por la Reforma, y atestiguada por los reformadores y por el mismo Lutero.

La historia de la *reforma protestante* es tambien un elocuente testimonio de la importancia del sacramento del matrimonio para la felicidad de la mujer y para la moralizacion de la sociedad. Procurarémos profundizar esta materia, porque nada es tan á propósito como ella para hacer conocer á la mujer lo que debe al verdadero Cristianismo.

Recordemos, en primer lugar, los horribles estragos respecto á las costumbres que, por confesion de los mismos reformadores, y en presencia de ellos, causaron las doctrinas luteranas en los pue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blos *reformados*. Ved aquí sus confesiones, que no pueden ser sospechosas:

Belcius, el más ardiente partidario de la Reforma, porque le habia permitido divorciarse de su mujer, es quien, como testigo ocular de tales estragos, nos ha trazado el horrible cuadro de las costumbres de Alemania desde el primer dia en que se predicó en ella el nuevo evangelio. «¿Quereis ver, nos dice, reunida en un mismo lugar toda una poblacion de hombres salvajes é impíos, entre los que todas las especies de iniquidades son prácticas diarias y están, por decirlo así, en moda? Pues dirigíos á aquellas de nuestras ciudades luteranas donde se encuentran los predicadores más afamados, y donde el *santo evangelio* se predica con mayor celo: allí es donde los encontraréis. Los más horribles pecados han inundado la sociedad entera, y á la manera de un inmenso diluvio, se elevan hasta las nubes y oscurecen el sol (1).»

Otro reformador ha resumido el mismo cuadro en estas palabras: «Por todas partes vemos crecer una fiereza de cíclopes: *Crescit cyclopica feritas ubique.*»

«¿Qué diriais, añade el sabio Wilibald Pirkeyner, si supieseis lo que sucede respecto al matrimonio? Si no existiesen las leyes ni el verdugo, estariamos, en cuanto á las mujeres, en la república de Platon, en plena promiscuidad.»

Hablando del divorcio, decia Ezecanavius: «Los casos se han hecho tan comunes, que ya no se pueden numerar, y que contraer matrimonios y romperlos, parece, como dice Wird, la ocupacion favorita de los evangélicos, que llenan así el mundo de prostitutas y de gentes de malas costumbres.»

«Nada es más comun al presente, decia Ficher, que el concubinato, el adulterio y el incesto.» Y esto sucedia en el seno mismo de la familia; porque Osiandro dice: «¡Cosa monstruosa! ¡La inocencia y el honor corren el más grande peligro entre los mismos que más interesados están en custodiarlos, que son los padres!»

Y para que no se crea que éstas eran unas confesiones y unas quejas aisladas, Músculos, el grande amigo de Bucero, aquel gran

(1) Esta confesion y las que siguen se encuentran con más extension en la obra de M. Nicolas (*Du protestantisme*, lib. III, c. IV). Nosotros referimos aquí algunas de ellas, para comodidad de los que no tengan aquella preciosa obra.

apóstata que habia trocado la cogulla de San Benito por la inmunda toga de Lutero, para ocultar con ella un incesto, nos asegura que los jefes de la Reforma estaban todos de acuerdo en reconocer y en deplorar los escándalos producidos por sus doctrinas. Y no era fácil que él se engañára, supuesto que, como pastor de Estrasburgo ántes, y despues como profesor de teología de Berna, estaba en relaciones íntimas con todos los corifeos del partido, y habia podido ver de cerca el mal que habia producido en Alemania y en Suiza la enseñanza de que él habia sido uno de los más fogosos predicadores. Ved aquí la confesion de este heresiarca: «Nosotros somos, dice, los profetas de nuestras propias desgracias. Nosotros nos quejamos de que la malicia y la corrupcion han llegado á su último término, y reconocemos que ni el sol puede alumbrar ni la tierra puede sostener por más tiempo este estado de cosas; y yo, por mi parte, me asocio á este clamor general. Yo estoy persuadido de que el infierno no tiene más vicios que añadir á los que han invadido el mundo, y que, por consiguiente, el tiempo en que vivimos es el más peligroso y el más corrompido que ha existido ni puede existir jamas. Para exceder en vicios y en malicia á nuestros hijos, sería necesario que sus descendientes se trasformasen en demonios; porque no puedo comprender que, conservando su carácter de hombres, puedan ser peores que nosotros.» Ved aquí tambien á Egranus, el amigo de Lutero, que nos dice igualmente: «La Historia está ahí para enseñarnos que en ocho siglos que hay que la Alemania es cristiana no se ha visto en este país una perversidad comparable á la que, segun confesion de todos, reina hoy en ella.»

Pero lo que es todavía más extraño y más increible es que el mismo Lutero concluyó por reconocer que su pretendida Reforma no fué otra cosa, desde su principio, que la ruina de toda moral y de toda religion, la pérdida de los costumbres y el triunfo del más horrible libertinaje. «Apénas, dice él, comenzamos nosotros á predicar *nuestro* (1) *evangelio*, cuando se vió en todo el país una espantosa revolucion de cismas y de sectas, que causaron la ruina completa de la honestidad, de la moralidad y del órden; la licencia y toda clase de vicios y de torpezas han llegado hoy adonde no llega-

(1) Esta palabra *nuestro evangelio* está bien aplicada, porque el evangelio que predicaba Lutero no era el Evangelio de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ron jamas bajo el régimen del papismo. El pueblo, contenido otras veces en los límites del deber, no conoce ya vínculos ni freno, y vive como el caballo indómito, sin reserva ni pudor, segun sus más groseros deseos.....

»Si tuviésemos que bautizar á los adultos, estoy cierto de que ni áun la décima parte de la poblacion querria someterse á ello. Digo más: estoy cierto de que mucho tiempo há seriamos mahometanos, si pudiésemos serlo.»

Predicando un dia en la ciudad de Wurtenberg, la Roma de la Reforma, pronunció Lutero estas lúgubres palabras: «Desde la predicacion de nuestra doctrina, el mundo se hace cada vez más malo, más impío y más descarado. Los diablos se precipitan en legiones sobre los hombres, que, á la pura claridad del Evangelio, son más ambiciosos, más impúdicos y más detestables que eran bajo el régimen del papado. Los nobles y los plebeyos, las personas de todos estados, desde el más grande al más pequeño, todos son iguales; en todos ellos no se ve más que avaricia, intemperancia, impureza, desórdenes vergonzosos, pasiones abominables.»

Finalmente, el mismo pontífice de la Reforma dice en otro lugar: «Confieso que si Dios no me hubiese tenido cerrados los ojos sobre el porvenir, y hubiese podido prever todo este escándalo, no me hubiera atrevido á propagar mi doctrina..... ¿Quién de nosotros se hubiera puesto á predicar, si hubiéramos previsto que de nuestra predicacion habian de resultar tantas calamidades y tantos escándalos? Ahora, que ya hemos comenzado, es necesario que suframos todas las consecuencias.» Esto, como se ve, no es el arrepentimiento de los penitentes, sino el pesar de los obstinados; ésta no es la conversion de Pedro, sino la desesperacion de Júdas.

Sin embargo, nada es más exacto que la confesion de Lutero, de que la completa ruina de las costumbres, y tantas calamidades y tantos escándalos, no fueron otra cosa que una consecuencia lógica de sus predicaciones y de sus doctrinas. Ved aquí, en efecto, las doctrinas luteranas relativas al matrimonio y á la mujer.

§ XX. Continuacion del mismo asunto. — La reforma autorizó la poligamia, el divorcio, el adulterio y toda clase de excesos. — Estas horribles concesiones hechas al sensualismo se deducen necesariamente de la blasfemia, establecida en principio por Lutero, de que la carne es absolutamente indomable. — Los reformadores mismos confiesan que, partiendo de este principio, se vieron obligados á admitir las doctrinas más licenciosas respecto al matrimonio.

Un príncipe libertino, Felipe, landgrave de Hesse, no contentándose con su mujer legítima, quiso desposarse al mismo tiempo con otra; pero no atreviéndose á hacerlo sin dispensa, á fin de obtenerla se dirigió al soberano pontífice de la Reforma, Lutero, y á su consistorio, compuesto de sacerdotes y de monjes, apóstatas como él. «Mi constitucion vigorosa, decia el Príncipe en su exposicion, y mis viajes frecuentes á la Dieta del Imperio y á mis Estados, donde se vive con el corazon alegre, no me permiten permanecer solo, y sin embargo, no puedo llevar conmigo á la Princesa, mi esposa, con todo el aparato dispendioso de la córte. ¿No se me permitirá, pues, que ademas de mi mujer me case tambien con Margarita Sahl, dama de honor de mi hermana Isabel, y tenga de este modo una segunda mujer?» Á lo que el sacro colegio de la Reforma respondió que *sí*. «Para que pueda el Príncipe, se dice en esta extraña dispensa, proveer de este modo á la salud de su cuerpo y de su alma, como tambien á la gloria de Dios.» Es verdad que, temiendo estos *moralistas* alarmar demasiado la opinion cristiana, recomendaron al landgrave que no usase de este permiso sino en secreto (1) y bajo el sigilo de la confesion (que acababan de abolir) (2).

(1) Esto era tanto como decir: «Nosotros os concedemos á vos, Príncipe, la poligamia, pero no la concedemos á vuestros súbditos. En cuanto á éstos, si no pueden vivir con una sola mujer que se arreglen como puedan, á fin de proveer á la salud de sus cuerpos, de sus almas y á la gloria de Dios.» La Iglesia, como verémos despues, ha hecho todo lo contrario. Ántes de combatir el divorcio y la poligamia en las chozas, los ha combatido en los palacios. Esto consiste en que, no pudiendo existir la herejía sino á la sombra de la proteccion de los príncipes, los adula; miéntras que la Iglesia, como no necesita esta proteccion para existir, se opone á sus injustas exigencias, y no teme su persecucion ni su furor.

(2) Véase, en el tomo primero de la *Historia de las variaciones*, este extraño documento, en el que la hipocresía está unida á la blasfemia, y que está firmado por Lutero, Melanchthon, Bucero y otros seis teólogos de la Reforma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ron jamas bajo el régimen del papismo. El pueblo, contenido otras veces en los límites del deber, no conoce ya vínculos ni freno, y vive como el caballo indómito, sin reserva ni pudor, segun sus más groseros deseos.....

»Si tuviésemos que bautizar á los adultos, estoy cierto de que ni áun la décima parte de la poblacion querria someterse á ello. Digo más: estoy cierto de que mucho tiempo há seriamos mahometanos, si pudiésemos serlo.»

Predicando un dia en la ciudad de Wurtenberg, la Roma de la Reforma, pronunció Lutero estas lúgubres palabras: «Desde la predicacion de nuestra doctrina, el mundo se hace cada vez más malo, más impío y más descarado. Los diablos se precipitan en legiones sobre los hombres, que, á la pura claridad del Evangelio, son más ambiciosos, más impúdicos y más detestables que eran bajo el régimen del papado. Los nobles y los plebeyos, las personas de todos estados, desde el más grande al más pequeño, todos son iguales; en todos ellos no se ve más que avaricia, intemperancia, impureza, desórdenes vergonzosos, pasiones abominables.»

Finalmente, el mismo pontífice de la Reforma dice en otro lugar: «Confieso que si Dios no me hubiese tenido cerrados los ojos sobre el porvenir, y hubiese podido prever todo este escándalo, no me hubiera atrevido á propagar mi doctrina..... ¿Quién de nosotros se hubiera puesto á predicar, si hubiéramos previsto que de nuestra predicacion habian de resultar tantas calamidades y tantos escándalos? Ahora, que ya hemos comenzado, es necesario que suframos todas las consecuencias.» Esto, como se ve, no es el arrepentimiento de los penitentes, sino el pesar de los obstinados; ésta no es la conversion de Pedro, sino la desesperacion de Júdas.

Sin embargo, nada es más exacto que la confesion de Lutero, de que la completa ruina de las costumbres, y tantas calamidades y tantos escándalos, no fueron otra cosa que una consecuencia lógica de sus predicaciones y de sus doctrinas. Ved aquí, en efecto, las doctrinas luteranas relativas al matrimonio y á la mujer.

§ XX. Continuacion del mismo asunto. — La reforma autorizó la poligamia, el divorcio, el adulterio y toda clase de excesos. — Estas horribles concesiones hechas al sensualismo se deducen necesariamente de la blasfemia, establecida en principio por Lutero, de que la carne es absolutamente indomable. — Los reformadores mismos confiesan que, partiendo de este principio, se vieron obligados á admitir las doctrinas más licenciosas respecto al matrimonio.

Un príncipe libertino, Felipe, landgrave de Hesse, no contentándose con su mujer legítima, quiso desposarse al mismo tiempo con otra; pero no atreviéndose á hacerlo sin dispensa, á fin de obtenerla se dirigió al soberano pontífice de la Reforma, Lutero, y á su consistorio, compuesto de sacerdotes y de monjes, apóstatas como él. «Mi constitucion vigorosa, decia el Príncipe en su exposicion, y mis viajes frecuentes á la Dieta del Imperio y á mis Estados, donde se vive con el corazon alegre, no me permiten permanecer solo, y sin embargo, no puedo llevar conmigo á la Princesa, mi esposa, con todo el aparato dispendioso de la córte. ¿No se me permitirá, pues, que ademas de mi mujer me case tambien con Margarita Sahl, dama de honor de mi hermana Isabel, y tenga de este modo una segunda mujer?» Á lo que el sacro colegio de la Reforma respondió que *sí*. «Para que pueda el Príncipe, se dice en esta extraña dispensa, proveer de este modo á la salud de su cuerpo y de su alma, como tambien á la gloria de Dios.» Es verdad que, temiendo estos *moralistas* alarmar demasiado la opinion cristiana, recomendaron al landgrave que no usase de este permiso sino en secreto (1) y bajo el sigilo de la confesion (que acababan de abolir) (2).

(1) Esto era tanto como decir: «Nosotros os concedemos á vos, Príncipe, la poligamia, pero no la concedemos á vuestros súbditos. En cuanto á éstos, si no pueden vivir con una sola mujer que se arreglen como puedan, á fin de proveer á la salud de sus cuerpos, de sus almas y á la gloria de Dios.» La Iglesia, como verémos despues, ha hecho todo lo contrario. Ántes de combatir el divorcio y la poligamia en las chozas, los ha combatido en los palacios. Esto consiste en que, no pudiendo existir la herejía sino á la sombra de la proteccion de los príncipes, los adula; miéntras que la Iglesia, como no necesita esta proteccion para existir, se opone á sus injustas exigencias, y no teme su persecucion ni su furor.

(2) Véase, en el tomo primero de la *Historia de las variaciones*, este extraño documento, en el que la hipocresía está unida á la blasfemia, y que está firmado por Lutero, Melanchthon, Bucero y otros seis teólogos de la Reforma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En esta ocasion fué cuando Lutero, desmintiendo impudentemente la palabra de Dios, tan clara y tan expresa en el Evangelio, y contra su propia conciencia, osó escandalizar al mundo cristiano con esta blasfemia: «Yo reconoco, en verdad, que si alguno quiere casarse con muchas mujeres á un mismo tiempo no tengo derecho para impedírselo, en atencion á que esto no está prohibido por los libros santos» (1).

En su carta á Jorge Bruch, canciller del duque de Sajonia-Weidmar, que, conservando su primera mujer, quiso casarse con otra, dijo Lutero: «Me es imposible prohibir, en virtud de la Escritura Santa, que cualquiera se case á un mismo tiempo con muchas mujeres; pero no quisiera yo ser el primero en introducir esta *loable costumbre* entre los cristianos» (2). (Theiner, *La Suede et le Saint-Siège*, tomo I, pág. 209.)

Pero Carlostadio, discípulo de Lutero, fué más franco y más explícito; porque, quitándose la máscara y arrojando todo el pudor, escribia á su digno maestro: «Nada de escrúpulos. Seamos *bígamos, trígamos;* tengamos todas las mujeres que podamos sostener.—Creced y multiplicad; ¿entiendes, Lutero? Deja, pues, cumplir la órden del cielo.» (*Historia de las variaciones*, tomo I.) Lo cual equivale á decir: «Ha llegado el tiempo de reemplazar la moral del Evangelio con la moral del Coran.» Así, pues, aquellos pretendidos evangélicos no lo eran sino á título de destructores del Evangelio, como nuestros racionalistas no lo son sino á título de destructores de la razon, y nuestros socialistas á título de destructores de la sociedad.

En esta misma ocasion de la dispensa concedida por los reformadores al landgrave de Hesse, fué cuando Bucero, que, sin embargo, era tenido por el rigorista exagerado de la secta, publicó una defensa de la poligamia, en la que se dice: «Es evidente que existen ciertos hombres para quienes la poligamia es una necesi-

(1) «Ego sane fateor non posse prohibere, si quis plures velit uxores ducere, nec enim id repugnat sacris litteris.» (Audin, *Vie de Luthère*, tomo II.)

(2) ¿Por qué razon, supuesto que es una *loable costumbre?* ¡Contradiccion y mentira! Sin embargo, no por eso dejó Lutero de ser el *primero en introducir esta loable costumbre entre los cristianos*, por la escandalosa dispensa que concedió al landgrave de Hesse, que fué el primer caso de poligamia autorizado solemnemente desde el principio del Cristianismo, y desde entónces no pudo rehusar la poligamia á persona alguna.

dad natural. Por otra parte, no faltan ejemplos de emperadores y reyes que, no sólo se casaron con muchas mujeres, sino que tuvieron ademas concubinas, ántes que la tiranía papal se acordase de mezclarse en la conducta de nuestros príncipes» (1). (M. Nicolas, *Du protestantisme*, lib. III, cap. IV.)

Juan de Leyde, el jefe de los anabaptistas, no contento con predicar muchos sermones en favor de la poligamia, y queriendo predicarla más eficazmente con el ejemplo, se casó con muchas mujeres, tuvo veinte á un mismo tiempo, y sus adeptos hicieron otro tanto; de modo que no sólo las casas de los grandes, sino tambien las casas de los hombres del pueblo se convirtieron en serrallos (2).

El divorcio no es otra cosa que una poligamia sucesiva, así como la poligamia no es otra cosa que un divorcio simultáneo. Habiendo la Reforma concedido lo más, no podia negar lo ménos. Por consiguiente, Enrique VIII no tuvo más que pedir á los teólogos de la Reforma la facultad que le habia negado el Papa de divorciarse de su mujer legítima y casarse con una prostituta, para obtenerla al momento y áun con indulgencia plenaria. Y realizando las nuevas doctrinas *evangélicas* de la Reforma fué como aquel monstruo de lujuria y de crueldad renovó las costumbres de Tiberio, de Neron y de Calígula sobre un trono cristiano, colocándo en él el divorcio y la poligamia anegados en sangre.

El Evangelio y San Pablo dicen en los términos más claros que divorciarse de su mujer legítima y casarse con otra es hacerse culpable de adulterio. El divorcio, pues, es un verdadero adulterio, un adulterio permanente, así como el adulterio es un divorcio pasajero. Así es que, habiendo la Reforma proclamado la legitimidad del divorcio, no vió ya en el adulterio más que un acto lícito ó al ménos indiferente. Por consiguiente, muchos de sus doctores no se avergonzaron de hacerse sus apologistas.

(1) Es verdad que, temiendo la justicia imperial, se retractó de esta escandalosa defensa; pero en su misma retractacion defendió la poligamia, diciendo en ella: «Con tal que esta tolerancia no se convierta en regla general.»

(2) Miéntras nosotros escribimos esto, los periódicos nos refieren que uno de los legisladores del Congreso americano se ha casado con ocho mujeres, de las que ha tenido hasta ahora veinticuatro hijos. Podrá causar indignacion este atentado á la civilizacion cristiana, en mitad del siglo XIX; pero no se podrá decir que este *legislador* no es un buen protestante. (Véase *La Patrie*, Junio de 1854.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Finalmente, habiendo concedido la Reforma tanta licencia á los casados, no pudo ser severa con los solteros, ni pudo dejar de autorizar, como cosas indiferentes, la fornicacion, la molicie y toda clase de excesos. En efecto, en nuestros mismos dias hemos visto á un obispo protestante expresarse de este modo: «Un goce sensual fuera del matrimonio no es más inmoral que en el matrimonio, y si se debe evitar es porque se opone á las costumbres y porque muchas veces trae consigo la pérdida del honor y de la salud» (1). (*Crítica de la moral cristiana*, por Canabich.)

Se ve, pues, que la teología de la Reforma relativa á las costumbres no es otra cosa que la emancipacion de la carne, la libre satisfaccion de los sentidos, la libertad completa del hombre y de la mujer de toda obligacion, de todo vínculo, de toda ley que exija la castidad, la continencia y el pudor; no es otra cosa que el triunfo del sensualismo pagano sobre las ruinas del espiritualismo cristiano. Esto es, sin embargo, lo que han osado llamar la reforma de la Iglesia, la purificacion del Cristianismo y el espíritu de la libertad cristiana.

Mas importa observar que estas horribles doctrinas de los teólogos de la Reforma nacen del principio con que Lutero manchó sus escritos, y que predicaba contínuamente con un cinismo tan espantoso como repugnante, á saber: que el instinto sexual es de una fuerza absolutamente indomable y de una necesidad inevitable é invencible. (*Vie de Luthère*, por Audin.)

En efecto, sentado este principio, la ley del celibato eclesiástico, la fuente más elevada de la santidad, no es más que una tiranía, y la virginidad voluntaria, que forma la mayor gloria de la mujer que se consagra á ella, es un crímen y un delirio al mismo tiempo. Lutero dedujo de su principio estas consecuencias, y con un descaro que haria ruborizarse á los mismos teólogos del paganismo (2),

(1) Otro autor protestante acaba de escribir estas palabras, que resumen en sí toda la doctrina y el espíritu de la Reforma respecto á las costumbres: «La monogamia y la prohibicion de las uniones extramatrimoniales no son otra cosa que un resto de monaquismo, y esta moral reposa sobre una fe ciega». (*Magasin de Henke*, segunda parte.) Así es que los teólogos paganos, que han honrado tambien siempre y en todas partes la castidad con un culto religioso, y tributado homenaje á la unidad del matrimonio, no son otra cosa que *monjes* que profesan doctrinas con una fe ciega..... (Véase la nota siguiente.)

(2) La teología pagana, á pesar de haber autorizado y áun divinizado el

él persiguió con sus anatemas y con sus infames libelos los votos monásticos y el celibato de los sacerdotes. Y á fin de corrobarar su doctrina con el ejemplo, no se avergonzó, siendo sacerdote y monje, de cometer un incesto y un sacrilegio, porque se casó públicamente con una religiosa, apóstata como él, y por lo mismo digna de tal marido (1).

Pero decir que el instinto sexual es de una fuerza absolutamente indomable y de una necesidad inevitable é invencible, es decir que este instinto es la ley suprema de las costumbres, ante la que todo debe ceder y contra la que todo cuanto se hace es nulo é incapaz de producir obligacion alguna; es decir que en presencia de las exigencias imperiosas de este instinto, todo cristiano puede violar impunemente las promesas hechas á Dios por el voto de castidad, y con mucha más razon todo hombre puede violar impunemente las promesas hechas al hombre por el matrimonio; es decir que, no sólo el celibato absoluto de las personas consagradas á Dios no es obligatorio, sino que tampoco lo es el celibato relativo á que están obligadas las personas casadas. Porque si el sacerdote y la vírgen sagrada, tan pronto como *el instinto indomable de la carne* lo exige, pueden casarse, las mismas personas casadas, tan pronto como el mismo instinto lo exige, pueden repudiarse mutuamente, y de aquí nace la legitimidad del divorcio; ó bien pueden amar á otras personas, y de aquí la legitimidad del adulterio; y de la misma manera un marido puede tener muchas mujeres á un mismo tiempo, y de aquí la legitimidad de la poligamia. Ya hemos oido á Bucero justificar la poligamia por la violencia de las exigencias de la carne diciendo: «Es evidente que existen algunos hombres de tal conformacion, que la bigamia es para ellos, no sólo una medida de prudencia, sino una necesidad; para ellos la poligamia es una necesidad natural.» Ved aquí, pues, por el principio de Lutero, la ley de la castidad, ley que distingue al hombre del bruto, ley emi-

desenfreno, no por eso dejaba de honrar la virginidad voluntaria en las vestales y el celibato en los sacerdotes. Véanse sobre este particular los dos primeros capítulos de la importante obra de Monseñor Pavis, obispo de Alger, *Sobre el celibato eclesiástico*, en el que nos presenta el sabio prelado á todo el género humano tributando homenaje á la ley del celibato sagrado y al mérito de la virginidad.

(1) Calvino, Melanchthon y todos los demas jefes de la Reforma, sacerdotes tambien, hicieron lo mismo en Alemania, en la Suiza y en Inglaterra.

nentemente conservadora del hombre, de la familia y de la sociedad, abolida en todas las condiciones en que puede encontrarse el hombre, abolida en todas sus especies y en todos sus grados. Ved aquí proclamada la carne absolutamente independiente del espíritu, y emancipada de toda reserva, de todo freno, de toda ley, y el sensualismo pagano elevado del inmundo cieno para triunfar en medio de los pueblos cristianos.

Estas consecuencias son horribles, pero son rigorosamente lógicas, y se deducen necesariamente del principio de Lutero, *de la fuerza indomable del instinto sexual*, porque, como observa el sabio M. Nicolas en la obra ya citada, si la fuerza del instinto sexual autoriza el matrimonio áun en el celibato religioso, la misma fuerza debe autorizar el divorcio en el matrimonio, la poligamia en el divorcio, y toda especie de excesos carnales contra la naturaleza en la poligamia, porque *el instinto soberano de la carne* puede verse contrariado, no sólo por el celibato eclesiástico, sino tambien por el celibato conyugal; no sólo por el matrimonio indisoluble, sino por el matrimonio dulcificado por la facilidad del divorcio; no sólo por el matrimonio dulcificado por el divorcio, sino por el matrimonio dilatado por la poligamia; no sólo por el matrimonio dilatado por la poligamia, sino por el matrimonio limitado á un solo sexo; y en este supuesto, no sólo debe ser permitido al sacerdote tener mujer y al marido cambiar de mujer y tener muchas mujeres, sino tambien dejar las mujeres por los hombres, como hacen los chinos, los japoneses y los turcos, y áun por los brutos.....

§ XXI.—Continúa la importante materia del sacramento del matrimonio.—El principio luterano de *la indomabilidad de la carne* es tambien una consecuencia de la negacion del sacramento del matrimonio.—La observancia de la castidad es imposible sin el auxilio de Dios, que se obtiene por medio de la oracion.—Todo tiene una estrecha relacion en el Cristianismo.—Relacion entre la profesion religiosa y el sacramento del matrimonio.—La Reforma fué consecuente en abolir á un mismo tiempo estas dos instituciones; pero al abolirlas hizo imposible la observancia de la castidad y debió autorizar toda clase de desórdenes.—La negacion del sacramento es funesta, especialmente para la honestidad de la mujer.

En la materia de que tratamos es muy importante considerar que este principio de la moral de la Reforma, cuyas consecuencias

son tan horribles y tan repugnantes, tiene su orígen en otro principio.

Se dice en los libros santos que la castidad es un dón de Dios, y que Dios no la niega al mérito de la oracion: *Ut scivi quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det, adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis præcordiis meis.* (*Sap.*, VIII, 21.) Con mucha razon el Concilio de Trento fulmina el anatema contra los que afirman que los clérigos ordenados *in sacris* ó los religiosos que han profesado castidad pueden casarse si conocen que no tienen el dón de la castidad, aunque lo hayan jurado. «Porque, añade el Concilio, Dios no rehusa este dón á los que se le piden por medio de la oracion, ni permite que seamos tentados sobre lo que pueden resistir nuestras fuerzas» (1).

Los teólogos de la Reforma han negado esta bella y consoladora doctrina, que, como ellos mismos lo reconocen, ha profesado siempre la Iglesia, á saber: que Dios no niega su celestial auxilio para observar la castidad á los que se lo piden como deben (2). Porque Bucero, en su insolente defensa de la poligamia, dice: «Si se niega que para ciertos hombres es la poligamia una necesidad, pretendiendo que á los que se hallan en este caso no deja Dios, con tal que se lo pidan con instancia, de conceder las gracias necesarias para que, á pesar del estímulo de la carne, puedan mantenerse firmes en la fe conyugal, responderé que esto no es más que repetir los argumentos de la antigua Iglesia en favor del celibato de los sacerdotes.»

Defendiendo Zwinglio ante el obispo de Constanza la causa de todos los malos sacerdotes de la Suiza, que querian casarse, se apoyó en la negacion de la misma doctrina, diciendo: «Vuestra grandeza conoce lo mal que se guarda la castidad por la generalidad de los sacerdotes. Nosotros, pues, pedimos (supuesto que sabemos por experiencia que no podemos observar una vida casta y pura,

(1) «Si quis dixerit clericos in sacris ordinibus constitutos, vel regulares, castitatem professos posse matrimonium contrahere..... qui non sentiant se castitatis, etiam si eam voverint, habere donum, anathema sit. Cum Deus id recte petentibus non deneget, nec patiatur nos supra id quod possumus, tentari.» (Sess. XXIV, *De matrim.*, can. XI.)

(2) Es decir, añadiendo á la oracion la huida de las ocasiones que pueden comprometer la castidad y la mortificacion de la carne; sin lo que la oracion no es sincera.

nentemente conservadora del hombre, de la familia y de la sociedad, abolida en todas las condiciones en que puede encontrarse el hombre, abolida en todas sus especies y en todos sus grados. Ved aquí proclamada la carne absolutamente independiente del espíritu, y emancipada de toda reserva, de todo freno, de toda ley, y el sensualismo pagano elevado del inmundo cieno para triunfar en medio de los pueblos cristianos.

Estas consecuencias son horribles, pero son rigorosamente lógicas, y se deducen necesariamente del principio de Lutero, *de la fuerza indomable del instinto sexual*, porque, como observa el sabio M. Nicolas en la obra ya citada, si la fuerza del instinto sexual autoriza el matrimonio áun en el celibato religioso, la misma fuerza debe autorizar el divorcio en el matrimonio, la poligamia en el divorcio, y toda especie de excesos carnales contra la naturaleza en la poligamia, porque *el instinto soberano de la carne* puede verse contrariado, no sólo por el celibato eclesiástico, sino tambien por el celibato conyugal; no sólo por el matrimonio indisoluble, sino por el matrimonio dulcificado por la facilidad del divorcio; no sólo por el matrimonio dulcificado por el divorcio, sino por el matrimonio dilatado por la poligamia; no sólo por el matrimonio dilatado por la poligamia, sino por el matrimonio limitado á un solo sexo; y en este supuesto, no sólo debe ser permitido al sacerdote tener mujer y al marido cambiar de mujer y tener muchas mujeres, sino tambien dejar las mujeres por los hombres, como hacen los chinos, los japoneses y los turcos, y áun por los brutos.....

§ XXI.—Continúa la importante materia del sacramento del matrimonio.—El principio luterano de *la indomabilidad de la carne* es tambien una consecuencia de la negacion del sacramento del matrimonio.—La observancia de la castidad es imposible sin el auxilio de Dios, que se obtiene por medio de la oracion.—Todo tiene una estrecha relacion en el Cristianismo.—Relacion entre la profesion religiosa y el sacramento del matrimonio.—La Reforma fué consecuente en abolir á un mismo tiempo estas dos instituciones; pero al abolirlas hizo imposible la observancia de la castidad y debió autorizar toda clase de desórdenes.—La negacion del sacramento es funesta, especialmente para la honestidad de la mujer.

En la materia de que tratamos es muy importante considerar que este principio de la moral de la Reforma, cuyas consecuencias

son tan horribles y tan repugnantes, tiene su orígen en otro principio.

Se dice en los libros santos que la castidad es un dón de Dios, y que Dios no la niega al mérito de la oracion: *Ut scivi quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det, adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis præcordiis meis.* (*Sap.*, VIII, 21.) Con mucha razon el Concilio de Trento fulmina el anatema contra los que afirman que los clérigos ordenados *in sacris* ó los religiosos que han profesado castidad pueden casarse si conocen que no tienen el dón de la castidad, aunque lo hayan jurado. «Porque, añade el Concilio, Dios no rehusa este dón á los que se le piden por medio de la oracion, ni permite que seamos tentados sobre lo que pueden resistir nuestras fuerzas» (1).

Los teólogos de la Reforma han negado esta bella y consoladora doctrina, que, como ellos mismos lo reconocen, ha profesado siempre la Iglesia, á saber: que Dios no niega su celestial auxilio para observar la castidad á los que se lo piden como deben (2). Porque Bucero, en su insolente defensa de la poligamia, dice: «Si se niega que para ciertos hombres es la poligamia una necesidad, pretendiendo que á los que se hallan en este caso no deja Dios, con tal que se lo pidan con instancia, de conceder las gracias necesarias para que, á pesar del estímulo de la carne, puedan mantenerse firmes en la fe conyugal, responderé que esto no es más que repetir los argumentos de la antigua Iglesia en favor del celibato de los sacerdotes.»

Defendiendo Zwinglio ante el obispo de Constanza la causa de todos los malos sacerdotes de la Suiza, que querian casarse, se apoyó en la negacion de la misma doctrina, diciendo: «Vuestra grandeza conoce lo mal que se guarda la castidad por la generalidad de los sacerdotes. Nosotros, pues, pedimos (supuesto que sabemos por experiencia que no podemos observar una vida casta y pura,

(1) «Si quis dixerit clericos in sacris ordinibus constitutos, vel regulares, castitatem professos posse matrimonium contrahere..... qui non sentiant se castitatis, etiam si eam voverint, habere donum, anathema sit. Cum Deus id recte petentibus non deneget, nec patiatur nos supra id quod possumus, tentari.» (Sess. XXIV, *De matrim.*, can. XI.)

(2) Es decir, añadiendo á la oracion la huida de las ocasiones que pueden comprometer la castidad y la mortificacion de la carne; sin lo que la oracion no es sincera.

porque Dios no nos lo ha concedido) que no se nos niegue el matrimonio.» (M. Nicolas, lib. III, cap. IV.)

Pero esta misma negacion de la doctrina del auxilio celestial, que Dios no niega á los que se lo piden para guardar la castidad, nace de otra negacion: de la negacion del sacramento del matrimonio.

Desde el principio de la Reforma habian negado Lutero y Calvino que los sacramentos, cuando no se les pone obstáculo alguno, confieren la gracia *ex opere operato*, es decir, inmediatamente, y por la simple aplicacion del rito que los constituye; y habian enseñado que los sacramentos no tienen más virtud que la de excitar y alimentar la fe que justifica; lo cual era reducir los sacramentos al número de ceremonias estériles y anularlos completamente; porque, segun esta doctrina, los sacramentos no tendrian más eficacia que la predicacion, con la única diferencia de que la predicacion excita la fe por medio de los oidos, y los sacramentos por medio de la vista.

Pero habiendo los reformadores destruido así todos los sacramentos en el fondo, habian dejado subsistir algunos de ellos, al ménos en la forma (1); miéntras que respecto al sacramento del matrimonio no tuvieron consideracion alguna, ni áun en cuanto á la forma, y lo excluyeron despiadamente del número de los sacramentos.

Así como el auxilio celestial, necesario para la observancia del celibato eclesiástico, se asegura á aquellos que se consagran á él, por el acto sublime de religion que ejercen al pronunciar el voto, y que se considera como una especie de sacramento (2), de la misma manera el auxilio celestial, necesario para la observancia del celibato conyugal, se asegura á los esposos cristianos por el acto de la celebracion del matrimonio, contraido con las disposiciones debidas, supuesto que este acto es un verdadero sacramento, que, ademas de aumentar la gracia santificante, confiere á los cónyuges las gracias particulares, necesarias para cumplir las obligaciones de su nuevo estado, la primera de las cuales es la castidad conyugal.

(1) Supuesto que ninguna forma ó ceremonia estéril se cree necesaria para la salvacion, ha sido fácil á muchos ministros protestantes de nuestros dias sostener que el bautismo, por ejemplo, no es necesario para la salvacion, y obrar con arreglo á este principio en el ejercicio de su ministerio. Lo cual no les impide llamarse ministros del Santo Evangelio y pastores cristianos. ¡Singulares pastores cristianos, que comienzan por negar el primero de los sacramentos, y uno de los puntos fundamentales del Cristianismo!

(2) Todos los doctores católicos sostienen que la profesion religiosa es una especie de segundo bautismo.

Así como la Reforma, al abolir el acto sublime, meritorio y eficaz del voto de castidad voluntaria, privó al sacerdote y al religioso de todo auxilio celestial, necesario para la observancia del celibato eclesiástico, de la misma manera, al abolir el matrimonio como sacramento, privó á los esposos cristianos de todo auxilio celestial, necesario para la observancia del celibato laical.

Pero la observancia de la continencia absoluta ó relativa no es posible, segun el oráculo de los libros santos, que acabamos de ver, sino por el auxilio celestial, por el dón de Dios: *Ut scivi quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det.* Luego al privar al sacerdote y al esposo de ese auxilio celestial, de ese dón de de Dios, por la abolicion del voto de castidad, y del sacramento del matrimonio, puso la Reforma á los cristianos en la imposibilidad de observar la continencia propia de su estado; y por lo mismo, fué consecuente al afirmar que la continencia absoluta es imposible á los eclesiásticos, y que es necesario permitirles el matrimonio; y de la misma manera, que la continencia relativa es imposible á los esposos, y que se les debe permitir el adulterio, el divorcio y la poligamia. Esta imposibilidad que la Reforma proclama, estas horribles concesiones que ella se ve obligada á hacer á la *fuerza indomable del instinto sexual*, son obra suya; éstas son las consecuencias lógicas de la abolicion del voto sagrado de castidad y del sacramento del matrimonio.

Observemos tambien que la abolicion de estas dos instituciones católicas, de las cuales una es la base de la santidad de la Iglesia y la otra de la santidad de la familia, se verificó á un tiempo, y no podia dejar de ser así. Al negar la Reforma que el matrimonio, ó union de un hombre y una mujer, es un sacramento, se vió obligada á negar que el voto de castidad, ó la union del alma á Dios, es un acto sublime de religion; y no viendo en el matrimonio más que un contrato civil, *disoluble*, se vió obligada á no ver en el voto de castidad más que un acto puramente humano, *retractable*.

Véase, pues, cómo en el edificio del Cristianismo todas las ins-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tituciones se enlazan y se unen admirablemente, de tal manera, que no se puede tocar á ninguna de ellas sin trastornar todas las demas y sin que el edificio entero se arruine. Por haber negado la Reforma en un principio tan sólo el sacramento del matrimonio, se vió obligada á negar despues los votos monásticos, el celibato sagrado y áun el celibato conyugal. Se vió obligada á perseguir con sus burlas la continencia, áun en el matrimonio, despues de haberla perseguido con sus anatemas en el celibato; á proclamar como institucion puramente humana la union conyugal, con el fin de dar libertad á los esposos; y esto despues de haberla proclamado como una institucion divina, obligatoria para todo el mundo, con el fin de atraer á ella á los sacerdotes y á las religiosas. Ella se vió obligada á autorizar el divorcio, el adulterio, la poligamia y toda especie de libertinaje, y á proclamar como legítima la libre satisfaccion de los sentidos, la rebelion de la carne contra el espíritu, y del instinto contra las leyes. Ella se vió obligada á considerar la castidad como un crímen, á tolerarlo todo ménos el pudor, la más bella flor de la gracia del Evangelio, y á sumergir á los pueblos cristianos en todas las obscenidades brutales del sensualismo pagano, rompiendo de este modo todos los lazos de la sociedad doméstica y destruyendo los fundamentos del Estado.

Es muy grande, muy augusta, sublime y preciosa la institucion divina del sacramento del matrimonio; supuesto que sin ella el matrimonio desaparece, ó queda reducido á una union pasajera, efímera y útil sólo á la voluptuosidad, y que por ella el matrimonio es una alianza honrosa, *honorabile connubium*, indisoluble, pura, santa y perfecta; y que ella es, en fin, la que, elevando, santificando, divinizando al padre, á la madre, al hijo y á toda la familia, eleva, santifica y diviniza la sociedad entera.

Pero la facultad de casarse con una prostituta, que los patriarcas de la Reforma concedieron al landgrave de Hesse, causó la desgracia de su mujer legítima, la virtuosa princesa Catalina, que le habia hecho padre de ocho hijos. El divorcio del gran reformador de Inglaterra, Enrique VIII, tan humillante y tan funesto para su primera esposa Catalina de Aragon, que por sus admirables cualidades habia hecho feliz á aquel monstruo por espacio de doce años, no fué más feliz para la innoble prostituta Ana Bolena, á quien el Sardanápalo moderno puso en lugar de su mujer legítima; porque

cuatro años despues, bajo pretexto de haberle sido infiel, le hizo Enrique cortar la cabeza, para casarse con Juana Seymour. Habiendo ésta muerto de parto, despues de las amarguras que le habia hecho sufrir, se casó con Ana de Clèves, á quien repudió muy pronto por su fealdad, para casarse con Catalina Howart, á quien dió muerte bajo el mismo pretexto que á Ana Bolena, para casarse con Catalina Parr, que quedó viva porque, sorprendido su verdugo por la muerte, no tuvo tiempo para repudiarla ni matarla. Finalmente, como nos refieren todas las historias de la Reforma, apénas proclamó ella la poligamia y el divorcio, cuando las mujeres, áun las más piadosas y las más puras, fueron arrojadas de casa de sus esposos, para ceder su lugar á mujeres de malas costumbres, á prostitutas descaradas. Así, pues, aboliendo el *nuevo evangelio* el sacramento del matrimonio, fué funesto principalmente á la mujer, y mucho más á la mujer honesta, virtuosa y honrada, y de este modo se comprende mejor la importancia del dogma católico del sacramento del matrimonio para la mujer, y que por medio de este dogma la habia rehabilitado el Cristianismo. Pero ved aquí otras dos nuevas observaciones en apoyo de esta misma verdad.

§ XXII. — Otras dos observaciones sobre este mismo asunto. — Primera observacion: Afinidad del error con la impureza. — Los filósofos del último siglo y los incrédulos del nuestro son enemigos encarnizados de la castidad. — Ellos han partido, lo mismo que los reformadores, de la negacion del sacramento del matrimonio para predicar toda especie de impurezas.

Primera observacion: El sabio protestante Fitz-William, en sus *Cartas de Atico*, el más bello homenaje que el protestantismo ha tributado al Catolicismo, al principio de este siglo, ha hecho esta observacion, de una verdad incontestable, á saber: que el paso de la Iglesia á una secta se hace generalmente por el camino de los vicios, y que el de una secta á la Iglesia se hace siempre por el camino de las virtudes. (P. 113.) Pero podia haber añadido que este paso de la verdad al error por el camino de los vicios no tiene más objeto ni más resultado que el vicio. El error, semejante al animal inmundo, que no está contento sino en el fango, tampoco se encuentra satisfecho sino en la impureza. Para prueba de esto, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Evangelio nos representa los demonios, los inventores y padres de todo error, pidiendo al Hijo de Dios que los mande al cuerpo de los puercos: *Mitte nos in porcos.* (Marc., XII.) Bossuet dice en cierto pasaje: «Los errores, lo mismo que las comedias, acaban por el matrimonio.» No parece sino que todo lo que es impuro tiene un atractivo especial para los enemigos de la verdad, y que el olor de la santa castidad les toca los nervios y les pone furiosos: tal es el furor con que combaten todas las instituciones cristianas que inspiran la castidad ó la conservan. Esto os explicará la horrible conspiracion de los llamados filósofos del siglo XVIII contra la castidad, que los filósofos incrédulos del nuestro han tratado de continuar. La filosofía y la literatura, la prosa y el verso, la tragedia y la comedia, los libros y los periódicos, los diccionarios y las enciclopedias, los romances y los folletos, todo lo hicieron servir á la rehabilitacion de la carne y á la apoteósis de la voluptuosidad; y por esta nueva preparacion satánica preludiaron el culto de *la diosa de la Razon*. Las obras de Collins, de Bolingbrocke, de Tindal, de Bayle, de Toussaint, de Voltaire, de Rousseau, de Helvecio, de Boulanger, de Holbach, el *Diccionario filosófico*, el *Libro de las costumbres*, el *Buen sentido*, las *Cartas persas*, la *Enciclopedia antigua*, y otras muchas producciones del mismo género, que en el siglo último mancharon el mundo; la *Enciclopedia nueva*, los escritos de la escuela sansimoniana, falansteriana, socialista, y ese diluvio de romances y de folletos que nos han inundado en nuestros dias, y que excede en mucho á todo lo más inmundo y más vergonzoso que el paganismo antiguo nos habia legado; todas esas elucubraciones compuestas con la pluma de Satanas, á la sombría claridad de los infiernos, no son otra cosa que exhalaciones impuras del espíritu del error, que se descubre en cada línea de ellas, y con las que este maléfico espíritu se esfuerza por matar la castidad y corromper la creacion.

Segun estos apóstoles del sensualismo y del desenfreno, los votos religiosos no son otra cosa que un lazo tiránico; los conventos no son otra cosa que sepulcros de hombres vivos, inventados por la política ó la ambicion paterna, y abiertos por la supersticion. El pudor no es otra cosa que una virtud política; procurar el aborto es una medida de sabiduría, la continencia es un delirio, el juramento del matrimonio es una imbecilidad, las relaciones fuera del

matrimonio son un recreo inocente, el concubinato una cosa irreprensible, la poligamia un buen cálculo, el divorcio una necesidad, la mancomunidad de mujeres una felicidad, el amor socrático una perfeccion; y el hombre, segun ellos, no ha sido criado sino para entregarse á los goces sensuales, como el bruto (1).

En la manera de expresarse que tiene la filosofía moderna con respecto á las costumbres, no es posible dejar de reconocerla por hija legítima de la Reforma. Este es el espíritu y el carácter de la madre, que se manifiesta por el lenguaje de la hija. Estas son las mismas doctrinas de la Reforma, que la filosofía moderna há reproducido con mayor franqueza y ménos miramiento religioso. Estas son las mismas doctrinas, llevadas á su último término.

«Los reformadores del siglo XVI, dice M. Buchez, pretendieron que el matrimonio era el único remedio contra los excesos del clero.» En el dia de hoy los panteistas escriben: «La fidelidad conyugal es imposible. ¿Quereis impedir el adulterio? Pues abolid el matrimonio é instituid la promiscuidad. ¿Quereis que no haya ningun mal? Pues negad y destruid el bien.» *Histoire parlamentaire de la Révolution française.*)

Pero si son éstas las mismas doctrinas, es porque se han deducido del mismo principio. Los filósofos incrédulos del siglo XVIII y del nuestro, fieles á esta consigna salida del infierno: «Destruid al infame y á la supersticion»; habiendo principiado á combatir todos los dogmas del Cristianismo, los sacramentos fueron combatidos los primeros, y el sacramento del matrimonio, en particular, fué uno de los principales objetos de su ódio, de su desprecio y de sus burlas sacrílegas. Negado el matrimonio como sacramento y como acto religioso, no es más que un innoble contrato de compra y venta, y nada tiene ya de santo, de estable ni de obligatorio. Se ha dicho que el hombre no debe desatar lo que Dios ha unido; pero negando que el matrimonio es un misterio y un sacramento, Dios no entra en él para nada: el hombre es el que une; y lo que el hombre une, lo puede el hombre desatar. Mas si el hombre puede disolver el matrimonio, el divorcio es para él un derecho y áun en

(1) No es cierto, blasfemó Fourier, que Dios criase la más bella de las pasiones para reprimirla al arbitrio de los legisladores, de los moralistas y de los pachás. Dios crió al hombre para que diese rienda á sus pasiones. (*Traité de l'association*, pág. 399.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciertos casos una especie de necesidad; y por consiguiente, si el hombre tiene el derecho de divorciarse, tiene tambien el derecho de casarse con muchas mujeres á un mismo tiempo, de solicitar la mujer de otro, y de establecer la comunidad de mujeres; porque, lo repetimos, casarse con muchas mujeres, solicitar la mujer de otro y establecer la comunidad de mujeres, no es otra cosa que divorciarse con más frecuencia, divorciarse de una manera más extensa y más completa, divorciarse de una manera absoluta; y supuesto que se reconoce en el hombre el derecho de divorciarse de una manera cualquiera, no se le puede negar razonablemente el derecho de divorciarse de todos los modos posibles. Así, pues, habiendo comenzado nuestros incrédulos, como los reformadores del siglo XVI, por negar el sacramento del matrimonio, y habiendo sido obligados de este modo á admitir el divorcio, se han visto obligados tambien á admitir la poligamia, el adulterio, la prostitucion, la comunidad de mujeres y toda clase de infamias, y á rebajar al hombre y hacerlo inferior al bruto, presentándole como conformes á su naturaleza ciertos excesos contra naturaleza, ignorados áun del mismo bruto.

«El Cristianismo, dice un sabio y piadoso obispo de Francia; el Cristianismo, perfeccion de la Naturaleza y de la ley, ha elevado mucho más el contrato del matrimonio, respetable por sí mismo, al conferirle la eminente dignidad de sacramento. Él no es ya tan sólo el objeto de la gracia celestial, sino que es tambien el instrumento de ella, y el canal por donde se comunica; él mismo la produce por la virtud que le es propia; él se hace una cosa santa y divina, como nuestros más augustos misterios.» (*Pastoral del arzobispo de Cambray, de* 1844.)

El santo Concilio de Trento dice tambien, como ya hemos visto, que por el sacramento del matrimonio se confiere á los esposos la gracia que el Salvador nos mereció por su Pasion, y que esta gracia, santificando su amor natural, santifica sus personas. Pero negado el sacramento del matrimonio, negado este instrumento de la gracia, y este medio por donde se comunica, sólo se ve en el hombre que contrae matrimonio un sér profano, dominado por el instinto natural de una fuerza absoluta invencible, y privado de toda fuerza sobrenatural con que poder dominar este instinto; y en este supuesto, es muy lógico no ver nada reprensible en sus más abominables extravíos; es muy lógico decir que el hombre, al entregarse á todas las exigencias imperiosas de su sentido reprobado, se halla en su estado natural.

§ XXIII.—Segunda observacion: Partiendo de la misma negacion, fué como los príncipes protestantes erigieron el divorcio en ley.—Relaciones entre la constitucion de la familia y la constitucion del Estado.—Así como es imposible evitar las relaciones cuando se niega el orígen divino del poder, de la misma manera es imposible evitar el divorcio cuando se niega el sacramento del matrimonio.—Las razones puramente humanas nada valen para imponer á los esposos la indisolubilidad del matrimonio, ni al pueblo la sumision al poder.—Beneficios que el Catolicismo ha hecho á la mujer al conservar el dogma del sacramento del matrimonio.

Ved aquí la segunda observacion sobre la misma materia: Partiendo de la misma negacion, inventada por el protestantismo y sostenida por la filosofía, de *que el matrimonio cristiano no es un sacramento*, fué como los soberanos protestantes, con gran escándalo del mundo cristiano, que jamas habia visto un abuso tal del poder legislativo, erigieron el divorcio en ley. Ellos se arrepintieron, sin duda, de haber negado este dogma cristiano; pero una vez adoptada esta negacion sacrílega, segun la nueva teología de la Reforma, nació de ella, como una necesidad lógica y áun social, la ley civil en favor del divorcio.

Ya hemos visto que el gran acto constitutivo de la sociedad doméstica, el matrimonio, no está ni puede estar al abrigo de todo atentado por parte del hombre sino en cuanto se le cree, lo que es en efecto, una institucion cuyas condiciones ha puesto el mismo Dios; en cuanto se le cree, como lo es en efecto, un acto eminentemente religioso, una union sagrada y un gran sacramento. Pero una vez despojado de este sello divino, de esta dignidad de ser una union sagrada y un sacramento, no es más que un contrato humano, sujeto al arbitrio del hombre, y cuyas condiciones pueden poner las partes contratantes, como en cualquier otro contrato puramente humano, y con mucha más razon los poderes civiles; es un contrato puramente humano, en el que nada tiene que ver el sacerdote, en el que nada tiene que disponer la religion, sino que todo se hace por el notario y por el magistrado, segun las prescripciones, más ó ménos razonables, más ó ménos arbitrarias, del Có-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciertos casos una especie de necesidad; y por consiguiente, si el hombre tiene el derecho de divorciarse, tiene tambien el derecho de casarse con muchas mujeres á un mismo tiempo, de solicitar la mujer de otro, y de establecer la comunidad de mujeres; porque, lo repetimos, casarse con muchas mujeres, solicitar la mujer de otro y establecer la comunidad de mujeres, no es otra cosa que divorciarse con más frecuencia, divorciarse de una manera más extensa y más completa, divorciarse de una manera absoluta; y supuesto que se reconoce en el hombre el derecho de divorciarse de una manera cualquiera, no se le puede negar razonablemente el derecho de divorciarse de todos los modos posibles. Así, pues, habiendo comenzado nuestros incrédulos, como los reformadores del siglo XVI, por negar el sacramento del matrimonio, y habiendo sido obligados de este modo á admitir el divorcio, se han visto obligados tambien á admitir la poligamia, el adulterio, la prostitucion, la comunidad de mujeres y toda clase de infamias, y á rebajar al hombre y hacerlo inferior al bruto, presentándole como conformes á su naturaleza ciertos excesos contra naturaleza, ignorados áun del mismo bruto.

«El Cristianismo, dice un sabio y piadoso obispo de Francia; el Cristianismo, perfeccion de la Naturaleza y de la ley, ha elevado mucho más el contrato del matrimonio, respetable por sí mismo, al conferirle la eminente dignidad de sacramento. Él no es ya tan sólo el objeto de la gracia celestial, sino que es tambien el instrumento de ella, y el canal por donde se comunica; él mismo la produce por la virtud que le es propia; él se hace una cosa santa y divina, como nuestros más augustos misterios.» (*Pastoral del arzobispo de Cambray, de* 1844.)

El santo Concilio de Trento dice tambien, como ya hemos visto, que por el sacramento del matrimonio se confiere á los esposos la gracia que el Salvador nos mereció por su Pasion, y que esta gracia, santificando su amor natural, santifica sus personas. Pero negado el sacramento del matrimonio, negado este instrumento de la gracia, y este medio por donde se comunica, sólo se ve en el hombre que contrae matrimonio un sér profano, dominado por el instinto natural de una fuerza absoluta invencible, y privado de toda fuerza sobrenatural con que poder dominar este instinto; y en este supuesto, es muy lógico no ver nada reprensible en sus más abominables extravíos; es muy lógico decir que el hombre, al entregarse á todas las exigencias imperiosas de su sentido reprobado, se halla en su estado natural.

§ XXIII.—Segunda observacion: Partiendo de la misma negacion, fué como los príncipes protestantes erigieron el divorcio en ley.—Relaciones entre la constitucion de la familia y la constitucion del Estado.—Así como es imposible evitar las relaciones cuando se niega el orígen divino del poder, de la misma manera es imposible evitar el divorcio cuando se niega el sacramento del matrimonio.—Las razones puramente humanas nada valen para imponer á los esposos la indisolubilidad del matrimonio, ni al pueblo la sumision al poder.—Beneficios que el Catolicismo ha hecho á la mujer al conservar el dogma del sacramento del matrimonio.

Ved aquí la segunda observacion sobre la misma materia: Partiendo de la misma negacion, inventada por el protestantismo y sostenida por la filosofía, de *que el matrimonio cristiano no es un sacramento*, fué como los soberanos protestantes, con gran escándalo del mundo cristiano, que jamas habia visto un abuso tal del poder legislativo, erigieron el divorcio en ley. Ellos se arrepintieron, sin duda, de haber negado este dogma cristiano; pero una vez adoptada esta negacion sacrílega, segun la nueva teología de la Reforma, nació de ella, como una necesidad lógica y áun social, la ley civil en favor del divorcio.

Ya hemos visto que el gran acto constitutivo de la sociedad doméstica, el matrimonio, no está ni puede estar al abrigo de todo atentado por parte del hombre sino en cuanto se le cree, lo que es en efecto, una institucion cuyas condiciones ha puesto el mismo Dios; en cuanto se le cree, como lo es en efecto, un acto eminentemente religioso, una union sagrada y un gran sacramento. Pero una vez despojado de este sello divino, de esta dignidad de ser una union sagrada y un sacramento, no es más que un contrato humano, sujeto al arbitrio del hombre, y cuyas condiciones pueden poner las partes contratantes, como en cualquier otro contrato puramente humano, y con mucha más razon los poderes civiles; es un contrato puramente humano, en el que nada tiene que ver el sacerdote, en el que nada tiene que disponer la religion, sino que todo se hace por el notario y por el magistrado, segun las prescripciones, más ó ménos razonables, más ó ménos arbitrarias, del Có-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

digo civil, bajo la garantía del carcelero y del verdugo. Y todos hemos visto, en una época reciente, en la primera nacion católica, que en un momento de olvido habia abjurado el catolicismo, que el legislador se vió precisado á consignar en el Codigo el divorcio y á degradar á la familia, á quien debia realzar.

El matrimonio, ó el contrato que fija las relaciones entre las personas de la sociedad doméstica, no es otra cosa, lo repetimos, que la constitucion de la familia, así como la constitucion que fija las relaciones entre las personas de la sociedad pública no es otra cosa que el matrimonio del Estado. Y así como no hay estabilidad para la constitucion sino en este principio: «Todo poder legítimo ó constituido segun las leyes fundamentales del país debe ser considerado como un poder divino, porque continúa la accion del Dios Conservador», de la misma manera tampoco hay estabilidad para el matrimonio sino en este principio: «Toda union legítima entre un hombre y una mujer debe ser considerada como una union sagrada y divina, porque continúa la accion del Dios Criador.» Así como negando el orígen divino del poder, es imposible poner el órden público al abrigo de la revolucion, verdadero divorcio en el Estado, de la misma manera, negando el orígen divino del matrimonio, es imposible poner el órden doméstico al abrigo del divorcio, verdadera revolucion en la familia. Por más que se diga, todo poder que no tenga algun signo divino es perecedero; y de la misma manera, todo matrimonio que no tenga por base la sancion divina es disoluble. Todo poder que nada tiene de divino, y cuyo derecho descansa tan sólo en un pedazo de papel ó en la fuerza, no tiene probabilidades de duracion; y de la misma manera, todo matrimonio que se sustrae á la proteccion de Dios para ponerlo bajo la proteccion del César, carece de estabilidad.

Es una gran sentencia la que dice: «El gobierno no puede gobernar solo.» Esto significa que, por consideraciones, por razones ni por medios puramente humanos, puede ningun gobierno hacer que se acepte pacíficamente su autoridad en la tierra, á ménos que la revista de alguna cosa tomada del cielo; ni puede obtener el homenaje de la adhesion voluntaria ni de la obediencia de muchos millones de hombres, si no hace que intervenga Dios imponiendo tal homenaje: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit;* y de la misma manera, ningun matrimonio puede subsistir solo; es decir, que por leyes puramente humanas, por intereses puramente terrenos, no se puede imponer al hombre y á la mujer la inmensa obligacion de permanecer perpétuamente unidos por un vínculo indisoluble, sino que es necesario hacer que intervenga Dios como Autor de este mismo vínculo: *Quod Deus conjunxit.* Por más que se diga que el órden público, la proteccion de las familias, de los individuos y de las propiedades exigen del pueblo la subordinacion y la obediencia al poder, si el pueblo no ve en el poder más que una institucion puramente humana, si no ve en él más que al hombre, nada le impedirá mirarlo frente á frente; y un poder á quien el pueblo mira frente á frente es un poder derribado. De la misma manera, por más que se diga á los esposos que el fin del matrimonio, es decir, la generacion de los hijos, su buena educacion y el vínculo íntimo de las almas que debe unir á los casados exigen que el matrimonio sea indisoluble, si los esposos no ven en el matrimonio más que un contrato puramente humano, si no ven en él más que el resultado del consentimiento del hombre, nada podrá impedirles que se arrepientan de este consentimiento, que lo modifiquen y que se retracten de él en ciertos casos. Esto se debe considerar justo y razonable, se debe necesariamente autorizar ó tolerar al ménos; pues bien, considerar justo y razonable, y autorizar ó tolerar que se modifique ó que se retracte el consentimiento que precedió al matrimonio, es abrir la puerta al divorcio.

«El protestantismo, dice el abate Gaume, negó el sacramento que ennoblecia la mujer, santificándola. Privados los esposos de los poderosos auxilios que Jesucristo les habia dado, no pueden cumplir las difíciles obligaciones que el matrimonio impone á los cristianos. Á la cabeza de estas obligaciones es necesario colocar la indisolubilidad del vínculo conyugal. Ántes de la elevacion del matrimonio á la dignidad de sacramento, no se vió en parte alguna este deber fielmente cumplido ó rigorosamente mandado. La Sinagoga misma toleraba el divorcio. Suponed al matrimonio reducido á un simple contrato natural, y veréis desaparecer la indisolubilidad conyugal, y si se sostiene temporalmente, será por una feliz inconsecuencia.» (*Histoire*, etc., part. IV, cap. IV.) Nada es más cierto que esto. La experiencia de que jamas se ha podido hacer indisoluble el matrimonio donde no se ha considerado como sacramento, es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decisiva en favor de la necesidad social del sacramento del matrimonio.

Hay ciertas cosas que el poder humano no puede hacer, hay ciertos sacrificios que él no puede obtener, por mucha que sea la energía de su voluntad y la grandeza ó el prestigio de su fuerza ó de su autoridad. La indisolubilidad del vínculo conyugal es de este número. Las leyes civiles por sí solas no pueden establecerla, por la razon de que las leyes civiles no conceden los auxilios sobrenaturales que necesitan los esposos para someterse á esta condicion de su alianza y respetarla. Las razones puramente humanas nada valen ni pueden contra un instinto que no escucha la razon, y á quien sólo las razones divinas pueden subyugar; y las leyes civiles que quisiesen imponer la indisolubilidad del matrimonio por razones puramente humanas, se abrogarian un poder excesivo, que deberia caer necesariamente por su propio exceso.

«Ya lo oís, prosigue el ilustre arzobispo que hemos citado; ya lo oís: *lo que Dios ha unido;* siempre Dios al frente del matrimonio como su primer principio; Dios, y no el hombre; Dios, y no el magistrado; Dios, y no el capricho ó la pasion; y ved aquí la única razon y la única garantía de la indisolubilidad del vínculo. Esto prueba la extraña distraccion, por no decir la enorme contradiccion, en que incurriria el legistador que sostuviese la indisolubilidad del matrimonio, á pesar de rebajarlo al nivel de una institucion civil, como si la ley supliese la gracia, como si una fórmula concediese la virtud, como si el hombre por sí solo pudiese imponer un yugo que no pudo imponerse á ninguna nacion hasta que fué suavizado por la uncion del Evangelio.» De modo que es imposible establecer la indisolubilidad del matrimonio sobre otro fundamento que sobre aquel que le dió el Salvador del mundo cuando lo elevó á la dignidad de sacramento. De esto, y no de otra cosa, es de donde el matrimonio recibe su decoro, su grandeza y su estabilidad; y despojarlo de este sello divino es quitarle su carácter sublime de moralidad. Y supuesto que la dignidad y la ventura de la mujer esposa y de la mujer madre se hallan íntimamente ligadas á la unidad, á la santidad, á la indisolubilidad del matrimonio, y que estas condiciones del matrimonio se hallan á su vez ligadas al dogma católico de que el matrimonio es un sacramento, se comprende fácilmente el bien que el catolicismo, que es el único que

ha conservado en el mundo este dogma divino, ha hecho á la mujer. Estos son unos principios ciertos, inmutables y eternos, y todo cuanto se dice contra ellos es absurdo, y todo lo que contra ellos se hace es funesto. Estos son unos principios cuya verdad está atestiguada por la experiencia de todos los pueblos, de todos los siglos, y en particular del nuestro, y cuya historia política y civil se puede resumir en estas palabras: «Al secularizar el poder, se han debido sufrir las revoluciones; y al secularizar el matrimonio, se ha debido provocar el divorcio, perjudicar á la civilizacion, á la familia y á la sociedad.»

§ XXIV.—Último medio por el que ha elevado el Cristianismo á la mujer, es decir, por su espíritu de igualdad y de libertad.—Derechos que la mujer ha adquirido desde que el Cristianismo la proclamó igual al hombre.—La libertad civil del hombre salió del pensamiento de Dios.—El Cristianismo dotó con ella á la mujer y á toda la sociedad cristiana.

En quinto y último lugar, el Cristianismo elevó á la mujer por medio de su espíritu, ese espíritu de Dios, que, donde quiera que reina, todo lo reforma y todo lo trasforma á su imágen y semejanza. San Pablo dice: «De aquí en adelante, todas las distinciones odiosas, que el espíritu del hombre habia introducido entre los hombres, quedan abolidas. No hay más que un solo Señor de todos, rico para todos los que le invocan..... Todos vosotros sois hijos de Dios por la ley que es en Jesucristo; todos los que habeis sido bautizados en Jesucristo habeis sido revestidos de Jesucristo. Ya no hay, pues, judío ni gentil, esclavo ni libre, varon ni mujer; porque todos vosotros sois una misma cosa en Jesucristo.» (*Rom.*, x; *Galat.*, III.) Y en otro lugar dice el mismo Apóstol: «Está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de su esclava y otro de su esposa. Pues bien; la historia de estas dos mujeres no se consignó en la Escritura sino para que sirviese de alegoría ó de figura á otros hechos más importantes; porque ellas representan los dos Testamentos. Agar y su hijo significan el Antiguo Testamento, que no engendraba sino para la servidumbre; miéntras que Sara y su hijo anunciaron la Jerusalen celestial, la Iglesia, nuestra madre, que es libre. Por esta razon, hermanos, nosotros no somos hijos de la mujer esclava, sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la mujer libre, y esta libertad nos ha sido dada por Jesucristo..... El espíritu del Señor se halla donde se halla la libertad» (1).

Estos pasajes de San Pablo, á los que pueden añadirse otros muchos, prueban que el espíritu bien entendido del Cristianismo es un espíritu de igualdad y de libertad; espíritu de igualdad en cuanto que todos los cristianos, sea cualquiera su patria, su sexo ó su condicion, son iguales ante Dios; espíritu de libertad en cuanto que todo verdadero cristiano es, por Jesucristo y con el auxilio de la gracia, libre del yugo de Satanas, de la muerte, del pecado y de las pasiones.

No me cansaré de repetirlo: por más que se diga, por más que se haga, las creencias religiosas de los pueblos se reproducen en sus leyes civiles, y el hombre civil es en todas partes un reflejo del hombre religioso. Así como los dogmas humanos del paganismo sobre la desigualdad natural de los derechos y de la condicion del hombre y de la mujer, del señor y del siervo, del sér fuerte y del sér débil, se introdujeron entre todos los pueblos paganos, en sus horribles leyes civiles, en perjucio de la esposa, del esclavo y del niño, de la misma manera los dogmas divinos del Cristianismo sobre la igualdad natural de los derechos y de la condicion del hombre y de la mujer, del señor y del siervo, del sér fuerte y del sér débil, se han introducido en todos los pueblos cristianos, en sus leyes civiles, en favor de la esposa, del esclavo y del niño.

En cuanto á la mujer en particular, de esta igualdad de los esposos ante Dios, proclamada por las doctrinas del Cristianismo, nació la inviolabilidad de su persona y de todos sus derechos civiles, que figuran en primera línea en todos los códigos de los legisladores cristianos. El derecho de vida y muerte, que la ley pagana reconocia al marido sobre su mujer, que era su esclava, fué reemplazado por penas particulares, añadidas á las penas del homicidio, contra el marido que osase matar á su mujer, que se consideraba ya como su compañera. Vuelta á su condicion primitiva de persona social,

(1) «Scriptum est quia Abraham habuit duos filios, unum de ancilla et alterum de libera: quæ sunt per allegoriam dicta; hæc enim sunt duo testamenta: unum in servitutem generans; quæ est Agar. Quæ autem sursum est Jerusalem, libera est, quæ est mater nostra. Itaque, fratres, non sumus ancillæ filii, sed liberæ, quæ libertate Christus nos liberavit..... Ubi spiritus Domini, ibi libertas.» (*Galat.* IV; II, *Cor.*, III.)

su dote constituyó una propiedad suya, confiada al marido como un depósito inalienable y sagrado, y esto ademas de los derechos, cuya posesion se le dió, de adquirir por testamento, por donacion ó por contrato; de poseer y de testar; derechos de que la jurisprudencia pagana la consideró incapaz.

De modo que la igualdad de la mujer y el marido, lo mismo que la igualdad de los ciudadanos ante la ley, que se dice ser una conquista de la revolucion, no es en realidad más que un pensamiento cristiano; no es más que un efecto del espíritu del Cristianismo, que, donde quiera que penetra, tiende á nivelar los hombres y á hacerlos iguales entre sí, como lo son ante Dios, no por medio de cambios repentinos ó de conmociones violentas, sino por su accion lenta, secreta, equitativa y pacífica.

Lo mismo sucede respecto á la libertad. El hombre que no ve en otro hombre más que el hombre mismo, no le estima ni le respeta; por el contrario, le menosprecia, procura esplotarle, esclavizarle y convertirle en *cosa*, en *instrumento* de sus pasiones. La libertad del hombre no ha salido ni saldrá jamas del entendimiento del hombre puramente hombre, y ménos todavía de su corazon. El hombre no comienza á ser estimado y respetado, ni sus derechos á una personalidad honrosa, libre é independiente de toda arbitrariedad humana, comienzan á ser reconocidos, apreciados y garantidos, sino desde el momento en que Dios extiende sobre él su sombra divina para defenderle y protegerle, desde el momento en que se divisa en el hombre algo de divino y de sagrado, desde el momento en que se ve en él una imágen de Dios, un hijo de Dios. Esto es lo que hace el Cristianismo; y por consiguiente, la misma libertad civil no es otra cosa que una inspiracion cristiana, no es otra cosa que un pensamiento emanado de la inteligencia y del corazon del mismo Dios, que desciende á la inteligencia y al corazon del hombre, inspirándole el respeto al hombre, cuyo ejemplo lo da el mismo Dios, porque se dice que Dios dispone del hombre con el mayor respeto: *Cum magna reverentia disponis nos.* (*Sap.*) Por medios suaves y pacíficos, sin violencia y sin ruido, y sólo por la influencia de su espíritu y la uncion de su gracia, tiende el Cristianismo á emancipar al hombre, no sólo del yugo de Satanas y del pecado, sino tambien del yugo del hombre; no sólo bajo el punto de vista religioso, sino tambien bajo el punto de vista civil y político; así

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es que él, y sólo él, ha abolido en los pueblos que lo han abrazado, el despotismo, tal como se practica en los pueblos paganos: el despotismo del soberano, lo mismo que el del señor, el del padre y el del esposo, y ha condenado la explotacion de los pueblos, la esclavitud, el infanticidio, y sobre todo la esclavitud de la mujer. De modo que, así como es imposible que nadie sea libre, y la mujer ménos que todos, en los pueblos paganos, así tambien es imposible que nadie permanezca por mucho tiempo esclavo, y la mujer ménos que cualquier otro sér humano, en los pueblos cristianos.

Esto no sucede porque el Cristianismo se apodere del poder. Es propio de todas las doctrinas puramente humanas no poder establecer la libertad sino á costa del órden y de la autoridad, miéntras que el Cristianismo afirma y consagra el poder, estableciendo el orígen de él en el mismo Dios. El Cristianismo inspira un espíritu nuevo, el espíritu de adhesion, al poder para con los súbditos, y á los súbitos para con el poder. Y miéntras que, segun las ideas paganas, los súbditos no existen más que para utilidad del poder, y todo poder es enemigo natural de los súbditos, segun las ideas cristianas, el poder es el ministro de Dios para el bien de los súbditos, y los súbditos son el objeto de los cuidados y de los sacrificios del poder. En este supuesto, no hay crueldad en el mando ni esclavitud en la sumision; en este supuesto, no se manda sino como ministro de Dios, para el bien de los súbditos: *Minister Dei est in bonum.* (*Rom.*, XIII.) No se obedece sino á Dios, representado por el poder: *Sicut Christo.* (*Ephess.*, IV, 5.) En este supuesto, la autoridad no es otra cosa que el amor consagrándose al súbdito, ni la obediencia es otra cosa que el amor confiándose al poder. El poder no tiene que temer la rebelion del súbdito, ni el súbdito el despotismo del poder. Finalmente, no es ya la fuerza por una parte y el temor por la otra, sino el sentimiento libre de un amor mutuo, quien une el poder al súbdito y el súbdito al poder; y por lo mismo, una sociedad formada sobre tales principios es una sociedad libre, que camina, á la sombra de la libertad y del amor, á su objeto, que es la perfeccion y la ventura de los seres que la componen. Esta es, en el sentido civil y político, la verdadera significacion de estas magníficas palabras de San Pablo: «Donde está el espíritu del Señor está la libertad; *Ubi spiritus Domini est, ibi libertas.*»

§ XXV.—Toda sociedad es una y trina, como Dios, que es su Autor.—Personas que la componen.—La mujer es en la familia lo que los funcionarios públicos en el Estado y el clero en la Iglesia; y lo mismo que los funcionarios en el Estado y el clero en la Iglesia, la mujer no es una persona social y libre en la familia, sino en cuanto que es inamovible por la indisolubilidad del matrimonio.

Mas ved aquí una observacion importante respecto á la libertad, en que no se fija bien la atencion; y de aquí nacen las teorías del liberalismo moderno, que tiene tan poco de libertad, como el fanatismo de religion, como el racionalismo de razon y el filosofismo de filosofía.

Para manifestar Dios que todos los seres del Universo son obra suya y le pertenecen como á su dueño y señor, los formó de tal modo, dice Santo Tomás, que todos se le pareciesen de alguna manera, no sólo en su *sér*, sino en su *obrar* (1); é imprimió en todos ellos su imágen: en los seres irracionales á manera de *vestigio*, y en los seres racionales á manera de *semejanza* (2). Y así como Dios es uno en la naturaleza y trino en las Personas, todo sér existente, sea cualquiera su naturaleza, es tambien uno y trino; porque, como observa Santo Tomás explicando á San Agustin, siendo todo sér uno, es tambien trino, supuesto que tiene un sér que le es propio, una forma que le es inherente y un órden al que se refiere. Lo mismo sucede respecto á los seres colectivos; porque el Universo, considerado en su conjunto, ademas de ser uno, es tambien trino, supuesto que tiene un principio, un medio y un fin; en otros términos, es causa, instrumento y efecto; y toda sociedad, siendo moralmente una, es tambien trina, supuesto que es poder, ministro y súbdito. En la sociedad doméstica, que es la union de los individuos ó la familia, el padre es el poder, la madre es el ministro y los hijos son el súbdito. En la sociedad civil, que es la union de los individuos, de las familias, ó el Estado, el soberano es el poder, los funcionarios constituyen el ministro, y el pueblo es el súbdito; y finalmente, en la sociedad religiosa, que es la union de los indivi-

(1) «Divina bonitas effecit ut omnia et similia essent, non solum in *esse*, sed etiam in *agere*.»

(2) «In creaturis irrationalibus invenitur imago Dei per modum *vestigii;* in creaturis rationalibus, per modum *similitudinis*.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es que él, y sólo él, ha abolido en los pueblos que lo han abrazado, el despotismo, tal como se practica en los pueblos paganos: el despotismo del soberano, lo mismo que el del señor, el del padre y el del esposo, y ha condenado la explotacion de los pueblos, la esclavitud, el infanticidio, y sobre todo la esclavitud de la mujer. De modo que, así como es imposible que nadie sea libre, y la mujer ménos que todos, en los pueblos paganos, así tambien es imposible que nadie permanezca por mucho tiempo esclavo, y la mujer ménos que cualquier otro sér humano, en los pueblos cristianos.

Esto no sucede porque el Cristianismo se apodere del poder. Es propio de todas las doctrinas puramente humanas no poder establecer la libertad sino á costa del órden y de la autoridad, miéntras que el Cristianismo afirma y consagra el poder, estableciendo el orígen de él en el mismo Dios. El Cristianismo inspira un espíritu nuevo, el espíritu de adhesion, al poder para con los súbditos, y á los súbitos para con el poder. Y miéntras que, segun las ideas paganas, los súbditos no existen más que para utilidad del poder, y todo poder es enemigo natural de los súbditos, segun las ideas cristianas, el poder es el ministro de Dios para el bien de los súbditos, y los súbditos son el objeto de los cuidados y de los sacrificios del poder. En este supuesto, no hay crueldad en el mando ni esclavitud en la sumision; en este supuesto, no se manda sino como ministro de Dios, para el bien de los súbditos: *Minister Dei est in bonum.* (*Rom.*, XIII.) No se obedece sino á Dios, representado por el poder: *Sicut Christo.* (*Ephess.*, IV, 5.) En este supuesto, la autoridad no es otra cosa que el amor consagrándose al súbdito, ni la obediencia es otra cosa que el amor confiándose al poder. El poder no tiene que temer la rebelion del súbdito, ni el súbdito el despotismo del poder. Finalmente, no es ya la fuerza por una parte y el temor por la otra, sino el sentimiento libre de un amor mutuo, quien une el poder al súbdito y el súbdito al poder; y por lo mismo, una sociedad formada sobre tales principios es una sociedad libre, que camina, á la sombra de la libertad y del amor, á su objeto, que es la perfeccion y la ventura de los seres que la componen. Esta es, en el sentido civil y político, la verdadera significacion de estas magníficas palabras de San Pablo: «Donde está el espíritu del Señor está la libertad; *Ubi spiritus Domini est, ibi libertas.*»

§ XXV.—Toda sociedad es una y trina, como Dios, que es su Autor.—Personas que la componen.—La mujer es en la familia lo que los funcionarios públicos en el Estado y el clero en la Iglesia; y lo mismo que los funcionarios en el Estado y el clero en la Iglesia, la mujer no es una persona social y libre en la familia, sino en cuanto que es inamovible por la indisolubilidad del matrimonio.

Mas ved aquí una observacion importante respecto á la libertad, en que no se fija bien la atencion; y de aquí nacen las teorías del liberalismo moderno, que tiene tan poco de libertad, como el fanatismo de religion, como el racionalismo de razon y el filosofismo de filosofía.

Para manifestar Dios que todos los seres del Universo son obra suya y le pertenecen como á su dueño y señor, los formó de tal modo, dice Santo Tomás, que todos se le pareciesen de alguna manera, no sólo en su *sér*, sino en su *obrar* (1); é imprimió en todos ellos su imágen: en los seres irracionales á manera de *vestigio*, y en los seres racionales á manera de *semejanza* (2). Y así como Dios es uno en la naturaleza y trino en las Personas, todo sér existente, sea cualquiera su naturaleza, es tambien uno y trino; porque, como observa Santo Tomás explicando á San Agustin, siendo todo sér uno, es tambien trino, supuesto que tiene un sér que le es propio, una forma que le es inherente y un órden al que se refiere. Lo mismo sucede respecto á los seres colectivos; porque el Universo, considerado en su conjunto, ademas de ser uno, es tambien trino, supuesto que tiene un principio, un medio y un fin; en otros términos, es causa, instrumento y efecto; y toda sociedad, siendo moralmente una, es tambien trina, supuesto que es poder, ministro y súbdito. En la sociedad doméstica, que es la union de los individuos ó la familia, el padre es el poder, la madre es el ministro y los hijos son el súbdito. En la sociedad civil, que es la union de los individuos, de las familias, ó el Estado, el soberano es el poder, los funcionarios constituyen el ministro, y el pueblo es el súbdito; y finalmente, en la sociedad religiosa, que es la union de los indivi-

(1) «Divina bonitas effecit ut omnia et similia essent, non solum in *esse*, sed etiam in *agere*.»

(2) «In creaturis irrationalibus invenitur imago Dei per modum *vestigii;* in creaturis rationalibus, per modum *similitudinis*.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

duos, de las familias y de las naciones á la Iglesia, el Sumo Pontífice es el poder, los obispos y los presbíteros constituyen el ministro, y los fieles son el súbdito. Así, pues, la mujer es en la familia lo que el funcionario en el Estado y el obispo en la Iglesia.

Es una ley general de todos los seres que su modo de obrar siga las condiciones de su sér y sea conforme á su naturaleza y á su modo de ser: *Operatio sequitur esse.* De aquí se deduce que el funcionario no tiene voluntad, no tiene accion independiente y libre sino en cuanto que él es libre é independiente en su sér; en otros términos, el funcionario no es una persona social, libre é independiente, sino en cuanto que es inamovible. El funcionario que no es inamovible, al ménos moralmente, sino que puede, como sucede en Turquía y en todos los Estados infieles, ser depuesto á cada instante, segun el interes personal ó los caprichos del poder, no tiene ser social propio, no es una persona social; y por consiguiente, tampoco tiene voluntad ni accion propia como persona social, porque cada uno obra segun su manera de ser. Él no es más que un sér social precario y ficticio, un sér social nulo; y por lo mismo, tiene una voluntad y una accion de la misma naturaleza, es decir, que no es verdadera voluntad ni verdadera accion social; él es absorbido y anonadado por el poder é identificado con el poder; él no es una persona, sino un instrumento ciego de la voluntad del poder, una *cosa* en manos del poder.

Lo mismo sucederia en la Iglesia si todos los obispos fuesen amovibles á voluntad del Papa, y todos los curas á voluntad de los obispos. No teniendo un sér propio tampoco tendrian una accion propia como personas eclesiásticas; no serian unos poderes subalternos en sus diócesis y en sus parroquias, no serian verdaderos pastores, no tendrian personalidad eclesiástica en la Iglesia; sólo serian instrumentos, sólo serian *cosas* en manos del Papa, y léjos de ser seres libres, ni áun siquiera serian seres sociales en la sociedad religiosa.

Pues bien, siendo la mujer en la familia lo que el funcionario público en el Estado, el obispo en su diócesis y el cura en su parroquia, es decir, el ministro doméstico; cuando ella es amovible por el divorcio, cuando ella puede á cada instante ser arrojada de la casa ó muerta por el marido, léjos de ser libre, ni áun siquiera existe como sér social. Reproduciéndose necesariamente en su voluntad y en sus acciones esta falta de estabilidad en su sér de esposa y de madre, la priva de toda voluntad, de toda accion y de toda libertad; no sólo la subyuga al poder doméstico, sino que le quita toda personalidad, la destruye, la aniquila y la convierte en *cosa;* no sólo la subyuga al poder doméstico, sino que la hace el innoble instrumento de su sensualidad y el juguete de sus caprichos y de su brutalidad.

Si en los Estados cristianos los funcionarios judiciales, militares ó civiles son personas que gozan de alguna consideracion y respeto, es porque generalmente no se destituyen sin razon ó por capricho, y por consiguiente, son moralmente y de hecho inamovibles, áun en el caso de que no lo sean por derecho.

Con mucha más razon si los obispos y los curas son considerados y respetados en la Iglesia; si á pesar de estar tan subordinados al Papa son unos verdaderos pontífices, unos verdaderos pastores, que tienen voluntad y accion propia en su diócesis y en sus parroquias, consiste en que la opinion de que los obispos no son más que unos vicarios del Papa, amovibles segun su voluntad, y que los curas canónicamente instituidos no son más que unos vicarios de los obispos, á quienes pueden éstos quitar cuando les parezca, es una opinion reprobada áun en la misma Roma; consiste en que, segun el derecho canónico, un obispo, lo mismo que un cura, no puede ser destituido sin un proceso, y semejantes procesos respecto á los obispos pertenecen á las causas que se llaman mayores. Miéntras que un obispo no se separe del camino de la enseñanza católica y de los cánones, no debe temer verse separado contra su voluntad de su *esposa* (1) ó de su Iglesia. Esta estabilidad en su sér de pastor y de esposo es quien lo une á su Iglesia, quien le inspira ese afecto á su Iglesia, quien le hace vivir por ella y para ella. Esta estabilidad es quien le da una completa libertad de accion, y lo hace lo que él es en la Iglesia.

De la misma manera, si la esposa cristiana no es una *cosa*, sino una *persona*, no es la esclava, sino la compañera de su esposo, con-

(1) El obispo, á su ordenacion, se cree que contrae una especie de nupcias espirituales que le unen indisolublemente á su Iglesia, y el anillo que lleva en el dedo no es otra cosa que el signo de esta union. Ved aquí, pues, otro punto de semejanza entre la condicion del obispo en la Iglesia y la de la mujer en la familia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siste sólo en que la indisolubilidad del matrimonio le da un estado fijo y estable; y miéntras que ella no profane sus sagradas obligaciones no debe temer verse separada de su esposo y de sus hijos; y áun cuando por causas graves, cuya apreciacion no pertenece á los esposos, sino á los magistrados, se verifique una separacion de habitacion y de bienes, el vínculo conyugal queda siempre intacto por una y otra parte, de modo que ninguno de los esposos puede contraer nuevas nupcias, y que la mujer, aunque separada corporalmente de su marido, es siempre su esposa, lleva siempre su nombre y es madre siempre de sus hijos. Esta estabilidad de su sér de esposa y de madre es quien la une á la familia, quien le hace cuidar de sus intereses como si fuesen intereses propios suyos, quien le inspira ese afecto tierno á su esposo y á sus hijos, quien la hace vivir por ellos y para ellos, quien la obliga á consagrar á ellos todos sus cuidados, todo su anhelo, todos sus momentos y áun su vida misma, y quien la hace ser la mujer por excelencia, la señora de la casa. Esta estabilidad es quien le da una gran libertad de accion por el bien de aquellos á quienes ella pertenece enteramente, quien la hace un sér social libre, quien le hace lo que ella es en la familia.

§ XXVI.—Estúpida y culpable doctrina de los sectarios modernos sobre la mujer libre.—Esta doctrina no tiene más objeto que la degradacion y la esclavitud de la mujer.—Cuatro razones que demuestran que la ley de la indisolubilidad del matrimonio es principalmente en favor de la mujer.—El divorcio multiplica y agrava los desórdenes que se pretenden corregir por su medio.—Los filósofos que lo patrocinan defienden la causa del crímen y de las pasiones.

Uno de los delirios de la secta sansimoniana, que tanto ruido hizo al principio de este siglo, y que, deshecha por el ridículo, acabó en el silencio de la nada, fué el de *emancipar á la mujer* fuera de toda influencia del Cristianismo. Segun decian aquellos sectarios, no pensaban más que en la *mujer libre* de todo vínculo y de toda obligacion. Los falansterianos y los comunistas, renovando la innoble doctrina de Platon y de los gnósticos, de la *mancomunidad de las mujeres*, se dirigen al mismo fin, que es el de asegurar á la mujer una completa libertad por la abolicion del matrimonio. ¡Es-

túpido y culpable pensamiento! La mujer no es ni puede ser verdaderamente libre, sino en cuanto que se consagra para siempre Dios por la profesion de la virginidad, ó se une perpétuamente un hombre por el vínculo sagrado é indisoluble del matrimonio. En la condicion que los neoplatónicos, los falansterianos y los comunistas quieren dar á la mujer, á pesar de llamarse libre de la esclavitud de uno solo, se hace la esclava de todos ó el desprecio de todos; ella se ve obligada á prostituirse á todos, á mendigar á fuerza de degradacion y de artificios, no un corazon, porque en una sociedad fundada sobre el materialismo y la voluptuosidad no hay corazon, sino una mirada; y por lo mismo se hace la esclava de todos. Perseguida, miéntras es jóven y hermosa, por una turba de disipados, que se la disputarian unos á otros, como los toros se disputan la novilla, tan pronto como la enfermedad ó la vejez alterasen su salud, marchitasen su hermosura ó sus encantos, nadie la querria, nadie cuidaria de ella, nadie tendria compasion de ella ni le echaria una mirada, como no fuese de desprecio. Y así, desdeñada de todos, abandonada de todos, sin esperanza, sin apoyo en el tiempo en que más lo necesitaba, se veria obligada á sufrir toda clase de humillaciones para poder vivir; y si no tenía la fuerza necesaria para ello, se veria condenada á morir de hambre, si es que la desesperacion no la obligaba á suicidarse.

Pero la *mancomunidad*, nos dicen, merece pensarse en ella. Si es una mancomunidad cristiana, pudiera tener buen resultado; pero una mancomunidad que se verifica fuera de todos los dogmas, de todas las leyes y de todos los sentimientos del Cristianismo, que es el único que, habiendo consagrado la miseria, la flaqueza y la desgracia, atrae sobre ellas los sentimientos de la compasion y los auxilios de la caridad; una mancomunidad fundada sobre la pretendida *armonía de las pasiones*, ó sobre el principio de la utilidad material; una mancomunidad semejante podria dar leyes para el socorro de la mujer vieja, enferma ó imposibilitada, pero estas leyes no serian jamas observadas, ó no lo serian por mucho tiempo. Con el trascurso del tiempo, toda combinacion, toda disposicion puramente humana sobre esta materia cae en desuso, á no ser que esté sostenida por un principio espiritual, por un sentimiento divino, que en vano se buscaria donde todo procede del hombre y donde todo es materia ó cuerpo. No se inspira la caridad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siste sólo en que la indisolubilidad del matrimonio le da un estado fijo y estable; y miéntras que ella no profane sus sagradas obligaciones no debe temer verse separada de su esposo y de sus hijos; y áun cuando por causas graves, cuya apreciacion no pertenece á los esposos, sino á los magistrados, se verifique una separacion de habitacion y de bienes, el vínculo conyugal queda siempre intacto por una y otra parte, de modo que ninguno de los esposos puede contraer nuevas nupcias, y que la mujer, aunque separada corporalmente de su marido, es siempre su esposa, lleva siempre su nombre y es madre siempre de sus hijos. Esta estabilidad de su sér de esposa y de madre es quien la une á la familia, quien le hace cuidar de sus intereses como si fuesen intereses propios suyos, quien le inspira ese afecto tierno á su esposo y á sus hijos, quien la hace vivir por ellos y para ellos, quien la obliga á consagrar á ellos todos sus cuidados, todo su anhelo, todos sus momentos y áun su vida misma, y quien la hace ser la mujer por excelencia, la señora de la casa. Esta estabilidad es quien le da una gran libertad de accion por el bien de aquellos á quienes ella pertenece enteramente, quien la hace un sér social libre, quien le hace lo que ella es en la familia.

§ XXVI.—Estúpida y culpable doctrina de los sectarios modernos sobre la mujer libre.—Esta doctrina no tiene más objeto que la degradacion y la esclavitud de la mujer.—Cuatro razones que demuestran que la ley de la indisolubilidad del matrimonio es principalmente en favor de la mujer.—El divorcio multiplica y agrava los desórdenes que se pretenden corregir por su medio.—Los filósofos que lo patrocinan defienden la causa del crímen y de las pasiones.

Uno de los delirios de la secta sansimoniana, que tanto ruido hizo al principio de este siglo, y que, deshecha por el ridículo, acabó en el silencio de la nada, fué el de *emancipar á la mujer* fuera de toda influencia del Cristianismo. Segun decian aquellos sectarios, no pensaban más que en la *mujer libre* de todo vínculo y de toda obligacion. Los falansterianos y los comunistas, renovando la innoble doctrina de Platon y de los gnósticos, de la *mancomunidad de las mujeres*, se dirigen al mismo fin, que es el de asegurar á la mujer una completa libertad por la abolicion del matrimonio. ¡Es-

túpido y culpable pensamiento! La mujer no es ni puede ser verdaderamente libre, sino en cuanto que se consagra para siempre Dios por la profesion de la virginidad, ó se une perpétuamente un hombre por el vínculo sagrado é indisoluble del matrimonio. En la condicion que los neoplatónicos, los falansterianos y los comunistas quieren dar á la mujer, á pesar de llamarse libre de la esclavitud de uno solo, se hace la esclava de todos ó el desprecio de todos; ella se ve obligada á prostituirse á todos, á mendigar á fuerza de degradacion y de artificios, no un corazon, porque en una sociedad fundada sobre el materialismo y la voluptuosidad no hay corazon, sino una mirada; y por lo mismo se hace la esclava de todos. Perseguida, miéntras es jóven y hermosa, por una turba de disipados, que se la disputarian unos á otros, como los toros se disputan la novilla, tan pronto como la enfermedad ó la vejez alterasen su salud, marchitasen su hermosura ó sus encantos, nadie la querria, nadie cuidaria de ella, nadie tendria compasion de ella ni le echaria una mirada, como no fuese de desprecio. Y así, desdeñada de todos, abandonada de todos, sin esperanza, sin apoyo en el tiempo en que más lo necesitaba, se veria obligada á sufrir toda clase de humillaciones para poder vivir; y si no tenía la fuerza necesaria para ello, se veria condenada á morir de hambre, si es que la desesperacion no la obligaba á suicidarse.

Pero la *mancomunidad*, nos dicen, merece pensarse en ella. Si es una mancomunidad cristiana, pudiera tener buen resultado; pero una mancomunidad que se verifica fuera de todos los dogmas, de todas las leyes y de todos los sentimientos del Cristianismo, que es el único que, habiendo consagrado la miseria, la flaqueza y la desgracia, atrae sobre ellas los sentimientos de la compasion y los auxilios de la caridad; una mancomunidad fundada sobre la pretendida *armonía de las pasiones*, ó sobre el principio de la utilidad material; una mancomunidad semejante podria dar leyes para el socorro de la mujer vieja, enferma ó imposibilitada, pero estas leyes no serian jamas observadas, ó no lo serian por mucho tiempo. Con el trascurso del tiempo, toda combinacion, toda disposicion puramente humana sobre esta materia cae en desuso, á no ser que esté sostenida por un principio espiritual, por un sentimiento divino, que en vano se buscaria donde todo procede del hombre y donde todo es materia ó cuerpo. No se inspira la caridad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con la filosofía, ni la sensibilidad con el ateismo. No se ama al hombre, no se respeta al hombre desgraciado sino cuando se mira á la luz del Cristianismo, y se ve brillar en su frente el reflejo de Dios.

Tambien se exigiria de las mujeres que trabajasen por la comunidad, que las alimentaba. Por consiguiente, estas desgraciadas criaturas, despues de haber servido á la comunidad, dando hijos y criándolos, debian servir tambien para los quehaceres más innobles; es decir, que en esta extraña comunidad, la mujer está condenada á servirlos á todos y á servirlos siempre. ¡De este modo es como los nuevos legisladores del género humano han emancipado á la mujer!

Jamas se repetirá lo bastante: la mujer no es ni puede ser libre, sino por el matrimonio indisoluble, es decir, cuando profesando la virginidad, se une para siempre á Jesucristo como á su Esposo, ó cuando, contrayendo matrimonio, se une para siempre al hombre, que está en lugar de Dios, supuesto que San Pablo dice: «Yo os he desposado con un Esposo único, Jesucristo, para que seais presentada á Él como una vírgen pura: *Despondi enim vos uni viro, ex virginem castam exhibere Christo.*» (II, *Cor.*, XI.) La indisolubilidad del matrimonio es indudablemente un lazo, una cadena; pero especialmente para la mujer es un lazo precioso, es una cadena de oro. De este lazo y de esta cadena dijo el profeta: «¡Cuán bellos son mis lazos! Ellos valen para mí tanto como una rica herencia: *Funes ceciderunt mihi in præclaris; etenim hæreditas mea præclara est mihi.*» (*Psal.*) Porque la indisolubilidad del matrimonio asegura á la mujer una posicion honrosa para toda su vida, que la pérdida de su juventud, de su salud y de su belleza no pueden quitarle, y la hace para siempre la compañera de su esposo, la madre de sus hijos y la señora de su casa. Esta pretendida servidumbre de un hombre solo la libra de la verdadera servidumbre de los hombres, y ésta es la condicion esencial de su verdadera grandeza y el precio de su libertad.

Es cierto que la condicion de una mujer á quien su esposo desdeña, á quien su esposo desprecia y trata cruelmente por causa de otro amor culpable, nada tiene de agradable; es verdad que, obligada á separarse corporalmente de su esposo y á dejar su casa para librarse de una condicion tan dura y tan insufrible, permaneciendo siempre el vínculo moral y sagrado del matrimonio, segun la ley cristiana, no puede buscar en un segundo enlace una indemnizacion de lo que ha perdido en el primero, y que, siendo madre sin hijos y esposa sin marido, se ve condenada á un celibato forzoso. Pero, áun suponiendo todo esto, la ley severa de la indisolubilidad absoluta del matrimonio no deja de ser una ley sábia, justa y perfecta, y sumamente útil á la mujer.

En primer lugar, la ley de la indisolubilidad del vínculo conyugal coloca á los esposos cristianos en una condicion perfectamente igual; de modo que, si de comun acuerdo ó por una sentencia de los tribunales se separan respecto á la comunidad de bienes y de habitacion, se les prohibe igualmente á los dos que contraigan un segundo enlace. Así, pues, si la condicion de la mujer separada de su marido, sin poder casarse con otro, no es venturosa, la del marido separado de su mujer, sin poderse casar con otra, tampoco lo es; y esta circunstancia es muy importante para hacer que sean muy raras unas separaciones en que la mujer pierde mucho más que el hombre.

En segundo lugar, subsistiendo siempre entre los esposos el vínculo conyugal, áun despues de la separacion de las personas, la mujer conserva el nombre de su marido, el derecho á sus alimentos, y en ciertos casos, el derecho á la educacion y tutela de sus hijos. Por consiguiente, su estado de esposa y de madre le está en cierto modo garantido perpétuamente. Estas ventajas que le asegura la indisolubilidad del vínculo conyugal, la indemnizan suficientemente de la dureza de la condicion en que esta indisolubilidad la coloca de no poder contraer un segundo enlace. Esto no sucederia si el vínculo entre ella y su esposo pudiera romperse absolutamente. En este caso, anulándose su antiguo matrimonio, no sería ya la madre de sus hijos ni la esposa de su marido. Ella no tendria ya recursos para vivir, á ménos que no los encontrase en el segundo marido, lo cual no sería fácil ni sucederia siempre.

Así, pues, la posibilidad del divorcio absoluto les sería sumamente funesta.

En tercer lugar, permaneciendo siempre íntegro el vínculo conyugal, la separacion corporal de los esposos puede tener un término; la reflexion ó el arrepentimiento de la parte culpable puede hacer cesar la separacion existente en perjuicio de lo que Dios ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bia unido, devolviendo al marido su esposa, á los hijos su madre, y á la familia el órden, la paz y la ventura.

En cuarto lugar, la mujer honesta no se ocupa más que de su esposo, de sus hijos y de su casa, y consagra á ellos sus cuidados y áun su misma vida. Una buena esposa es tambien una buena madre y una buena señora de casa; ella podrá tener ciertas imperfecciones, inseparables de la flaqueza de su sexo, pero no defectos que la hagan insoportable. La mujer no es vana, ligera, orgullosa y amiga del lujo, de los espectáculos y de los placeres sino cuando trata de agradar á otros que á su marido, y cuando, fastidiada de su amor legítimo, piensa en un amor culpable. La mujer no se hace adúltera con el cuerpo sino despues de haberlo sido largo tiempo con el espíritu y con el corazon. Lo mismo sucede al hombre: cuando es buen marido, es tambien buen padre y buen amo de su casa, y no arruina á su familia ni desprecia á su mujer sino cuando solicita las mujeres de otros. Así, pues, el adulterio de uno de los esposos es lo que introduce la discordia en la familia, que estalla en una cólera implacable y acaba con una separacion escandalosa. Es decir, que el olvido y la violacion de la ley de Dios por uno de los esposos, ó por los dos igualmente, es lo que turba su union y los pone en la imposibilidad de vivir unidos. ¿Y no es absurdo é insensato pretender que la disolucion completa del vínculo conyugal, que diera á los esposos su libertad primitiva, sería un remedio en semejantes casos? ¿No sería esto, por el contrario, conceder al adúltero una facilidad mucho mayor, un premio y una recompensa? ¿No sería esto agravar el mal con tal remedio, y hacerlo, como se ha visto, más contagioso y más universal? ¿No sería esto, por una falsa compasion de algunas mujeres, hacer inciertos, precarios y dependientes de las pasiones y de los caprichos del hombre, el estado y la condicion de todas las mujeres? Es muy laudable compadecerse de la triste suerte que á algunas mujeres causa la ley de la indisolubilidad absoluta del matrimonio; pero es un absurdo no tener en consideracion la condicion honrosa y feliz que esta misma ley, por su severidad misma, proporciona á todas las mujeres; esto es mostrarse sensible, pero no es guiarse por la razon. ¡Ay, cuánto más justo y más razonable sería que los filósofos trabajasen en la restauracion del espíritu del Cristianismo y en la observancia de sus leyes, para afirmar de este modo cada

vez más, por el bien mismo de la mujer, el vínculo conyugal, en vez de patrocinar el divorcio! ¡Cuánto más justo y más razonable sería que los filósofos tratasen de proscribir el adulterio, el concubinato y la prostitucion, que son las verdaderas causas de las desgracias de las familias, en vez de alentarlos con la disolubilidad del matrimonio, que quieren establecer! ¡Entónces serian los abogados de la castidad, miéntras que, defendiendo el divorcio, son los abogados del sensualismo! Esto sería hacer que la filosofía fuese útil á la moral, miéntras que, predicando el divorcio, hacen que la filosofía sirva á las pasiones. ¡Oh, qué extraña manera de arreglar y de moderar las pasiones, es la de darles mayor libertad, satisfaciéndolas y recompensándolas!

§ XXVII.—Otra observacion acerca del divorcio.—La doctrina pagana y la doctrina cristiana sobre el poder.—Así como la amovilidad de los funcionarios públicos es funesta al mismo poder y al pueblo mismo, el divorcio es funesto áun al padre y á los hijos.—Esto es la revolucion en la familia y la barbarie en el Estado.—El interes público proscribe el divorcio.

Finalmente, el divorcio no sólo perjudica á la dignidad, á la libertad y á la felicidad de la mujer, sino tambien á la dignidad, á la libertad y á la felicidad de toda la familia.

Es un hecho constante que, bajo el imperio del paganismo, el pueblo es el juguete del poder soberano, y el poder soberano está á merced del pueblo. Bajo el imperio del paganismo los pueblos parece que dicen al poder soberano: «Haz de nosotros lo que quieras; cuando nos hayamos cansado te destruirémos.» Es un hecho constante que en estas pocas palabras se resume, segun el Conde de Maistre, la constitucion política de toda sociedad pagana, y que, por consiguiente, su historia no es otra cosa que la historia de los grandes hechos del despotismo para esclavizar y explotar al pueblo, y de las hazañas de la anarquía para trastornar y mudar el poder. Es la historia de la guerra permanente entre los señores y los esclavos, entre el poder y el pueblo. Y que no citen como un ejemplo contrario á esta observacion la libertad de que gozaban los ciudadanos en las antiguas repúblicas de Grecia y Roma; porque en aquellas repúblicas, los ciudadanos, cuyo número era muy pequeño, eran el poder soberano, y todo el resto, que componian la in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bia unido, devolviendo al marido su esposa, á los hijos su madre, y á la familia el órden, la paz y la ventura.

En cuarto lugar, la mujer honesta no se ocupa más que de su esposo, de sus hijos y de su casa, y consagra á ellos sus cuidados y áun su misma vida. Una buena esposa es tambien una buena madre y una buena señora de casa; ella podrá tener ciertas imperfecciones, inseparables de la flaqueza de su sexo, pero no defectos que la hagan insoportable. La mujer no es vana, ligera, orgullosa y amiga del lujo, de los espectáculos y de los placeres sino cuando trata de agradar á otros que á su marido, y cuando, fastidiada de su amor legítimo, piensa en un amor culpable. La mujer no se hace adúltera con el cuerpo sino despues de haberlo sido largo tiempo con el espíritu y con el corazon. Lo mismo sucede al hombre: cuando es buen marido, es tambien buen padre y buen amo de su casa, y no arruina á su familia ni desprecia á su mujer sino cuando solicita las mujeres de otros. Así, pues, el adulterio de uno de los esposos es lo que introduce la discordia en la familia, que estalla en una cólera implacable y acaba con una separacion escandalosa. Es decir, que el olvido y la violacion de la ley de Dios por uno de los esposos, ó por los dos igualmente, es lo que turba su union y los pone en la imposibilidad de vivir unidos. ¿Y no es absurdo é insensato pretender que la disolucion completa del vínculo conyugal, que diera á los esposos su libertad primitiva, sería un remedio en semejantes casos? ¿No sería esto, por el contrario, conceder al adúltero una facilidad mucho mayor, un premio y una recompensa? ¿No sería esto agravar el mal con tal remedio, y hacerlo, como se ha visto, más contagioso y más universal? ¿No sería esto, por una falsa compasion de algunas mujeres, hacer inciertos, precarios y dependientes de las pasiones y de los caprichos del hombre, el estado y la condicion de todas las mujeres? Es muy laudable compadecerse de la triste suerte que á algunas mujeres causa la ley de la indisolubilidad absoluta del matrimonio; pero es un absurdo no tener en consideracion la condicion honrosa y feliz que esta misma ley, por su severidad misma, proporciona á todas las mujeres; esto es mostrarse sensible, pero no es guiarse por la razon. ¡Ay, cuánto más justo y más razonable sería que los filósofos trabajasen en la restauracion del espíritu del Cristianismo y en la observancia de sus leyes, para afirmar de este modo cada

vez más, por el bien mismo de la mujer, el vínculo conyugal, en vez de patrocinar el divorcio! ¡Cuánto más justo y más razonable sería que los filósofos tratasen de proscribir el adulterio, el concubinato y la prostitucion, que son las verdaderas causas de las desgracias de las familias, en vez de alentarlos con la disolubilidad del matrimonio, que quieren establecer! ¡Entónces serian los abogados de la castidad, miéntras que, defendiendo el divorcio, son los abogados del sensualismo! Esto sería hacer que la filosofía fuese útil á la moral, miéntras que, predicando el divorcio, hacen que la filosofía sirva á las pasiones. ¡Oh, qué extraña manera de arreglar y de moderar las pasiones, es la de darles mayor libertad, satisfaciéndolas y recompensándolas!

§ XXVII.—Otra observacion acerca del divorcio.—La doctrina pagana y la doctrina cristiana sobre el poder.—Así como la amovilidad de los funcionarios públicos es funesta al mismo poder y al pueblo mismo, el divorcio es funesto áun al padre y á los hijos.—Esto es la revolucion en la familia y la barbarie en el Estado.—El interes público proscribe el divorcio.

Finalmente, el divorcio no sólo perjudica á la dignidad, á la libertad y á la felicidad de la mujer, sino tambien á la dignidad, á la libertad y á la felicidad de toda la familia.

Es un hecho constante que, bajo el imperio del paganismo, el pueblo es el juguete del poder soberano, y el poder soberano está á merced del pueblo. Bajo el imperio del paganismo los pueblos parece que dicen al poder soberano: «Haz de nosotros lo que quieras; cuando nos hayamos cansado te destruirémos.» Es un hecho constante que en estas pocas palabras se resume, segun el Conde de Maistre, la constitucion política de toda sociedad pagana, y que, por consiguiente, su historia no es otra cosa que la historia de los grandes hechos del despotismo para esclavizar y explotar al pueblo, y de las hazañas de la anarquía para trastornar y mudar el poder. Es la historia de la guerra permanente entre los señores y los esclavos, entre el poder y el pueblo. Y que no citen como un ejemplo contrario á esta observacion la libertad de que gozaban los ciudadanos en las antiguas repúblicas de Grecia y Roma; porque en aquellas repúblicas, los ciudadanos, cuyo número era muy pequeño, eran el poder soberano, y todo el resto, que componian la in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mensa mayoría de las ciudades y del Estado, ó el verdadero pueblo, eran esclavos. De modo que, áun en esas repúblicas, las guerras que las agitaron contínuamente, y que acabaron por destruirlas, no eran en realidad más que guerras entre el poder y el pueblo, entre señores y esclavos. Y ¿cuál es la causa de ese desórden permanente y general en toda sociedad pagana? ¿Es la falta de leyes? No; porque toda sociedad civil constituida, áun cuando sea pagana, tiene sus leyes; y sin embargo, segun la observacion de un escritor antiguo, la corrupcion y el desórden de semejantes sociedades se aumentan á medida que se multiplican las leyes (1). Ved aquí, pues, la causa.

Segun las ideas cristianas, las únicas verdaderas, las únicas naturales, porque son las únicas divinas, el poder político, lo mismo que cualquier otro poder, es esencialmente conservador de todos los poderes que están subordinados á él; él los dirige, mas sin destruirlos. Pero, segun las ideas puramente paganas, que son todas falsas porque son puramente humanas, todo poder político, lo mismo que cualquier otro poder, sea cualquiera su nombre y su forma, es esencialmente concentrador de todos los poderes que le están subordinados; él los identifica consigo mismo, los absorbe y los aniquila. Él solo lo es todo, y todo lo demas es nada. Todo poder político pagano se resume en estas orgullosas palabras de uno de los déspotas de los tiempos modernos: *El Estado soy yo.* Pues bien; bajo el imperio de un poder semejante, los poderes subalternos de la provincia, del municipio y de la familia, hechos necesariamente precarios, amovibles de hecho y de derecho, no son ya, como lo hemos probado más arriba, unas personas sociales libres, sino unos entes puramente pasivos, unos instrumentos del poder.

Así, pues, destruido en estas sociedades políticas todo poder intermedio, falta en ellas una de las tres personas sociales necesarias á la existencia de toda sociedad; porque, segun la ley natural, ninguna sociedad puede existir sin un poder que gobierne, un súbdito que obedezca y un ministerio ó un poder intermedio entre el poder y el súbdito, que, siendo inamovible con respecto á su existencia social, y teniendo, por lo mismo, una voluntad y una accion propia, es á propósito para temperar los excesos del poder y para

(1) «In republica corruptissima, plurime leges.» (*Tacit.*)

prevenir los extravíos del súbdito. Esta es la constitucion fundamental y esencial de toda sociedad. Por consiguiente, donde este poder intermedio, donde esta segunda persona social falta, la sociedad se halla fuera de las condiciones naturales de una sociedad, se halla en falso, y por consiguiente en el desórden; porque el desórden no es otro cosa que la falsedad en las relaciones de las personas sociales, así como la falsedad es el desórden en las relaciones de las facultades intelectuales.

Y esto no puede dejar de ser así. Por la falta del poder intermedio, el poder soberano se encuentra en presencia, en contacto inmediato con el pueblo, y el pueblo se encuentra tambien en presencia, en contacto inmediato con el poder soberano. Pues bien; encontrándose frente á frente estas dos personas sociales, estos dos términos extremos de la sociedad, sin un término medio, sin una persona social, sin un poder mediador, que, temperando sus voluntades, las armonice y las concilie, se desafian mutuamente, están en una contínua lucha, procuran necesariamente hacerse la guerra y destruirse mutuamente, y segun que vence el uno ó el otro, triunfa el despotismo ó la anarquía; porque el despotismo no es más que el triunfo del poder sobre el súbdito, y la anarquía no es más que el triunfo del súbdito sobre el poder. De aquí nace la facilidad, la indiferencia con que el soberano oprime al pueblo, y el pueblo derriba á su soberano; y de aquí ese estado anormal y antinatural, hecho el estado normal y natural de toda sociedad pagana; el estado en que sólo se evita la anarquía resignándose al despotismo, y sólo se sacude momentáneamente el despotismo sufriendo la anarquía. Así, la amovilidad de hecho ó de derecho del ministerio político, ó sea de los magistrados, de los funcionarios civiles y de los administradores de la provincia ó del municipio, no sólo es funesta á estas mismas personas, en cuanto que las anonada como personas sociales, libres é independientes, sino que tambien es funesta al soberano mismo, á quien entrega sin defensa al furor del pueblo, y al pueblo, á quien entrega sin garantía alguna á los excesos y á los caprichos del soberano; ella es funesta, en una palabra, á la sociedad entera.

Pues bien, la familia no es otra cosa que un Estado en pequeño, así como el Estado no es otra cosa que una familia en grande. La constitucion en ellos es la misma; las condiciones, las leyes esen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciales de su existencia son las mismas. Por consiguiente, al explicar, como lo hemos hecho, la doctrina de la necesidad que hay de que sea inamovible el ministerio de la sociedad política, no hemos salido de nuestro asunto. La mujer, lo repetimos, es en la familia lo que el ministerio político en el Estado. El divorcio no es otra cosa que la amovilidad de la mujer en la sociedad doméstica, así como la amovilidad no es otra cosa que el divorcio en la sociedad política, produce los mismos efectos y provoca los mismos resultados. Por el divorcio, ó la facultad concedida al marido de repudiar su mujer, y á la mujer de separarse de su marido, el estado de la mujer en la familia pierde su inamovilidad; la mujer misma se hace amovible, y, por consiguiente, no es ya una persona social, libre é independiente; no es ya un poder intermediario, un poder mediador entre el padre y los hijos, capaz de hacer amar y respetar al padre por los hijos y á los hijos por el padre. Su influencia es nula para conciliar al padre con los hijos en los sentimientos de un mismo amor y de un mismo respeto. Desde entónces el padre no es más que un déspota que tiraniza á sus hijos, y los hijos no son otra cosa que esclavos en estado de rebelion permanente contra su padre. Este padre no se consagrará ya á formar la ventura de sus hijos, ni estos hijos cuidarán ya de prolongar los dias de su padre. Una desconfianza y un ódio mutuo son las únicas relaciones que unirán al padre con sus hijos y á los hijos con su padre. Cada cual procurará deshacerse de su enemigo. En efecto, en los países paganos, donde la poligamia y el divorcio han trastornado la constitucion de la familia, anulando la personalidad social de la mujer, sucede con frecuencia que, si el padre no se apresura á vender ó á matar á sus hijos, los hijos se apresuran á matar á su padre. La trasmision misma del poder político se verifica generalmente por el envenenamiento ó el asesinato. Cuando el hijo se cansa de vivir sin reinar, trama una conspiracion contra su padre, se deshace de él por medio del acero ó del veneno, y se coloca en su trono, esperando que su heredero venga á su vez á derribarle á él por los mismos medios. Y todo esto es legal, todo esto está en la constitucion de esos pueblos degenerados, que no podrian sustituirla con otra. Donde se permite al padre que sea cruel con sus propios hijos, no hay medio alguno de impedir que los hijos sean crueles, cuando llegue el caso, contra su propio padre; éste es el es-

estado de la barbarie y de la ferocidad llevado hasta su último grado.

Pero esta barbarie y esta ferocidad de la familia no se contiene ni puede contenerse en el recinto doméstico, sino que se comunica al Estado, porque el Estado es el reflejo de la familia; y donde las familias son bárbaras, es necesario que el Estado tambien lo sea, y la civilizacion se hace en él imposible. ¡Cuán importante es, pues, asegurar, por medio de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio, la estabilidad y la personalidad social de la mujer! Este es el fundamento del órden, de la paz, de la justicia y de la ventura de la familia, como tambien de la civilizacion social.

En presencia de estas consideraciones, cuya verdad atestigua la historia de todo el género humano, ¿qué son los largos razonamientos de los pretendidos filósofos de nuestros dias en favor del divorcio? ¿No es absurdo, repetimos, por favorecer á algunas mujeres infortunadas, querer comprometer la suerte de todas las mujeres? ¿No es absurdo, por un falso interes de algunas familias, querer trastornar la constitucion natural y divina de todas las familias, y hundir la sociedad entera en la barbarie? Así, pues, todo cuanto se dice y puede decirse en favor del divorcio no tiene ni puede tener más que un interes personal, particular y privado, miéntras que la ley de la indisolubilidad del matrimonio tiene una importancia social, general y pública. Pues bien, ¿no aconseja el buen sentido que el interes público, general y social debe preferirse siempre al interes privado y personal? Pero no es fácil hacer comprender esta doctrina, que sin embargo es tan sencilla y tan comprensible como todo lo que es verdad, á unos hombres que, en sus sueños filosóficos, en sus arrebatos humanitarios, no ven más que el interes de las pasiones privadas, y no el interes de las virtudes públicas; no ven más que el hombre, y no la sociedad. Por lo demas, es una propiedad del error ser individual y particular, así como es una propiedad de la verdad ser social, ser católica ó universal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ XXVIII. — Las tradiciones católicas, que el protestantismo no ha podido destruir, condenan en Inglaterra el divorcio lo mismo que el matrimonio de los eclesiásticos, á pesar de la ley que lo permite. — Pruebas de la repugnancia con que la jurisprudencia civil ha adoptado el divorcio en los países no católicos. — La Inglaterra, la Rusia, la Prusia y la Alemania reconocen los malos efectos del divorcio, y hacen justicia á la Iglesia.

Es cierto que en Inglaterra, por ejemplo, donde la herejía ha introducido el divorcio, á pesar de haber envilecido á la mujer, como hemos visto, no la ha hecho descender al grado de envilecimiento á que la habia hecho descender el divorcio en los pueblos paganos; pero esto procede de una causa honrosa para el Catolicismo. Esto consiste en que tres siglos de protestantismo, que han pasado sobre aquel país singular, no han podido destruir de todo punto los sentimientos, las opiniones, los hábitos y las costumbres que once siglos de Catolicismo habian introducido en él; en una palabra, no han podido destruir totalmente el espíritu del Cristianismo. Ved aquí una prueba sin réplica de esto.

Todos los obispos anglicanos son miembros de la Cámara de los Pares, y por consiguiente, tienen el título de *lord;* sin embargo, sus esposas no han podido nunca obtener el título de *lady*, que es el título propio de las esposas de los *lores.* Es más, segun la ley civil y religiosa, la mujer de un obispo ó de un simple ministro de la *Iglesia establecida* es su esposa tan legítima como otra esposa cualquiera. Sin embargo, jamás uno de aquellos obispos ó de aquellos ministros se presenta en un salon dando el brazo á su mujer y haciéndose anunciar: *el obispo de..... y su esposa; el ministro de la Iglesia de..... y su esposa.* Esta fórmula de introduccion no excitaria en la concurrencia otra cosa que la risa y el desprecio. Y no se diga que es muy singular y muy extraño que se desprecie así por el hecho lo que á los ojos de la religion y de la jurisprudencia es un derecho. Esto no es una contradiccion ni una inconsecuencia; esto consiste en que, fuera de la teoría protestante y de la jurisprudencia civil, que es su eco, y que autorizan ambas el matrimonio de los eclesiásticos, existe todavía una opinion en todos los espíritus y un sentimiento en todos los corazones que lo condenan; de modo que ante esta opinion y este sentimiento, la mujer de aquellos re-

verendos, su esposa legítima por la ley, no es en realidad más que una concubina; y los matrimonios de los eclesiásticos no son otra cosa que unas uniones toleradas, más bien que autorizadas, por las leyes. Pues bien, este sentimiento no es otra cosa que un resto de Catolicismo que las tradiciones y las costumbres han conservado en aquel país, á despecho del protestantismo.

Lo mismo debe decirse del divorcio. La herejía, á pesar de declarar que en materia de religion no queria atenerse más que á las palabras de la Biblia, introdujo el divorcio en el derecho canónico y en el código civil de la Inglaterra protestante, contra las palabras claras, explícitas y terminantes de la Biblia; y esto porque no podia obrar de otra manera. Nacida del divorcio y del adulterio de Enrique VIII, no podia, sin renegar de su orígen y de su razon de ser, dejar de erigir en ley el divorcio y el adulterio. Pero á pesar de haber legalizado el divorcio, ha sido impotente para impedir que la opinion pública lo rechace como un escándalo y un atentado contra la dignidad de la mujer, contra la constitucion teocrática de la familia y contra la civilizacion cristiana. En Inglaterra, el esposo que, aprovechándose de la indulgencia del derecho canónico y civil del país relativo al matrimonio, repudia á su mujer, aunque sea de resultas de un proceso, para casarse con otra, lo mismo que la mujer que, aprovechándose de la misma indulgencia, se divorcia de su marido para contraer segundas nupcias, y con mucha más razon el hombre que se casa con una mujer divorciada, y la mujer que contrae matrimonio con un hombre que se halla en este caso; todas estas personas, sea cualquiera su rango y fortuna, pasan por individuos poco honrados. Se huye de ellos en vez de buscarlos, nadie quiere recibirlos en su casa, y ménos todavía tenerlos por amigos. Cuasi lo mismo sucede en Alemania, en Suiza y en todos los países protestantes; el divorcio, autorizado por las leyes, es rechazado por la opinion.

Parece que con mucha repugnancia ha consignado en sus códigos la jurisprudencia civil de esos países el divorcio, esta funesta concesion de la herejía; porque, á pesar de admitirlo en derecho, hace los mayores esfuerzos por hacerlo cuasi imposible en el hecho.

En Inglaterra la decision de un proceso de divorcio respecto al vínculo conyugal está vedada á los tribunales. Los tribunales eclesiásticos no pueden pronunciar la separacion de los esposos sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con respecto á los bienes y á la habitacion, y áun entónces las partes deben dar caucion de vivir castamente y de no contraer otras nupcias; esto es declarar de la manera más terminante que por parte de la Iglesia, áun despues de la separacion de los esposos respecto á la habitacion y á los bienes, el vínculo matrimonial permanece siempre intacto é inviolable, y que la Iglesia misma carece de potestad para disolver enteramente un matrimonio legítimo, y para dejar libres á los esposos de modo que puedan contraer un nuevo matrimonio; esto es reconocer que, para los esposos áun separados por causas justas, un nuevo matrimonio es un adulterio, como dice el Evangelio: *Et qui dimissam duxerit mœchatur;* esto es confesar que la legislacion de la Iglesia católica relativa al matrimonio es la única conforme á la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles (1).

En segundo lugar, es cierto que, por la más extraña de las contradicciones, el anglicanismo ha concedido al Estado la facultad, que ha negado á la Iglesia, de disolver lo que Dios ha unido, ó de

(1) Ved aquí un testimonio nada sospechoso en favor de la fidelidad con que la Iglesia católica sola ha interpretado y conservado siempre intacta la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles respecto al matrimonio. El pastor protestante Syntenis, á quien las preocupaciones funestas del protestantismo no habian fascinado de tal modo que le hiciesen desconocer ú ocultar la verdad sobre esta importante materia, predicando en 1844 sobre el divorcio en la catedral protestante de Magdebourg, se expresa en estos términos: «Esta es una cosa que hace poco honor á nuestra Iglesia protestante, opuesta en esta materia á la Iglesia católica. Ésta ha sostenido mejor que nosotros en este punto la antigua santidad del vínculo conyugal; porque cuando la separacion es inevitable, pronuncia la separacion de los esposos, pero jamas les permite contraer segundo matrimonio. Y ¿cómo osarémos nosotros los protestantes sostener contra la Iglesia católica el honor de no admitir más que las Santas Escrituras como medida de nuestra fe y de nuestra moral, siendo así que en materia de divorcio son ellos los que se atienen á las palabras de Jesucristo y de los Apóstoles, y no nosotros?» Lo que parece increible, despues de haber oido esta confesion, es que el que la hizo no se volviese al momento católico; porque si es cierto que, como este doctor lo reconoce, sola la Iglesia católica ha sostenido pura la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles respecto al matrimonio, á despecho de las más poderosas y más ardientes pasiones, deberia deducir de aquí que la Iglesia católica ha conservado tambien intactas todas las demas doctrinas del Cristianismo; que para todo hombre que raciocina, el protestantismo, cuyo ministerio ejerce el mismo doctor, es sólo obra de las pasiones, y que, fuera del interes de las pasiones, no tiene razon alguna para existir, y mucho ménos para ser seguido por un hombre que se respete á sí mismo.

pronunciar el divorcio respecto al vínculo; pero no ha concedido esta facultad más que al poder supremo, al tribunal más elevado del país, al Parlamento, tribunal de difícil acceso cuando se trata de un proceso, y cuyas discusiones son sumamente costosas; así es que en Inglaterra no há mucho tiempo se necesitaba la enorme suma de 25.000 libras esterlinas, ó 655.000 francos, para hacer pronunciar un divorcio.

Movido por este inconveniente, que hace imposible el ejercicio de la ley del divorcio, uno de los legisladores filósofos de la Cámara de los Comunes, el doctor Fillemore, presentó en 1836 una proposicion á esta Cámara, pidiendo se autorizase á todos los tribunales eclesiásticos para pronunciar el divorcio completo, como pronuncian la separacion de la habitacion y de los bienes. «En todos los países protestantes, decia, está admitido el divorcio puro y simple; en Inglaterra sólo el Parlamento puede pronunciar la disolucion del vínculo del matrimonio, y este divorcio completo no se concede, generalmente, sino por causa de adulterio. Pero, por una parte, estas causas son siempre escandalosas, las Cámaras se ven en la imposibilidad de examinar á los testigos y de hacer las indagaciones debidas; por la otra, la multitud de esta clase de causas hace necesario un cambio de legislacion en esta materia, y la enorme suma que cuestan los procesos de este género limita el uso de esta vía judicial á las familias muy ricas» (1).

La Cámara desechó esta proposicion, y el motivo de esta repulsa fué, *que no habia razon alguna para hacer el divorcio más facil, y por lo mismo más frecuente; porque esto sería ofender la moral pública.* Confesion preciosa en boca de los legisladores protestantes, y que puede traducirse de este modo: «El divorcio perjudica á la familia y á la sociedad entera, y no valia la pena de separarnos de la Iglesia católica para darle lugar en nuestros códigos. La Santa Sede tuvo razon, y muy grande, para no consentirlo, y nosotros fuimos injustos, y muy injustos, en rebelarnos contra ella por causa de esta negativa. Pero, supuesto que el mal está ya hecho, es necesario procurar hacerlo lo más raro que sea posible, y aminorar sus efec-

(1) El mismo orador ha manifestado que en los treinta primeros años de este siglo habia habido noventa causas de divorcio. Pues bien, tres *grandes escándalos* por año no es tan malo; ¿de qué se quejaba, pues, el orador?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos todo cuanto se pueda. La legislacion vigente se dirige á este objeto; no hay, pues, razon alguna para mudarla.»

Lo mismo sucede en Rusia. La teología del cisma, indulgente con los sacerdotes hasta el punto de permitirles el matrimonio, lo ha sido tambien con los cónyuges hasta el punto de permitirles el divorcio; porque el error no puede existir sino con la condicion de conceder algo á las pasiones. Y en Rusia tambien pasó el divorcio del derecho canónico á la ley civil. Pero allí tambien el divorcio, que es de derecho por la teología y por la jurisprudencia, se ha procurado igualmente hacerlo casi imposible de hecho y considerarlo como un crímen. Ningun tribunal eclesiástico, ni áun el *Santo Sínodo;* ningun tribunal laical, sin excluir ni áun el Tribunal Supremo de apelacion de San Petersburgo, pueden pronunciar sobre el divorcio. Esta facultad se la ha reservado exclusivamente el Czar, el poder soberano y absoluto del país; pero es largo y difícil, es sumamente costoso llegar hasta el Czar y obtener de él la facultad de divorciarse, y esto es lo que hace tan raro el divorcio.

Los legisladores protestantes de Berlin, la metrópoli del protestantismo aleman, en 1842 consideraron el divorcio bajo el mismo punto de vista que los legisladores de Lóndres, la metrópoli del protestantismo inglés, y que el legislador de San Petersburgo, la metrópoli del cisma griego, haciendo la misma confesion que éstos. El proyecto de ley que presentaron á la sancion Real sobre esta materia estaba concebido en estos términos:

«Artículo primero. Los hechos que pueden dar lugar á la disolucion del matrimonio, se limitan al número de tres, á saber: 1.º, el abandono con intencion maliciosa; 2.º, la embriaguez, y 3.º, el adulterio.

»Art. 2.º Ninguna accion de divorcio podrá intentarse ante los tribunales sin que haya sido precedida por una tentativa de reconciliacion de los dos esposos ante la autoridad eclesiástica.

»Art. 3.º Si el tribunal juzga que hay motivo para el divorcio, pronunciará primero la suspension provisional del matrimonio por espacio de un año. En el caso en que, al cabo de este tiempo, el cónyuge que solicita el divorcio insista en su peticion, debe provocar una nueva tentativa de conciliacion y formar una nueva demanda, y áun esta vez tampoco podrá mandar el tribunal más que una segunda suspension provisional por el espacio de un año. Finalmente, cuando espire este último plazo, y despues de una tercera tentativa de conciliacion y una tercera demanda, podrá el tribunal pronunciar el divorcio; pero áun en este caso es necesario que la sentencia sea confirmada por el Tribunal de apelacion, que es el único que tiene facultad para pronunciar una sentencia definitiva del divorcio.

»Art. 4.º Ningun divorciado podrá volver á casarse sino despues de cinco años, contados desde el dia en que el matrimonio ha sido disuelto definitivamente, áun en el caso en que su antiguo cónyuge llegue á morir ántes que espire este plazo.» (*Gaceta de Berlin* de 31 de Agosto de 1842.)

Así, pues, en Prusia, áun cuando la causa por que se pide el divorcio sea real, para que el divorcio tenga lugar definitivamente se necesitan tres tentativas prévias de reconciliacion ante las autoridades eclesiásticas, con un año de intervalo entre una y otra; se necesitan tres demandas formales ante los tribunales; se necesitan tres sentencias de los magistrados; se necesita esperar nada ménos de ocho años de diligencias judiciales, de pruebas y de gastos inmensos. No se podia haber discurrido una cosa más á propósito para impedir el divorcio, no se podia conceder con más repugnancia que aquí se concede, no se podia confesar el vicio y el desórden del divorcio de una manera más terminante; esto equivale á decir: «Nosotros los protestantes no podemos proclamar públicamente la indisolubilidad del matrimonio, porque esto sería declarar que los católicos tienen razon y nosotros no la tenemos; por lo mismo, la proclamamos secretamente. El divorcio es un mal social, que, no pudiendo el legislador protestante eliminarlo completamente, debe procurar hacerlo raro, difícil é imposible de hecho, áun cuando lo admita de derecho.»

Y no sólo en estos últimos tiempos, sino desde el principio mismo de la Reforma, los poderes civiles de los países reformados acudieron en auxilio de la sociedad y de la civilizacion cristiana, amenazadas de muerte por las nuevas doctrinas religiosas sobre el matrimonio. En Wirtemberg, en 1534, á vista del mismo Lutero, el gobierno se vió obligado á publicar una ley muy severa contra las personas brutales (éstas son sus expresiones) que, contra el pudor propio de los pueblos civilizados, no se avergonzaban de contraer matrimonio áun en segundo grado de consanguinidad. Pues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien, Dollinger nos asegura que aquellos matrimonios incestuosos entre hermano y hermana habian sido declarados lícitos por Lutero. De aquí nacia que repudiaban á una mujer de una familia extraña y se casaban con su propia hermana, y la represion de tal desbordamiento, atentatorio á la honestidad pública, y que hubiera convertido las familias en lugares de prostitucion, nació de la autoridad civil.

En Suecia, en 1544, se mandó una órden á todos los magistrados, en que el gobierno restringia la licencia del divorcio entre los habitantes de la frontera, que, «habiendo perdido el hábito, decia la ordenanza, de dar una gran importancia á los vínculos con que estaban ligados, tomaban una mujer, y la dejaban para tomar otra, á quien dejaban igualmente, y así seguian cambiando de mujer *como se cambia de camisa.*»

En el mismo tiempo en Sajonia, lo mismo que en toda la Prusia, en Brunswick, en Dinamarca y Hannover, los soberanos, valiéndose de leyes muy rigorosas, pusieron un dique al divorcio y al adulterio, que, como nos lo asegura el reformador Nicolas Boje, las doctrinas de la Reforma habian hecho comunes, lo mismo en las ciudades que en las aldeas, lo mismo en los palacios que en las chozas.

Es muy satisfactorio para nosotros los católicos ver á la herejía y al cisma de acuerdo para desmentir las consecuencias de sus propias doctrinas, para combatir por el hecho lo que habian concedido como un derecho, y para reprimir, por medio de su jurisprudencia civil, la licencia, que admitieron como principio en su símbolo religioso; simpatizando con las obras con el Catolicismo, de quien blasfemaban con las palabras, y tributando homenaje á la admirable economía, á la sabiduría divina de las instituciones católicas, al mismo tiempo que rechazaron los dogmas de donde ellas proceden. Esto es confesar que sólo el Catolicismo es verdadero, que él solo es el verdadero Cristianismo; porque el bien está donde está la verdad, así como el mal está donde está el error. La verdad es esencialmente conservadora, así como el error es esencialmente destructor. Por consiguiente, reconocer, con unos testimonios tan manifiestos, que para salvar la civilizacion y la sociedad es necesario volver á las instituciones católicas en el órden civil, es reconocer la verdad de los principios religiosos que le sirven de base; es reconocer que la herejía y el cisma son el error, y que sólo el Catolicismo es la verdad.

§ XXIX.—Si la mujer protestante no está absolutamente degradada, no es por ser protestante, sino á pesar de ser protestante; es decir, por la influencia secreta que el Catolicismo ejerce en los países protestantes; así como, por el contrario, si la mujer católica ha perdido mucho en estos últimos tiempos, es porque el espíritu del protestantismo ha penetrado áun en los países católicos.—No siendo el protestantismo más que una negacion, y no viviendo más que del ódio, nada sería sin el Catolicismo.—Resúmen de los medios con que el Cristianismo ha rehabilitado á la mujer.—No se puede hacer cosa mejor para la felicidad de la mujer que adoptar estos medios y hacerlos efectivos.

Pero ¿quién ha inspirado á esos soberanos y á esos gobiernos tanto celo para detener los efectos civiles y políticos de la Reforma, que ellos habian adoptado como sistema religioso? Sólo las tradiciones y las costumbres del Catolicismo, que, desterrado públicamente de esos desventurados países en cuanto á sus dogmas y á sus prácticas, ha permanecido visible en ellos por su espíritu.

Esto sucedió porque, habiendo permanecido en el alma de los legos un resto de sentido moral del Catolicismo, que los eclesiásticos habian lanzado de la suya, volvió á apoderarse de ellas; de modo que, áun cuando aparentaban rechazar con las palabras la verdadera reforma que el Concilio de Trento opuso á la famosa reforma de Lutero respecto al matrimonio, la adoptaron y la realizaron con las obras en cuanto les era permitido hacerlo. Así, pues, si en los países donde se estableció la Reforma no pudo introducir de todo punto las horribles costumbres del paganismo, que eran las consecuencias naturales de sus doctrinas, no fué por falta suya, sino porque, por una feliz inconsecuencia, encontró una oposicion enérgica, que no la dejó desarrollarse libremente, en los mismos gobiernos donde habia adquirido protectores y amigos por medio de bajas concesiones. Indudablemente esa opinion pública, que en todos los países protestantes reprueba el divorcio y á los divorciados, y que fulmina la censura más severa contra un acto que la religion, de acuerdo con la ley civil, autoriza, ese pensamiento constante de todos los legisladores de esos mismos países, de detener por todos los medios posibles el carro de la Reforma, que los ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien, Dollinger nos asegura que aquellos matrimonios incestuosos entre hermano y hermana habian sido declarados lícitos por Lutero. De aquí nacia que repudiaban á una mujer de una familia extraña y se casaban con su propia hermana, y la represion de tal desbordamiento, atentatorio á la honestidad pública, y que hubiera convertido las familias en lugares de prostitucion, nació de la autoridad civil.

En Suecia, en 1544, se mandó una órden á todos los magistrados, en que el gobierno restringia la licencia del divorcio entre los habitantes de la frontera, que, «habiendo perdido el hábito, decia la ordenanza, de dar una gran importancia á los vínculos con que estaban ligados, tomaban una mujer, y la dejaban para tomar otra, á quien dejaban igualmente, y así seguian cambiando de mujer *como se cambia de camisa.*»

En el mismo tiempo en Sajonia, lo mismo que en toda la Prusia, en Brunswick, en Dinamarca y Hannover, los soberanos, valiéndose de leyes muy rigorosas, pusieron un dique al divorcio y al adulterio, que, como nos lo asegura el reformador Nicolas Boje, las doctrinas de la Reforma habian hecho comunes, lo mismo en las ciudades que en las aldeas, lo mismo en los palacios que en las chozas.

Es muy satisfactorio para nosotros los católicos ver á la herejía y al cisma de acuerdo para desmentir las consecuencias de sus propias doctrinas, para combatir por el hecho lo que habian concedido como un derecho, y para reprimir, por medio de su jurisprudencia civil, la licencia, que admitieron como principio en su símbolo religioso; simpatizando con las obras con el Catolicismo, de quien blasfemaban con las palabras, y tributando homenaje á la admirable economía, á la sabiduría divina de las instituciones católicas, al mismo tiempo que rechazaron los dogmas de donde ellas proceden. Esto es confesar que sólo el Catolicismo es verdadero, que él solo es el verdadero Cristianismo; porque el bien está donde está la verdad, así como el mal está donde está el error. La verdad es esencialmente conservadora, así como el error es esencialmente destructor. Por consiguiente, reconocer, con unos testimonios tan manifiestos, que para salvar la civilizacion y la sociedad es necesario volver á las instituciones católicas en el órden civil, es reconocer la verdad de los principios religiosos que le sirven de base; es reconocer que la herejía y el cisma son el error, y que sólo el Catolicismo es la verdad.

§ XXIX.—Si la mujer protestante no está absolutamente degradada, no es por ser protestante, sino á pesar de ser protestante; es decir, por la influencia secreta que el Catolicismo ejerce en los países protestantes; así como, por el contrario, si la mujer católica ha perdido mucho en estos últimos tiempos, es porque el espíritu del protestantismo ha penetrado áun en los países católicos.—No siendo el protestantismo más que una negacion, y no viviendo más que del ódio, nada sería sin el Catolicismo.—Resúmen de los medios con que el Cristianismo ha rehabilitado á la mujer.—No se puede hacer cosa mejor para la felicidad de la mujer que adoptar estos medios y hacerlos efectivos.

Pero ¿quién ha inspirado á esos soberanos y á esos gobiernos tanto celo para detener los efectos civiles y políticos de la Reforma, que ellos habian adoptado como sistema religioso? Sólo las tradiciones y las costumbres del Catolicismo, que, desterrado públicamente de esos desventurados países en cuanto á sus dogmas y á sus prácticas, ha permanecido visible en ellos por su espíritu.

Esto sucedió porque, habiendo permanecido en el alma de los legos un resto de sentido moral del Catolicismo, que los eclesiásticos habian lanzado de la suya, volvió á apoderarse de ellas; de modo que, áun cuando aparentaban rechazar con las palabras la verdadera reforma que el Concilio de Trento opuso á la famosa reforma de Lutero respecto al matrimonio, la adoptaron y la realizaron con las obras en cuanto les era permitido hacerlo. Así, pues, si en los países donde se estableció la Reforma no pudo introducir de todo punto las horribles costumbres del paganismo, que eran las consecuencias naturales de sus doctrinas, no fué por falta suya, sino porque, por una feliz inconsecuencia, encontró una oposicion enérgica, que no la dejó desarrollarse libremente, en los mismos gobiernos donde habia adquirido protectores y amigos por medio de bajas concesiones. Indudablemente esa opinion pública, que en todos los países protestantes reprueba el divorcio y á los divorciados, y que fulmina la censura más severa contra un acto que la religion, de acuerdo con la ley civil, autoriza, ese pensamiento constante de todos los legisladores de esos mismos países, de detener por todos los medios posibles el carro de la Reforma, que los ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rastra, y de impedir en los casos particulares el divorcio, que no tienen el poder ni el valor de condenar como principio y de una manera absoluta, son evidentemente la obra de las tradiciones católicas, que subsisten siempre, á pesar del protestantismo, en los entendimientos, en los corazones y en las costumbres de los pueblos protestantes. Si, pues, en esos malhadados países el divorcio, que la teología y la jurisprudencia han legitimado en ellos, es rechazado por las costumbres; si no es en ellos tan comun como en los países infieles; si no causa en ellos los mismos estragos en la familia y en el Estado; si, finalmente, la mujer no se halla despojada de toda personalidad y de todo derecho, ni despreciada ni degradada como lo ha estado, y lo estará siempre, donde quiera que la facultad del divorcio ha roto el lazo divino del matrimonio, esto se debe tan sólo á la influencia del Catolicismo. La mujer y la familia son en ellos lo que son, no por ser protestantes, sino á pesar de ser protestantes. El resto de órden y de decoro que en esos países se encuentra aún en la familia, así como el resto de dignidad que en ellos conserva todavía la mujer, no son obra de la religion de Lutero y de Calvino, que se introdujo en ellos, sino de la religion católica, que en ellos habia reinado por espacio de diez ó doce siglos, y que no la han podido desarraigar de todo punto.

Por el contrario, se dice con sentimiento que áun en los mismos países católicos, y particularmente en Francia, el vínculo del matrimonio no se respeta tanto como en otros tiempos, que las separaciones respecto á la habitacion y á los bienes son muy frecuentes, que el concubinato y la prostitucion son muy comunes; que la mujer ha descendido mucho en la estimacion y en el respeto público, y no se encuentra ya en el elevado rango donde, á costa de tantos esfuerzos y de tantas luchas, la habia colocado el Catolicismo. Pero ¿qué extraño es esto? ¿Qué es lo que se ha hecho por espacio de más de un sigio en los países católicos, y particularmente en Francia? Se han multiplicado y se han repartido con profusion todas las producciones infames que el sensualismo filosófico, hijo legítimo del sensualismo religioso de la Reforma, ha dado á luz para infamar el matrimonio, para desterrar el pudor, para corromper las costumbres, para hacer perder á las mujeres el sentimiento de su dignidad, para engañar á las mujeres á fin de poder abusar de ellas fácilmente. Así, pues, debemos decir que si el matrimonio goza todavía de cierto honor y de cierto respeto en los países protestantes, sólo lo debe á la influencia del espíritu católico, que se ha conservado en ellos á pesar del protestantismo; y que la relajacion de los vínculos del matrimonio que se deplora en los países católicos no es otra cosa que el efecto del espíritu protestante, que se ha introducido en ellos á pesar del Catolicismo.

Leibnitz dice en cierto pasaje, que sin el Catolicismo hubiera desaparecido completamente el Cristianismo de los países protestantes. Esta observacion es de una verdad incontestable. Toda negacion supone una verdad conocida, en la cual se apoya. No se insiste en negar por una parte, sino cuando por la otra se insiste en afirmar. Cuando cesa la afirmacion por una de las partes, desaparece la negacion por la otra. No se niega sino aquello que se admite y se afirma por alguno. Todo error es negativo; sólo la verdad es afirmativa; porque la verdad es lo que existe, y el error es lo que no existe. No hay, pues, negacion sin afirmacion, no hay error sin verdad. El protestantismo, como lo expresa la misma palabra, es una negacion, porque protestar es negar. El Catolicismo, ó la creencia de la Iglesia, es una afirmacion, porque creer es afirmar. No continúan negando los protestantes sino porque continúan afirmando los católicos. Si los católicos cesasen de afirmar, los protestantes cesarian tambien de negar. Es decir, que el protestantismo, áun en el estado de error, que es su esencia, se reduciria á la nada si el Catolicismo dejase de existir. Es decir, que si el protestantismo existe, aunque de una manera negativa, es porque el Catolicismo se halla frente á frente de él de una manera positiva; y que si el protestantismo conserva todavía algunos vestigios del Cristianismo, desechando todo lo demas, es porque, conservando el Catolicismo todas las doctrinas cristianas, y mostrándose siempre vigoroso en presencia del protestantismo, las verdades cristianas que éste niega le obligan á sostener las pocas verdades cristianas que afirma, y le hacen existir como un culto cristiano.

El ódio es quien protesta y niega, así como el amor es quien afirma y cree. El protestantismo, pues, sólo vive del ódio, así como el Catolicismo sólo vive del amor. Si el Catolicismo llegase á faltar, no teniendo ya el protestantismo objeto alguno de ódio, cesaria de odiar, y por consiguiente, cesaria de existir. No sólo no es propia del protestantismo la fuerza que le hace detenerse al borde del pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cipicio, sino que desde el momento en que se viese libre del Catolicismo, se reduciria á la nada. Él nada es y nada ha hecho sino por la virtud secreta, por la poderosa influencia del Catolicismo, de quien desertó y á quien combate con un ciego furor. Así es como el espíritu del Catolicismo, obrando de una manera oculta sobre su propio enemigo el protestantismo; reflejando sobre él y cubriéndole con su atmósfera, conservadora de todo lo que es bueno, y preservadora de todo lo que es malo, le da los medios para defenderse contra la perversidad de su propia naturaleza, contra la fuerza de sus propios principios, contra el torrente de sus propios excesos; contra sí mismo; y lo mismo en los países protestantes que en todos los países del mundo, el Catolicismo es el único tutor, el único defensor de la mujer, de la familia y del Estado.

Está, pues, demostrado por la lógica de los principios y de los hechos que no puede imaginarse ni inventarse cosa alguna más ventajosa para la mujer, que lo que el verdadero Cristianismo, por sus doctrinas, por sus misterios, por sus sacramentos y por su espíritu ha hecho en su favor. Proclamando la *unidad* del matrimonio, la libró del suplicio de toda su vida, de vivir en estado de guerra permanente é implacable con tres ó cuatro mujeres rivales, que se disputan el corazon de un esposo comun, obligado á dividirse en cuatro, y no entregándose á ninguna, y que, no pudiendo amarlas á todas, acaba por despreciarlas á todas. Por la indisolubilidad del matrimonio ha librado el Cristianismo á la mujer del horrible peligro de verse privada, por el divorcio, de su esposo y de sus hijos, y de verse arrojada de la casa y obligada á llevar á otra parte un corazon que nadie quiere, porque no puede ofrecerlo ya adornado de la frescura de la juventud, de los encantos de la belleza y de los atractivos de la integridad. Finalmente, por la *santidad* que el Cristianismo reclama en el matrimonio, por la igualdad de derechos que asegura á la mujer sobre la persona de su esposo, por la justa severidad con que amenaza, tanto al esposo infiel á su mujer como á la esposa infiel á su marido, asegura á la mujer cristiana el corazon del esposo cristiano. Él pone á la mujer cristiana al abrigo de toda injusticia por parte de un marido cristiano, él la salva del tormento de los celos, él la libra del inexplicable dolor de ver á innobles é insolentes prostitutas disputándole un corazon sobre el que ella sola tiene derechos imprescriptibles é inalienables.

Tales son los medios con que el Cristianismo ha confundido, pulverizado y aniquilado todas las doctrinas, todas las prescripciones, todas las costumbres inmorales de la filosofía y de la jurisprudencia pagana, respecto al matrimonio, que, como una carga enorme, pesaban particularmente sobre la mujer.

El Cristianismo, pues, ha hecho cuanto debia hacer para la rehabilitacion, para la emancipacion y la dignidad de la mujer. Su legislacion sobre esta materia ha llegado al grado supremo de perfeccion á que es posible llegar. Las leyes humanas no pueden hacer otra cosa mejor que venir en ayuda de esta legislacion divina y contribuir á su ejecucion. Todo cuanto ellas hagan fuera de esta legislacion divina sólo contribuirá á degradar á la mujer ó á quitarle parte de sus derechos y de su dignidad; aparentando emanciparla de un yugo que forma su felicidad y su gloria, no hacen otra cosa que humillarla, envilecerla y hacerla más ó ménos desgraciada, más ó ménos esclava de sus propias pasiones ó de las pasiones de otros.

Tal es la importancia del Catolicismo para la mujer, que la mujer cristiana, con ese admirable instinto que Dios le ha dado, ha comprendido perfectamente, y de aquí nace el santo entusiasmo con que se ha unido á él, la generosidad con que se ha consagrado á él, la fortaleza con que lo ha profesado, el celo con que ha trabajado en su propagacion, en su libertad y en su defensa, como lo verémos muy pronto en la historia de la mujer verdaderamente católica, que vamos á presentar á las mujeres para su honor, su felicidad y su edificacion, y para la edificacion y la admiracion de todo el mundo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE.

MÉRITOS, GRANDEZAS Y GLORIAS
DE LA MUJER CATÓLICA.

PRIMERA ÉPOCA.

ÉPOCA DE JESUCRISTO Y DE LOS APÓSTOLES.—COOPERACION DE LA MUJER EN LA FUNDACION DE LA IGLESIA.

§ I.—Las santas mujeres del Antiguo Testamento pertenecen á la Iglesia.—El Salvador del mundo fué alimentado por las mujeres.—Brillantes homenajes que ellas le tributaron.—Fe y devocion son los caractéres propios de la mujer católica.

Jesucristo, segun San Pablo, es la piedra angular de la Iglesia, uno de cuyos ángulos toca á los patriarcas y á los profetas, y el otro á los apóstoles; y sobre este doble fundamento se eleva la Iglesia, el grande y maravilloso edificio que Dios ha establecido entre los hombres: *Superædificati super fundamentum apostolorum et prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu.* (*Ephes.*, II.) El Antiguo Testamento no fué sólo la figura y la preparacion, sino tambien el principio y las primicias del Nuevo. Desde el principio del mundo no ha habido más que una sola Iglesia verdadera, cuyo centro ha sido Jesucristo. Colocado en medio de los tiempos, el Hijo de Dios hecho Hombre es, prosigue San Pablo, de todos os tiempos, y reune en Sí el mundo antiguo y el nuevo: *Christus heri et hodie; ipse et in sæcula.* (*Hebr.*, XIII.) El primer cristiano fué Adan y la primera cristiana fué Eva. Los antiguos justos, dice San Leon, fueron santos por su fe, por su esperanza y por su amor al Redentor que debia venir; así como los nuevos justos lo son por su fe, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su esperanza y por su amor al Redentor que vino ya. Así, pues, los justos de uno y otro sexo del Antiguo Testamento vivieron en la verdadera Iglesia, pertenecieron á la verdadera Iglesia, y la Iglesia los reivindica como sus hijos y su gloria.

No tenemos ahora el tiempo necesario para hablar aquí de las ilustres mujeres del Antiguo Testamento, que entre los hebreos hicieron tanto por el culto de Dios; porque es indudable que Sara, Rebeca, María, Séfora, Débora, Abigail, Judith y la madre de los Macabeos, por sus costumbres, por su sabiduría, por su fortaleza, por su celo y por su fe, esparcieron un gran resplandor sobre la historia del pueblo de Dios; y muchas y muchas veces contribuyeron las mujeres cuasi tanto como los patriarcas y los profetas á afirmar aquel pueblo en la verdadera religion. Dejemos, pues, estas grandes mujeres de la antigua Iglesia, para hablar de las mujeres de la Iglesia nueva, y ver lo que ha sido y lo que será siempre, lo que ha hecho y lo que puede hacer todavía la mujer formada por el Evangelio, la mujer penetrada del espíritu y fiel á las doctrinas del Evangelio; en una palabra, *la mujer católica*. Permítasenos hacer aquí dos observaciones.

En primer lugar, habiéndose hecho Hombre el Hijo de Dios para salvar al hombre, tuvo necesidad de alimentarse como cualquier otro hombre; esto lo hizo para probarnos que, ademas de ser verdadero Dios, era tambien verdadero Hombre. Así, pues, habiendo tomado el Hijo de Dios la forma de siervo, dice San Agustin, quiso ser alimentado por sus propios siervos, no tanto por la condicion de su nueva naturaleza, cuanto por un exceso de su bondad (1). Y bien, ¿dónde fué á buscar el Salvador esos siervos, por los que se dignó ser alimentado? Entre las mujeres, como nos lo atestigua el Evangelio. San Lúcas nos dice: «Los doce apóstoles estaban con Él, y várias mujeres á quienes habia curado de sus enfermedades y de los malos espíritus; María, llamada Magdalena..... y Susana, y otras muchas que le alimentaban con sus bienes: *Et aliæ multæ, quæ ministrabant ei de facultatibus suis.*» (Lúcas, VIII.) San Mateo dice igualmente: «Habia tambien junto á la cruz muchas mujeres de Galilea que habian seguido á Jesus para servirle:

(1) «Accepta forma servi, in illa forma à servis pasci voluit, dignatione, non conditione.»

Mulieres multæ, quæ secutæ erant Jesum à Galilea, ministrantes ei.» (Matth., XXVII.) Es, pues, evidente, que estas mujeres, reuniendo todo aquello de que podian disponer, habian formado un fondo ó un depósito, con el que proveian lo necesario para el alimento del divino Maestro y de sus Apóstoles. Es tambien evidente que aquellas nobles almas no se contentaban con poner todo su dinero á disposicion del Señor y de sus discípulos, sino que le seguian por todas partes, y áun de una provincia á otra, para cuidar de que nada le faltase y para servirle ellas mismas: *Ministrantes ei.*

¡Dichosas criaturas, que tuvieron el honor y la ventura de alimentar con sus bienes y de asistir con sus cuidados respetuosos y afectuosos á su Criador! Es verdad que, como observa San Agustin, siendo sus bienes un dón de la liberalidad del mismo Dios, alimentaban al Hijo de Dios con los bienes que el mismo Hijo de Dios les habia dado, y que, al consentir ser acogido por la mujer y alimentado por la mujer con un manjar corporal, recompensaba esta generosidad de la mujer alimentando su espíritu con el manjar espiritual de su palabra (1). Pero no deja de ser cierto que los hombres no hicieron otro tanto; que los hombres, por medio de Júdas, no hicieron otra cosa que robar y apropiarse (*fur erat et latro*) aquel sagrado depósito, suministrado por la piedad de las mujeres, y que no consta que dieron nada al Señor miéntras vivió. Sólo despues de su muerte fué cuando los hombres le suministraron cien libras de aromas, un sudario y un sepulcro. Así, pues, la Iglesia, en la persona de Jesucristo y de los Apóstoles, sólo fué alimentada en su orígen y en su nacimiento, sólo fué cuidada y servida por la mujer. ¡Mujer! Ahora comprendo por que la Iglesia te ama con una ternura especial, y recomienda particularmente á la Santísima Vírgen el devoto sexo femenino; *Intercede pro devoto femineo sexu.* ¡Tú alimentaste á su celestial Esposo!

En segundo lugar, y ésta es la segunda observacion que tenemos que hacer sobre el carácter de las mujeres en general, habiendo curado un dia el Salvador del mundo á un desventurado sordomudo poseido por el demonio (Matth., XII; Luc., XI), el pueblo, admirado y subyugado por la magnificencia del prodigio, pensó al

(1) «Suscepit spiritu pascenda in carne pascendum. Ipse pascenti præbuit quo pasci voluit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

momento en el Mesías, que ocupaba entónces todos los espíritus, y con su buen natural adivinó la verdad, diciendo: «¿Cómo el que obra estas maravillas no ha de ser el Mesías que nos está prometido bajo el nombre del hijo de David? *Stupebant omnes turbæ, et dicebant: Numquid hic est filius David?*» (Matth.) Viendo los fariseos que las turbas se decidian de una manera tan marcada en favor del Nazareno, á quien ellos destestaban, bramaban de furor, y procuraban engañar al pueblo y áun excitarle contra el mismo Señor, diciendo á todos: «No os fieis de ese Hombre ni lo creais; poseido Él mismo por el demonio, arroja los demonios en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios: *Farisæi autem audientes, dixerunt: Hic non ejicit dæmonia nisi in Belzebub, principe dæmoniorum.*» (*Ibid.*) Estas palabras, verdaderamente satánicas, parece que produjeron su efecto. En vano el Salvador las refutó victoriosamente con cuatro magníficos argumentos, en los que reveló al mundo el horrible misterio de la accion del demonio sobre las almas; nadie osó declararse en su favor ni tomar su defensa. Los Apóstoles mismos, cuyo testimonio habia invocado: *Filii vestri, in cuo ejiciunt?* (Luc.), no se atrevieron á responder. Sola una mujer, llamada Marcela, que vivia con Marta, fué la que, en un santo arrebato de fe, de religion, de admiracion y de amor, alzando la voz para hacerse oir de la inmensa turba que rodeaba al Señor, tuvo el valor suficiente para arrostrar el furor de los enemigos de Jesucristo y protestar enérgicamente contra las palabras sacrílegas que habian pronunciado contra el Hijo de Dios, y dirigió al Hijo de Dios estas deliciosas palabras, que sólo podian salir del corazon de una mujer: «Bienaventurado mil veces el vientre que te llevó y los pechos que te dieron leche: *Extollens vocem quædam mullier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti.*» (Luc.)

¡Oh bellas y magníficas palabras! exclama el venerable Beda. Ellas son al mismo tiempo un perfecto acto de fe y un acto sublime de religion. Ellas son el conocimiento exacto, la conviccion íntima y la confesion sincera de la verdad del gran misterio de la Encarnacion. Porque decir bienaventurado ó digno de veneracion y de un culto particular el seno virginal de María, es decir que el Hijo de María es al mismo tiempo Dios; es decir que este Dios fué llevado en el seno augusto de María; es decir que tambien es verdaderamente Hombre. ¡Oh mujer admirable! Con estas palabras

refutó y confundió al mismo tiempo las calumnias atroces de los escribas y fariseos, que estaban presentes y que negaban á Cristo la divinidad, y las blasfemias de los herejes futuros, que habian de negar su humanidad (1).

Así, pues, en estas circunstancias tan solemnes, miéntras los hombres callan, sólo se encuentra una mujer que tenga el valor de confesar públicamente al Señor. Los hombres le acusan, y la mujer le defiende; los hombres blasfeman de Él, y la mujer le bendice; los hombres le insultan, y la mujer le adora; los hombres quieren hacerle pasar por un ministro de Satanas, y la mujer le proclama Hijo de Dios, y se hace su primer confesor, su primer apóstol y su primer evangelista.

Por consiguiente, el Señor, no sólo fué alimentado, servido y cuidado por la mujer durante su vida mortal, sino que de boca de la mujer recibió tambien el primer testimonio público y solemne de su divinidad.

Pues bien, como se convencerá cualquiera que lea la obra á que ésta sirve de apéndice, todas las demas *mujeres del Evangelio* participaron de la misma espontaneidad, de la misma docilidad, de la misma fortaleza y del mismo entusiasmo de fe en la confesion del Señor.

En efecto, los hombres, con muy raras excepciones, como Jesucristo les echaba en cara, no tenian más que una fe débil y enferma, que necesitaban ver los prodigios para creer en Él: *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis* (Joan., IV); y áun en presencia de los prodigios no creyeron todos, no creyeron bien, no creyeron siempre. Los hombres manifestaron una fe débil, vacilante y tímida; de modo que muchas veces no se atrevian á ir á ver al Salvador sino de noche (Joan., III); ellos ocultaban cuidadosamente en público su cualidad de discípulos (Joan., VII); y en el tiempo de la Pasion tuvieron miedo, tuvieron vergüenza y le abandonaron.

(1) «Magnæ devotionis et fidei hæc mulier ostenditur, quæ, scribis et farisæis Dominum tentantibus simul et blasfemantibus, tanta ejus Incarnationem præ omnibus sinceritate cognoscit, tanta fiducia confitetur, ut et præsentium procerum calumniam, et futurorum confundat hæreticorum perfidiam. Nam sicut judæi verum consubstantialemque Patri Dei Filium negabant, sic hæretici postea verum consubstantialemque Matri Filium hominis fateri non debere dixerunt.» (*In* XI, *Luc.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Matth., XXVI.) Los hombres, en fin, áun sus discípulos y sus apóstoles, ántes de la venida del Espíritu Santo, sólo tuvieron una fe razonadora, que rechazaba la autoridad de todo testimonio; una fe muy próxima á la incredulidad; y por esta causa el Salvador, despues de resucitado, los reprendió con severidad: *Exprovavit incredulitatem eorum, quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.* (Marc., XVI.) Pero las mujeres del Evangelio creyeron de un modo muy diferente. Muchas veces no necesitaban más que ver ú oir una sola vez al Señor para reconocerle por el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador del mundo. Una palabra, una mirada del Señor bastaba para revelarse en su corazon, para atraerlas á sí, para obligarlas á seguirle por todas partes, con sus mismos hijos, sin tomar alimento ni reposar por espacio de muchos dias. (Marc., VIII.) Las mujeres del Evangelio no se avergonzaron jamas de ser tenidas públicamente por siervas fieles y discípulas afectuosas del Señor, y en el tiempo de la Pasion fueron ellas las únicas que le siguieron, llorando, al Calvario, asistieron á su muerte, y se mostraron fuertes para participar de sus penas y de sus oprobios (1).

Esto consiste en que se conoce mejor y más fácilmente á Dios con el corazon que con el entendimiento, se le conoce mejor amándole que discutiendo acerca de Él; y que cuando se cree amándole, y se le ama creyendo, todo se hace fácil, y se cree el hombre feliz en poder darlo todo, áun la misma vida, para confesar á Jesucristo. De este modo creyeron *las mujeres del Evangelio* la palabra divina y amaron la Persona adorable del Salvador del mundo.

Toda su historia se puede compendiar en estas dos palabras: *devocion* y *fe;* devocion por la que asistieron con sus bienes, cuidaron y sirvieron al Salvador; fe, por la que, confesándole públicamente, confundieron á sus enemigos y multiplicaron el número de sus discípulos y de sus adoradores.

No nos cansarémos de repetirlo: los hechos del Evangelio, lo mismo que los hechos del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que son históricamente verdaderos, son tambien misteriosamente proféticos. Así como la vida de los patriarcas fué la historia anticipada de la vida de Jesucristo, de la misma manera la vida de Je-

(1) Véase, en las homilías sobre las mujeres del Evangelio, la homilía IX, § 2.

sucristo fué la historia anticipada de la vida de su Iglesia. Luego así como Jesucristo, al revelar al mundo, como Hijo de Dios, los más grandes misterios y las leyes más santas y más perfectas, anunció desde entónces que su Iglesia, como institucion divina y como depositaria de la verdad y de la gracia de Dios, conservaria y propagaria en el mundo la fe en sus misterios y la obediencia á sus leyes, de la misma manera Jesucristo, al dejarse alimentar por las mujeres como Hombre, y al servirse de ellas para hacerse confesar y adorar de los hombres, anunció tambien desde entónces que la Iglesia, como institucion humana, compuesta de hombres, sería alimentada y servida por las mujeres; anunció desde entónces que las mujeres del Evangelio, por lo que hicieron en favor de Jesucristo, serian el modelo y la figura de lo que las mujeres verdaderamente cristianas habian de ser respecto á la Iglesia; es decir, los ministros, los auxiliares de los ministros de la Iglesia, de los apóstoles y de los predicadores de la Iglesia; ayudándoles con su fe y con su devocion en la grande obra de la dispensacion de los misterios de Dios, de la conservacion y de la propagacion de la Iglesia.

Esto fué lo que sucedió en efecto, y lo que sucederá siempre. De modo que toda la historia de la mujer de la Iglesia, lo mismo que la historia de la mujer del Evangelio, se resume tambien en estas dos palabras: *devocion* y *fe*. Una rápida ojeada que vamos á echar sobre la historia de la Iglesia bastará para probar la verdad de esta observacion, tan gloriosa para la mujer cristiana como para el Cristianismo, que la anima y la inspira.

§ II.—Los apóstoles ayudados por las mujeres á fundar la Iglesia.—Testimonio de San Pablo en favor de este hecho.—La resurreccion de Tabita por San Pedro.—Grandes bienes hechos por esta mujer á la Iglesia de Joppe.—San Pedro acogido por las mujeres en Roma, y asistido por ellas en su apostolado.—Santa Pudenciana y Santa Práxedes dándole sus casas para hacer en ellas la primera iglesia de Roma.—Su misma mujer animándole para sufrir el martirio.—Otras mujeres que ayudaron á los apóstoles.

San Pablo dice: «No debemos mirar tan sólo lo que nos es permitido, sino lo que es conveniente para la salvacion de los demas. Yo podria hacer que se me diesen ciertas cosas necesarias á la vida, y que se me sirviese como corresponde. Yo podria tener conmigo

(Matth., XXVI.) Los hombres, en fin, áun sus discípulos y sus apóstoles, ántes de la venida del Espíritu Santo, sólo tuvieron una fe razonadora, que rechazaba la autoridad de todo testimonio; una fe muy próxima á la incredulidad; y por esta causa el Salvador, despues de resucitado, los reprendió con severidad: *Exprovavit incredulitatem eorum, quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.* (Marc., XVI.) Pero las mujeres del Evangelio creyeron de un modo muy diferente. Muchas veces no necesitaban más que ver ú oir una sola vez al Señor para reconocerle por el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador del mundo. Una palabra, una mirada del Señor bastaba para revelarse en su corazon, para atraerlas á sí, para obligarlas á seguirle por todas partes, con sus mismos hijos, sin tomar alimento ni reposar por espacio de muchos dias. (Marc., VIII.) Las mujeres del Evangelio no se avergonzaron jamas de ser tenidas públicamente por siervas fieles y discípulas afectuosas del Señor, y en el tiempo de la Pasion fueron ellas las únicas que le siguieron, llorando, al Calvario, asistieron á su muerte, y se mostraron fuertes para participar de sus penas y de sus oprobios (1).

Esto consiste en que se conoce mejor y más fácilmente á Dios con el corazon que con el entendimiento, se le conoce mejor amándole que discutiendo acerca de Él; y que cuando se cree amándole, y se le ama creyendo, todo se hace fácil, y se cree el hombre feliz en poder darlo todo, áun la misma vida, para confesar á Jesucristo. De este modo creyeron *las mujeres del Evangelio* la palabra divina y amaron la Persona adorable del Salvador del mundo.

Toda su historia se puede compendiar en estas dos palabras: *devocion* y *fe;* devocion por la que asistieron con sus bienes, cuidaron y sirvieron al Salvador; fe, por la que, confesándole públicamente, confundieron á sus enemigos y multiplicaron el número de sus discípulos y de sus adoradores.

No nos cansarémos de repetirlo: los hechos del Evangelio, lo mismo que los hechos del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que son históricamente verdaderos, son tambien misteriosamente proféticos. Así como la vida de los patriarcas fué la historia anticipada de la vida de Jesucristo, de la misma manera la vida de Je-

(1) Véase, en las homilías sobre las mujeres del Evangelio, la homilía IX, § 2.

sucristo fué la historia anticipada de la vida de su Iglesia. Luego así como Jesucristo, al revelar al mundo, como Hijo de Dios, los más grandes misterios y las leyes más santas y más perfectas, anunció desde entónces que su Iglesia, como institucion divina y como depositaria de la verdad y de la gracia de Dios, conservaria y propagaria en el mundo la fe en sus misterios y la obediencia á sus leyes, de la misma manera Jesucristo, al dejarse alimentar por las mujeres como Hombre, y al servirse de ellas para hacerse confesar y adorar de los hombres, anunció tambien desde entónces que la Iglesia, como institucion humana, compuesta de hombres, sería alimentada y servida por las mujeres; anunció desde entónces que las mujeres del Evangelio, por lo que hicieron en favor de Jesucristo, serian el modelo y la figura de lo que las mujeres verdaderamente cristianas habian de ser respecto á la Iglesia; es decir, los ministros, los auxiliares de los ministros de la Iglesia, de los apóstoles y de los predicadores de la Iglesia; ayudándoles con su fe y con su devocion en la grande obra de la dispensacion de los misterios de Dios, de la conservacion y de la propagacion de la Iglesia.

Esto fué lo que sucedió en efecto, y lo que sucederá siempre. De modo que toda la historia de la mujer de la Iglesia, lo mismo que la historia de la mujer del Evangelio, se resume tambien en estas dos palabras: *devocion* y *fe*. Una rápida ojeada que vamos á echar sobre la historia de la Iglesia bastará para probar la verdad de esta observacion, tan gloriosa para la mujer cristiana como para el Cristianismo, que la anima y la inspira.

§ II.—Los apóstoles ayudados por las mujeres á fundar la Iglesia.—Testimonio de San Pablo en favor de este hecho.—La resurreccion de Tabita por San Pedro.—Grandes bienes hechos por esta mujer á la Iglesia de Joppe.—San Pedro acogido por las mujeres en Roma, y asistido por ellas en su apostolado.—Santa Pudenciana y Santa Práxedes dándole sus casas para hacer en ellas la primera iglesia de Roma.—Su misma mujer animándole para sufrir el martirio.—Otras mujeres que ayudaron á los apóstoles.

San Pablo dice: «No debemos mirar tan sólo lo que nos es permitido, sino lo que es conveniente para la salvacion de los demas. Yo podria hacer que se me diesen ciertas cosas necesarias á la vida, y que se me sirviese como corresponde. Yo podria tener conmigo

una de nuestras hermanas, como hacen los demas apóstoles y los parientes del Señor, y áun el mismo Pedro, porque yo soy libre, yo soy tambien apóstol, yo he visto á Jesucristo Nuestro Señor; y no se dirá que Bernabé y yo somos los únicos que no tenemos ese poder. Pero no he querido usar de esta libertad por temor de que el Evangelio no fuese para algunos motivo de escándalo, si pareciese que buscábamos alguna recompensa temporal» (1). Es evidente, por este pasaje de San Pablo, como observa Fleury (lib. I, 46), que, lo mismo que Magdalena y las otras Marías habian hecho con el Señor, ciertas piadosas y santas mujeres seguian á los apóstoles por todas partes para cuidarles, servirles y darles á conocer, para defenderles y hacerles respetar; y que participando así de los trabajos y de los peligros de su apostolado, facilitando los medios para él, participaron tambien del mérito y de la gloria de sus triunfos; y que, desde el principio de la Iglesia, la mujer católica tuvo mucha parte en la propagacion del Evangelio y en la fundacion de la misma Iglesia.

Apénas se habia predicado el Evangelio en la Palestina por San Pedro, cuando las mujeres comenzaron á hacerse notables por la práctica de la perfeccion cristiana, y en particular por el espíritu de afecto y de caridad para con los nuevos hijos de la Iglesia, sus hermanos en la fe. Los *Hechos de los Apóstoles* nos hablan de una mujer, discípula de ellos, de la ciudad de Joppe, llamada Tabita ó Dorcas, y nos dicen que era una mujer llena del mérito de las buenas obras y de las limosnas que hacía (2): éste es el elogio más completo que se puede hacer de una mujer cristiana. Es necesario decir que su piedad, su celo y el cuidado afectuoso que tenía de todos los fieles pobres, y especialmente de las viudas, eran muy grandes y extraordinarios, supuesto que la Iglesia naciente de Joppe la

(1) «Omnia mihi licent, sed non omnia expediunt. Numquid non habemus potestatem manducandi et vivendi? Numquid non habemus potestatem mulierem sororem circumducendi, sicut et cæteri apostoli et frates Domini, et Cefas? Aut ego solus et Barnabas non habemus potestatem hoc operandi? Non sum liber? Nom sum apostolus? Nonne Christum Jesum Dominum nostrum vidi? Ego autem nullo horum usus sum. Ego per omnia omnibus placeo, non quærens quod mihi utili est, sed quod multis, ut salvi fiant.» (I, *Cor.*, IX et X.)

(2) «In Joppe fuit quædam discipula, nomine Thavita, quæ interpretata dicitur Dorcas. Hæc era plena operibus bonis, et eleemosynis quas faciebat.» (*Actor.*, IX.)

miraba como su madre, y tanto, que su muerte llenó de duelo y de afliccion á aquella Iglesia. Se lavó su santo cuerpo, prosigue el historiador sagrado, y se expuso en una gran sala para satisfacer el afecto de los fieles y ofrecerle el último homenaje de su veneracion y de sus lágrimas. Parece que no podian decidirse á darle sepultura (1). En estas circunstancias, habiendo oido los cristianos de Joppe que San Pedro se encontraba en su mision apostólica en Lydda, á poca distancia de su ciudad, le enviaron dos de sus conciudadanos para que le dijesen: «Santo apóstol, por el amôr de Dios, no nos negueis la gracia de venir á nosotros en el momento de afliccion en que nos hallamos» (2).

San Pedro amaba demasiado á aquellos buenos cristianos, á aquellas primicias de sus conquistas hechas á Jesucristo, para negarse á consolarlos con su presencia. Poniéndose, pues, en camino al momento, se dirige á Joppe. Salen á su encuentro, le refieren la desgracia que acababa de afligir á su Iglesia y á la ciudad entera, y se le conduce á la sala donde se hallaba el cuerpo de la santa matrona, cuya pérdida lloraban todos. Todos los pobres, y especialmente las viudas á quienes Dorcas socorria con sus limosnas y colmaba de beneficios, rodearon al Apóstol llorando y diciéndole: «Volvednos nuestra buena madre.» Y mostrándole las túnicas y los vestidos que ella les hacía, lloraban y clamaban, diciendo: «¡Ved aquí cómo nos vestia ella!» (3).

Conmovido San Pedro al oir tan bella oracion fúnebre de la ilustre difunta, hace que todos salgan de la sala mortuoria, se arrodilla y se pone en oracion, pidiendo á Dios la vida de Dorcas para consuelo de aquella afligida Iglesia, para la gloria del nombre de Jesucristo y el triunfo de su religion. Dios escucha esta oracion, y conociendo el Apóstol que habia sido oido, se acerca al cadáver y dice: «Tabita, levántate.» Y al momento abre ella los ojos y se incorpo-

(1) «Factum est autem ut moreretur. Quam cum lavissent, posuerunt eam in cænaculo.» (*Actor.*, IX.)

(2) «Cum prope esset Lydda ad Joppem, discipuli, audientes quia Petrus esset in ea, misserunt duo cives ad eum rogantes. Ne pigriteris venire usque ad nos.» (*Ibid.*)

(3) «Cum advenisset, duxerunt illum in cænaculum, et circumsteterunt illum omnes viduæ, flentes et ostendentes ei tunicas et vestes quas faciebat illis Dorcas.» (*Actor.*, IX.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra, mirando á San Pedro con un aspecto religioso y reconocido (1). Pedro le tiende la mano y la ayuda á bajar del catafalco; llama á los fieles, y especialmente á las viudas, y entregándoles su santa bienhechora, les dice: «Ved aquí viva la que llorabais difunta» (2).

Este prodigio fué grande y admirable. Toda la ciudad y toda la comarca se llenaron de admiracion, y de aquí resultaron muchas conversiones al Cristianismo (3).

Así esta sublime mujer, despues de haber predicado á toda una ciudad la santidad de la religion cristiana con el prodigio de sus virtudes, predicó tambien la divinidad de la misma religion con la virtud del prodigio que en ella se obró, y fué, despues de San Pedro, el verdadero y el gran apóstol de su patria.

Al llegar á Roma el príncipe de los apóstoles, San Pedro, para establecer allí la silla de aquella monarquía divina, que debia extenderse por todo el mundo y subsistir tanto como el mundo, fué recibido por Priscila, esposa de Pudente, hombre grave y príncipe del Senado, y por sus dos hijas, Pudenciana y Práxedes, y el santo apóstol hizo en pocos dias, de estas tres mujeres, tres cristianas, tres santas, y por medio de ellas tuvo el consuelo de regenerar tambien por el bautismo á la cabeza de esta venturosa familia y á sus dos hijos, Timoteo y Novato. (Véase Rivadeneyra, *De Santa Pudenciana.*)

Pudenciana y Práxedes, hermanas por la sangre, y mucho más por la fe, el celo, el fervor y la caridad, hechas dueñas de una inmensa fortuna despues de la muerte de sus santos padres y de sus hermanos, renunciaron al matrimonio y se consagraron á Dios con el voto de virginidad, vendieron todas sus haciendas, distribuyendo su valor entre los pobres, y pusieron el resto de sus bienes á disposicion del jefe de la Iglesia para la propagacion de la fe y el servicio de la misma Iglesia (4). Ellas no quisieron siquiera ver su

(1) «Ejectis autem omnibus foras, Petrus, ponens genua, oravit; et conversus ad corpus dixit: «Thavita, surge». At illa aperuit oculos suos, et viso Petro, resedit.» (*Actor.*, IX.)

(2) «Dans autem illi manum, erexit eam; et cum vocasset sanctos et viduas, assignavit eam vivam.» (*Ibid.*)

(3) «Notum autem factum est per universam Joppem, et crediderunt multi in Domino.» (*Ibid.*)

(4) «Parentibus orbata, cum admirabili pietate christianam religionem coleret, una cum sorore Praxede, pecuniam ex vendito patrimonio retractam pauperibus distribuit, seque jejuniis et orationibus dedit.» (*Brev. Rom.*, 19 Maii.)

casa paterna. Ellas se retiraron á una humilde habitacion para observar allí una vida celestial. Y para que esta casa, que el primero de los apóstoles, el primero de los vicarios de Jesucristo en la tierra, San Pedro, habia consagrado con su presencia, no se dedicase á usos puramente humanos, la cedieron enteramente para un uso puramente divino; para que sirviese de punto de reunion á los primeros fieles, á los nuevos convertidos (1), que se reunian en ella para oir la divina palabra, para recibir el bautismo, para celebrar los santos misterios, para comulgar y tomar tambien el alimento del cuerpo, que la generosidad de aquellas santas hermanas suministraba á todos despues que habian recibido de la boca y de las manos de los apóstoles y de los ministros de la Iglesia el alimento del espíritu (2).

Así, pues, San Pedro fué quien fundó la Iglesia de Roma; pero por las mujeres fué esta Iglesia protegida, alimentada y servida, en la persona de su primera cabeza y de los primeros cristianos. Las mujeres fueron quienes dieron en Roma el primer templo á Jesucristo y el primer asilo á la Iglesia.

Segun San Clemente, citado por Eusebio, la mujer de San Pedro con la que el príncipe de los apóstoles, despues de haber sido llamado al apostolado, vivia como una hermana, le precedió en el camino del martirio. Conducida al suplicio despues de haber confesado generosamente á Jesucristo, y encontrándola San Pedro en el camino, el espectáculo de la firmeza y de la alegría con que ella caminaba á la muerte hizo tal impresion en el corazon del apóstol, que arrodillándose y dando gracias á Dios por la felicidad que concedia á esta noble mujer de morir por su nombre, se sintió más inflamado que nunca por el deseo de seguir cuanto ántes al cielo á la que Dios le habia dado por compañera y por hermana en la tierra. Él la llamó por su nombre, y viéndola tan bien dispuesta, no la dirigió más que estas tiernas palabras: «Mujer, acuérdate del

(1) El soberano Pontífice y mártir San Pío, primero de este nombre, fué quien, viviendo aún estas sublimes vírgenes, convirtió su casa en iglesia, la consagró solemnemente y estableció en ella un bautisterio. Esta iglesia subsiste todavía en Roma bajo el nombre de Santa Pudenciana; éste es el primero de los títulos cardenalicios, porque es la iglesia primera y más antigua de Roma.

(2) «Pius pontifex in ædibus Pudencianæ cum christanis sacra celebrabat. Quibus illa benigne acceptis, quæ ad vitam necessaria erant subpeditabat.» (*Actor.*, IX.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señor.» (Euseb., *Hist. Eccl.*) Y el recuerdo de su santa esposa, que habia confesado á Jesucristo con tanto valor y con tanta alegría, contribuyó mucho al prodigio de fortaleza y alegría con que el santo apóstol sufrió su horrible martirio por la misma causa; y éste fué un venturoso preludio de la parte que la mujer cristiana habia de tener muy pronto en la gloria de la confesion de los mártires en Roma.

San Pedro habia sido tambien ayudado, en su apostolado en Oriente, por Santa Petronila, su hija espiritual; San Andres por Maximila; San Mateo por Ifigenia, hija del Rey; San Felipe por sus dos hijas, que habia tenido ántes de ser llamado á seguir al Señor. Todas estas mujeres fueron vírgenes, que, por consejo de los mismos apóstoles, se habian consagrado á Dios por el voto de virginidad. (A Lap., *in Epist. S. Paul.*)

§ III.—La mision de San Pablo á Filipos, comenzada en las mujeres y promovida por ellas.—Lidia dando su casa al apóstol para establecer en ella la Iglesia.—Priscila haciendo lo mismo en Corinto.—Afecto de esta santa mujer á San Pablo y á la religion cristiana.—Santa Febe, encargada por el mismo apóstol de llevar su famosa *Carta á los romanos*, y trabajando con él, lo mismo que las mujeres Ebodia y Syntichen, en la obra del Evangelio.

Pero ninguno de los apóstoles fué ayudado por las mujeres en sus expediciones y en sus trabajos apostólicos, tanto como el gran apóstol de los gentiles.

Al comenzar San Pablo su apostolado á los gentiles en la ciudad de Filipos, en la Macedonia, se dirigió primero á las mujeres, y su primera conquista á la fe cristiana la hizo en la persona de una mujer. En aquella ciudad habia cierto número de aquellos á quienes los judíos llamaban *prosélitos*, es decir, gentiles, que, sin ser judíos, creian sólo en el verdadero Dios de los judíos, y lo adoraban y lo honraban en toda la rectitud de su alma. Entre estos prosélitos de Filipos, las mujeres parece que eran las más numerosas y las más fervorosas; porque habiendo llegado San Pablo y sus cuatro compañeros, Lúcas, Tito, Sila y Timoteo, en el dia del sábado, encontraron una multitud de mujeres reunidas en un sitio

fuera de la ciudad, cerca del lugar destinado á la oracion, esperando la hora de los ejercicios ordinarios de la religion. Junto á estas mujeres se sentaron los enviados de Dios, y principiaron á hablarles de Jesucristo (1).

Miéntras que sus compañeros evangelizaban á las otras mujeres, San Pablo se dirigió á la que parecia ser la principal de ellas. Ésta era la llamada Lidia, mujer distinguida y rica de la ciudad de Tiatira, que hacía en Filipos un gran comercio de púrpura. Dios le abrió los ojos del entendimiento y del corazon, de tal manera, que habiendo escuchado á San Pablo con la mayor atencion, se convirtió al momento á su predicacion con la mayor docilidad. Un instante despues, bautizada por mano del apóstol, era ya cristiana, y con ella lo eran tambien todas las personas de su casa (2). Ved aquí, pues, cumplido de la manera más generosa el deber de la sumision á la Iglesia, que parece haber encargado Dios á la mujer cristiana; porque ella puso á disposicion del apóstol y de sus compañeros toda su casa y todas sus riquezas. Ella quiso á toda costa que fuesen á habitar en su casa; y nada es más afectuoso que el acento de humildad, de respeto y de caridad con que insiste rogándoles que le concedan esta gracia. «Si os fiais, les decia, en las obligaciones que he contraido para con el Señor, si me creeis fiel á Jesucristo, os suplico que vengais á mi casa, y la destineis para lugar de vuestra mansion.» Esto era, como se ve, una dulce violencia de la fe y de la piedad para con los ministros del Señor; y ellos no pudieron negarle lo que les pedia (3).

Apénas se establecieron ellos en esta venturosa casa, cuando se convirtió en una iglesia. En ella era donde los enviados de Jesucristo convertian á Él á todos aquellos que, atraidos por su gracia, se les presentaban para ser instruidos; en ella fué donde convirtieron un gran número de almas, y donde los nuevos cristianos se

(1) «Die autem sabbathorum, egressi sumus foras portam, juxta flumen, ubi videbatur oratio esse; et sedentes loquebamur mulieribus, quæ convenerant.» (*Act.*, XVI.)

(2) «Et quædam mulier, nomine Lydia, purpuraria civitatis Thyatitenorum, colens Deum, audivit; cujus Dominus aperuit cor intendere iis quæ dicebantur à Paulo. Cum autem baptizata esset et domus ejus.....» (*Ibid.*)

(3) «Deprecata est dicens: Si judicatis me fidelem Domino esse, introite in domum meam et manete. Et coegit nos.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señor.» (Euseb., *Hist. Eccl.*) Y el recuerdo de su santa esposa, que habia confesado á Jesucristo con tanto valor y con tanta alegría, contribuyó mucho al prodigio de fortaleza y alegría con que el santo apóstol sufrió su horrible martirio por la misma causa; y éste fué un venturoso preludio de la parte que la mujer cristiana habia de tener muy pronto en la gloria de la confesion de los mártires en Roma.

San Pedro habia sido tambien ayudado, en su apostolado en Oriente, por Santa Petronila, su hija espiritual; San Andres por Maximila; San Mateo por Ifigenia, hija del Rey; San Felipe por sus dos hijas, que habia tenido ántes de ser llamado á seguir al Señor. Todas estas mujeres fueron vírgenes, que, por consejo de los mismos apóstoles, se habian consagrado á Dios por el voto de virginidad. (A Lap., *in Epist. S. Paul.*)

§ III.—La mision de San Pablo á Filipos, comenzada en las mujeres y promovida por ellas.—Lidia dando su casa al apóstol para establecer en ella la Iglesia.—Priscila haciendo lo mismo en Corinto.—Afecto de esta santa mujer á San Pablo y á la religion cristiana.—Santa Febe, encargada por el mismo apóstol de llevar su famosa *Carta á los romanos*, y trabajando con él, lo mismo que las mujeres Ebodia y Syntichen, en la obra del Evangelio.

Pero ninguno de los apóstoles fué ayudado por las mujeres en sus expediciones y en sus trabajos apostólicos, tanto como el gran apóstol de los gentiles.

Al comenzar San Pablo su apostolado á los gentiles en la ciudad de Filipos, en la Macedonia, se dirigió primero á las mujeres, y su primera conquista á la fe cristiana la hizo en la persona de una mujer. En aquella ciudad habia cierto número de aquellos á quienes los judíos llamaban *prosélitos*, es decir, gentiles, que, sin ser judíos, creian sólo en el verdadero Dios de los judíos, y lo adoraban y lo honraban en toda la rectitud de su alma. Entre estos prosélitos de Filipos, las mujeres parece que eran las más numerosas y las más fervorosas; porque habiendo llegado San Pablo y sus cuatro compañeros, Lúcas, Tito, Sila y Timoteo, en el dia del sábado, encontraron una multitud de mujeres reunidas en un sitio

fuera de la ciudad, cerca del lugar destinado á la oracion, esperando la hora de los ejercicios ordinarios de la religion. Junto á estas mujeres se sentaron los enviados de Dios, y principiaron á hablarles de Jesucristo (1).

Miéntras que sus compañeros evangelizaban á las otras mujeres, San Pablo se dirigió á la que parecia ser la principal de ellas. Ésta era la llamada Lidia, mujer distinguida y rica de la ciudad de Tiatira, que hacía en Filipos un gran comercio de púrpura. Dios le abrió los ojos del entendimiento y del corazon, de tal manera, que habiendo escuchado á San Pablo con la mayor atencion, se convirtió al momento á su predicacion con la mayor docilidad. Un instante despues, bautizada por mano del apóstol, era ya cristiana, y con ella lo eran tambien todas las personas de su casa (2). Ved aquí, pues, cumplido de la manera más generosa el deber de la sumision á la Iglesia, que parece haber encargado Dios á la mujer cristiana; porque ella puso á disposicion del apóstol y de sus compañeros toda su casa y todas sus riquezas. Ella quiso á toda costa que fuesen á habitar en su casa; y nada es más afectuoso que el acento de humildad, de respeto y de caridad con que insiste rogándoles que le concedan esta gracia. «Si os fiais, les decia, en las obligaciones que he contraido para con el Señor, si me creeis fiel á Jesucristo, os suplico que vengais á mi casa, y la destineis para lugar de vuestra mansion.» Esto era, como se ve, una dulce violencia de la fe y de la piedad para con los ministros del Señor; y ellos no pudieron negarle lo que les pedia (3).

Apénas se establecieron ellos en esta venturosa casa, cuando se convirtió en una iglesia. En ella era donde los enviados de Jesucristo convertian á Él á todos aquellos que, atraidos por su gracia, se les presentaban para ser instruidos; en ella fué donde convirtieron un gran número de almas, y donde los nuevos cristianos se

(1) «Die autem sabbathorum, egressi sumus foras portam, juxta flumen, ubi videbatur oratio esse; et sedentes loquebamur mulieribus, quæ convenerant.» (*Act.*, XVI.)

(2) «Et quædam mulier, nomine Lydia, purpuraria civitatis Thyatitenorum, colens Deum, audivit; cujus Dominus aperuit cor intendere iis quæ dicebantur à Paulo. Cum autem baptizata esset et domus ejus.....» (*Ibid.*)

(3) «Deprecata est dicens: Si judicatis me fidelem Domino esse, introite in domum meam et manete. Et coegit nos.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reunian para oir la palabra de la salvacion y alimentarse con el pan de la vida; allí fué donde, al salir de su prision, y ántes de ausentarse de Filipos, se reunieron para recibir á todos los fieles, para consolarlos, para afirmarlos en la fe y animarlos á sufrirlo todo por Jesucristo (1); allí fué, en fin, donde se formó aquella cristiandad de Filipos, tan santa y tan floreciente, á la que diez años despues San Pablo, preso en Roma, escribió su admirable carta, tan llena de reconocimiento, de estimacion y de afecto (2). Por consiguiente, una mujer fué quien suministró á San Pablo en Grecia (como le habia sucedido á San Pedro en Roma) los tesoros, el lugar y los medios materiales de formar la primera iglesia; y esta primera iglesia de los gentiles, que comenzó en la persona de una mujer, debió en gran parte sus progresos y su esplendor al celo, á la generosidad, á la fortaleza y al efecto de esta misma mujer.

Al llegar á Corinto el gran apóstol, fué recibido tambien por una mujer llamada Priscila. Ésta era una mujer judía, que desterrada de Roma, en compañía de Aquila, su esposo, por el edicto del emperador Claudio contra los judíos, se habia retirado á Corinto (3), y que no contenta con haber recibido á San Pablo en su casa, le proporcionó los medios necesarios para ejercer su glorioso apostolado en aquella ciudad, y fundar en ella una numerosa y magnífica iglesia. No es necesario decir que San Pablo pagó abundantemente la generosa hospitalidad de esta mujer, haciéndola cristiana, lo mismo que á su esposo, y áun la primera, la más ferviente y la más santa de los cristianos de Corinto. No es necesario decir tampoco que la casa de Priscila y de Aquila se convirtió en una iglesia, donde se reunian los nuevos convertidos para participar de los sacramentos. Estos santos esposos se habian unido á San Pablo de tal manera, que cuando salió de Corinto para Efeso quisieron seguirle para ayudarle con sus bienes y su influencia en el ejercicio de su ministerio, y velar en defensa de sus preciosos dias; y no

(1) «Exeuntes de carcere, intraverunt ad Lydiam; et visis fratribus, consolati sunt eos; et profecti sunt.» (*Act.*, XVI.)

(2) Véase el capítulo primero de la Epístola de San Pablo á los filipenses.

(3) «Inveniens quædam judæum nomine Aquilam, qui nuper venerat ab Italia, et Priscilam, uxorem ejus, accesit ad eos.» (*Act.*, XVII.)

pudiendo el apóstol resistir á sus instancias, se vió obligado á embarcarse con ellos (1).

En la sedicion que Demetrio excitó contra San Pablo en Efeso, fué tambien Priscila quien, de acuerdo con su esposo, salvó la vida del apóstol, exponiendo la suya; y esta misma mujer fué quien ocultó despues en su casa, en Roma, á donde habia vuelto, al mismo apóstol, con peligro de exponerse ella misma, con toda su familia, al ódio de Neron: *Prisca et Aquila pro anima mea suas cervices subposuerunt.* (*Rom.*, XVI.)

En los mismos *Hechos de los Apóstoles* se lee tambien: «Un judío llamado Apolo, alejandrino de orígen, hombre elocuente y poderoso en el conocimiento de las Escrituras, vino á Efeso. Él habia sido instruido en el camino del Señor, pero muy imperfectamente, porque no conocia más que el bautismo de Juan. Sin embargo, como estaba lleno de fervor, enseñaba con ahinco lo poco que sabía respecto á Jesucristo. Él comenzó, pues, á obrar con confianza en la sinagoga de la ciudad. Pero habiéndole oido Priscila y Aquila, su esposo, y viendo cuán defectuosa era su instruccion, le llamaron y le explicaron más exactamente el camino del Señor: *Diligentius exposuerunt ei viam Domini.* Y queriendo él ir á la Acaya, los mismos hermanos (Priscila y Aquila), despues de haberle dado sus exhortaciones, escribieron á los discípulos (de aquella provincia) para que le recibiesen bien. Habiendo llegado Apolo á aquel país, hizo mucho bien á sus antiguos hermanos, los judíos que acababan de creer, convenciéndoles públicamente por las Escrituras de que Jesucristo era el Mesías.» (*Act.*, XVIII.) Como se ve, Priscila, una mujer, es quien primero advierte la ignorancia de Apolo respecto á la religion cristiana, le llama y le instruye con un cuidado especial en los verdaderos caminos del Señor, le hace apto para todo el bien que habia de producir en Acaya, le alienta con sus exhortaciones y sus consejos, y le ayuda con sus recomendaciones. Ved aquí á Apolo, aquel grande y celoso discípulo y compañero de San Pablo, completamente instruido y hecho apto para el apostolado por una mujer.

Es verdad que en los pasajes tomados de los *Hechos de los Apóstoles*, que acabamos de citar, se habla siempre de Priscila y de Aquila

(1) «Navigavit in Syriam, et cum eo Priscilla et Aquila.» (*Act.*, XVII.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como interesados los dos en la suerte de San Pablo y de sus compañeros. Pero ocupado Aquila en la confeccion y en la venta de sus tiendas de campaña (1), dejaba á su mujer el cargo de cuidar á los hombres de Dios; porque las mujeres son más á propósito para esto que los hombres. Tambien era Priscila quien cuidaba de los intereses religiosos de la mision, porque el instinto y el sentimiento religioso es más fuerte, más inteligente y más exquisito en la mujer que en el hombre. De modo que cuasi todo el honor de los bienes que aquellos ministros del Señor encontraron en la casa de Aquila, pertenece á su admirable esposa.

Se sabe que no fué á un hombre, sino á una mujer, á Santa Febe, á quien San Pablo dió el encargo de llevar de Grecia á Roma su *Carta á los romanos*, aquel primer comentario del Evangelio, aquella obra maestra de exposicion del dogma cristiano. Hablando San Pablo de esta mujer á los fieles de Roma, al fin de la misma carta les dice: «Os recomiendo á Febe, que está en el ministerio de la Iglesia. Os ruego que la recibais bien en el Señor, como conviene que hagan los santos; asistidla en todos los negocios en que pueda necesitar de vosotros; ella es muy digna de que así lo hagais, porque ha asistido á muchos de los nuestros y á mí mismo: *Commendo vobis Phœben, quæ est in ministerio Ecclesiæ, ut eam suscipiatis in Domino, digne sanctis, et asistatis ei in quocumque negotio vestri indiquerit. Ipsa quoque abstitit multis et mihi ipsi.*» Pues bien, estar en el ministerio de la Iglesia es algo más que ejercer la caridad. Los negocios que Febe iba á tratar á Roma no eran temporales, sino espirituales. Es, pues, claro por este pasaje que esta mujer fué el sosten de la cristiandad, y áun del mismo San Pablo en Corinto; que le estaban encomendados los más graves negocios de la Iglesia, y que, en compañía del apóstol, ejercia una especie de apostolado en la Iglesia.

(1) San Pablo habitaba en la casa de estas santas personas, porque era del mismo oficio, que era el de hacer tiendas de campaña para uso de la milicia; los oficios eran honrosos entre los judios. Los más sabios aconsejaban á sus discípulos que se dedicasen al trabajo de sus manos, para no estar á cargo de nadie, á ejemplo de los profetas. Ellos han conservado la memoria de los oficios que ejercian muchos rabinos de los más célebres. San Pablo, pues, trabajaba, y daba por regla (*Act.*, XX; II, *Thesal.*, II) que el que no trabajaba no debia tampoco comer. (Fleury, *Historia*, lib. I.)

Lo mismo debe decirse de Evodia y de Syntyche; porque San Pablo dice de ellas que trabajaron con él, con San Clemente y los otros hombres apostólicos, en la obra del Evangelio: *Quæ mecum laboraverunt in Evangelio, cum Clemente et cæteris adjutoribus meis.* (*Philip*, I.) Esto hizo creer á los intérpretes que estas dos grandes cristianas eran mujeres principales (*primariæ*) en la Iglesia de Filipos y que estaban al frente de la mision cristiana de esta ciudad. (*Apud. A. Lap., hic.*)

§ IV. — Santa Tecla, la protomáetir y la primera jóven que se consagró al Señor con el voto de virginidad. — Sus altas cualidades. — Progresos que hizo en la escuela de San Pablo. — Cómo ayudó á este apóstol. — Su apostolado; su glorioso martirio. — Magnífico cuadro que San Ambrosio trazó de Santa Tecla expuesta á los leones. — Su muerte. — Apostolado de Santa Marta y de otras santas mujeres del tiempo de los apóstoles.

Pero la mujer que más ayudó á Pan Pablo en su apostolado en Oriente fué Santa Tecla, la protomártir de las mujeres, como San Estéban lo fué de los hombres, y la primera mujer cristiana, convertida del paganismo, que abrazó la vida celestial de la virginidad voluntaria, aconsejada por el Evangelio.

Habiéndola destinado Dios para desempeñar un papel tan importante y tan grandioso en la Iglesia naciente, se dignó reunir en ella todas las ventajas, todas las cualidades, todas las grandezas y todas las glorias; porque, descendiente de la más noble familia de la ciudad de Icon, en Licaonia, heredera de una gran fortuna y jóven de una rara belleza, era universalmente admirada, más bien que por sus ventajas del nacimiento y del cuerpo, por la elevacion de su espíritu, por la nobleza de su carácter y la bondad de su corazon. Habiéndose dedicado con ardor á los estudios de la literatura y de la filosofía, habia hecho en ellos admirables progresos. Pero habiendo asistido á la predicacion de San Pablo, esta predicacion la movió y la convirtió. Los progresos que hizo en poco tiempo en la ciencia divina del Cristianismo y de la salvacion fueron todavía más admirables que los que habia hecho en las ciencias humanas. San Pablo la habia instruido con un cuidado especial, y aprovechándose de las disposiciones de su bella alma, le reveló las gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como interesados los dos en la suerte de San Pablo y de sus compañeros. Pero ocupado Aquila en la confeccion y en la venta de sus tiendas de campaña (1), dejaba á su mujer el cargo de cuidar á los hombres de Dios; porque las mujeres son más á propósito para esto que los hombres. Tambien era Priscila quien cuidaba de los intereses religiosos de la mision, porque el instinto y el sentimiento religioso es más fuerte, más inteligente y más exquisito en la mujer que en el hombre. De modo que cuasi todo el honor de los bienes que aquellos ministros del Señor encontraron en la casa de Aquila, pertenece á su admirable esposa.

Se sabe que no fué á un hombre, sino á una mujer, á Santa Febe, á quien San Pablo dió el encargo de llevar de Grecia á Roma su *Carta á los romanos*, aquel primer comentario del Evangelio, aquella obra maestra de exposicion del dogma cristiano. Hablando San Pablo de esta mujer á los fieles de Roma, al fin de la misma carta les dice: «Os recomiendo á Febe, que está en el ministerio de la Iglesia. Os ruego que la recibais bien en el Señor, como conviene que hagan los santos; asistidla en todos los negocios en que pueda necesitar de vosotros; ella es muy digna de que así lo hagais, porque ha asistido á muchos de los nuestros y á mí mismo: *Commendo vobis Phœben, quæ est in ministerio Ecclesiæ, ut eam suscipiatis in Domino, digne sanctis, et asistatis ei in quocumque negotio vestri indiquerit. Ipsa quoque abstitit multis et mihi ipsi.*» Pues bien, estar en el ministerio de la Iglesia es algo más que ejercer la caridad. Los negocios que Febe iba á tratar á Roma no eran temporales, sino espirituales. Es, pues, claro por este pasaje que esta mujer fué el sosten de la cristiandad, y áun del mismo San Pablo en Corinto; que le estaban encomendados los más graves negocios de la Iglesia, y que, en compañía del apóstol, ejercia una especie de apostolado en la Iglesia.

(1) San Pablo habitaba en la casa de estas santas personas, porque era del mismo oficio, que era el de hacer tiendas de campaña para uso de la milicia; los oficios eran honrosos entre los judios. Los más sabios aconsejaban á sus discípulos que se dedicasen al trabajo de sus manos, para no estar á cargo de nadie, á ejemplo de los profetas. Ellos han conservado la memoria de los oficios que ejercian muchos rabinos de los más célebres. San Pablo, pues, trabajaba, y daba por regla (*Act.*, XX; II, *Thesal.*, II) que el que no trabajaba no debia tampoco comer. (Fleury, *Historia*, lib. I.)

Lo mismo debe decirse de Evodia y de Syntyche; porque San Pablo dice de ellas que trabajaron con él, con San Clemente y los otros hombres apostólicos, en la obra del Evangelio: *Quæ mecum laboraverunt in Evangelio, cum Clemente et cæteris adjutoribus meis.* (*Philip*, I.) Esto hizo creer á los intérpretes que estas dos grandes cristianas eran mujeres principales (*primariæ*) en la Iglesia de Filipos y que estaban al frente de la mision cristiana de esta ciudad. (*Apud. A. Lap., hic.*)

§ IV. — Santa Tecla, la protomáetir y la primera jóven que se consagró al Señor con el voto de virginidad. — Sus altas cualidades. — Progresos que hizo en la escuela de San Pablo. — Cómo ayudó á este apóstol. — Su apostolado; su glorioso martirio. — Magnífico cuadro que San Ambrosio trazó de Santa Tecla expuesta á los leones. — Su muerte. — Apostolado de Santa Marta y de otras santas mujeres del tiempo de los apóstoles.

Pero la mujer que más ayudó á Pan Pablo en su apostolado en Oriente fué Santa Tecla, la protomártir de las mujeres, como San Estéban lo fué de los hombres, y la primera mujer cristiana, convertida del paganismo, que abrazó la vida celestial de la virginidad voluntaria, aconsejada por el Evangelio.

Habiéndola destinado Dios para desempeñar un papel tan importante y tan grandioso en la Iglesia naciente, se dignó reunir en ella todas las ventajas, todas las cualidades, todas las grandezas y todas las glorias; porque, descendiente de la más noble familia de la ciudad de Icon, en Licaonia, heredera de una gran fortuna y jóven de una rara belleza, era universalmente admirada, más bien que por sus ventajas del nacimiento y del cuerpo, por la elevacion de su espíritu, por la nobleza de su carácter y la bondad de su corazon. Habiéndose dedicado con ardor á los estudios de la literatura y de la filosofía, habia hecho en ellos admirables progresos. Pero habiendo asistido á la predicacion de San Pablo, esta predicacion la movió y la convirtió. Los progresos que hizo en poco tiempo en la ciencia divina del Cristianismo y de la salvacion fueron todavía más admirables que los que habia hecho en las ciencias humanas. San Pablo la habia instruido con un cuidado especial, y aprovechándose de las disposiciones de su bella alma, le reveló las gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dezas y los encantos de la vida virginal. Tecla no se contentó con hacerse simplemente cristiana recibiendo el bautismo; ella quiso hacerse cristiana perfecta, renunciando á las nupcias de Thamaride, noble y poderoso personaje á quien habia sido prometida, y consagrándose enteramente á Jesucristo por el voto de virginidad, hecho en manos del mismo apóstol. (*Act. Mart.*, 23 Sep.)

Desde este momento se unió á San Pablo como á su padre, que la habia engendrado á Jesucristo por el Evangelio, y como á su maestro en la fe.

San Ambrosio la llama la compañera del apóstol, *socia Apostoli;* no porque, como han soñado ciertos herejes en la impureza sacrílega de su espíritu, la llevase San Pablo siempre en su compañía, hasta el punto de serle motivo de tentacion, sino porque todo el tiempo que el apóstol permaneció en Asia, la rica y generosa vírgen le ayudó, por todos los medios que estaban á su alcance, en la obra del ministerio apostólico; de modo que San Pablo le debió en gran parte los triunfos que alcanzó en aquella comarca. Y en efecto, parece que Santa Tecla, como nos lo manifiestan las *actas de su martirio*, por su talento, por su elocuencia, por sus riquezas, por sus relaciones, y mucho más aún por la constancia y el ardor de su fe, como tambien por la santidad de su vida, convertia tantas almas á Jesucristo como el mismo San Pablo con el poder de su palabra (1).

Pero la vida de apóstol no se corona dignamente sino con el martirio. Por lo mismo Santa Tecla, que habia participado del mérito de las obras apostólicas de San Pablo, le precedió en la gloria del martirio. Irritado su prometido de ver que Tecla habia renunciado á su mano para seguir los sublimes consejos del Evangelio, principió á calumniarla y á perseguirla de todas las maneras posibles; y cuando llegaron á aquella provincia los edictos sanguinarios de los emperadores proscribiendo á los cristianos, él fué quien la acusó á los tribunales como cristiana, y como que *con sus prestigios* atraia al pueblo al Cristianismo. Ella fué, no sólo la primera mártir, sino la más gloriosa. Ningun héroe cristiano sufrió jamas más rudos ni más numerosos ataques que la santa vírgen Tecla, en su noble resolucion de permanecer hasta la muerte en la confesion de

(1) «Cujus fidei ardore et vitæ sanctitate, multi ad Christum conversi sunt.» (*Brev. Rom.*, 23 Sep., *ex Act.*)

la fe de Jesucristo. Su prometido, su padre, su madre, sus parientes, sus amigos, sus mismos jueces, no omitian medio alguno para hacerla quebrantar su propósito, con el fin, segun decian, de salvarla; pero nada consiguieron. Despues de haber triunfado de las lágrimas de sus padres, de todas las seducciones del mundo y de las amenazas de los magistrados, triunfó con la misma facilidad de los suplicios más crueles que la más refinada barbarie pudo jamas inventar. Atormentada, desgarrado su cuerpo virginal, no desmintió un solo instante la firmeza de su alma, y confundió á sus tiranos y á sus verdugos con la calma, la felicidad y el gozo que manifestaba en medio de los tormentos. Habiéndosela intimado que renegase de Jesucristo, bajo pena de ser arrojada á una hoguera que estaba preparada, no esperó á ser arrojada en ella por la impura mano del verdugo, sino que, armándose con la señal de la cruz, se arrojó ella misma (1). Respetada milagrosamente por las llamas, fué arrojada á una fosa llena de serpientes; pero libre tambien de una muerte cierta y cruel por la gracia de Jesucristo, fué trasladada, cargada de cadenas, á Antioquía, la metrópoli del Asia, y allí, en presencia de un pueblo inmenso, fué expuesta á los leones en el anfiteatro. Dejarémos hablar á San Ambrosio, que en un discurso lleno de elocuencia, de elegancia y de gracia, áun bajo el punto de vista literario, trazó el admirable cuadro de esta vírgen delicada en presencia de los leones, y de los leones echados á sus piés y rindiéndola homenaje, en vez de devorarla.

«¡Cuán hermoso era, dice el Santo, ver á la fiera, echada ante la la vírgen, lamiéndole los piés, é indicando con un sordo rugido que le estaba prohibido desgarrar su cuerpo sagrado! La fiera parecia que adoraba su presa, y olvidando su propia naturaleza, parece que se vestia de los sentimientos humanos de que los hombres se habian despojado. Se diria, en efecto, que los autores de aquella escena habian trocado en cierto modo su naturaleza: porque los hombres, respirando ferocidad, excitaban á la fiera á que se enfureciese contra la vírgen; miéntras que la fiera, limitándose á besarla los piés, enseñaba á los hombres lo que deberian hacer. ¡Parece que la virginidad tiene un prestigio especial, supuesto que los mis-

(1) «In ardentem rogum, qui, nisi Christo renunciaret, ei paratus erat, prius signo crucis armata, seipsam injecit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos leones la admiran en cierto modo! Cosa prodigiosa es en verdad; ellos están acostumbrados á devorar hombres, y esta costumbre no los arrastra; ellos son feroces por naturaleza, y esta ferocidad no les hace devorar su presa; Parece, por el contrario, que ellos dan á los hombres una leccion de religion, adorando á la mártir, y áun una leccion de castidad, pues que no le besaban más que las plantas de los piés, y que estaban con los ojos bajos y modestos, pareciendo indicar que ningun macho, áun cuando sea bestia, debe mirar á una vírgen despojada de vestiduras» (1).

Entre tanto, haciendo éste nuevo milagro una impresion profunda en los tiranos, lo mismo que en el pueblo, no osaron volver á tocar á aquel prodigio viviente de todas las virtudes, á aquella virtud viviente de todos los prodigios. Santa Tecla volvió á su patria, y despues de haber vivido algun tiempo en la soledad de una montaña, habiendo vuelto á seguir su apostolado de prodigios y de virtudes, que la hizo célebre en la Iglesia, lo continuó hasta la edad de noventa años, en que fué á reposar en el Señor. Su cuerpo fué sepultado en Seleucia (2).

Tal fué, entre las mujeres, la más noble de las discípulas de San Pablo, la primera de las vírgenes esposas del Cordero divino, el primer gérmen de su sangre, el primer prodigio de su gracia, la primera ejecutora de sus consejos, el primer testigo de su religion, la guía de tantos millares de almas sublimes como la han seguido por el espacio de diez y ocho siglos en el camino de la virginidad y del martirio.

(1) «Cernere erat lingentem pedem bestiam, cubitare humi, muto testificantem sono quod sacrum virginis corpus violare non posset. Ergo adorabat prædam suam bestia, et proprie oblita naturæ, naturam induerat quam homines amisserant. Videres, quadam naturæ transfusione, homines feritatem indutos, sævitiam imperare bestiæ: bestiam, exosculantem pedes virginis, docere quid homines deberent. Tantum habet virginitas admirationis, ut eam etiam leones mirentur. Non impastos cibus flexit. Non stimulatos ira exasperavit. Non usus decepit adsuetos. Non feros natura possedit. Docuerunt religionem, dum adorant martyrem. Docuerunt etiam castitatem, dum virginis nihil aliud nisi pedes exosculantur, demersis in terram oculis, tamquan verecundantibus ne mas aliquid vel bestia, virginem nudam videret.» (*De virginibus.*)

(2) «Iterum in patriam rediens, in montem sola decesit: deinde multis virtutibus et miraculis insignis nonagenaria migravit ad Dominum, ac Seleuciæ sepulta est.» (*Brev. Rom.*)

Ademas de San Ambrosio, San Agustin, San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nacianzo, San Gregorio de Niza y otros padres han celebrado tambien las glorias de Santa Tecla y le han tributado los más sublimes elogios. Así es como debia ser honrada por la Iglesia la primera de las maravillas y de las glorias de la Iglesia, y uno de los más espléndidos ornatos del siglo de los apóstoles.

Pero éstas no fueron las únicas mujeres que asistieron á los apóstoles y participaron de los trabajos y de las glorias de su ministerio.

San Pablo prohibió á la mujer enseñar en la iglesia; mas parece que fuera de la iglesia se le permitia la enseñanza y áun la predicacion.

En los monumentos inéditos del apostolado de Santa María Magdalena se dice que en un antiguo sello de Tarascon se representa á Santa Marta en la cátedra evangelizando al pueblo. En la misma obra se refiere que, habiendo querido un jóven atravesar el Ródano á nado para ir á oir la predicacion de Santa Marta, se ahogó, y la misma Santa lo resucitó. En un antiguo *Breviario* se trata tambien de la predicacion de Santa Marta en Aviñon: *Cum apud Avinionem prædicaret.* Finalmente, en la *Vida de los Santos*, de Membridius Bonini, se refiere que, habiendo sido arrojados los sacerdotes del contorno de las ciudades donde predicaban, recurrieron á Santa Marta, á quien miraban como á su madre en la fe, y ella, con la eficacia de sus oraciones á Dios, consiguió reconciliarlos con sus conciudadanos; porque Santa Marta, prosigue el mismo autor, era la *mujer-obispo* de todos los creyentes de aquel tiempo; su tierna madre, que los alimentaba á todos, como una gallina alimenta sus pollos, administrando á la multitud de los fieles todos los auxilios necesarios para el alma y para el cuerpo (1).

Sabemos que los escritores de cierta escuela han procurado, por medio de una excesiva crítica, poner en duda el apostolado de Marta y de Magdalena, cuyas tradiciones se hallan todavía vivas en

(1) «Cum antistites à propriis urbibus, eorum prædicationem respuentibus, tum ejecti, ad ejus præsidium, veluti ad matris suæ asylum concurrissent; beatæ Martæ fusis Deo precibus, cibibus suis reconciliati sunt. Erat enim *Episcopa* omnium credentium tunc temporis, mater pia et nutrix. Nutriebat cunctos ut gallina pullos, nam credentium multitudini animæ et corporis necessaria ministrabat.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo el Mediodía de la Francia (1). Pero no comprendemos este malhadado celo de ciertos católicos franceses de disputar á su país la gloria de haber recibido la fe cristiana por las dos mujeres más santas del Evangelio, á quienes el Hijo de Dios honró con las mayores demostraciones de su bondad.

Orígenes, San Juan Crisóstomo y Haymon hablan de muchas mujeres de esta misma época que eran *ministros de la Iglesia*, y que por su celo habian llegado á merecer el glorioso título de apóstoles; que continuaban, del modo que podian hacerlo, la obra de los apóstoles y de los evangelistas, y que predicaban por las casas, especialmente á las personas de su sexo (2).

§ V.—Otras glorias de la mujer cristiana del tiempo de los apóstoles.—Vida de la mujer cristiana en la misma época, segun Tertuliano.—El mismo Jesucristo le encargó el cuidado temporal de la Iglesia.—Cómo cumplieron entónces ciertas mujeres cristianas esta mision.—Las mujeres de la primitiva Iglesia se ocupaban en la misma época, con un admirable éxito, en convertir á los paganos.—La santa industria de su celo para penetrar en las prisiones y sostener y consolar á los mártires.

Mas ved aquí otras glorias de la mujer cristiana en la misma época de los apóstoles.

Habiendo estallado las primeras persecuciones contra los cristia-

(1) «Ciertas tradiciones existen en esas provincias, tradiciones piadosas, trasmitidas de siglo en siglo por los monumentos y las leyendas. Estas tradiciones refieren que Marta y Lázaro, el resucitado del sepulcro, y María Magdalena, que habian vivido con Jesucristo y escuchado sus divinas palabras, abandonando la Palestina, arribaron á las playas de la Provenza para anunciar allí la fe nueva. Todas las comarcas del Mediodía están llenas de estas mismas tradiciones. En el glorioso municipio de Arlés (que fué capital del Imperio) áun en el dia de hoy se arrastra la *Parrasca*, horrible monstruo que Santa Marta venció en su viaje por el Ródano, imágen del paganismo abatido ó de algunas calamidades que asolaban la comarca. En Marsella todos los años las corporaciones, los sacerdotes y el pueblo llevan en procesion el busto de oro de San Lázaro, primer obispo de la antigua ciudad. En tiempo de la caballería se iba á visitar la gruta donde la Magdalena arrepentida se habia retirado para llorar sus pecados; santa leyenda de amor de la Edad Media. Francisco I hizo dos veces esta peregrinacion.» (Capefigue, *Los cuatro primeros siglos de la Iglesia cristiana*, tomo I, pág. 11.) Ved aquí un escritor lego que da á ciertos teólogos una leccion en regla del respeto que se debe á las piadosas tradiciones de los pueblos cristianos.

(2) «Diximus haberi feminas in Ecclesia ministras..... quæ per bona offi-

nos, Santa Pudenciana y Santa Práxedes se encargaron de ocultar á los fieles perseguidos, de visitarlos y alimentarlos en los calabozos, de animarlos en medio de los tormentos, de reunir sus reliquias, de recoger su sangre y enterrar sus cuerpos; y ellas tambien alimentaban al mismo tiempo á los pobres, cuidaban á los enfermos y proveian á todas las necesidades de la Iglesia (1); y siendo las primeras y las verdaderas hijas de la Iglesia, por su docilidad y su obediencia á la Iglesia, fueron las primeras y las verdaderas madres de la infancia de la Iglesia, por la generosidad y la constancia de su afecto, por la ternura de su amor á todos los cristianos, á todos los miembros de la Iglesia.

¿Quereis saber cuál fué la vida de las mujeres cristianas en los primeros siglos del Cristianismo? Tertuliano nos lo va á decir. Procurando retraer á toda mujer cristiana de casarse con un pagano, é indicándole lo que no le era permitido hacer en un matrimonio semejante, nos ha dicho lo que ella debia hacer, y lo que hacía en efecto. «La esposa fiel, dice, está obligada á observar la ley de Dios. Pues bien; unida á un esposo que no la respeta, ¿cómo podrá servir á un mismo tiempo á Dios y á su esposo? Por deferencia á éste será necesario que ella siga las costumbres profanas, que consienta en los atavíos y en todas las vanidades mundanas, que se haga esclava de sus lúbricos caprichos, y que, para agradarle, profane la santidad del lecho nupcial. ¿Dónde encontrará ella el tiempo necesario para dedicarse á los ejercicios de la piedad cristiana, esclavizada por un señor que la arrastra donde quiere? ¿Irá ella con su permiso á asistir á sus hermanos, los cristianos pobres, á visitar á los indigentes; abandonará de noche el lecho para ir á participar de la celebracion de la Pascua, ya sea en la mesa del Señor (en la sagrada Eucaristía), ya sea en nuestros *ágapes* (2) fraternales, que el pa-

cia ad apostolicam laudem meruerunt pervenire.» (Orig.) «Hæc apostolorum et evangelistarum cursum suscepit.» (Crysóstomo.) «Hæc laborabat, officium prædicationis feminis impendens.» (Haymon.)

(1) «Praxedes, virgo romana, Pudencianæ virginis soror, Marco Antonio imperatore christianos persequente, eos facultatibus, opera, consolatione, et omni charitatis officio, prosequebatur. Nam alios domi occultabat, alios ad fidei constantiam hortabatur, aliorum corpora sepeliebat: iis qui in carcere inclusi erant, et qui in ergastulis exercebantur, nulla re deerat.» *Brev. Rom.*, 21 Jul.)

(2) Comida ó ceremonia de los primeros cristianos en las iglesias.

todo el Mediodía de la Francia (1). Pero no comprendemos este malhadado celo de ciertos católicos franceses de disputar á su país la gloria de haber recibido la fe cristiana por las dos mujeres más santas del Evangelio, á quienes el Hijo de Dios honró con las mayores demostraciones de su bondad.

Orígenes, San Juan Crisóstomo y Haymon hablan de muchas mujeres de esta misma época que eran *ministros de la Iglesia*, y que por su celo habian llegado á merecer el glorioso título de apóstoles; que continuaban, del modo que podian hacerlo, la obra de los apóstoles y de los evangelistas, y que predicaban por las casas, especialmente á las personas de su sexo (2).

§ V.—Otras glorias de la mujer cristiana del tiempo de los apóstoles.—Vida de la mujer cristiana en la misma época, segun Tertuliano.—El mismo Jesucristo le encargó el cuidado temporal de la Iglesia.—Cómo cumplieron entónces ciertas mujeres cristianas esta mision.—Las mujeres de la primitiva Iglesia se ocupaban en la misma época, con un admirable éxito, en convertir á los paganos.—La santa industria de su celo para penetrar en las prisiones y sostener y consolar á los mártires.

Mas ved aquí otras glorias de la mujer cristiana en la misma época de los apóstoles.

Habiendo estallado las primeras persecuciones contra los cristia-

(1) «Ciertas tradiciones existen en esas provincias, tradiciones piadosas, trasmitidas de siglo en siglo por los monumentos y las leyendas. Estas tradiciones refieren que Marta y Lázaro, el resucitado del sepulcro, y María Magdalena, que habian vivido con Jesucristo y escuchado sus divinas palabras, abandonando la Palestina, arribaron á las playas de la Provenza para anunciar allí la fe nueva. Todas las comarcas del Mediodía están llenas de estas mismas tradiciones. En el glorioso municipio de Arlés (que fué capital del Imperio) áun en el dia de hoy se arrastra la *Parrasca*, horrible monstruo que Santa Marta venció en su viaje por el Ródano, imágen del paganismo abatido ó de algunas calamidades que asolaban la comarca. En Marsella todos los años las corporaciones, los sacerdotes y el pueblo llevan en procesion el busto de oro de San Lázaro, primer obispo de la antigua ciudad. En tiempo de la caballería se iba á visitar la gruta donde la Magdalena arrepentida se habia retirado para llorar sus pecados; santa leyenda de amor de la Edad Media. Francisco I hizo dos veces esta peregrinacion.» (Capefigue, *Los cuatro primeros siglos de la Iglesia cristiana*, tomo I, pág. 11.) Ved aquí un escritor lego que da á ciertos teólogos una leccion en regla del respeto que se debe á las piadosas tradiciones de los pueblos cristianos.

(2) «Diximus haberi feminas in Ecclesia ministras..... quæ per bona offi-

nos, Santa Pudenciana y Santa Práxedes se encargaron de ocultar á los fieles perseguidos, de visitarlos y alimentarlos en los calabozos, de animarlos en medio de los tormentos, de reunir sus reliquias, de recoger su sangre y enterrar sus cuerpos; y ellas tambien alimentaban al mismo tiempo á los pobres, cuidaban á los enfermos y proveian á todas las necesidades de la Iglesia (1); y siendo las primeras y las verdaderas hijas de la Iglesia, por su docilidad y su obediencia á la Iglesia, fueron las primeras y las verdaderas madres de la infancia de la Iglesia, por la generosidad y la constancia de su afecto, por la ternura de su amor á todos los cristianos, á todos los miembros de la Iglesia.

¿Quereis saber cuál fué la vida de las mujeres cristianas en los primeros siglos del Cristianismo? Tertuliano nos lo va á decir. Procurando retraer á toda mujer cristiana de casarse con un pagano, é indicándole lo que no le era permitido hacer en un matrimonio semejante, nos ha dicho lo que ella debia hacer, y lo que hacía en efecto. «La esposa fiel, dice, está obligada á observar la ley de Dios. Pues bien; unida á un esposo que no la respeta, ¿cómo podrá servir á un mismo tiempo á Dios y á su esposo? Por deferencia á éste será necesario que ella siga las costumbres profanas, que consienta en los atavíos y en todas las vanidades mundanas, que se haga esclava de sus lúbricos caprichos, y que, para agradarle, profane la santidad del lecho nupcial. ¿Dónde encontrará ella el tiempo necesario para dedicarse á los ejercicios de la piedad cristiana, esclavizada por un señor que la arrastra donde quiere? ¿Irá ella con su permiso á asistir á sus hermanos, los cristianos pobres, á visitar á los indigentes; abandonará de noche el lecho para ir á participar de la celebracion de la Pascua, ya sea en la mesa del Señor (en la sagrada Eucaristía), ya sea en nuestros *ágapes* (2) fraternales, que el pa-

cia ad apostolicam laudem meruerunt pervenire.» (Orig.) «Hæc apostolorum et evangelistarum cursum suscepit.» (Crysóstomo.) «Hæc laborabat, officium prædicationis feminis impendens.» (Haymon.)

(1) «Praxedes, virgo romana, Pudencianæ virginis soror, Marco Antonio imperatore christianos persequente, eos facultatibus, opera, consolatione, et omni charitatis officio, prosequebatur. Nam alios domi occultabat, alios ad fidei constantiam hortabatur, aliorum corpora sepeliebat: iis qui in carcere inclusi erant, et qui in ergastulis exercebantur, nulla re deerat.» *Brev. Rom.*, 21 Jul.)

(2) Comida ó ceremonia de los primeros cristianos en las iglesias.

gano no conoce más que por las calumnias? ¿Qué marido pagano consentiria esto? ¿Hay alguno que permita á su mujer que descienda á los calabozos para besar las cadenas de los santos confesores, lavarles los piés, dar y recibir el beso de paz, cumplir todos los deberes de hospitalidad con los extranjeros, obligaciones todas que nos exponen al ódio de los infieles? Vedla, pues, reducida á la peligrosa alternativa de violar su fe disimulándola, ó de turbar la paz doméstica excitando las sospechas y las persecuciones de su esposo. Y ¿cómo podréis ocultar á su curiosidad los signos de la cruz que imprimís en vuestro cuerpo y en vuestro lecho? ¿Cómo ocultar á su vista lo que tomais secretamente (la sagrada comunion) ántes de todo alimento? ¿Podrá ella pronunciar en voz alta el nombre de Dios, invocar en alta voz á Jesucristo y buscar el alimento de su fe en la lectura de la Escritura Santa? ¿Podrá ella, como mujer cristiana, ir á la iglesia para recibir el Espíritu Santo, para encontrar el refrigerio de su alma y obtener la bendicion de Dios? ¿No se encontrará, por el contrario, entre objetos que le son extraños, entre objetos hostiles á la religion, objetos condenados, inventados por el genio del mal para hacerle difícil su salvacion?» (*Ad uxorem*, lib. II, cap. VI.)

Así, pues, segun este notable testimonio, la vida de la mujer cristiana en la primera época del Cristianismo, áun en el estado del matrimonio, no era otra cosa que una vida dividida entre la práctica de la religion y las obras de la caridad; no era más que una vida de fe con respecto á Dios, y de devocion con respecto á la Iglesia.

En los libros santos se dice: «Donde no está la mujer, gime el enfermo: *Ubi non est mulier, ingemiscit æger.*» (*Eccl.*, XXXVI.) Esto significa que el ministerio y el cuidado de la mujer para el alivio de las miserias del cuerpo es tan necesario como el ministerio y el cuidado del sacerdote para el alivio de las enfermedades del alma.

Pues bien; Jesucristo, en su inefable ternura por la Iglesia, su esposa y su obra, queriendo proporcionarle toda clase de auxilios y de consuelos durante su peregrinacion sobre la tierra, le proporcionó y le aseguró los cuidados afectuosos de la mujer. Y así como en el órden espiritual dió á sus ministros y á sus doctores el encargo de ilustrar siempre á la Iglesia con la luz divina, de que son depositarios, y de santificarla con las gracia divina, de que son

dispensadores, de la misma manera en el órden temporal dió á la mujer cristiana el encargo de socorrer á la Iglesia en su pobreza, de asistirla en sus necesidades y de consolarla en sus padecimientos y en sus dolores. Y así como la Iglesia ha tenido y tendrá siempre en su cabeza, en sus obispos, en sus sacerdotes y en sus doctores unos verdaderos padres respecto al ministerio de las almas, así tambien ha tenido y tendrá siempre en las mujeres verdaderamente católicas unas verdaderas madres respecto al alivio de los cuerpos.

En efecto, el espíritu de amor y de ternura maternal respecto á la Iglesia, de que Pudenciana y Práxedes dieron las primeras el ejemplo por medio de las obras, no se extinguió con ellas; ha sobrevivido á ellas, y no se extinguirá jamas en la Iglesia hasta el fin del mundo.

Flavia Domitila, Martina, Susana, Cecilia, Prisca y Lucina caminaron por sus mismos vestigios. Estas nobles almas, lo mismo que otras muchas vírgenes heroicas ó santas viudas, tan ilustres por las virtudes del Cristianismo como por las ventajas del nacimiento, de la riqueza y de la belleza, se señalaron tambien por la generosidad y la constancia de su afecto en socorrer y servir á la Iglesia. Ellas tambien ofrecieron sus casas para que en ellas se edificasen templos al Señor (1). Ellas tambien se despojaron de cuanto poseian, para dotar y enriquecer á la Iglesia (2).

Santa Anastasia alimentó con sus bienes y sostuvo con sus exhor-

(1) La iglesia de Santa Cecilia es su antigua casa. La iglesia de San Marcelo es la casa de Santa Lucina, que esta grande señora, cuyo nombre es tan célebre en la Iglesia, cedió al mismo santo Pontífice para que en ella edificase un templo. Lo mismo puede decirse de la mayor parte de las iglesias antiguas de Roma.

(2) «La Iglesia recibia ofrendas secretas y propiedades por testamento ó por donacion entre vivos. Priscila y Lucina, nobles señoras romanas, fueron las dos discípulas más fervorosas del papa Marcelo. La una fundó el cementerio cristiano, que conserva su nombre, junto á la vía Salaria, tan lleno de sepulcros con los signos visibles de la fe, melancólicos vestigios de aquel tiempo.—¿Cuál es el piadoso viajero que va á Roma y no visita el cementerio de Santa Lucina?—La otra dió todos sus bienes á la Iglesia, como á la madre comun, para el alimento de sus pobres y el ornato de sus altares. Estos son los dos primeros testimonios auténticos de las donaciones piadosas hechas á la sociedad general y fraternal de los cristianos.» (Capefigue, *Les quatre siècles*, etc., tomo II, pág. 246.) Y estas donaciones fueron hechas por mujeres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taciones por espacio de dos años al mártir San Crisógono, encerrado en un calabozo (1); encomendándose contínuamente á sus oraciones para poder triunfar ella tambien de los horribles padecimientos que le esperaban por permanecer fiel á Jesucristo. Se ve, pues, que aquellos santos héroes de la fe nada se atribuian, nada se prometian de sus propias fuerzas, sino que esperaban de lo alto la virtud sobrenatural, que debia hacerlos grandes en el combate; así se ayudaban ellos con las oraciones, las exhortaciones y los mutuos ejemplos; y muchas veces las mujeres aparecieron más fuertes y más admirables que los hombres. Una mujer fué quien ocultó en su casa por espacio de tres meses al gran sacerdote y mártir San Félix de Nola. (*Brev. Rom.*, 4 Jun.) Pero al mismo tiempo que aquellas humildes siervas, aquellas tiernas madres de la Iglesia la asistian con sus cuidados, no dejaban de contribuir á propagarla y á ilustrarla con la actividad de su celo y el heroismo de su fe.

Tertuliano decia á los paganos: «Ya veis que, á pesar de vuestra injustia, de vuestro furor y de vuestra brutalidad en perseguirnos, nos hemos introducido en todas partes: nosotros estamos en el palacio de los emperadores, en el Senado, en el foro y en la milicia; nosotros no os hemos dejado más que los lugares infames y los templos de los ídolos. En ellos únicamente es donde no encontraréis á los cristianos.» Nada era más cierto; pero no se ha notado lo bastante que esta propagacion tan extensa y tan rápida del Cristianismo, en Roma y en todo el mundo, que causaba la admiracion y la desesperacion del paganismo, fué en gran parte obra de las mujeres.

Los ministros sagrados de la divina palabra no siempre podian anunciarla en público, y debiéndose limitar á ciertas predicaciones parciales y secretas, en sus prisiones ó en las casas particulares, no tenian accion directa sobre la masa del pueblo, ni llegaban á los hombres sino por medio de las mujeres. Éstas eran generalmente las primeras que se convertian, y convertidas, atraian en pos de sí un gran número de hombres. Ellas eran las primeras que revelaban la religion de Jesucristo á sus esposos, á sus hijos y á sus hermanos; que excitaban en ellos el deseo de oir una explicacion más

(1) «Romæ inclusus in carcere, ibi, biennio, sanctæ Anastasiæ facultatibus vixit.» (*Brev. Rom.*, 24 Nov.)

extensa del Cristianismo, y de este modo los llevaban á los piés de los pontífices y de los ministros de la Iglesia.

Puede decirse tambien que este espíritu de celo en convertir los paganos al Cristianismo, y á formar de ellos mártires de Jesucristo, ha sido uno de los caractéres propios de las mujeres mártires de nuestra religion.

Generalmente sus palabras eran tan poderosas y sus instrucciones familiares tan completas, que cuasi no quedaba que hacer otra cosa al sacerdote que recibir en la Iglesia aquellas conquistas del celo de la mujer, y administrarles el bautismo.

De una sola vez presentó Santa Pudenciana á San Pío noventa y seis personas. Estos eran hombres y mujeres á quienes ella habia convertido é instruido tan bien, que el santo Pontífice no tuvo que hacer más que bautizarlos (1).

Santa Martina era diaconisa titular de la iglesia que conserva todavía su nombre en Roma. En cualidad de tal, se ocupó de la conversion de los idólatras, y convirtió un gran número de ellos (2); y este celo le proporcionó la corona del martirio, que unió á la corona de la virginidad y á la del apostolado.

Flavia Domitila, vírgen romana, sobrina de los emperadores Tito y Domiciano, apénas fué bautizada por San Pedro, cuando se apoderó de ella el pensamiento de convertir á su madre Plautila, á las dos vírgenes Teodora y Eufrosina, sus hermanas de leche, y á los dos hermanos Nereo y Aquileo, sus domésticos, y hacerlos bautizar por el mismo apóstol. Deseosa de agradar más á Jesucristo, se habia consagrado á Él por el voto de virginidad, y habia recibido el velo de las vírgenes de manos de San Clemente, discípulo de San Pedro. Habiéndola pedido en matrimonio Aureliano, hijo del cónsul Aurelio, y negándose la vírgen, la acusó como cristiana, y la hizo desterrar á una isla con toda su familia; pero habiendo convertido la noble vírgen su destierro en una mision evangélica respecto á los habitantes de la isla, fué trasladada á Tarracina. Habiéndosele preparado allí una muerte horrible á ella y á todos los cristianos que estaban en su compañía, la muerte por el fuego, con

(1) «Ejus opera, tota ejus familia, in qua erant nonaginta sex homines à Pio pontifice baptizata est.» (*Brev. Rom.*, 19 Maii.)

(2) «Martina, cum diaconisa esset, multos ab idolis avocavit.» (*Ad. Assemani Hist.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que habian rodeado su casa, ella sostuvo con sus palabras y con su ejemplo el valor de aquella santa congregacion de neófitos, y la convirtió en una legion de mártires gloriosos, á quienes precedió, como jefe, en el camino del cielo, con la doble palma de la virginidad y de la confesion. (Rivadeneyra.)

Parece que este martirio de una parienta de los emperadores causó mucho eco en todo el Imperio, y el nombre de Santa Flavia Domitila apareció en la Iglesia rodeado de una gloria especial; porque San Jerónimo refiere que, tres siglos despues, Santa Paula, aquella gran matrona romana, de quien tratarémos despues, en su viaje á Oriente, quiso arribar á la isla del destierro de Santa Domitila para venerar los lugares que la Santa habia santificado y hecho ilustres por el esplendor de sus obras y la constancia de su martirio. Es tambien de notar que, bajo la advocacion de Flavia Domitila y de los Santos Nereo y Aquileo, fué erigida una basílica en su nombre, poco tiempo despues de su gloriosa muerte, y que en ella fueron depositados sus cuerpos, que se encontraron intactos entre las cenizas de la casa, y en la que San Gregorio el Grande predicó una de sus más bellas homilías (Hom. XVII, *in Evang.*) en el aniversario de su santa muerte.

Santa Anastasia, la más jóven, aquella mujer admirable que supo conservar la virginidad en el matrimonio y la fe en un largo y penoso martirio por parte de su mismo esposo, y que despues de la muerte de aquel monstruo, dió á la Iglesia cuanto poseia, y se consagró á la obra de servir á los confesores de Jesucristo; aprisionada tambien por la misma causa que ellos, convirtió al Cristianismo en la misma prision á doscientos hombres y setecientas mujeres, y con sus exhortaciones y con el ejemplo de su valor en sufrir los más atroces tormentos los inflamó de tal manera en el amor de Jesucristo, que ni á uno solo de aquellos neófitos faltó la corona del martirio, y que, atada á un palo sobre un gran fuego, que la quemaba lentamente, sin ocuparse más que de exhortarlos á todos á la constancia en la verdadera religion, uno de ellos, llamado Eutiquiano, le dijo: «Madre, estad tranquila, nada temais; podrán separarme la cabeza del cuerpo, pero no podrán arrancarme á Jesucristo del corazon.» (Rivadeneyra.)

Los mismos tiranos tributaron homenaje á la eficacia, á la gracia especial que Dios concedió á las palabras de la mujer cristiana para

animar á los hombres á sufrir los más horribles tormentos por Jesucristo. Habiendo oido que ciertas mujeres cristianas se mezclaban frecuentemente con las mujeres paganas encargadas del servicio de las prisiones, y que con sus fervorosas palabras aumentaban el valor y la firmeza de los mártires, prohibieron á todas las mujeres la entrada en las cárceles. Pero la caridad cristiana, tan ingeniosa como heroica, supo eludir esta precaucion cruel de la tiranía. En la persecucion de Maximiano, al principio de la cual se hizo esta prohibicion, Santa Natalia, esposa del mártir San Adrian, se cortó los cabellos, se vistió de hombre, y de esta manera pudo continuar entrando en las prisiones de los confesores de Jesucristo y ejerciendo con ellos su mision de caridad y de celo, llevándoles el alimento del alma y el del cuerpo, consolándolos en sus padecimientos y afirmándolos en la constancia de su confesion. Habiendo seguido este ejemplo otras mujeres, se hizo comun. ¡Cuán hermoso era ver á las más ilustres señoras cristianas hacer el sacrificio de sus cabellos y cambiar su vestidura de matrona por la túnica grosera de los esclavos, para tener la felicidad de servir á los confesores de la fe (1)!

Los mártires Proto y Jacinto, eunucos de la noble vírgen Santa Eugenia, fueron convertidos por ella al Cristianismo, y despues fueron dispuestos por ella misma para morir con tanto valor, que dieron un brillante testimonio de Jesucristo. (*Brev. Rom.*)

El gran mártir San Geminiano, con una numerosa multitud de mártires, fué convertido á la fe cristiana y á Jesucristo por el celestial entusiasmo de la fe y por la maravillosa constancia de que habia dado ejemplo Santa Lucía, viuda romana, en su cruel martirio; y ella fué la que, despues de haber hecho á esta multitud de héroes sus hermanos en la fe, los hizo sus compañeros en la corona del martirio (2).

(1) «Cum audisset vetitum esse feminis ne servirent martyribus, neque ad eos in carceribus aditus illis aperiretur, totondit capillos suos, et veste virili inducta carcerem ingressa, martyres suis officiis recreavit. Quam postea secutæ sunt aliæ matronæ, habitu similiter ementito.» (A Lap., *in* I, *Cor.*, VII.)

(2) «Lucia fidei et martyrii constantia Geminianum nobilem virum, ad Christum convertit, quem etiam, cum multis aliis ad fidem perductis, glorioso martyrii comitem habuit.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mártir San Vito, cuya santidad, cuyos prodigios y cuya confesion tanto se celebra en la Iglesia, fué tambien convertido por una mujer. Su madre era cristiana; pero habiendo muerto cuando Vito estaba todavía en la cuna, Crescencia, su nodriza, dándole la leche de la fe, al mismo tiempo que la del cuerpo, lo hizo bautizar sin que lo supiese su padre, furioso idólatra, y le inspiró tal amor á la religion cristiana, que su padre, que se habia convertido en su acusador, en su tirano y en su verdugo, no pudo conseguir por ninguno de los medios de que se valió, que aquel héroe niño abjurase á Jesucristo. El celo infernal de Diocleciano no fué más feliz que el de su padre. Cuando Vito llegó á la edad de la juventud, burló la astucia de aquel monstruo, cansó su furor, y triunfó de todas las caricias con que el tirano quiso seducirle, y de los padecimientos crueles que le hizo sufrir. Crescencia habia sido ayudada por el santo hombre Modesto, preceptor del jóven mártir, para prepararle á los combates del Señor. Por esta razon, el tirano los asoció á su discípulo comun, les hizo participar de los mismos tormentos y les proporcionó la misma corona.

San Cipriano el Mágico (distinto del gran obispo y doctor de este nombre) fué convertido al Cristianismo por la ilustre vírgen Santa Justina. Cipriano, que amaba con ardor á esta jóven, prodigio de belleza, se habia valido en vano de todos los maleficios de su arte para conquistar su amor y su mano, sin poder obtener que ella renunciase á la virginidad; por el contrario, la vírgen cristiana, con sus oraciones á Dios y con sus irresistibles argumentos, consiguió que Cipriano renunciase á su magia y á su idolatría. Él no habia podido hacer de la vírgen cristiana su esposa, y ella hizo de este mágico temible su hermano en la fe y su compañero en el martirio. (*Brev. Rom.*)

Los santos mártires Gervasio y Protasio habian sido educados en la religion cristiana, é inflamados en el deseo de morir por Jesucristo, por su santa madre, que, martirizada á vista de ellos en Milan, les habia dejado en herencia el martirio. (*Ibid.*)

Santa Dorotea, ilustre mártir de Cesárea, en Capadocia, aprisionada por Jesucristo, convirtió de nuevo á Jesucristo y trocó en mártires á sus dos hermanas, Crista y Calixta, que, siendo apóstatas del Cristianismo, habian sido enviadas para que la pervirtiesen y corrompiesen. (*Ibid.*)

Santa Sabina fué convertida al Cristianismo, é instruida en sus misterios y en sus leyes, por la santa vírgen Serafia. (*Brev. Rom.*)

De Santa Daría, mártir, se dice que en Roma atrajo al Cristianismo una multitud innumerable de mujeres paganas, y que su esposo, que tuvo la dicha de participar de su martirio, ejerció su celo entre los hombres con el mismo éxito (1). Se refiere esto mismo de otra multitud de santas mujeres, la mayor parte de ellas vírgenes y mártires; parece que la mujer cristiana de aquellos tiempos se dedicaba de una manera activa al ministerio de la conversion de los infieles, y que unia en cierto modo el apostolado de la fe al apostolado de la caridad.

§ VI. — Los confesores de la fe son los trofeos de la victoria de Jesucristo sobre el mundo. — Por qué la misa se celebra sobre sus reliquias. — Las mujeres, desde el orígen del Cristianismo, hicieron construir cementerios y conservaron en la Iglesia los preciosos tesoros de las reliquias de los mártires.

Pero ved aquí un importante servicio que las primeras mujeres cristianas hicieron á la Iglesia.

Jesucristo habia anunciado á sus apóstoles que Él venceria al mundo: *Confidete, ego vici mundum.* (Joan., XVI.) Esta profecia se cumplió. Él venció todas las pasiones del mundo, no sólo con su Persona, sino tambien con la persona de sus verdaderos discípulos, y especialmente de sus mártires. San Ambrosio, San Agustin y San Gregorio dicen que la victoria que los santos mártires, de que trataremos despues, alcanzaron sobre los horrores y las seducciones del mundo, no fué otra cosa que la victoria de Jesucristo. Los demas padres de la Iglesia dicen lo mismo, y la misma Iglesia canta diariamente que Jesucristo es el Rey glorioso de los mártires y la corona de los que le confiesan, y que Él es quien triunfa en los mártires: *Rex gloriose martyrum, corona confitentium, tu vincis inter martyres* (*Hymnus Martyrum*). Por consiguiente, los cuerpos y las reliquias de los mártires son unas pruebas sensibles, unos testimonios históricos, y al mismo tiempo unos trofeos magníficos y glo-

(1) «Innumerabilem hominum multitudinem, hæc (Daria) mulierum, ille virorum ad Christum converterunt.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mártir San Vito, cuya santidad, cuyos prodigios y cuya confesion tanto se celebra en la Iglesia, fué tambien convertido por una mujer. Su madre era cristiana; pero habiendo muerto cuando Vito estaba todavía en la cuna, Crescencia, su nodriza, dándole la leche de la fe, al mismo tiempo que la del cuerpo, lo hizo bautizar sin que lo supiese su padre, furioso idólatra, y le inspiró tal amor á la religion cristiana, que su padre, que se habia convertido en su acusador, en su tirano y en su verdugo, no pudo conseguir por ninguno de los medios de que se valió, que aquel héroe niño abjurase á Jesucristo. El celo infernal de Diocleciano no fué más feliz que el de su padre. Cuando Vito llegó á la edad de la juventud, burló la astucia de aquel monstruo, cansó su furor, y triunfó de todas las caricias con que el tirano quiso seducirle, y de los padecimientos crueles que le hizo sufrir. Crescencia habia sido ayudada por el santo hombre Modesto, preceptor del jóven mártir, para prepararle á los combates del Señor. Por esta razon, el tirano los asoció á su discípulo comun, les hizo participar de los mismos tormentos y les proporcionó la misma corona.

San Cipriano el Mágico (distinto del gran obispo y doctor de este nombre) fué convertido al Cristianismo por la ilustre vírgen Santa Justina. Cipriano, que amaba con ardor á esta jóven, prodigio de belleza, se habia valido en vano de todos los maleficios de su arte para conquistar su amor y su mano, sin poder obtener que ella renunciase á la virginidad; por el contrario, la vírgen cristiana, con sus oraciones á Dios y con sus irresistibles argumentos, consiguió que Cipriano renunciase á su magia y á su idolatría. Él no habia podido hacer de la vírgen cristiana su esposa, y ella hizo de este mágico temible su hermano en la fe y su compañero en el martirio. (*Brev. Rom.*)

Los santos mártires Gervasio y Protasio habian sido educados en la religion cristiana, é inflamados en el deseo de morir por Jesucristo, por su santa madre, que, martirizada á vista de ellos en Milan, les habia dejado en herencia el martirio. (*Ibid.*)

Santa Dorotea, ilustre mártir de Cesárea, en Capadocia, aprisionada por Jesucristo, convirtió de nuevo á Jesucristo y trocó en mártires á sus dos hermanas, Crista y Calixta, que, siendo apóstatas del Cristianismo, habian sido enviadas para que la pervirtiesen y corrompiesen. (*Ibid.*)

Santa Sabina fué convertida al Cristianismo, é instruida en sus misterios y en sus leyes, por la santa vírgen Serafia. (*Brev. Rom.*)

De Santa Daría, mártir, se dice que en Roma atrajo al Cristianismo una multitud innumerable de mujeres paganas, y que su esposo, que tuvo la dicha de participar de su martirio, ejerció su celo entre los hombres con el mismo éxito (1). Se refiere esto mismo de otra multitud de santas mujeres, la mayor parte de ellas vírgenes y mártires; parece que la mujer cristiana de aquellos tiempos se dedicaba de una manera activa al ministerio de la conversion de los infieles, y que unia en cierto modo el apostolado de la fe al apostolado de la caridad.

§ VI. — Los confesores de la fe son los trofeos de la victoria de Jesucristo sobre el mundo. — Por qué la misa se celebra sobre sus reliquias. — Las mujeres, desde el orígen del Cristianismo, hicieron construir cementerios y conservaron en la Iglesia los preciosos tesoros de las reliquias de los mártires.

Pero ved aquí un importante servicio que las primeras mujeres cristianas hicieron á la Iglesia.

Jesucristo habia anunciado á sus apóstoles que Él venceria al mundo: *Confidete, ego vici mundum.* (Joan., XVI.) Esta profecia se cumplió. Él venció todas las pasiones del mundo, no sólo con su Persona, sino tambien con la persona de sus verdaderos discípulos, y especialmente de sus mártires. San Ambrosio, San Agustin y San Gregorio dicen que la victoria que los santos mártires, de que trataremos despues, alcanzaron sobre los horrores y las seducciones del mundo, no fué otra cosa que la victoria de Jesucristo. Los demas padres de la Iglesia dicen lo mismo, y la misma Iglesia canta diariamente que Jesucristo es el Rey glorioso de los mártires y la corona de los que le confiesan, y que Él es quien triunfa en los mártires: *Rex gloriose martyrum, corona confitentium, tu vincis inter martyres* (*Hymnus Martyrum*). Por consiguiente, los cuerpos y las reliquias de los mártires son unas pruebas sensibles, unos testimonios históricos, y al mismo tiempo unos trofeos magníficos y glo-

(1) «Innumerabilem hominum multitudinem, hæc (Daria) mulierum, ille virorum ad Christum converterunt.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riosos de la victoria del Salvador, y de su fe, de su doctrina, de su gracia y de su religion, sobre el mundo. Ved aquí por qué la Iglesia mira con tanto respeto los restos de los mártires, les tributa un culto religioso, y los presenta á la veneracion de los fieles despues de haberlos cubierto con la vestidura de la santidad; ved aquí tambien por qué todos los cristianos experimentan un sentimiento de gozo, mezclado de respeto, al ver los huesos de los mártires. Todos saben que no es permitido celebrar los divinos misterios sino sobre el ara sagrada, que no es otra cosa que una piedra consagrada por un obispo colocando en ella algunas reliquias de mártires. Esta es la continuacion de la práctica de la primitiva Iglesia, que no ofrecia á Dios el sacrificio eucarístico sino sobre los sepulcros de los confesores de la fe, que, sacrificando con tanto valor su vida por Jesucristo, probaron al mundo que Jesucristo ofreció su sacrificio por la salvacion del mundo.

Pues bien, esos cuerpos, esas reliquias de los mártires, que son la gloria de Jesucristo, el objeto de la ternura de los fieles y de las delicias de la Iglesia, nos han sido conservadas por las mujeres; ellas han hecho cavar á su costa y desenvolver las catacumbas, aquellas admirables ciudades subterráneas, en las que, durante las persecuciones, millones de cristianos encontraban un asilo durante su vida y un sepulcro despues de su muerte. Ellas alimentaban con sus bienes á aquellos pueblos de mártires, sepultados vivos en las entrañas de la tierra ó sumergidos en prisiones horribles; ellas curaban sus heridas, y asistian á sus luchas supremas para animarlos con su presencia, para recibir sus últimos suspiros, para arrancar sus preciosos restos á la voracidad de los perros y á la brutalidad de los verdugos, para depositarlos en lugares consagrados, y conservarlos al amor y al culto que más adelante se les habia de tributar por la Iglesia.

Habiendo sido martirizado San Pablo, una matrona romana, llamada Lucina, recogió sus restos venerados, con los que se habia de gloriar despues Roma y toda la Iglesia, los sepultó en una de sus propiedades, junto al gran camino de Ostia, en el mismo lugar donde fué edificado despues el gran templo de San Pablo, la obra de la munificencia piadosa de los césares cristianos y el objeto de la veneracion del mundo.

El primer cementerio cristiano fué el que Priscila, esposa de Pudente, hizo construir en una de sus propiedades, y en él fueron depositados los restos de los primeros mártires, como tambien los del mismo Pudente, y los de sus santas hijas Pudenciana y Práxedes.

La mayor parte de los cementerios y de las catacumbas de los mártires en Roma, conservan aún el nombre de una mujer, porque han sido mandados edificar por mujeres. El mismo cementerio de San Calixto conserva este nombre, porque este santo papa y mártir le hizo dar mayores dimensiones, é hizo depositar en él los cuerpos de muchos santos sacerdotes y de muchos mártires; pero éste era un antiguo cementerio edificado por el celo y la piedad de una santa mujer (1).

Las actas del martirio de Santa Susana nos refieren que una mujer llamada Serena Augusta, esposa del emperador Diocleciano, fué quien conservó sus preciosos restos. Segun dichas actas, esta grande princesa, cuya piedad y cuya devocion á los mártires igualaba á su celo por la fe cristiana que profesaba en secreto en el palacio imperial, habiendo sabido que Santa Susana acababa de ser degollada en su propia casa, llena de un santo gozo por el nuevo triunfo que Jesucristo acababa de alcanzar por medio de esta confesion, se dirigió á ella en la noche del mismo dia. Con su velo imperial enjuga y recoge la sangre de la santa mártir, encierra este velo, mojado en una sangre tan pura, en una caja de plata que coloca en su gabinete, y ante esta caja oraba furtivamente de dia y de noche. En cuanto al cuerpo de la ilustre mártir, despues de haberlo ungido la ilustre matrona con sus propias manos, lo envolvió en unos finísimos lienzos, y lo sepultó en las catacumbas de Santa Priscila, junto al cuerpo de San Alejandro (2).

Cuasi todas las lecciones de los mártires que se encuentran en el *Breviario*, nos dicen que siempre fué una mujer la que tuvo cuidado de recoger y sepultar sus preciosos restos, y quiso que esto se

(1) «Vetus cementerium, in via Appia, ampliavit, in quo multis sacerdotes et martyres sepulti sunt, unde, ab eo, Calixti cementerium appelatur.» (*Brev. Rom.*, 14 Oct.)

(2) «Id ubi rescivit Serena Augusta, cum gaudio noctu veniens, collegit corpus sanctæ martyris, et sanguinem ejus terra efusum velamine extersit, posuitque in capsa argentea in palatio suo ubi diu noctuque furtivis vicibus orare non cesabat. Corpus autem Susanæ ipsa manibus suis ornavit linteis aromatibus, posuitque in cementerio Alexandri, in arenario.» (*Act. Mart.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hiciese en una heredad de su pertenencia, significando de este modo que queria conservar esta parte de la herencia de la Iglesia. Y áun cuando algunas veces se dice que los sacerdotes ó los legos hicieron los honores de la sepultura á uno ó á muchos mártires, se sabe que esto lo hacian invitados á ello por las mujeres. Y en efecto, el pensamiento de recoger la sangre de los héroes de la fe en preciosos vasos, de embalsamar los santos cuerpos y de envolverlos en blancos lienzos, no podia nacer sino del corazon de las mujeres, que poseen cuasi exclusivamente la ciencia y el sentimiento de las acciones delicadas, de las santas industrias y de las gracias de la verdadera piedad.

Así, por ejemplo, segun el *Breviario*, Felicitas, noble matrona romana, hizo reunir y depositar en una heredad suya los restos, medio quemados, de San Mario y de toda su heroica familia (1).

Florencia, señora muy distinguida, tuvo el cuidado de dar sepultura, con los más grandes honores, á las reliquias de los Santos Vito, Modesto y Crescencia, despues de haberlos ungido y embalsamado (2).

Máxima, mujer verdaderamente cristiana, dió una sepultura honrosa á los cuerpos de San Geminiano y de sus compañeros (3).

Los restos preciosos de las dos hermanas, vírgenes y mártires, Santa Rufina y Santa Segunda, fueron sepultados por Santa Plautila en su propio jardin (4).

Los restos del gran mártir San Teodoro fueron envueltos en un lienzo y sepultados por la matrona Eusebia en una propiedad suya, donde se edificó despues al mismo mártir la preciosa iglesia que existe en la actualidad (5).

Los restos del pequeño héroe cristiano, San Pancracio (no tenía más de catorce años cuando sufrió el martirio), fueron recogidos en la noche siguiente por Octavila, que los ungió con bálsamo pré-

(1) «Semiusta corpora Felicitas, matrona romana nobilis, colligenda et in suo prædio sepelienda curavit.»

(2) «Eorum reliquias Florentia, nobilis femina, unguentis conditas, honorifice sepelivit.»

(3) «Maxima, mulier christiana, SS. Geminiani, Luciæ et sociorum martyrum corpora honorifice sepelivit.»

(4) «Quorum corpora à Plautilla matrona, in ejus prædio sepulta sunt.»

(5) «Cujus corpus Eusebia matrona, syndone involutum, sepelivit in suo prædio.»

cioso ántes de sepultarlos con sus propias manos en el cementerio de la vía Aurelia (1). El cuerpo del noble mártir San Sebastian, despues de haber sido azotado á muerte y asaeteado por órden de Diocleciano (que, de amigo suyo, se habia convertido en su tirano), habiendo sido abandonado como muerto en la vía pública, fué recogido para ser enterrado por la santa mujer Irene, que habiéndolo encontrado vivo, lo tuvo en su casa, curó sus heridas y sus llagas, y tuvo con él el mayor cuidado hasta que estuvo curado perfectamente (2).

Pero ninguna mujer de aquella época, tan gloriosa para la Iglesia, excedió á Santa Lucina en su afecto á la Iglesia y en su piadoso deseo de honrar los restos de los héroes de la Iglesia. Ella habia instituido á la Iglesia heredera de toda su fortuna; habiendo recibido y ocultado en su casa al papa San Marcelo, le habia cedido su misma casa para que edificase en ella una iglesia (3). Y despues que el santo Pontífice sufrió el martirio, ella fué quien sepultó su cuerpo en el cementerio de Priscila (4). Cuando San Sebastian, despues de haber sido preso segunda vez, y condenado á muerte por órden del Emperador, fué arrojado en la cloaca máxima, Santa Lucina le hizo sacar de aquel lugar inmundo, le tributó los honores de la sepultura, y lo depositó en las catacumbas, que conservan por lo mismo el nombre de este ilustre mártir (5). Finalmente, la misma Santa dió sepultura al glorioso mártir San Lorenzo en el lugar donde existe hoy una hermosa iglesia con el nombre de *San Lorenzo en Lucina*, y tributó los honores mortuorios á este glorioso mártir, de que Roma se gloria tanto como Jerusalen de San Estéban.

Estos piadosos hechos, y otros muchos de la misma clase, se encuentran en el *Breviario Romano*. Así es como la Iglesia, en el libro de su oracion pública, ha querido perpetuar la memoria de la pie-

(1) «Cujus corpus Octavilla matrona noctu sustulit et unguentis delibutum, via Aurelia sepelivit.»

(2) «Noctu sancta mulier Irene Sebastiani corpus, sepeliendi gratia, jussit auferri; sed vivum repertum, domi suæ curavit.»

(3) «Lucina bonorum suorum Ecclesiam hæredem fecit. Marcelus hospicio à beata Lucina recipitur in cujus ædibus ecclesiam dedicavit.»

(4) «Cujus corpus à beata Lucina, in cementerio Priscillæ sepultum, est.»

(5) «Sebastiani corpus, in cloacam dejectum, Lucina ad catacumbas sepelivit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad de la mujer católica hácia las reliquias de los mártires, y darle una muestra de su reconocimento por el cuidado que ha tenido siempre en conservar á la Iglesia sus más preciosos tesoros.

Pero no dirémos más por ahora de la accion y de la gloria de la mujer católica, de la mujer de la Iglesia en los tiempos de los apóstoles y en la infancia de la Iglesia; porque deseamos principiar cuanto ántes á hablar de la grande y magnífica *época de los mártires*, en que la mujer católica se mostró tan grande y tan admirable en confesar la fe de Jesucristo, y obligó á los espíritus más obtinados á reconocer el poder de la gracia y de la verdad del Cristianismo.

SEGUNDA ÉPOCA.

ÉPOCA DE LOS MÁRTIRES, Ó LA MUJER MÁRTIR DEMOSTRANDO LA DIVINIDAD DEL CRISTIANISMO Y PROPAGÁNDOLA POR TODO EL MUNDO.

§ VII.—Martirio de las jóvenes.—Santa Ines.—Hipotipósis de su confesion por San Ambrosio.—Elevacion de su entendimiento y tranquilidad de su corazon en medio de los más horribles tormentos.—Santa Ines expuesta en un lugar infame.—Martirio de Santa Emerenciana y Santa Eulalia.

No es nuestro objeto referir aquí las maravillas de la constancia y de la fortaleza de la mujer cristiana en la confesion de Jesucristo; esto equivaldria á referir la historia de los tres primeros siglos del Cristianismo. Nos limitarémos, pues, á indicar algunos rasgos particulares, con que las mujeres mártires han manifestado la elevacion de su espíritu, y la ternura, la generosidad, la grandeza y la sublimidad de su alma, y han hecho sus padecimientos prodigiosamente fecundos para aumentar el número de los cristianos para gloria de Jesucristo y para edificacion de la Iglesia.

Comencemos por la más jóven de las nobles confesoras de la fe en Roma, Santa Ines, cuyo martirio cantó San Ambrosio en las

líneas que siguen, y que se consideran como uno de los más bellos trozos de elocuencia cristiana.

«Este dia, dice, es el dia del nacimiento para el cielo de una vírgen; sigamos, pues, la integridad; éste es el dia del nacimiento para el cielo de una mártir; por consiguiente, inmolemos hostias (1); éste es el dia del nacimiento para el cielo de Santa Ines. Admírense los hombres, y no desesperen los niños mismos de poder hacer cosas grandes. Admírense las mujeres casadas, y anímense las jóvenes á seguir este ejemplo. Pero ¿qué podrémos decir que sea digno de aquella cuyo mismo nombre es un elogio? Porque, en en efecto, el nombre de esta vírgen expresa el pudor (2), su devocion fué superior á su edad, y su virtud fué superior á la naturaleza. Nadie es más digno de alabanza que ésta, que puede ser alabada por todo el mundo. Respecto á esta Santa, cada hombre es un panegirista» (3).

Se refiere que ella sufrió su martirio á la edad de trece años. La crueldad, pues, apareció más odiosa por no haber perdonado á una edad tan tierna; y por el contrario, la virtud de la fe cristiana aparece más grande, supuesto que en una edad tan tierna obtuvo un testimonio tan brillante (4).

Intrépida entre las manos sangrientas de los verdugos, inmóvil en el pavoroso ruido de las largas y pesadas cadenas que movian á su alrededor, ¡cuán hermoso era verla, unas veces presentando su cuerpo á la espalda del soldado furioso, dispuesta á la muerte ántes de haber aprendido á morir; otras veces, cuando la acercaban por fuerza á los altares de los falsos dioses, elevando sus manos á Jesucristo en medio del fuego, y confirmando, en presencia de las

(1) «Hodie natalis est virginis; integritatem sequamur. Natalis est martyris; hostias immolemus.» (*De virginibus*, lib. I.)

(2) San Agustin, en su bello discurso de Santa Ines, observa tambien que la palabra *Agnes*, en lengua griega, significa castidad.

(3) «Natalis est Sanctæ Agnetis. Mirentur viri; non desperent parvuli; stupeant nuptæ, imitentur inuptæ. Sed quid dignum ea loqui possumus, cujus ne nomen quidem vaccuum laudis est? Nomen virginis titulus est pudoris; devotio supra ætatem; virtus supra naturam. Nemo es laudabilior quam quid ab omnibus laudari potest. Quot homines, tot præcones.»

(4) Hæc tredecim annorum martyrium fecisse fertur. Quod detestabilior crudelitae, quæ nec minusculæ pepercit ætati. Imo magna est fides, quæ etiam ab illa testimonium invenit ætate.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad de la mujer católica hácia las reliquias de los mártires, y darle una muestra de su reconocimento por el cuidado que ha tenido siempre en conservar á la Iglesia sus más preciosos tesoros.

Pero no dirémos más por ahora de la accion y de la gloria de la mujer católica, de la mujer de la Iglesia en los tiempos de los apóstoles y en la infancia de la Iglesia; porque deseamos principiar cuanto ántes á hablar de la grande y magnífica *época de los mártires*, en que la mujer católica se mostró tan grande y tan admirable en confesar la fe de Jesucristo, y obligó á los espíritus más obtinados á reconocer el poder de la gracia y de la verdad del Cristianismo.

SEGUNDA ÉPOCA.

ÉPOCA DE LOS MÁRTIRES, Ó LA MUJER MÁRTIR DEMOSTRANDO LA DIVINIDAD DEL CRISTIANISMO Y PROPAGÁNDOLA POR TODO EL MUNDO.

§ VII.—Martirio de las jóvenes.—Santa Ines.—Hipotipósis de su confesion por San Ambrosio.—Elevacion de su entendimiento y tranquilidad de su corazon en medio de los más horribles tormentos.—Santa Ines expuesta en un lugar infame.—Martirio de Santa Emerenciana y Santa Eulalia.

No es nuestro objeto referir aquí las maravillas de la constancia y de la fortaleza de la mujer cristiana en la confesion de Jesucristo; esto equivaldria á referir la historia de los tres primeros siglos del Cristianismo. Nos limitarémos, pues, á indicar algunos rasgos particulares, con que las mujeres mártires han manifestado la elevacion de su espíritu, y la ternura, la generosidad, la grandeza y la sublimidad de su alma, y han hecho sus padecimientos prodigiosamente fecundos para aumentar el número de los cristianos para gloria de Jesucristo y para edificacion de la Iglesia.

Comencemos por la más jóven de las nobles confesoras de la fe en Roma, Santa Ines, cuyo martirio cantó San Ambrosio en las

líneas que siguen, y que se consideran como uno de los más bellos trozos de elocuencia cristiana.

«Este dia, dice, es el dia del nacimiento para el cielo de una vírgen; sigamos, pues, la integridad; éste es el dia del nacimiento para el cielo de una mártir; por consiguiente, inmolemos hostias (1); éste es el dia del nacimiento para el cielo de Santa Ines. Admírense los hombres, y no desesperen los niños mismos de poder hacer cosas grandes. Admírense las mujeres casadas, y anímense las jóvenes á seguir este ejemplo. Pero ¿qué podrémos decir que sea digno de aquella cuyo mismo nombre es un elogio? Porque, en en efecto, el nombre de esta vírgen expresa el pudor (2), su devocion fué superior á su edad, y su virtud fué superior á la naturaleza. Nadie es más digno de alabanza que ésta, que puede ser alabada por todo el mundo. Respecto á esta Santa, cada hombre es un panegirista» (3).

Se refiere que ella sufrió su martirio á la edad de trece años. La crueldad, pues, apareció más odiosa por no haber perdonado á una edad tan tierna; y por el contrario, la virtud de la fe cristiana aparece más grande, supuesto que en una edad tan tierna obtuvo un testimonio tan brillante (4).

Intrépida entre las manos sangrientas de los verdugos, inmóvil en el pavoroso ruido de las largas y pesadas cadenas que movian á su alrededor, ¡cuán hermoso era verla, unas veces presentando su cuerpo á la espalda del soldado furioso, dispuesta á la muerte ántes de haber aprendido á morir; otras veces, cuando la acercaban por fuerza á los altares de los falsos dioses, elevando sus manos á Jesucristo en medio del fuego, y confirmando, en presencia de las

(1) «Hodie natalis est virginis; integritatem sequamur. Natalis est martyris; hostias immolemus.» (*De virginibus*, lib. I.)

(2) San Agustin, en su bello discurso de Santa Ines, observa tambien que la palabra *Agnes*, en lengua griega, significa castidad.

(3) «Natalis est Sanctæ Agnetis. Mirentur viri; non desperent parvuli; stupeant nuptæ, imitentur inuptæ. Sed quid dignum ea loqui possumus, cujus ne nomen quidem vaccuum laudis est? Nomen virginis titulus est pudoris; devotio supra ætatem; virtus supra naturam. Nemo es laudabilior quam quid ab omnibus laudari potest. Quot homines, tot præcones.»

(4) Hæc tredecim annorum martyrium fecisse fertur. Quod detestabilior crudelitae, quæ nec minusculæ pepercit ætati. Imo magna est fides, quæ etiam ab illa testimonium invenit ætate.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llamas sacrílegas, la victoria del Señor, que triunfaba en ella y por ella; y otras veces yendo gozosa á buscar las cadenas que debian atar á su cuello y á sus manos! Pero no habia cadenas que pudiesen sujetar á un alma tan grande, aunque encerrada en un cuerpo tan pequeño (1).

Este era un género nuevo de martirio; no teniendo todavía la edad necesaria para sufrir la pena, estaba dispuesta ya para la victoria; pudiendo apénas combatir, pudo con facilidad ser coronada; y por lo mismo que su edad parecia oponerse á ello, la enseñanza y el ejemplo de la virtud que ella dió fueron más completos (2).

La mujer recien casada no se da tanta prisa para tomar posesion del tálamo nupcial como esta vírgen para ir al lugar de su suplicio. Vedla, acelerando el paso y llena de gozo por el feliz resultado que le espera; todos lloran por ella, y ella es la única que no llora. No se puede explicar cómo prodiga ella, con tanta facilidad como si hubiese vivido largos años, una vida que apénas ha comenzado. Todos están admirados al ver que una niña, que todavía no puede disponer de sí misma, pueda ser un testigo perfecto de la Divinidad (3).

En vano el verdugo se presenta unas veces con un semblante terrible para infundirle pavor, y otras veces desciende hasta las caricias para seducirla; en vano tantos nobles jóvenes le ofrecen su mano, invitándola á las nupcias. «Es hacer una ofensa á mi casto Esposo, decia ella, esperar que yo pueda agradar á otro más que á Él. Yo no seré de nadie más que suya, porque Él fué el primero

(1) «Inter cruentas carnificum impavida manus, stridentium gravibus immobilis tractibus catenarum, tum furentis mucroni militis totum offerre corpus, mori adhuc nescia, sed parata; vel si ad aras invita raperetur, tendere Christo inter ignes manos, atque in ipsis sacrilegis focis tropheum Domini signare victoris. Tunc ferratis cola manusque ambas inserere nexibus; sed nullus tan tenua membra poterat nexus includere.»

(2) «Novum martyrii genus: nondum idonea pœnæ, et jam matura victoriæ, certare difficilis facilis coronari: magisterium virtutis implevit, quæ præjudicium vehebat ætatis.»

(3) «Non sic ad thalamum nupta properaret, ut ad supplicii locum læta successu, gradu festino, virgo procesit. Flere omnes; ipsa sine fletu: mirari plerique quod tam facile vitæ suæ prodiga, quam nondum hauxerat, jam quasi perfunctos donaret. Stupere universi quod jam divinitatis testis existeret, quæ adhuc arbitra sui per ætatem esse non posset.»

que me eligió. Verdugo, ¿por qué tardas en herirme? ¡Perezca cuanto ántes este cuerpo, que puede agradar á unos ojos á quienes yo no quiero complacer!» Al decir esto, permaneciendo un momento en pié, oró, y despues se arrodilló y bajó la cabeza para recibir el último golpe. Este fué un momento supremo: parecia que el verdugo se habia convertido en la víctima, segun temblaba su brazo al dar el golpe. Él hiere, sin embargo, y todos palidecen y tiemblan á la muerte de esta jóven, y ella es la única que no tiene miedo de morir. Ved aquí, pues, para una sola hostia un doble sacrificio, para un solo testigo una doble confesion: la confesion del pudor y la de la fe. Ella permanece vírgen y alcanza el martirio (1).

Ved aquí otras elocuentes y sublimes palabras, por las que esta prodigiosa niña eleva todavía más la gloria de su martirio. El sacerdote Ambrosio, escritor distinto de San Ambrosio el doctor, nos las ha conservado, y la Iglesia las ha intercalado en el oficio de Santa Ines.

Cuando el hijo de Sinfronio, pretor de Roma, se presentó á Ines, á quien amaba en extremo, y le declaró su amor, presentándole una multitud de alhajas de oro y plata las más bellas y ricas, y las más á propósito para lisonjear la vanidad y excitar la ambicion de una jóven, la noble vírgen arrojó con horror aquellos lazos de Satanas, y exclamó: «Apartaos de mí, incentivo de la muerte. Ya tengo otro Amante, que me ha dado adornos más preciosos que los vuestros. Ya me he desposado con Él por el anillo de la fe. Él me ha decorado con la corona de sus esposas. Él me ha enriquecido con las piedras preciosas más bellas y más resplandecientes, Él me ha manifestado tesoros incomparables, los cuales me ha prometido si le soy fiel; Él ha santificado mi frente y hermoseado mis mejillas con su sangre. Pues bien, á Él solo quiero guardar mi fe,

(1) «Quanto sermone egit carnifex ut timeretur! Quantis blanditiis ut suaderet, quantorum vota, ut sibi ab nuptias proveniret! At illa: Et hæc sponsi injuria est specfare placituram; qui me sibi prior elegit accipiat. Quid percusor, moraris? Pereat corpus quod amari potest oculis quibus nolo. Stetit, oravit, cervicem inflevit. Cerneres trepidare carnificem, quasi ipse abditus fuisset; tremere percusoris dexteram. Pallere ora alieno timentis periculo, dum puella non timeret suo. Habetis igitur in una hostia duplex martyrium, pudoris et religionis. Et virgo permansit et martyrium obtinuit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para Él solo quiero conservar mi corazon. ¡Oh! ¡Cuán dichosa soy al hallarme prometida á Aquel á quien sirven los ángeles y cuya hermosura causa la admiracion de la luna y del sol! Á Jesucristo, hijo de Dios, es á quien amo y con quien voy á desposarme. Yo soy única y exclusivamente de ese grande y sublime Personaje, de ese Personajo único, cuya Madre es una Vírgen, cuyo Padre no conoce mujer, á quien yo puedo amar sin dejar de ser casta, á quien puedo tocar sin dejar de ser pura, y á quien puedo abrazar como mi Esposo sin dejar de ser vírgen» (1).

Furioso Sinfronio de que Ines rehusase las bodas de su hijo, la amenaza con llevarla á un lugar público para que sea deshonrada. «Yo no temo esa amenaza, le dice la valerosa vírgen; ese lugar infame no podrá imprimir en mí la más pequeña nota. Yo tengo conmigo un ángel del cielo que sabrá guardar y defender la integridad de mi cuerpo. Jesucristo, el Hijo único de Dios; Jesucristo, á quien tú no conoces ni quieres conocer, es para mí un muro de bronce, una defensa inexpugnable» (2).

Su confianza no la engaña. Dios no permite que las carnes inmaculadas de la vírgen sean profanadas ni áun por las miradas sacrílegas de la impureza, que se dirigian á ella. Despojada de todos sus vestidos terrenos para ser ofrecida totalmente desnuda á la curiosidad de la multitud, se encuentra vestida con una túnica celestial á la que la mano impura del lictor no se atreve á tocar. Creciendo en un momento su larga cabellera, y extendiéndose de una manera prodigiosa, cubre por todas partes hasta los piés el cuerpo angélico de la esposa de Jesucristo (3) con una vestidura de oro; obra divina, que la oculta y la embellece mucho más que otro vestido cualquiera, hecho por mano de los hombres (1).

(1) «Discede à me, pabulum mortis: quia ab alio amatore preventa sum. A nullo fidei suæ subarravit me, et circumdedit me bernantibus et micantibus gemmis, et, tamquam sponsam, decoravit me corona; ostendit mihi incomparabiles thesauros, quos mihi donaturum repromisit. Sanguis ejus ornavit genas meas. Ipsi soli servo fidem; ipse me tota devotione commito. Ipsi sum desponsata, qui angeli serviunt, quem sol et luna mirantur. Amo Christum, in cujus thalamum introibo, cujus Mater virgo est; cujus Pater feminam nescit; quem cum amavero, casta sum; cum tetigero, munda sum; cum accepero, virgo sum.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Quod lupanar mihi mineris, nihil inde vereor dedecoris. Habeo enim mecum, custodem corporis mei, anhelum cœlestem, qui nimio zelo meam tuebitur integritatem. Unigenitus Dei Filius, Christus Jesus, quem nescis, es mihi murus æneus.» (Ambrosius, *Act. Martyr.*)

(3) «Cum lictores suis Agnetem vestibus spoliassent, Christus protector affuit, qui, ne virgineum corpus incestis spectantium oculis prostitueretur, prolixa adusque talos comarum repente crescentium densitate protexit.» (Rivadeneyra, *ex Ambros.*)

Se la condena á morir en medio de las llamas, se la arroja en una hoguera; pero Dios, que la acababa de librar de las llamas espirituales de la lujuria, mucho más funestas para el alma, la libra tambien de las llamas materiales que iban á consumir su cuerpo. Estas llamas, convertidas milagrosamente en celestial rocío, en vez de quemarla la refrigeran; de modo que no es ya una víctima que se inmola, sino un pontífice que ofrece á Dios el sacrificio de la humildad, del reconocimiento y de la bendicion. Elevando sus manos puras en medio del fuego, exclama: Yo os bendigo, Padre de mi Señor Jesucristo, que, por el poder de vuestro amado Hijo, habeis mandado al fuego que me respete» (2).

Finalmente, ved aquí la hermosa súplica que ella dirige en el momento en que va á ser decapitada: «Dios todopoderoso y terrible, exclama, el único digno de ser adorado y honrado por el hombre, yo os bendigo; yo glorificaré para siempre vuestro nombre, porque por la virtud y los méritos de vuestro Hijo unigénito me habeis concedido la gracia de triunfar completamente de todas las amenazas de los hombres impíos, y de pasar entre las obscenidades del diablo sin que mi pudor haya sufrido el más pequeño detrimento. Yo os confieso; pues, en público con mis labios, yo os amo con todas mis fuerzas, y deseo poseeros en mi corazon» (3).

Pronunciando estas palabras, sencillas, pero que encierran los

(1) Nada es más bello ni más capaz de inspirar pensamientos celestiales que la estatua de mármol, obra maestra de Algardo, que representa este prodigio, y que se encuentra sobre el altar, en el mismo lugar infame donde la noble vírgen fué depositada para que fuese violada, y que despues fué convertido en iglesia. Al mirar esta estatua se cree ver el rostro de un ángel que contempla á la Vírgen desde el cielo.

(2) «Stans in medio flammæ, expansis manibus, orabat ad Dominum: Benedico te, Pater Domini mei Jesu Christi, quia, per Filium tuum, ignis extinctus est à latere meo.» (*Brev. Rom.*)

(3) «Omnipotens, tremende, adorande, colende, benedico te, et glorificabo nomem tuum in æternum; quia per Filium tuum unigenitum, evasi minas hominum impiorum, et spurcitias diaboli impolluto calle transivi. Te confiteor labiis, te corde, te totis viribus concupisco.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más elevados misterios, los más sublimes y más puros sentimientos del Cristianismo, recibió el golpe que la hizo subir al cielo y la entregó á su celestial Esposo.

Pues bien, ¿hay cosa más patética ni más sublime que estas palabras? ¿Hay cosa más imponente, más noble, más magnífica ni más extraordinaria que una jóven de trece años que se expresa en tales circunstancias con tanta sabiduría, con tanta calma, con tanta grandeza, con tanta majestad y con tanta gracia? ¿Puede acaso el fanatismo inspirar un lenguaje semejante? ¿Puede acaso la naturaleza humana, tan débil en el hombre, tan tímida en la jóven, y tan pequeña en el niño, obrar por sí sola tales prodigios? ¿No se percibe aquí el aroma de la gracia celestial exhalándose de un sér terreno? ¿No se ve aquí al mismo Sér divino comunicándose á su criatura, reflejando en ella y por ella, elevándola sobre sí misma, y manifestándose en ella y por ella de una manera sensible en todo el esplendor de su poder y de su majestad?

No es, pues, extraño que, cuando esta tierna vírgen, bella como los querubines y pura como los ángeles, fué encerrada en un lugar de prostitucion, convirtiese aquel mismo lugar en santuario de la virginidad y en templo de la fe. ¡Oh! ¡Qué bello espectáculo, exclama San Máximo, presenta Inés en sí misma al paganismo atónito! Ella aparece en el lugar de la torpeza como una piedra preciosa incrustada en los rayos de la castidad. Ella convierte en oratorio de los ángeles el lugar preparado para la perdicion de las almas. Ella hace que la virginidad salga coronada del lugar donde la castidad habia naufragado. Ella convierte á la pureza á los libertinos á quienes el pregonero convocaba al desórden. Ella hace que salgan puros los jóvenes que Satanas le enviaba manchados. Jesucristo encuentra tantos confesores y tantos enemigos del diablo, cuantos eran los hombres elegidos por el diablo para corromper la virginidad de Jesucristo. Todos ellos, despues de haber confesado á Jesucristo con la boca, en presencia de un pueblo inmenso y admirado de tales prodigios, lo confesaron con su sangre, y declarándose sus discípulos, consiguieron la corona del martirio (1). ¡Qué triunfo

(1) In prostibulo turpitudinis, in gremio apparuit castitatis. Migravit enim oratorium angelorum locus qui perditarum fuerat animarum; et ubi semper naufragaverat castitas, illic est coronata virginitas. Populos quos preco ad libidinem incitaverat, virgo ad castitatem obtinuit; quos ad eam diabolus inquinatos induxit, illa à se mundos ejecit. Exhibat inde Dei servus, qui diaboli fuerat ingresus, et tot facti sunt Christi cultores, quot diabolus virginis se putaverat invenisse corruptores.» (S. Maximus, *Homil. in Nat. S. Agn.*)

para Jesucristo! ¡Y todo esto lo hizo Dios por medio de una tierna jóven!

No se puede hablar de Santa Ines sin acordarse de Santa Emerenciana, vírgen romana tambien, de la misma edad de Santa Ines y su hermana de leche. No siendo más que catecúmena, esta grande alma, en un cuerpo frágil, llena de amor de Dios y de celo por la fe, no cesaba de echar en cara públicamente á los fanáticos adoradores de los ídolos su crueldad y su furor contra los cristianos. Se irritan contra ella, procuran sorprenderla cuando oraba junto al sepulcro de Santa Ines, la amenazan con apedrearla si no reniega de Jesucristo. Ella rehusa terminantemente; sobre el sepulcro donde habia orado, habia recibido nuevas fuerzas para confesar á Jesucristo. Una lluvia de piedras cae sobre ella y llenan de heridas todo su cuerpo. Mas no importa: la confesion de Jesucristo sale de su boca tan constantemente, como su sangre sale pura de sus desgarrados miembros; y bautizada con su propia sangre, y abrazada á los restos amados de su celestial hermana, haciéndose mártir al mismo tiempo que se hizo cristiana, entregó á Dios su espíritu y voló al cielo (1).

Mas éstas no fueron las únicas vírgenes que sufrieron entónces el martirio á la edad de trece años; Santa Prisca, noble vírgen, natural de Roma, confesó tambien á Jesucristo á la misma edad, y áun con mayor mérito y más esplendor para el Cristianismo. La conducen al templo de Apolo y le mandan que sacrifique á los ídolos; pero la jóven rechaza esta propuesta con horror. La abofetean en presencia del pueblo; pero ella sufre esta dolorosa afrenta y este cruel insulto con tanta calma y tanta mansedumbre, que el pueblo se llena de vergüenza, y se ven obligados á ocultarla de la vista del público. La encierran en una prision y la azotan de la manera más brutal, derramando sobre su cuerpo pez hirviendo; pero cuanto

(1) «Emerenciana, virgo romana, B. Agnetis colactanea, ad huc cathechumena et fide et charitate flagrans, furentes in christianos idolorum cultores vehementius accusabat. Lapidibus obruta, incruciatibus orans ad sepulcrum beatæ Agnetis, proprio sanguine, quem pro Christo constanter efudit, baptizata, animam Deo reddidit.» (*Brev. Rom.*)

más sufre más dispuesta se encuentra á sufrir por Jesucristo. Tres dias despues la exponen en el anfiteatro para que sea devorada por un leon; pero esta fiera hambrienta, más humana y más generosa que el hombre, no osa tocar á la jóven vírgen sino postrándose humildemente á sus piés (1). Todos se llenaron de admiracion al ver el doble prodigio de una niña tranquila é intrépida en presencia de un leon, y de un leon que se olvida del hambre y de su instinto feroz en presencia de una niña; y esta admiracion del público, léjos de servir á los designos del tirano, contribuia á la victoria de la víctima y de la religion que le inspiraba tanta fortaleza. La ocultan de nuevo de los ojos del público, la encierran en un calabozo, la dejan tres dias sin alimento alguno, y en este estado de debilidad, pensando que agotadas las fuerzas de su cuerpo se agotarian tambien las de su alma, la colocan sobre un potro y desgarran con uñas de hierro sus delicados miembros; mas no pudiendo vencer su constancia en la fe, llenos de desesperacion la arrojan en un horno ardiendo, y el fuego la respeta como la habia respetado el leon. Finalmente, le cortan la cabeza en un lugar apartado de la ciudad para evitar un tumulto del pueblo, que ya se habia rebelado en otras ejecuciones semejantes. Así fué como esta admirable niña reunió la corona del martirio y de la virginidad (2).

Ved aquí otra ilustre vírgen que muere por Jesucristo á la edad de trece años. Hablo de Santa Eulalia, martirizada en Mérida, capital en otro tiempo de la Lusitania. Desde su infancia habia manifestado el más ardiente deseo del martirio, juntamente con el más noble desprecio del mundo y de sus vanidades. Cuantas veces le era posible se escapaba de su casa para ver á los cristianos que eran interrogados ó atormentados por la fe. Sus padres, para impedir que repitiese estas fugas, que ellos llamaban *locuras peligrosas de*

(1) «Ducta ad Apolinis templum, ut idolis inmolaret, cum rem detestaretur, colafis cæsa, in carcerem truditur; atque inde emissa, cum in fidei constantia perseveraret, affecta verberibus, ferventique adipe delibuta, rursus in carcerem includitur. Post triduum, in anfitheatrum producta, leoni objicitur, qui, suæ feritatis oblitus, humiliter se ad ejus pedes adjecit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «In ergastulo triduo inedia afflicta, in eculeo suspenditur, et ungulis ferreis excarnificata, in rogum injicitur. Unde etiam mirabiliter evasit incolumis. Extra urbem capite abscisso, virginitatis palmam martyrii corona cumulavit.»

niños, la encerraron en una casa de campo léjos de la ciudad. Pero este recurso fué vano: una noche se escapó sola y á pié á traves de los campos, llegando por la mañana á Mérida; y presentándose al gobernador, que cazaba entónces á los cristianos como á bestias feroces, le dijo: «¿Buscais á los cristianos? Pues yo lo soy tambien; yo tambien desprecio á los ídolos, porque nada son, y á los que los adoran, porque son necios. Vedme, pues, en vuestras manos; tratadme como tratais á mis compañeros.—Niña, le responde el tirano, tú no sabes lo que dices. Adora, pues, al instante á los dioses, porque de otro modo haré que te pese mucho querer hacer causa comun con los cristianos.» La única respuesta que dió la valerosa niña fué derribar el ídolo que se encontraba en su presencia, escupiéndole y pisando las ofrendas que le habian hecho. El gobernador, admirado de tal valor, dudó por el pronto; pero dando despues libre rienda á su despecho y á su furor, hizo despojar á la jóven heroína y desgarrar su delicado cuerpo, hasta el punto de descubrírsele los huesos. Durante esta horrible ejecucion, Eulalia, no sintiendo al parecer ningun dolor, con un semblante tranquilo y alegre contaba todos los golpes que le daban, diciendo: «Esto es bueno; ésta es una magnífica escritura que se estampa sobre mis miembros, y que graba en mí la victoria de mi Salvador Jesucristo.» No obteniendo nada el tirano con el hierro, manda que la atormenten con el fuego. Le aplicaron hachas ardiendo. El fuego prendió en sus cabellos, con que se tapaba el seno por modestia, y habiendo subido la llama á la cabeza, abrió la boca para recibirla y fué ahogada. Se la vió inclinar la cabeza al morir, y al mismo tiempo pareció que una paloma blanca como la nieve salia de su boca y se elevaba al cielo, representando su alma pura. Los mismos verdugos vieron este prodigio. La vírgen Leocadia estaba entónces presa en Theda, y habiendo oido los tormentos de Santa Eulalia y de las otras mártires, se puso de rodillas y entregó su espíritu orando á Dios. (Fleury, lib. VIII, *ex Act.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ VIII.—Santa Cecilia.—Su amor á Jesucristo y á la santa virginidad.—Conversion de su esposo y de su hermano político.—Su admirable testamento.—Su martirio.—Santa Susana renunciando la mano del hijo de Diocleciano, y convirtiendo al Cristianismo á sus tios, que habian sido enviados por el Emperador para proponerle aquel matrimonio.—Constancia y gloria de su muerte.

Al lado de estas tiernas y admirables heroínas, forma tambien una grande y noble figura la vírgen y mártir Santa Cecilia. Instruida desde su infancia en la religion cristiana por el Papa y mártir San Urbano I, se habia consagrado voluntariamente al Señor con el voto de virginidad (1); pero no conservándose esta azucena delicada del alma sino entre las espinas de la mortificacion, del retiro y de la oracion, Cecilia no omitia ninguna de estas prácticas, tan preciosas á los ojos de la vírgen cristiana. Alejada del mundo, retirada contínuamente en un rincon de su noble casa, sólo se ocupaba en domar con un áspero cilicio su carne virginal, en humillar su alma con los gemidos de la oracion, y en ofrecer su corazon á Dios por medio de su fervoroso amor á Jesucristo (2). Instruida en la música, unia su voz melodiosa al órgano para cantar las alabanzas del Señor, para pedirle contínuamente que la conservase sin mancha, lo mismo en el alma que en el cuerpo, y que no le permitiese sufrir la confusion del pecado (3). Mirando los Santos Evangelios como una preciosa reliquia de su celestial Esposo, se gloriaba de llevarlos en su pecho (4); y ciertamente, este libro divino, depositario de los pensamientos del Verbo virginal, no podia encontrar un tabernáculo más digno que el seno de una vírgen, verdadero santuario del pudor. En la expansion de su corazon en presencia de Dios, le decia: «Señor, ¡qué dicha para mí, vuestra humilde sierva y vuestra vírgen esposa, es poder serviros con la diligencia y la asiduidad que la abeja emplea para formar la miel!» (1). Y cuando ella hacía un bien, atribuia toda la gloria á Jesucristo, diciéndole: «Jesus, Señor, inspirador divino del consejo de la castidad, recibid el pequeño bien que hago; él os pertenece, porque no es otra cosa que el fruto de la celestial semilla que habeis sembrado en mi corazon» (2).

(1) «A prima ætate, fidei præceptis instituta, virginitatem suam Deo vobit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Cilicio membra domabat; Deum gemitibus exorabat.» (*Ibid.*)

(3) «Cantantibus organis, virgo in corde suo Domino decantabat, dicens: Fiat, Domine, cor meum et corpus meum immaculatum ut non confundar.» (*Ibid.*).

(4) «Virgo gloriosa semper Evangelium Christi gerebat in pectore.» (*Ibid.*)

Pero Jesucristo no habia encendido esta gran antorcha de la fe en la casa de su Iglesia para que permaneciese bajo el celemin de la vida privada, sino para colocarla sobre el candelero de los combates públicos, á fin de alumbrar al mundo con la luz de sus virtudes é ilustrar á la Iglesia con la gloria de su martirio.

Habiéndola ofrecido sus padres, contra su voluntad, á Valeriano, personaje muy distinguido, pero idólatra, no sólo obtuvo de él Cecilia que respetase su pudor, sino que en poco tiempo formó de él un fervoroso catecúmeno y lo hizo bautizar por San Urbano. Lo mismo hizo con Tiburcio, su hermano político, despues de haberle instruido muy bien en la religion cristiana. Y cuando este venturoso neófito volvió á su casa, despues de haber recibido tambien el bautismo de manos del mismo Pontífice, abrazándole Cecilia en un arrebato de santa caridad, le dijo: «Ahora te reconozco por mi verdadero pariente, por mi verdadero hermano, supuesto que el amor de Dios te ha hecho despreciar los ídolos» (3).

Apénas el prefecto de Roma, Almaquio, sabe que los dos nobles hermanos Valeriano y Tiburcio se habian hecho cristianos, cuando los hace encerrar en una prision y los amenaza con la muerte más horrible si no vuelven al momento al culto de los dioses falsos. Pero Cecilia estaba al lado de ellos, fortaleciéndolos con sus exhortaciones y su valor contra el terror de Almaquio, y afirmándolos en la fe, manifestándoles las coronas inmortales que les aguardaban. Ella no tuvo más trabajo para convertirlos en dos gloriosos mártires, que habia tenido pocos dias ántes para hacer de ellos dos cristianos perfectos (4).

(1) «Cæcilia, famula tua, Domine, quasi apis tibi argumentosa deservit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Domine Jesus, seminator casti concilii, suscipe seminum fructus quos in Cæcilia seminasti.» (*Ibid.*)

(3) «Dixit ad Tiburtium: Hodie te fatetor meum cognatum; quia amor Dei te fecit contemptorem idolorum.» (*Ibid.*)

(4) «Cæcilia virgo Almachium superabat; Tiburtium et Valerianum ad coronas vocabat. Uterque constanter martyrium subiit.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Limitándose Almaquio á los dos hombres, habia perdonado á la mujer heróica que los habia convertido. Pero Cecilia no se hace ilusiones. Ella conoce que le habia de llegar su turno, y que habia de seguir á su casto esposo y á su piadoso hermano en la prueba del martirio, en el camino del cielo. Ella estaba dispuesta y preparada para todo. Sólo pedia á Dios un término de tres dias para hacer su testamento. Y ¿cuál es este testamento? El testamento de una cristiana y de una mártir. ¡Oh, cuán noble, cuán sublime y cuán perfecta era el alma de esta jóven vírgen! Su familia es la Iglesia, sus parientes son los pobres. Por consiguiente, el dia ántes de morir por Jesucristo, sólo se ocupa de la Iglesia y de los pobres de Jesucristo. Ella envía á buscar al pontífice San Urbano y le dice: «Ved aquí mi casa, tomad posesion de ella; desde este momento os pertenece, porque es un dón que hago á la Iglesia. Vos formaréis de ella un lugar de reunion y de refugio para los fieles, para los miembros de la Iglesia, y en presencia mia la consagraréis y la convertiréis en iglesia (1). Dichosa por haber sido acogida en el seno de la Iglesia durante mi vida, quiero que la Iglesia sea acogida en mi casa despues de mi muerte» (2). Al mismo tiempo reune todo lo más precioso que tenía, y lo distribuye entre los pobres. Lo mismo hace con el precio de los bienes inmuebles que puede vender. Por esta razon, cuando á los cuatro dias la manda prender Almaquio, y le manda entregar todos los bienes que Valeriano y Tiburcio le habian dejado, respondió Cecilia que nada habia conservado, que todos sus bienes los habia dado á los pobres (3). Esta respuesta de

(1) «Triduanas à Domino poposci inducias; ut domum meam Ecclesiam consecrarem.» (*Brev. Rom.*)

(2) Este deseo de la vírgen se cumplió. Su casa, consagrada en iglesia por San Urbano, bajo la invocacion de Santa Cecilia, cuyo nombre conserva al presente, es una de las más bellas iglesias de Roma y uno de los monumentos más preciosos de la religion. En ella se ven los baños en que la gran mártir fué encerrada para que muriese por el fuego. El papa Pascasio I reunió despues en ella, al cuerpo de Santa Cecilia, los de San Valeriano, de San Tiburcio y de los papas y mártires San Urbano y San Lucio, como tambien los restos de San Máximo. La estatua de la jóven vírgen, cayendo á tierra y muriendo de una herida en la garganta, es una obra maestra de Bernini, y no se ve cosa más bella ni más admirable.

(3) «Qui mox Cæciliam comprehendi imperat, ab eaque primum ubi Valeriani et Tiburtii facultates sint exquirit. Cui virgo, omnia illorum bona pauperibus distributa esse respondit.» (*Brev. Rom.*)

Cecilia pone furioso al prefecto, que queria arrebatarle sus bienes y su fe. Él la condena á ser quemada viva en el baño de su propia casa. Pero habiéndola respetado el fuego, Cecilia, dichosa con su suerte de confesar al Señor, sólo se ocupa de la conversion de los soldados que el tirano habia convertido en sus verdugos. «¿Qué esperais, soldados, les decia, que no os apresurais á arrojar las sombras de las tinieblas de la idolatría para vestiros con la armadura de la luz de la religion cristiana?» (1). Estas exhortaciones conmovieron á los soldados, pero no los convirtieron en el momento. Habiéndola hecho el jefe de ellos caer en tierra, segun las órdenes que habia recibido, quiso cortarle la cabeza con el hacha, con la cual le dió tres golpes, sin haber podido causarle más que una herida. Avergonzado de ser tan cruel con una jóven vírgen, se retira dejándola medio muerta, bañada en un lago de sangre. En este estado vive Cecilia tres dias, y al morir, hace que renazcan á la vida los autores de su muerte. Sus verdugos, y todos los que han sido espectadores de la constancia sobrenatural y celestial de la jóven mártir, no cesan de repetir: «Nosotros creemos que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios y el Dios verdadero; porque sólo un Dios ha podido obrar el prodigio de formar para Sí una sierva tal como Cecilia» (2). ¡Así es como Jesucristo se daba á conocer y triunfaba por medio de la mujer mártir!

Santa Susana, vírgen tambien romana, fué igual á Santa Cecilia por la elevacion del corazon y del espíritu, por la nobleza de sentimiento cristiano y por el santo entusiasmo de la virginidad y de la fe. Su padre era el célebre Gavinio, pariente del emperador Diocleciano y hermano uterino del papa San Cayo. Susana, por consiguiente, participaba, por su nacimiento, de lo más elevado que habia en el sacerdocio y en el Imperio, y ademas era un prodigio de hermosura. Gavinio, al mismo tiempo que era un gran señor, era tambien un gran sabio (3). Así es que, habiéndose convertido al Cristianismo y habiéndose hecho sacerdote despues de la

(1) «Eja, milites, abjicite opera tenebrarum et induimini arma lucis.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Credimus Christum Filium Dei verum Deum esse, qui talem tibi elegit famulam.» (*Ibid.*)

(3) «Eruditus omnigenis artium mundanarum litteris; cumque nobilissimus esset progenie, fama latissime cognoscebatur.» (*Act. Martyr.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte de su esposa, habia hecho de su hija única la jóven más instruida de Roma en la literatura, en la filosofía, y sobre todo en la religion cristiana. Susana tenía el alma tan noble como la sangre. Apénas conoció á Jesucristo, cuando le amó; y apénas le amó, cuando quiso consagrarse toda entera á Él por el voto de virginidad.

Habiendo oido el emperador maravillas de la cultura, del talento y de la belleza de Susana, su parienta, quiso hacerla esposa de Maximino César, su hijo, y envió á Claudio, gran señor y pariente de Gavinio, á casa de éste para pedirle la mano de su hija. Susana se hallaba presente á esta peticion, y léjos de envanecerse de ella se llenó de horror. «¿Cómo, dijo ella á Claudio; cómo, siendo vos mi tio, habeis podido aceptar el encargo de hacerme una propuesta semejante? ¿No sabeis que soy cristiana? ¿Cómo osais proponerme que me case con un pagano, perseguidor tan cruel de mis hermanos, los cristianos, y cuyo parentesco hemos repudiado nosotros por esta causa? ¡Gloria á Dios todopoderoso que se ha dignado asociarme á los santos! Porque yo confio en que, por mi Señor Jesucristo, la repulsa de estas bodas me proporcionará la corona del martirio (1). Por otra parte, mi padre sabe bien que estoy obligada á vivir en la castidad, porque he consagrado mi virginidad á Jesucristo. Y vos, padre mio, vos no querreis sin duda que yo sea infiel al Dios á quien vos mismo me habeis prometido. Yo no quiero servir más que á Él, yo no quiero reposar más que en Él, y Él, que tiene toda mi fe, tendrá tambien todo mi corazon. — Yo me considero muy dichoso, hija mia, respondió Gavinio, de verte con tales disposiciones. Yo te bendigo y te exhorto á que permanezcas fiel en tu propósito. El mérito de tu ofrenda y de tu constancia en la fe recae sobre toda la familia, y nos hará á todos hostias agradables á nuestro Señor Jesucristo.»

El papa San Cayo, tio tambien de Susana, se hallaba presente á este coloquio, y añadió: «Sobrina, supuesto que te has consagrado perpétuamente á Dios, acuérdate de permanecer siempre fiel á sus mandamientos.» Y Susana, deshecha en lágrimas, le respondió:

(1) «Gloria omnipotenti Deo, qui me dignatus est jungere corporibus sanctorum. Sic enim credo in Dominum Jesum Christum, me hujus contemptus causa, ad martyrii palmam perventuram.» (*Act. Martyr.*)

«Yo espero, con el auxilio de vuestras oraciones, que nuestro Señor Jesucristo me concederá la gracia de que sea ese templo de Dios de que habla San Pablo cuando dice: *El templo de Dios es santo, y ese templo sois vos mismo.*» (I, *Cor.*, III.)

Admirado Claudio de oir hablar de este modo á su pequeña sobrina, quiso darle un beso; pero Susana retrocedió. Claudio le dijo: «Como vuestro tio que soy, he querido daros un beso por afecto que os tengo. ¿Me está esto acaso prohibido?» Susana le respondió: «Yo no rehuso vuestros besos porque sois mi tio, sino porque vuestra boca está manchada con los sacrificios que ofreceis á los ídolos. — Y ¿qué debo yo hacer para purificar mi boca de esa mancha? — Vos debeis hacer penitencia y haceros bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Movido Claudio por la gracia, consiente en ello, y volviendo á su casa, dice á su mujer: «Yo voy á hacerme cristiano; Cayo el obispo y Gavinio el sacerdote, mis primos, me han persuadido á ello; pero Susana, mi sobrina, es principalmente quien me ha atraido á la fe. Á las oraciones de esa jóven vírgen debo yo la dicha de que el Señor se haya acercado á mí por medio de su gracia» (1).

La esposa de Claudio, llamada Propedigna, queda al principio llena de admiracion; mas rindiéndose despues á las dulces impresiones de la gracia, se dirige en busca del santo pontífice Cayo á la casa de Susana, y arrojándose á sus piés y bañándolos con sus lágrimas, le dice: «Vos habeis salvado á mi esposo, salvad tambien á su mujer y á sus hijos; vednos aquí á todos, hacednos á todos cristianos.» Al oir esto Susana, sale de su gabinete, se arroja al cuello de Propedigna y la abraza, diciéndole: «¡Cuán feliz soy, mi buena tia, al oir que vos tambien quereis ser cristiana! ¡Sea Dios bendito: ved aquí toda nuestra familia hecha cristiana!» Susana, fuera de sí de alegría, toma á su cuidado estos catecúmenos, se encarga de su instruccion y los prepara para el bautismo; y para colmo de ventura, el papa los bautiza y los confirma en su misma casa. De este modo Susana, sobrina de ellos segun la naturaleza, se hace madre segun la fe.

(1) «Narravit uxori suæ quemadmodum precibus puellæ nepotis suæ ad gratiam Domini accessisset. Caijus episcopus frater meus hortatus est ut ita facerem, et Gavinius presbyter, et puella virgo præcipua in omnibus.» (*Act. Martyr.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Diocleciano, que no habia vuelto á ver Claudio, á quien habia dado el encargo de pedir la mano de Susana, le envia á Máximo, administrador de los bienes particulares del príncipe y hermano de Claudio, para saber el resultado de su mision acerca de la vírgen. Claudio le dice: «Hermano mio, ¿qué quereis que os diga? He visto, en efecto, á mi amada sobrina, á quien venero como á mi maestra, y le he manifestado el deseo del emperador; pero he sabido que esta jóven, milagro de belleza y de sabiduría, es una santa consagrada al Dios eterno; no era, pues, posible hablarle de matrimonio; y te digo que por ella he sido redimido de todos mis pecados» (1).

En una palabra, Máximo ve tambien á Susana, y por sus exhortaciones se convierte tambien al Cristianismo con toda su familia; y recibiendo el bautismo y la confirmacion por mano del pontífice San Cayo, en la misma casa de Susana, pone el colmo á la alegría de esta jóven de los prodigios. Al saber Diocleciano que Claudio y Máximo, léjos de haber cumplido su mision para con Susana se habian dejado *fascinar* por ella y se habian hecho cristianos, los manda prender con toda su familia, los hace deportar á Ostia, y allí les hace morir por el fuego y hace que sus cenizas sean arrojadas al mar. Así, pues, Claudio y Máximo no pudieron hacer de Susana la esposa del César, Rey de la tierra, y Susana hizo de ellos dos mártires de Jesucristo, Rey del cielo.

Rica del mérito de todas las virtudes y de la virtud de todos los méritos, no le faltaba más que el mérito y la gloria del martirio Este mérito y esta gloria no se hicieron esperar por mucho tiempo. Diocleciano, despues de haber agotado en vano todos los medios para hacerla esposa de su hijo y para atraerla al culto de los idolos, la hizo atormentar horriblemente, la hizo degollar secretamente en su misma casa, para evitar la indignacion pública. Habiendo tenido noticia de esta ejecucion, Severa, su esposa, se llevó el cuerpo de la ilustre mártir y le dió sepultura, como hemos visto ya. Volviendo el mismo dia el papa San Cayo á la casa donde Susana acababa de ser inmolada por Jesucristo, ofreció el sacrificio de Jesucristo á su memoria y á su gloria, consagró aquella casa en iglesia, y la de-

(1) «Inveni eam sanctam, præclare sapientem, pulchritudine insignem, et Deo æterno dicatam; atque per eam redemptus sum á peccatis meis.» (*Act. Martyr.*)

signó por una de las iglesias de las estaciones de los fieles, como lo ha sido siempre hasta el presente (1). La iglesia de Santa Susana, en el Quirinal, es una de las más antiguas y de las más veneradas iglesias de Roma, por las glorias cristianas que recuerda y por los preciosos monumentos que encierra.

§ IX. — Santa Sotera. — Admirable trozo de elocuencia de San Ambrosio, describiendo su martirio. — El tormento de las bofetadas. — Santa Bibiana. — Sublime respuesta de Santa Segunda al tirano. — Santa Martina, diaconisa. — Multitud y horror de sus tormentos. — Grandes conversiones que siguieron á su gloriosa muerte.

Esta misma época del martirio de estas sublimes vírgenes en Roma fué ilustrada por el martirio de Santa Sotera en la misma ciudad. Ésta era una vírgen de una belleza extraordinaria, que ella ocultaba por modestia con un largo velo que cubria contínuamente su rostro. Se le manda que sacrifique á los ídolos, ó que sufra la vergüenza de ser abofeteada en público por mano del verdugo, y la noble heroína se quita su velo sin decir una palabra, y á imitacion de su celestial esposo, ofrece ella misma sus virginales mejillas á las bofetadas. La abofetean despiadadamente hasta desfigurarla; pero la vergüenza y el dolor, léjos de arrancarle ni una sola queja, parece que la hacen dichosa de asemejarse al Salvador del mundo, sufriendo el mismo ultraje. La única cosa que la aflige es pensar que quieran despojarla de sus vestiduras y ultrajarla de una manera más cruel en su pudor (2). Por esta razan pide á Dios la gracia de acabar cuanto ántes sus padecimientos por medio de la espada. Esta gracia se le concede; porque la santa vírgen es degollada,

(1) «Eodem die Caijus episcopus, in eam domum ubi illa percussa est ingrediens, sacrificia Domino Deo suo obtulit, pro commemoratione Beatæ Susannæ; atque ex illo tempore christianorum statio deputata est in his ædibus, usque in hodiernum diem.» (*Act. Mart.*, 8 Maii.)

(2) De todos los tormentos que la ferocidad de los tiranos hacia sufrir á las vírgenes cristianas, éste era el más cruel. «Últimamente, decia Tertuliano á aquellos monstruos, que tan crueles se manifestaban con las jóvenes, se condenaba á una cristiana á ser expuesta en un lugar infame, y vosotros habeis reconocido que nosotros tememos la impureza más que los tormentos y que la muerte misma.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Diocleciano, que no habia vuelto á ver Claudio, á quien habia dado el encargo de pedir la mano de Susana, le envia á Máximo, administrador de los bienes particulares del príncipe y hermano de Claudio, para saber el resultado de su mision acerca de la vírgen. Claudio le dice: «Hermano mio, ¿qué quereis que os diga? He visto, en efecto, á mi amada sobrina, á quien venero como á mi maestra, y le he manifestado el deseo del emperador; pero he sabido que esta jóven, milagro de belleza y de sabiduría, es una santa consagrada al Dios eterno; no era, pues, posible hablarle de matrimonio; y te digo que por ella he sido redimido de todos mis pecados» (1).

En una palabra, Máximo ve tambien á Susana, y por sus exhortaciones se convierte tambien al Cristianismo con toda su familia; y recibiendo el bautismo y la confirmacion por mano del pontífice San Cayo, en la misma casa de Susana, pone el colmo á la alegría de esta jóven de los prodigios. Al saber Diocleciano que Claudio y Máximo, léjos de haber cumplido su mision para con Susana se habian dejado *fascinar* por ella y se habian hecho cristianos, los manda prender con toda su familia, los hace deportar á Ostia, y allí les hace morir por el fuego y hace que sus cenizas sean arrojadas al mar. Así, pues, Claudio y Máximo no pudieron hacer de Susana la esposa del César, Rey de la tierra, y Susana hizo de ellos dos mártires de Jesucristo, Rey del cielo.

Rica del mérito de todas las virtudes y de la virtud de todos los méritos, no le faltaba más que el mérito y la gloria del martirio Este mérito y esta gloria no se hicieron esperar por mucho tiempo. Diocleciano, despues de haber agotado en vano todos los medios para hacerla esposa de su hijo y para atraerla al culto de los idolos, la hizo atormentar horriblemente, la hizo degollar secretamente en su misma casa, para evitar la indignacion pública. Habiendo tenido noticia de esta ejecucion, Severa, su esposa, se llevó el cuerpo de la ilustre mártir y le dió sepultura, como hemos visto ya. Volviendo el mismo dia el papa San Cayo á la casa donde Susana acababa de ser inmolada por Jesucristo, ofreció el sacrificio de Jesucristo á su memoria y á su gloria, consagró aquella casa en iglesia, y la de-

(1) «Inveni eam sanctam, præclare sapientem, pulchritudine insignem, et Deo æterno dicatam; atque per eam redemptus sum á peccatis meis.» (*Act. Martyr.*)

signó por una de las iglesias de las estaciones de los fieles, como lo ha sido siempre hasta el presente (1). La iglesia de Santa Susana, en el Quirinal, es una de las más antiguas y de las más veneradas iglesias de Roma, por las glorias cristianas que recuerda y por los preciosos monumentos que encierra.

§ IX. — Santa Sotera. — Admirable trozo de elocuencia de San Ambrosio, describiendo su martirio. — El tormento de las bofetadas. — Santa Bibiana. — Sublime respuesta de Santa Segunda al tirano. — Santa Martina, diaconisa. — Multitud y horror de sus tormentos. — Grandes conversiones que siguieron á su gloriosa muerte.

Esta misma época del martirio de estas sublimes vírgenes en Roma fué ilustrada por el martirio de Santa Sotera en la misma ciudad. Ésta era una vírgen de una belleza extraordinaria, que ella ocultaba por modestia con un largo velo que cubria contínuamente su rostro. Se le manda que sacrifique á los ídolos, ó que sufra la vergüenza de ser abofeteada en público por mano del verdugo, y la noble heroína se quita su velo sin decir una palabra, y á imitacion de su celestial esposo, ofrece ella misma sus virginales mejillas á las bofetadas. La abofetean despiadadamente hasta desfigurarla; pero la vergüenza y el dolor, léjos de arrancarle ni una sola queja, parece que la hacen dichosa de asemejarse al Salvador del mundo, sufriendo el mismo ultraje. La única cosa que la aflige es pensar que quieran despojarla de sus vestiduras y ultrajarla de una manera más cruel en su pudor (2). Por esta razan pide á Dios la gracia de acabar cuanto ántes sus padecimientos por medio de la espada. Esta gracia se le concede; porque la santa vírgen es degollada,

(1) «Eodem die Caijus episcopus, in eam domum ubi illa percussa est ingrediens, sacrificia Domino Deo suo obtulit, pro commemoratione Beatæ Susannæ; atque ex illo tempore christianorum statio deputata est in his ædibus, usque in hodiernum diem.» (*Act. Mart.*, 8 Maii.)

(2) De todos los tormentos que la ferocidad de los tiranos hacia sufrir á las vírgenes cristianas, éste era el más cruel. «Últimamente, decia Tertuliano á aquellos monstruos, que tan crueles se manifestaban con las jóvenes, se condenaba á una cristiana á ser expuesta en un lugar infame, y vosotros habeis reconocido que nosotros tememos la impureza más que los tormentos y que la muerte misma.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y su alma pura vuela al cielo, adornada con la doble aureola de la virginidad y del martirio.

Ved aquí, acerca de esta ilustre mártir, un bello y elocuente discurso de San Ambrosio, escribiendo á Santa Marcelina, su hermana, de quien la santa vírgen Sotera habia sido tia: «Pero ¿qué necesidad tengo yo, hermana mia, de ir á buscar ejemplos extraños para hablarte á tí, educada en la escuela de tu tia, mártir, que te inspiró el pensamiento de que le sucedieses en el propósito de la castidad? Educada en un campo, sin tener ninguna vírgen en tu compañía que te predicase con su ejemplo, ni maestro alguno que te instruyese con sus preceptos, no tenias medio alguno humano para aprender lo que has aprendido. Tú no eres discípula, porque no hay discípulo sin maestro, sino heredera de las virtudes de tus abuelos. Citemos, pues, el ejemplo de nuestra piadosa parienta; porque nosotros los sacerdotes tenemos una nobleza propia, y que es muy preferible á la de haber tenido prefectos y cónsules en nuestros antepasados: nosotros tenemos la dignidad de la fe, que no puede perecer jamas (1).

» Nuestra Santa Sotera, siendo una vírgen de una extremada belleza y de la más alta nobleza, supo despreciar las cualidades del cuerpo y las ventajas del nacimiento para guardar el tesoro de la fe sagrada. Habiéndosele mandado que sacrificase á los ídolos, y habiéndose ella negado valerosamente, el bárbaro perseguidor mandó que fuese abofeteada públicamente, esperando que la tierna vírgen habia de ceder á la vergüenza si no cedia al dolor de semejante tormento (2).

» Pero áun no habia el tirano acabado de dar esta órden cruel,

(1) «Sed qui ego alienigenis apud te, soror, utor exemplis, quam hæreditariæ castitatis inspirata succesio parentis martyris erudivit? Unde enim dedicisti, quæ non habuisti unde disceres, constituta in agro, nulla socia virgine, nullo informata doctore? Non ergo discipulam (quod fieri sine magistro non potest), sed hæredem virtutis egisti. Domesticum ergo piæ parentis proferamus exemplum. Habemus enin nos sacerdotes nostram nobilitatem, præfecturis et consulatibus præferendam; habemus, inquam, fidei dignitates, quæ perire non norunt.»

(2) «Sancta ergo Sotheris, cum esset valde decora facie, et nobilis virgo majorum prosapia, consulatus et præfecturas parentum sacra posthabuit fide; et idolis immolare jussa, non adquievit. Quam immanis persecutor palmis cædi præcepit, ut tenera virgo dolori cederet, aut pudori.»

cuando la vírgen se apresuró á quitarse el velo que cubria constantemente su rostro. Y ¡este bello rostro se descubrió por la primera vez para el martirio! Vedla, pues, presentando ella misma al verdugo su rostro, la única parte del cuerpo que permanece ordinariamente exenta de todo ultraje, y que más bien mira los tormentos que los sufre. Ella ofrece sus mejillas á las bofetadas, suplicio á que solos los esclavos podian ser condenados, á fin de llegar por este tormento servil al más alto grado de la gloria de la confesion; y ella se presentó voluntariamente y áun gozosa á sufrir tal afrenta, porque de este modo hacía servir al sacrificio del martirio la belleza, que es la más fuerte tentacion contra el pudor, y porque, por la pérdida de los atractivos de su rostro, iba á disminuir el peligro de su integridad. Su paciencia y su firmeza fueron tan grandes como su valor. El verdugo se cansó de herirla ántes que ella se cansase de sufrir tan duros golpes en sus delicadas mejillas. Miéntras la abofeteaban, jamas apartó la cabeza, ni hizo el más pequeño movimiento para retirar el rostro, ni una lágrima salió de sus ojos. Pudieron llenar de heridas su rostro, pero no pudieron alterar la belleza de su virtud ni la gracia interior de su alma. En vano la hacen sufrir otras várias especies de tormentos. Ella triunfa de todos, hasta que la espada viene á darle la muerte, que tanto habia ella deseado» (1).

No nos detendrémos á referir el glorioso martirio que la vírgen Santa Bibiana sufrió en esta misma época, en compañía de su santa madre Dafrisa y de Demetria, su hermana, á quienes el tirano, para ultrajar su pudor, hizo despojar de todos sus vestidos, atándolas desnudas á unas columnas en la plaza pública y azotándolas

(1) «At illa ubi audivit hanc vocem, vultum aperuit, soli invelata atque intecta martyrio. Vultum carnifici dedit, qui, inter cruciatus totius corporis, liber esse consuevit injuriæ, et spectare potius tormenta quam perpeti. Vultum obtulit ut servilibus quoque contumeliis ad passionis fastigium veheretur. Volens injuriæ occurrit, ut ibi martyrii fieret sacrificium, ubi solet esse tentamentum pudoris. Gaudebat enim dispendio pulchritudinis periculum integritatis auferri. Tam fortis et patiens, ut, cum teneras pœnæ gennas offerret, prius carnifex cædendo defecerit, quam martyr injuriæ cederet. Non vultum inflexit; non ora convertit; non gemitum, non lacryman dedit. Sed illi potuerunt quidem vultum ejus vulnerum vibicibus exarare; faciem tamen virtutis ejus et interni decoris gratiam nequaquam exarare potuerunt. Denique cum cætera pœnarum genera vicisset, gladium, quem quærebat, invenit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cruelmente con varas de hierro, hasta que espiraron en la confesion y en las alabanzas del Señor. (*Brev. Rom.*)

Á propósito de las santas hermanas, vírgenes y mártires, naturales de Roma, Rufina y Segunda, que rehusaron las dos un noble matrimonio por permanecer fieles á la virginidad que habian prometido á Jesucristo, sólo recordarémos aquí las bellas palabras que la última de ellas dirigió al prefecto Junio, que, haciendo azotar con varas á la mayor de las dos, parecia que queria perdonar á la más jóven. «¿Por qué esa injusticia? exclama ella en presencia del tirano. ¿Por qué, haciendo á mi hermana el honor de atormentarla, me deshonras á mí en no asociarme á ella? Las dos somos cristianas; nuestro crímen es el mismo; y ¿por qué no hemos de sufrir las dos el mismo castigo? Mandad, pues, que yo sea tambien azotada; nosotras debemos ser castigadas unidas, supuesto que unidas confesamos que Jesucristo es Dios» (1).

Pero no podemos olvidar en este pequeño catálogo de las más ilustres mártires de Roma, á la más gloriosa tal vez de entre ellas, y á quien la Roma cristiana mira como una de sus más grandes glorias é invoca como su protectora (2). Hablo de la ilustre vírgen Santa Martina, que siendo hija de un cónsul romano y heredera de una inmensa fortuna, comenzó su carrera en el camino de la piedad y de la perfeccion cristiana por distribuir á los pobres, con una generosidad inaudita, todos sus bienes (3), y por consagrarse á Dios con el voto solemne de virginidad. Ella era una de aquellas diaconisas (4) que, segun documentos incontestables, recibian una espe-

(1) «Quid est quod sororem meam honore, me afficis ignominia? Jube ambas simul cædi, quæ simul Christum Deum confitemur.» (*Brev. Rom.*)

(2) En el *Breviario Romano* se celebra á Santa Martina como la Santa protectora de Roma. Un himno propio le está consagrado. El papa Urbano VIII le hizo erigir una magnífica iglesia al pié del Capitolio, en el mismo lugar donde se encontraba la antigua iglesia de la que la Santa era diaconisa titular. Esta es la más bella, la más rica y la más magnífica iglesia de las santas mártires de Roma.

(3) «Christianæ pietatis ardore succensa, divitias quibus affluebat, mira in pauperes pietate, distribuit.» (*Brev. Rom.*)

(4) Las diaconisas recibian la imposicion de las manos, usaban una vestidura especial, y eran contadas entre las personas consagradas á Dios. El Concilio de Calcedonia, cánon 16, pone á las paulanistas en el estado de los legos, porque sólo tenian el hábito, sin la imposicion de las manos. Por lo demas, las diaconisas ejercian respecto á las mujeres las mismas funciones que los

cie de ordenacion particular en la antigua Iglesia, y un título que las agregaba al servicio de una iglesia; ella es aquella Santa Martina á quien dejamos más arriba ejerciendo con el mayor fruto el apostolado de Jesucristo ántes de dar su vida por Jesucristo.

Estos triunfos del fervor y del celo de una jóven, á los que la santidad de su vida y el esplendor de su condicion daban aún mayor realce, excitaron contra ella el fanatismo de los sectarios de la idolatría, y el ódio feroz de la autoridad, á quien alarmaban los progresos del Cristianismo. Mandan prender á la noble vírgen, y la intiman que reconozca y venere las vanas divinidades del paganismo. Ella rechaza con horror este acto impío, y lo detesta con todas sus fuerzas; y funda su negativa en una refutacion sólida, que hace en público y con la mayor libertad, de la vanidad de los ídolos y del culto sacrílego que se les tributaba. De aquí se origina un combate, el más obstinado que se ha visto jamas, entre la debilidad y la fuerza, entre el pudor y la insolencia, entre la mansedumbre de un cordero y la rabia de un lobo, entre la fe de una vírgen cristiana y la crueldad de un tirano, armado con todos los recursos del poder soberano. No hay especie alguna de tormento que no se ponga en práctica para triunfar de la constancia de la jóven mártir. La azotan horriblemente repetidas veces, la desgarran con pedazos de vidrio y con uñas de hierro, cortan su carne á pedazos con navajas afiladas, su cuerpo virginal es una pura llaga de los piés á la cabeza, y continúan haciéndole nuevas heridas más anchas y más profundas, y derraman sobre sus heridas aceite hirviendo. En este estado la exponen en el anfiteatro á los leones, que no osan tocarla, y la arrojan despues en medio de las llamas, que la respetan igualmente (1). Estos prodigios, cuya verdad no puede ponerse en duda,

diáconos respecto á los hombres, principalmente para la visita de los pobres y la instruccion de los catecúmenos. Ellas estaban encargadas de las puertas de aquel sitio de la iglesia donde estaban las mujeres separadas de los hombres, y en el acto del bautismo, ellas las ayudaban á desnudarse y á vestirse, con el objeto de que todo se hiciese con decencia.

(1) «Cum deos inanes colere juberetur, immane facinus summa libertate detestatur. Quapropter, iterum atque iterum affecta verberibus, uncis, ungulis ferreis, testarum fracmentis lacerata, acutissimis gladiis membratim concissa, adipe fermenti peruncta, demum in anphitheatro damnatur ad bestias; à quibus ilesa divinitus evadens, in ardentem rogum injecta, incolumis, pari beneficio servatur.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque suceden á la vista de todas las personas que asisten al coliseo, mueven á los mismos verdugos, á quienes la inalterable mansedumbre y la paciencia invencible de la víctima habian llenado de admiracion: ésta era la gracia, que se abria camino en sus corazones. Ellos no resisten por más tiempo; ellos creen en Jesucristo y se confiesan públicamente cristianos. Se indignan contra ellos, y con el mayor furor se les convierte en víctimas, se les hace sufrir el mismo martirio, y se les corta la cabeza, haciéndolos confesores de la fe (1). Dios lo dispuso así para que Martina, que habia hecho con su celo á tantos hombres cristianos, entrase en el cielo precedida, rodeada y honrada por una legion de mártires.

Pero no se acaban aquí sus gloriosas conquistas. Apénas espira ella bajo el golpe de la espada (2) que le corta la cabeza, cuando se siente en toda la ciudad un gran terremoto; muchos edificios se hunden, y anuncian con su ruina la próxima ruina del infame edificio de la idolatría romana. Porque, en efecto, ninguna mision apostólica produjo mayores frutos que el martirio de esta vírgen. Un gran número de idólatras se convirtieron en un momento, y Roma se llenó de admiracion al verse cuasi toda cristiana (3). Así es como hacía Dios de la mujer mártir la mujer apóstol del Cristianismo.

(1) «Ex ejus sectoribus nonnulli, miraculi novitate correpti, Dei inspirati gratia, Christi fidem amplexi, post cruciatus, gloriosam martyrii palmam, capitis abscissione, promeruere.» (*Brev. Rom.*)

(2) Es digno de observar que Dios salvaba cuasi siempre por medio de prodigios á sus confesores, cuando intentaban hacerlos morir por las fieras, por el fuego ó por el naufragio, miéntras que consentia que muriesen por la espada. «Esto consiste, dicen los padres y los intérpretes, en que las otras penas eran unas penas arbitrarias, eran ciertos refinamientos de crueldad, y no eran penas legales; miéntras que, segun San Pablo, la espada es el signo de la justicia, del poder político: *Non sine causa gladium portat.*» (*Rom.*, x.) Por consiguiente, al consentir que los mártires muriesen por la espada, quiso indicar el respeto que se debe al poder público en las acciones que son de su incumbencia, áun en el caso en que abuse accidentalmente de su autoridad.

(3) «Hisce prodigiis, ejusque in primis constantia, acriter permotus judex, caput virgini amputari præcepit. Qua peremptа, urbs tota contremuit, ac multi idolorum cultores ad Christi fidem conversi sunt.» (*Ibid.*)

§ X.—Vírgenes mártires fuera de Roma.—Santa Águeda.—Su constancia y sus reconvenciones al tirano miéntras le cortan los pechos.—Su dichosa muerte fué seguida de prodigios.—Santa Lucía, su imitadora en la profesion de la virginidad y en la constancia del martirio.—Dios no permite que ella sea violada.

Pero estos mismos prodigios que el poder de Dios obró en Roma por medio de la mujer mártir, los obró tambien por el mismo medio, como lo prueban las actas de los mártires, en el resto del mundo, en la época del establecimiento del Cristianismo en el mundo. Ved aquí algunas de las santas mujeres que sufrieron por Jesucristo el martirio fuera de Roma, y cuyos nombres han sido siempre célebres en la Iglesia. En primer lugar encontramos á Santa Águeda y Santa Lucía, las principales glorias religiosas de Sicilia, cuyos nombres se encuentran en el cánon de la misa y en la letanía de los santos.

Nada es más admirable ni más bello que las palabras y las oraciones de Santa Águeda durante su largo y horrible martirio. Noble de orígen y dotada de una rara belleza, habiendo rehusado, por amor á la virginidad, la mano y el amor de Quinciano, pretor de Sicilia, éste la hizo prender en Catania, donde se encontraba, y la echó en cara, como una cosa vergonzosa, el que siguiese, siendo noble y rica, la vida oscura y pobre de los cristianos: al cual ella respondió: «Tú no sabes lo que dices, Quinciano; lo que tú llamas la humildad y la servidumbre cristiana, es mucho más noble y más glorioso que todo el fausto y las riquezas de los reyes. En cuanto á mí, no soy más que una sierva de Jesucristo; por eso me ves cubierta de pobres vestidos, propios de los siervos. Así, pues, yo quiero ser reconocida por lo que soy y por lo que me glorío de ser» (1). Indignado Quinciano de esta respuesta tan cristiana, manda que la santa vírgen sea encerrada en un horrible calabozo. «Esa es mi gloria y mi alegría», respondió ella; y se dirigió á la prision con un semblante tan tranquilo y tan alegre, que parecia que iba á un banquete de bodas; sin embargo, ella se puso á implorar el

(1) «Multo præstantior est christiana humilitas et servitus regum opibus et superbia. Ancilla Christi sum; ideo me servilem ostendo habere personam.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS ESPAÑA ® BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

porque suceden á la vista de todas las personas que asisten al coliseo, mueven á los mismos verdugos, á quienes la inalterable mansedumbre y la paciencia invencible de la víctima habian llenado de admiracion: ésta era la gracia, que se abria camino en sus corazones. Ellos no resisten por más tiempo; ellos creen en Jesucristo y se confiesan públicamente cristianos. Se indignan contra ellos, y con el mayor furor se les convierte en víctimas, se les hace sufrir el mismo martirio, y se les corta la cabeza, haciéndolos confesores de la fe (1). Dios lo dispuso así para que Martina, que habia hecho con su celo á tantos hombres cristianos, entrase en el cielo precedida, rodeada y honrada por una legion de mártires.

Pero no se acaban aquí sus gloriosas conquistas. Apénas espira ella bajo el golpe de la espada (2) que le corta la cabeza, cuando se siente en toda la ciudad un gran terremoto; muchos edificios se hunden, y anuncian con su ruina la próxima ruina del infame edificio de la idolatría romana. Porque, en efecto, ninguna mision apostólica produjo mayores frutos que el martirio de esta vírgen. Un gran número de idólatras se convirtieron en un momento, y Roma se llenó de admiracion al verse cuasi toda cristiana (3). Así es como hacía Dios de la mujer mártir la mujer apóstol del Cristianismo.

(1) «Ex ejus sectoribus nonnulli, miraculi novitate correpti, Dei inspirati gratia, Christi fidem amplexi, post cruciatus, gloriosam martyrii palmam, capitis abscissione, promeruere.» (*Brev. Rom.*)

(2) Es digno de observar que Dios salvaba cuasi siempre por medio de prodigios á sus confesores, cuando intentaban hacerlos morir por las fieras, por el fuego ó por el naufragio, miéntras que consentia que muriesen por la espada. «Esto consiste, dicen los padres y los intérpretes, en que las otras penas eran unas penas arbitrarias, eran ciertos refinamientos de crueldad, y no eran penas legales; miéntras que, segun San Pablo, la espada es el signo de la justicia, del poder político: *Non sine causa gladium portat.*» (*Rom.*, x.) Por consiguiente, al consentir que los mártires muriesen por la espada, quiso indicar el respeto que se debe al poder público en las acciones que son de su incumbencia, áun en el caso en que abuse accidentalmente de su autoridad.

(3) «Hisce prodigiis, ejusque in primis constantia, acriter permotus judex, caput virgini amputari præcepit. Qua peremptа, urbs tota contremuit, ac multi idolorum cultores ad Christi fidem conversi sunt.» (*Ibid.*)

§ X.—Vírgenes mártires fuera de Roma.—Santa Águeda.—Su constancia y sus reconvenciones al tirano miéntras le cortan los pechos.—Su dichosa muerte fué seguida de prodigios.—Santa Lucía, su imitadora en la profesion de la virginidad y en la constancia del martirio.—Dios no permite que ella sea violada.

Pero estos mismos prodigios que el poder de Dios obró en Roma por medio de la mujer mártir, los obró tambien por el mismo medio, como lo prueban las actas de los mártires, en el resto del mundo, en la época del establecimiento del Cristianismo en el mundo. Ved aquí algunas de las santas mujeres que sufrieron por Jesucristo el martirio fuera de Roma, y cuyos nombres han sido siempre célebres en la Iglesia. En primer lugar encontramos á Santa Águeda y Santa Lucía, las principales glorias religiosas de Sicilia, cuyos nombres se encuentran en el cánon de la misa y en la letanía de los santos.

Nada es más admirable ni más bello que las palabras y las oraciones de Santa Águeda durante su largo y horrible martirio. Noble de orígen y dotada de una rara belleza, habiendo rehusado, por amor á la virginidad, la mano y el amor de Quinciano, pretor de Sicilia, éste la hizo prender en Catania, donde se encontraba, y la echó en cara, como una cosa vergonzosa, el que siguiese, siendo noble y rica, la vida oscura y pobre de los cristianos: al cual ella respondió: «Tú no sabes lo que dices, Quinciano; lo que tú llamas la humildad y la servidumbre cristiana, es mucho más noble y más glorioso que todo el fausto y las riquezas de los reyes. En cuanto á mí, no soy más que una sierva de Jesucristo; por eso me ves cubierta de pobres vestidos, propios de los siervos. Así, pues, yo quiero ser reconocida por lo que soy y por lo que me glorío de ser» (1). Indignado Quinciano de esta respuesta tan cristiana, manda que la santa vírgen sea encerrada en un horrible calabozo. «Esa es mi gloria y mi alegría», respondió ella; y se dirigió á la prision con un semblante tan tranquilo y tan alegre, que parecia que iba á un banquete de bodas; sin embargo, ella se puso á implorar el

(1) «Multo præstantior est christiana humilitas et servitus regum opibus et superbia. Ancilla Christi sum; ideo me servilem ostendo habere personam.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS ESPAÑA ® BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

auxilio celestial, y á encomendarse á Dios para la horrible lucha que iba á comenzar para ella (1). La oracion es el verdadero escudo del cristiano que pelea por la fe.

Entre los tormentos á que la ferocidad de los tiranos sometia á las vírgenes cristianas, el más agudo y cruel, para unas almas tan castas y tan honestas, era el de la desnudez de su cuerpo virginal en presencia de los hombres. Este tormento no falta á nuestra heroína. La desnudan en público, la azotan, la queman los costados con hierro candente, la suspenden en un potro, y encontrándola siempre firme en su resolucion de permanecer cristiana é intacta, la amenazan con un suplicio nuevo, que la crueldad pagana no habia ensayado todavía en la mujer cristiana. «No me importa, responde ella; haced lo que querais; el Dios que me ha hecho triunfar de todas las pruebas á que me habeis sometido, y que ha llenado de consuelo mi corazon miéntras que atormentaban mi cuerpo, sabrá ayudarme todavía, y fuerte con su auxilio, perseveraré siempre en su confesion» (2). El hecho sigue á la amenaza, y dos tigres con formas humanas le arrancan los pechos con tenazas hechas ascuas. Águeda, en medio de este horrible martirio, tan doloroso para su pudor como para su carne, pensando ménos en lo que sufre que en el horrible crímen que comete el pretor mandando y presenciando una ejecucion tan inhumana, le dice: «¡Oh tirano impío y cruel! ¡Oh hombre sin entrañas, yo no me quejo del ultraje que me haces! Al arrancarme los pechos de mi cuerpo, no puedes arrancarme los de mi alma; ellos han quedado intactos dentro de mi corazon, que he consagrado desde mi infancia al Señor. Pero tú ¡cómo no te avergüenzas de hacer cortar á una mujer lo que tú mismo mamaste en tu madre!» (3). De nuevo es arrojada á una prision, á donde Jesucristo le envia al apóstol San Pedro, que le cura milagrosamente todas sus heridas. Se admiran y se indignan de encontrarla perfectamente sana despues de unos sufrimientos tan

(1) «Agatha lætissime et glorianter ibat ad carcerem, quasi ad epulas invitata; et agonem suum Domino commendabat.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Adjuta à Domino, in confessione ejus perseverabo, qui me salvam fecit, et consolatus est me.»

(3) «Impie, crudelis et dire, tyranne, non est confusus amputare feminæ, quod ipse in matre suxisti? Ego enim habeo mamillas integras, intus, in anima mea, quas ab infantia Domino consecravi.» (*Ibid.*)

atroces. La amenazan con hacerla sufrir otros nuevos si no se rinde á los impíos y obscenos deseos del tirano. «Vos no conseguiréis jamas, dice Águeda, que yo sea perjura á mi celestial Esposo. Yo invoco y adoro tan sólo al Dios vivo; Él es, como veis, tan poderoso y tan bueno, que se ha dignado restituirme mis pechos, que me habiais arrancado, y curarme de todas mis llagas» (1). De nuevo la llevan á la plaza pública; arrastran su santo cuerpo sobre agudos pedernales y sobre carbones encendidos, y desgarran sus delicados miembros. Pero al mismo tiempo tiembla toda la ciudad; el monte Etna vomita ardiente lava, y el pueblo ve en estos fenómenos los signos de la cólera celestial, pronta á estallar para vengar la santidad y la inocencia de los ultrajes que les hacia la tierra. El prefecto, confundido, humillado y trémulo, se apresura á ocultar de la vista del pueblo á la grande heroína que lo habia conmovido, y que habia causado el furor del tirano y triunfado de su poder. Restituida Águeda á su prision, se pone de rodillas, y elevando sus manos puras al cielo, dirige á Dios esta bella súplica: «Señor Jesucristo, mi buen Maestro, que me habeis criado, y me habeis quitado del corazon todo amor y todo afecto al mundo, yo os doy gracias por haber separado tambien mi cuerpo de toda mancha y de toda impureza; yo os doy gracias igualmente por haberme hecho triunfar de tantos y tan horribles tormentos. Pero cese ya mi mansion en la tierra; ordenad que yo vaya á abrazaros en el cielo, y á recibir allí la corona inmortal que me teneis preparada» (2). El Esposo celestial escucha esta oracion. Apénas acaba Águeda de pronunciarla, cuando espira. Los cristianos la sepultan con los más grandes honores, y nadie se atreve á oponérseles. Léjos de esto, viéndose los paganos mismos amenazados contínuamente por las erupciones del Etna, se dirigen en turbas al sepulcro de la gran mártir, quitan el velo que cubria su rostro, y oponiéndolo al tor-

(1) «Qui me dignatus est ab omni plaga curare, et mamillam meam meo pectori restituere, ipsum invoco Deum vivum.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Stans beata Agatha in medio carceris, expansis manibus, orabat ad Dominum: Domine Jesu Christe, magister bone, qui me creasti, et tulisti à me amorem sæculi, gratias tibi ago, quia corpus meum à pollutione separasti, et quia me fecisti vincere tormenta carnificum. Jube me, Domine, ad tuam immarcescibilem coronam feliciter pervenire.» (*Brev. Rom. et Act. Martyr.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rente de la lava, que amenazaba sumergir la ciudad en sus abrasadas olas, obtienen la gracia de detenerlo (1), Es fácil de imaginar que desde aquel dia no hubo más idólatras en Catania, y que la ciudad y los pueblos circunvecinos se hicieron cristianos, gracias á los prodigios de las virtudes y á la virtud de los prodigios que Dios se habia dignado obrar allí por una mujer (2).

Á quince leguas de Catania se encuentra la ciudad, tan célebre en otro tiempo, de Siracusa. Las maravillas del martirio de Santa Águeda se habian divulgado en aquella ciudad; en ella habian convertido un gran número de idólatras, y habian afirmado á los fieles en la fe y en la piedad del Cristianismo. Medio siglo habia pasado apénas desde la muerte de Santa Águeda, y su nombre inspiraba allí la mayor veneracion por sus virtudes y por la eficacia de su intercesion. Una de sus más fervientes devotas era Lucía, noble vírgen siracusana, que, con sus oraciones en el sepulcro de Santa Águeda, habia alcanzado de Dios la curacion de su madre de una enfermedad desesperada. Pero la mejor manera de tributar culto á los santos es la de imitar sus virtudes, y esto fué lo que hizo la jóven Lucía respecto á Santa Águeda; ella quiso copiar en sí misma la santidad de su vida, y esto la hizo digna de participar de la gloria de su muerte. Á imitacion de su santa abogada, habia abrazado Lucía la virginidad voluntaria, y se habia consagrado á ella con juramento. Sin embargo, no por haberse desposado con el Hijo de Dios dejó de reclamar la dote que su madre le habia destinado para el caso de que contrajese matrimonio; pero sólo reclamó esta dote para distribuirla á los pobres (3) á quienes el Esposo celestial ha escogido por sus representantes. (Matth.)

La virginidad y la caridad son unas buenas disposiciones para el martirio, y estas disposiciones no faltaron á la vírgen Lucía. Habiéndose hecho célebre en toda la comarca, tanto por sus virtudes

(1) «Paganorum multitudo fugis ad sepulchrum virginis, tulerunt velum ejus contra ignem.» (*Brev. Rom.*)

(2) Tenemos dos himnos de Santa Águeda, uno de ellos por San Isidoro de Sevilla, publicado por los Bolandos; y dos magníficos elogios, el uno por San Adelmo de Inglaterrra, y el otro por San Metodio, patriarca de Constantinopla.

(3) «Exoravit ut quam dotem sibi datura esset, Christi pauperibus distribui pateretur.» (*Ibid.*)

como por su nacimiento y su belleza, el prefecto Pascasio se prendó de ella, y no esperando poderla hacer su esposa sin hacer ántes que apostatase del Cristianismo, la amenazó con los más crueles tormentos si no abrazaba la religion de los ídolos. Pero el alma verdaderamente cristiana no olvida jamas estas grandes palabras del Señor: «No temais á los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed á Aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en la perdicion del infierno.» (Matth.) Por consiguiente, las amenazas de males corporales, cualesquiera que sean, las amenazas mismas de la muerte no tienen poder alguno sobre ella para hacerla apostatar de la fe. Esto es lo que Lucía enseña á su cobarde tirano; cuanto más insistia éste en sus amenazas, tanto más inflamada se mostraba la valerosa vírgen en el amor de la religion cristiana, tanto más elocuente en defender la verdad y en exaltar la grandeza y la gloria de ella. «He conocido, le dice el prefecto, no sabiendo que se dirigia á una heroína del Evangelio; he conocido que nada hay que esperar de tí miéntras no se trate más que de amenazas; pero tus grandes palabras acabarán cuando se llegue á los grandes golpes (1).—Te engañas, le responde Lucía; las bellas y animosas palabras no faltaron jamas á los verdaderos siervos de Dios; porque el Señor Jesucristo ha dicho: «Cuando fuerais llamados á dar cuenta de vuestra fe ante los presidentes y los reyes, no »os inquieteis por lo que habeis de decir ni por el modo con que lo »habeis de decir; porque no sois vosotros los que hablais entónces, »sino el Espíritu Santo, que está en vosotros, es quien habla por »vosotros» (2).—¿Tienes tú, por ventura, el Espíritu Santo? Preguntó Pascasio. — Ciertamente, respondió la animosa vírgen; porque aquellos cuya vida es piadosa y pura son templos vivos del Espíritu Santo (3).—Si eso es así, replicó el tirano, yo sé lo que he de

(1) «Quam ille cum tanto magis incensam videret ad celebrandas christianæ fidei laudes, quanto magis ipse eam à setentia avertere conabatur:—Cesabunt, inquit, verba, cum ventum fuerit ad verbera.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Cui virgo: Dei servis verba deesse non possunt, quibus à Christo Domino dictum est. (Matth.) Cum steteritis ante reges et præsides, nolite cogitare quomodo aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini. Non enim vos estis quid loquimini, sed Spiritus Sanctus qui loquitur in vobis.» (*Ibid.*)

(3) «Quam cum Pascasius interrogasset: Est ne in te Spiritus Sanctus? respondit: Caste et pie viventes templum sunt Spiritus Sancti.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer contigo; yo te haré conducir á un lugar de prostitucion, donde, perdiendo tu castidad, perderás tambien á tu Espíritu Santo. —Te engañas en eso, le contestó Lucía; si me haces deshonrar contra mi voluntad, léjos de arrebatarme la castidad, me doblarás la corona de ella» (1).

¡Qué conocimiento tan perfecto del Evangelio; qué firmeza de espíritu, qué tranquilidad, qué sabiduría, qué gracia en las respuestas de la jóven cristiana! Ellas eran capaces de aplacar al hombre más furioso. Pero los altos personajes del paganismo no eran hombres, sino monstruos, que habian conservado del hombre tan sólo el nombre y la figura para degradarlos. Así, pues, el lenguaje de la vírgen, tan lleno de encanto y al mismo tiempo tan imponente y tan grave, léjos de conmover al tirano, lo llenó de furor. Él mandó que el ángel de la pureza fuese encerrado en la caverna de la lujuria para ser allí violado; pero fué en vano. Dios hizo tan prodigiosamente pesado el pequeño cuerpo de la vírgen, que, á pesar de los grandes esfuerzos que hicieron para moverla del lugar en que se hallaba, no lo pudieron conseguir. «Pues bien, dijo entónces el tirano, que sea quemada ahí, supuesto que no quiere moverse de ese lugar.» La ungieron con aceite hirviendo, la untaron con resina y pez, encendieron un gran fuego en torno de ella; pero las llamas no la tocaban, como ni tampoco le daban muerte otros tormentos que en ella emplearon; y sólo despues de su oracion á Dios, en que le pidió que la sacase de este mundo, fué cuando, dividida su garganta por la espada, sucumbió; pero ántes de entregar su espíritu á Dios, habló á la multitud que asistia á aquella lucha, y le predijo que Diocleciano y Maximiano iban pronto á morir, y que su muerte daria la paz á la Iglesia (2). Así el último suspiro de esta bella alma, que sólo habia vivido en el mundo para

(1) «At ille: Jubebo te ad lupanar duci, ut te Spiritus Sanctus deserat. Cui virgo: Sid invitam juseris violari, castitas mihi duplicabitur ad coronam.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Ira inflammatus, Luciam eo trahi jussit ubi ejus virginitas violaretur; sed divinitus factum est, ut firma virgo ita consisteret, ut nulla vi è loco dimoveri posset. Quamobrem, prefectus circam ipsam pice, resina ac ferventi oleo perfussam, ignem accendi imperavit; sed cum ne flamma quidem eam læderet, multis tormentis excruciatæ gutur gladio transfigitur. Quo vulnere accepto, Luciæ prædicens Ecclesiæ tranquilitatem, quæ futura erat, Diocleciano et Maximiano mortuis, spiritum Deo reddidit.» (*Ibid.*)

la edificacion de la Iglesia, fué un augurio de felicitacion, un acto de tierno amor á la Iglesia.

No debemos olvidar á Santa Apolonia, martirizada en Cartago en la misma persecucion en que sucumbió San Cipriano. Esta noble vírgen, objeto de la estimacion y de la veneracion universal, no sólo de los cristianos, sino tambien de los paganos, por su piedad y su caridad, habiéndose negado á blasfemar del Señor, recibió tantos y tan rudos golpes en el rostro, que perdió todos los dientes. No habiéndola podido vencer con este suplicio, encendieron un gran fuego junto á ella, y la amenazaron con quemarla viva si permanecia en la confesion del Señor. «Yo estoy preparada para ello, respondió, y quiero ahorraros el trabajo de echarme en la hoguera.» Diciendo esto, se arrojó intrépidamente á las llamas, y llegó por medio del fuego al refrigerio eterno, dejando á sus verdugos confusos, y al pueblo atónito de un valor tan grande, como el que áun las mismas mujeres reciben de la fe y de la esperanza del Cristianismo. (Euseb., lib. VI.)

§ XI. — Glorioso martirio de otras ilustres vírgenes. — Santa Victoria. — Su deseo de asistir á los santos misterios. — La locura de la cruz. — Un niño de nueve años mártir. — Bella confesion de siete hermanas. — Santa Teodora, y la risa de los mártires. — Admirable oracion de Santa Teófila por la conservacion de su virginidad. — Prodigios con que Dios se la conserva. — Jesucristo no permite jamas que ninguna de sus vírgenes mártires sea violada.

Bajo el emperador Diocleciano, en una ciudad del África procónsular llamada Abisinia, tuvo lugar otra magnífica confesion de la fe por parte de cuarenta y nueve mártires, treinta y dos hombres y diez y siete mujeres; y fué tal la actitud sublime de estas mujeres, que aumentó el valor de los hombres y realzó de una manera extraordinaria la gloria de esta confesion. Fortunaciano, hermano de Santa Victoria y unido todavía al paganismo, para alcanzar gracia en favor de su hermana, decia al procónsul: «Señor, el fanático de Dativo es quien ha seducido á mi hermana, trayéndola con Restituta y Segunda á esta colonia, y haciéndola iniciar en los misterios de los cristianos en casa del sacerdote Saturnino. Por consiguiente, Dativo es el verdadero culpable del extravío de estas mujeres. El desventurado jamas entraba en nuestra casa sin que, con sus per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer contigo; yo te haré conducir á un lugar de prostitucion, donde, perdiendo tu castidad, perderás tambien á tu Espíritu Santo. —Te engañas en eso, le contestó Lucía; si me haces deshonrar contra mi voluntad, léjos de arrebatarme la castidad, me doblarás la corona de ella» (1).

¡Qué conocimiento tan perfecto del Evangelio; qué firmeza de espíritu, qué tranquilidad, qué sabiduría, qué gracia en las respuestas de la jóven cristiana! Ellas eran capaces de aplacar al hombre más furioso. Pero los altos personajes del paganismo no eran hombres, sino monstruos, que habian conservado del hombre tan sólo el nombre y la figura para degradarlos. Así, pues, el lenguaje de la vírgen, tan lleno de encanto y al mismo tiempo tan imponente y tan grave, léjos de conmover al tirano, lo llenó de furor. Él mandó que el ángel de la pureza fuese encerrado en la caverna de la lujuria para ser allí violado; pero fué en vano. Dios hizo tan prodigiosamente pesado el pequeño cuerpo de la vírgen, que, á pesar de los grandes esfuerzos que hicieron para moverla del lugar en que se hallaba, no lo pudieron conseguir. «Pues bien, dijo entónces el tirano, que sea quemada ahí, supuesto que no quiere moverse de ese lugar.» La ungieron con aceite hirviendo, la untaron con resina y pez, encendieron un gran fuego en torno de ella; pero las llamas no la tocaban, como ni tampoco le daban muerte otros tormentos que en ella emplearon; y sólo despues de su oracion á Dios, en que le pidió que la sacase de este mundo, fué cuando, dividida su garganta por la espada, sucumbió; pero ántes de entregar su espíritu á Dios, habló á la multitud que asistia á aquella lucha, y le predijo que Diocleciano y Maximiano iban pronto á morir, y que su muerte daria la paz á la Iglesia (2). Así el último suspiro de esta bella alma, que sólo habia vivido en el mundo para

(1) «At ille: Jubebo te ad lupanar duci, ut te Spiritus Sanctus deserat. Cui virgo: Sid invitam juseris violari, castitas mihi duplicabitur ad coronam.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Ira inflammatus, Luciam eo trahi jussit ubi ejus virginitas violaretur; sed divinitus factum est, ut firma virgo ita consisteret, ut nulla vi è loco dimoveri posset. Quamobrem, prefectus circam ipsam pice, resina ac ferventi oleo perfussam, ignem accendi imperavit; sed cum ne flamma quidem eam læderet, multis tormentis excruciatæ gutur gladio transfigitur. Quo vulnere accepto, Luciæ prædicens Ecclesiæ tranquilitatem, quæ futura erat, Diocleciano et Maximiano mortuis, spiritum Deo reddidit.» (*Ibid.*)

la edificacion de la Iglesia, fué un augurio de felicitacion, un acto de tierno amor á la Iglesia.

No debemos olvidar á Santa Apolonia, martirizada en Cartago en la misma persecucion en que sucumbió San Cipriano. Esta noble vírgen, objeto de la estimacion y de la veneracion universal, no sólo de los cristianos, sino tambien de los paganos, por su piedad y su caridad, habiéndose negado á blasfemar del Señor, recibió tantos y tan rudos golpes en el rostro, que perdió todos los dientes. No habiéndola podido vencer con este suplicio, encendieron un gran fuego junto á ella, y la amenazaron con quemarla viva si permanecia en la confesion del Señor. «Yo estoy preparada para ello, respondió, y quiero ahorraros el trabajo de echarme en la hoguera.» Diciendo esto, se arrojó intrépidamente á las llamas, y llegó por medio del fuego al refrigerio eterno, dejando á sus verdugos confusos, y al pueblo atónito de un valor tan grande, como el que áun las mismas mujeres reciben de la fe y de la esperanza del Cristianismo. (Euseb., lib. VI.)

§ XI. — Glorioso martirio de otras ilustres vírgenes. — Santa Victoria. — Su deseo de asistir á los santos misterios. — La locura de la cruz. — Un niño de nueve años mártir. — Bella confesion de siete hermanas. — Santa Teodora, y la risa de los mártires. — Admirable oracion de Santa Teófila por la conservacion de su virginidad. — Prodigios con que Dios se la conserva. — Jesucristo no permite jamas que ninguna de sus vírgenes mártires sea violada.

Bajo el emperador Diocleciano, en una ciudad del África procónsular llamada Abisinia, tuvo lugar otra magnífica confesion de la fe por parte de cuarenta y nueve mártires, treinta y dos hombres y diez y siete mujeres; y fué tal la actitud sublime de estas mujeres, que aumentó el valor de los hombres y realzó de una manera extraordinaria la gloria de esta confesion. Fortunaciano, hermano de Santa Victoria y unido todavía al paganismo, para alcanzar gracia en favor de su hermana, decia al procónsul: «Señor, el fanático de Dativo es quien ha seducido á mi hermana, trayéndola con Restituta y Segunda á esta colonia, y haciéndola iniciar en los misterios de los cristianos en casa del sacerdote Saturnino. Por consiguiente, Dativo es el verdadero culpable del extravío de estas mujeres. El desventurado jamas entraba en nuestra casa sin que, con sus per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suasiones, hiciese á las jóvenes víctimas de su fanatismo.—No es eso cierto, exclamó Victoria, doblemente indignada de esta acusacion de su hermano, que agravaba la situacion de Dativo y comprometia la felicidad que ella se habia prometido de ser mártir; no es eso cierto; nadie me ha persuadido á que deje mi casa para venir á Abisinia. Yo no he venido con Dativo; yo no he venido más que con mis hermanas, y puedo probar esto con el testimonio de mis conciudadanos; yo lo he hecho todo por mi propia voluntad; yo he venido aquí porque sabía que en casa del sacerdote Saturnino, que es nuestro padre y nuestra guía comun, se reunian mis hermanos, los cristianos, y se distribuian los misterios sagrados del Señor. Yo he asistido á esta asamblea, yo he celebrado estos misterios porque soy cristiana.—No deis atencion á lo que ella dice, dijo entónces Fortunaciano al procónsul; mi pobre hermana está loca mucho tiempo há.» Con estas palabras aludia Fortunaciano á la vida santa y perfecta que Victoria habia observado hasta entónces en medio de una familia de fanáticos idólatras. Distinguida por su nacimiento, por su talento y por su belleza, se habia hecho tambien notable desde su infancia por las más sublimes virtudes del Cristianismo, y particularmente por su amor á la piedad. Habiéndola querido casar sus padres, contra su voluntad, con un elevado y rico personaje, la noble vírgen se habia escapado de su casa, arrojándose por una ventana, y se habia refugiado en la iglesia, asilo del pudor, donde pronunció el voto solemne de virginidad: esto era lo que su hermano llamaba *la locura*. Esta era, como se ve, la santa locura de la cruz, de la que todos los verdaderos cristianos, á ejemplo de los apóstoles, se han gloriado siempre, y que hace al hombre verdaderamente sabio en presencia de Dios.

Así, pues, creyéndose dichosa Victoria con haber sido llamada loca por Jesucristo: *Nos stulti propter Christum* (I, *Cor.*), se contentó con responder: «No, yo no he perdido el juicio. La prueba de esto es que jamas he variado en mi modo de pensar ni en mi modo de obrar. Lo que yo quiero ahora, lo he querido siempre; lo que soy yo ahora, lo he sido siempre.» Este coloquio tenía lugar en presencia del noble mártir San Saturnino, á quien martirizaban sobre un potro, y de los demas confesores, á quienes azotaban y atormentaban de diversas maneras á vista de Victoria. Por esta razon le dijo el procónsul: «Ten cuidado de tí misma; de otro

modo, ya estás viendo lo que te espera. Sé cuerda, sigue los consejos de tu hermano, y véte con él; ése es el único modo de que te salves.» Victoria responde: «Yo estoy en mi juicio. Por mi propio bien he asistido á la asamblea de mis hermanos, los cristianos, y he participado de los misterios del Señor. Yo no quiero salvarme en este mundo y perderme en el otro. En cuanto á seguir á mi hermano, añadió, repitiendo las palabras del Señor, mis hermanos, mis verdaderos hermanos, son aquellos que cumplen la voluntad de Dios, de mi Padre celestial, y no conozco otros: *Qui fecerit voluntatem Patris mei hic frater meus est.*» (Matth.)

Animado por esta bella y noble confesion de Victoria, Hilarion, niño de nueve años, y uno de los treinta y dos confesores, habiéndole intimado el procónsul que renegase del Cristianismo, respondió sin vacilar: «Yo no lo haré. Yo soy, y quiero continuar siendo cristiano, y por eso he querido asistir á la asamblea con mi padre y mis hermanos.—Yo te haré rapar la cabeza, le dijo el procónsul, yo te haré cortar la nariz y las orejas y te dejaré en ese estado.—Haced todo cuanto querais, respondio Hilarion alzando la voz; yo soy cristiano, y todas vuestras amenazas no podrán hacer que deje de serlo.» Restituta y Segunda se mostraron tan constantes como su noble hermana Victoria en la confesion de la fe, y por lo mismo fueron sus compañeras en el tormento, muriendo de hambre en un calabozo. (*Act. Sinc.*)

Ved aquí otro nuevo drama que en la misma época tuvo lugar en Tesalónica, y cuyos principales actores fueron las seis nobles hermanas vírgenes Quionia, Agapa, Irene, Casia, Filipa y la viuda Eutiquia. Presentadas ante el tribunal del gobernador Dulcesio, y acusadas de no haber querido entregar á los paganos los libros santos ni haber querido comer las víctimas inmoladas á los ídolos, les dijo el magistrado: «¿Qué locura es la vuestra de no querer obedecer los edictos de nuestros piadosos emperadores? ¿Qué mal puede haber en comer de los sacrificios de los dioses? ¿Por qué rehusais hacerlo?» Al cual respondió Agapa: «Porque yo soy cristiana»; Quionia: «Porque yo creo en el Dios vivo, y creo que vuestros dioses son demonios»; Irene: «Por el temor de Dios»; Casia: «Porque yo quiero salvar mi alma»; Filipa: «Porque es mejor morir que comer de vuestros sacrificios»; y Eutiquia: «Porque es necesario obedecer á Dios más que á los hombres.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habiendo hecho el gobernador que guardasen en prision á Eutiquia, que estaba encinta, hasta que llegase el dia de su alumbramiento, segun disponian las leyes, continuó el interrogatorio de las acusadas, y dijo á Agapa: «¿Qué quieres tú hacer? ¿Quieres tú obedecer las órdenes de los emperadores?—No es bueno que yo entregue mi alma á Satanas.—Y tú, Quionia, ¿qué dices?—Yo digo que nuestra resolucion es inmutable, y que nadie podrá pervertir nuestro corazon.—Y yo, añadió el tirano en alta voz, yo mando que Agapa y Quionia sean ahora mismo arrojadas vivas al fuego hasta que mueran en él, por haber violado los sagrados edictos de los emperadores con un espíritu de malicia y de contradiccion, y por haberse obstinado en profesar la temeraria y falsa religion de los cristianos.» La horrible sentencia fué ejecutada inmediatamente á vista de sus hermanas, las cuales, léjos de intimidarse por este horrible espectáculo, se mostraron mucho más firmes en su confesion, y condenadas al mismo suplicio, subieron á la grande hoguera que se habia preparado, cantando salmos, y fueron consumidas en ella bendiciendo al Señor. (*Act. Sinc.*)

Santa Teodora Sabina merece tambien que digamos de ella algunas palabras. Habiendo sido presa en Smirna, en compañía del ilustre sacerdote y mártir San Pionio, y obligada á obedecer las órdenes del emperador, sacrificando á los ídolos, exclamó en alta voz: «Nosotros no obedecemos más que al verdadero Dios.» Hicieron sufrir un largo interrogatorio á San Pionio, y el santo sacerdote contestó en él de una manera tan victoriosa, que cubrió de confusion á sus adversarios y les impuso silencio. Santa Sabina asistia á esta discusion con la risa en los labios y el gozo en el corazon. «Tú te ries, le dijo con una voz amenazadora uno de los verdugos, pero pronto no te reirás. Tú sufrirás lo que no quisieras sufrir. Acuérdate de que se llevan á los lugares públicos las mujeres que no quieren sacrificar á los dioses.—Yo me rio, respondió Sabina, porque soy cristiana; y si Dios quiere, me seguiré riendo y me reiré siempre. En cuanto á la vergüenza con que me amenazas, no me causa temor alguno; el Dios de la santidad y de la pureza hará lo que deba hacer.—¿Quién eres tú? le pregunta el magistrado, y ¿cómo te llamas?—Yo me llamo Teodora Sabina, y soy cristiana.—Si eres cristiana, ¿de qué Iglesia eres?—De la Iglesia católica.—¿A qué Dios adoras?—Yo adoro al Dios Todopoderoso que crió el

cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos, y á este Dios lo reconocemos por Jesucristo, su Verbo.» Quieren llevarla al templo, pero la mártir se tira á tierra para que no creyesen que iba voluntariamente; la obligan á entrar á viva fuerza, mas ella gritaba: «¡Yo soy cristiana, yo no sacrifico!» Y en esta confesion, condenada al fuego, sufre el martirio, conservando intacta su virginidad, como ella esperaba. (Eusebio, lib. IV.)

Ved otro ejemplo de la proteccion milagrosa con que Dios salva de los mayores peligros el honor de las santas vírgenes que estaban consagradas á Él. La vírgen Teófila, habiendo sido condenada á ser deshonrada, bajo el imperio de Maximiano, miéntras la arrastraban al lugar infame encomendaba á Dios su pudor virginal con esta dulce y sublime oracion: «¡Oh Jesus mio! ¡Oh amor mio, mi luz, mi espíritu, custodio de mi castidad y de mi vida, dignaos mirar el peligro en que se encuentra la que ha sido desposada con Vos! ¡Daos prisa, á fin de que los lobos no devoren vuestra oveja. ¡Oh divino Esposo mio, conservad á vuestra esposa! ¡Oh fuente de todo pudor, conservad mi pudor!» (1). Despues de haber orado así, llena de confianza en la proteocion del cielo, no volvió á sentir temor alguno; y cuando llegó á la casa de prostitucion, la convirtió en un asilo de pureza, en un templo de meditacion y de oracion; porque, sacando de su seno el libro de los Evangelios, se puso á leer con el mayor recogimiento y la más perfecta tranquilidad (2). Y muchos jóvenes quisieron entrar en la casa para insultar al ángel terreno que estaba encerrado en ella; pero el ángel celestial se encontraba allí de una manera visible para defender á la casta esposa de su divino Señor; él hirió con una muerte repentina al primero de aquellos insolentes, quitó la vista al segundo, y castigó de diversas maneras á todos los demas. Por consiguiente, ninguno se atreve á acercarse á aquel lugar terrible, sino con las intenciones más puras. Habiéndose convertido el espíritu de lujuria en espíritu de devocion, se acercan á Teófila para venerarla y no para ultrajar-

(1) «Mi Jesu! Meus amor, mea lux, meus spiritus, meus custos castitatis et vitæ, vide eam quæ tibi desponsata est! Festina, ne lupi tuam pecudem lanient; serva, Sponsæ, sponsam; meam serva castitatem, fons castitatis.» (Surius, *in Vita.*)

(2) «Ingressa prostibulum, librum Evangeliorum è sino protulit, atenteque legit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la; y la encuentran sentada de la manera más honesta, absorta en la lectura del sagrado libro, y á su lado un jóven, de pié, de una belleza nunca vista, que esparcia una luz inefable que consolaba á los corazones piadosos y lanzaba de sus ojos rayos que llenaban de terror á los malvados (1); y la turba de los paganos, admirada y atónita, exclamaba: «¡Oh, cuán grande es el Dios de los cristianos! No hay ningun Dios grande fuera de Él» (2).

Á propósito de los prodigios por los que esta heroica vírgen, lo mismo que Santa Ines, Santa Lucía y Santa Sabina, conservó sin mancha el lirio de su pureza en medio de los más formidables peligros, dice Cornelio à Lapide: «Es una cosa muy admirable y muy digna de notarse en la vida y en el martirio de nuestras santas vírgenes, que un gran número de jóvenes de la más extraordinaria belleza fuesen solicitadas por los más impuros tiranos, y provocadas al mal por medio de promesas, de amenazas y de violencia; que muchas veces fuesen condenadas por un juicio público á ser deshonradas; y que, sin embargo, no se lea que una siquiera de ellas fuese violada jamas; sino que, por el contrario, se vea que todas ellas conservaron su virginidad por la proteccion de Dios y de los ángeles, realzando de esta manera la gloria de su martirio» (3). San Basilio habia hecho la misma observacion. (*De vera virginit.*)

(1) «Afuit angelus, qui primum juvenem procacem, ad eam ingredi volentem, morte, secundum cæcitate, alios aliis pœnis mulctavit; ita ut nemo amplius ad eam ingredi auderet; sed libidine irreverentiam versa, cum plures religione tacti, locum intrassent, viderunt Theophilam honeste sedentem et libro incubentem; adolescentem quemdam prope eam stantem, luce ineffabili, pulchritudine incredibili, veluti quædam fulminis tela emitentem oculis.»

(2) «Attonitis gentilibus et exclamantibus: Quid est sicut christianorum Deus!» (Surius, *in Vita.*)

(3) «Mirum hoc et notatu dignum in vita et maryrio SS. virginum, quod cum pulcherrimas virgines, ab impurissimis tyrannis, promissis, metu et vi ad stuprum sollicitatas, imo publico judicio damnatas, sæpissime legamus, *nullam tamen violatam*, sed *omnes*, Deo et angelis tutoribus, virginitatem conservasse, à Deoque auxisse martyrio conspiciamus.» (A Lap., *in* I, *ad Cor.*, VII.)

§ XII. — Otro ejemplo de la proteccion divina en favor de la integridad de las santas mujeres. — Martirio de San Didimo y de Santa Teodora, referido por San Ambrosio; obra maestra de elocuencia y de gracia. — Drama patético entre estos dos héroes cristianos, poniéndose el soldado los vestidos de la vírgen, y la vírgen los del soldado, y disputándose los dos la muerte. — Santa Catalina convirtiendo á los filósofos. — Prodigio de su ciencia y gloria de su martirio.

Ved aquí, finalmente, otro prodigio de un género nuevo, que Dios obró con el mismo objeto: hablo del heroísmo que inspiró á un jóven soldado cristiano, de dar su vida por salvar el pudor de una vírgen cristiana. El soldado se llamaba Dídimo y la vírgen Teodora. Este patético drama sucedió en Alejandría. Las *Actas de los mártires* lo refieren; San Ambrosio fué panegirista de él, y este panegírico del orador cristiano es superior á las obras maestras de elegancia y de gracia de la elocuencia pagana. Nosotros tomarémos de él y de ellas los colores para pintar este interesante cuadro. «Existia, dice San Ambrosio, una vírgen, que se ocultaba siempre de la vista de los hombres; pero cuanto más trataba ella de evitar sus miradas, tanto más se inflamaban sus corazones; la belleza que se oye celebrar y que no se ve se busca con más ahinco. Para no alimentar por más tiempo la pasion de sus pretendientes con la esperanza de poseerla, les hizo saber que acababa de contraer con Dios la obligacion de vivir en perpétua virginidad. Esta resolucion llenó de furor á aquellos malvados; dejando de amarla, la denunciaron como cristiana y la hicieron objeto de la persecucion. Ella no huye; ella se prepara al combate, y sólo le aflige el peligro de su pudor; en cuanto á la muerte, Teodora es tan religiosa, que no la teme, y tan pura, que la llama con todo su corazon» (1).

La presentan ante el propretor Próculo, y comienza el interrogatorio de esta manera: «¿Cuál es tu condicion? — Yo soy cris-

(1) «Virgo fuit fugitans publicos visus; sed quo magis virorum evitabat oculos, eo amplus incendebat. Pulchritudo enim audita, nec visa, plus desideratur. Itaque sancta virgo, ne diutius alerentur cupiditate, spe potiendi, integritatem pudoris professa, sit restinxit improborum faces, ut non jam amaretur, sed proderetur. Ecce igitur persecutio. Puella, fugere nescia, corde pavida, ne in insidiatores pudoris insideret, animum ad virtutem paravit: tam religiosa, ut mortem non timeret; tam pudica, ut etiam expectaret.» (Ambros., *De virginibus.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la; y la encuentran sentada de la manera más honesta, absorta en la lectura del sagrado libro, y á su lado un jóven, de pié, de una belleza nunca vista, que esparcia una luz inefable que consolaba á los corazones piadosos y lanzaba de sus ojos rayos que llenaban de terror á los malvados (1); y la turba de los paganos, admirada y atónita, exclamaba: «¡Oh, cuán grande es el Dios de los cristianos! No hay ningun Dios grande fuera de Él» (2).

Á propósito de los prodigios por los que esta heroica vírgen, lo mismo que Santa Ines, Santa Lucía y Santa Sabina, conservó sin mancha el lirio de su pureza en medio de los más formidables peligros, dice Cornelio à Lapide: «Es una cosa muy admirable y muy digna de notarse en la vida y en el martirio de nuestras santas vírgenes, que un gran número de jóvenes de la más extraordinaria belleza fuesen solicitadas por los más impuros tiranos, y provocadas al mal por medio de promesas, de amenazas y de violencia; que muchas veces fuesen condenadas por un juicio público á ser deshonradas; y que, sin embargo, no se lea que una siquiera de ellas fuese violada jamas; sino que, por el contrario, se vea que todas ellas conservaron su virginidad por la proteccion de Dios y de los ángeles, realzando de esta manera la gloria de su martirio» (3). San Basilio habia hecho la misma observacion. (*De vera virginit.*)

(1) «Afuit angelus, qui primum juvenem procacem, ad eam ingredi volentem, morte, secundum cæcitate, alios aliis pœnis mulctavit; ita ut nemo amplius ad eam ingredi auderet; sed libidine irreverentiam versa, cum plures religione tacti, locum intrassent, viderunt Theophilam honeste sedentem et libro incubentem; adolescentem quemdam prope eam stantem, luce ineffabili, pulchritudine incredibili, veluti quædam fulminis tela emitentem oculis.»

(2) «Attonitis gentilibus et exclamantibus: Quid est sicut christianorum Deus!» (Surius, *in Vita.*)

(3) «Mirum hoc et notatu dignum in vita et maryrio SS. virginum, quod cum pulcherrimas virgines, ab impurissimis tyrannis, promissis, metu et vi ad stuprum sollicitatas, imo publico judicio damnatas, sæpissime legamus, *nullam tamen violatam*, sed *omnes*, Deo et angelis tutoribus, virginitatem conservasse, à Deoque auxisse martyrio conspiciamus.» (A Lap., *in* I, *ad Cor.*, VII.)

§ XII. — Otro ejemplo de la proteccion divina en favor de la integridad de las santas mujeres. — Martirio de San Didimo y de Santa Teodora, referido por San Ambrosio; obra maestra de elocuencia y de gracia. — Drama patético entre estos dos héroes cristianos, poniéndose el soldado los vestidos de la vírgen, y la vírgen los del soldado, y disputándose los dos la muerte. — Santa Catalina convirtiendo á los filósofos. — Prodigio de su ciencia y gloria de su martirio.

Ved aquí, finalmente, otro prodigio de un género nuevo, que Dios obró con el mismo objeto: hablo del heroísmo que inspiró á un jóven soldado cristiano, de dar su vida por salvar el pudor de una vírgen cristiana. El soldado se llamaba Dídimo y la vírgen Teodora. Este patético drama sucedió en Alejandría. Las *Actas de los mártires* lo refieren; San Ambrosio fué panegirista de él, y este panegírico del orador cristiano es superior á las obras maestras de elegancia y de gracia de la elocuencia pagana. Nosotros tomarémos de él y de ellas los colores para pintar este interesante cuadro. «Existia, dice San Ambrosio, una vírgen, que se ocultaba siempre de la vista de los hombres; pero cuanto más trataba ella de evitar sus miradas, tanto más se inflamaban sus corazones; la belleza que se oye celebrar y que no se ve se busca con más ahinco. Para no alimentar por más tiempo la pasion de sus pretendientes con la esperanza de poseerla, les hizo saber que acababa de contraer con Dios la obligacion de vivir en perpétua virginidad. Esta resolucion llenó de furor á aquellos malvados; dejando de amarla, la denunciaron como cristiana y la hicieron objeto de la persecucion. Ella no huye; ella se prepara al combate, y sólo le aflige el peligro de su pudor; en cuanto á la muerte, Teodora es tan religiosa, que no la teme, y tan pura, que la llama con todo su corazon» (1).

La presentan ante el propretor Próculo, y comienza el interrogatorio de esta manera: «¿Cuál es tu condicion? — Yo soy cris-

(1) «Virgo fuit fugitans publicos visus; sed quo magis virorum evitabat oculos, eo amplus incendebat. Pulchritudo enim audita, nec visa, plus desideratur. Itaque sancta virgo, ne diutius alerentur cupiditate, spe potiendi, integritatem pudoris professa, sit restinxit improborum faces, ut non jam amaretur, sed proderetur. Ecce igitur persecutio. Puella, fugere nescia, corde pavida, ne in insidiatores pudoris insideret, animum ad virtutem paravit: tam religiosa, ut mortem non timeret; tam pudica, ut etiam expectaret.» (Ambros., *De virginibus.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiana (palabras sublimes, exclama en este lugar M. Caperfigo, que prueban que en esta ley no hay señor ni esclavo).—Yo te pregunto por tu condicion; ¿eres esclava ó ingénua?—Ya te he dicho que soy cristiana» (1). El juez manda llamar al procurador de la ciudad y le pregunta: «¿Quién es esta jóven?—Esta jóven se llama Teodora, y su nacimiento es ilustre.» El juez continúa diciendo: «Supuesto que eres de un nacimiento ilustre, ¿por qué rehusas casarte?—Yo he prometido á Jesucristo mi virginidad (2).—No insistas en esa locura, y sacrifica á los dioses inmortales, á Isis, la protectora de esta ciudad y de todo el Egipto.—Yo no haré eso en manera alguna.—Entónces serás conducida á la prision.—Eso no me intimida.....» Y diciendo esto, es conducida á la cárcel pública.

En fin, el dia de la corona llega, y la sala del tribunal es invadida por una turba, curiosa de ver el resultado de esta lucha entre la supersticion armada con el poder y una jóven vírgen tan distinguida por su nobleza, su belleza y su virtud, y que acababa de provocar un doble combate en favor de la religion, al despreciar los ídolos, y en favor de la virginidad, al rehusar el matrimonio (3). Desde luégo conocen que la jóven atleta tiene tanto valor para morir, como temor de ser deshonrada, y que las miradas insolentes de los hombres le causan más temor que todos los tormentos. Así, pues, con la esperanza de que ella sacrificaria su religion al deseo ardiente de conservarse intacta, le dan á elegir una de estas dos cosas: ó sacrificar á los ídolos, ó ser expuesta en un lugar infame para ser allí violada. En esto se conoce cuál es el culto que tributan á sus dioses los que recurren á tales medios para vengarlos, y cuáles deben ser las costumbres de los que pronuncian tales sentencias (4).

(1) «Cujus conditionis es?—Christiana sum.—Ancila, aut ingenua?—Jam tibi dixi: Christiana sum.» (*Act. Didym et Theod.*)

(2) «Quare, ingenua cum sis, nubere nuluisti?—Propter Christum.» (*Ibid.*)

(3) «Venit coronæ dies. Maxima omnium spectatio. Producitur puella, duplex professa certamen, et castitatis et religionis.» (S. Ambros.)

(4) «Ubi viderunt constantiam professionis, metum pudoris, paratam ad cruciatus, erubescentem ad aspectus, recogitare ceperunt quemadmodum, specie castitatis, religionem tollerent. Aut sacrificari ergo virginem aut in lupanari exponi juvent. Quomodo deos suos colunt, qui sic vindicant! Aut quemadmodum ipsi vivunt, qui ita judicant.» (S. Ambros.)

Al oir esta infame sentencia, la santa jóven no desmaya. «Me encuentro, dice ella, en la alternativa cruel de perder la fe ó perder la integridad; pero me acuerdo que Judith, porque tuvo confianza en Dios, consiguió salvar su patria sin perder su pudor. Pues bien, yo haré lo mismo, y tal vez tendré la dicha de conservar la castidad y de permanecer fiel á la religion» (1).

Aquí mi discurso comienza á ruborizarse, y no osa continuar una relacion de hechos criminales y vergonzosos. Cerrad, pues, vuestros castos oidos, vírgenes del Señor, para no oir que una vírgen del Señor es llevada á un lugar de prostitucion. Pero ¿qué digo?..... Por el contrario, abrid vuestros oidos, vírgenes sagradas, para oir que una vírgen de Jesucristo puede ser expuesta en un lugar de deshonra, pero no puede ser deshonrada. Donde está la vírgen de Dios, está el templo de Dios; y léjos de que los lugares más impuros puedan manchar la santa castidad, esta castidad quita la afrenta de los lugares más impuros (2).

Los libertinos acuden en tropel. La paloma está encerrada en la casa, y los buitres vuelan al rededor de ella, viendo cuál podia ser el primero en apoderarse de la presa. Entre tanto la jóven, como si se encontrase en la casa de la oracion, y no en el lugar del crímen, eleva sus manos puras al cielo y dice: «Señor Jesucristo, Vos, que impedisteis á los leones feroces que desgarrasen el cuerpo de una vírgen (Santa Tecla), podeis domar tambien los instintos, todavía más feroces, de esos hombres. En otro tiempo el fuego se convirtió en un rocío para los caldeos encerrados en el horno de Babilonia, y el agua del mar se quedó suspensa como una montaña para dejar pasar á los judíos. Aquellos fueron más bien prodigios de vuestra misericordia que fenómenos de la Naturaleza. Sed, pues, misericordioso tambien conmigo, y haced de modo que yo salga vírgen de este lugar, donde me han encerrado para ser deshonrada, á fin

(1) «Hic puella ipsa secum: Hodie, aut martyr, aut virgo,... sed Judith, quæ se religioni commisit, et pudorem servabit et patriam; fortasis et nos, servando religionem, servabimus etiam castitatem.» (S. Ambros.)

(2) «Jamdudum verecundatur oratio mea; et quasi adire criminosam gestorum seriem atque splanare formidat. Claudite aurem, virgines; ducitur puella ad lupanar..... Sed aperite aurem virgines; Christi virgo exponi potest, violari non potest. Ubicumque virgo Dei est, templum est Dei; nec turpia loca infamant castitatem, sed castitas etiam loci abolet infamiam.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de que en el dia de hoy sea reconocido tambien vuestro poder y sea bendito vuestro nombre» (1).

»Apénas habia acabado Teodora esta oracion, cuando un hombre, tanto más temible cuanto que era un soldado, entra como por asalto en su prision, y la tierna vírgen tiembla de espanto, se cubre con sus últimos vestidos y se hiela de terror (2). Mas el soldado, con el acento más dulce y más respetuoso, le dice: «Hermana mia, no temas (3); yo no soy lo que aparezco. Aun cuando en el exterior soy un lobo, interiormente soy un cordero (4). Como tu hermano que soy en la fe de Jesucristo, he venido aquí para salvarte, no para perderte, y para que tú me salves salvándote á tí misma; porque tú puedes hacer que yo, que he aparentado entrar aquí con intenciones criminales, salga con la corona del martirio. Cambiemos de vestidos. Vírgen heroica, mis vestidos de soldado convienen tan bien á tu valor como tus vestidos de vírgen convienen á la pureza de mis designios, y los unos y los otros convienen á los discípulos de Jesucristo. Tus vestidos harán de mí un verdadero soldado de la fe, y los mios conservarán en tí una vírgen á la Iglesia. Apresúrate, pues, hermana, á ponerte mis vestidos, á propósito para ocultar en tí á la mujer, y dame los tuyos, á propósito para consagrar en mí un martir. No temas que falte cosa alguna á nuestro sacrificio. En mi persona voy á ofrecer á Dios la hostia que le estaba preparada en la tuya, y tú vas á reemplazarme en mi oficio de soldado de Jesucristo.» ¡Oh! ¡Cuán bello espectáculo presentaba en tónces aquel lugar infame, en el que dos cristianos se disputaban la palma del martirio! (5).

(1) «Fit ingens petulantium concursus. Clausa est intus columba, strepunt accipitres foris. Certant singuli, quis primus prædam invadat. At illa, quasi ad domum venisset orationis, non ad turpitudinis diversorium, manibus ad cœlum levatis: Christe, inquit, qui domuisti virgini feros leones, potes etiam domare hominum feros mentes, Chaldæis roravit ignis; Judæis se unda suspendit, tua misericordia, non sua natura. Benedicatur et nunc nomen tuum; et quæ violanda veni, virgo discedam.» (S. Ambros.)

(2) «Vix precem impleverat, et ecce vir, militis specie terribilis, irrupit. Quemadmodum virgo tremuit!» (*Ibid.*)

(3) «Cui miles: Ne, quæso, paveas, soror.» (*Ibid.*)

(4) «Nom sum quem vides; foris sum lupus, intrinsecus sum autem agnus.» (*Act.*)

(5) «Frater huc veni salvare animam, non perdere. Serva me, ut ipsa serveris. Inverecundus ingresus sum; si vis, martyr egrediar. Vestimenta mutemus. Conveniunt mihi tua, et mea tibi: utraque Christo. Tua vestis me verum militem faciat, mea te virginem. Sume habitum qui abscondat feminam; trade, qui consecret martyrem.... ne vereare ne quid pereat sacrificio. Ego pro te hostiam Deo reddo, tu pro me militem Crhisto. Quæ pompa illa, quæ gratia, cum, in turpi loco, de martyrio decertarent!» (*Ibid.*)

(1) «Quid plura, mutatu habitu, evorat virgo de laqueo; et, quod nulla viderunt sæcula, egreditur de lupanari virgo, sed Christi.» (S. Ambros.)

(2) «Quid est hoc? Puella ingressa est, vir videtur. Audieram, et non credideram, quod aquam Christus in vinum convertit, jam mutare cœpit et sexus. Recedamus hinc, dum adhuc, qui fuimus, sumus.» (*Ibid.*)

(3) «Quis te submissit ut salves?—Deus me misit.—Ubi est Theodora?—Per Christum, nescio. Certus sum quoniam est ancilla Dei; Deus autem custodivit eam immaculatam.» (*Act.*)

(4) «Inditio rei, quia debebatur tanto corona victori, miles damnatus ex pro virgine, qui pro virgine comprehensus est, Ita de turpi loco non solum virgo, sed etiam martyr exivit.» (S. Ambros.)

Habiendo trocado sus vestiduras, la jóven sale desapercibida, y escapa del peligro bajo las insignias militares de un soldado; y (cosa nunca vista) de un lugar de prostitucion sale una vírgen, pero una vírgen de Jesucristo (1), miéntras que el soldado queda allí vestido de mujer.

«¿Qué es lo que ha sucedido? exclamó el primero que entró despues de haber salido la vírgen. Aquí habian encerrado á una jóven, y no hay más que un hombre. Yo habia oido, sin quererlo creer, que el Dios de los cristianos habia convertido el agua en vino, y ¡ahora principia á cambiar los sexos! ¡Vámonos pronto, ántes que dejemos de ser hombres y nos convirtamos en mujeres!» (2).

Se adivina el enigma, y Dímico, conducido ante el pretor, es interrogado de este modo: «¿Quién te movió á salvar á aquella jóven?—Dios me llevó allí y me inspiró lo que hice.—¿Dónde está Teodora?—¡Por Jesucristo, lo ignoro! Sólo sé de cierto que, como ella es sierva de Dios, Dios ha querido por este medio conservarla intacta» (3). En virtud de esta declaracion, fué él preso por la vírgen y condenado en su lugar. Tal corona era debida á tal vencedor. Así, pues, del lugar de la infamia salió, no sólo una vírgen, sino tambien un mártir (4).

Ya iban á ejecutar á Dídimo, cuando Teodora se presentó en el lugar del suplicio, donde los dos se disputaron la muerte. Dídimo decia: «Tú nada tienes que hacer aquí; á mí es á quien se ha mandado matar. La sentencia que me condena te absuelve y te pone en

libertad (1).—No, exclamó Teodora; cuando yo consentí que ocupases mi lugar, fué para salvar mi pudor, pero no para hacerte sufrir mi muerte. Si no se pide más que sangre, no tengo necesidad de que nadie salga fiador por mí; yo tengo con qué pagar. Esta sentencia de muerte, que ha sido pronunciada contra mí, no se refiere á nadie sino á mí; mis miembros, que huian de la deshonra, son aptos para la muerte. Yo he querido evitar la afrenta, pero no huir del martirio. Yo no te cedí más que mis vestidos; yo no renuncié á mi profesion. Si quieres salvarme de la muerte, me habrás engañado, mas no me habrás rescatado..... Pero los dos podemos satisfacer nuestro deseo, con tal que consientas que yo muera primero. Si tú quedas vivo despues que yo, nada tienes que temer más que la muerte; pero si yo quedo viva despues que tú, tengo que temer tambien por mi pudor. Mucho más glorioso será para tí hacer una mártir de una vírgen en peligro, que dejar en peligro una vírgen dispuesta á sufrir el martirio» (2).

Esta bella exhortacion de la jóven heroína conmueve á Dídimo, y consiente que ella sea inmolada la primera. Fueron dos á combatir, pero no hubo más que una sola victoria. Las dos coronas no se dividieron, sino que la una se añadió á la otra en la misma confesion. Ved aquí cómo estos santos mártires se auxiliaron mutuamente, cómo acabó el uno de ellos esta gloriosa confesion, que habia comenzado el otro (3).

Los gimnasios de los filósofos axaltan á Damon y á Pitias, y cier-

(1) «Fertur puella ad locum suplicii cucurrisse; certasse ambo de nece; cum ille diceret: Ego sum jussus occidi. Te absolvit sententia, quando me tenuit.» (S. Ambros.)

(2) «At illa clamare cœpit: Non ego te mortis vadem elegi: sed jacturam pudoris expavi. Si sanguis exposcitur, fideijusorem non desidero, habeo unde solvam. In me lata est sententia, quæ pro me lata est..... Sufficiunt membra morti, quæ pavebant injuriæ. Ego opprobrium declinavi, non martyrium. Tibi cese vestem, non professionem mutavi. Quod si mihi præripis mortem, non redimisti me, sed circumvenisti..... Possumus uterque sententiæ satisfacere, si me prius patiaris occidi. In te non habent aliam quam exerceant pœnam; in virgine obnoxius pudor est. Itaque gloriosior eris si videaris de virgine periclitante martyrem fecisse, quam de martyre periclitantem virginem reddidisse.» (*Ibid.*)

(3) «Duo contenderunt, et ambo vicerunt. Nec divisa corona, sed addita. Ita sancti martyres, sibi beneficia conferentes, altera principium martyrio dedit, alter effectum.» (*Ibid.*)

tamente la confianza de aquél y el afecto de éste son admirables. Pero la gloria de estos dos amigos no puede compararse á la de nuestros dos mártires. Aquellos eran hombres los dos, y uno de éstos es una jóven, que ha debido ante todo triunfar de la flaqueza de su sexo. Allí el rey perdonó, y aquí los tiranos se irritaron. Allí uno de los dos debia morir necesariamente, supuesto que habia sido condenado por un crímen, y aquí la voluntad de los dos héroes es perfectamente libre. Aquéllos disputaban por amistad, y éstos disputan por la corona del martirio. Aquellos fueron héroes de los hombres, y éstos son héroes de Dios (1).

Finalmente, Dios se dignó manifestar su poder por la inferioridad y la flaqueza del *sexo devoto*, áun en el órden intelectual, para que conociesen todos que la vírgen que el Cristianismo forma é inspira no es extraña á ninguna especie de gloria. Santa Catalina, ilustre vírgen y mártir de la sábia ciudad de Alejandría, es un ejemplo de esto. Cristiana desde su infancia, no habiéndole impedido su fervor en la fe aplicarse desde la más tierna edad al estudio de las ciencias y de la literatura, hizo en ellas tan admirables progresos, que á los diez y nueve años eclipsaba ya por su doctrina á los hombres más sabios, así como por su santidad á los hombres más santos (2). En aquel tiempo Maximino perseguia á los cristianos en Egipto de la manera más bárbara, miéntras que Severo hacia otro tantó en Roma y en el resto del Imperio. Todo tiembla, todo se humilla ante la voluntad sanguinaria del tirano, y nadie se atreve á alzar la voz en favor de la Iglesia perseguida. Pues bien, lo que ningun hombre se atrevió á hacer, lo hizo una mujer, lo hizo una vírgen, lo hizo Catalina. Yendo en busca del Emperador, le echa en cara con la mayor libertad su horrible ferocidad contra los cristianos, y le prueba con los más fuertes argumentos la verdad del Cris-

(1) Philosophorum gymnasia Damonem et Pythiam in cœlum ferunt. Utrumque præclarum; alter mortis vadem invenit, alter se obtulit. Digna laude, sed minora nostris. Nam illic ambo viri; hic una virgo, quæ primo etiam sexum vinceret. Illic amici, isti incogniti. Ille pepercit; isti occiderunt. Inter illos, in uno hocrocia necessitas, in his amborum voluntas liberat. Illis studii sui finis amicitiæ gratia; istis corona martyrii. Illi enim certaverunt hominibus; isti Deo.» (S. Ambros.)

(2) «A prima ætate studia liberalium artium cum fidei ardore conjungens, brevi, ad eam sanctitatis et doctrinæ perfectionem pervenit, ut decem et octo annos nata, erudittissimum quemque superaret.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tianismo y la necesidad de abrazarlo y de seguirlo para obtener la salvacion (1). Admirado Maximino, tanto de la doctrina y de la sabiduría de la jóven, como de su valor, habiéndola retenido en su palacio, convoca de todas partes á todos los sabios, á todos los filósofos de la famosa escuela de Alejandría, y les manda que disputen con Catalina acerca de la religion, prometiéndoles grandes premios si conseguian refutar sus argumentos y atraerla de la profesion de la fe cristiana al culto de los ídolos (2). Así se hace en efecto; pero resulta todo lo contrario. Léjos de que aquellos grandes filósofos pudiesen confundir y atraer á la jóven al paganismo, la jóven los confundió y los atrajo al Cristianismo; y lo que es todavía más admirable, la mayor parte de aquellos sabios, no sólo se rindieron á la fuerza de las razones de Catalina, sino que adquirieron tanto respeto á la religion cristiana y tanto amor á Jesucristo, que habiendo ido allí para contradecirla, se convirtieron en confesores y se hicieron mártires de ella (3). Furioso Maximino de la pública derrota que el culto de los ídolos acababa de recibir por una mujer, se enfureció contra ella, y no hubo tormento alguno que no le hiciese sufrir: los azotes, el potro, las uñas de hierro, la rueda de agudas puntas, y finalmente la espada, todo fué empleado contra ella para desgarrar sus carnes virginales y para vengar con su muerte al paganismo aterrado. Pero estos rasgos de crueldad no hicieron más que aumentar la vergüenza y la pérdida de aquella pretendida religion. Maximino tuvo el disgusto de ver que la doctrina y la constancia de Catalina habian hecho ciertas conversiones, áun en su mismo palacio, en su misma familia. Habiendo ido á visitar á Catalina á su prision la misma esposa de Maximino y Porfirio, jefe del ejército imperial, fueron convertidos al Cristianismo por su predicacion, y confesando á Jesucristo, recibieron tambien con ella

(1) «Non dubitanter Maximinium adiit, eique nefariam immanitatem objiciens, sapientissimis rationibus Christi fidem ad salutem necessariam esse afirmavit.»

(2) «Cujus prudentiam Maximinus admiratus retineri eam jubet, arcesitis undique sapientissimis hominibus magnisque propositis præmiis qui convictam Catherinam à Christi fide ad idolorum cultum perduxissent.»

(3) «Quod contra accidit: nam plures philosophi qui ad eam coargüendam convenerant, vi ac sutilitate ejus disputationis, tanto Jesu Christi amore sunt incensi, ut pro illo mori non dubitaverint.»

la corona del martirio (1); y en el mismo pueblo, una inmensa multitud de paganos, que habian sido espectadores de la constancia de la jóven heroína, abrazaron el Cristianismo (2). ¡Así era como Jesucristo convertia la ferocidad de los tiranos en atormentar á sus santas esposas, en mision de apostolado y en triunfo de su religion!

§ XIII.—Las santas viudas mártires.—Santa Felicitas y Santa Perpétua.—El triunfo que ésta alcanza sobre su padre.—Bella respuesta que aquélla da al verdugo, que le echaba en cara que no podia sufrir los dolores del parto.—Su actitud sublime en el anfiteatro, donde son expuestas á las fieras.—Perpétua cuidando de Felicitas, su esclava, como si fuese su hermana.—Felices efectos de su martirio.—Santa Sabina y Santa Teonila confundiendo á los tiranos.

La santa viudedad es una segunda virginidad, y muchas veces, y bajo cierto aspecto, es, dice San Ambrosio, áun más meritoria que la virginidad misma, porque la castidad de la viuda es más laboriosa que la de la vírgen: *Laboriosa castitas* (*De viduis*). Así es que, expuesta al martirio la viuda cristiana, no se ha mostrado ménos grande ni ménos admirable que la vírgen cristiana, y la gloria de su confesion no ha sido ménos brillante ni ménos honorífica para el Cristianismo. Citarémos, pues, algunos ejemplos de estas viudas generosas, cuyo martirio está escrito con letras de oro en las *Actas de los mártires*, que son los diplomas auténticos de sus títulos á los homenajes de la tierra y á la gloria del cielo.

En primer lugar encontramos las santas viudas Felicitas y Perpétua, que confesaron la fe bajo el imperio de Séptimo Severo, en Thrabace, en África, no léjos de Cartago, de quienes Tertuliano habla en su libro *Del alma*, cuyo elogio hace San Agustin en uno de sus sermones, y en tres tratados citados por Posinio, que se han perdido, y cuyos nombres figuran en primer lugar en el católogo de las santas mencionadas en el cánon de la misa.

Santa Felicitas era esclava; Santa Perpétua era una noble señora de un talento muy distinguido. Ella misma escribió la historia de

(1) «Quo tempore Maximini uxor et Porfirius belli dux carcerem ingressi, et ejudem prædicatione in Jesum Christum credentes, postea martyrio coronati sunt.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Quod miraculo, multi Christi fidem susceperunt.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tianismo y la necesidad de abrazarlo y de seguirlo para obtener la salvacion (1). Admirado Maximino, tanto de la doctrina y de la sabiduría de la jóven, como de su valor, habiéndola retenido en su palacio, convoca de todas partes á todos los sabios, á todos los filósofos de la famosa escuela de Alejandría, y les manda que disputen con Catalina acerca de la religion, prometiéndoles grandes premios si conseguian refutar sus argumentos y atraerla de la profesion de la fe cristiana al culto de los ídolos (2). Así se hace en efecto; pero resulta todo lo contrario. Léjos de que aquellos grandes filósofos pudiesen confundir y atraer á la jóven al paganismo, la jóven los confundió y los atrajo al Cristianismo; y lo que es todavía más admirable, la mayor parte de aquellos sabios, no sólo se rindieron á la fuerza de las razones de Catalina, sino que adquirieron tanto respeto á la religion cristiana y tanto amor á Jesucristo, que habiendo ido allí para contradecirla, se convirtieron en confesores y se hicieron mártires de ella (3). Furioso Maximino de la pública derrota que el culto de los ídolos acababa de recibir por una mujer, se enfureció contra ella, y no hubo tormento alguno que no le hiciese sufrir: los azotes, el potro, las uñas de hierro, la rueda de agudas puntas, y finalmente la espada, todo fué empleado contra ella para desgarrar sus carnes virginales y para vengar con su muerte al paganismo aterrado. Pero estos rasgos de crueldad no hicieron más que aumentar la vergüenza y la pérdida de aquella pretendida religion. Maximino tuvo el disgusto de ver que la doctrina y la constancia de Catalina habian hecho ciertas conversiones, áun en su mismo palacio, en su misma familia. Habiendo ido á visitar á Catalina á su prision la misma esposa de Maximino y Porfirio, jefe del ejército imperial, fueron convertidos al Cristianismo por su predicacion, y confesando á Jesucristo, recibieron tambien con ella

(1) «Non dubitanter Maximinium adiit, eique nefariam immanitatem objiciens, sapientissimis rationibus Christi fidem ad salutem necessariam esse afirmavit.»

(2) «Cujus prudentiam Maximinus admiratus retineri eam jubet, arcesitis undique sapientissimis hominibus magnisque propositis præmiis qui convictam Catherinam à Christi fide ad idolorum cultum perduxissent.»

(3) «Quod contra accidit: nam plures philosophi qui ad eam coargüendam convenerant, vi ac sutilitate ejus disputationis, tanto Jesu Christi amore sunt incensi, ut pro illo mori non dubitaverint.»

la corona del martirio (1); y en el mismo pueblo, una inmensa multitud de paganos, que habian sido espectadores de la constancia de la jóven heroína, abrazaron el Cristianismo (2). ¡Así era como Jesucristo convertia la ferocidad de los tiranos en atormentar á sus santas esposas, en mision de apostolado y en triunfo de su religion!

§ XIII.—Las santas viudas mártires.—Santa Felicitas y Santa Perpétua.—El triunfo que ésta alcanza sobre su padre.—Bella respuesta que aquélla da al verdugo, que le echaba en cara que no podia sufrir los dolores del parto.—Su actitud sublime en el anfiteatro, donde son expuestas á las fieras.—Perpétua cuidando de Felicitas, su esclava, como si fuese su hermana.—Felices efectos de su martirio.—Santa Sabina y Santa Teonila confundiendo á los tiranos.

La santa viudedad es una segunda virginidad, y muchas veces, y bajo cierto aspecto, es, dice San Ambrosio, áun más meritoria que la virginidad misma, porque la castidad de la viuda es más laboriosa que la de la vírgen: *Laboriosa castitas* (*De viduis*). Así es que, expuesta al martirio la viuda cristiana, no se ha mostrado ménos grande ni ménos admirable que la vírgen cristiana, y la gloria de su confesion no ha sido ménos brillante ni ménos honorífica para el Cristianismo. Citarémos, pues, algunos ejemplos de estas viudas generosas, cuyo martirio está escrito con letras de oro en las *Actas de los mártires*, que son los diplomas auténticos de sus títulos á los homenajes de la tierra y á la gloria del cielo.

En primer lugar encontramos las santas viudas Felicitas y Perpétua, que confesaron la fe bajo el imperio de Séptimo Severo, en Thrabace, en África, no léjos de Cartago, de quienes Tertuliano habla en su libro *Del alma*, cuyo elogio hace San Agustin en uno de sus sermones, y en tres tratados citados por Posinio, que se han perdido, y cuyos nombres figuran en primer lugar en el católogo de las santas mencionadas en el cánon de la misa.

Santa Felicitas era esclava; Santa Perpétua era una noble señora de un talento muy distinguido. Ella misma escribió la historia de

(1) «Quo tempore Maximini uxor et Porfirius belli dux carcerem ingressi, et ejudem prædicatione in Jesum Christum credentes, postea martyrio coronati sunt.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Quod miraculo, multi Christi fidem susceperunt.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su martirio hasta el momento en que fué expuesta en el anfiteatro con Santa Felicitas y los santos jóvenes Saturo, su hermano, Revocato, Saturnino y Secúndulo, que todos las siguieron en la misma confesion y participaron de la misma corona.

Santa Perpétua era de edad de veintidos años; ella habia sido casada, lo mismo que Santa Felicitas; pero ésta se hallaba encinta, miéntras que aquélla tenía un tierno niño de pecho. Su padre, que vivia aún, y que la amaba mucho, habiendo sabido que acababa de ser citada ante los tribunales como cristiana, quiso persuadirla que disimulase al ménos esta profesion, á fin de conservar su vida para sus padres y para su hijo. «¿De qué sirve eso, padre mio? Le dijo la heroica hija. ¿Veis ese vaso que está en el suelo? ¿Puede acaso dársele otro nombre que el suyo?—Ciertamente que no, respondió el padre.—Pues bien, replicó ella, yo tampoco puedo llamarme más que lo que soy, es decir, cristiana.» Desesperado su padre al oir esta respuesta, se arrojó sobre ella para arrancarla los ojos; pero no hizo más que maltratarla, y se retiró vencido.

Habiendo llegado el dia de la comparecencia, se dieron prisa á bautizarla, lo mismo que á sus cinco compañeros, porque todos ellos eran catecúmenos. Al dia siguiente, el procurador Hilarion, que gobernaba la provincia en lugar del procónsul Minucio, que acababa de morir, habiendo hecho encerrar á los santos confesores en un horrible calabozo, Santa Perpétua se llenó de espanto, porque, como ella dice, no habia visto jamas semejantes tinieblas; y continúa su relato en estos términos: «Yo me moria de dolor al considerar el que causaba á mis padres, y pasaba largas horas en una grande impaciencia. Mas un dia me encontré de repente fortalecida de tal manera, que la prision donde yo estaba con mi hijo se me hizo un palacio, donde me hallaba mejor que en todas partes, y yo era quien fortalecia á mi hermano.

»Nosotros íbamos á ser interrogados, y mi padre volvió á la prision y ensayó todos los medios posibles para vencer mi constancia.—Hija mia, me decia, compadécete de mis cabellos blancos, ten piedad de tu padre (si soy digno que me llames tu padre), porque te he criado hasta ahora, y te he preferido á todos tus hermanos; no me hagas el oprobio de los hombres. Acuérdate de tu madre, de tu tia y de tu hijo, que no podrán vivir sin tí; renuncia á esa obstinacion, que nos perderá á todos.—Mi padre me decia esto

con el acento de la mayor ternura y del mayor respeto; en vez de llamarme *su hija*, me llamaba *su señora;* él lloraba, él me besaba las manos y se arrojaba á mis piés. Yo lloraba al ver que de toda nuestra familia él sería el único que no se alegraria de mi martirio.

»En presencia del mismo magistrado hizo mi padre una nueva tentativa, conjurándome que tuviese piedad de mi hijo; y el mismo Hilarion me dijo:—Compadécete de la vejez de tu padre y de la infancia de tu hijo, y sacrifica por la prosperidad de los emperadores.—Yo no lo haré en manera alguna, respondí; yo soy cristiana.—Todos los demas acababan de dar la misma respuesta. Y así, Hilarion pronunció nuestra sentencia y nos condenó á todos á ser expuestos á las fieras. Nosotros volvimos llenos de gozo á nuestra prision.

»El conserje, que era un oficial llamado Pudente, creyendo ver algo de sobrenatural y de divino en nuestra tranquilidad en presencia de la muerte, nos apreciaba mucho y guardaba con nosotros las mayores consideraciones. Él dejaba entrar á todos nuestros hermanos que querian vernos y consolarnos.» (*Act. martyr.;* S. August., serm. 280, *De hist. martyr.*)

Las dos nobles y piadosas matronas sólo pensaban en la felicidad que les esperaba de morir por Jesucristo, y en fortalecer y preparar para la muerte á sus hermanos en la fe. Son presentados de nuevo ante el tirano, y se les intima que blasfemen del Salvador. Ellos rechazan esta proposicion con horror, y se les condena á los azotes y á ser expuestos en el anfiteatro para servir de pasto á las fieras. Hallándose Santa Felicitas encinta de ocho meses, y no pudiendo, segun las leyes romanas, ser ejecutada hasta despues de su parto, mandó el tirano que se la retuviese en prision, y que entre tanto se ajusticiase á los otros. Por esta razon, afligidos aquellos santos confesores al ver que ella quedaba sola en el camino de su comun esperanza, se ponen en oracion, pidiendo á Dios la gracia de morir todos unidos por Él, así como todos unidos le habian confesado. Dios escuchó esta piadosa oracion, y un instante despues Felicitas dió á luz una hija, á quien una pobre mujer cristiana, que habia cuidado á la madre, se llevó y crió como si fuese su hija, considerándose dichosa de tener por hija á aquella criatura, que habia tenido á una mártir por madre, y á quien esta madre

habia dado á luz miéntras confesaba á Jesucristo é iba á morir por Él.

No debemos omitir las bellas palabras, llenas de fe, que esta noble cristiana pronunció en esta ocasion. Como al tiempo del parto se quejase de sus dolores, uno de los verdugos que custodiaban á los prisioneros le dijo: «¿Cómo tú, que no puedes sufrir los dolores del parto, sufrirás mañana los tormentos y la muerte que te espera, supuesto que vas á ser devorada y destrozada por los dientes de las fieras?» Al cual respondió la mártir: «No hay comparacion entre la una cosa y la otra. Hoy soy yo, yo sola la que sufro, y mañana será el mismo Jesucristo quien sufrirá en mí. Hoy son las fuerzas de la naturaleza, á quienes exceden las fuerzas del dolor; mañana las fuerzas de la gracia de Dios fortalecerán la naturaleza, y con este auxilio triunfaré de todos los tormentos» (1).

Al dia siguiente se les desnuda á todos, hombres y mujeres, de sus vestiduras, y se les pasea desnudos por la ciudad, azotándoles y exponiéndoles á las miradas insolentes y á las burlas sacrílegas de las turbas. En medio de estos sufrimientos y de estas afrentas, los mártires, léjos de exhalar una sola queja de sus labios, se muestran, como en otro tiempo los apóstoles, ebrios de gozo y de felicidad al verse dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesucristo. (*Act.*) Ellos no hacen otra cosa que cantar las alabanzas del Señor, intercalando en ellas estos versículos de los salmos: «Los simulacros de los gentiles no son otra cosa que plata y oro; sus pretendidos dioses no son otra cosa que demonios; el Dios verdadero es el que crió los cielos.» En vano los azotan y los hieren para obligarles á callar; ellos no cesan de repetir la misma confesion y con el mismo júbilo. Para hacer cesar *este escándalo* se ven obligados á volverlos á lo prision.

Finalmente, son llevados al anfiteatro para que sean devorados por las fieras, y todos se llenan de admiracion al verlos con el semblante tranquilo, el paso firme, el rostro risueño y los ojos brillantes de alegría; parecian héroes que caminaban al triunfo. Las dos mujeres estaban en medio de ellos, aumentando con su actitud sublime el valor de sus hermanos, y su deseo de sacrificarse por la fe.

(1) «Cui illa: Hodie, inquit, ego patior; cras in me patietur Christus. Nunc naturæ vires dolori naturali pugnant; cras Dei gratia cuncta tormenta superabit.» (*Act. Martyr.*, 7 Mart.)

Felicitas, llena de alegría al ver que se sentia tan bien, á pesar de su reciente parto, no hablaba más que de las fieras, que, siendo ella esclava, iban á convertirla en una hostia agradable á Jesucristo. Perpétua, como gran señora que era, conmovia todos los corazones con la majestad de su semblante y con su angelical modestia, que le hacía bajar los ojos para ocultar su belleza á los espectadores.

En el camino se encuentra á dos catecúmenos, que se enternecen de sus sufrimientos; pero la noble matrona responde á los testimonios de compasion de aquellos corazones generosos, diciéndoles: «Permaneced firmes en la fe, y decid á nuestros hermanos, los cristianos, que se animen recíprocamente, y que no se escandalicen de nuestros padecimientos.» ¡Palabras sublimes que revelaban en aquella grande alma los sentimientos de una madre de la Iglesia!

Antes de entregarlos á las fieras, ordenan que sean azotados los santos confesores, segun la costumbre. Se les hace pasar uno despues de otro por delante de los verdugos, puestos en fila con los azotes en la mano; los azotan despiadadamente, pero nada puede alterar el gozo que experimentan al participar de los dolores y de los oprobios de la flagelacion del Señor.

Las dos mujeres son despojadas de nuevo de sus vestidos; mas el pueblo, viendo á la una tan delicada y á la otra tan repugnante, supuesto que acababa de parir, se conmovió y se llenó de indignacion. Para calmarle fué necesario dar á las nobles heroínas unas vestiduras flotantes.

No pudiendo Felicitas levantarse, Perpétua, su señora, le dió la mano y le ayudó á caminar, porque Perpétua no veia ya en Felicitas una esclava, sino una hermana en la fe y una compañera digna de ella en la gloria de la misma confesion.

Finalmente, se las mete en una red y se las echa á los piés de una fiera. Perpétua es acometida la primera; pero ella se cuida ménos del destrozo de sus miembros que del de sus vestiduras, que la exponen á las miradas de la turba, y se da prisa á reunir los pedazos de sus vestidos para cubrir su pudor.

Lo mismo se ejecuta con los otros confesores; pero, no dándoles muerte las fieras demasiado pronto con sus dientes y sus uñas, mandan que sean muertos con la espada. De este modo todos aquellos nobles atletas de la fe, despues de haberse dado el ósculo de paz,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fueron degollados, las mujeres las primeras, en medio del anfiteatro, y volaron al cielo. Pudente, el conserje, se encontraba allí. Habiéndose quitado uno de los mártires su anillo del dedo, y habiéndolo mojado en la sangre de sus heridas, se lo dió, diciéndole: «Valor, Pudente; yo espero que te llegará tu turno: mira entónces ese anillo, y acordándote de nosotros, conocerás cuán dichoso es el cristiano que muere por la fe.» En efecto, conmovido y admirado del espectáculo, de la intrepidez y del gozo que habian mostrado las santas mujeres al morir, cuando salió del anfiteatro fué á declararse cristiano ante el magistrado. Se le condena igualmente á las bestias. Pudente mira el anillo, lo besa y se entrega á su furor; muere con la misma constancia y con la misma alegría, y siendo mártir el mismo dia en que se habia hecho cristiano, va á reunirse en el cielo á sus modelos y maestros en la fe. ¡Qué confusion para los paganos! ¡Qué dicha para los cristianos! ¡Qué gloria para Jesucristo!

De la noble matrona romana Santa Sabina, esposa de Valentin, y que habia sido convertida á la fe é instruida en ella por la ilustre vírgen Santa Serafia, sólo recordarémos la bella respuesta que dió al juez Elpidio, cuando le echó en cara que, siendo una mujer tan distinguida por su nacimiento y por su matrimonio, no se avergonzase de profesar el Cristianismo. «En efecto, le respondió ella, yo soy Sabina, yo soy cristiana y me honro de serlo, y no me canso de dar gracias á mi Dios y Señor Jesucristo porque me ha librado del imperio de los demonios, por los méritos y la intercesion de Serafia, su sierva» (1). Esta respuesta le valió el martirio, y fué depositada en el mismo sepulcro en que habia encerrado ella misma el cuerpo de Santa Serafia, su maestra en la religion.

La viuda Santa Teonila declaró con igual intrepidez su fe ante Lisias, magistrado de Egea, en la Cilicia, bajo el imperio de Diocleciano. Este tirano acababa de dar muerte á los tres santos hermanos Claudio, Astorio y Neon, con el suplicio de la cruz, como igualmente á Santa Domnina, grande y fervorosa cristiana, á quien desgarraron todos sus miembros con crueles azotes. Cuando este tirano se dirigió á Santa Teonila, se entabló entre ellos el diálogo siguiente:

(1) «Tu ne illa Sabina, et genere et matrimonio nobilissima? At illa: Sum inquit, et Domino meo Jesu Christo gratias ago, qui me intercessione Seraphiæ famulæ suæ, à demonum potestate liberavit.« (*Brev. Rom.*)

«Lisias. Mujer, ya has visto castigados con los suplicios del hierro y del fuego á tus compañeros, que no han querido obedecer los edictos de los emperadores. Honra, pues, á los dioses, y sacrifica; porque de otro modo, debes esperar la misma suerte de ellos.

»Teonila. Yo no temo el fuego de este mundo, que sólo puede hacer que perezca el cuerpo. Yo sólo temo el fuego del mundo futuro, que puede hacer que perezca el cuerpo y el alma por toda la eternidad. ¡Desventurados, pues, los que reniegan del verdadero Dios para adorar los ídolos, que no son otra cosa que demonios!

»Lisias. (*Á sus guardias.*) Abofetead á esa insolente, arrojadla en tierra, atadla de piés y manos, y azotadla con todo rigor.

»Teonila. ¿Con qué derecho condenais á esas penas á una mujer extranjera y de condicion libre? Tened cuidado de vos; porque el Dios que todo lo ve, ve lo que haceis, y os pedirá de ello una rigorosa cuenta.

»Lisias. (*Á los guardias.*) Suspendedla por los cabellos, heridla tambien en el rostro, y enseñadla á respetar á los magistrados.

»Teonila. Vos acabais de hacerme desnudar en presencia del pueblo; éste ha sido para mí el más cruel suplicio, ¿y no estais todavía satisfecho? Recordad que, al tratarme así, no es á mí sola, sino tambien á vuestra propia madre y á vuestra propia esposa á quien habeis cubierto de confusion; porque todas somos de una misma naturaleza.

»Lisias. ¿Tienes esposo, ó eres viuda?

»Teonila. Yo soy viuda veintitres años há. Por el amor de mi Dios he permanecido en este estado. Desde que conocí la verdadera religion, y dejé vuestras impuras divinidades, he pasado mi vida retirada del mundo en las obras de penitencia y en la oracion, y en esto me creo dichosa. Al presente no espero más que el cielo, y me voy con Dios al cielo.

»Lisias. (*A los guardias.*) ¡Cuánta impertinencia y cuánta obstinacion! Rapadle la cabeza, para que se llene de vergüenza; ponedle una corona de espinas, atadla por las manos y los piés á cuatro estacas, tirad de las cuerdas cuanto podais, y heridla sin piedad por todo el cuerpo; ponedle carbones encendidos en el vientre hasta que muera.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero Dios libró á su sierva de aquella nueva vergüenza y de aquellos nuevos dolores. Cuando los soldados se acercaron á ella para ejecutar tan bárbaras órdenes, ya habia ella entregado su espíritu á Dios. (*Act. Sinc. Martyr.*)

§ XIV.—Perfeccion del amor de la esposa cristiana, y ardor de su celo por la salvacion de su esposo, especialmente cuando éste sufria el martirio. —Santa Marta y Santa Teopista sosteniendo el valor de sus esposos en medio de los tormentos.—Heroísmo de Santa Natalia, que ayudó ella misma al verdugo de San Adrian, su esposo, á cortar sus miembros.

Á estos bellos y magníficos ejemplos de firmeza en la fe, dados por la viuda cristiana en la época de los mártires, vamos á añadir algunos de los que la esposa cristiana dió en la misma época respecto á la misma materia.

La esposa cristiana, fiel al primer deber del matrimonio, procuraba ante todo la felicidad eterna de su esposo, porque la union pasajera del tiempo no bastaba ni podia bastar á un amor sin límites ni defectos, ni á una fe que sólo vivia de la esperanza de la eternidad. De ahí nacia ese celo ardiente é infatigable, pero dulce, sabio y afectuoso, de la mujer fiel por hacer participante á su esposo infiel de las luces, la gracia y los consuelos de la religion cristiana, y por convertirlo al Cristianismo.

Pero cuando la persecucion se hacía más cruel era principalmente cuando el celo de la mujer cristiana por la salvacion de su esposo se hacía más ardiente y más sublime. Se la ve preocupada y pensativa, su semblante manifiesta la mayor ansiedad, pero no se aflige por su vida ni por su pudor; ella ha hecho ya á Dios el sacrificio de sus dias, y Dios la protegerá contra el furor del libertinaje; ella tiembla por la flaqueza de su esposo, cuya frente está todavía húmeda con las aguas del bautismo, cuyo corazon es novicio aún en la fe, y cuya salvacion eterna le es tan interesante como la suya propia. Al verle aprisionado, presentado ante los tiranos, y condenado á sufrir una muerte cruel por el nombre de Jesucristo, ella no abandona un solo instante á su querido esposo, ella no cesa de exhortarle, de animarle, y léjos de entregarse á lanzar vanos gemidos y á derramar lágrimas injuriosas á su fe, procura con el ejemplo de su firmeza y con la uncion de su palabra, animarle á

morir como cristiano; dichosa al pensar que, en el esposo que va á perder, tendrá pronto un intercesor en el cielo y un mártir que venerar. Ved aquí algunos ejemplos de estas mujeres heroicas.

Uno de los martirios que, durante la segunda persecucion en Roma, fueron más célebres en ella fué el de San Mario y el de Abaco y Audiface, sus hijos. Estos eran unos cristianos nobles y ricos de Persia, que habian ido á Roma para venerar las reliquias de los apóstoles y de los mártires, y llenarse de su espíritu. Visitar y consolar á los fieles encarcelados por la fe, suministrándoles toda especie de auxilios, y sepultar los cuerpos de los santos confesores de Jesucristo, era su ocupacion y toda su felicidad. No fué necesario más para ser delatados ante el tirano reinante, que, habiéndolos hecho aprisionar, sin poder hacer que apostatasen, les hizo azotar cruelmente, estirar con cuerdas, descarnar con uñas de hierro y quemar con planchas ardientes, y finalmente les hizo cortar las manos y atárselas al cuello, y en esta actitud los hizo pasear por la ciudad ántes de cortarles la cabeza. Pero las *Actas de los mártires* nos dicen que el alma de esta gloriosa confesion fué una mujer llamada Marta, esposa de Mario y madre de Abaco y de Audiface; y que así como por sus inspiraciones habian ilustrado su vida en Roma su esposo y sus hijos con tan bellas obras, por sus exhortaciones, por su ejemplo y por su valor sufrieron con tanta constancia sus horribles tormentos é hicieron su muerte tan gloriosa. Ved aquí por qué, habiendo sido encontrada la más culpable, fué inmolada la primera, y su esposo y sus hijos no pudieron hacer más que seguirla en el camino del martirio (1).

Santa Teopista, esposa de San Eustaquio, fué quien consoló con sus cuidados, sostuvo y animó con sus exhortaciones y con su ejemplo á su esposo y á sus dos hijos Agapito y Teopisto, dejándose encerrar con ellos en el toro de bronce inflamado, para morir en su compañía. (*Brev. Rom.*)

San Adrian, hecho cristiano por su mujer Natalia, que lo era ya, fué tambien por su esposa un grande y glorioso mártir. Preso por órden del emperador Maximiano, yendo su esposa á visitarle al calabozo le inspiró tanto ardor por el martirio, que sufrió con una

(1) «Primum Marta, quæ virum ac filios ad supplicia pro Jesu Christi fide constanter sustinenda, vehementer fuerat coortata.» (*Brev. Rom.*)

Pero Dios libró á su sierva de aquella nueva vergüenza y de aquellos nuevos dolores. Cuando los soldados se acercaron á ella para ejecutar tan bárbaras órdenes, ya habia ella entregado su espíritu á Dios. (*Act. Sinc. Martyr.*)

§ XIV.—Perfeccion del amor de la esposa cristiana, y ardor de su celo por la salvacion de su esposo, especialmente cuando éste sufria el martirio. —Santa Marta y Santa Teopista sosteniendo el valor de sus esposos en medio de los tormentos.—Heroísmo de Santa Natalia, que ayudó ella misma al verdugo de San Adrian, su esposo, á cortar sus miembros.

Á estos bellos y magníficos ejemplos de firmeza en la fe, dados por la viuda cristiana en la época de los mártires, vamos á añadir algunos de los que la esposa cristiana dió en la misma época respecto á la misma materia.

La esposa cristiana, fiel al primer deber del matrimonio, procuraba ante todo la felicidad eterna de su esposo, porque la union pasajera del tiempo no bastaba ni podia bastar á un amor sin límites ni defectos, ni á una fe que sólo vivia de la esperanza de la eternidad. De ahí nacia ese celo ardiente é infatigable, pero dulce, sabio y afectuoso, de la mujer fiel por hacer participante á su esposo infiel de las luces, la gracia y los consuelos de la religion cristiana, y por convertirlo al Cristianismo.

Pero cuando la persecucion se hacía más cruel era principalmente cuando el celo de la mujer cristiana por la salvacion de su esposo se hacía más ardiente y más sublime. Se la ve preocupada y pensativa, su semblante manifiesta la mayor ansiedad, pero no se aflige por su vida ni por su pudor; ella ha hecho ya á Dios el sacrificio de sus dias, y Dios la protegerá contra el furor del libertinaje; ella tiembla por la flaqueza de su esposo, cuya frente está todavía húmeda con las aguas del bautismo, cuyo corazon es novicio aún en la fe, y cuya salvacion eterna le es tan interesante como la suya propia. Al verle aprisionado, presentado ante los tiranos, y condenado á sufrir una muerte cruel por el nombre de Jesucristo, ella no abandona un solo instante á su querido esposo, ella no cesa de exhortarle, de animarle, y léjos de entregarse á lanzar vanos gemidos y á derramar lágrimas injuriosas á su fe, procura con el ejemplo de su firmeza y con la uncion de su palabra, animarle á

morir como cristiano; dichosa al pensar que, en el esposo que va á perder, tendrá pronto un intercesor en el cielo y un mártir que venerar. Ved aquí algunos ejemplos de estas mujeres heroicas.

Uno de los martirios que, durante la segunda persecucion en Roma, fueron más célebres en ella fué el de San Mario y el de Abaco y Audiface, sus hijos. Estos eran unos cristianos nobles y ricos de Persia, que habian ido á Roma para venerar las reliquias de los apóstoles y de los mártires, y llenarse de su espíritu. Visitar y consolar á los fieles encarcelados por la fe, suministrándoles toda especie de auxilios, y sepultar los cuerpos de los santos confesores de Jesucristo, era su ocupacion y toda su felicidad. No fué necesario más para ser delatados ante el tirano reinante, que, habiéndolos hecho aprisionar, sin poder hacer que apostatasen, les hizo azotar cruelmente, estirar con cuerdas, descarnar con uñas de hierro y quemar con planchas ardientes, y finalmente les hizo cortar las manos y atárselas al cuello, y en esta actitud los hizo pasear por la ciudad ántes de cortarles la cabeza. Pero las *Actas de los mártires* nos dicen que el alma de esta gloriosa confesion fué una mujer llamada Marta, esposa de Mario y madre de Abaco y de Audiface; y que así como por sus inspiraciones habian ilustrado su vida en Roma su esposo y sus hijos con tan bellas obras, por sus exhortaciones, por su ejemplo y por su valor sufrieron con tanta constancia sus horribles tormentos é hicieron su muerte tan gloriosa. Ved aquí por qué, habiendo sido encontrada la más culpable, fué inmolada la primera, y su esposo y sus hijos no pudieron hacer más que seguirla en el camino del martirio (1).

Santa Teopista, esposa de San Eustaquio, fué quien consoló con sus cuidados, sostuvo y animó con sus exhortaciones y con su ejemplo á su esposo y á sus dos hijos Agapito y Teopisto, dejándose encerrar con ellos en el toro de bronce inflamado, para morir en su compañía. (*Brev. Rom.*)

San Adrian, hecho cristiano por su mujer Natalia, que lo era ya, fué tambien por su esposa un grande y glorioso mártir. Preso por órden del emperador Maximiano, yendo su esposa á visitarle al calabozo le inspiró tanto ardor por el martirio, que sufrió con una

(1) «Primum Marta, quæ virum ac filios ad supplicia pro Jesu Christi fide constanter sustinenda, vehementer fuerat coortata.» (*Brev. Rom.*)

constancia admirable el horrible tormento de que le rompiesen las piernas y le cortasen los piés y las manos, y de ser azotado hasta que todas sus entrañas salieron de su cuerpo destrozado; y si los veintitres cristianos, sus compañeros de prision, imitaron su valor, muriendo por la misma causa, fué porque habian asistido á las exhortaciones que Natalia habia hecho á su esposo (1).

Pero no debemos olvidar los rasgos de heroismo que manifestó esta mujer sublime en el martirio de su amado esposo. Estando prohibida á las mujeres la entrada en las prisiones, por la razon que hemos indicado ántes, Natalia se vistió de hombre, y con este disfraz pudo llegar hasta su esposo y prodigarle todos los cuidados de su amor y todos los consuelos de la fe. Cuando llegó la hora de quebrar los huesos á los mártires, temiendo Natalia que su amado Adrian perdiese la corona, pidió á los verdugos que comenzasen por él su horrible ministerio. Ellos acceden á su peticion, colocan sobre el tajo la pierna del mártir, y su heroica esposa es quien tiene sujeta esta pierna bajo el martillo; crueles golpes resuenan en su corazon: ella ayuda tambien á los verdugos á cortar los piés á su esposo (2). Mas la sentencia brutal del tirano mandaba que se cortasen tambien las manos á los nobles confesores, y Natalia dijo á su esposo á este propósito estas animosas palabras: «Adrian, mi señor y siervo de Jesucristo, te suplico que extiendas tambien tus manos para que te las corten, á fin de que seas semejante en todo á los otros santos mártires que han sufrido mucho más que tú» (3). El bienaventurado Adrian ofrece á Natalia sus manos sin decir una palabra; ella las coloca sobre el tajo, el verdugo las cor-

(1) «In carcerem cum aliis viginti tribus christianis conjectus est: ubi eum visitans Natalia uxor, quæ et ipsa antea in Christum crediderat, ad martyrium incendit. Itaque è custodia eductus, tandiu flagellis cæsus est, donec intestina diffluerunt. Demum fractis cruribus, manibus pedibusque præcissis, una cum multis aliis martyrium feliciter absolvit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Id ut vidit B. Natalia, occurrit lictoribus, rogavitque ut ab Adriano inciperent. Obtemperarunt carnifices, et cum imposuissent Adriani tibiam super incudem, B. Natalia pedem ejus aprehendens, extendit super incudem; carnifices vero, multa vi cedentes, amputarunt pedes ejus et crura confregerunt.» (A Lap., *in* I, *ad Cor.*, VII.)

(3) «Præcor te, mi domine, serve Christi, dum adhuc in te hæret spiritus, extende etiam manum, ut amputent eam, ut sanctis martyribus similis efficiaris per omnia: majora enim supplicia illi perpesi sunt quam tu.» (*Ibid.*)

ta, Adrian espira (1) y Natalia exclama: «¡Sea Dios bendito! ¡Él ha asegurado su suerte! ¡Él ha subido al cielo, él me espera allí, y yo le seguiré muy pronto!»

§ XV.—Sublimidad del amor materno de la mujer cristiana.—Fortaleza de una madre que lleva su hijo á la Iglesia para partir con él la gloria del martirio.—Santa Sinforosa, y su perseverancia en animar á sus siete hijos para confesar á Jesucristo.—Gloriosa confesion de los siete hijos de Santa Felicitas en presencia de su madre.—Alegría y dolor de esta sublime madre al presenciar sus horribles tormentos y su muerte.—Elogio que San Agustin y San Gregorio han hecho de esta sublime mártir.

Estos prodigios de heroismo que ha manifestado la esposa cristiana, animando á su esposo á morir por la confesion de Jesucristo, nada son en comparacion de los prodigios de heroismo que ha manifestado la madre cristiana animando y ofreciendo sus propios hijos al martirio por la misma causa. Esto consiste en que las madres educadas en la escuela del Evangelio, bien diferentes de esas madres carnales cuya ternura puramente humana no tiene más objeto que el de asegurar á sus hijos los bienes perecederos de la tierra, procuraban ante todas cosas asegurar á los suyos la felicidad inmortal del cielo. Así, pues, todos sus cuidados se dirigian á conservar en aquellos seres queridos, con la gracia de la inocencia, la gracia de la fe que habian recibido en el bautismo, y enriquecerlos cada vezmás con los tesoros de las virtudes del Evangelio; y cuando estallaba la persecucion, en la terrible alternativa en que se hallaban de ver perecer á sus hijos en el tiempo ó de perderlos para la eternidad, aquellas madres heroicas no vacilaban un solo instante en presentarlos ellas mismas á los tiranos para hacerlos mártires, ántes que verlos vivir en la apostasía. Ved aquí algunos de esos ejemplos de ternura material, depurada, ennoblecida y elevada á su más alto grado por la fe. La mujer no se ha presentado jamas en ninguna parte más grande.

Comencemos recordando el valor sublime de aquella madre verdaderamente cristiana que, á pesar del edicto del emperador Va-

(1) «Extendit ergo manum beatissimus Adrianus, et porrexit eam Nataliæ; illa imposuit illam incudi, et carnifices similiter eam amputarunt. Mox spiritum reddidit.» (A. Lap., *in* I, *ad Cor.*, VII.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

constancia admirable el horrible tormento de que le rompiesen las piernas y le cortasen los piés y las manos, y de ser azotado hasta que todas sus entrañas salieron de su cuerpo destrozado; y si los veintitres cristianos, sus compañeros de prision, imitaron su valor, muriendo por la misma causa, fué porque habian asistido á las exhortaciones que Natalia habia hecho á su esposo (1).

Pero no debemos olvidar los rasgos de heroismo que manifestó esta mujer sublime en el martirio de su amado esposo. Estando prohibida á las mujeres la entrada en las prisiones, por la razon que hemos indicado ántes, Natalia se vistió de hombre, y con este disfraz pudo llegar hasta su esposo y prodigarle todos los cuidados de su amor y todos los consuelos de la fe. Cuando llegó la hora de quebrar los huesos á los mártires, temiendo Natalia que su amado Adrian perdiese la corona, pidió á los verdugos que comenzasen por él su horrible ministerio. Ellos acceden á su peticion, colocan sobre el tajo la pierna del mártir, y su heroica esposa es quien tiene sujeta esta pierna bajo el martillo; crueles golpes resuenan en su corazon: ella ayuda tambien á los verdugos á cortar los piés á su esposo (2). Mas la sentencia brutal del tirano mandaba que se cortasen tambien las manos á los nobles confesores, y Natalia dijo á su esposo á este propósito estas animosas palabras: «Adrian, mi señor y siervo de Jesucristo, te suplico que extiendas tambien tus manos para que te las corten, á fin de que seas semejante en todo á los otros santos mártires que han sufrido mucho más que tú» (3). El bienaventurado Adrian ofrece á Natalia sus manos sin decir una palabra; ella las coloca sobre el tajo, el verdugo las cor-

(1) «In carcerem cum aliis viginti tribus christianis conjectus est: ubi eum visitans Natalia uxor, quæ et ipsa antea in Christum crediderat, ad martyrium incendit. Itaque è custodia eductus, tandiu flagellis cæsus est, donec intestina diffluerunt. Demum fractis cruribus, manibus pedibusque præcissis, una cum multis aliis martyrium feliciter absolvit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Id ut vidit B. Natalia, occurrit lictoribus, rogavitque ut ab Adriano inciperent. Obtemperarunt carnifices, et cum imposuissent Adriani tibiam super incudem, B. Natalia pedem ejus aprehendens, extendit super incudem; carnifices vero, multa vi cedentes, amputarunt pedes ejus et crura confregerunt.» (A Lap., *in* I, *ad Cor.*, VII.)

(3) «Præcor te, mi domine, serve Christi, dum adhuc in te hæret spiritus, extende etiam manum, ut amputent eam, ut sanctis martyribus similis efficiaris per omnia: majora enim supplicia illi perpesi sunt quam tu.» (*Ibid.*)

ta, Adrian espira (1) y Natalia exclama: «¡Sea Dios bendito! ¡Él ha asegurado su suerte! ¡Él ha subido al cielo, él me espera allí, y yo le seguiré muy pronto!»

§ XV.—Sublimidad del amor materno de la mujer cristiana.—Fortaleza de una madre que lleva su hijo á la Iglesia para partir con él la gloria del martirio.—Santa Sinforosa, y su perseverancia en animar á sus siete hijos para confesar á Jesucristo.—Gloriosa confesion de los siete hijos de Santa Felicitas en presencia de su madre.—Alegría y dolor de esta sublime madre al presenciar sus horribles tormentos y su muerte.—Elogio que San Agustin y San Gregorio han hecho de esta sublime mártir.

Estos prodigios de heroismo que ha manifestado la esposa cristiana, animando á su esposo á morir por la confesion de Jesucristo, nada son en comparacion de los prodigios de heroismo que ha manifestado la madre cristiana animando y ofreciendo sus propios hijos al martirio por la misma causa. Esto consiste en que las madres educadas en la escuela del Evangelio, bien diferentes de esas madres carnales cuya ternura puramente humana no tiene más objeto que el de asegurar á sus hijos los bienes perecederos de la tierra, procuraban ante todas cosas asegurar á los suyos la felicidad inmortal del cielo. Así, pues, todos sus cuidados se dirigian á conservar en aquellos seres queridos, con la gracia de la inocencia, la gracia de la fe que habian recibido en el bautismo, y enriquecerlos cada vezmás con los tesoros de las virtudes del Evangelio; y cuando estallaba la persecucion, en la terrible alternativa en que se hallaban de ver perecer á sus hijos en el tiempo ó de perderlos para la eternidad, aquellas madres heroicas no vacilaban un solo instante en presentarlos ellas mismas á los tiranos para hacerlos mártires, ántes que verlos vivir en la apostasía. Ved aquí algunos de esos ejemplos de ternura material, depurada, ennoblecida y elevada á su más alto grado por la fe. La mujer no se ha presentado jamas en ninguna parte más grande.

Comencemos recordando el valor sublime de aquella madre verdaderamente cristiana que, á pesar del edicto del emperador Va-

(1) «Extendit ergo manum beatissimus Adrianus, et porrexit eam Nataliæ; illa imposuit illam incudi, et carnifices similiter eam amputarunt. Mox spiritum reddidit.» (A. Lap., *in* I, *ad Cor.*, VII.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lente, que mandaba dar muerte á todos los que entrasen en la iglesia de los católicos para asistir á los divinos misterios, se atrevió á entrar en ella, llevando de la mano á su tierno hijo. Al verla atravesar la fila de soldados que cubria la calle, Modesto, prefecto de la ciudad, la hace detener y le dice: «¿Dónde vas tan deprisa?—Yo soy católica, le responde, y me apresuro á llegar cuanto ántes á la asamblea de los católicos.—Y ¿no sabes tú que yo estoy encargado de hacer morir á todos los que se encuentren en ella?—Lo sé muy bien, y por eso me doy prisa, temiendo perder esta buena ocasion de sufrir el martirio.—¿Y por qué llevas ese niño?—Este es mi hijo, y quiero que participe de la misma felicidad.» Admirado y confundido Modesto al ver tanta fe y tanto valor en una madre, se dirige al Emperador, le persuade que es inútil luchar con una religion que inspira tales sentimientos, y obtiene de él que revoque su edicto. Y así, una palabra de una mujer hizo cesar una persecucion atroz, y aseguró la libertad y la vida á millones de cristianos.

Ved aquí una cosa todavía mas heroica. El emperador Adriano, despues de haber edificado su magnífica ciudad, cuyas grandes ruinas se ven todavía en el camino de Roma á Tívoli, y de haberla cubierto de templos en honor de los dioses, quiso saber si estaban contentos de él, y si aquellas fundaciones harian su felicidad. Los dioses de los gentiles, como dice la Escritura, no son otra cosa que demonios, *Dii gentium dæmonia* (*Psal.*,), que hablan muchas veces, como en esta ocasion, por medio de hombres llenos de su espíritu. Por consiguiente, la respuesta que ellos dieron fué esta: «La viuda Sinforosa con sus siete hijos nos desgarra diariamente *cuando invoca á su Dios*. Si el Emperador consigue que ella y sus hijos nos ofrezcan sacrificios, le será concedido todo cuanto pide.» (*Act. Sinc. Mart.*)

No fué necesario más para que Adriano hiciese prender á esta santa madre y á sus hijos, exhortándoles primero con dulzura á que sacrificasen á los dioses. «Nosotros no lo harémos, le respondió la noble é intrépida matrona. Mi esposo Getulio y su hermano Amancio, que fueron tribunos, sufrieron toda clase de tormentos y se dejaron degollar por el nombre de Jesucristo, ántes que sacrificar á los ídolos (*Martirol.*, 10 Jun.), y con su muerte triunfaron de vuestros demonios. Su muerte les cubrió de ignominia ante los

hombres, pero los llenó de gloria ante los ángeles, y al presente gozan en el cielo de la vida eterna.» Nada es más bello que este lenguaje en la boca de una mujer en presencia del señor del mundo. Pero Adriano tenía el alma muy baja para conocer tanta grandeza. Indignado, pues, de esta noble respuesta, le dice: «Ó sacrificas á los dioses omnipotentes con tus hijos, ó te sacrificaré á tí con ellos.—Vuestros dioses, respondió Sinforosa, no pueden recibirme en sacrificio; por el contrario, si soy quemada por el nombre de Jesucristo, haré que sean más atroces las llamas con que son atormentados vuestros demonios.—Sinforosa, replica Adriano, déjate de largos discursos; de estas dos cosas una: ó sacrificas á mis dioses, ó pereces miserablemente.—Esas amenazas no me harán mudar de propósito; yo no las temo; al contrario, lo que más deseo es verlas cumplidas. Esto cumplirá mis deseos de ir á reposar al seno de Dios con mi esposo, á quien disteis muerte por el nombre de Jesucristo.» La conducen al templo de Hércules, la abofetean cruelmente en presencia del pueblo, la suspenden de los cabellos, la azotan, y no pudiendo hacer que mudase su santa resolucion, le atan una enorme piedra al cuello, y la arrojan en la cima donde se precipita el Aniano desde una grande altura, cerca de Tívoli.

Animados los siete hijos, Crescencio, Juliano, Nemesio, Stracté, Eugenia, Primitiva y Justina, con el ejemplo de constancia que les acababa de dar su santa madre, y con sus últimas exhortaciones á sufrirlo todo por la confesion del Señor, la siguieron en el mismo camino, con el mismo valor; de modo que, habiendo sido ella miéntras vivió, su apóstol y su maestro en la fe, al morir fué su guía, que los condujo al martirio (1). Clavaron seis palos al rededor del templo de Hércules, se les ató á ellos y se les extendió por medio de garruchas; se les hirió en diversas partes del cuerpo y se les atormentó hasta darles muerte; y ni uno solo de aquellos jóvenes héroes vaciló ni dejó de recibir su corona, sino que todos ellos fueron á unirse en aquel mismo dia á su sublime madre, que los esperaba en la puerta del cielo.

Santa Felicitas sufrió una prueba todavía más dura, porque no precedió, sino que siguió á sus siete hijos en el camino del marti-

(1) «Quorum pietas, multis variisque tentata suppliciis, cum stabilis permaneret, mater, quæ filiis fidei magistra fuerat, dux eisdem ad martyrium extitit.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio. Esta es otra Santa Felicitas, distinta de la que fué martirizada con Santa Pepétua. Aquélla era esclava, y ésta era una matrona romana, de una familia patricia y de la más alta distincion. Aquélla sufrió el martirio, como hemos visto, en África, y ésta en Roma. Los sacerdotes de los templos de Roma fueron los que la denunciaron al emperador Marco Aurelio en estos términos: «Esta viuda, con sus hijos, insulta á nuestros dioses. Tened cuidado, príncipe, que va en ello vuestra salud; porque debe saber vuestra piedad que si esta mujer no adora á nuestros dioses, ellos se irritarán de tal manera, que no habrá medio alguno de aplacarlos» (1).

Marco Aurelio era filósofo; pero su filosofía no lo libraba de los accesos de intolerancia cruel, propia de los paganos, ni del temor de desagradar á los ministros de la supersticion, tan poderosa entónces en Roma. Él manda, pues, á Publio, su prefecto, que se valga de todos los medios posibles para que Felicitas y sus hijos sacrifiquen sin demora alguna á los dioses, en virtud de los edictos de los emperadores. Presentada ante el tribunal del prefecto, y obligada á sacrificar á los ídolos, se niega, llena de horror, diciendo: «Yo declaro públicamente que ni vuestras promesas podrán seducirme, ni vuestras amenazas intimidarme. Yo tengo en mí el Espíritu Santo, que no permitirá que sea vencida por el demonio. Yo tengo tambien una entera confianza en mi Dios de que, miéntras permanezca viva, os venceré, y despues de muerta, triunfaré de vosotros todavía mejor.—Insensata, le dice Publio, si la muerte tiene para tí tantos encantos, deja á lo ménos que tus hijos vivan» (2). Y Felicitas, con un acento firme y seguro, le responde: «Precisamente si mis hijos no sacrifican á los dioses vivirán eternamente; mas si por desgracia cometiesen tal sacrilegio, entónces sería cuando perecerían, y su muerte sería eterna. Vuestra compasion, pues, es una impiedad, y vuestras dulces palabras un asesinato.» Despues de haberle dado algunos dias para reflexionar, la llaman de nuevo, se le hace la misma intimacion, y se le añade: «Felicitas, ten piedad de tus hijos, de tan bellas esperanzas. ¡Son tan hermosos, tan

(1) «Contra salutem vestram, mulier hæc vidua cum filiis suis diis nostris insultat. Quæ si non venerata fuerit deos, sciat pietas vestra deos nostros sic irasci, ut penitus placari non possint.» (*Act. Martyr.*)

(2) «Misera, si tibi suave est mori, vel filios tuos fac vivere.» (*Act. Martyr.*)

jóvenes y tan llenos de vida! ¡Qué lástima será verlos perecer!» (1). Y la madre, dirigiéndose á ellos, les dice: «Hijos mios, alzad los ojos y mirad al cielo; allí os espera Jesucristo con sus santos para abrazaros y coronaros. Pelead por la salvacion de vuestras almas, y sed fieles á su amor.» En vano el prefecto hace que le den de bofetadas, diciéndole: «Eres muy atrevida en darles á mi presencia tales consejos, *en menosprecio de las órdenes de nuestros jefes.*» La noble matrona responde sin temor y sin cólera: «Y yo no hago más que cumplir *las órdenes de mi jefe*, Jesucristo. Yo soy una madre cristiana, y una madre cristiana no puede ni debe obrar sino de este modo.» Y ella continúa exhortando á sus hijos á que no teman los suplicios de la tierra, é indicándoles la recompensa que les espera en el cielo.

Se procede al interrogatorio de los hijos, y todos ellos se muestran dignos de tan heroica madre, dignos de los cuidados con que los ha instruido en la religion del Evangelio, dignos de los sentimientos sublimes que les ha sabido inspirar. Habiendo declarado el primero de ellos, llamado Januario, que, siendo cristiano, no adoraria jamas á los ídolos, es azotado. Lo mismo hacen con Félix. Intimado tambien Felipe para que sacrifique *á los dioses poderosos*, responde: «Esos á quienes se quiere que yo sacrifique, ni son *dioses* ni son *poderosos;* no son más que vanos simulacros, y todo el que los adora se precipita en una infelicidad eterna.» Silvano dice igualmente: «Si nosotros temiésemos la pérdida de la vida temporal, con que nos amenazais, caeriamos en un suplicio eterno; pero como sabemos ciertamente las recompensas que están reservadas para los justos, y los castigos que aguardan á los pecadores, despreciamos sin temor las leyes del hombre por observar la ley de Dios.» Habiendo sido presentado en seguida Alejandro, dijo: «Yo soy siervo de Jesucristo; yo le confieso con mi boca, le creo con todo mi corazon, le amo con toda mi alma, le adoro con todo mi entendimiento, y no quiero más que á Él. Así, pues, ya veis en mi tierna edad la sabiduría de los ancianos.» Vital, reemplazando á Alejandro, repite la misma confesion que éste; y finalmente, Marcial, el más jóven de todos, dice al tirano: «¡Oh, si supieseis os

(1) «Miserere filiis tuis juvenibus et flore primo juventutis florentibus.» (*Act. Martyr.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tormentos que están preparados para los que adoran á los demonios! Dios no quiere hacer que su justicia estalle todavía sobre vos; mas al fin todos los que no confiesen que Jesucristo es Dios serán arrojados al fuego eterno.»

No hay palabras con que poder expresar los sentimientos de la santa madre al oir á sus hijos confesar la fe de Jesucristo con tanta sabiduría y con tanto valor. Estaba extasiada de un gozo celestial, estaba santamente embriagada de amor, dando gracias á Dios por haberla hecho madre de tales hijos. Pero esta misma felicidad de verlos tan santos y tan perfectos no hizo más que aumentar su dolor al verlos perecer. Así, pues, en cuanto á heroísmo de mujer cristiana, y en cuanto á celo por la salvacion eterna de sus hijos, nadie iguala á la gloria de Santa Felicitas. Ella ve á sus queridos hijos uno tras otro, exánimes á fuerza de golpes, precipitados desde una altura, destrozados, descuartizados y muertos de la manera más cruel, y por consiguiente, ella bebe lentamente y á tragos el cáliz de la pasion más dolorosa para el corazon de una madre, y es siete veces mártir en las personas de sus hijos, ántes de serlo la octava vez en su propia persona. Las madres se afligen más por los dolores de sus hijos que por sus propios dolores; todo cuanto ellos sufren en su cuerpo, lo sufren ellas en su alma. Y ¿qué hacia esta sublime madre durante la horrible carnicería que hicieron, en su presencia, de los castos frutos de sus entrañas? Pensando en la vida eterna, más bien que en la vida temporal, de sus hijos, firme, intrépida, impasible, con los ojos secos, miéntras que su alma vertia sangre, haciéndose superior á su amor terreno y á su dolor, no hacía otra cosa que exhortarlos á la paciencia y animarlos para sufrir una muerte que satisfacia su corazon de cristiana, desgarrando su corazon de madre. Y ella fué tan dichosa, que vió á todos sus siete hijos asegurar la salvacion de sus almas y merecer sus coronas, ántes que ella asegurase con el martirio su salvacion y mereciese su propia corona.

¡Oh madre admirable, madre heroica, madre modelo de las madres cristianas! Así los padres de la Iglesia han rivalizado en celo para hacer su elogio: «Un grande y sublime espectáculo, decia San Agustin á su auditorio en el aniversario de esta mujer ocho veces mártir; un grande y sublime espectáculo se ofrece, hermanos mios, á los ojos de vuestra fe. Miéntras que, en la lectura que se nos

acaba de hacer del martirio de Santa Felicitas, lo hemos escuchado por nuestros oidos, hemos visto con nuestro corazon una madre deseando ver á sus hijos acabar la vida ántes que ella acabase la suya, contra los sentimientos de la naturaleza humana; porque todos los padres desean que sus hijos les sigan, y no les precedan, en el camino del sepulcro. Nuestra Santa, por el contrario, desea morir la última. ¡Ah! Esto consistia en que ella sabía muy bien que, viendo á sus hijos morir por Jesucristo, no los perdia, sino que los enviaba al cielo ántes que ella. Así ella no se inquietaba por la vida que iban á terminar, sino que se alegraba por la vida nueva que iban á comenzar; porque al dejar de vivir en este mundo, donde tarde ó temprano tenian que morir, iban á comenzar á vivir donde deben vivir para siempre. ¡Oh mujer admirable, mucho más fecunda por sus virtudes que por sus partos! ¡Oh mujer dichosa en haber visto triunfar en el combate aquellos en quienes combatia ella misma y triunfaba ella misma!» (1).

San Gregorio el Grande, explicando el dia de la fiesta de Santa Felicitas estas palabras del Salvador: *¡El que hace la voluntad de mi Padre es mi verdadero hermano, mi hermana y mi madre*, dice: «Es necesario que sepamos que, así como el hombre cristiano se hace el verdadero hermano, y la mujer cristiana la verdadera hermana del Señor por la fe y el bautismo, así tambien el uno y el otro se hacen la verdadera madre del mismo Señor por la predicacion. Porque aquel que, predicando á Jesucristo á otros, los atrae á Él, lo da á luz en cierto modo en su corazon, y por lo mismo se hace él tambien la madre de Jesucristo, por el amor de Jesucristo que infunde con su palabra en el alma de su prójimo. La bienaventurada Felicitas confirma con su ejemplo esta importante doctrina. Al creer en Jesucristo, se hizo su hermano; pero al predicarlo á los

(1) «Magnum spectaculum, fratres, positum est ante oculos fidei vestræ. Aure audivimus, corde vidimus optantem matrem ante se finire vitam filios suos: longe contrariis votis consuetudinis humanæ. Omnes enim filios suos, ex hac vita migrando, præcedere volunt, non sequi. Illa autem optavit posterior mori. Non enim amittebat filios, sed præmittebat; nec intuebatur quam vitam finirent, sed quam inchoarent. Desinebant enim vivere, ubi quandoque fuerant morituri et incipiebant vivere sine fine victuri. Fecudior virtutibus quam fetibus, videns certantes, in quibus omnibus illa certabat; et in omnibus vincentibus, illa vincebat.» (Serm. 110, *De divers.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros, se hizo tambien su madre (1). Vosotros sabeis que esta heroica mujer tuvo tanto temor de dejar sus siete hijos vivos despues de su muerte, como los padres carnales tienen de ver morir á los suyos ántes que ellos. Sorprendida por la tormenta de la persecucion, sólo pensaba en asociar á ella á sus hijos, y en afirmar sus corazones, por medio de su predicacion, en el amor de la patria celestial. De este modo dió á luz segunda vez con su espíritu aquellos mismos hijos que habia dado á luz con su cuerpo; más feliz por haberlos hecho nacer á Dios con sus exhortaciones que lo habia sido al hacerlos nacer al mundo con su carne. Ella se presentó la primera al martirio, pero fué la octava en recibir la palma» (2).

§ XVI. — Continuacion del mismo asunto. — Santa Judita dando gracias á Dios por el martirio de su hijo, de tres años de edad, muerto en su presencia. — Sentimientos sublimes de una santa madre, que presenta ella misma su hijo al verdugo para que haga de él un mártir. — Santo entusiasmo de la fe de la madre de San Melitón para que él participase de la gloria de los cuarenta mártires coronados.

Santa Judita, sufriendo el martirio en compañía de su hijo único, llamado Ciriaco, de tres años de edad, llenó de admiracion á su juez y á sus verdugos por el prodigio de su heroísmo cristiano, y dejó un bello ejemplo á la Iglesia. Ella era una señora viuda de la más alta nobleza, natural de la villa de Tarso, en Sicilia, porque era de estirpe Real; pero en aquel tiempo no se perdonaba á nadie el *crímen* de ser cristiano. Reducida á prision con su hijo, y presentada ante el prefecto de la provincia, Alejandro, se le manda sacrificar á los ídolos; ella se niega resueltamente á ello, diciendo: «Yo no pue-

(1) «Sciendum nobis est quia Christi soror et frater est credendo, mater efficitur prædicando. Quasi enim parit Dominum, quem cordi audientis infuderit; et mater ejus prædicando efficitur, si per ejus vocem amor Domini in proximi mente generatur. Ad quam rem nobis idoneæ confirmandam, ad est beata Felicitas, quæ credendo stitit ancilla Christi et prædicando facta est mater Christi.»

(2) «Septem filios sic post se timuit vivos relinquere, sicut carnales parentes solent metuere ne mortuos præmittant. In persecutionis labore deprehensa, filiorum corda in amore superne patriæ prædicando obfirmavit, et parturivit spiritu quos carne pepererat: ut prædicatione pareret Deo quos carne pepererat mundo. Ad pœnam prima venit, sed pervenit octava.»

do hacerlo, porque soy cristiana.» Le arrancan su hijo de los brazos; la arrojan en el suelo, la azotan cruelmente con nervios de toro, á vista de su propio hijo, que no apartaba los ojos de su madre, y que hacía los mayores esfuerzos por ir á unirse á ella y participar de sus dolores en tanto que la santa mujer no hacía más que repetir con un semblante tranquilo y alegre: «Yo soy cristiana y no sacrifico á los ídolos.» En vano el gobernador, que tenía al niño sobre sus rodillas, lo halaga, lo acaricia y trata de contener su llanto. El niño aparta su rostro de él, lo rechaza con sus manos, le da golpes con sus piés y le araña el rostro, repitiendo como su madre: «¡Yo soy cristiano, yo soy cristiano!» El gobernador, irritado, lo coge entónces por un pié y lo tira al suelo desde lo alto de su tribunal. La cabeza del niño se rompe, los sesos se derraman por la sala con su sangre y salpican el rostro de su madre. Ella ve todo esto, ella ve espirar á su hijo querido en su presencia de una manera tan trágica; y en vez de quejarse, dice: «¡Señor, yo os doy gracias porque habeis querido que mi hijo reciba en mi presencia la corona de la inmortalidad!»

Desgarran sus costados, derraman sobre sus piés pez ardiendo, y le dicen: «Judita, ten piedad de tí misma; sacrifica á los dioses; líbrate de los tormentos, para que no mueras tan miserablemente como tu hijo.» Pero ella no da más respuesta que ésta: «Yo no sacrifico á unas estatuas sordas y mudas, que no representan más que demonios. Yo adoro á Jesucristo, Hijo único de Dios, por quien el Padre lo ha hecho y reparado. Yo no temo la muerte; yo la deseo. ¡Oh, cuánto tardo en reunirme á mi hijo en el reino de los cielos!» Le cortan la cabeza, y queda satisfecho su deseo, que la fe más viva le inspiraba. (*Act. Sanct.*, 16 Jun.)

Ved aquí otro ejemplo de la grandeza de alma, de la constancia y de la fe sublime de la madre católica. Atormentaban cruelmente en Antioquía á San Roman, diácono de la iglesia de Cesárea; mas el noble confesor, como sucedia frecuentemente, olvidando sus horribles tormentos y convirtiendo el potro de dolor en que estaba en cátedra de verdad, no cesaba de probar á su juez y á sus verdugos la vanidad de los ídolos, y de predicarles la religion cristiana. Y como le presentasen contínuamente nuevas dificultades, hizo á sus adversarios esta proposicion: «Traed aquí un niño inocente preguntadle vosotros mismos lo que piensa respecto á la verdadera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros, se hizo tambien su madre (1). Vosotros sabeis que esta heroica mujer tuvo tanto temor de dejar sus siete hijos vivos despues de su muerte, como los padres carnales tienen de ver morir á los suyos ántes que ellos. Sorprendida por la tormenta de la persecucion, sólo pensaba en asociar á ella á sus hijos, y en afirmar sus corazones, por medio de su predicacion, en el amor de la patria celestial. De este modo dió á luz segunda vez con su espíritu aquellos mismos hijos que habia dado á luz con su cuerpo; más feliz por haberlos hecho nacer á Dios con sus exhortaciones que lo habia sido al hacerlos nacer al mundo con su carne. Ella se presentó la primera al martirio, pero fué la octava en recibir la palma» (2).

§ XVI. — Continuacion del mismo asunto. — Santa Judita dando gracias á Dios por el martirio de su hijo, de tres años de edad, muerto en su presencia. — Sentimientos sublimes de una santa madre, que presenta ella misma su hijo al verdugo para que haga de él un mártir. — Santo entusiasmo de la fe de la madre de San Melitón para que él participase de la gloria de los cuarenta mártires coronados.

Santa Judita, sufriendo el martirio en compañía de su hijo único, llamado Ciriaco, de tres años de edad, llenó de admiracion á su juez y á sus verdugos por el prodigio de su heroísmo cristiano, y dejó un bello ejemplo á la Iglesia. Ella era una señora viuda de la más alta nobleza, natural de la villa de Tarso, en Sicilia, porque era de estirpe Real; pero en aquel tiempo no se perdonaba á nadie el *crímen* de ser cristiano. Reducida á prision con su hijo, y presentada ante el prefecto de la provincia, Alejandro, se le manda sacrificar á los ídolos; ella se niega resueltamente á ello, diciendo: «Yo no pue-

(1) «Sciendum nobis est quia Christi soror et frater est credendo, mater efficitur prædicando. Quasi enim parit Dominum, quem cordi audientis infuderit; et mater ejus prædicando efficitur, si per ejus vocem amor Domini in proximi mente generatur. Ad quam rem nobis idoneæ confirmandam, ad est beata Felicitas, quæ credendo stitit ancilla Christi et prædicando facta est mater Christi.»

(2) «Septem filios sic post se timuit vivos relinquere, sicut carnales parentes solent metuere ne mortuos præmittant. In persecutionis labore deprehensa, filiorum corda in amore superne patriæ prædicando obfirmavit, et parturivit spiritu quos carne pepererat: ut prædicatione pareret Deo quos carne pepererat mundo. Ad pœnam prima venit, sed pervenit octava.»

do hacerlo, porque soy cristiana.» Le arrancan su hijo de los brazos; la arrojan en el suelo, la azotan cruelmente con nervios de toro, á vista de su propio hijo, que no apartaba los ojos de su madre, y que hacía los mayores esfuerzos por ir á unirse á ella y participar de sus dolores en tanto que la santa mujer no hacía más que repetir con un semblante tranquilo y alegre: «Yo soy cristiana y no sacrifico á los ídolos.» En vano el gobernador, que tenía al niño sobre sus rodillas, lo halaga, lo acaricia y trata de contener su llanto. El niño aparta su rostro de él, lo rechaza con sus manos, le da golpes con sus piés y le araña el rostro, repitiendo como su madre: «¡Yo soy cristiano, yo soy cristiano!» El gobernador, irritado, lo coge entónces por un pié y lo tira al suelo desde lo alto de su tribunal. La cabeza del niño se rompe, los sesos se derraman por la sala con su sangre y salpican el rostro de su madre. Ella ve todo esto, ella ve espirar á su hijo querido en su presencia de una manera tan trágica; y en vez de quejarse, dice: «¡Señor, yo os doy gracias porque habeis querido que mi hijo reciba en mi presencia la corona de la inmortalidad!»

Desgarran sus costados, derraman sobre sus piés pez ardiendo, y le dicen: «Judita, ten piedad de tí misma; sacrifica á los dioses; líbrate de los tormentos, para que no mueras tan miserablemente como tu hijo.» Pero ella no da más respuesta que ésta: «Yo no sacrifico á unas estatuas sordas y mudas, que no representan más que demonios. Yo adoro á Jesucristo, Hijo único de Dios, por quien el Padre lo ha hecho y reparado. Yo no temo la muerte; yo la deseo. ¡Oh, cuánto tardo en reunirme á mi hijo en el reino de los cielos!» Le cortan la cabeza, y queda satisfecho su deseo, que la fe más viva le inspiraba. (*Act. Sanct.*, 16 Jun.)

Ved aquí otro ejemplo de la grandeza de alma, de la constancia y de la fe sublime de la madre católica. Atormentaban cruelmente en Antioquía á San Roman, diácono de la iglesia de Cesárea; mas el noble confesor, como sucedia frecuentemente, olvidando sus horribles tormentos y convirtiendo el potro de dolor en que estaba en cátedra de verdad, no cesaba de probar á su juez y á sus verdugos la vanidad de los ídolos, y de predicarles la religion cristiana. Y como le presentasen contínuamente nuevas dificultades, hizo á sus adversarios esta proposicion: «Traed aquí un niño inocente preguntadle vosotros mismos lo que piensa respecto á la verdadera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religion y si es mejor adorar á la religion cristiana ó á los ídolos del paganismo, y nos atendrémos á su respuesta.» Aceptan la proposicion; hacen llevar un niño de seis años, llamado Barulo, y lo interrogan; pero el ódio de la verdad se mofa del honor lo mismo que de la justicia. Habiendo declarado el niño en voz alta «que no hay más que un solo Dios verdadero, y que este Dios es Jesucristo», léjos de aceptar esta declaracion como una sentencia, tuvieron la baja crueldad de castigar al autor de ella como al autor de un crímen. Por órden del magistrado, el pequeño confesor fué horriblemente azotado, desgarrado y cubierto de heridas y de sangre, y esto en presencia de su propia madre. Todos los espectadores de esta escena sangrienta se conmovieron, se vieron correr las lágrimas de los ojos de los verdugos mismos, y sola la madre del niño era la que no lloraba. Léjos de esto, en vez de compadecer la heroica madre á su hijo por sus tormentos, le felicita por ellos; en vez de tenerle lástima, le anima. Pidiendo el niño de beber, le reprende la madre como de una debilidad, y le recuerda que el cristiano no debe esperar su refrigerio sino del cielo. Se condena al héroe de seis años á ser degollado. No pudiendo andar, porque le habian desconcertado todos los huesos, tomándole su misma madre en sus brazos, lo lleva al lugar de la ejecucion, y con un aire de triunfo lo pone en manos del verdugo, como una víctima en el altar del sacrificio; pero ántes de entregar este depósito querido, le dá en la frente su último beso, lleno más bien de devocion que de amor, diciéndole: «Hijo mio, yo me encomiendo á tus oraciones.» Porque en su hijo veia ella y honraba á un mártir. Lo colocan sobre un tajo para cortarle la cabeza, y la espada que corta la cabeza al hijo atraviesa el alma de la madre. Pero esta madre es cristiana; ella tiende el manto en el suelo para recibir en él la cabeza y la sangre de su hijo. Ella recibe aquella sangre, que es su propia sangre, pero consagrada por el martirio; ella recibe aquella cabeza amada, que se habia convertido en una preciosa reliquia; ella la cubre de besos respetuosos, la estrecha contra su seno, y se la lleva consigo, creyéndose más dichosa que si poseyese el más rico tesoro. No es fácil decidir cuál de los dos tuvo una fe más viva y más robusta: el hijo sufriendo á la edad de seis años los tormentos y la muerte, ó la madre presenciando con tanto valor los tormentos y la muerte de su hijo; y no es fácil decir tampoco la impresion que debieron ha-

cer en el pueblo idólatra estos ejemplos, tan nuevos en la historia de la humanidad, en favor de la religion santa, que es la única que los inspira á los hombres. (*Act. Martyr.*; Prudent., *Hym.*)

Esto es suficiente para formar una idea exacta de la grandeza de la madre cristiana en los tiempos de los mártires. Pero no podemos dejar esta sublime é importante materia del heroismo de la mujer católica, que ofrecia ella misma sus hijos al martirio, sin recordar la escena interesante que tuvo lugar cuando se verificó la confesion gloriosa de los cuarenta mártires de Sebaste, tan célebres en la Iglesia bajo el nombre de los *cuarenta santos coronados*, que tiene relacion con este mismo asunto.

Habian roto la boca á pedradas á estos héroes cristianos, para castigarlos por la constancia y el valor de su confesion; los habian azotado, les habian roto los huesos y destrozado todos sus miembros, y finalmente, los habian echado á todos desnudos en un estanque helado para que muriesen de frio. En medio de tantos y tan horribles padecimientos, olvidando el dolor de sus cuerpos, sólo se ocuparon de la salvacion de sus almas, y no hacian más que repetir á Dios esta súplica, expresion magnífica del sentimiento de la fe y de la fraternidad cristiana: «Señor, decian ellos, nosotros éramos cuarenta al principio del combate; pues bien, os suplicamos rendidamente que hagais que seamos los mismos cuarenta para recibir la corona, y que ninguna de estas cuarenta coronas quede sin su mártir: este número es muy honorífico y muy precioso, supuesto que Vos quisisteis santificarlo é ilustrarlo con vuestro ayuno de cuarenta dias; y supuesto que despues de un ayuno de igual número de dias fué cuando Moises introdujo vuestra divina ley escrita en el mundo, y cuando Elías llegó á la vision de Dios, que deseaba» (1). Una súplica tan bella, dirigida á Dios por unas almas abrasadas en el fuego del amor de Dios, en medio del hielo que penetraba sus cuerpos, merecia ser oida, y lo fué en efecto; porque habiendo apostatado uno de los cuarenta, uno de los soldados que

(1) «Quadraginta in stadium ingressi sumus; quadraginta item, Domine, corona donemur! Non una quidem huic numero desit. Est in honore hic numerus, quem tu quadraginta dierum jejunio decorasti; per quem divina lex ingressa est in orbem terrarum. Elias, quadraginta dierum jejunio, Deum quærens, ejus visionem consecutus est. Et hæc quidem illorum erat oratio.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asistian á esta escena, movido por la gracia, confesó á Jesucristo, fué asociado á los otros en la gloria del martirio, ocupó el lugar del que habia apostatado, consiguió su corona, y el número de los *cuarenta coronados* fué completo.

Pero lo que realzó el esplendor de este bello triunfo, tan digno de la admiracion del cielo y de la tierra, fué la presencia de una mujer, la madre de Meliton, el más jóven de estos cuarenta confesores de la fe, y que, miéntras el verdugo quebrantaba las piernas y atormentaba á su hijo, le decia: «Hijo mio, sufre unos instantes más y serás vencedor. ¿No ves allí al mismo Jesucristo, que viene á tu encuentro, abriéndote las puertas del cielo, y esperando recibirte en sus brazos?» (1). ¡Oh mujer admirable! ¡Oh mujer heroica! Fácilmente se concibe cuánto debió exaltar el valor de esta madre, que exhortaba así á su hijo en sus dolores, y que sufria con tanta firmeza el destrozo del cuerpo de un objeto tan querido, á los otros hombres que la oian, los cuales debieron una parte de su triunfo al heroismo de esta mujer! No se termina aquí el santo entusiasmo de la fe de esta alma sublime. Habiendo sobrevivido tan sólo su hijo á los horribles tormentos que acababan de quitar la vida á sus compañeros, amontonando los verdugos en unos carros los cuerpos de los otros mártires para llevarlos al lugar donde debian ser quemados, habian echado á un lado al pequeño Meliton con la intencion de reducirlo despues al culto de los ídolos. «¡Compasion cruel, exclama su heroica madre; compasion cruel, la de dejar vivo á mi hijo para hacer de él un apóstata! ¡Ah! No lo será por cierto, no faltará su corona.» Y cargando sobre sus hombros á su hijo, que, con las piernas quebradas, no podia andar, corrió á toda prisa tras de los carros que llevaban los santos restos de los mártires, para poner en ellos á su hijo, y mandarlo á quemar, vivo todavía, con los cuerpos de los muertos. En el tránsito espira el hijo en los brazos de su madre. Mas no importa; no por eso deja de correr la santa madre; no por eso deja de echar ella misma el cadáver amado de su hijo en la hoguera que consumia ya los preciosos cadáveres de sus compañeros. «¡Ah, decia ella, mi hijo ha participado de la fe y de la virtud

(1) «Quem cum præsens mater ejus, fractis cruribus, adhuc vivëntem vidisset, sic exhortata est: Fili, paulisper sustine. Ecce Christus ad januas stat, adjuvans te.» (*Brev. Rom.*)

de sus compañeros, y debe participar tambien de sus funerales! Ellos han combatido en un mismo campo de batalla, y deben llegar al cielo por el mismo camino» (1).

§ XVII, 1.°—La misma condicion de esclavo produce nobles vírgenes, agradables á Dios por el martirio.—Gloria de la confesion de la jóven esclava Santa Blandina.—Santa Potamiana, tambien vírgen esclava, pide y obtiene que se aumenten sus tormentos en vez de exponerla desnuda en presencia del pueblo.

San Pablo dice que entre los cristianos no hay diferencias de señor y de esclavo, sino que en Jesucristo todos los cristianos son iguales y son una misma cosa á los ojos de Dios. Pues bien, para darnos el Hijo de Dios una prueba sensible de la verdad de esta consoladora doctrina, que vino á enseñar á los hombres, se dignó admitir al honor de su confesion lo mismo á los esclavos que á las personas libres segun las leyes humanas; y quiso que todas las condiciones sociales produjesen martires. Él hizo áun más con respecto á las mujeres en particular: Él hizo de la mujer cristiana esclava su esposa y su mártir, y manifestó que el mérito y la gloria de la vírgen mártir salida de la última clase, de la clase de los esclavos, no son ménos grandes á sus ojos que el mérito y la gloria de la vírgen mártir salida de las primeras clases de la sociedad, ni son ménos dignas de la imitacion de los fieles y de los homenajes de la Iglesia. Ya hemos visto la gloria que coronó el martirio de la viuda esclava Santa Felicitas; ahora vamos á ver el martirio, más glorioso aún; de dos santas vírgenes esclavas.

Bajo el reinado de Marco Aurelio, tan amado de nuestros incrédulos, áun despues de haber sido testigo él mismo del gran prodi-

(1) «Cum vero reliquorum corpora plaustris imponi cerneret ut in rogum inferrentur, ac filium suum relinqui, quod speraret impia turba, si vixisset, ad idolorum cultum revocari posse, ipso in humeros sublato, sancta mater vehicula martyrum corporibus onusta, strenue prosequebatur. In cujus amplexu Melithom spiritum Deo reddidit; ejusque corpus in eumdem illum cæterorum martyrum rogum pia mater injecit: ut, qui fide et virtute coujunctissimi fuerant, funeris etiam societatate copulatis, una in cœlum pervenirent.» *Breviario Romano.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asistian á esta escena, movido por la gracia, confesó á Jesucristo, fué asociado á los otros en la gloria del martirio, ocupó el lugar del que habia apostatado, consiguió su corona, y el número de los *cuarenta coronados* fué completo.

Pero lo que realzó el esplendor de este bello triunfo, tan digno de la admiracion del cielo y de la tierra, fué la presencia de una mujer, la madre de Meliton, el más jóven de estos cuarenta confesores de la fe, y que, miéntras el verdugo quebrantaba las piernas y atormentaba á su hijo, le decia: «Hijo mio, sufre unos instantes más y serás vencedor. ¿No ves allí al mismo Jesucristo, que viene á tu encuentro, abriéndote las puertas del cielo, y esperando recibirte en sus brazos?» (1). ¡Oh mujer admirable! ¡Oh mujer heroica! Fácilmente se concibe cuánto debió exaltar el valor de esta madre, que exhortaba así á su hijo en sus dolores, y que sufria con tanta firmeza el destrozo del cuerpo de un objeto tan querido, á los otros hombres que la oian, los cuales debieron una parte de su triunfo al heroismo de esta mujer! No se termina aquí el santo entusiasmo de la fe de esta alma sublime. Habiendo sobrevivido tan sólo su hijo á los horribles tormentos que acababan de quitar la vida á sus compañeros, amontonando los verdugos en unos carros los cuerpos de los otros mártires para llevarlos al lugar donde debian ser quemados, habian echado á un lado al pequeño Meliton con la intencion de reducirlo despues al culto de los ídolos. «¡Compasion cruel, exclama su heroica madre; compasion cruel, la de dejar vivo á mi hijo para hacer de él un apóstata! ¡Ah! No lo será por cierto, no faltará su corona.» Y cargando sobre sus hombros á su hijo, que, con las piernas quebradas, no podia andar, corrió á toda prisa tras de los carros que llevaban los santos restos de los mártires, para poner en ellos á su hijo, y mandarlo á quemar, vivo todavía, con los cuerpos de los muertos. En el tránsito espira el hijo en los brazos de su madre. Mas no importa; no por eso deja de correr la santa madre; no por eso deja de echar ella misma el cadáver amado de su hijo en la hoguera que consumia ya los preciosos cadáveres de sus compañeros. «¡Ah, decia ella, mi hijo ha participado de la fe y de la virtud

(1) «Quem cum præsens mater ejus, fractis cruribus, adhuc vivëntem vidisset, sic exhortata est: Fili, paulisper sustine. Ecce Christus ad januas stat, adjuvans te.» (*Brev. Rom.*)

de sus compañeros, y debe participar tambien de sus funerales! Ellos han combatido en un mismo campo de batalla, y deben llegar al cielo por el mismo camino» (1).

§ XVII, 1.°—La misma condicion de esclavo produce nobles vírgenes, agradables á Dios por el martirio.—Gloria de la confesion de la jóven esclava Santa Blandina.—Santa Potamiana, tambien vírgen esclava, pide y obtiene que se aumenten sus tormentos en vez de exponerla desnuda en presencia del pueblo.

San Pablo dice que entre los cristianos no hay diferencias de señor y de esclavo, sino que en Jesucristo todos los cristianos son iguales y son una misma cosa á los ojos de Dios. Pues bien, para darnos el Hijo de Dios una prueba sensible de la verdad de esta consoladora doctrina, que vino á enseñar á los hombres, se dignó admitir al honor de su confesion lo mismo á los esclavos que á las personas libres segun las leyes humanas; y quiso que todas las condiciones sociales produjesen martires. Él hizo áun más con respecto á las mujeres en particular: Él hizo de la mujer cristiana esclava su esposa y su mártir, y manifestó que el mérito y la gloria de la vírgen mártir salida de la última clase, de la clase de los esclavos, no son ménos grandes á sus ojos que el mérito y la gloria de la vírgen mártir salida de las primeras clases de la sociedad, ni son ménos dignas de la imitacion de los fieles y de los homenajes de la Iglesia. Ya hemos visto la gloria que coronó el martirio de la viuda esclava Santa Felicitas; ahora vamos á ver el martirio, más glorioso aún; de dos santas vírgenes esclavas.

Bajo el reinado de Marco Aurelio, tan amado de nuestros incrédulos, áun despues de haber sido testigo él mismo del gran prodi-

(1) «Cum vero reliquorum corpora plaustris imponi cerneret ut in rogum inferrentur, ac filium suum relinqui, quod speraret impia turba, si vixisset, ad idolorum cultum revocari posse, ipso in humeros sublato, sancta mater vehicula martyrum corporibus onusta, strenue prosequebatur. In cujus amplexu Melithom spiritum Deo reddidit; ejusque corpus in eumdem illum cæterorum martyrum rogum pia mater injecit: ut, qui fide et virtute coujunctissimi fuerant, funeris etiam societatate copulatis, una in cœlum pervenirent.» *Breviario Romano.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gio que sus soldados cristianos habian conseguido con sus oraciones, y que habia salvado el ejército imperial, pronto á perecer, la persecucion contra los cristianos no fué ménos violenta, especialmente en las Gaulas. De esto conservamos un bello y magnífico documento en la carta escrita en griego por los que fueron testigos oculares, con este hermoso título: «Los siervos de Jesucristo residentes en Viena y en Lion, en las Gaulas, á sus hermanos de Asia y de Frigia que tienen la misma fe y la misma esperanza: paz, gracia y gloria por Jesucristo, nuestro Señor.» Eusebio nos ha conservado esta admirable carta (lib. v), ó este precioso relato de la pasion de un número inmenso de mártires, por quienes la Gaula cristiana apareció por primera vez coronada de esplendor en la historia de la Iglesia. Para no salir de nuestro asunto, vamos á extraer de ella las particularidades relativas á las mujeres, cuya sabiduría, cuyo valor y cuya fortaleza forma la parte más brillante del triunfo que en el suelo de Francia alcanzó entónces la fe cristiana sobre la barbarie de la supersticion pagana.

«Dios, dicen los firmantes de esta carta, testimonio brillante de una gran fe y expresion resignada de un gran dolor, Dios nos ha juzgado dignos de exponernos á todos los horrores, á todos los oprobios, á los gritos, á la expoliacion de nuestros bienes, á la lapidacion, á la cautividad y, en fin, á todo aquello que puede inspirar el furor y la rabia de los verdugos. Las personas de más alta dignidad de Lion y de Viena han sido puestas en prisiones. Tambien han preso á nuestros esclavos para obligarlos á que declaren contra nosotros. El pueblo y los soldados nos han perseguido con igual furor. Se han encarnizado principalmente contra el diácono Santo, contra el neófito Baturo, contra el diácono Atalo, columna de esta cristiandad, y contra *Blandina*, *jóven esclava* de uno de nosotros, *por quien Jesucristo ha hecho conocer cómo sabe glorificar ante Dios lo que parece vil y despreciable á los ojos de los hombres.* Su señora, que pertenece al número de los mártires, y todos nosotros con ella, temiamos que esta jóven, frágil de cuerpo, no tuviese valor ni áun para llamarse cristiana; pero sucedió lo contrario, y nosotros fuimos testigos de ello. Ella causó la desesperacion de todos los verdugos, que, uno despues de otro, desde la mañana hasta la noche, la hicieron sufrir toda clase de tormentos. No sabiendo ya qué hacerle para abatirla, se confesaron vencidos, y quedaron atónitos al verla

con el cuerpo dislocado y cubierto de profundas heridas, y respirando todavía. «Uno solo de los tormentos, decian ellos, que le he»mos hecho sufrir debia haberle dado muerte; y despues de haber »sufrido tantos y tan atroces, ¡todavía está viva!» Esto consistia en que, semejante á un generoso atleta, esta bienaventurada esclava parecia que recibia mayor valor y fuerzas nuevas en la confesion del nombre cristiano. «Yo soy cristiana, repetia ella contínua»mente, y ningun mal se hace entre nosotros.»—Estas palabras parece que le hacian insensible á los dolores, y áun ella misma parece que encontraba un consuelo y una calma al pronunciarlas (1).

»Biblis, una de aquellas que habian apostatado, fué puesta en tormento para hacerla confesar los crímenes horribles que se atribuian á los cristianos. Este tormento la despertó como de un profundo sueño. Estos dolores pasajeros le recordaron las penas eternas del infierno, y le hicieron volver en sí. No sólo se confesó cristiana, sino que emprendió con valor la defensa del Cristianismo. «¿Cómo habiamos nosotros de comer niños, decia ella, cuando ni áun si»quiera nos es permitido comer la sangre de los animales?» Y esta »confesion le hizo adquirir la gloria de ser contada en el número de los mártires. En cuanto á Blandina, despues de haberla hecho sufrir tanto, la encerraron en una prision con los otros confesores; le hicieron sufrir el tormento, y finalmente, la sacaron de la prision para exponerla á las fieras en el anfiteatro. Como era esclava, la ataron á un madero, porque de este modo se exponia á los esclavos. Pero como estaba atada al madero en forma de cruz, y oraba con mucho fervor, llenaba de valor á los demas mártires, que creian ver en su compañera una imágen de Aquel que habia sido crucificado por ellos, para enseñarles que todo el que padezca en este mundo por su gloria gozará en el cielo de la vida eterna con su eterno Padre. Muchos de los que habian renegado de Jesucristo, viendo en la persona de Blandina á una jóven pobre y débil triunfar tantas veces del infierno, y salir al encuentro á la muerte con tanto valor, creyeron en la fuerza invencible que da Jesucristo á los que perma-

(1) «Verum illa beata, instar generosi cujusdam adletæ, in ipsa confessione vires atque animos resumebat, eratque ei refectio et quies sensumque omnem præsentis doloris adimebat prolatio horum verborum: Christiana sum; nihil abud nos mali geritur.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necen fieles á Él, se declararon cristianos, y fueron puestos, por consiguiente, en el número de los mártires. Entre tanto, no habiendo tocado ninguna fiera á Blandina, la desataron y la volvieron á la prision en compañía de un jóven de quince años, llamado Póntico, con el objeto de sacarlos al circo el último dia de los gladiadores. Los habian hecho asistir al suplicio de todos los otros para aterrarlos, y los habian guardado para las últimas víctimas, con la esperanza de poder triunfar de la edad del uno y del sexo de la otra, y hacerlos jurar por los ídolos. Pero su esperanza fué vana. Póntico estaba sostenido y animado por Blandina, y entregó su espíritu en medio de los más atroces tormentos. La bienaventurada Blandina quedó la última, como una madre generosa que, despues de haber enviado delante á sus hijos victoriosos, á quienes ha animado al combate, se da prisa para juntarse con ellos. Ella entra en la arena con la misma alegría que si fuese á un festin de bodas. La azotan de nuevo, la encierran en una red, y la exponen ante un toro bravo, que la da muchas embestidas sin tocar nunca á ella. La hacen sentar sobre una caja de hierro ardiendo; pero ella no parece que siente nada de cuanto le hacen, fuerte con la esperanza de lo que ella cree, y absorta en los coloquios que tiene con Jesucristo. Finalmente, es degollada, y los paganos mismos confiesan que jamas habian visto á una mujer sufrir tanto ni con tanta firmeza ni tanta paz. En esta misma confesion fueron coronados otros muchos mártires ilustres; habia entre ellos sacerdotes y diáconos, habia entre ellos nobles y sabios, y entre ellos estaba tambien San Fotino, obispo de Lion; todos ellos sufrieron el martirio con un valor que llenó de admiracion al pueblo infiel. Pero la palma de la victoria entre tantos ilustres vencedores, segun el testimonio de los paganos mismos, perteneció á Blandina, porque, siendo esclava, confesó á Jesucristo con más libertad que los hombres libres, y siendo mujer, sirvió de fortaleza y de sosten á los hombres con el ejemplo de su constancia y la fuerza de sus palabras.»

Ved aquí otro bello ejemplo de una mujer esclava, que manifestó en su confesion toda la dignidad y toda la grandeza *de la libertad de los hijos de Dios*, y cuyo martirio fué un verdadero apostolado. Esta fué Santa Potamiana, jóven esclava de una rara belleza, á quien su propio señor, furioso por no haber podido hacer que sucumbiese á sus impuros deseos, acusó como cristiana ante Aquila,

prefecto de Egipto, obligando á este magistrado, con una gran suma de dinero que le prometió, á obtener que Potamiana accediese á su brutal pasion, ó hacer que pereciese con una muerte afrentosa si perseveraba *en su obstinacion*. En esta virtud la hacen sufrir muchos tormentos, la amenazan de hacerla deshonrar violentamente por los gladiadores; pero la noble jóven esclava responde siempre: «Yo soy cristiana, y con el auxilio de Dios, todas las amenazas y todos los tormentos del mundo no me harán renunciar á mi fe ni á mi virginidad.—Accede á los deseos de tu señor, le dice el prefecto; de lo contrario, te haré quemar viva.» Y Potamiana responde: «Yo no puedo creer que haya un juez tan injusto, que me condene porque no quiero consentir en mi deshonra.» Ponen al fuego una gran caldera llena de pez, y cuando empieza á hervir mandan que la jóven se desnude en público y sea echada en la caldera. Mas esta horrible sentencia no la intimida; lo más cruel que encuentra en ella no es la pez hirviendo que va á quemar sus carnes, sino la desnudez que va á exponerlas á las miradas insolentes de las turbas. Así, pues, sin inquietarse por la atrocidad de su muerte, sólo pide gracia para su pudor. «Por la vida del Emperador te conjuro, dijo ella al prefecto, que no me presentes desnuda á los ojos del pueblo. Si quieres mis vestidos, que me los vayan quitando poco á poco segun vaya entrando en la caldera, y verás cuánta fuerza de paciencia me ha dado Jesucristo, á quien tú no conoces ni quieres conocer.» ¡Gran Dios! ¡Qué presencia de espíritu, qué celo por su pudor, qué fe, qué valor en esta jóven en presencia de una muerte tan espantosa! No siendo esta gracia más que una prolongacion del martirio, se la concedió el tirano. Pero se indemnizó de este acto de horrible compasion con un rasgo de la más refinada crueldad. Él hizo buscar á la madre de la mártir, llamada Marcela, que era cristiana, y la condenó á ser quemada tambien con Potamiana. Él quiso redoblar el suplicio de la madre y de la hija haciéndolas morir una á vista de otra; pero con este horrible medio sólo consiguió aumentar su gozo y su fortaleza. Ademas de su propio dolor, sufria cada una de ellas el dolor de la otra, y sin embargo, estaban contentas la una de la otra, alegrándose tanto la madre de tener una mártir por hija, como la hija de tener una mártir por madre, y regocijándose las dos de sufrir una misma muerte, que las iba á unir para siempre en el cielo. Uno de los guardias, llamado Basílides, fué encargado de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejecucion de Potamiana. Movido este soldado por la belleza de su víctima, que realzaban á sus ojos un valor sobrenatural y una gracia celestial, concibió una estimacion grande de ella; él la defendió de los insultos del populacho, él tuvo con ella las mayores consideraciones, él la introdujo en la caldera de pez ardiendo poco á poco y con todas las precauciones que ella habia reclamado para su pudor, él la tocaba con respeto como á una cosa sagrada, él temblaba de espanto y lloraba de compasion. Movida tambien Potamiana al ver tanta dulzura y tanta honestidad en un hombre semejante, no pensando en este momento supremo en su horrible suplicio, sólo se ocupaba en la salvacion de su verdugo. «Ten ánimo, Basílides, le dijo: yo te prometo que en llegando al paraíso me acordaré de tí, que pediré gracia por tí al Señor, y que tú experimentarás los efectos de mi reconocimiento.» Ella le habló, y las oraciones de los mártires son muy eficaces. Tres horas despues se declaró Basílides públicamente cristiano, y fué puesto en prision. Los fieles iban á visitarle, y él les decia: «Dadme pronto el sello del Señor (el bautismo), porque Potamiana se me ha aparecido de noche y me ha puesto una corona en la cabeza diciéndome: — Yo he alcanzado del Señor la gracia que le pedí para tí, y vas á ser recibido en la gloria.» Lo bautizan en efecto, y habiendo sido degollado al dia siguiente por órden del prefecto, fué á unirse en el cielo á su poderosa intercesora.

Basílides no fué la única conversion que Potamiana hizo á la fe de su celestial Esposo al morir por Él. Otros muchos, movidos por el espectáculo de un sacrificio tan heroico y tan puro, ó atraidos por ella, que se les apareció entre sueños, se convirtieron y la siguieron en el camino del martirio. (Euseb., *Histor.*, lib. VII, c. v.) ¿Dónde se encontrarán, fuera de la historia de la Iglesia, unos hechos más patéticos, más honrosos para la humanidad, más gloriosos para la religion, y en los que la mujer aparezca más grande?

§ XVII, 2.º—Por qué ha querido Dios que la mujer penitente confiese á Jesucristo con el mismo mérito y la misma gloria que la mujer inocente.—Magnificencia del martirio de Santa Afra, ántes pagana y prostituta, y convertida por San Narciso al Cristianismo y á la santidad.—Ella convirtió á su madre, que habia sido su maestra, como tambien á las jóvenes que habian sido sus compañeras de libertinaje.—Admirable sabiduría y humildad de su lenguaje al tirano.—Gloria de su martirio, de la que participó su madre y sus compañeras.—Su admirable plegaria ántes de espirar.—Su muerte preciosa, comparada con la muerte de los pretendidos héroes del paganismo.

No sólo todas las edades y todas las condiciones, sino tambien todos los estados del alma, han suministrado magníficos ejemplos de la grandeza de la mujer católica confesando á Jesucristo. Para que no se creyese que la gloria del martirio era la herencia exclusiva de una vida siempre pura, y la lubricidad arrepentida no desesperase de participar de la misma gloria, dispuso Dios que la confesion de la fe saliese de los labios de los verdaderos penitentes tan pura, tan bella y tan agradable á sus ojos como la que salia de los labios de las personas que jamas habian contraido la mancha del pecado. Cuando se ha tratado del acto supremo de confesar á Jesucristo, de sacrificarle la vida y de tributarle este homenaje, el más grande y el más perfecto que la miseria del hombre puede tributar á la majestad de Dios en presencia de los tormentos y de la muerte, la mujer penitente se ha expresado con la misma firmeza y con la misma constancia que la mujer inocente. Las dos han sido lo que debian ser: admirables y sublimes; las dos han revelado un fondo de sabiduría puramente divina, que la sabiduría puramente humana, léjos de haber podido conseguir, jamas lo ha logrado; las dos han dado á conocer ese tacto exquisito, esos pensamientos tan justos, esos sentimientos tan nobles, ese lenguaje tan elevado, que la gracia del Cristianismo inspira al alma que ella ha penetrado. Oigamos, pues, por todas las mujeres penitentes mártires, á Santa Afra, en otro tiempo rica señora, aunque descarada prostituta, despues gloriosa mártir, bajo el imperio de Diocleciano, en la ciudad de Augusta, en la Retia (hoy Augsburgo, en Baviera). Su lenguaje, no por ser el lenguaje de la más profunda humildad, deja de ser el lenguaje de la confianza y del amor. En él se ven

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejecucion de Potamiana. Movido este soldado por la belleza de su víctima, que realzaban á sus ojos un valor sobrenatural y una gracia celestial, concibió una estimacion grande de ella; él la defendió de los insultos del populacho, él tuvo con ella las mayores consideraciones, él la introdujo en la caldera de pez ardiendo poco á poco y con todas las precauciones que ella habia reclamado para su pudor, él la tocaba con respeto como á una cosa sagrada, él temblaba de espanto y lloraba de compasion. Movida tambien Potamiana al ver tanta dulzura y tanta honestidad en un hombre semejante, no pensando en este momento supremo en su horrible suplicio, sólo se ocupaba en la salvacion de su verdugo. «Ten ánimo, Basílides, le dijo: yo te prometo que en llegando al paraíso me acordaré de tí, que pediré gracia por tí al Señor, y que tú experimentarás los efectos de mi reconocimiento.» Ella le habló, y las oraciones de los mártires son muy eficaces. Tres horas despues se declaró Basílides públicamente cristiano, y fué puesto en prision. Los fieles iban á visitarle, y él les decia: «Dadme pronto el sello del Señor (el bautismo), porque Potamiana se me ha aparecido de noche y me ha puesto una corona en la cabeza diciéndome: — Yo he alcanzado del Señor la gracia que le pedí para tí, y vas á ser recibido en la gloria.» Lo bautizan en efecto, y habiendo sido degollado al dia siguiente por órden del prefecto, fué á unirse en el cielo á su poderosa intercesora.

Basílides no fué la única conversion que Potamiana hizo á la fe de su celestial Esposo al morir por Él. Otros muchos, movidos por el espectáculo de un sacrificio tan heroico y tan puro, ó atraidos por ella, que se les apareció entre sueños, se convirtieron y la siguieron en el camino del martirio. (Euseb., *Histor.*, lib. VII, c. v.) ¿Dónde se encontrarán, fuera de la historia de la Iglesia, unos hechos más patéticos, más honrosos para la humanidad, más gloriosos para la religion, y en los que la mujer aparezca más grande?

§ XVII, 2.º—Por qué ha querido Dios que la mujer penitente confiese á Jesucristo con el mismo mérito y la misma gloria que la mujer inocente.—Magnificencia del martirio de Santa Afra, ántes pagana y prostituta, y convertida por San Narciso al Cristianismo y á la santidad.—Ella convirtió á su madre, que habia sido su maestra, como tambien á las jóvenes que habian sido sus compañeras de libertinaje.—Admirable sabiduría y humildad de su lenguaje al tirano.—Gloria de su martirio, de la que participó su madre y sus compañeras.—Su admirable plegaria ántes de espirar.—Su muerte preciosa, comparada con la muerte de los pretendidos héroes del paganismo.

No sólo todas las edades y todas las condiciones, sino tambien todos los estados del alma, han suministrado magníficos ejemplos de la grandeza de la mujer católica confesando á Jesucristo. Para que no se creyese que la gloria del martirio era la herencia exclusiva de una vida siempre pura, y la lubricidad arrepentida no desesperase de participar de la misma gloria, dispuso Dios que la confesion de la fe saliese de los labios de los verdaderos penitentes tan pura, tan bella y tan agradable á sus ojos como la que salia de los labios de las personas que jamas habian contraido la mancha del pecado. Cuando se ha tratado del acto supremo de confesar á Jesucristo, de sacrificarle la vida y de tributarle este homenaje, el más grande y el más perfecto que la miseria del hombre puede tributar á la majestad de Dios en presencia de los tormentos y de la muerte, la mujer penitente se ha expresado con la misma firmeza y con la misma constancia que la mujer inocente. Las dos han sido lo que debian ser: admirables y sublimes; las dos han revelado un fondo de sabiduría puramente divina, que la sabiduría puramente humana, léjos de haber podido conseguir, jamas lo ha logrado; las dos han dado á conocer ese tacto exquisito, esos pensamientos tan justos, esos sentimientos tan nobles, ese lenguaje tan elevado, que la gracia del Cristianismo inspira al alma que ella ha penetrado. Oigamos, pues, por todas las mujeres penitentes mártires, á Santa Afra, en otro tiempo rica señora, aunque descarada prostituta, despues gloriosa mártir, bajo el imperio de Diocleciano, en la ciudad de Augusta, en la Retia (hoy Augsburgo, en Baviera). Su lenguaje, no por ser el lenguaje de la más profunda humildad, deja de ser el lenguaje de la confianza y del amor. En él se ven

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los encantos del amor penitente reemplazando á los encantos del amor inocente; pero tan admirables los unos como los otros, por que son, segun San Pablo, el prodigio del mismo espíritu de Dios, que los produce y se manifiesta en ellos: *Unus autem spiritus, qui operatur.*

Antes de oir el lenguaje de su fe y de su arrepentimiento, nos detendrémos un instante en referir las circunstancias que precedieron á su conversion, y que las *Actas de los mártires* nos han conservado. San Narciso fué quien la convirtió. Habiendo ido á Augsburgo este santo obispo, á quien la persecucion que habia entónces en las Gaulas habia hecho emigrar, en compañía de su diácono Félix, entró en casa de la mujer Afra, sin saber que era una prostituta.

Afra, por su parte, no sabiendo que Narciso era un obispo cristiano, creyó que iba con las mismas intenciones que otros muchos, y le hizo preparar la comida; pero habiendo comenzado San Narciso á recitar algunos salmos y oraciones ántes de sentarse á la mesa, Afra, que jamas habia visto una casa semejante, se llenó de admiracion; y habiéndole preguntado, y sabido quién era, con un sentimiento de humildad se postró á sus piés, diciéndole: «Señor, yo no soy digna de que permanezcais en mi casa, yo soy una mujer perdida, y no hay otra más miserable que yo en toda la ciudad.» El obispo respondió: «Habiéndose postrado una mujer impura á los piés del Salvador del mundo, alcanzó el perdon y fué purificada; mujer, lo mismo te sucederá á tí, si quieres. Tú no necesitas más que recibir la luz de la fe de ese Salvador divino para ser purificada de todos tus pecados.» «¿Cómo?—dijo Afra.—¿Yo, que he cometido más pecados que cabellos tengo en la cabeza, puedo ser purificada de tantas manchas?» «No necesitas más que creer —replicó Narciso;—recibe el bautismo y te salvarás.» Alegre Afra con esta promesa y con esta esperanza, llamó á las tres jóvenes que la servian, y que eran sus auxiliares y sus cómplices en el desórden, y les dijo: «¿Veis este hombre que ha venido á nuestra casa? Pues éste es un obispo de los cristianos, y me ha dicho que, si creo en Jesucristo y recibo el bautismo, podré ser purificada de todos mis pecados. ¿Qué decís vosotras? ¿Quereis seguirme en este nuevo camino?» «Vos sois nuestra maestra—le respondieron ellas—nosotras os hemos seguido en el camino del mal, y ¿cómo no os habiamos de seguir en el camino del bien para participar de vuestro perdon?» Se pusieron en oracion, y pasaron orando toda la noche. El obispo y su diácono cantaban salmos, y Afra y sus compañeras, arrodilladas y postradas detras de ellos, respondian *Amen.*

Al apuntar el dia vinieron á prender á los dos extranjeros. Afra los ocultó, y burló á los enviados del Gobierno. Ellos le dijeron: «Nosotros sabemos que los dos huéspedes que recibiste anoche son cristianos; nosotros los conocemos en que á cada momento hacian sobre su frente la señal de la cruz, que es el signo de los cristianos.» «Y ¿podeis vosotros creer—les dijo Afra—que unos hombres cristianos habian de entrar en casa de una prostituta? Semejantes personas, que no se parecen á mí, no vienen á mi casa.» Una de las pruebas de una verdadera conversion es el celo por convertir á otros. Afra se habia convertido verdaderamente; vedla, pues, apresurándose á hacer participante á su madre de la misma felicidad. Ella sale en su busca, le refiere lo que le habia sucedido, le declara que va á hacerse cristiana y á recibir el perdon de todos sus pecados; y la madre, movida tambien por la gracia, recibe esta comunicacion con alegría, y exclama: «Quiera Dios que me suceda á mí lo mismo.» El obispo va tambien á verla; ella lo recibe con las señales de la más profunda veneracion, y le dice: «Mis padres, oriundos de Chipre, trajeron aquí el culto de Vénus, á quien yo he consagrado mi hija. Como esta diosa no puede ser honrada sino por la prostitucion, he dado á mi hija ese género de vida, persuadida de que la diosa le sería tanto más favorable cuanto más procurase mi hija imitarla.» El obispo no puede contenerse sin derramar lágrimas de compasion y de tristeza. Afra no se contenta con haber trabajado en la conversion de su madre y de todos sus domésticos: ella lleva á todos sus parientes y amigos á los piés del santo obispo. San Narciso les prescribe á todos ellos muchos dias de ayuno, y despues de haberlos instruido bien, los bautiza; de modo que aquella casa de prostitucion se convirtió en un templo, y aquel enjambre de prostitutas en una cristiandad ferviente, todo por la docilidad y el celo de una mujer, que de este modo se hizo el apóstol de su patria, despues de haber sido el escándalo de ella.

Habiéndose extendido en este tiempo la persecucion á Augsburgo, Afra, que se habia comprometido por su celo á ayudar á los confesores de la fe á evadirse de las pesquisas de los perseguidores,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fué presa la primera, y presentada en presencia del magistrado. Entónces fué cuando ella habló con ese sublime y admirable lenguaje de la fe y del arrepentimiento que sólo el Cristianismo inspira; porque ved aquí su interrogatorio anté Cayo, el vil satélite de la crueldad del Emperador, en vez de ser, como magistrado, el órgano de su justicia.

«Cayo. Mujer, yo sé quien tú eres. Vé, pues, al Capitolio, y sacrifica á los dioses; porque te aseguro que es mejor para tí vivir que morir en medio de los tormentos.

»Afra. Yo he cometido demasiados pecados ántes de conocer al verdadero Dios y la verdadera religion. Al presente me guardaré bien de cometer otros; y por consiguiente, no haré lo que me mandais. Mi Capitolio es el cielo, donde está Jesucristo, á quien siempre tengo á la vista y á quien confieso todos los dias mis pecados. ¡Ah, yo sé muy bien que soy indigna de amarle! Y no pudiendo amarle como Él merece, quiero al ménos sacrificarme por Él. Tú me amenazas con los tormentos. ¡Ah, dichosos tormentos, que purificarán mi cuerpo, con el que tanto he pecado!

»Cayo. Pero tú eres una mujer pública, y por consiguiente, nada tienes que ver con el Dios de los cristianos.

»Afra. Es verdad que lo he sido; pero por la misericordia de Dios no lo soy ya. Mi divino Señor y Salvador Jesucristo dijo que Él habia descendido del cielo en busca de los pecadores. Su Evangelio nos enseña que, habiéndose arrojado un dia á sus piés una mujer de malas costumbres, y habiéndolos regado con sus lágrimas, recibió el perdon. El mismo Evangelio nos enseña tambien que jamas ha desechado Él á mujeres tan culpables como yo, y tan arrepentidas como yo, sino que las ha acogido benignamente, y que lo mismo hizo con los publicanos, á quienes permitió que comiesen con Él.

»Cayo. ¿Quieres tú acaso renunciar para siempre á tus amantes, y á las riquezas y á los favores que ellos te prodigaban, y que te prodigarian aún?

»Afra. ¡Ay! No me hableis de esas riquezas detestables que no apetezco ya. Yo he arrojado, como inmundicia, todo cuanto me restaba de ellas; ellas pesaban sobre mi conciencia como un remordimiento. Mis hermanos, los pobres, tampoco las querian, y sólo á fuerza de súplicas he conseguido que las acepten, para que ellos

me alcancen á mí con sus oraciones el perdon de mis pecados.

»Cayo. Afra, déjate de gazmoñerías. Yo sé que Jesucristo no te quiere; es en vano que le invoques por tu Dios. Una ramera no puede ser del número de sus discípulos ni de sus adoradores.

»Afra. Es verdad que no soy digna de seguirle ni de llamarme cristiana; pero ese Dios de bondad, que atiende más á su misericordia que á los méritos del hombre, ha querido admitirme en el número de los que se honran con ese nombre.

»Cayo. ¿Cómo lo sabes tú?

»Afra. Lo sé porque me permite que venga á confesarle públicamente en vuestra presencia. Supuesto que Él me dispensa un honor tan grande, es indudable que no me ha desechado, y que aceptará el sacrificio de mi vida en expiacion de mis culpas, y me las perdonará.

»Cayo. Esos son delirios de tu imaginacion extraviada. Sacrifica á los dioses, que son los únicos que podrán salvarte.

»Afra. Mi Salvador es Jesucristo. Él, que reina en el cielo, me concederá á mí, que le confieso, el paraíso que, estando en la cruz, prometió al ladron que le confesaba.

»Cayo. Ya estoy cansado, ya estoy avergonzado de disputar contigo. Sacrifica al momento, ó te cubriré de confusion y te haré azotar y morir en presencia de tus amantes.

»Afra. No hay ni puede haber para mí más motivo de confusion que mis pecados. La muerte por tan hermosa causa no la temo, por mejor decir, la deseo; y si Dios me la concede, encontraré en ella el reposo de mi alma.

»Cayo. Pero no se trata de sufrir una muerte cualquiera; tú vas á ser atormentada y quemada viva si no sacrificas á los ídolos.

»Afra. Que este cuerpo, instrumento de mis desórdenes, sufra toda clase de tormentos me importa poco; pero no mancharé mi alma sacrificando á los demonios.»

¡Qué lenguaje, qué humildad, qué dulzura, qué conocimiento del verdadero espíritu del Cristianismo, qué sentimientos tan dignos y tan cristianos! ¡En el lugar de esta mujer, el más grande teólogo no hubiera podido expresarse con mayor exactitud ni de una manera más conforme á las doctrinas del Evangelio! Esta es una nueva prueba del oráculo de Jesucristo, que dice: «Cuando seais presentados por mi causa ante los gobernadores y los reyes para dar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

testimonio de Mí, se os dirá en el momento lo que debeis decir, porque entónces no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.» (Matth., x.)

Este espíritu de Dios, este maestro, este doctor interior de las almas no falta á su humilde sierva en sus últimos momentos. Condenada á ser quemada viva, la despojan de sus vestiduras y la atan á un poste. Entónces Afra, dichosa con sus tormentos, y detestando sus pecados hasta el fin, exclamó llorosa: «Señor, Dios omnipotente; Jesucristo, que vinisteis á llamar, no á los justos, sino á los pecadores, á la penitencia, y que prometisteis con vuestras palabras infalibles que en cualquier momento en que el pecador se convirtiese le perdonariais sus pecados, recibid en este momento la satisfaccion que os ofrezco por los mios en estos tormentos; y por este fuego temporal que va á consumir mi cuerpo, libradme del fuego que quema el alma y el cuerpo por toda la eternidad.» Ponen fuego á los sarmientos que habian amontonado al rededor de ella; la llama la cubre por todas partes, y elevándose hácia el cielo, lleva á él esta bella plegaria de la víctima á quien devora: «Os doy gracias, Señor Jesucristo, por el honor que me concedeis recibiéndome como víctima por la gloria de vuestro nombre. Yo uno mi sacrificio al que Vos ofrecisteis en la cruz, muriendo víctima única por el mundo entero, justo, por los injustos; libre de todo pecado, por los pecadores. Yo os ofrezco este sacrificio á Vos, mi Dios, que reinais con el Padre y el Espíritu Santo, en los siglos, *Amen.*» Al pronunciar estas palabras espiró. (*Ruinart et Act. Sanct.*, 5, Aug.) (1).

¡Oh muerte verdaderamente preciosa á los ojos de Dios y admirable á los ojos de los hombres! Que se comparen estas muertes de los heroes del Cristianismo con las muertes de los pretendidos héroes del paganismo, con la muerte de Sócrates y Platon. ¡Qué diferencia tan grande se encuentra entre unas y otras! Allí se veia el orgullo inmolándose á la desesperacion para perderse en ella, y aquí se ve la modestia y la humildad echándose en brazos de la esperanza para reposar en ella. Allí las últimas palabras no eran otra cosa más que blasfemias ó el soplo del ódio; y aquí las últimas palabras son una oracion, un sacrificio ó el perfume del amor de Dios y del hombre. Allí se veia el sublime de todos los vicios, y aquí se ve el sublime de todas las virtudes. Así, pues, aquellas muertes no eran otra cosa que sombríos y horribles espectáculos, sin otro resultado que el de embrutecer al hombre cada vez más, haciéndole idólatra de sí mismo; miéntras que estas muertes son unas escenas patéticas que derraman el consuelo en los corazones, y cuyo resultado es el de elevar al hombre sobre sí mismo, separándole de sí mismo, y uniéndole á Dios. ¡Oh gloria de la religion del Evangelio, que sale tan noble, tan pura y tan fecunda de la confesion de una mujer!

(1) Santa Afra no entró sola en el cielo; su madre Hilaria, y sus siervas Digna, Eumenia y Euprepia la siguieron. Apénas los verdugos de Santa Afra se alejaron del lugar donde la habian inmolado, cuando estas santas mujeres se dirigieron á él, acompañadas de sacerdotes, para recoger los preciosos restos. Ellas encontraron entero el cuerpo de la mártir en medio de las cenizas, y lo trasladaron á un magnífico mausoleo que Hilaria habia hecho construir para sí y para su familia. Todavía se encontraban junto al sepulcro, cuando los soldados de Cayo, ante quien se las habia acusado, fueron á sorprenderlas y y á intimarles que sacrificasen á los dioses, bajo pena de ser quemadas vivas tambien en el mismo lugar. Esta intimacion fué recibida, como debia serlo, con desprecio por unas mujeres cristianas que acababan de tomar nuevas fuerzas y nuevo valor para confesar á Jesucristo en el espectáculo del martirio de Santa Afra, cuyo venerado cuerpo tenian á la vista. Cierran, pues, el sepulcro, dejándolas á ellas dentro, despues de haberlo llenado de sarmientos y de ramas secas, á las cuales prendieron fuego, retirándose en seguida. Así estas nobles compañeras de Santa Afra sufrieron el mismo dia el mismo martirio, y se encontraron unidas en la misma gloria en el cielo, como sus cuerpos se encontraron sepultados en la misma tumba en la tierra; y Jesucristo recibió en un dia cuatro testigos de la virtud y de la verdad de su religion. (*Ruinart et Act.*, I.)

§ XVIII.—Grandes y numerosas conversiones que siguieron al martirio de las mujeres.—Imposibilidad de atribuir á causas puramente humanas el prodigio de su constancia en la confesion de la fe.—Circunstancias especiales de sus martirios, y profunda impresion que hacian en el espíritu de los pueblos.—Parece que Dios habia escogido la mujer mártir para dar á conocer la divinidad del Cristianismo con las obras, miéntras que los predicadores la daban á conocer con las palabras.—Cualidades sublimes de las mujeres mártires.—Cómo ha sufrido el martirio la mujer.—Jesucristo triunfante por el martirio de la mujer.—Los países idólatras purificados con su sangre.

Ved aquí lo que ha sucedido siempre de resultas de la confesion de la fe hecha por las mujeres mártires de la fe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

testimonio de Mí, se os dirá en el momento lo que debeis decir, porque entónces no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.» (Matth., x.)

Este espíritu de Dios, este maestro, este doctor interior de las almas no falta á su humilde sierva en sus últimos momentos. Condenada á ser quemada viva, la despojan de sus vestiduras y la atan á un poste. Entónces Afra, dichosa con sus tormentos, y detestando sus pecados hasta el fin, exclamó llorosa: «Señor, Dios omnipotente; Jesucristo, que vinisteis á llamar, no á los justos, sino á los pecadores, á la penitencia, y que prometisteis con vuestras palabras infalibles que en cualquier momento en que el pecador se convirtiese le perdonariais sus pecados, recibid en este momento la satisfaccion que os ofrezco por los mios en estos tormentos; y por este fuego temporal que va á consumir mi cuerpo, libradme del fuego que quema el alma y el cuerpo por toda la eternidad.» Ponen fuego á los sarmientos que habian amontonado al rededor de ella; la llama la cubre por todas partes, y elevándose hácia el cielo, lleva á él esta bella plegaria de la víctima á quien devora: «Os doy gracias, Señor Jesucristo, por el honor que me concedeis recibiéndome como víctima por la gloria de vuestro nombre. Yo uno mi sacrificio al que Vos ofrecisteis en la cruz, muriendo víctima única por el mundo entero, justo, por los injustos; libre de todo pecado, por los pecadores. Yo os ofrezco este sacrificio á Vos, mi Dios, que reinais con el Padre y el Espíritu Santo, en los siglos, *Amen.*» Al pronunciar estas palabras espiró. (*Ruinart et Act. Sanct.*, 5, Aug.) (1).

¡Oh muerte verdaderamente preciosa á los ojos de Dios y admirable á los ojos de los hombres! Que se comparen estas muertes de los heroes del Cristianismo con las muertes de los pretendidos héroes del paganismo, con la muerte de Sócrates y Platon. ¡Qué diferencia tan grande se encuentra entre unas y otras! Allí se veia el orgullo inmolándose á la desesperacion para perderse en ella, y aquí se ve la modestia y la humildad echándose en brazos de la esperanza para reposar en ella. Allí las últimas palabras no eran otra cosa más que blasfemias ó el soplo del ódio; y aquí las últimas palabras son una oracion, un sacrificio ó el perfume del amor de Dios y del hombre. Allí se veia el sublime de todos los vicios, y aquí se ve el sublime de todas las virtudes. Así, pues, aquellas muertes no eran otra cosa que sombríos y horribles espectáculos, sin otro resultado que el de embrutecer al hombre cada vez más, haciéndole idólatra de sí mismo; miéntras que estas muertes son unas escenas patéticas que derraman el consuelo en los corazones, y cuyo resultado es el de elevar al hombre sobre sí mismo, separándole de sí mismo, y uniéndole á Dios. ¡Oh gloria de la religion del Evangelio, que sale tan noble, tan pura y tan fecunda de la confesion de una mujer!

(1) Santa Afra no entró sola en el cielo; su madre Hilaria, y sus siervas Digna, Eumenia y Euprepia la siguieron. Apénas los verdugos de Santa Afra se alejaron del lugar donde la habian inmolado, cuando estas santas mujeres se dirigieron á él, acompañadas de sacerdotes, para recoger los preciosos restos. Ellas encontraron entero el cuerpo de la mártir en medio de las cenizas, y lo trasladaron á un magnífico mausoleo que Hilaria habia hecho construir para sí y para su familia. Todavía se encontraban junto al sepulcro, cuando los soldados de Cayo, ante quien se las habia acusado, fueron á sorprenderlas y y á intimarles que sacrificasen á los dioses, bajo pena de ser quemadas vivas tambien en el mismo lugar. Esta intimacion fué recibida, como debia serlo, con desprecio por unas mujeres cristianas que acababan de tomar nuevas fuerzas y nuevo valor para confesar á Jesucristo en el espectáculo del martirio de Santa Afra, cuyo venerado cuerpo tenian á la vista. Cierran, pues, el sepulcro, dejándolas á ellas dentro, despues de haberlo llenado de sarmientos y de ramas secas, á las cuales prendieron fuego, retirándose en seguida. Así estas nobles compañeras de Santa Afra sufrieron el mismo dia el mismo martirio, y se encontraron unidas en la misma gloria en el cielo, como sus cuerpos se encontraron sepultados en la misma tumba en la tierra; y Jesucristo recibió en un dia cuatro testigos de la virtud y de la verdad de su religion. (*Ruinart et Act.*, I.)

§ XVIII.—Grandes y numerosas conversiones que siguieron al martirio de las mujeres.—Imposibilidad de atribuir á causas puramente humanas el prodigio de su constancia en la confesion de la fe.—Circunstancias especiales de sus martirios, y profunda impresion que hacian en el espíritu de los pueblos.—Parece que Dios habia escogido la mujer mártir para dar á conocer la divinidad del Cristianismo con las obras, miéntras que los predicadores la daban á conocer con las palabras.—Cualidades sublimes de las mujeres mártires.—Cómo ha sufrido el martirio la mujer.—Jesucristo triunfante por el martirio de la mujer.—Los países idólatras purificados con su sangre.

Ved aquí lo que ha sucedido siempre de resultas de la confesion de la fe hecha por las mujeres mártires de la fe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tertuliano dice: «Á medida que se nos disminuye, nos hacemos más numerosos. La sangre de los mártires es una semilla fecunda de nuevos cristianos. Muchos de vuestros filósofos han escrito várias exhortaciones para sufrir los tormentos y la muerte; pero las acciones de los cristianos producen más efecto que los discursos de esos filósofos. Esa obstinacion misma que vosotros nos echais en cara, es una instruccion. El que la ve se conmueve, quiere penetrar la causa de ella, se acerca y desea sufrir para reconciliarse con Dios, para comprar con su sangre el perdon de sus pecados.» (*Apologet.*, 50.) Mas esta observacion del gran apologista se presenta en toda su verdad especialmente en el martirio de las mujeres.

Santa Ines, esa niña de trece años, bella como un querubin y pura como un ángel, condenada á ser deshonrada en un lugar público, convirtió, como hemos visto, aquel lugar infame en santuario de la virginidad, en templo de la fe. En él se entraba libertino, y se salia cristiano. Con el encanto de su inocencia y con el poder de sus exhortaciones convertia en corderos aquella pequeña oveja del Cordero divino á todos los lobos de la lujuria que se aproximaban á ella para arrebatar su pudor. Todos ellos se hicieron discípulos y fueron mártires de Jesucristo.

La jóven vírgen Santa Dorotea, amenazada por el prefecto Apricio con los más horribles tormentos, á fin de que, como él decia, sirviese de ejemplo á los que no querian sacrificar á los dioses, le respondió: «Yo quiero y deseo con ánsia servir de ejemplo á todos, á fin de que aprendan á no temer más que al verdadero Dios.» En efecto, atormentada en un potro, arrojada á las llamas, léjos de abjurar la fe ó la virginidad, convirtió á sus dos hermanas, que habian sido enviadas para corromperla, y á Teófilo, personaje elevado, que se mofaba de ella, é hizo de ellos tres mártires. Despues de haber presenciado estas maravillas de la fortaleza cristiana, fué cuando los ciudadanos de Cesárea abjuraron en masa el culto de los ídolos.

Las actas del martirio de Santa Blandina, de Lion, nos enseñan que la firmeza admirable y el valor heroico que manifestó en su gloriosa confesion, de que ya hemos hablado, produjeron un gran efecto en los fieles, y áun en los paganos. Muchos de los que habian flaqueado en presencia de los suplicios volvieron espontáneamente á la fe, y los paganos mismos decian: «Supuesto que una

jóven sufre tan horribles tormentos, es indudable que pasa en ella algo de maravilloso, y ese valor procede de Dios.»

La ilustre vírgen y mártir Santa Catalina convirtió en cristianos y en mártires, como ya hemos visto, á cuasi todos los filósofos de Alejandría que el emperador Maximiano habia llamado para que disputasen con ella. Confundidos y aterrados, tanto por el prodigio de su ciencia (1) y por la fuerza de razonamientos, como por su constancia en confesar á Jesucristo en medio de los más horribles tormentos, no pudieron hacer otra cosa que confesar, como ella, que Jesucristo era Dios, y morir por Él como ella; lo cual hizo tambien la esposa misma del Emperador, y Porfirio, general en jefe del ejército imperial; y de resultas del martirio de Santa Catalina, la ciudad de Alejandría se convirtió cuasi en su totalidad al Cristianismo. Lo mismo sucedió en Cartago, despues del martirio de Santa Felicitas y de Santa Perpétua. Despues del martirio de Santa Tecla, que fué célebre por tantos prodigios, se hizo cristiana la ciudad de Antioquía. La sangre de Agata y de Lucía hizo germinar en Sicilia un número prodigioso de adoradores de Jesucristo. En la misma Roma, las conversiones más numerosas en todas las clases se verificaron despues del martirio de las santas vírgenes Ines, Martina, Susana, Cecilia, Anastasia, Rufina, Sabina, Sinforosa y Felicitas.

Haciendo violencia á la razon, se podia explicar en cierto modo, por el pretendido valor propio de los romanos, el martirio voluntario que sufrieron tantos millares de hombres por la confesion de la fe; pero ¿cómo puede explicarse por razones puramente humanas, ni áun aparentes, el martirio de las mujeres? Se concibe que en un momento de exaltacion, de despecho ó de desesperacion pueda una mujer sacrificarlo todo, áun la misma vida, á una violenta pasion ó á viejas preocupaciones; esto se ha visto algunas veces. Pero no se puede concebir cómo, sin un auxilio sobrenatural y divino, muchos millones de mujeres de todas edades, viudas jóvenes, doncellas jóvenes y áun niñas, hayan podido despreciar cuanto el mundo puede ofrecer de más seductor, y vencer todo cuanto la crueldad

(1) Muchas Universidades la han elegido por su protectora; ésta es la Santa modelo de los verdaderos sabios. Sin embargo, ella no tenia más de diez y ocho años.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humana ha podido inventar de más atroz, para conservar la virginidad de la fe y la fe de la virginidad.

Y ¿cómo sufrieron esas mujeres el destrozo de sus delicados miembros, el hierro y el fuego, y todos esos refinamientos de barbarie, cuyo solo pensamiento hace estremecer de espanto? Sin pretensiones, sin afectacion, sin jactancia y sin orgullo; con la frente serena, la vista modesta, el semblante pacífico, la paz y la alegría en el corazon, y la bendicion de Dios y el perdon de sus verdugos en sus labios. Ni una palabra de queja, ni un signo de impaciencia ofuscaban el prodigio de su resignacion, de su constancia y de su intrepidez. Léjos de amedrentarlas los más horribles tormentos, tenian un gran atractivo para ellas. El martirio era para ellas tanto más seductor cuanto más cruel era. No eran ellas unas víctimas á quienes llevaban á inmolar; eran, como hemos visto, unas jóvenes que iban á un convite de bodas, por el que habian suspirado largo tiempo. Los encantos y la gracia realzaban la sublimidad de sus semblantes. La timidez y el pudor embellecian el heroísmo de su valor. Algo de sagrado circundaba sus personas, algo de celestial brillaba en sus semblantes; esto era la doble aureola de la virginidad que ennoblecia el martirio, y el martirio que consagraba la virginidad. ¡La humanidad no habia hecho ni visto una cosa semejante.

Fácil es imaginar la impresion tan profunda que tales espectáculos debian producir en el pueblo que asistia á ellos. Ésta era la admiracion mezclada con el respeto á las víctimas; era la indignacion y el horror á los verdugos; ésta era la estimacion á la religion que obraba tales prodigios; ésta era una predicacion con las obras, más elocuente que toda predicacion hecha con las palabras; ésta era la apología brillante de la verdad de la religion cristiana y de la divinidad de Jesucristo, que entraba por los ojos, pasaba por el entendimiento y se detenia en el corazon.

Muchas veces, sólo con ver á aquellas jóvenes, prodigios de belleza y de inocencia, triunfar de todos los prestigios de la seduccion y de todo el poder de la crueldad; sólo con ver aquellos seres tan débiles y tan delicados cansar la ferocidad de sus verdugos ántes que éstos pudiesen cansar su paciencia, y mostrarse más fuertes para sufrir que los verdugos para atormentarlas, todo un pueblo espectador de estas escenas por este solo hecho se declaraba cristiano.

Los tiranos se indignaban y bramaban de furor; aprisionaban á algunos de los más exaltados, ó, como los llamaban, de los más *fanáticos* y de los más *alborotadores*, y se les daba muerte para intimidar á los demas; pero tenian buen cuidado en quitar de la vista del público á la mártir cristiana que, con sus *sortilegios*, como ellos decian, habia fascinado á la multitud, y le daban muerte en secreto. Pero las impresiones de estas ejecuciones no eran ménos profundas y ménos universales. Así es que, con sólo cortar una cabeza de mujer, millares de hombres iban á ofrecer su cabeza al bautismo y su vida al martirio.

Esto consiste en que el pueblo se deja llevar más fácilmente por el corazon que por el espíritu, por el sentimiento que por el raciocinio, y en que habia en el martirio de las mujeres cierta cosa santamente contagiosa, seductora y atractiva para el sentimiento y para el corazon.

Parecia que Dios habia señalado entónces su mision á cada uno de los que habia elegido para fundar el Cristianismo, y que habia dado al apóstol, al predicador y al apologista el cargo de convencer los entendimientos, y al mártir el de atraer los corazones. Así, pues, miéntras que aquéllos explicaban y defendian el Cristianismo con el poder de la palabra, y le hacian admirar áun por los mismos filósofos, éste le hacía triunfar con el prodigio de su constancia y le hacía respetar áun por sus mismos perseguidores. Miéntras que aquéllos lo persuadian, éste lo hacía amar; miéntras que aquéllos exhibian los títulos auténticos, las credenciales de la religion cristiana, éste las sellaba con su sangre. Pero, lo repito, la mujer mártir era la que cumplia este noble ministerio con más gracia, con más brillo y mejor éxito.

Lo que prueba todavía más esta mision, de que parece que Dios encargó á la mujer en aquella época, de multiplicar el número de los cristianos con su constancia en la confesion de la fe, es que no eligió aquellos testigos sublimes de su religion entre las mujeres del pueblo, sino en las altas clases y entre las mujeres más distinguidas de la sociedad romana. Las más ilustres mártires, cuyos nombres y cuyos hechos, tan honoríficos para el Cristianismo, nos ha conservado la Historia, eran, como ya hemos visto, parientes y sobrinas de los emperadores, hijas, hermanas ó esposas de los cónsules, de los pretores, de los más grandes dignatarios y de los más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

elevados personajes del Imperio. Á la nobleza del nacimiento, unian aquellas mujeres, misioneras de la fe, la juventud, la belleza, la gracia, el talento, la ciencia, la grandeza de alma, la dignidad de carácter, las riquezas, etc.; es decir, que Dios unió en sus personas todas las cualidades, todos los dones, todas las ventajas del cuerpo, del entendimiento, del corazon y de la posicion social; todo lo que el mundo busca, todo lo que el mundo ama, todo lo que el mundo admira, á fin de que, al ver aquellos nobles seres, aquellas magníficas figuras, aquel bello ideal, aquel perfume de la humanidad despreciando generosamente todas esas ventajas, y prefiriendo á ellas el despojo, el destierro, la prision, el tormento y la hoguera, por conservar la virginidad de la fe, y la fe de la virginidad, el mundo pagano no pudiese dudar de la fuerza, de la verdad y de la divinidad de la religion cristiana, que les inspiraba un valor y unas virtudes de que el mundo pagano no tenía la menor idea. Porque sólo por una comunicacion extraordinaria del espíritu de Dios al hombre, y por su poderosa accion sobre él, puede el hombre elevarse sobre su frágil naturaleza, y áun desaparecer de todo punto, para no dejar ver en él más que á Dios reinando en él, resplandeciendo en él y revelándose por él.

Así, pues, en el cuerpo inocente de la mujer cristiana y mártir es donde, segun la expresion de San Pablo, ha sido magnificado Jesucristo por la vida y por la muerte: *Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam, sive per mortem.* Por el martirio de las mujeres ha brillado el Cristianismo con una luz resplandeciente y pura; el espectáculo de tantos millones de mujeres, despreciando todos los bienes y todas las delicias de la tierra por ganar el cielo, fué lo que principalmente hizo abrir los ojos á los pueblos dormidos por espacio de tantos siglos en el letargo de los deleites del tiempo y del olvido completo de la eternidad. Asistiendo á tales espectáculos, no sólo se oia, sino que se veia reducida á demostraciones sensibles, á hechos palpables, la verdad del dogma, la santidad de la moral y la pureza del culto de la religion cristiana. En presencia del prodigio de la constancia y de la fortaleza de las mujeres en la confesion de Jesucristo, el paganismo, avergonzado de sí mismo, bajó los ojos, rindió las armas y se confesó vencido.

¡Oh gloria de la mujer católica, de la mujer de la Iglesia, en haber contribuido tanto á la fundacion del Catolicismo y á la propagacion de la Iglesia!

San Pablo dice que los horribles tormentos á que Jesucristo se sometió, como cabeza, debian ser continuados y completados en su Iglesia, como en su cuerpo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi.* Segun estas magníficas palabras, es evidente que, así como la Iglesia y Jesucristo no forman más que un solo cuerpo, como lo ha dicho el mismo apóstol: *Omnes unum corpus efficimur in Christo Jesu*, de la misma manera los padecimientos de Jesucristo y los de la Iglesia no forman más que un solo padecimiento, que tiene los mismos efectos por resultado, y la misma resurreccion, la misma inmortalidad y la misma gloria por recompensa: *Si compatimur et conglorificabimur.* En este supuesto, estos sufrimientos de la Iglesia, lo mismo que los sufrimientos de Jesucristo, por la virtud infinita que de ellos reciben, como de su cabeza, tienen un mérito reversible, son expiatorios y purificatorios. Parece, pues, que al permitir Jesucristo la inmolacion de tantos millones de cristianos que por el bautismo se habian hecho sus miembros, no sólo quiso hacer sensibles la verdad y la divinidad de su religion, sino tambien continuar materialmente la expiacion pública de ciertos pecados y la purificacion de ciertos países, que Él habia comenzado y cumplido virtualmente en el Calvario. Yo creo, por consiguiente, que se puede considerar la época magnífica de los mártires como la época de la gran expiacion de los crímenes del Imperio romano, y de la purificacion de una parte del mundo de las culpas que lo habian manchado. Y supuesto que la mujer representó el papel más grandioso en aquel drama sangriento de tres siglos, es indudable que su gloria fué tambien la más brillante; que adquirió derecho al reconocimiento de la humanidad por haber contribuido con su carne virginal, y con su sangre la más pura, despues de la sangre derramada en el Calvario, á la expiacion de los crímenes de nuestros padres idólatras, á la purificacion de nuestras comarcas, manchadas por la idolatría, y á hacer reinar en ellas las virtudes más sublimes y la santidad más perfecta.

Esto es lo que sucedió en efecto cuando, cansado el Imperio de su lucha impotente para destruir la religion cristiana, la dejó tranquila, y dió la paz y la libertad á la Iglesia. ¡Cuántas virtudes, ocultas hasta entónces, aparecieron en público, y resplandecieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la mujer con una nueva gracia, con un nuevo resplandor, y admiraron y edificaron al mundo! No pudiendo ya ser mártir de la fe, se apresuró la mujer católica á probar su amor á Jesucristo y á la Iglesia, haciéndose voluntariamente mártir de la devocion, de la pobreza, de la abnegacion y de la caridad. Porque derramar la sangre por Jesucristo no es, dice San Jerónimo, el único modo de confesarle; servirle con una vida piadosa é inmaculada es tambien sufrir diariamente por Él un verdadero martirio (1). Al espectáculo de este nuevo martirio, de este mérito, de esta grandeza de la mujer católica vamos á asistir ahora, viendo lo que ella fué en la Iglesia, en la época de los Padres de la Iglesia.

TERCERA ÉPOCA.

LA ÉPOCA DE LOS PADRES, Ó LA MUJER CATÓLICA, VÍRGEN Ó MADRE, INSTRUYENDO Á LOS PADRES DE LA IGLESIA Y FORMANDO LAS COSTUMBRES CRISTIANAS.

§. XIX.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia griega instruidos y auxiliados por las mujeres.—San Atanasio.—San Gregorio de Nacianzo.—Virtudes y muerte de Santa Nona, su madre.—San Basilio.—Santa Amelia, su madre, hace santos á todos sus hijos.—La vírgen Santa Macrina, hermana de San Basilio, concurre tambien á santificar á sus hermanos.—Sus virtudes y su muerte celebradas por su hermano, San Gregorio de Niza.

La gloria de la mujer católica no fué ménos brillante en la tercera época de la Iglesia, en que el Cristianismo, saliendo victorioso de la ferocidad de los tiranos por el heroísmo de los mártires, triunfó de la perversidad y de las blasfemias de los herejes por el celo y la ciencia prodigiosa de los Padres. Despues de haber sido probada esta religion santa con el furor de las persecuciones, teniendo que sostener otros combates mucho más terribles en el ter-

(1) « Non solum effussio sanguinis in confessione reputatur, sed devotæ quoque mentis servitus immaculata quotidianum martyrium est. » (*De Laud. S. Paulæ.*)

reno de las doctrinas, suscitó Dios cuasi á un mismo tiempo un número prodigioso de doctores sublimes en todas las partes del mundo cristiano. ¡Grande y sublime espectáculo! En ninguna época de la humanidad se han visto tantos genios superiores como eran los Padres de la Iglesia, que, reuniendo en sí el talento más brillante y la ciencia más profunda y más universal á la virtud más heroica y más perfecta, sin conocerse unos á otros, se hallaron de acuerdo en la misma fe, animados del mismo espíritu y aspirando al mismo fin, que era la destruccion de todos los errores y el triunfo de todas las verdades. Pues bien; esos grandes hombres, á quienes la Iglesia debe la continuacion de sus tradiciones, la defensa de sus dogmas y el maravilloso desarrollo de sus doctrinas, deben mucho á su vez á la fe, á las virtudes, á los ejemplos y á las inspiraciones de las mujeres.

Muchos siglos ántes que un autor pagano hubiera dicho: «Los fuertes y los buenos nacen de los fuertes y de los buenos: *Fortes creantur fortibus et bonis*» (Horat.), la Escritura Santa, en un sentido tanto más sublime cuanto es más sencillo, habia dicho: «La generacion de los hombres rectos será bendecida: *Generatio rectorum benedicetur.*» (*Psal.*) Pues bien, este oráculo divino se cumplió de una manera especial en la época de los Padres. Unas santas mujeres fueron las que regeneraron y formaron á aquellos santos y grandes hombres. Esto se verificó, en primer lugar, con los cuatro principales Padres de la Iglesia griega, San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Basilio y San Juan Crisóstomo.

San Atanasio, esa columna de la Iglesia, ese vengador, ese mártir, ese nuevo evangelista de la divinidad de Jesucristo, fué un presente que su santa madre hizo á la Iglesia, ó más bien, Dios se sirvió de aquella grande cristiana para enriquecer á la Iglesia. Aquella piadosa madre se dijo á sí misma: « Yo quiero, con el auxilio de Dios, hacer á mi hijo único el hombre de la Iglesia. » Ella puso los medios para conseguirlo, y lo consiguió.

Ella supo instruirle tan bien en la doctrina católica; ella le inspiró un amor tan tierno á Jesucristo y un celo tan ardiente por su religion, que Atanasio, siendo todavía niño, tenía el aspecto de un pequeño doctor, de un pequeño obispo, hallando su único recreo en imitar las funciones del sacerdote y del obispo entre los niños de su edad. Un solo pasaje nos hará conocer la educacion que este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la mujer con una nueva gracia, con un nuevo resplandor, y admiraron y edificaron al mundo! No pudiendo ya ser mártir de la fe, se apresuró la mujer católica á probar su amor á Jesucristo y á la Iglesia, haciéndose voluntariamente mártir de la devocion, de la pobreza, de la abnegacion y de la caridad. Porque derramar la sangre por Jesucristo no es, dice San Jerónimo, el único modo de confesarle; servirle con una vida piadosa é inmaculada es tambien sufrir diariamente por Él un verdadero martirio (1). Al espectáculo de este nuevo martirio, de este mérito, de esta grandeza de la mujer católica vamos á asistir ahora, viendo lo que ella fué en la Iglesia, en la época de los Padres de la Iglesia.

TERCERA ÉPOCA.

LA ÉPOCA DE LOS PADRES, Ó LA MUJER CATÓLICA, VÍRGEN Ó MADRE, INSTRUYENDO Á LOS PADRES DE LA IGLESIA Y FORMANDO LAS COSTUMBRES CRISTIANAS.

§. XIX.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia griega instruidos y auxiliados por las mujeres.—San Atanasio.—San Gregorio de Nacianzo.—Virtudes y muerte de Santa Nona, su madre.—San Basilio.—Santa Amelia, su madre, hace santos á todos sus hijos.—La vírgen Santa Macrina, hermana de San Basilio, concurre tambien á santificar á sus hermanos.—Sus virtudes y su muerte celebradas por su hermano, San Gregorio de Niza.

La gloria de la mujer católica no fué ménos brillante en la tercera época de la Iglesia, en que el Cristianismo, saliendo victorioso de la ferocidad de los tiranos por el heroísmo de los mártires, triunfó de la perversidad y de las blasfemias de los herejes por el celo y la ciencia prodigiosa de los Padres. Despues de haber sido probada esta religion santa con el furor de las persecuciones, teniendo que sostener otros combates mucho más terribles en el ter-

(1) « Non solum effussio sanguinis in confessione reputatur, sed devotæ quoque mentis servitus immaculata quotidianum martyrium est. » (*De Laud. S. Paulæ.*)

reno de las doctrinas, suscitó Dios cuasi á un mismo tiempo un número prodigioso de doctores sublimes en todas las partes del mundo cristiano. ¡Grande y sublime espectáculo! En ninguna época de la humanidad se han visto tantos genios superiores como eran los Padres de la Iglesia, que, reuniendo en sí el talento más brillante y la ciencia más profunda y más universal á la virtud más heroica y más perfecta, sin conocerse unos á otros, se hallaron de acuerdo en la misma fe, animados del mismo espíritu y aspirando al mismo fin, que era la destruccion de todos los errores y el triunfo de todas las verdades. Pues bien; esos grandes hombres, á quienes la Iglesia debe la continuacion de sus tradiciones, la defensa de sus dogmas y el maravilloso desarrollo de sus doctrinas, deben mucho á su vez á la fe, á las virtudes, á los ejemplos y á las inspiraciones de las mujeres.

Muchos siglos ántes que un autor pagano hubiera dicho: «Los fuertes y los buenos nacen de los fuertes y de los buenos: *Fortes creantur fortibus et bonis*» (Horat.), la Escritura Santa, en un sentido tanto más sublime cuanto es más sencillo, habia dicho: «La generacion de los hombres rectos será bendecida: *Generatio rectorum benedicetur.*» (*Psal.*) Pues bien, este oráculo divino se cumplió de una manera especial en la época de los Padres. Unas santas mujeres fueron las que regeneraron y formaron á aquellos santos y grandes hombres. Esto se verificó, en primer lugar, con los cuatro principales Padres de la Iglesia griega, San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Basilio y San Juan Crisóstomo.

San Atanasio, esa columna de la Iglesia, ese vengador, ese mártir, ese nuevo evangelista de la divinidad de Jesucristo, fué un presente que su santa madre hizo á la Iglesia, ó más bien, Dios se sirvió de aquella grande cristiana para enriquecer á la Iglesia. Aquella piadosa madre se dijo á sí misma: « Yo quiero, con el auxilio de Dios, hacer á mi hijo único el hombre de la Iglesia. » Ella puso los medios para conseguirlo, y lo consiguió.

Ella supo instruirle tan bien en la doctrina católica; ella le inspiró un amor tan tierno á Jesucristo y un celo tan ardiente por su religion, que Atanasio, siendo todavía niño, tenía el aspecto de un pequeño doctor, de un pequeño obispo, hallando su único recreo en imitar las funciones del sacerdote y del obispo entre los niños de su edad. Un solo pasaje nos hará conocer la educacion que este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

admirable niño recibió de su madre. Cierto dia, despues de haber instruido á muchos de aquellos niños, todavía idólatras, y de haberles persuadido que se hiciesen cristianos, los bautizó á todos. San Alejandro, patriarca de Alejandría, hallándose casualmente en una ventana de su palacio, y habiendo presenciado esta escena, hizo llamar al pequeño Atanasio, y le preguntó: «¿Qué has hecho? —Nada, respondió el niño, más que lo que hace la Iglesia; yo he querido imitar á la Iglesia.» En efecto, encontrando el Pontífice que el bautismo habia sido administrado segun la intencion y con todas las formas exigidas por la Iglesia, declaró que aquellos niños habian sido bien bautizados, y prohibió que se les bautizase de nuevo. (Surius, *in Vita.*)

Cuando, elevado más tarde á la silla patriarcal de Alejandría, se dedicó á combatir el arrianismo con el prodigio de su ciencia y con el poder de su palabra, las mujeres católicas le ayudaban con sus esfuerzos, excitaban su celo y sostenian su valor. Cuando le arrojan de su silla, le destierran de su patria y le persiguen de muerte como á una fiera en África, en Asia y en Europa, por causa de su fervor y de su constancia en defender la divinidad del Salvador, las mujeres tambien son las que le ocultan á las pesquisas de sus enemigos; le alimentan, le consuelan y le proporcionan los medios para evadirse de los lazos que le tiende la herejía, conservando de de este modo por mucho tiempo la vida de aquel poderoso atleta de Jesucristo, de aquel gran campeon de la Iglesia Despues veremos á la célebre Melania la Mayor dejar á Roma y dirigirse á Egipto, con el único objeto de cuidar á San Atanasio y velar por la conservacion de sus preciosos dias. No sabemos si un hombre ha hecho jamas otro tanto. Sólo la mujer católica es capaz de tanta abnegacion.

San Gregorio de Nacianzo, llamado *el Teólogo* por la profundidad, la extension y la ortodoxia de sus conocimientos en la ciencia de los libros santos; San Gregorio de Nacianzo, el oráculo de los obispos, el alma de los Concilios, el amigo de San Basilio, el maestro de San Jerónimo, la mayor lumbrera que ha aparecido jamas sobre la silla de Constantinopla; el más grande y el más célebre de los Padres griegos despues de San Atanasio, y una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia universal, debió su grandeza á una mujer; porque habiéndole obtenido de Dios Santa Nona por sus oraciones, y habiéndole consagrado á la Iglesia desde su nacimiento, lo instruyó segun el espíritu de la Iglesia y lo hizo tan grande en la Iglesia. Hácia mediados del siglo IV habia en Nacianzo un hombre de costumbres muy puras, aunque pagano, de la secta de los hypsistarios, llamados así porque hacian profesion de adorar al Dios altísimo, en griego *hypsiste.* Este hombre se llamaba Gregorio, y estaba casado con Nona, cristiana muy distinguida por su nacimienio, por su talento y por sus virtudes. Esta fué su mayor felicidad, pues por las exhortaciones de su esposa, y más áun por sus oraciones á Dios y por el espectáculo de su dolor y de su piedad, se convirtió él al Cristianismo. Habiendo oido Santa Nona que el obispo Leoncio pasaria por Nacianzo para ir al Concilio de Nicea, le rogó que se detuviese en su casa, y le confió su esposo á fin de que le confirmase en la santa resolucion que acababa de tomar de hacerse cristiano, y le acabase de instruir. Habiendo dejado poco que hacer sobre esta particular á los ministros de la Iglesia el celo de su santa esposa y el cuidado que ella habia tenido en darle á conocer la religion cristiana, Gregorio recibió muy pronto el bautismo; y, ¡cosa maravillosa! al salir de la sagrada fuente apareció rodeado de una luz tan extraordinaria, que el obispo de Nacianzo, que le bautizaba, exclamó: «Este hombre va á reflejar una gran luz en la Igiesia, y él será mi sucesor.» (S. Gregorio Nacianzeno, Orat. XIX.) El hecho vino á cumplir la prediccion. No contenta Nona con haber hecho de su esposo un gran cristiano, quiso hacer de él un gran obispo. Ella habia tenido ya de su matrimonio tres hijos; por consiguiente, aconsejó á su esposo, y obtuvo de él, que viviesen, como dos hermanos, en una completa continencia, y que se consagrasen al Señor por el voto de castidad. Habiendo recibido las órdenes poco tiempo despues, fué elevado á la dignidad episcopal en la misma ciudad; y áun cuando comenzó muy tarde sus estudios eclesiásticos, Santa Nona le habia inspirado un celo tan grande por las doctrinas católicas, que Gregorio supo preservar su rebaño del error arriano, que infestaba entónces todo el Oriente. Lo que esta mujer admirable habia hecho con su esposo, lo hizo tambien con un éxito todavía más brillante con su hijo primogénito, que se llamaba tambien Gregorio, como su padre. Apénas le dió á luz, cuando lo ofreció al Señor y puso en sus pequeñas manos la Escritura Santa. Ella no se proponía en este acto otro fin que el de santificarle con el contacto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Código sagrado; y sin embargo, ella anunció por este acto, sin apercibirse de ello, lo que este niño habia de ser despues: el más grande intérprete de este libro divino. Desde sus primeros años le inspiró ella el mayor horror al pecado y el más grande amor á la virginidad, y de este modo hizo de él un ángel de pureza. Siendo todavía muy jóven, tuvo un dia un sueño misterioso, él creyó ver á su lado dos jóvenes de la misma edad, de una rara belleza, vestidas de blanco, sin adornos y con la mayor modestia. Ellas le acariciaban como á su hijo. Arrebatado de gozo, les pregunta su nombre; la una de ellas le dice: «Yo me llamo *Castidad*»; y la otra. «Yo me llamo *Templanza*. (S. Greg. Naz., Cánon I.) Nosotras estamos siempre ante el trono de Jesucristo, en compañía de las milicias celestiales; vén con nosotras, y te elevarémos á la luz de la Trinidad inmortal.» Dicho esto, se elevaron al cielo, y siguiéndolas con la vista, despertó, y desde entónces se consagró al Señor con el voto de virginidad.

Despues de haber conseguido la santa madre formar el corazon de este hijo de bendicion para la piedad y la virtud, se apresuró á formar su espíritu con el estudio de la literatura y de las ciencias, á fin de que pudiese servir á la Iglesia tanto por su saber como por sus ejemplos. Ella le envió primero á Cesárea para estudiar la Retórica, y despues á Aténas para aprender la Filosofía. La juventud que estudiaba en estas dos ciudades era muy corrompida; sin embargo, el jóven Gregorio, no olvidando los consejos de su madre ni las prácticas religiosas que ella le habia enseñado, se conservó intacto y no tuvo más amigo íntimo que Basilio, que en su juventud mostraba tambien la pureza de un ángel y la gravedad y la sabiduría de un anciano; porque las grandes almas, lo mismo que los grandes talentos, se adivinan y se comprenden cuasi sin hablarse. Este jóven Basilio fué despues San Basilio el Grande, tan grande como San Gregorio Nacianzeno en el mundo y en la Iglesia, y el amigo más tierno de toda su vida. Santa Nona no fué ménos dichosa con sus otros dos hijos. Éstos fueron San Cesáreo, que empleado en el palacio del emperador Juliano, rehusó su empleo y se expuso al ódio de este tirano cuando se declaró apóstata del Cristianismo; y Santa Gorgonia, el modelo de las esposas cristianas. San Gregorio, su hermano, hace el panegírico de ellos (Orat. II), y la Iglesia los cuenta en el número de los santos. ¡Ved aquí, pues, una familia

entera, padre, madre é hijos, santificada por la santidad y el celo de una mujer! De este modo dió Santa Nona, en la persona de su hijo San Gregorio, uno de los más grandes doctores á la Iglesia.

El mismo San Basilio, ese prodigio de inocencia y de penitencia, de la ciencia sagrada y de todas las ciencias profanas, y de celo y de fortaleza en la confesion y en la defensa del dogma católico; San Basilio, ese insigne doctor que tanto ilustró la Iglesia, fué tambien obra de la providencia de Dios, pero por el auxilio de la mujer. Su padre se llamaba tambien Basilio, y su madre Emelia, y los dos se cuentan en el número de los santos. San Basilio el padre descendia de padres cristianos, que, desterrados por Jesucristo á las selvas del Ponto, habian muerto todos ellos en la confesion de la fe, á excepcion de Santa Macrina, su tia, que habia sobrevido milagrosamente á sus tormentos. El padre de Santa Emelia habia sufrido tambien el martirio en la persecucion de Galerio. Tales eran los abuelos y los padres de San Basilio, el doctor de la Iglesia.

Su tia, Santa Macrina, habia sido instruida en la religion por San Gregorio Taumaturgo, y vivia aún cuando el pequeño Basilio vino al mundo. Por consiguiente, su santa madre, que queria hacer de él un santo, despues de haberlo ofrecido á Dios, lo confió todavía niño á esta mártir viviente de la fe, y ella fué quien le sirvió de madre, quien le dió su primera educacion, y le instruyó en las puras doctrinas de la fe y en los sentimientos de piedad que ella habia aprendido en la escuela de San Gregorio. (San Gregorio Naz. Orat. XX.) Más tarde reconoció San Basilio como uno de los más grandes beneficios de Dios haber sido educado por tal mujer, y se gloriaba de ello. Su padre, hombre sabio y cristiano fervoroso, quiso servirle de preceptor en la literatura, miéntras que Santa Macrina y Santa Emelia le afirmaban en la religion y en la santidad con sus instrucciones y sus cuidados. Bajo la direccion de tales maestros no es extraño que á la edad de diez y ocho años fuese ya Basilio un verdadero santo, de tal modo, que, enviado á Aténas para completar sus estudios, se atrajo la estimacion y la admiracion de todos sus compañeros, y la amistad de San Gregorio Nacianzeno, tanto por la elevacion de su espíritu como por la severidad de sus costumbres. Otra mujer contribuyó tanto como su tia y como su madre á formar el espíritu y el corazon de San Basilio: ésta fué su hermana, la mayor de los diez hijos que Basilio el padre y Emelia tuvieron de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su matrimonio. Ésta se llamaba tambien Macrina, como su tia, para perpetuar así en la familia la memoria de las virtudes de aquella fervorosa cristiana. En efecto, la pequeña Macrina copió en sí la santidad de su tia, y sus hermanos debieron tambien á sus instrucciones y á sus sublimes ejemplos sus progresos en la santidad; porque estos diez hijos fueron todos santos, y cinco de ellos se veneran en los altares, que son: Santa Macrina, vírgen; San Basilio, obispo de Cesárea y doctor de la Iglesia; San Gregorio, tambien doctor y obispo de Niza; San Pedro, obispo de Sebaste, y San Navarcino el Solitario.

Santa Emelia, dichosa por haber formado esta familia de santos, de obispos y de doctores con el auxilio de su tia y de su hija, despues de la muerte de su santo esposo se retiró, en compañía de Santa Macrina, á un monasterio, donde la madre y la hija continuaron, con sus inspiraciones y sus ejemplos, encaminando á todos los miembros de esta familia privilegiada á la más alta perfeccion, sosteniéndolos en sus combates, y excitando su celo para la defensa de la religion. Cuando murió Santa Emelia de una edad muy avanzada en el monasterio, no tuvo á su lado nada más que á Santa Macrina, su primera hija, y á San Pedro, obispo de Sebaste, su hijo menor. Hallándose cada uno de ellos á un lado de su lecho, la santa madre, tomándolos de la mano y elevando sus ojos al cielo, dijo: «Señor, yo os ofrezco, segun vuestra ley, las primicias y el diezmo de mis hijos.» (S. Greg. Naz., *in Vit. S. Macrin.*)

La muerte de Santa Macrina, su hija, no fué ménos preciosa á los ojos del Señor. Habiendo afligido profundamente la muerte de San Basilio á su hermano San Gregorio de Niza, fué éste á ver á su hermana para recibir de ella algun consuelo; pero la encontró enferma con una fiebre muy violenta. Ella no tenía otro lecho que una tabla, y otra tabla atravesada por su cabecera. Su conversacion recayó sobre la muerte de su comun hermano, y San Gregorio, que lo amaba tiernamente, no pudo contener su emocion y prorumpió en llanto. Pero Santa Macrina, á quien la violencia del mal no privaba de su gran espíritu de fe y de su valor, procuró consolarle con un sublime discurso sobre la providencia de Dios, sobre el estado de las almas despues de la muerte y sobre la vida futura. San Gregorio sintió tanto consuelo como emocion. Él creia oir hablar, no á su vírgen hermana, sino á un doctor. Él conservó tan bien este

discurso en la memoria, que cuando volvió á su casa compuso de él su admirable *Tratado del alma y de la resurreccion*, que se ha conservado. Se ve, pues, que muchas obras de los Padres de la Iglesia son debidas á la mujer católica, que las inspiró ó que suministró el pensamiento y el fondo de ellas.

Al dia siguiente de este coloquio recibió Santa Macrina los sacramentos de los moribundos, y sintiéndose próxima á morir, dijo á San Gregorio: «Hermano, cuando muera, te pido que me cierres tú mismo, con tus dedos consagrados, los ojos y la boca.» Éstas fueron sus últimas palabras; porque oyendo á sus hermanas cantar las vísperas, se unió á ellas para cumplir en lo posible, hasta su último momento, este deber. Se puso, pues, á orar, pero con una voz tan débil, que apénas podia entenderse. Sin embargo, ella juntaba las manos y hacía la señal de la cruz sobre sus ojos, sobre su boca y sobre su corazon; y finalmente, en el momento mismo en que se acabó la oracion de la tarde en la Iglesia, hizo ella una gran señal de la cruz sobre su rostro, y entregó su espíritu á Dios.

Se hallaban presentes una viuda distinguida, llamada Vestiana, y la diaconisa Lampadia, que habian cuidado á la santa enferma. San Gregorio les pregunta si su santa hermana habia dejado algun hábito nuevo para amortajar su cuerpo, segun costumbre. Lampadia responde llorando: «¡Ay, santo obispo, ella no tenía lo que pedís! ¿Veis ese manto roto, ese viejo velo que cubre su cabeza, y esas sandalias usadas? Pues ésa era toda su riqueza.» San Gregorio se vió, por consiguiente, en la necesidad de dar uno de sus mantos para envolver el santo cuerpo. Arreglando Vestiana la toca de la difunta, le quitó el collar que tenía puesto y lo mostró á San Gregorio. Era un cordon basto, del que pendia una cruz de hierro y un anillo del mismo metal, que la noble esposa de Jesucristo llevaba siempre sobre su corazon. El santo obispo quiso dividir esta herencia; él tomó el anillo para sí y dió la cruz á Vestiana, que le dijo: «Vos habeis elegido bien»; porque el anillo estaba hueco y contenia un pedacito de la verdadera cruz.

Pasaron toda la noche cantando salmos, como en las fiestas de los mártires. Cuando amaneció, acudió por todas partes una multitud inmensa para venerar los restos mortales de la ilustre vírgen cuya piedad y cuya caridad habian formado la gloria y la ventura de toda la comarca. El obispo de la diócesis se presentó con todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su clero. Se ordenó el pueblo en dos coros: los hombres con los monjes, y las mujeres con las vírgenes del monasterio. San Gregorio y el obispo diocesano cargaron con el ataud donde reposaba el santo cuerpo, ayudados de los dos principales del clero. Dos filas de diáconos y de ministros iban delante del cuerpo con hachas de cera encendidas. Cantaban salmos á una voz, de un extremo á otro de la inmensa procesion. La multitud era tan grande, que no podian caminar sino con mucha lentitud; de modo que fué necesario emplear cuasi todo el dia para recorrer la distancia de una legua, que separaba el monasterio del lugar de la sepultura. Esta era la iglesia tan célebre de los *Santos cuarenta mártires*, á la que profesaba una devocion especial toda la familia de la Santa. Su padre Basilio y su madre Emelia estaban sepultados en ella. Cuando llegaron á la iglesia, San Gregorio hizo abrir la tumba de su familia, y ayudado del obispo colocó el cuerpo de Santa Macrina, como ella lo habia deseado, junto al cuerpo de Santa Emelia, su madre. Concluido todo, se postró San Gregorio sobre la tumba, y con una veneracion profunda besó el polvo de ella. Tenemos estas particularidades tan edificantes, del mismo San Gregorio de Niza, que se hizo el historiador y el panegirista de su santa madre y de su santa hermana, y que en nombre de la Iglesia, y en compañía de otros ministros de la Iglesia, les tributó los más grandes honores. Estos homenajes eran debidos con justicia á aquellas dos mujeres, que habian formado á dos doctores de la Iglesia, y que habian dado á la Iglesia una legion de santos.

§ XX.—Continuacion del mismo asunto.—Cómo Antusa educó á San Juan Crisóstomo, su hijo.—Santa Olimpiades y otras santas mujeres compañeras suyas.—Sus virtudes, su afecto sublime á San Juan Crisóstomo y á la Iglesia.—Santa Olimpiades encargada por su santo obispo del cuidado de la Iglesia de Constantinopla.—San Juan Crisóstomo fué sostenido y justificado sólo por la Santa Sede y por las mujeres.

San Juan, llamado despues Crisóstomo, ó Boca de Oro, por su admirable elocuencia, debió tambien al amor cristiano de Antusa, su madre, sus sublimes sentimientos de fe, el desarrollo de todas las facultades y, en una palabra, todo cuanto contribuyó á hacerlo tan grande en la Iglesia. Habiendo quedado viuda Antusa á la edad

de veinte años, renunció á un nuevo matrimonio, que la hubiera hecho feliz segun el mundo, para consagrar todos sus cuidados y toda su vida á la educacion de su hijo único. Su primer cuidado fué el de grabar profundamente en el alma de su hijo los principios de la religion, el amor á la pureza, el desprecio de las cosas de la tierra y el deseo de los bienes del cielo. Al mismo tiempo nada omitió, ni áun las más duras privaciones, para atender á los gastos de la instruccion de su hijo en la Retórica, en la Filosofía y en todas las demas ciencias. Dios bendijo los sacrificios de esta madre cristiana. Siendo Juan todavía jóven, se hizo admirar por su alejamiento del mundo y por su amor á la soledad, adonde iba á refugiarse, á pesar de su madre, que, creyendo ver en su hijo una lumbrera capaz de esparcir un dia una gran luz en la Iglesia, no podia resignarse á verle ocultarse bajo el celemin de la vida monástica.

San Juan Crisóstomo dice que las mujeres pueden tomar parte, lo mismo que los hombres, en los combates por la causa de Dios y de la Iglesia. (Epist. 124, *ad Ital.*) Pues bien, la vida entera del mismo Santo es prueba brillante de la verdad de esta observacion. Educado por una mujer con la mayor perfeccion, las mujeres fueron tambien quienes le hicieron conocer y apreciar, y quienes le hicieron elevarse al lugar, que le correspondia, de la primera silla episcopal de la Iglesia, despues de la de Roma; ellas tambien participaron de sus luchas, y le sostuvieron en sus combates por la causa de Dios y de la Iglesia. Su madre, que vivia aún, viéndole obligado por la córte á transigir con el cisma, le exhortó valerosamente á que se desterrase por su voluntad, ántes que hacer una cosa indigna de un obispo católico. (Chrysost., Epist. 137.)

Existia en Constantinopla una jóven de un elevado nacimiento, inmensamente rica, recomendable por su rara belleza, y mucho más por los conocimientos de toda especie que adornaban su espíritu, y por todas las virtudes cristianas que embellecian su corazon. Habiendo quedado viuda de Membridio, prefecto de la capital del Imperio, á los veinte meses de su matrimonio, Olimpiades, que éste era su nombre, resolvió no tener en adelante más esposo que Jesucristo, más hijos que los pobres, ni más objetos de sus cuidados y de su afecto que la Iglesia, á la que se dedicó totalmente, despues de haber recibido la imposicion de las manos de las diáco-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su clero. Se ordenó el pueblo en dos coros: los hombres con los monjes, y las mujeres con las vírgenes del monasterio. San Gregorio y el obispo diocesano cargaron con el ataud donde reposaba el santo cuerpo, ayudados de los dos principales del clero. Dos filas de diáconos y de ministros iban delante del cuerpo con hachas de cera encendidas. Cantaban salmos á una voz, de un extremo á otro de la inmensa procesion. La multitud era tan grande, que no podian caminar sino con mucha lentitud; de modo que fué necesario emplear cuasi todo el dia para recorrer la distancia de una legua, que separaba el monasterio del lugar de la sepultura. Esta era la iglesia tan célebre de los *Santos cuarenta mártires*, á la que profesaba una devocion especial toda la familia de la Santa. Su padre Basilio y su madre Emelia estaban sepultados en ella. Cuando llegaron á la iglesia, San Gregorio hizo abrir la tumba de su familia, y ayudado del obispo colocó el cuerpo de Santa Macrina, como ella lo habia deseado, junto al cuerpo de Santa Emelia, su madre. Concluido todo, se postró San Gregorio sobre la tumba, y con una veneracion profunda besó el polvo de ella. Tenemos estas particularidades tan edificantes, del mismo San Gregorio de Niza, que se hizo el historiador y el panegirista de su santa madre y de su santa hermana, y que en nombre de la Iglesia, y en compañía de otros ministros de la Iglesia, les tributó los más grandes honores. Estos homenajes eran debidos con justicia á aquellas dos mujeres, que habian formado á dos doctores de la Iglesia, y que habian dado á la Iglesia una legion de santos.

§ XX.—Continuacion del mismo asunto.—Cómo Antusa educó á San Juan Crisóstomo, su hijo.—Santa Olimpiades y otras santas mujeres compañeras suyas.—Sus virtudes, su afecto sublime á San Juan Crisóstomo y á la Iglesia.—Santa Olimpiades encargada por su santo obispo del cuidado de la Iglesia de Constantinopla.—San Juan Crisóstomo fué sostenido y justificado sólo por la Santa Sede y por las mujeres.

San Juan, llamado despues Crisóstomo, ó Boca de Oro, por su admirable elocuencia, debió tambien al amor cristiano de Antusa, su madre, sus sublimes sentimientos de fe, el desarrollo de todas las facultades y, en una palabra, todo cuanto contribuyó á hacerlo tan grande en la Iglesia. Habiendo quedado viuda Antusa á la edad

de veinte años, renunció á un nuevo matrimonio, que la hubiera hecho feliz segun el mundo, para consagrar todos sus cuidados y toda su vida á la educacion de su hijo único. Su primer cuidado fué el de grabar profundamente en el alma de su hijo los principios de la religion, el amor á la pureza, el desprecio de las cosas de la tierra y el deseo de los bienes del cielo. Al mismo tiempo nada omitió, ni áun las más duras privaciones, para atender á los gastos de la instruccion de su hijo en la Retórica, en la Filosofía y en todas las demas ciencias. Dios bendijo los sacrificios de esta madre cristiana. Siendo Juan todavía jóven, se hizo admirar por su alejamiento del mundo y por su amor á la soledad, adonde iba á refugiarse, á pesar de su madre, que, creyendo ver en su hijo una lumbrera capaz de esparcir un dia una gran luz en la Iglesia, no podia resignarse á verle ocultarse bajo el celemin de la vida monástica.

San Juan Crisóstomo dice que las mujeres pueden tomar parte, lo mismo que los hombres, en los combates por la causa de Dios y de la Iglesia. (Epist. 124, *ad Ital.*) Pues bien, la vida entera del mismo Santo es prueba brillante de la verdad de esta observacion. Educado por una mujer con la mayor perfeccion, las mujeres fueron tambien quienes le hicieron conocer y apreciar, y quienes le hicieron elevarse al lugar, que le correspondia, de la primera silla episcopal de la Iglesia, despues de la de Roma; ellas tambien participaron de sus luchas, y le sostuvieron en sus combates por la causa de Dios y de la Iglesia. Su madre, que vivia aún, viéndole obligado por la córte á transigir con el cisma, le exhortó valerosamente á que se desterrase por su voluntad, ántes que hacer una cosa indigna de un obispo católico. (Chrysost., Epist. 137.)

Existia en Constantinopla una jóven de un elevado nacimiento, inmensamente rica, recomendable por su rara belleza, y mucho más por los conocimientos de toda especie que adornaban su espíritu, y por todas las virtudes cristianas que embellecian su corazon. Habiendo quedado viuda de Membridio, prefecto de la capital del Imperio, á los veinte meses de su matrimonio, Olimpiades, que éste era su nombre, resolvió no tener en adelante más esposo que Jesucristo, más hijos que los pobres, ni más objetos de sus cuidados y de su afecto que la Iglesia, á la que se dedicó totalmente, despues de haber recibido la imposicion de las manos de las diáco-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nisas. Así es que, cuando el Emperador quiso casarla con Elpidio, uno de sus propios parientes, ella lo rehusó, diciendo: «Si Dios hubiera querido que yo viviese con un hombre, no me hubiera quitado á mi esposo. Su muerte me indica suficientemente que Dios no me ha creido á propósito para tales obligaciones.» Irritado el Emperador con tal repulsa, mandó al prefecto de Constantinopla que quitase á la jóven viuda la administracion de todos sus bienes, que la pusiesen bajo la tutela más rigorosa, y que la molestase de mil maneras hasta que consintiese en el matrimonio que se le habia propuesto. Pero Olimpiades, en un noble y hermoso cuerpo, poseia un alma noble y bella, con toda la nobleza y con toda la belleza de los principios y de las esperanzas de la fe. Ella, por consiguiente, dió esta respuesta al Emperador: «Señor, por las disposiciones que habeis tomado respecto á mí me habeis mostrado una bondad digna de un emperador y una caridad digna de un obispo, porque es una felicidad para mí hallarme libre de la pesada carga de mis bienes, que me tenía abrumada. Vos obraréis todavía mejor si mandais que se distribuyan á los pobres y á las iglesias, porque hay ya mucho tiempo que temo envanecerme de esta distribucion, ó de adherirme á los bienes temporales con perjuicio de las riquezas eternas.» Movido el Emperador por esta sencilla pero sublime respuesta, é informado de su modo de vivir, revocó sus órdenes, y le volvió la administracion de sus bienes.

Paladio, que nos ha trasmitido estas particularidades, nos hace tambien de Santa Olimpiades el retrato que sigue: «Ella no comia nada que hubiera tenido vida; obligada á tomar baños por sus indisposiciones del estómago, entraba en el baño con su túnica puesta; sus vigilias eran largas, su humildad extrema, su caridad sin límites; ella visitaba á los enfermos, asistia á los huérfanos, á las viudas y á los ancianos, y protegia á las vírgenes. Ella daba limosnas á las iglesias, á los hospitales, á los presos y á los desterrados; ella redimia á los cautivos y distribuia sus riquezas por toda la tierra. Ella fué honrada con la amistad de muchos santos obispos, entre otros, los dos hermanos de San Basilio, San Gregorio de Niza y San Pedro de Sebaste, San Anfiloquio y San Optimo, obispo de Antioquía, que murió en Constantinopla, y á quien ella cerró los ojos. Ella hizo tambien los más grandes servicios á Acasio y á Severino, que despues se convirtieron en sus perseguidores. Pero especialmente San Juan Crisóstomo, desde que fué patriarca de Constantinopla, encontró en esta incomparable mujer la discípula más afecta á su persona, la vengadora más intrépida de su ortodoxia, la más activa auxiliar de su ministerio en toda clase de buenas obras, y la compañera más fiel de sus triunfos. Ella le descargó del cuidado de su alimento, porque el santo obispo no tomaba cosa alguna de las rentas de la Iglesia, y recibia diariamente de ella sus alimentos, para poder ocuparse únicamente de la salvacion de los demas. Al mismo tiempo Santa Olimpiades sostenia el valor y excitaba el celo del clero, instruia á los infieles, espiaba las tramas de los herejes, deshacia sus intrigas, descubria sus errores, é indicaba á su primer pastor los lugares donde debia fijar la atencion, y que debia castigar con el poder de su palabra y con la fuerza de su autoridad. Ningun apostolado de mujer fué más fecundo ni más eficaz. Despues de haber admirado en San Juan Crisóstomo á uno de los padres más grandes de la Iglesia, no puede ménos de admirarse en Santa Olimpiades á una de las madres más fervorosas de la misma Iglesia.

Nectario la consultaba sobre los negocios de la Iglesia, y á ella en particular, y á sus santas compañeras, encomendó San Juan Crisóstomo, al partir para su destierro, el rebaño de la Iglesia, que iba á ser devorado por los lobos, á causa del patriarca intruso y cismático que le habia sustituido en la silla de Constantinopla. Á Santa Olimpiades se habian asociado otras muchas viudas y vírgenes de distincion, en la gran obra de sostener, bajo la direccion del clero, la fe católica en Constantinopla, en unas circunstancias tan difíciles. Tales eran, entre otras, Santa Pentalia, viuda del cónsul Timaso; Santa Silvia, viuda de Nembridio; Prócula y Sabiniana, todas cuatro diaconisas; tales eran tambien Basiana, Calcidia, Asintricia, á quienes las cartas de San Juan Crisóstomo nos han dado á conocer, y Santa Nicarades, vírgen, de una de las familias más nobles de Nicomedia, tan célebre por su caridad en socorrer con su persona y sus bienes á los pobres enfermos, y más aún por su humildad, pues á pesar de las muchas instancias que le habia hecho San Juan Crisóstomo, jamas habia querido ser elevada, por creerse indigna de ello, al grado de las diaconisas, ni aceptar la direccion de las *vírgenes eclesiásticas*, es decir, de aquellas vírgenes consagradas á Dios que no estaban encerradas en los conventos, sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que vivian en casa de sus padres, y cuyo catálogo tenía la Iglesia.

En el momento de dejar San Juan Crisóstomo su ciudad episcopal, y despues de haber dado á su clero el beso de paz con lágrimas en los ojos, pasando á la capilla del presbiterio, donde estas santas mujeres se encontraban reunidas, les dijo: «Venid, hijas mias, y escuchadme. Mi fin se acerca, segun creo; yo he terminado mi carrera, y tal vez no me volveréis á ver. Lo que exijo de vosotras es que vuestro afecto á la Iglesia no disminuya; que continueis sirviendo á la Iglesia con el mismo ardor y el mismo cuidado, y que cuando alguno haya sido ordenado (patriarca de Constantinopla), sin haberlo solicitado, y por el consentimiento de todos, inclineis la frente ante él como ante mí; porque la Iglesia no puede estar sin obispo. Y como vosotras quereis que Dios os conceda su misericordia, acordaos de mí en vuestras oraciones.» En los dias que precedieron á la partida del santo pastor para su destierro, como muchas veces habian atentado contra su vida, estas admirables mujeres organizaron una guardia, compuesta de los más celosos del pueblo, dividido entónces en diversos bandos, que se sucedian los unos á los otros, y velaban dia y noche al rededor del palacio episcopal.

Á pesar del secreto que se habia guardado acerca del lugar del destierro del santo obispo, y del camino que debia seguir para ir á él, Santa Olimpiades lo averiguó todo, y tomó tales disposiciones, que el Santo encontró en todas partes un alojamiento decoroso entre personas de distincion, y fué reconocido y honrado en todas partes como el hombre más grande de la Iglesia y el más noble confesor de la fe. No contenta Santa Olimpiades con haberle suministrado el dinero que necesitaba al tiempo de su partida, tomó sus disposiciones para donde quiera que llegaba lo encontrase en tanta abundancia, que, como él mismo nos lo dice en su carta á la gran señora Carteria (Epist. 183), no sólo podia atender á todas sus necesidades, sino tambien socorrer á los pobres y redimir á los cristianos cautivos, á quienes enviaba libres á su patria. Habiendo sabido Santa Olimpiades que el venerable anciano sufria muchos trabajos durante su camino, por el rigor de la estacion, y mucho más por la ferocidad de sus guardias, envió á la diaconisa Sabiniana para que le buscase, le siguiese por todas partes, y se quedase para cuidar de él. Sabiniana llegó en efecto á Cucusa, en Armenia,

en el desierto del monte Tauro, el mismo dia que San Juan Crisóstomo, despues de setenta dias de un penoso viaje, y no lo abandonó hasta su muerte. El clero del lugar recibió á esta noble vírgen con los testimonios del mayor respeto y de la mayor veneracion. ¡Cuán bello era ver entónces á aquellas mujeres católicas, consagradas con tanta abnegacion á conservar la vida de su legítimo pastor, á quien el furor de una mujer hereje, la emperatriz Eudoxia, perseguia de muerte, y en cuyo favor nada se atrevian á hacer los hombres! Esto es, sin embargo, lo que sucede siempre. Los confesores de la fe encuentran siempre en el camino á la mujer católica para que los consuele, porque Dios le ha dado, entre otras, esta noble y benéfica mision.

Su viaje, pues, fué más bien una marcha de triunfo que un viaje de destierro. Los obispos, el clero y los católicos de los lugares por donde pasaba salian á su encuentro á la distancia de muchas leguas, y se postraban á sus piés. Pero los testimonios más afectuosos y más respetuosos le fueron tributados por las mujeres. Cuando entró en Capadocia, las vírgenes consagradas á Dios de toda la comarca salieron á su encuentro, llorando y diciendo: «Mejor fuera que el sol hubiera retirado sus rayos que ver la boca de Juan en silencio.» (S. Chrysost., Epist. 143.) Los agentes y los administradores de las señoras de Constantinopla salian tambien á su encuentro, ofreciéndole toda clase de consuelos, segun las órdenes que habian recibido de sus señoras. Saliendo de Cesárea en una litera, como se hallase muy fatigado, la viuda Seleucia, señora principal de la ciudad, le obligó á detenerse en una casa suya á cinco millas de distancia, haciéndola rodear por sus criados para custodiar al Santo.

Mas para aumentar la gloria de estas admirables mujeres, dispuso Dios que al mérito de haber consolado á su obispo pudiesen añadir el de participar de su martirio. El mismo dia de la partida del noble confesor se prendió fuego al palacio episcopal, sin que jamas se pudiese saber cómo, y fué reducida á cenizas la iglesia, con los edificios contiguos á ella, excepto una pequeña sacristía, donde se conservaban los vasos sagrados. Desde la iglesia las llamas atravesaron la plaza, sin hacer daño ninguno al pueblo, ni tocar ninguno de los edificios que encontraron al paso, y prendieron en el palacio del Senado, teatro de todas las injusticias, y lo reduje-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ron á pavesas. Un incendio tan inteligente era sin duda alguna milagroso; era un efecto de la venganza divina por el crímen del destierro del más grande hombre de la Iglesia. Sin embargo, la córte quiso echar la culpa á sus amigos, para poder aprisionarlos y matarlos con este pretexto. Los amigos de San Juan Crisóstomo eran todos los cristianos de Constantinopla, que por lo mismo eran el blanco del ódio de los cismáticos, que los perseguian y los ridiculizaban con el apodo de *juanistas*. Santa Olimpiades estaba á la cabeza de ellos. Ella fué presa la primera en compañía de Santa Pentalia, que llevada ante el tribunal, en la plaza pública, para ser interrogada acerca del incendio, dijo: «Yo no he vivido de tal manera que pueda ser sospechosa de haber puesto fuego á la iglesia, supuesto que he empleado mis bienes en multiplicar y restaurar las iglesias.» Confundido el magistrado con esta respuesta, que la nobleza y la dignidad de la acusada hacian más imponente, afectando un tono dulce y suave, principió á aconsejarla que comunicase con el obispo intruso. Olimpiades le respondió: «Por más que hagais, no entraré jamas en una comunion que la religion me prohibe.» Santa Pentalia y las demas piadosas mujeres de la asociacion del pastor desterrado respondieron con la misma firmeza y con el mismo carácter, por lo cual se las absolvió de la demanda, temiendo al pueblo que comenzaba á amotinarse en defensa de aquellas santas é ilustres matronas, á quienes miraba como el más bello adorno de la ciudad de Constantinopla, y como la gloria de la Iglesia.

En consecuencia de este proceso, Santa Olimpiades y Santa Pentalia creyeron que, para conjurar la tormenta que iba á estallar sobre los católicos, sus hermanos, sería prudente retirarse de Constantinopla por algun tiempo. Pero habiendo sabido esta resolucion San Juan Crisóstomo, que no estaba todavía léjos de esta ciudad, les apartó de su propósito por una carta que les dirigió, en la que les decia que «su presencia era necesaria donde se hallaban, para animar y asistir á los perseguidos.» (Epist. 19.)

En efecto, ninguna persecucion fué más hipócrita ni más cruel al mismo tiempo que la que el patriarca usurpador Acacio, de acuerdo con el príncipe opresor, hizo á los católicos de Constantinopla que habian permanecido fieles á la fe católica y á su legítimo pastor. El cisma y la herejía persiguiendo al Catolicismo, sin ceder

en nada en punto á ferocidad al paganismo cuando persigue al Cristianismo, le exceden siempre en hipocresía y en bajeza. La inmensa multitud de *juanistas*, hombres y mujeres, eclesiásticos y legos, fueron aprisionados y sufrieron horribles tormentos. Los palos y los azotes, el hierro y el fuego les fueron aplicados con una profusion horrible, y pereció un gran número de ellos en los más inauditos tormentos. San Eutropio y San Tigrio se señalaron de una manera especial en este combate, por el heroísmo de su paciencia y por la firmeza de su confesion; la Iglesia los venera como mártires. En medio de esta tormenta, los obispos y los sacerdotes, dispersos, desterrados, aprisionados ó muertos, habian desaparecido cuasi todos. Por consiguiente, la guía y el cuidado del rebaño fiel, cuyos pastores habian sido heridos, quedaron confiados, como sucede en semejantes circunstancias, á las mujeres, y éstas cumplieron su mision.

Santa Olimpiades y sus santas compañeras visitaban á los católicos aprisionados, los alimentaban, los consolaban y los defendian por todos los medios de que podian disponer, y sostenian su valor en las más rudas pruebas. Ellas presidian las reuniones de los fieles, y separaban al pueblo de la comunion sacrílega con Acacio, el lobo feroz que la córte habia arrojado en medio del rebaño; ellas conservaban á este rebaño en la fe y en la comunion de su legítimo pastor.

Se hubiera dicho que San Juan Crisóstomo habia nombrado á Santa Olimpiades su vicario general para que le representase en su ausencia, y gobernase la grande é importante iglesia de Constantinopla, privada de su pastor.

Se conservan muchas de las cartas que San Juan Crisóstomo escribió durante su destierro; las más considerables son las que escribió á Santa Olimpiades. En una de ellas le decia: «Haced todos los servicios que podais al obispo Marutas; haced los mayores esfuerzos para retirarle del precipicio (este obispo habia cuasi flaqueado en la persecucion). Procurad saber de él por qué ha ido y qué es lo que ha hecho, y hacédmelo saber. Si le habeis dado mis cartas, que os diga si ha hecho alguna cosa más en ese país, y si piensa hacer todavía algun bien. Tened un cuidado especial con lo que os voy á decir. Los monjes godos me han dicho que el diácono Meduario ha llevado á ésa la noticia de que Aubino, aquel gran obispo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que yo ordené tiempo há y envié á la Gotia, ha muerto despues de haber hecho allí grandes cosas; y que trae tambien cartas del rey de los godos, en que pide que se le envie un obispo. Hacedle diferir su viaje (es decir, retardad, impedid la presentacion de sus cartas). Si las cartas llegasen en este momento, en que un patriarca cismático se halla á la cabeza del patriarcado de Constantinopla, tendria yo mucho disgusto al ver que el nuevo obispo que se ha de enviar á la Gotia era ordenado por los que han hecho tanto mal. Haced, pues, lo posible por impedirlo, pero sin ruido; haced, si es posible, que Meduario venga secretamente aquí; esto sería muy importante; pero si esto no es posible, haced lo que se pueda.» (Epist. 14.) Estas cartas son muy gloriosas para su autor. Ellas nos manifiestan que el santo patriarca, alejado corporalmente de su iglesia, á la distancia de más de seiscientas leguas, estaba presente en ella con su espíritu, y se ocupaba sériamente de las iglesias nacientes que dependian de su patriarcado. Pero las mismas cartas son todavía más gloriosas para la persona á quien fueron dirigidas. Ellas prueban la confianza que San Juan Crisóstomo tenía en el celo de Santa Olimpiades, en la sabiduría de sus consejos y en el poder de su actividad para los grandes intereses de la Iglesia. Ellas prueban que Santa Olimpiades estaba encargada por su obispo de impedir la caida de los obispos débiles y de trabajar en la eleccion de buenos obispos, es decir, de los negocios más importantes y más delicados de la administracion episcopal. Estas cartas prueban, en fin, que si el pueblo de Constantinopla, en la ausencia de su verdadero pastor, no fué arrastrado á la apostasía, fué por el cuidado y la actividad de esta incomparable mujer y de sus compañeras; y que por medio de ellas, como por sus principales agentes, continuó San Juan Crisóstomo gobernando su iglesia en los tres años de su destierro.

Entre tanto, estas santas mujeres no cesaban de hacer todos los esfuerzos posibles por justificar á San Juan Crisóstomo á la faz del mundo, y hacerle volver de su injusto destierro. Y tantas gestiones habian hecho, que la revocacion del destierro estaba ya cuasi decidida por los hombres, cuando Dios llamó á aquel gran confesor de la fe del destierro de este mundo á la patria del cielo. Si estas queridas hijas no tuvieron el consuelo de volver á ver á su santo padre vivo, tuvieron al ménos la satisfaccion de asistir á la vueltade su

santo cuerpo á Constantinopla, en medio de las lágrimas de arrepentimiento de la córte misma, y de los homenajes afectuosos del pueblo, lo cual fué para San Juan Crisóstomo un grande y bello triunfo.

El Soberano Pontífice, ante quien encuentra siempre proteccion y justicia el clero perseguido por el poder temporal en las diversas partes del mundo, hizo todo lo posible por defender á San Juan Crisóstomo miéntras vivió, y por vengar su memoria despues de su muerte. San Inocencio gobernaba entónces la Iglesia universal. Este celoso Pontífice le dirigió desde luégo cartas de *comunion con la Santa Sede*, en las que le consolaba y le animaba á sufrir con paciencia la persecucion por la causa de la verdadera fe, con el testimonio de su buena conciencia. San Juan Crisóstomo se llenó de consuelo con estas cartas, y tributó al Papa en la forma más respetuosa y más afectuosa el más vivo reconocimiento. Al mismo tiempo escribió San Inocencio en los términos más enérgicos al Emperador y al pueblo de Constantinopla, declarándoles que Acacio era un patriarca intruso, y que Juan era su pastor legítimo. Él envió tambien cartas á los obispos de todo el Oriente, en las que justificaba de todas las acusaciones al santo obispo desterrado, y le llamaba *el primero de nuestros hermanos, que está íntimamente unido á Nos por la sociedad de la misma fe.*

Pero la mujer católica tampoco fué extraña á la brillante justicia que la Santa Sede hizo entónces á las virtudes y al mérito de San Juan Crisóstomo; porque desde los primeros momentos de la persecucion envió el santo obispo á Roma uno de sus sacerdotes para que informase al Soberano Pontífice de lo que sucedia en Constantinopla, y no le dió más cartas de recomendacion que para las santas matronas Santa Falconia, Santa Juliana y Santa Demetriades (de quienes hablarémos despues), en cuyos corazones se habia refugiado entónces toda la grandeza del carácter romano, cuyo celo por la fe y cuyo afecto á la Iglesia se habian hecho célebres en toda la Iglesia. Á ellas encomendó el príncipe de la elocuencia cristiana los negocios de su Iglesia y sus propios negocios; ellas fueron las que ilustraron la opinion romana é informaron al Sumo Pontífice de la cualidad de los hombres, y de las verdaderas causas que turbaban todo el Oriente; de modo que San Juan Crisóstomo no encontró apoyo en su administracion ni consuelo en sus penas, sino

en el corazon del Pontífice y en el corazon de la mujer católica; y su historia no es otra cosa que un magnífico argumento en favor de la justicia de la Santa Sede y de la adhesion de la mujer católica á los intereses de la Iglesia.

§ XXI.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, instruidos tambien por las mujeres.—San Agustin y Santa Mónica.—San Jerónimo, dedicado por causa de las mujeres al estudio de la Escritura Santa.—Sus inmortales cartas son una inspiracion de ellas.—San Ambrosio debió á su madre y á Santa Marcelina, su hermana, su espíritu de pureza.—Se deben tambien á Santa Marcelina los libros *De las vírgenes*, de este doctor.—Confesion que él hace de que la vida santa de las vírgenes fué lo que le suministró el asunto y las bellezas de estos libros.

Si de los cuatro Padres principales de la Iglesia griega pasamos á considerar los cuatro Padres principales de la Iglesia latina, San Agustin, San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio el Grande, hallarémos que éstos tambien debieron en gran parte á las mujeres el haber sido tan grandes bajo el aspecto de la doctrina y de la santidad.

En cuanto á San Agustin, es indudable que Santa Mónica, con sus oraciones y sus lágrimas, le dió á luz más felizmente á la vida de la gracia que á la vida de la naturaleza. Pueden verse en la quinta homilía sobre *las mujeres del Evangelio* los dolores y las penas que esta heroica madre sufrió para atraer á Agustin al Cristianismo; de modo que á una mujer es á quien debe la Iglesia, despues de Dios, este gran genio, el primero de sus doctores, cuyo maestro fué San Pablo, y cuyo comentador fué Santo Tomás.

San Jerónimo tenía un gusto innato por los libros santos; pero este gusto se desarrolló en él, y se aumentó hasta el punto de hacerle el intérprete más grande del sagrado Código, por la influencia del espíritu cristiano y de la piedad de las mujeres. Él mismo nos dice que, habiéndole obligado Santa Paula y su hija Santa Eustoquia á recorrer con ellas los dos Testamentos (1), y exigiéndole que les diese á conocer su sentido espiritual, le pusieron en la

(1) « Paula compelit me ut vetus et novum Testamentum, icum filia, me disserente, perlegeret. (*Ad Eustoch., De laud. S. P.*)

necesidad de penetrar cada vez más este sentido importante, y de enriquecerse cada vez más con aquella ciencia con que enriqueció despues á la Iglesia. Las santas mujeres de su escuela, de quienes hablarémos despues, le pusieron tambien en la necesidad de traducir del original hebreo el Antiguo Testamento. No hay más que recorrer los prefacios de sus sabios comentarios sobre los diferentes libros de la *Biblia*, dedicados cuasi todos á las mujeres, para convencer de que él se dedicó á aquellos grandes trabajos por sus instigaciones y por sus súplicas. Es indudable que Dios, como la Iglesia lo ha reconocido, hizo de San Jerónimo el más grande doctor de la Iglesia con respecto á la ciencia de los libros santos (1); pero fué por el concurso y las santas inspiraciones de las mujeres (2).

En cuanto á la obra maestra de sus cartas, á las que no existe nada semejante en ninguna lengua, y que han sido y serán siempre la admiracion de los verdaderos teólogos, de los verdaderos poetas y de los verdaderos literatos, es indudable que deben particularmente á la influencia de la mujer católica esa uncion piadosa, esos pensamientos delicados, esos movimientos afectuosos y ese ascetismo encantador que forman su principal mérito. « La casta sociedad de las mujeres, dice M. Capefigo, le habia dado una exaltacion íntima y entusiasta por todo lo que era puro y noble en ellas. Con esta exaltacion ardiente defendió la virginidad de María. (*Contra Elvidium.*) La antigüedad no ofrece otro modelo superior á las cartas de San Jerónimo, dirigidas á la noble y piadosa Paula. San Jerónimo arrebata, porque habla á los sentimientos más verdade-

(1) « Deus, qui B. Hieronymum, in interpretandis Scripturis, doctorem maximum effecisti. » (*Orat. Mis.*)

(2) Lo más admirable es que, despues del Pontífice romano, las personas que más le obligaban á hacer estos trabajos, y que los dividian en cierto modo con él, hasta el punto de aprender el hebreo, fueron las primeras señoras de Roma, las descendientes de los Escipiones, de los Gracos, de los Paulo Emilios, de los Fabios, de los Marcelos y de los Julios; las hijas, las esposas y las viudas de los prefectos y de los cónsules. Una de las mayores ocupaciones del santo doctor, durante su permanencia en Roma, fué la de responder á las señoras romanas que le consultaron acerca de la Escritura Santa. Pues por mucho cuidado que su modestia le hizo tener para evitar su encuentro, ellas lo tenian mucho mayor para buscarlo. (Rohrbacher, *Hist. Eccl.*, t. VI, pág. 183.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el corazon del Pontífice y en el corazon de la mujer católica; y su historia no es otra cosa que un magnífico argumento en favor de la justicia de la Santa Sede y de la adhesion de la mujer católica á los intereses de la Iglesia.

§ XXI.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, instruidos tambien por las mujeres.—San Agustin y Santa Mónica.—San Jerónimo, dedicado por causa de las mujeres al estudio de la Escritura Santa.—Sus inmortales cartas son una inspiracion de ellas.—San Ambrosio debió á su madre y á Santa Marcelina, su hermana, su espíritu de pureza.—Se deben tambien á Santa Marcelina los libros *De las vírgenes*, de este doctor.—Confesion que él hace de que la vida santa de las vírgenes fué lo que le suministró el asunto y las bellezas de estos libros.

Si de los cuatro Padres principales de la Iglesia griega pasamos á considerar los cuatro Padres principales de la Iglesia latina, San Agustin, San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio el Grande, hallarémos que éstos tambien debieron en gran parte á las mujeres el haber sido tan grandes bajo el aspecto de la doctrina y de la santidad.

En cuanto á San Agustin, es indudable que Santa Mónica, con sus oraciones y sus lágrimas, le dió á luz más felizmente á la vida de la gracia que á la vida de la naturaleza. Pueden verse en la quinta homilía sobre *las mujeres del Evangelio* los dolores y las penas que esta heroica madre sufrió para atraer á Agustin al Cristianismo; de modo que á una mujer es á quien debe la Iglesia, despues de Dios, este gran genio, el primero de sus doctores, cuyo maestro fué San Pablo, y cuyo comentador fué Santo Tomás.

San Jerónimo tenía un gusto innato por los libros santos; pero este gusto se desarrolló en él, y se aumentó hasta el punto de hacerle el intérprete más grande del sagrado Código, por la influencia del espíritu cristiano y de la piedad de las mujeres. Él mismo nos dice que, habiéndole obligado Santa Paula y su hija Santa Eustoquia á recorrer con ellas los dos Testamentos (1), y exigiéndole que les diese á conocer su sentido espiritual, le pusieron en la

(1) « Paula compelit me ut vetus et novum Testamentum, icum filia, me disserente, perlegeret. (*Ad Eustoch., De laud. S. P.*)

necesidad de penetrar cada vez más este sentido importante, y de enriquecerse cada vez más con aquella ciencia con que enriqueció despues á la Iglesia. Las santas mujeres de su escuela, de quienes hablarémos despues, le pusieron tambien en la necesidad de traducir del original hebreo el Antiguo Testamento. No hay más que recorrer los prefacios de sus sabios comentarios sobre los diferentes libros de la *Biblia*, dedicados cuasi todos á las mujeres, para convencer de que él se dedicó á aquellos grandes trabajos por sus instigaciones y por sus súplicas. Es indudable que Dios, como la Iglesia lo ha reconocido, hizo de San Jerónimo el más grande doctor de la Iglesia con respecto á la ciencia de los libros santos (1); pero fué por el concurso y las santas inspiraciones de las mujeres (2).

En cuanto á la obra maestra de sus cartas, á las que no existe nada semejante en ninguna lengua, y que han sido y serán siempre la admiracion de los verdaderos teólogos, de los verdaderos poetas y de los verdaderos literatos, es indudable que deben particularmente á la influencia de la mujer católica esa uncion piadosa, esos pensamientos delicados, esos movimientos afectuosos y ese ascetismo encantador que forman su principal mérito. « La casta sociedad de las mujeres, dice M. Capefigo, le habia dado una exaltacion íntima y entusiasta por todo lo que era puro y noble en ellas. Con esta exaltacion ardiente defendió la virginidad de María. (*Contra Elvidium.*) La antigüedad no ofrece otro modelo superior á las cartas de San Jerónimo, dirigidas á la noble y piadosa Paula. San Jerónimo arrebata, porque habla á los sentimientos más verdade-

(1) « Deus, qui B. Hieronymum, in interpretandis Scripturis, doctorem maximum effecisti. » (*Orat. Mis.*)

(2) Lo más admirable es que, despues del Pontífice romano, las personas que más le obligaban á hacer estos trabajos, y que los dividian en cierto modo con él, hasta el punto de aprender el hebreo, fueron las primeras señoras de Roma, las descendientes de los Escipiones, de los Gracos, de los Paulo Emilios, de los Fabios, de los Marcelos y de los Julios; las hijas, las esposas y las viudas de los prefectos y de los cónsules. Una de las mayores ocupaciones del santo doctor, durante su permanencia en Roma, fué la de responder á las señoras romanas que le consultaron acerca de la Escritura Santa. Pues por mucho cuidado que su modestia le hizo tener para evitar su encuentro, ellas lo tenian mucho mayor para buscarlo. (Rohrbacher, *Hist. Eccl.*, t. VI, pág. 183.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ros y más dulces, á aquella sociedad de vírgenes y de santas matronas que le rodeaban, y que estaban tan unidas á su persona *como á la columna de la Iglesia*. San Jerónimo, el amigo y el protector de los desgraciados, es el escritor de las mujeres, su consejero tan dulce, que ninguna alma puede dejar de adherirse á la suya; él las consuela en sus vivas aflicciones.» (*Les premier quatre siècles de l'Eglise*, t. III, pág. 308.)

San Ambrosio debe tambien, y mucho más que San Jerónimo, á la influencia de la mujer católica el desarrollo de su genio y ese espíritu de dulzura que constituye el fondo de su carácter y el encanto de su estilo. Siendo todavía jóven su santa madre, y habiendo perdido á su esposo, llevó sus tres hijos á Roma, y les educó allí tan cristianamente, que hizo de ellos tres santos: éstos son, Santa Marcelina, San Sátiro y el mismo San Ambrosio. Pero encantada especialmente de la belleza del alma del último de sus hijos, tuvo esta santa mujer un gran cuidado de que la conservase pura de toda mancha. Muerta la madre de San Ambrosio, se encargó su hermana, la santa vírgen Marcelina, de inspirarles los piadosos sentimientos y el amor á la pureza, de que estaba penetrada ella misma, y que formaba la admiracion de Roma. Su piedad era tan grande, que cuando se encontraba un obispo se ponia de rodillas ante él, y le besaba respetuosamente la mano; de tal manera que el jóven Ambrosio, presentándole un dia la suya, le dijo sonriendo: «Arrodíllate tambien delante de mí, y besa esta mano, porque yo tambien seré obispo.» Él creia entónces que se chanceaba; pero aquella chanza fué una profecía. Mas lo que hizo célebre á la hermana de San Ambrosio fué la generosidad con que renunció á los más nobles y ricos matrimonios, se consagró á Dios, y recibió públicamente de manos del Papa el velo de las vírgenes, el dia de Navidad, en la iglesia de San Pedro. El mismo San Ambrosio, así como nos ha trasmitido el elogio de su santo hermano (*In obitu fratris Satyri*), nos ha referido tambien la edificante ceremonia de la consagracion de su santa hermana, y nos ha conservado el magnífico discurso que el papa San Liberio hizo en esta ocasion. (*De virginibus*, lib. III, cap. I.) ¡Dichosa vírgen, que tuvo á San Ambrosio por historiador y á San Liberio por panegirista! ¡Oh, cuán bello era ver entónces en San Ambrosio y Santa Marcelina, doblemente hermanos por la sangre y por la pureza, las

azucenas del hermano enlazadas con las azucenas de la hermana, y de aquellas dos almas virginales exhalándose al cielo y esparciéndose por la Iglesia el delicioso perfume de la santa virginidad!

Al cuidado tan grande que la madre y la hermana de San Ambrosio tuvieron de su infancia, debe él haber conservado intacto el lirio de su virginidad, y ser por excelencia el padre vírgen de la Iglesia, digno, por sus libros *De las vírgenes*, de cantar en un estilo virginal los méritos y la gloria de la virginidad cristiana. Estas mismas mujeres inspiraron tambien á San Ambrosio tanto amor á los libros santos, que, siendo todavía jóven, lego y catecúmeno, los leia dia y noche; él los habia aprendido de memoria, y en medio de las graves ocupaciones que le abrumaban, como gobernador que era de la Liguria y de la Emilia, eran el objeto de sus meditaciones y de sus delicias. Esto nos explica cómo este lego, hecho de pronto obispo, se encontró tan adelantado en la ciencia del dogma cristiano, que á los tres años de su consagracion se le consideraba como el principal doctor de la Iglesia.

Es indudable que á su hermana Santa Marcelina se debe que él escribiera sus libros *De las vírgenes*. Esta ilustre vírgen se hallaba en Roma miéntras que su hermano, creado obispo poco despues por aclamacion del pueblo, predicaba en Milan sobre esta noble y delicada materia. Y habiendo tenido sus discursos el más feliz éxito y el más grande eco en toda Italia, Santa Marcelina felicitó por cartas al jóven orador; y como ella no habia podido oirlos, le pidió, le conjuró y le obligó á que pusiese en órden sus discursos y se los enviase escritos para que le sirviesen de provecho y de recreo. Esto fué lo que hizo San Ambrosio, reuniendo en tres libros, titulados *De las vírgenes*, los sermones que habia predicado sobre esta materia, y á esto debemos esas verdaderas obras maestras de la más alta elocuencia y de la más sublime poesía.

La idea de la pureza tiene un poder divino, que le es propio, y que áun en medio de una sociedad disoluta encanta y arrebata las imaginaciones desengañadas. Por esta predicacion virginal recogió San Ambrosio grandes frutos y adquirió una reputacion inmensa. Desde el fondo de su soledad le escribia el gran doctor de la Iglesia para fortalecerle en la mision que habia emprendido de preservar las costumbres cristianas de la corrupcion general, exaltando la castidad y la virginidad, y para manifestarle el ardiente deseo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tenía de abrazar, ántes de morir, al misionero, al apóstol de la más bella virtud del Evangelio. Muchas vírgenes, no sólo de toda Italia, sino tambien de la Mauritania, se dirigian á Milan para recibir de manos del santo arzobispo el velo de su consagracion. Sus palabras tenian tanto atractivo, que las madres mundanas encerraban á sus hijas para que no asistiesen á sus discursos, y quisiesen ir á consagrarse al Señor. Pero es necesario observar que, segun el mismo San Ambrosio, y áun ántes que él hubiese comenzado á predicar sobre la virginidad, existia un gran número de almas que habiendo abrazado esta profesion sublime, vivian reunidas, trabajando, no sólo para vivir, sino tambien para dar limosnas, y tenian un celo y una industria singular para atraer otras jóvenes á esta santa profesion. (*De virgin.*, lib. I, c. X.) Ellas no vivian en convento, sino en casa de sus padres; ellas se reunian algunas veces en la iglesia, donde tenian un lugar separado para conferenciar entre sí, y distribuirse las obras de la instruccion religiosa de las mujeres y de la caridad. (*Ad virg. laps.*) Es, pues, indudable que estos ejemplos ejercieron una gran influencia sobre el entendimiento y el corazon de San Ambrosio, que de ellos tomó ese santo entusiasmo de la virginidad, que es la flor inmaculada de sus himnos, el encanto de todos sus escritos, y en particular del *De las vírgenes*.

Por lo demas, el mismo San Ambrosio lo ha confesado explícitamente en estas dulces y afectuosas palabras con que termina su hermosa obra dedicada á las vírgenes: «Ved aquí, santas vírgenes, les dice, los pequeños dones que os he preparado. Áun no hay tres años que soy sacerdote; por consiguiente, una larga experiencia no ha podido sugerirme lo que os he dicho. No es doctor de la religion el que no ha pasado de novicio. Pero lo que mi experiencia no ha podido enseñarme, me lo ha enseñado vuestra conducta y vuestras costumbres. Las flores que encontraréis tal vez en esta obra, sabed que las he recogido de vuestro seno, es decir, de vuestra vida. No tanto son preceptos que doy á las vírgenes, como ejemplos tomados de la conducta de las vírgenes; y que yo presento á la vista de todo el mundo. Mi discurso no ha hecho otra cosa que trazar aquí la imágen de vuestra virtud. En este tratado vais á ver, como en un espejo, el retrato de vuestra vida, radiante de luz. Si en él encontrais alguna gracia, vosotras me la habeis inspirado. Todo cuanto este libro contenga de bueno, os pertenece. Yo debí excitar por este

medio el amor de la desposada (de la vírgen cristiana consagrada á Jesucristo). Supuesto que se trata de nupcias, debí embellecer los cabellos de la esposa, al ménos con los adornos y las gracias de la palabra; debí esparcir rosas sobre su tálamo misterioso y eterno. Así como en las nupcias temporales se felicita á la desposada ántes de mandarle, por temor de que el amor retroceda ante la severidad de los preceptos, si se encuentra expuesto á las pruebas ántes de haberse afirmado por las caricias, de la misma manera en estas nupcias espirituales debí procurar que la vírgen sagrada pudiera complacerse en su piadoso amor, ver y admirar, desde su entrada en el aposento nupcial, las columnas coronadas de guirnaldas de hojas inmortales, y los piés dorados de su tálamo celestial; debí hacer que experimentase interiormente la satisfaccion de ser aplaudida por los coros de sus ángeles, por miedo de que, asustada y temorosa del yugo del Señor, pensase en sustraerse á él áun ántes que se le mandase someterse á él.»

§ XXII.—Digresion sobre San Hilario, San Paulino y San Remigio, y sobre lo que ellos debieron á las mujeres.—San Gregorio el Grande formado á la santidad y á la vida religiosa por su madre.—Monumento por el que le manifestó su reconocimiento.—La madre de San Isidoro formando de sus diez hijos otros tantos santos.

Antes de tratar de San Gregorio el Grande, el último de los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, debemos detenernos unos instantes para manifestar nuestro reconocimiento á las santas mujeres que nos han dado algunos de los Padres anteriores á él, como son San Hilario, San Paulino y San Remigio. De San Leon trataremos despues.

Santa Quieta, madre de San Hilario por la sangre, fué tambien su única madre en la fe. Por sus exhortaciones el jóven Hilario, hijo de un padre pagano, estudió profundamente la religion al mismo tiempo que la filosofía, hasta el punto de llegar á reconocer que la verdad se encuentra únicamente en el Cristianismo, y hacerse, por consiguiente, cristiano. Habiendo muerto su madre, su esposa, cuyo nombre se ignora, y su hija única, llamada Apra, convertida de nuevo al Cristianismo, tuvieron el cuidado de instruir á su esposo

que tenía de abrazar, ántes de morir, al misionero, al apóstol de la más bella virtud del Evangelio. Muchas vírgenes, no sólo de toda Italia, sino tambien de la Mauritania, se dirigian á Milan para recibir de manos del santo arzobispo el velo de su consagracion. Sus palabras tenian tanto atractivo, que las madres mundanas encerraban á sus hijas para que no asistiesen á sus discursos, y quisiesen ir á consagrarse al Señor. Pero es necesario observar que, segun el mismo San Ambrosio, y áun ántes que él hubiese comenzado á predicar sobre la virginidad, existia un gran número de almas que habiendo abrazado esta profesion sublime, vivian reunidas, trabajando, no sólo para vivir, sino tambien para dar limosnas, y tenian un celo y una industria singular para atraer otras jóvenes á esta santa profesion. (*De virgin.*, lib. I, c. X.) Ellas no vivian en convento, sino en casa de sus padres; ellas se reunian algunas veces en la iglesia, donde tenian un lugar separado para conferenciar entre sí, y distribuirse las obras de la instruccion religiosa de las mujeres y de la caridad. (*Ad virg. laps.*) Es, pues, indudable que estos ejemplos ejercieron una gran influencia sobre el entendimiento y el corazon de San Ambrosio, que de ellos tomó ese santo entusiasmo de la virginidad, que es la flor inmaculada de sus himnos, el encanto de todos sus escritos, y en particular del *De las vírgenes*.

Por lo demas, el mismo San Ambrosio lo ha confesado explícitamente en estas dulces y afectuosas palabras con que termina su hermosa obra dedicada á las vírgenes: «Ved aquí, santas vírgenes, les dice, los pequeños dones que os he preparado. Áun no hay tres años que soy sacerdote; por consiguiente, una larga experiencia no ha podido sugerirme lo que os he dicho. No es doctor de la religion el que no ha pasado de novicio. Pero lo que mi experiencia no ha podido enseñarme, me lo ha enseñado vuestra conducta y vuestras costumbres. Las flores que encontraréis tal vez en esta obra, sabed que las he recogido de vuestro seno, es decir, de vuestra vida. No tanto son preceptos que doy á las vírgenes, como ejemplos tomados de la conducta de las vírgenes; y que yo presento á la vista de todo el mundo. Mi discurso no ha hecho otra cosa que trazar aquí la imágen de vuestra virtud. En este tratado vais á ver, como en un espejo, el retrato de vuestra vida, radiante de luz. Si en él encontrais alguna gracia, vosotras me la habeis inspirado. Todo cuanto este libro contenga de bueno, os pertenece. Yo debí excitar por este

medio el amor de la desposada (de la vírgen cristiana consagrada á Jesucristo). Supuesto que se trata de nupcias, debí embellecer los cabellos de la esposa, al ménos con los adornos y las gracias de la palabra; debí esparcir rosas sobre su tálamo misterioso y eterno. Así como en las nupcias temporales se felicita á la desposada ántes de mandarle, por temor de que el amor retroceda ante la severidad de los preceptos, si se encuentra expuesto á las pruebas ántes de haberse afirmado por las caricias, de la misma manera en estas nupcias espirituales debí procurar que la vírgen sagrada pudiera complacerse en su piadoso amor, ver y admirar, desde su entrada en el aposento nupcial, las columnas coronadas de guirnaldas de hojas inmortales, y los piés dorados de su tálamo celestial; debí hacer que experimentase interiormente la satisfaccion de ser aplaudida por los coros de sus ángeles, por miedo de que, asustada y temorosa del yugo del Señor, pensase en sustraerse á él áun ántes que se le mandase someterse á él.»

§ XXII.—Digresion sobre San Hilario, San Paulino y San Remigio, y sobre lo que ellos debieron á las mujeres.—San Gregorio el Grande formado á la santidad y á la vida religiosa por su madre.—Monumento por el que le manifestó su reconocimiento.—La madre de San Isidoro formando de sus diez hijos otros tantos santos.

Antes de tratar de San Gregorio el Grande, el último de los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, debemos detenernos unos instantes para manifestar nuestro reconocimiento á las santas mujeres que nos han dado algunos de los Padres anteriores á él, como son San Hilario, San Paulino y San Remigio. De San Leon trataremos despues.

Santa Quieta, madre de San Hilario por la sangre, fué tambien su única madre en la fe. Por sus exhortaciones el jóven Hilario, hijo de un padre pagano, estudió profundamente la religion al mismo tiempo que la filosofía, hasta el punto de llegar á reconocer que la verdad se encuentra únicamente en el Cristianismo, y hacerse, por consiguiente, cristiano. Habiendo muerto su madre, su esposa, cuyo nombre se ignora, y su hija única, llamada Apra, convertida de nuevo al Cristianismo, tuvieron el cuidado de instruir á su esposo

y padre en las costumbres y en la práctica de la vida cristiana. Y consiguieron tan bien su objeto, que Hilario, en medio de las ocupaciones del siglo, no estudiaba más que los libros santos, y que, á pesar de ser lego, estaba considerado á los ojos de los fieles como poseedor de la gracia del sacerdocio. Esto hizo que, habiendo quedado viudo, y consagrándose á Dios su hija por el voto de virginidad, el pueblo de Poitiers le aclamó por unanimidad, y le obtuvo por obispo de aquella diócesis. De este modo concurrieron tres mujeres cristianas á formar el gran doctor de la Iglesia, la principal gloria de la Gaula cristiana despues de San Ireneo; el teólogo de la Trinidad, el azote del arrianismo, el maestro de San Martin, el padre de un pueblo de santos, el primer intérprete latino de los Evangelios, ante quien se inclina el genio de San Jerónimo con admiracion y respeto.

San Paulino, obispo de Nola, se santificó por el trato con su esposa Teresa, por cuyos consejos, mucho ántes de recibir las órdenes, se habia obligado á vivir en una perfecta continencia. ¡Cuán hermoso era ver al santo obispo, al gran teólogo, al escritor elocuente, al maestro de Sulpicio Severo, al amigo de los más grandes hombres de su siglo, retirado en la iglesia donde reposaban las reliquias del mártir San Félix, considerándose como el portero de ella, porque él mismo la abria todas las mañanas, la barria diariamente y la custodiaba de noche! Pero ¡cuán hermoso era tambien verle emplear todos sus bienes en alimentar y vestir á los pobres de toda la comarca, en librar de la prision á los deudores insolventes, en redimir á los cautivos; y cuando habia agotado todos sus recursos, venderse él mismo por esclavo á los bárbaros, para librar de sus manos al hijo de la viuda! Pero él tuvo mucho tiempo á su lado una mujer angelical, que fomentaba en él estos piadosos sentimientos y estos prodigios de caridad, que le hicieron la admiracion y las delicias del mundo.

San Remigio, el grande y digno sucesor de San Hilario en la interpretacion de los libros santos; ese hombre tan extraordinario, que apénas contaba veinte años cuando el pueblo de Reims fué á buscarle á Leon para elevarle por fuerza al episcopado, es tambien una de las mayores glorias de la Gaula, bajo el aspecto científico y político, lo mismo que bajo el aspecto cristiano. Habiendo sido su vida tan larga como prodigiosa, en los setenta y cuatro años que

ocupó la silla episcopal de Reims puede decirse que gobernó todas las demas iglesias de la Gaula, dando al clero el primer código de su conducta, y á los obispos la regla para gobernar el rebaño del Señor. (Surius, *in Vita.*) San Remigio fué tambien un gran apóstol de las Gaulas, despues de San Martin, y el hombre más elocuente de su siglo; Taumaturgo, profeta legado del papa San Hormisdas para arreglar á su arbitrio los negocios de la religion en toda la Gaula cristiana, que comprendia toda la parte occidental de Europa y una gran porcion de la Alemania, y ademas fué un gran hombre de Estado. El reino de Francia, como verémos despues, le debe tanto ó más que la Iglesia. No sólo constituyó él en todo el rigor de las palabras la grande y bella iglesia de Francia que, apénas nacida, engendró otras muchas, sino que siendo el apóstol y el consejero de Clodoveo, constituyó tambien el reino cristianísimo de Francia, modelo y apoyo de todos los reinos cristianos. Pues bien, á las mujeres debe la Iglesia y el Estado un hombre tan grande. Habiéndole dado á luz Santa Cilinia en una edad muy avanzada, le consideraba como una cosa sagrada, le miraba como una reliquia, y le educó con un cuidado especial para Dios y para la Iglesia; le penetró del espíritu del Cristianismo, é hizo de él un santo áun ántes que llegase á ser hombre. San Montano, el solitario, anunciando á su madre este niño del prodigio, le habia anunciado que sería la salvacion de los pueblos y el restaurador del reino. *Populorum salutem et regni restauratorem futurum.* Esta bella y magnífica profecía fué confirmada por un milagro. San Montano era ciego, y habia dicho tambien á Santa Cilinia: «Cuando hayais dado á luz el niño que os anuncio, y á quien llamaréis Remigio, ungiréis mis ojos con algunas gotas de vuestra leche, y me volveréis la vista»; lo que sucedió en efecto como el santo hombre lo habia anunciado. (*Vida de San Remigio.*) Siendo San Remigio hijo de una santa, tuvo otra santa por nodriza, que fué Santa Balsamia, contada tambien en el número de los santos, y madre de San Celsino, discípulo y colaborador de San Remigio en su doble apostolado religioso y político.

Así, pues, anunciado y bendecido por un santo, áun ántes de nacer, engendrado por una santa, alimentado por una santa, y teniendo un santo por hermano de leche y por compañero, criado en una atmósfera de santidad, no es extraño que fuese un prodigio de santidad. Así es como los santos forman los santos, especialmente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando la mujer católica se mezcla en ello, porque ella, mejor que el hombre católico, sabe imprimir la religion en el corazon de la vírgen y del niño por medio de la educacion, y formarlos para la santidad.

Más adelante verémos que á una mujer, á Santa Clotilde, esposa de Clodoveo, debió San Remigio, en gran parte, los triunfos que alcanzó sobre este rey y sobre sus pueblos, porque ella fué quien convirtió á su esposo; por consiguiente, las verdaderas grandezas de la Francia comenzaron por dos mujeres, una de las cuales, Santa Cilinia, le dió el más grande de sus obispos, y la otra, Santa Clotilde, el más grande de sus reyes.

Y San Gregorio, llamado con mucha razon el Grande, porque reunió en su persona toda especie de grandeza, la grandeza de la nobleza, la grandeza de la elocuencia, la grandeza de la doctrina, la grandeza del pontificado, y sobre todo, la grandeza de la santidad; San Gregorio, repito, tanto en lo moral como en lo físico, fué obra de Santa Silvia, su madre.

Casada esta noble matrona con Gerolino, senador de Roma y poseedor de una gran fortuna, hizo de su esposo un santo, porque habiendo tenido de su matrimonio al niño Gregorio, persuadió á Gerolino que se separasen los dos, para dedicarse enteramente al servicio de Dios. Gerolino recibió las órdenes, y murió siendo uno de los siete diáconos que en Roma tenian cuidado, cada uno en su demarcacion, de los enfermos y de los pobres. Santa Silvia se consagró al Señor con el voto de castidad, y se retiró á un pequeño oratorio hasta que Gregorio acabó sus estudios. Y así como ella habia conseguido santificar á su esposo, consiguió tambien santificar á su hijo; ella le inspiró tal desprecio de las riquezas, que el jóven Gregorio, cuando fué dueño de su fortuna, no hizo uso de ellas sino para socorrer á los pobres y fundar monasterios; sólo en Sicilia, donde poseia grandes bienes, fundó seis. Santa Silvia le infundió tambien un afecto tal á las cosas espirituales y á las prácticas religiosas, que Gregorio, áun en medio del mundo, vivia como un anacoreta. Él fué nombrado pretor de Roma siendo todavía muy jóven, y se hizo admirar en este importante cargo, tanto por su sabiduría y su justicia, como por el fervor de su piedad, la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida. Ella, en fin, le inspiró un gran afecto á la vida religiosa, santa y perfecta, y cuando le vió renunciar su cargo para hacerse monje, no sólo tuvo una extraordinaria alegría, sino que le ayudó y le animó á la vida penitente de su nueva profesion. Porque, en efecto, ella era quien le preparaba y le enviaba al monasterio del monte Celio, donde él se habia retirado, legumbres, y nada más que legumbres, para su alimento. (Surius, *in Vita.*)

El mismo San Gregorio quiso dejar un monumento de lo que él creia deber, como doctor, á la ilustrada piedad de su madre. Él la hizo pintar sentada á su lado, vestida con una túnica blanca, con el bonete de doctor en la cabeza, extendiendo los dedos de su mano derecha como para bendecir, y teniendo en la mano izquierda el libro de los salmos abierto, presentándolo á su hijo. ¡Ay, no es así como los cristianos de nuestros dias pueden hacer que retraten á sus madres! ¿Pero por qué éstas no educan cristianamente á sus hijos?

Más adelante verémos que, elevado San Gregorio al sumo pontificado de la Iglesia, hizo cosas grandes é importantes en beneficio de la Iglesia y de la humanidad, por el concurso de las mujeres.

Entre tanto, el mismo Santo nos recuerda á su amigo íntimo, San Isidoro de Sevilla, el santo más grande de España, el martillo de los arrianos, el apóstol de los bárbaros, uno de los padres, una de las columnas, una de las glorias de la Iglesia en el siglo VI; porque él hizo en España lo que Boecio y Casiodoro habian hecho en Italia; él dotó á su país de una enciclopedia completa de todas las ciencias. Pues bien, este grande hombre, tan célebre por su ciencia como por su santidad, fué tan santo y tan sabio porque su santa y sábia madre, Teodora, lo educó en la santidad y le hizo instruir en todas las ciencias, habiendo hecho ella, lo mismo que Santa Emilia, de su casa, la más noble de España, un seminario de santos y de doctores. En efecto, su talento elevado y su corazon cristiano dieron á la Iglesia, ademas de San Isidoro, otros dos santos y sabios obispos y otras dos hijas santas. El primero de estos venturosos hijos fué San Leandro, arzobispo de Sevilla; su segundo hermano fué el gran San Isidoro, su discípulo, y su sucesor en el apostolado de los bárbaros, en los combates contra los herejes y en la silla arzobispal de Sevilla; el tercero fué San Fulgencio, obispo de Cartagena; la cuarta fué Santa Florentina, vírgen, fundadora de muchos monasterios de vírgenes, que poseyó todas las virtudes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su madre, y las realzó con la renuncia que hizo del siglo, para servir á Dios en la profesion de la santa virginidad; y la última fué Santa Teodosia, esposa de Leovigildo y madre de San Hermenegildo, el glorioso mártir de la fe católica en España, cuyos triunfos cantó San Gregorio el Grande, y del santo rey Recaredo, apóstol de los pueblos, y fundador de la monarquía católica en España, como Clodoveo lo fué en Francia. ¡Dichoso el vientre que dió á luz, benditos los cuidados piadosos de las santas mujeres que educaron tales hijos para que fuesen la salvacion del Estado y la gloria de la Iglesia!

Ved aquí un pequeño compendio de las relaciones de la mujer católica con los padres de la Iglesia. Ahora vamos á ver cómo ayudó ella á estos grandes hombres á mantener la pureza del dogma y á formar las costumbres cristianas, con el magnífico espectáculo de sus virtudes, cuyo principal teatro fué Roma.

§ XXIII. — Prodigioso número de santas mujeres que habia en Roma en la época de los Padres. — Las dos Melanias. — Maravillas de su celo y de su adhesion á la causa católica. — Su generosidad con la Iglesia y con los pobres. — La jóven Melania convirtiendo á Voluciano, á quien San Agustin no habia podido convertir.

Al trazar M. Capefigo el cuadro de la magnífica época de los padres de la Iglesia, dice: «La Ciudad Eterna era entónces la residencia de una multitud de peregrinos, que de los cuatro extremos del mundo iban á saludar los sepulcros de Pedro y Paulo. En las iglesias se veia agruparse una multitud de matronas romanas, y ellas daban impulso á todos los sentimientos cristianos.» (*Les quatre premiers siècles.*, etc., tom. III, pág. 310.) Nada es más cierto que esto. Jamas, en ninguna época ni en ninguna ciudad, se han visto á un mismo tiempo tantas mujeres de la más alta distincion, profesando el Cristianismo en toda su perfeccion, como se vieron en Roma en la época de los Padres; por el concurso de tales heroínas consiguieron aquellos grandes hombres fijar las reglas de la vida cristiana, é infundir en los pueblos las costumbres del Cristianismo; por ellas principalmente se cumplió entónces el oráculo de

San Pablo, de que Roma difundiria por todo el mundo los rayos de su fe y de sus virtudes, y reformaria el mundo: *Fides vestra anuntiabitur in universo mundo.* (*Rom.*)

El primer lugar en aquella pléyada de santas que apareció entónces en el hermoso cielo de la Iglesia, lo ocupó Santa Melania, llamada la Mayor (para distinguirla de su nieta, que tenía el mismo nombre, y que se llama la Menor), tan célebre en la historia eclesiástica

Siendo Melania hija de Marcelino, cónsul en 341, y heredera de una inmensa fortuna, era la más ilustre de las señoras romanas de su tiempo. Sus padres la casaron con un elevado personaje del Imperio; pero habiendo perdido en un mismo año á su esposo y á dos de sus tres hijos, cuando no contaba más de veinte años de edad, sufrió esta desgracia con una fe viva y con una firmeza heroica. En vez de derramar lágrimas, no hacía más que repetir con una admirable tranquilidad estas bellas palabras de Job: «Dios me los habia dado, y Dios me los ha quitado; ¡sea bendito su nombre!» (Job.) Y renunciando al mundo, que jamas le habia interesado, se consagró enteramente á la Iglesia, y tomó á su cargo todas sus necesidades y todos sus intereses, en toda la extension del Imperio. Habiendo principiado los arrianos á perseguir á San Atanasio, dejó Melania al hijo único que le quedaba (que despues fué pretor de Roma), y se embarcó para Egipto para ir á sostener y á defender de las asechanzas de sus crueles enemigos á aquel nuevo evangelista, á aquel defensor intrépido de la divinidad de Jesucristo, á aquella gran columna de la Iglesia. Queriendo visitar á los anacoretas de las montañas de Nitria, en el alto Egipto, para instruirse con sus exhortaciones y edificarse con sus ejemplos, San Isidoro de Alejandría se creyó obligado á acompañarla en su viaje. Ella vió y veneró, entre otros, á San Pambon, aquel prodigio viviente de santidad, á quien ella hizo ricas ofrendas, y á quien quiso tener el honor de enterrar con sus propias manos cuando murió. Habiendo el emperador Valente dispersado ó hecho aprisionar, en ódio del Cristianismo, á aquellos santos solitarios, las mujeres católicas de Occidente se trasladaron al Oriente para honrar y socorrer á aquellos mártires de la penitencia, hechos confesores de la fe, venerados por todos los pueblos y perseguidos por los arrianos; y Melania fué la que se puso á la cabeza de aquellas expediciones de la fe y de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su madre, y las realzó con la renuncia que hizo del siglo, para servir á Dios en la profesion de la santa virginidad; y la última fué Santa Teodosia, esposa de Leovigildo y madre de San Hermenegildo, el glorioso mártir de la fe católica en España, cuyos triunfos cantó San Gregorio el Grande, y del santo rey Recaredo, apóstol de los pueblos, y fundador de la monarquía católica en España, como Clodoveo lo fué en Francia. ¡Dichoso el vientre que dió á luz, benditos los cuidados piadosos de las santas mujeres que educaron tales hijos para que fuesen la salvacion del Estado y la gloria de la Iglesia!

Ved aquí un pequeño compendio de las relaciones de la mujer católica con los padres de la Iglesia. Ahora vamos á ver cómo ayudó ella á estos grandes hombres á mantener la pureza del dogma y á formar las costumbres cristianas, con el magnífico espectáculo de sus virtudes, cuyo principal teatro fué Roma.

§ XXIII. — Prodigioso número de santas mujeres que habia en Roma en la época de los Padres. — Las dos Melanias. — Maravillas de su celo y de su adhesion á la causa católica. — Su generosidad con la Iglesia y con los pobres. — La jóven Melania convirtiendo á Voluciano, á quien San Agustin no habia podido convertir.

Al trazar M. Capefigo el cuadro de la magnífica época de los padres de la Iglesia, dice: «La Ciudad Eterna era entónces la residencia de una multitud de peregrinos, que de los cuatro extremos del mundo iban á saludar los sepulcros de Pedro y Paulo. En las iglesias se veia agruparse una multitud de matronas romanas, y ellas daban impulso á todos los sentimientos cristianos.» (*Les quatre premiers siècles.*, etc., tom. III, pág. 310.) Nada es más cierto que esto. Jamas, en ninguna época ni en ninguna ciudad, se han visto á un mismo tiempo tantas mujeres de la más alta distincion, profesando el Cristianismo en toda su perfeccion, como se vieron en Roma en la época de los Padres; por el concurso de tales heroínas consiguieron aquellos grandes hombres fijar las reglas de la vida cristiana, é infundir en los pueblos las costumbres del Cristianismo; por ellas principalmente se cumplió entónces el oráculo de

San Pablo, de que Roma difundiria por todo el mundo los rayos de su fe y de sus virtudes, y reformaria el mundo: *Fides vestra anuntiabitur in universo mundo.* (*Rom.*)

El primer lugar en aquella pléyada de santas que apareció entónces en el hermoso cielo de la Iglesia, lo ocupó Santa Melania, llamada la Mayor (para distinguirla de su nieta, que tenía el mismo nombre, y que se llama la Menor), tan célebre en la historia eclesiástica

Siendo Melania hija de Marcelino, cónsul en 341, y heredera de una inmensa fortuna, era la más ilustre de las señoras romanas de su tiempo. Sus padres la casaron con un elevado personaje del Imperio; pero habiendo perdido en un mismo año á su esposo y á dos de sus tres hijos, cuando no contaba más de veinte años de edad, sufrió esta desgracia con una fe viva y con una firmeza heroica. En vez de derramar lágrimas, no hacía más que repetir con una admirable tranquilidad estas bellas palabras de Job: «Dios me los habia dado, y Dios me los ha quitado; ¡sea bendito su nombre!» (Job.) Y renunciando al mundo, que jamas le habia interesado, se consagró enteramente á la Iglesia, y tomó á su cargo todas sus necesidades y todos sus intereses, en toda la extension del Imperio. Habiendo principiado los arrianos á perseguir á San Atanasio, dejó Melania al hijo único que le quedaba (que despues fué pretor de Roma), y se embarcó para Egipto para ir á sostener y á defender de las asechanzas de sus crueles enemigos á aquel nuevo evangelista, á aquel defensor intrépido de la divinidad de Jesucristo, á aquella gran columna de la Iglesia. Queriendo visitar á los anacoretas de las montañas de Nitria, en el alto Egipto, para instruirse con sus exhortaciones y edificarse con sus ejemplos, San Isidoro de Alejandría se creyó obligado á acompañarla en su viaje. Ella vió y veneró, entre otros, á San Pambon, aquel prodigio viviente de santidad, á quien ella hizo ricas ofrendas, y á quien quiso tener el honor de enterrar con sus propias manos cuando murió. Habiendo el emperador Valente dispersado ó hecho aprisionar, en ódio del Cristianismo, á aquellos santos solitarios, las mujeres católicas de Occidente se trasladaron al Oriente para honrar y socorrer á aquellos mártires de la penitencia, hechos confesores de la fe, venerados por todos los pueblos y perseguidos por los arrianos; y Melania fué la que se puso á la cabeza de aquellas expediciones de la fe y de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caridad. En eso empleó ella sus riquezas, y por espacio de algun tiempo alimentó ella sola á más de cinco mil.

Lo mismo hizo con todos los obispos, los sacerdotes y los legos que, habiendo permanecido fieles á la verdadera fe, eran perseguidos como bestias feroces. Ella los recibia y los ocultaba en su casa cuando andaban fugitivos, ó los visitaba en sus prisiones, asistiéndolos á todos con sus bienes y sosteniéndolos con su valor; y cuando fueron desterrados á Palestina mil doscientos de ellos, los siguió á aquella comarca, proporcionándoles los medios de subsistencia. Cuando llegaron á su destierro los encerraron en calabozos oscuros, donde los vigilaban severamente, sin permitir que nadie los visitase. Pero Melania, renovando el ejemplo de Santa Natalia, al acercarse la noche, se ponia un vestido de esclavo para llegar hasta ellos, y llevarles las cosas necesarias á la vida. ¡Sólo una madre hubiera podido hacer otro tanto! El gobernador de Palestina lo supo, y, no conociéndola, la hizo tambien poner en prision y trató de infundirla miedo, creyendo sacarle dinero por este medio. Pero la humildad y la pobreza voluntaria no excluyen el santo orgullo de la nobleza, sino que más bien lo realzan. Así Melania le mandó á decir: «Yo soy Melania, hija del cónsul Marcelino, ántes esposa de un gran personaje del Imperio, y ahora la sierva de Jesucristo. No penseis despreciarme porque me veis mal vestida, porque podria estarlo tan magníficamente como quisiera. No penseis tampoco asustarme con vuestras amenazas, porque tengo bastante crédito para impedir que me arrebateis la más mínima parte de mis bienes. He querido daros este aviso, á fin de que por ignorancia no caigais en alguna falta que os ponga en peligro.» Intimidado el gobernador por este lenguaje, lleno de firmeza y de dignidad, le presentó sus excusas, le tributó los honores que le eran debidos, y dió órden que se le dejase aproximar á los prisioneros cuando ella quisiera. (Pallad.)

Vuelta Melania á Roma, siempre por interes de la Iglesia, para manifestar allí las intrigas de los arrianos, convirtió á Apronion, esposo de Abita, su sobrina, hombre de gran reputacion, pero pagano. Ella no sólo lo volvió cristiano, sino que le persuadió que viviese en perfecta continencia con su esposa. Ella instruyó tambien en la perfeccion cristiana á Albina, su nuera, y confirmó á su nieta, Melania la jóven, en la santa resolucion que habia tomado de

vivir en continencia con su esposo. Mas habiendo sabido que la persecucion se extendia de nuevo en África, volvió á aquellos países, acompañada de su nuera y de Melania, su sobrina, á quienes habia comunicado su espíritu y habia hecho sus auxiliares. Ella consoló y socorrió á todos los que sufrian, se valió de la autoridad y de la independencia que le daban su nombre y su fortuna para reprimir á los magistrados y á los prefectos perseguidores de la Iglesia, y para echarles en cara su injusticia y su crueldad con los católicos; y ella fué quien hizo cesar cuasi enteramente la persecucion en aquella parte del Imperio. Habiendo vuelto de nuevo á Palestina, y estableciéndose en Jerusalen, reunió las jóvenes y las viudas de los desterrados en los establecimientos que allí fundó. Ella asistia á todos los extranjeros que iban allí de todas las partes del mundo, y especialmente á los obispos, á los monjes y á las vírgenes; todos los miembros más santos de la Iglesia estaban seguros de encontrar en Melania una tierna madre. Y teniendo al mismo tiempo la vista siempre fija en los peligros de la fe y en las necesidades de la Iglesia, acudia adonde quiera que habia arrianos que combatir y católicos que afirmar en la fe. Miéntras que Atanasio hacia triunfar el Catolicismo con la luz de su doctrina y el poder de sus palabras, Melania lo sostenia con el prodigio de su vigilancia, de su actividad y de su celo, emprendiendo largos y peligrosos viajes por mar y por tierra, en un tiempo en que los viajes eran tan difíciles, recorriendo la Europa, el Asia y el África, llevando y esparciendo por todas partes los socorros de su caridad á los desgraciados, animando á los débiles y confirmando á los fuertes en la confesion de la fe. ¡Y ésta era una mujer! ¡Jamas ha hecho hombre alguno tantos viajes, jamas ha arrostrado tantos peligros ni ha hecho una cosa semejante por la causa de la religion y de la humanidad! El Cristianismo acababa de emancipar á la mujer; y ¡ved el primer uso que la mujer católica hizo de su libertad!

Se la echa en cara haberse dejado engañar por los origenistas, y haberse imbuido algo en sus errores. Pero ella desechó aquellas doctrinas erróneas desde el momento en que se las hicieron conocer. Por consiguiente, esta falta pasajera no impidió á San Agustin y á San Paulino tributar á esta ilustre matrona los más grandes elogios. San Jerónimo la llamaba *otra Santa Tecla, por su virtud.* San Epifanio, obispo de Salamina, en Chipre, quiso hospedarla en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

palacio cuando ella volvió la última vez de Jerusalen á Roma, despues de haber pasado veinticinco años en Oriente, sirviendo á la Iglesia.

Habiendo arribado á Nápoles en este mismo viaje, quiso ver y venerar á San Paulino, obispo de Nola, á quien la fama habia dado á conocer por un prodigio viviente de la caridad del Evangelio, el cual, como él mismo lo refiere, se admiró de sus virtudes y vió tambien en ella, con el mayor gozo, un prodigio viviente y el triunfo de la humildad cristiana. Ella estaba rodeada y seguida de sus hijos y nietos, que ocupaban en Roma los primeros puestos, así como tambien de toda la nobleza romana que habia ido hasta Nápoles á recibirla, deseosa de abrazar de nuevo en ella una de sus glorias vivientes, despues de tan larga ausencia. Todos aquellos personajes de la más alta distincion llenaban la vía Apia, y la hacian brillar con los adornos de sus caballos y de sus dorados carros, miéntras que la santa viuda, adornada tan sólo con un sencillo y viejo vestido negro, caminaba sobre una despreciable cabalgadura. El brillo de la seda, de la púrpura y del oro de toda su nóble comitivo contrastaba singularmente con su modestia y su pobreza; y realzaba su mérito de tal modo, que el pueblo se creia dichoso al tocar sus vestiduras. (S. Pablo, Epist. 27 *ad Sev.*)

Poco tiempo despues de su llegada á Roma murió, á la edad de sesenta y dos años, de los que habia empleado cuarenta en el más brillante y fecundo apostolado de la fe y de la caridad. Esta fué, despues de San Atanasio, la más grande figura y el personaje más admirable de su siglo. Á excepcion del mismo San Atanasio, de San Jerónimo, de San Ambrosio y de San Agustin, nadie en aquella época hizo más bien, tuvo más celebridad ni causó más admiracion que ella en el mundo cristiano. Estos santos eran considerados como los verdaderos padres, y ella como la verdadera madre de la Iglesia.

El nombre de Santa Melania la Mayor nos recuerda á Melania, su nieta, llamada la Jóven, que hizo tanto y áun más que su abuela por la causa de la fe y de la desgracia. Por esta razon, la Iglesia la venera tambien como santa.

Desde su infancia deseó ella ardientemente permanecer vírgen. Pero habiéndolo Dios dispuesto de otro modo, para mayor edificacion del mundo y para mayor bien de la Iglesia, á la edad de trece años fué casada, á su pesar, con Piniano, hijo de Severo, prefecto de Roma, descendiente de Valerio Publícola, y el más noble y más rico personaje del Imperio; pero al cabo de dos años habia hecho de él un verdadero santo. Habiendo tenido dos hijos, y habiéndolos perdido los dos en su infancia, dijo ella á su esposo: «Si Dios quisiera que viviésemos en el mundo, no nos hubiera quitado nuestros hijos. Al privarnos de lo que más amábamos en la tierra, nos ha dado á entender que quiere que nos consagremos á Él y vivamos para Él.» De este modo consiguió que su jóven esposo viviese con ella en la más perfecta continencia, con el fin de poder dedicarse los dos con mayor libertad á la oracion, segun el consejo de San Pablo, y atender mejor á las necesidades de la Iglesia y de los pobres. Ved aquí, pues, estos jóvenes y nobles esposos, despues de haberse consagrado á Dios por el voto de castidad, observando una vida angelical, viviendo como dos hermanos y convertidos en verdaderos apóstoles de la religion y de la caridad.

Ellos comenzaron por dar libertad á ocho mil esclavos que tenian; y los que no quisieron aceptar su libertad, fueron dados á los hermanos de Melania, con la condicion de que los habian de tratar como á hombres libres ó como á hijos. Ellos vendieron los inmensos bienes que poseian en España y en la Gaula, reservándose sólo los que tenian en Italia, en Sicilia y en África, y distribuyeron su precio entre los pobres. Lo que ellos poseian de más precioso fué destinado á las iglesias y á los altares. Ellos dejaron la ciudad y se retiraron al campo, donde se ejercitaban en orar, en leer la Escritura Santa, en visitar á los enfermos, en consolar á los pobres y en trasladar, á ejemplo de los monjes, los escritos de los padres de la Iglesia griega y latina, repartiéndolos en la Iglesia. Despues de la muerte de su esposo, Melania, lo mismo que las otras santas mujeres que ella se habia asociado para esta santa obra, hizo de ella su ocupacion y sus delicias; de modo que cuando se leen los padres de la Iglesia, se debe recordar que la mayor parte de sus preciosos escritos, que forman la riqueza de la Iglesia, fueron trasladados y conservados por los solitarios y más aún por las mujeres.

Habiendo los bárbaros asolado la Italia, los santos esposos vendieron tambien los bienes que en ella poseian y pasaron á África para socorrer á los desgraciados que se refugiaban allí de todas

partes, y fueron á vivir á Tagaste, bajo la direccion de San Alipio, el gran amigo de San Agustin, que era obispo de aquella ciudad. Habiendo sabido San Agustin su llegada, quiso verles; ellos se trasladaron á Hipona, y fueron recibidos allí como dos ángeles. El pueblo se inclinaba á su paso con un respeto religioso, y pedia á gritos que Piniano fuese ordenado de sacerdote para poderlo tener un dia por obispo. El mismo San Agustin se admiró extraordinariamente de su humildad y de su devocion; él se alegró mucho de haberlos conocido, y los trató como á dos santos. Habiendo vuelto á Tagaste, vivieron allí siete años, practicando todas las virtudes y socorriendo todas las desgracias.

Esto les era tanto más fácil de hacer, cuanto que, habiendo abrazado la pobreza voluntaria y la mortificacion de Jesucristo, cuasi nada reservaban para su propio uso. Una humilde habitacion era todo su hospedaje, pan y hierbas todo su alimento, y unos vestidos muy modestos todo su equipaje. Jamas se habia visto tanta nobleza unida á tanto desprendimiento del mundo y á tanta humildad. Tratándose ellos mismos como si fuesen pobres, eran siempre ricos para los demas. Ellos recorrieron tambien la Italia, la España, el África, la Palestina y el Asia Menor, fundando por todas partes conventos, erigiendo templos al Señor y asistiendo á todos los desgraciados; sus inmensas riquezas y su posicion en la córte imperial les permitian practicar la caridad en tan grande escala. No es exageracion decir que estos dos ángeles terrenos alimentaron y consolaron, por espacio de muchos años, á todos los pobres del mundo cristiano. Ellos hacian llegar sus limosnas por otros medios donde no podian ir ellos mismos.

Habiendo perdido Melania á su amado esposo, á quien habia convertido en ángel tutelar de su pudor, y que no la abandonaba jamas, no por eso dejó de continuar sus expediciones en utilidad de la fe y de la desgracia. Ella arrostró todos los peligros por tierra y por mar, para acudir donde habia católicos que defender y pobres que socorrer. Volviendo al Africa, sufrió un naufragio en las costas de Sicilia, y creyó que Dios la habia llevado á aquella isla para hacer en ella el bien. En efecto, habiendo visto que ciertos bárbaros idólatras se habian apoderado de millares de cristianos y los habian hecho esclavos, Melania los rescató á todos y los volvió á la Iglesia y á la libertad.

Siendo la primera dama de honor de la Emperatriz, que la amaba como á una hermana y la veneraba como á una santa, sólo se sirvió de esta posicion, que su nobleza y sus virtudes le habian proporcionado en la córte, para defender la causa de la religion y del infortunio; y defendida esta causa por un abogado tal, triunfaba siempre; y esto la hacía considerar como la protectora de la Iglesia y el genio benéfico de los pobres. Así es que su muerte fué considerada como una verdadera calamidad para la Iglesia y para los desvalidos. Todos los obispos y todos los presbíteros de Palestina se reunieron para celebrar sus funerales, que tuvieron lugar en Jerusalen. Toda la cristiandad la sintió, y parecia que la Iglesia lloraba su muerte.

Mas ved aquí un rasgo particular de la vida de esta admirable mujer, á saber: que siendo tan sábia en la ciencia del Cristianismo, cuanto era caritativa, sirvió á la Iglesia tanto por la elevacion de su espíritu como por la grandeza y la generosidad de su corazon. En aquel tiempo la herejía nestoriana hacía grandes estragos en Asia y África. Pues bien, Melania, tan celosa por la integridad de la verdadera fe, como era sensible á las desgracias de todos, no podia sufrir á los novadores ni á los herejes. Así es que se puso á combatirlos con la fuerza de su elocuencia, á la que nada podia resistir, miéntras que los hombres, los pontífices y los doctores los combatian con la fuerza de sus escritos y con la autoridad de sus decisiones. De esto modo, por sus disputas contra los nestorianos, tuvo ella la dicha de convertir un gran número de ellos y de intimidar á los demas, y no contribuyó poco á la represion de esta herejía y al sostenimiento de la verdadera doctrina (1).

Algunas veces fué áun más feliz que los hombres en la difícil empresa de atraer los espíritus á la verdad. El astuto heresiarca Pelagio, cuyo prestigio, cuya erudicion y cuya elocuencia capciosa habian sumergido en el error á tantos hombres, áun sacerdotes y áun obispos, y habian hecho vacilar á otros muchos, empleó todos los medios posibles para seducir á Santa Melania, porque él conocia bien que la conquista de una mujer de tan elevado entendimiento y de tan gran corazon, de una mujer tan poderosa, tan es-

(1) «Suis disputationibus hæresim cumpescuit, multosque hæresi dementatos suis argumentis ad sanitatem mentis reduxit.» (Rivaden., *in Vita*, 31 diei.)

timada y tan venerada, le habia de producir otras muchas conquistas. Pero se engañó su astucia sacrílega. Léjos de haber podido triunfar de Melania, ésta, por el contrario, le convenció de sus errores, le confundió, y le hubiera atraido indudablemente á la verdadera fe, si un hombre como Pelagio, ciego de orgullo, hubiese podido ser convertido.

El célebre Boluciano, prefecto de Roma, gran filósofo pagano, defensor fanático y obstinado de las doctrinas y de los ritos del paganismo, causaba la afliccion de su madre, que era cristiana. Ella lo recomendó á San Agustin para que procurase convertirlo. El gran doctor se ocupó de ello en efecto, y con este motivo escribió sus *Cartas á Boluciano*, en las que expuso de la manera mas luminosa y más conveniente la verdad y la excelencia de la fe cristiana. Boluciano se conmovió, pero no se convirtió, y permaneció firme en su fanatismo y en su obstinacion. Dios, dice Baronio, habia reservado la gloria de esta conversion al celo y á la piedad de una mujer. Habiendo ido Boluciano á Oriente con una mision del Emperador, y habiendo caido enfermo de peligro en Constantinopla, lo hizo saber á Santa Melania, su sobrina, que se hallaba en Jerucalen, con el fin de que fuese á asistirle. La celosa Melania se trasladó al instante mismo al lado de aquel hombre, mucho más enfermo de espíritu que de cuerpo, y ocupándose ante todo del estado de su alma, supo demostrarle tan bien el vacío de la filosofía, la vanidad de los ídolos y la verdad del Cristianismo, que Boluciano, como si una mano invisible le hubiera quitado la venda que le cegaba, abrió los ojos de su espíritu á la verdadera luz, pidió hacerse y se hizo, en efecto, cristiano. Pues bien, esta conversion difícil, esta gran conquista de la fe, en la que el genio más grande del mundo habia fracasado, y que Dios reservó al celo de una mujer, al mismo tiempo que causó, segun el mismo Baronio, la alegría de la Iglesia y la admiracion del mundo, es tambien una prueba de la importancia de la mujer bajo el punto de vista religioso.

§ XXIV.—Prosigue la misma materia.—Santa Marcela y sus grandes virtudes.—Ésta es la fundadora de los institutos monásticos en Occidente.—Su celo salva la fe católica en Roma.

Al mismo tiempo que Santa Melania manifestaba en Oriente, con tales prodigios, su celo y su adhesion á la causa del Catolicismo, otra mujer católica la hacia triunfar en Roma. Era Santa Marcela, á quien San Jerónimo amaba como á la más ilustre de sus hijas espirituales, á quien Santa Principia veneraba como á su madre, y de quien aquel santo doctor decia á esta jóven vírgen: «Marcela no pertenecia solamente á tí y á mí, sino que pertenecia á la Iglesia; ella era la mayor gloria de la ciudad de Roma y *de todos los santos*» (1). Descendiente de la antigua familia de los Marcelos, en la que el consulado y la pretura se habian hecho hereditarios, ninguna mujer poseyó en más alto grado las ventajas de la nobleza, de la riqueza y de la belleza. Sin embargo, habiendo quedado viuda á los siete meses de su matrimonio, no quiso oir hablar de nuevas nupcias; ella rehusó la mano del cónsul Arcadio, pariente del Emperador. Ella hizo voto, segun sus expresiones, *de una castidad eterna* (2); vendió sus bienes, hizo pasar su importe á manos de los pobres, y se consagró enteramente al bien de las almas y al servicio de la Iglesia.

Desde luégo se retiró á una pequeña casa del monte Aventino con Principia, su hija espiritual, jóven que ella habia educado en la más elevada piedad, y que San Jerónimo hizo ilustre por las cartas que le dirigió. Allí fué donde, durante la ocupacion de Roma por los bárbaros al mando de Alarico, habiendo entrado muchos soldados en su casa, le pidieron el oro que tuviese. «Mi oro, les respondió ella, lo he repartido á los desgraciados, y no me he reservado más que la túnica con que me veis cubierta.» Creyendo los

(1) «Marcelam tuam, imo meam, et ut verius loquar, *nostram*, omniumque Sanctorum et romanæ urbis inclytum decus.» (*Epist. ad Principiam.*) En otro lugar llama el mismo santo doctor á Marcela, «el ejemplar único de la vida de las viudas y de la santidad romana: *Unicum viduitatis et romanæ sanctitatis exemplar*» (*In Epist. ad Ephes.*), y en el prefacio de sus comentarios sobre la Epístola á los gálatas y sobre Ecequiel le tributa tambien los mayores elogios.

(2) «Cupio me æternæ pudicitiæ dedicare.» (Hieron., *ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

timada y tan venerada, le habia de producir otras muchas conquistas. Pero se engañó su astucia sacrílega. Léjos de haber podido triunfar de Melania, ésta, por el contrario, le convenció de sus errores, le confundió, y le hubiera atraido indudablemente á la verdadera fe, si un hombre como Pelagio, ciego de orgullo, hubiese podido ser convertido.

El célebre Boluciano, prefecto de Roma, gran filósofo pagano, defensor fanático y obstinado de las doctrinas y de los ritos del paganismo, causaba la afliccion de su madre, que era cristiana. Ella lo recomendó á San Agustin para que procurase convertirlo. El gran doctor se ocupó de ello en efecto, y con este motivo escribió sus *Cartas á Boluciano*, en las que expuso de la manera mas luminosa y más conveniente la verdad y la excelencia de la fe cristiana. Boluciano se conmovió, pero no se convirtió, y permaneció firme en su fanatismo y en su obstinacion. Dios, dice Baronio, habia reservado la gloria de esta conversion al celo y á la piedad de una mujer. Habiendo ido Boluciano á Oriente con una mision del Emperador, y habiendo caido enfermo de peligro en Constantinopla, lo hizo saber á Santa Melania, su sobrina, que se hallaba en Jerucalen, con el fin de que fuese á asistirle. La celosa Melania se trasladó al instante mismo al lado de aquel hombre, mucho más enfermo de espíritu que de cuerpo, y ocupándose ante todo del estado de su alma, supo demostrarle tan bien el vacío de la filosofía, la vanidad de los ídolos y la verdad del Cristianismo, que Boluciano, como si una mano invisible le hubiera quitado la venda que le cegaba, abrió los ojos de su espíritu á la verdadera luz, pidió hacerse y se hizo, en efecto, cristiano. Pues bien, esta conversion difícil, esta gran conquista de la fe, en la que el genio más grande del mundo habia fracasado, y que Dios reservó al celo de una mujer, al mismo tiempo que causó, segun el mismo Baronio, la alegría de la Iglesia y la admiracion del mundo, es tambien una prueba de la importancia de la mujer bajo el punto de vista religioso.

§ XXIV.—Prosigue la misma materia.—Santa Marcela y sus grandes virtudes.—Ésta es la fundadora de los institutos monásticos en Occidente.—Su celo salva la fe católica en Roma.

Al mismo tiempo que Santa Melania manifestaba en Oriente, con tales prodigios, su celo y su adhesion á la causa del Catolicismo, otra mujer católica la hacia triunfar en Roma. Era Santa Marcela, á quien San Jerónimo amaba como á la más ilustre de sus hijas espirituales, á quien Santa Principia veneraba como á su madre, y de quien aquel santo doctor decia á esta jóven vírgen: «Marcela no pertenecia solamente á tí y á mí, sino que pertenecia á la Iglesia; ella era la mayor gloria de la ciudad de Roma y *de todos los santos*» (1). Descendiente de la antigua familia de los Marcelos, en la que el consulado y la pretura se habian hecho hereditarios, ninguna mujer poseyó en más alto grado las ventajas de la nobleza, de la riqueza y de la belleza. Sin embargo, habiendo quedado viuda á los siete meses de su matrimonio, no quiso oir hablar de nuevas nupcias; ella rehusó la mano del cónsul Arcadio, pariente del Emperador. Ella hizo voto, segun sus expresiones, *de una castidad eterna* (2); vendió sus bienes, hizo pasar su importe á manos de los pobres, y se consagró enteramente al bien de las almas y al servicio de la Iglesia.

Desde luégo se retiró á una pequeña casa del monte Aventino con Principia, su hija espiritual, jóven que ella habia educado en la más elevada piedad, y que San Jerónimo hizo ilustre por las cartas que le dirigió. Allí fué donde, durante la ocupacion de Roma por los bárbaros al mando de Alarico, habiendo entrado muchos soldados en su casa, le pidieron el oro que tuviese. «Mi oro, les respondió ella, lo he repartido á los desgraciados, y no me he reservado más que la túnica con que me veis cubierta.» Creyendo los

(1) «Marcelam tuam, imo meam, et ut verius loquar, *nostram*, omniumque Sanctorum et romanæ urbis inclytum decus.» (*Epist. ad Principiam.*) En otro lugar llama el mismo santo doctor á Marcela, «el ejemplar único de la vida de las viudas y de la santidad romana: *Unicum viduitatis et romanæ sanctitatis exemplar*» (*In Epist. ad Ephes.*), y en el prefacio de sus comentarios sobre la Epístola á los gálatas y sobre Ecequiel le tributa tambien los mayores elogios.

(2) «Cupio me æternæ pudicitiæ dedicare.» (Hieron., *ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bárbaros que ésta era una excusa, la derribaron en tierra y la maltrataron terriblemente. Pero Marcela, sin quejarse lo más mínimo por el tormento que le hacian sufrir, y como si hubiese sido insensible á su dolor, la única gracia que pedia era que no la separasen de la jóven Principia, á quien su edad y su belleza exponian á unos insultos más crueles que la misma muerte. Esta firmeza de alma de la santa viuda conmovió á los bárbaros, los cuales condujeron á las dos á la basílica de San Pablo, donde, segun las órdenes de su jefe, todo el que se refugiaba estaba salvo.

En este mismo tiempo una mujer católica, de una belleza singular, cayó en manos de un jóven godo arriano. No habiendo podido el bárbaro conseguir que ella accediese á sus malos deseos, sacó su espada para asustarla, la hizo una pequeña herida en la garganta; pero la honesta mujer, sin alterarse en lo más mínimo, y teniéndose por dichosa de sufrir el martirio por la castidad, le presentó resueltamente la garganta para que le cortase la cabeza. Este rasgo de virtud y de valor admiró á su agresor, que, léjos de hacerla el menor daño, la acompañó él mismo á la dicha basílica, la recomendó á los guardias y les dió seis monedas de oro, con órden de que no la entregasen sino á su esposo.

Otra vírgen de edad madura, á quien el clero habia confiado los vasos sagrados, yendo á llevarlos á la basílica, fué encontrada por un oficial superior, que, viendo que llevaba unos objetos de mucho valor y de mucha belleza, le intimó que se los diese. «Éstos son, le dijo ella, los vasos del apóstol San Pedro; no pudiendo defenderlos, no me he atrevido á retenerlos; yo los llevo á la Iglesia, á que pertenecen. Tomadlos si os atreveis; vos responderéis de ellos á la Iglesia.» Admirado el oficial de esta presencia de espíritu y de este valor, mandó decir á Alarico lo que habia ocurrido, y éste mandó que se llevasen los vasos sagrados á la basílica de San Pedro, y que se llevase tambien con escolta al mismo tiempo á la vírgen sagrada y á todos los cristianos que se uniesen á ella. Al referir estos hechos, segun San Jerónimo, Sozomeno y Orosio, M. Rohrbacher ha dicho con mucha razon: «Las mujeres cristianas parece que tomaron entónces el valor que los hombres habian perdido.» Pero volvamos á Santa Marcela.

Habiéndose asociado un gran número de ilustres vírgenes y de jóvenes viudas, á quienes su ejemplo habia impulsado á seguirla

en el camino de la perfeccion cristiana, convirtió su casa en convento, y con las compañeras de su fervor comenzó allí aquella admirable vida de contemplacion de las cosas celestiales, de estudio de los libros santos, de una perfecta abnegacion de sí misma, y de una consagracion completa á la Iglesia y á los pobres, que continuó hasta su muerte.

Á la cabeza de todas las obras de religion y de caridad que se hacian en Roma, Marcela estaba obligada á abrir su ilustre casa á todo el mundo. Recurrian á ella en todas las necesidades del culto y de los pobres. Sin embargo, jamas recibió en su casa á ningun hombre, áun cuando fuese eclesiástico ú obispo, sino en presencia de sus hijas espirituales ó de aquellas mujeres graves que formaban todo su séquito (1). Esta reserva, unida á la modestia angelical de su semblante, á la sencillez y áun á la pobreza de su vestido, y á la santidad de sus obras, le concilió el respeto de todo el mundo, de tal manera, que ésta es la única santa mujer de cuyas relaciones y de cuyas costumbres jamas osó sospechar, ni áun levemente, la malicia humana. Áun los mismos paganos que se encontraban entónces en Roma, le tributaban homenaje, y confundidos por sus acciones, aprendieron de ella, dice San Jerónimo, lo que es una viuda cristiana (2).

Habiéndole dado este santo doctor algunas lecciones sobre la ciencia de los libros santos, Marcela se aprovechó en poco tiempo de lo que San Jerónimo habia aprendido con un largo trabajo, é hizo tales progresos, que cuando San Jerónimo se ausentó de Roma, áun los sacerdotes y áun los mismos obispos la consultaban á ella sobre cuestiones bíblicas, y sus decisiones en esta materia eran recibidas como oráculos. Es verdad que, siendo ella tan modesta como sábia, para que no se le atribuyese el honor de sus respuestas, atribuia á San Jerónimo ó á otro doctor sus bellas interpretaciones de la Escritura, y que ejerciendo el ministerio de maestro, tenía la humildad de un discípulo; pero no es ménos cierto que se

(1) «Nullum clericorum aut monachorum, quod amplæ domus interdum exigebat necessitas, vidit absque arbitris. Semper in comitatu suo virgines et viduas et ipsas graves feminas habuit.» (Hieron., *ad Princip.*)

(2) «Ab hac primum confusa gentilitas est, dum omnibus patuit quæ esset viduitas christiana.» (Hier., *ad Princip.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la consideraba y se la honraba en cierto modo como á uno de los doctores de la Iglesia (1).

Desde el momento en que el Cristianismo fué llevado á Roma por los apóstoles, se vió en aquella ciudad un gran número de cristianos de uno y de otro sexo que profesaban la virginidad voluntaria; pero la vida monástica propiamente dicha era allí desconocida. Un resto de las preocupaciones paganas, de que los cristianos no habian podido desprenderse absolutamente, miraba como un deshonor el nombre, el hábito y la vida del monje; de modo que nadie habia pensado jamas establecer en Roma esta vida ni este nombre. Pues bien, lo que ningun hombre se habia atrevido á hacer, una mujer, Santa Marcela, lo emprendió y llevó á cumplido efecto, á despecho de las preocupaciones del mundo, para mejora de las costumbres y para la mayor gloria de Dios y de la Iglesia.

Habiendo ido á Roma San Atanasio, el discípulo y el historiador del grande Antonio, en el año de 340, en compañía de muchos sacerdotes de Alejandría, huyendo del furor arriano, Marcela se encargó de alimentarlos y cuidarlos. Habiendo tenido conocimiento Marcela, en sus conversaciones con aquellos confesores de la fe, con aquellos modelos de virtud, de la vida de San Antonio, de la regla de San Pacomio, y de la disciplina monástica de las vírgenes y de las viudas, siendo tan emprendedora y tan celosa como modesta, se apresuró á establecer los monasterios en Roma (2). Una de sus heredades en los alrededores de la ciudad fué el lugar que eligió para fundar su primer monasterio, donde se retiró con las más fervorosas de sus discípulas, convirtiéndolo bien pronto en una verdadera Tebaida. Este ejempjo, dado por las mujeres, fué seguido al momento por los hombres. Los alrededores de Roma vieron, lo mismo que los alrededores de Jerusalen, levantarse como por en-

(1) «Sic interrogata respondebat; ut etiam sua, non sua diceret, sed vel mea vel cujuslibet alterius, et, in eo ipso quod docebat, se discipulam fateretur: ne virili sexui et interdum sacerdotibus de oscuris et ambiguis, sciscitantibus, injuriam facere videretur.» (*Ibid.*)

(2) «Nulla eo tempore nobilium, feminarum noverat Romæ propositum monachorum; nec audebat, propter rei novitatem, ignominiosum, ut putabatur, nomen assumere. Hæc ab alexandrinis sacerdotibus, papaque Athanasio, vitam B. Antonii, Pachumii et virginum ac viduarum didicit disciplinam, nec erubuit profiteri quod Christo placere cognoverat.» (Hier., *ad Princip.*)

canto una prodigiosa multitud de monasterios de solitarios, y una multitud igual de monasterios de vírgenes, en los que los más elevados personajes de ambos sexos renunciaron generosamente al mundo, para consagrarse al servicio de Dios; y profesando todos ellos la vida monástica en todo su rigor y en toda su perfeccion, hicieron esta vida, tan desacreditada entónces, una vida gloriosa áun á los ojos del mundo (1).

Santa Sofronia y otras muchas ilustres matronas romanas imitaron despues el celo de Marcela por la vida monástica (2). De modo que el gran Benito, el reformador, el propagador, el patriarca de todos los institutos monásticos de Europa, siguió el mismo camino que las mujeres heroicas habian seguido; y por consiguiente, Santa Marcela fué para el Occidente lo que los Pablos y los Antonios habian sido para el Oriente: la verdadera fundadora de la vida monástica para ambos sexos.

Pero las santas dulzuras de la vida contemplativa no hacian olvidar á Marcela los grandes intereses de la fe. Á ejemplo del gran Antonio, que de tiempo en tiempo dejaba su soledad para ir á reprender á los emperaderos arrianos su apostasía, y confundir el arrianismo, Marcela, habiendo sabido los peligros á que estaba expuesta en Roma la pureza de la fe por las intrigas de los origenistas, no vaciló un momento en dejar su claustro y volver á la ciudad para desenmascararlos y combatirlos por todos los medios posibles.

El astuto Rufino acababa de traducir al latin, intercalando varios errores, la obra de Orígenes, *De los principios*, y otros varios escritos pestilenciales de la misma secta, que él habia llevado de Oriente, y por medio de un famoso intrigante, el monje Macario, los habia esparcido en todas las clases, y habia inundado de ellos la ciudad entera.

Esta propaganda del infierno tenía un horrible éxito. Ciertos piés, manchados de lodo, dice San Jerónimo, habian enturbiado

(1) «Suburbanus ager vobis pro monasterio fuit; et rus electus pro solitudine. Ita vixistis, ut ex imitatione vestri, conversione multorum, gauderemus Romam facta esse Jerosolimam. Crebra Virginum monasteria, monachorum innumerabilis multitudo; ut, pro frequentia servientum Deo, quod prius ignominiæ fuit, esset postea gloriæ.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Hanc, multos post annos, imitata est Sophronia et aliæ.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la fuente purísima de la doctrina romana (1). La fe del pueblo romano, que, segun el apóstol San Pablo, era la regla del mundo, habia sido violada en muchos puntos (2). La nueva herejía habia hecho un gran número de víctimas, áun entre los sacerdotes, áun entre los monjes, y con mucha más razon entre los legos. El mismo Soberano Pontífice, Siricio, cuya sencillez de alma era tan grande como la santidad de sus costumbres, y que juzgaba por su propio candor las intenciones de los demas, pareció por un instante que habia sido engañado por la hipocresía de los nuevos fariseos (3).

Habian conseguido tambien hacer sospechosos á la Santa Sede los Vicentes, los Eusebios, los Paulinianos, y el mismo San Jerónimo, que eran los más celosos defensores de la doctrina católica. Por mucho que ellos habian reclamado y gritado, no se les escuchaba (4). Pues bien, en estas circunstancias tan graves, en presencia de tanta tibieza, de tanta negligencia y de tanta flaqueza de parte de los hombres, se valió Dios de la perspicacia, del celo y del valor de una mujer para conservar intacta la fe de Roma. Sola Marcela fué quien deseando agradar á Dios más bien que á los hombres, hizo á la herejía origenista una resistencia pública, vigorosa y eficaz (5). Ella fué quien, con el testimonio de los que habian caido en el error y lo habian abjurado, y á quienes ella habia obligado á declarar ante la Iglesia acerca de la doctrina origenista, convenció á todo el mundo de los errores de esta doctrina (6). Ella fué quien despertó el celo del primer pastor manifestándole la inmensa multitud de almas que el error habia extraviado (7). Ella fué quien indicó al mismo Pontífice las impiedades de los libros *De los principios*, tales como el escorpion de Rufino los habia alte-

(1) «Romanæ fidei purissimum fontem lutosa ceno permiscuere vestigia.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Sensit fidem, apostolico ore laudatam, in plerisque violari.» (*Ibid.*)

(3) «Ita ut sacerdotes quoque et nonnullos monachorum, maximeque sæculi homines, in asensum sui traheret, et simplicitati iludere Episcopi qui de suo ingenio cæteros estimabat.» (*Ibid.*)

(4) «Tunc nostroram dissoluta est contradictio.» (*Ibid.*)

(5) «Sancta Marcela publice restitit: malens Deo placere quam hominibus.» (*Ibid.*)

(6) «Adducit testes qui prius ab hæreticis fuerant eruditi, et postea ab hæretico fuerant errore correpti.» (*Ibid.*)

(7) «Ostendit multitudinem deceptorum.» (*Ibid.*)

rado, y los hacia distribuir por todas partes (1). Ella fué quien hizo enviar á Roma repetidas veces para que se justificasen, á los herejes origenistas, que no se atrevian á presentarse, prefiriendo ser condenados en su ausencia á ser reprimidos y confundidos por una mujer (2). Finalmente, si fueron condenados todos ellos, esta condenacion fué obra del celo de Marcela (3). ¡Ved aquí, pues, una mujer hecha el martillo de los herejes!

§ XXV.—Santa Paula renovando en Oriente las maravillas que Santa Marcela obraba en Occidente.—Su viaje á Oriente y su visita á los Santos Lugares.—Su penitencia, su caridad, y su celo contra los herejes.—Honores extraordinarios que la Iglesia le tributó durante su vida y despues de su muerte.

No se puede hablar de Santa Marcela sin acordarse de aquella ilustre matrona, su amiga, que formaba al mismo tiempo que ella, y tanto como ella, la admiracion del mundo y la gloria de la Iglesia. Hablo de Santa Paula, que tuvo á Roma por patria, á los Escipiones por abuelos, á grandes santos por hijos, al Oriente por teatro de sus obras, á Belen por sepulcro y á San Jerónimo por panegirista.

«Aunque todos mis miembros, decia el santo doctor al principiar el elogio de esta heroína cristiana; aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas, y todas mis fibras articulasen voces humanas, no podria yo decir cosa que fuese digna de las virtudes de la santa y venerable Paula, que siendo descendiente de los Gracos y heredera de Paulo (Emilio), prefirió, por amor de Jesucristo, Belen á Roma, y una humilde choza á los dorados palacios.» (*De vita et laudibus Sanctæ Paulæ, ad Eustochium.*)

«Habiendo perdido á su amado esposo á la edad de treinta años,

(1) «Impia *De principiis* ingerit volumina, quæ emendata manu *scorpii* monstrabantur.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Dum acciti, frequentibus litteris, hæretici, ut se defenderent, venire, non sunt ausi, et absentes damnari quam præsentes coargui maluerunt.» (*Ibid.*)

(3) «Damnationis hæreticorum Marcela principium fuit.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la fuente purísima de la doctrina romana (1). La fe del pueblo romano, que, segun el apóstol San Pablo, era la regla del mundo, habia sido violada en muchos puntos (2). La nueva herejía habia hecho un gran número de víctimas, áun entre los sacerdotes, áun entre los monjes, y con mucha más razon entre los legos. El mismo Soberano Pontífice, Siricio, cuya sencillez de alma era tan grande como la santidad de sus costumbres, y que juzgaba por su propio candor las intenciones de los demas, pareció por un instante que habia sido engañado por la hipocresía de los nuevos fariseos (3).

Habian conseguido tambien hacer sospechosos á la Santa Sede los Vicentes, los Eusebios, los Paulinianos, y el mismo San Jerónimo, que eran los más celosos defensores de la doctrina católica. Por mucho que ellos habian reclamado y gritado, no se les escuchaba (4). Pues bien, en estas circunstancias tan graves, en presencia de tanta tibieza, de tanta negligencia y de tanta flaqueza de parte de los hombres, se valió Dios de la perspicacia, del celo y del valor de una mujer para conservar intacta la fe de Roma. Sola Marcela fué quien deseando agradar á Dios más bien que á los hombres, hizo á la herejía origenista una resistencia pública, vigorosa y eficaz (5). Ella fué quien, con el testimonio de los que habian caido en el error y lo habian abjurado, y á quienes ella habia obligado á declarar ante la Iglesia acerca de la doctrina origenista, convenció á todo el mundo de los errores de esta doctrina (6). Ella fué quien despertó el celo del primer pastor manifestándole la inmensa multitud de almas que el error habia extraviado (7). Ella fué quien indicó al mismo Pontífice las impiedades de los libros *De los principios*, tales como el escorpion de Rufino los habia alte-

(1) «Romanæ fidei purissimum fontem lutosa ceno permiscuere vestigia.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Sensit fidem, apostolico ore laudatam, in plerisque violari.» (*Ibid.*)

(3) «Ita ut sacerdotes quoque et nonnullos monachorum, maximeque sæculi homines, in asensum sui traheret, et simplicitati iludere Episcopi qui de suo ingenio cæteros estimabat.» (*Ibid.*)

(4) «Tunc nostroram dissoluta est contradictio.» (*Ibid.*)

(5) «Sancta Marcela publice restitit: malens Deo placere quam hominibus.» (*Ibid.*)

(6) «Adducit testes qui prius ab hæreticis fuerant eruditi, et postea ab hæretico fuerant errore correpti.» (*Ibid.*)

(7) «Ostendit multitudinem deceptorum.» (*Ibid.*)

rado, y los hacia distribuir por todas partes (1). Ella fué quien hizo enviar á Roma repetidas veces para que se justificasen, á los herejes origenistas, que no se atrevian á presentarse, prefiriendo ser condenados en su ausencia á ser reprimidos y confundidos por una mujer (2). Finalmente, si fueron condenados todos ellos, esta condenacion fué obra del celo de Marcela (3). ¡Ved aquí, pues, una mujer hecha el martillo de los herejes!

§ XXV.—Santa Paula renovando en Oriente las maravillas que Santa Marcela obraba en Occidente.—Su viaje á Oriente y su visita á los Santos Lugares.—Su penitencia, su caridad, y su celo contra los herejes.—Honores extraordinarios que la Iglesia le tributó durante su vida y despues de su muerte.

No se puede hablar de Santa Marcela sin acordarse de aquella ilustre matrona, su amiga, que formaba al mismo tiempo que ella, y tanto como ella, la admiracion del mundo y la gloria de la Iglesia. Hablo de Santa Paula, que tuvo á Roma por patria, á los Escipiones por abuelos, á grandes santos por hijos, al Oriente por teatro de sus obras, á Belen por sepulcro y á San Jerónimo por panegirista.

«Aunque todos mis miembros, decia el santo doctor al principiar el elogio de esta heroína cristiana; aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas, y todas mis fibras articulasen voces humanas, no podria yo decir cosa que fuese digna de las virtudes de la santa y venerable Paula, que siendo descendiente de los Gracos y heredera de Paulo (Emilio), prefirió, por amor de Jesucristo, Belen á Roma, y una humilde choza á los dorados palacios.» (*De vita et laudibus Sanctæ Paulæ, ad Eustochium.*)

«Habiendo perdido á su amado esposo á la edad de treinta años,

(1) «Impia *De principiis* ingerit volumina, quæ emendata manu *scorpii* monstrabantur.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Dum acciti, frequentibus litteris, hæretici, ut se defenderent, venire, non sunt ausi, et absentes damnari quam præsentes coargui maluerunt.» (*Ibid.*)

(3) «Damnationis hæreticorum Marcela principium fuit.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta Paula (1). Huyendo de la gloria, la merecia más; porque, semejante á la sombra, la gloria sigue siempre á la virtud, que la desprecia; y no se deja alcanzar por la ambicion, que la persigue (2). Así, pues, su piadosa y modesta excursion en el Egipto no fué otra cosa que un triunfo continuado.

San Isidoro, el obispo de aquella diócesis, aquel venerable confesor de Jesucristo, salió á su encuentro con todo su clero. Los eclesiásticos de todas categorías concurrian de los lugares más remotos para venerarla á su paso. Los anacoretas tambien dejaban sus soledades, y venian de todas partes millares de ellos á tributarle homenajes. San Macario, San Arsenio, San Serapion, en una palabra, todas las columnas de la Iglesia de Jesucristo en aquellas comarcas iban á inclinarse ante ella (3). Ningun padre de la Iglesia, ningun pontífice fué tan venerado miéntras vivió como esta mujer cristiana. Esta era una santa rivalidad de humildad y de devocion. Aquellos grandes santos veneraban en Santa Paula todas las virtudes del Evangelio, personificadas en una mujer, y una de las glorias vivientes de la Iglesia; miéntras que Santa Paula veneraba en ellos al mismo Jesucristo, cuyos ministros y cuyos confesores eran y al postrarse á los piés de todos, se creia dichosa en tributar en ellos sus humildes y afectuosos homenajes á Jesucristo (4).

Á su vuelta á Jerusalen fundó Paula hospicios para los peregrinos de todas las partes del mundo, que iban á visitar los Santos Lugares; monasterios para hombres, cuya direccion dió á los hombres, y tres conventos de vírgenes, que ella dirigia por sí misma, estableciendo en ellos aquella admirable disciplina, aquella regla, modelo de sabiduría, que San Jerónimo nos ha conservado, y que haria honor al espíritu gubernamental de los más grandes funda-

(1) «Quis, in locis sanctis, præter Paulam, quod plus miraretur, invenit?» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Fugiendo gloriam, gloriam merebatur, quæ quasi umbra virtutem sequitur, et appetitores sui deserens, appetit contemptores.» (*Ibid.*)

(3) «Vidit occurrentem sibi sanctum et venerabilem episcopum Isidorum confesorem, et turbas innumerabiles monachorum: è quibus multos sacerdotalis et leviticus sublimat gradus. Quid narrem Macarios, Arsenios, Serapiones et reliqua columnarum Christi nomina?» (*Ibid.*)

(4) «Quorum pedibus non advoluta est? Per singulos sanctos, Christum se videre credebat; et quidquid in illos contulerit, in Dominum se contulisse lætabatur.» (*Ibid.*)

dores de las órdenes religiosas. En cuanto á la misma Santa, ella quiso renovar en Jerusalen la vida penitente que Santa Marcela seguia en Roma, y áun las austeridades que habia visto practicar á los anacoretas de Egipto.

Jamas se acostó en blando lecho, áun cuando estuviese enferma. La tierra cubierta de cilicios era su lecho de reposo, que no podia llamarse reposo, supuesto que unia la noche al dia por sus contínuas oraciones (1).

Excepto los dias festivos, ni áun siquiera mezclaba aceite á las hierbas, que formaban todo su alimento. Jamas pudieron convencerla que tomase un poco de vino para fortalecer su estómago, debilitado por el exceso de sus ayunos y de sus trabajos (2); y cuando le hablaban de ello, respondia: «Yo prefiero las enfermedades del estómago á las enfermedades del alma» (3).

Por consejo de San Jerónimo, el santo obispo Paulino, que iba con frecuencia de Antioquía á Belen á visitarla, trató un dia de persuadirle que bebiera algunas gotas de vino. Despues de un largo coloquio que tuvo con la santa penitente sobre este particular, dijo á San Jerónimo: «Ella, por el contrario, me ha persuadido á mí, que soy un viejo septuagenario, que renuncie absolutamente al vino. Ved aquí todo lo que he conseguido.»

Al oirla á ella, cuya vida áun en el siglo habia sido sin tacha, y al verla llorar sus más pequeñas faltas, parecia que era una gran pecadora, que debia lavar sus culpas con una penitencia severa (4). Así es que, cuando la exhortaban á que mitigase un poco su rigor, respondia: «No, yo no puedo hacerlo. Yo debo afligir este cuerpo en castigo de lo mucho que lo he cuidado. Yo me he reido mucho en el mundo, y ahora es necesario que llore. Es necesario que el cilicio reemplace ahora á las vestiduras de seda y á los lienzos delicados, de que he hecho uso en el mundo. Yo he tenido la desgra-

(1) «Molia lectuli strata, etiam in gravissima febre, non habuit. Super durissimam humum, stratis ciliciis quiescebat; si tamen illa quies dicenda est, quæ jugibus fere orationibus, dies noctesque jungebat.»

(2) «Exceptis diebus festis, vix oleum in cibo capiebat. Debilitatem corporii nimis jejuniis et labore contraxit.»

(3) «Malo stomacho dolere quam mente.»

(4) «Ita sua peccata plangebat, ut illam gravissimorum criminum crederes ream.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia de agradar al hombre y al mundo, y ahora sólo debo procurar agradar á Jesucristo» (1).

Á pesar de los rigores de su penitencia, temblaba por lo que ella llamaba su flaqueza; era muy severa en alejar de sí toda ocasion capaz de alterar su corazon con respecto al pudor. San Jerónimo nos asegura que desde la muerte de su esposo hasta el fin de su vida Paula no admitió jamas ningun hombre á su mesa, áun cuando fuese un santo, áun cuando estuviese revestido de la dignidad episcopal (2).

El prodigio de su penitencia sólo era inferior al prodigio de su caridad. Despues de la muerte de su esposo distribuyó ella á los pobres casi todas las inmensas riquezas que se hallaban acumuladas en su noble casa (3); y á sus parientes, que la echaban en cara que con sus liberalidades despojaba á sus hijos, les respondia: «Nada temais; yo les dejaré una herencia más rica que pensais: *la misericordia de Jesucristo* (4). En cuanto á mí, pongo á Dios por testigo de que todo cuanto hago, lo hago por su gloria, y que mi único deseo es morir mendigando» (5).

En efecto, esta señora tan rica murió tan pobre, que hubo que buscar dinero para pagar su entierro, y no dejó á la santa vírgen Eustoquia, su amada hija, como tambien hija predilecta de Jesucristo, más riquezas que la fe, la santidad y la gracia (6).

En los cinco años que permaneció en Roma despues de la muerte de su esposo, las obras de caridad formaban sus delicias. Nada igualaba á su cuidado en conocer á todos los pobres de la gran ciu-

(1) «Affligendum corpus quod multis vacabit deliciis. Longus risus perpetuo compensandus est fletu; molia linteamina, et serica pretiosissima asperitate cilicii commutanda. Quæ viro et sæculo placui, nunc Christo placere desidero.»

(2) «Numquam, post viri mortem usque ad diem dormitionis cum ullo comedit viro, quamvis eum sanctum sciret et in pontificali culmine constitutum.»

(3) «Nobilis domus et quidem opulentissime omnes pene divitias in pauperes erogavit.»

(4) «Inter objurgantes propinquos loquebatur: Majorem se filiis hæreditatem, Christi misericordiam, dimittere.»

(5) «Testem invocabat Deum, se pro illius nomine cuncta facere, et hoc habere votum ut mendicans ipsa moriretur.»

(6) «Eustochium virginem devotam Christi filiam, sola fide et gratia divitem reliquit.»

dad, ni á su generosidad en socorrerlos. Ella creia haber sufrido una pérdida cuando sabia que otros se le habian adelantado en las obras de caridad. Ella visitaba á los enfermos, alimentaba á los que se habian imposibilitado para el trabajo, y cuidaba de dar sepultura á los muertos.

Siendo amable y compasiva con todo el mundo, y manifestando siempre la bondad de su alma, áun á aquellas personas que jamas habia visto, trataba con particular afecto y consideracion á las gentes del pueblo (1).

Sábia y mesurada en todo, en materia de caridad no conocia límites. Pero en Oriente fué donde más se hizo admirar y amar Paula por los prodigios de su caridad. Los pobres de toda la Palestina recurrian á ella como á su madre; ella los acogia á todos, los ayudaba á todos y los consolaba á todos; ella jamas despidió á ninguno sin socorrerlo; nunca era ella tan dichosa como cuando tenía mucho que dar; cuando daba sus limosnas, repetia en alta voz estas palabras del Señor: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.» Cuando nada tenía que dar, buscaba prestado para dar; y cuando el mismo San Jerónimo le aconsejaba que moderase un poco sus limosnas, ella respondia: «¡Ay! Si cuando no tengo dinero lo busco prestado, encuentro con facilidad personas que me lo facilitan. Pero estos desgraciados mendigos, si yo les niego los socorros que reclaman de mí, y que contrayendo deudas puedo facilitarles, no los encontrarán en ninguna parte; y si ellos mueren de hambre, ¿quién responderá á Dios de su vida?» (2).

Pero nada puede darnos á conocer mejor lo que esta admirable mujer fué en la Iglesia durante su vida, que los honores que le tributaron los eclesiásticos en su muerte. Apénas se extendió por la comarca la noticia de su última enfermedad, acudieron en tur-

(1) «In cunctos clementissimus animus et bonitas etiam in eos quos numquam viderat evagans. Nihil erga humiles blandius.»

(2) «Nemo ab ea pauperum vacuus reversus est. Illud semper replicans: Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur. Liberalitas sola excedebat modum. Versuras sæpius faciebat, ut nullis stipem rogantium denegaret. Ego, ajebat, si petiero, inveniam qui mihi tribuat. Iste mendicans, si à me non acceperit, quæ ei possum etiam de alieno tribuere, et mortuus fuerit, à quo ejus anima requiretur?» (Hier., *ad Princip.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bas á su celda todos los habitantes de los alrededores para encomendarse á sus oraciones y recibir sus últimos ejemplos. Los obispos de Jerusalén y de otras ciudades, y una inmensa multitud de sacerdotes, de monjes y de vírgenes llenaron el convento (1). Habiendo llegado su último momento, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia, San Jerónimo, que no la abandonaba un instante, le preguntó si sufria mucho, y ella, sonriendo, le respondió en lengua griega: «No, padre; yo no tengo nada que me haga sufrir; yo gozo de la más perfecta tranquilidad» (2). Despues cantó en hebreo estos versículos de los salmos: «¡Señor, yo no deseo más que la belleza de vuestra casa y el lugar de vuestra morada! ¡Oh Señor de las virtudes, cuán deliciosos son para mí vuestros tabernáculos! ¡Oh, cuánto desea mi alma esos lugares divinos! Yo muero de deseo de entrar en ellos.» Y repitiendo estos mismos versículos hasta el último momento, y haciendo la señal de la cruz sobre su boca, espiró (3).

Los funerales fueron más bien las ceremonias de gozo que acompañan la canonizacion de los santos, que los tristes honores que se tributan á una difunta. No se lloraba, no se gemia como se hace á la muerte de los hombres del mundo. Se cantaban salmos, y se hacian resonar los aires con himnos de alegría (4).

Solas las viudas y los pobres estaban inconsolables; ellos mostraban á todo el mundo los vestidos que debian á su caridad; y una multitud inmensa de indigentes recorria las calles, llorando y gritando: «Hemos perdido á nuestra madre, que nos alimentaba» (5).

Los obispos más ancianos (cosa bien extraordinaria) quisieron tener el honor de llevar el cuerpo de esta humilde sierva de Jesucristo, á quien veinticinco años de la vida más pura y de la penitencia más austera habian santificado. Otros eclesiásticos procuraron tener el honor de doblar su cuello bajo el piadoso féretro (1). Los otros obispos la seguian con una lámpara ó un cirio en la mano, ó guiaban los diferentes coros de los cantores. Y de este modo fué trasladada á la iglesia de la santa gruta de Belen, donde ella quiso ser enterrada, y se le colocó en medio del templo (2).

(1) «Aderant Hierosolymæ et aliarum urbium episcopi, et sacerdotum inferioris gradus innumerabilis multitudo; omne monasterium, virginum et monachorum chori repleverant.»

(2) «Cum à me interrogaretur: an dolore aliquid, respondit, græco sermone: Nihil se habere molestiæ; sed omnia quieta et tranquilla perspicere.»

(3) «Illos versiculos ad expirationem animi repetebat. Digitum ad os tenens, crucis signum pingebat in labis.» (Hier., *ad Princip.*)

(4) «Non ululatus, non planctus, ut inter sæculi homines fieri solet; sed psalmis, hymnis diversis, ex animo concrepabant.»

(5) «Viduæ et pauperes vestes ab ea præstitas ostendebant. Omnis inopum multitudo matrem et nutriciam se perdidisse clamabat.»

Este fué el verdadero triunfo de la santidad. Los habitantes de todas las ciudades de Palestina acudieron en masa á sus exequias. Ningun religioso quedó en su desierto, ninguna vírgen en su celda. Se hubiera creido cometer un sacrilegio en no ir á tributar los últimos honores á una mujer semejante (3).

En los tres dias que precedieron á su sepultura en la gruta del Señor, y una semana despues se oyó en la iglesia una salmodia no interrumpida, que los eclesiásticos de los diversos ritos cantaban, por órden, en griego, en latin y en hebreo (4).

¡Cuál debió ser, pues, la vida y la virtud de esta mujer, que tan honrada fué en su muerte! Ella habia servido á la Iglesia tanto con su ciencia y con su celo, cuanto con los ejemplos de todas las virtudes y con las obras de una caridad inagotable.

Segun M. Capefigo, esta mujer eminente, ademas de las grandes cualidades de su corazon, era la más erudita de su época. Para conocer mejor los libros santos, no se contentó con estudiar el griego, que poseia como su lengua nativa, sino que quiso tambien aprender el hebreo; y San Jerónimo nos asegura que ella llegó á hablar esta difícil lengua mejor que él, y que se complacia en cantar los salmos en hebreo (5). Ella sabía de memoria toda la *Biblia* (6); y

(1) «Translata episcoporum manibus, et aliis servicem feretro subjicentium.»

(2) «Alii pontifices lampades et cereos præferebant, alii choros psalentium ducebant. In media ecclesia speluncæ Salvatoris est posita.»

(3) «Tota ad funus ejus palestinarum urbium turba convenit. Quem monachum latentem in eremo cela sua tenuit? Quam virginem cubiculi secreta texerunt? Sacrilegium putabat qui non tali feminæ ultimum reddidise officium.»

(4) «Græco, latino, syroque sermone psalmi in ordine personabant: non solum triduo, donec juxta specum Domini conderetur, sed per omnem hebdomadam, cunctis qui venerant suum funus propriis prosequentibus lacrymis.»

(5) «Hebraicam linguam, quam ego ab adolescentia multo labore et sudore *ex parte* didici, discere voluit et consecuta est.»

(6) «Scripturas sanctas tenebat memoria.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siendo discípula de San Jerónimo en la ciencia de los diversos sentidos de este libro divino, muchas veces sorprendia á su maestro con sus preguntas y le admiraba con sus interpretaciones. Ella era en cierto modo, como Santa Marcela en Roma, un verdadero doctor en la ciencia de la *Biblia* y de la religion. Tambien fué ella el verdadero martillo de los origenistas en Palestina, comó Santa Marcela lo fué en Roma.

En vano el famoso Paladio, jefe de los origenistas en Oriente, verdadero lobo, quiso cubrirse con la piel de cordero para engañarla y convertirla al origenismo, lo mismo que á las vírgenes de su convento, para propagar la herejía por este medio entre los hombres. Santa Paula lo reconoció á la primera palabra, y lo denunció á San Jerónimo, quien lo refutó y lo confundió, atribuyendo esta victoria más bien al mérito y á las oraciones de Santa Paula que á su propia elocuencia é instruccion.

Tambien fué Santa Paula quien salvó la vida preciosa del santo doctor de las asechanzas de Juan, obispo jeromolitano, y de sus satélites origenistas, como Melania habia salvado la vida de San Atanasio. Ella era quien desenmascaraba por todas partes á aquellos herejes; se burlaba de sus intrigas, y los presentaba á todo el mundo como los verdaderos enemigos de Dios (1); y es indudable que, con su vigilancia, con su celo y con su valor, contribuyó tanto como San Jerónimo con su ciencia, á la represion de esta herejía en Oriente.

§ XXVI, 1.°—La familia de Santa Paula edificando á Jerusalen y á Roma con sus virtudes.—Otras admirables mujeres católicas de la misma época, en Roma.—La escuela de San Jerónimo.—Santa Fabiola, modelo de penitencia.—Una mujer funda los primeros hospitales.—Las santas mujeres más celosas que los eclesiásticos para defender la pureza de la fe.—San Jerónimo defendiendo la perpétua virginidad de María, á instancia de las mujeres.

No fueron éstas las únicas mujeres cristianas que ilustraron el Cristianismo en la Iglesia al fin del cuarto siglo y al principio del

(1) «Eos qui ejusdem dogmatis erant, voce publica hostes Domini proclamabat.»

quinto; pero los límites de esta obra apénas nos permiten indicar algunas de ellas.

Todas las hijas de Santa Paula fueron de este número, porque esta santa viuda tuvo la dicha de santificar á toda su familia, santificándose ella misma, y de hacer hereditaria la santidad en ella; de modo que no sólo sus hijos, sino tambien su yerno, su nuera y su nieta, fueron cuasi todos contados por la Iglesia en el número de los santos.

Santa Blesila, la hija mayor de Santa Paula, habiendo quedado viuda á los siete meses de casada, se dedicó con tanto ardor al estudio de la perfeccion y de la santidad, que habiendo sido consumada en poco tiempo, la ejerció por largo tiempo, porque ella murió en Roma á la edad de veinte años, despues de haber admirado la ciudad, tanto como su madre, por el prodigio de su humildad y de su penitencia. Habiendo afligido profundamente á su santa madre esta muerte, San Jerónimo le dirigió una elocuente carta, en la que, tratando de consolar á la madre en su dolor, nos ha dejado un magnífico elogio de las virtudes de la hija. Él hace notar, entre otras cosas, que Blesila hablaba el griego como el latin, que habia aprendido el hebreo en pocos dias, y que la Escritura Santa estaba siempre en sus manos. (*In obitu Blesilæ, ad Paulam matrem.*) Debemos á Santa Blesila la explicacion del libro sagrado titulado *El Eclesiástico*, hecha por San Jerónimo, por haberle suplicado la santa viuda que le dejase un pequeño comentario de este libro, áun ántes de ausentarse de Roma.

Santa Eustoquia, la más jóven y la más querida hija de Santa Paula, la compañera de sus peregrinaciones y la más perfecta imitadora de sus virtudes, fué otra lumbrera de la virginidad cristiana en Roma y en Oriente, donde murió, llena de méritos, superiora de un monasterio de cincuenta vírgenes escogidas, fundado por ella en Belen. San Jerónimo canonizó en cierto modo á esta vírgen, todavía viva, en sus comentarios de Isaías, de Jeremías y de Ecequiel, que él hizo á instancia suya, y que le dirigió, y en su famosa carta, ó más bien tratado, *Del modo de conservar la virginidad*, que le dirigió tambien. (*Ad Eustochium, De virginitate servanda.*) Habiendo sido leida esta carta en un Concilio de Roma, fué unánimemente aprobada por los Padres y por la Iglesia.

Santa Paulina, otra hija de Santa Paula, casada con el senador

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siendo discípula de San Jerónimo en la ciencia de los diversos sentidos de este libro divino, muchas veces sorprendia á su maestro con sus preguntas y le admiraba con sus interpretaciones. Ella era en cierto modo, como Santa Marcela en Roma, un verdadero doctor en la ciencia de la *Biblia* y de la religion. Tambien fué ella el verdadero martillo de los origenistas en Palestina, comó Santa Marcela lo fué en Roma.

En vano el famoso Paladio, jefe de los origenistas en Oriente, verdadero lobo, quiso cubrirse con la piel de cordero para engañarla y convertirla al origenismo, lo mismo que á las vírgenes de su convento, para propagar la herejía por este medio entre los hombres. Santa Paula lo reconoció á la primera palabra, y lo denunció á San Jerónimo, quien lo refutó y lo confundió, atribuyendo esta victoria más bien al mérito y á las oraciones de Santa Paula que á su propia elocuencia é instruccion.

Tambien fué Santa Paula quien salvó la vida preciosa del santo doctor de las asechanzas de Juan, obispo jeromolitano, y de sus satélites origenistas, como Melania habia salvado la vida de San Atanasio. Ella era quien desenmascaraba por todas partes á aquellos herejes; se burlaba de sus intrigas, y los presentaba á todo el mundo como los verdaderos enemigos de Dios (1); y es indudable que, con su vigilancia, con su celo y con su valor, contribuyó tanto como San Jerónimo con su ciencia, á la represion de esta herejía en Oriente.

§ XXVI, 1.°—La familia de Santa Paula edificando á Jerusalen y á Roma con sus virtudes.—Otras admirables mujeres católicas de la misma época, en Roma.—La escuela de San Jerónimo.—Santa Fabiola, modelo de penitencia.—Una mujer funda los primeros hospitales.—Las santas mujeres más celosas que los eclesiásticos para defender la pureza de la fe.—San Jerónimo defendiendo la perpétua virginidad de María, á instancia de las mujeres.

No fueron éstas las únicas mujeres cristianas que ilustraron el Cristianismo en la Iglesia al fin del cuarto siglo y al principio del

(1) «Eos qui ejusdem dogmatis erant, voce publica hostes Domini proclamabat.»

quinto; pero los límites de esta obra apénas nos permiten indicar algunas de ellas.

Todas las hijas de Santa Paula fueron de este número, porque esta santa viuda tuvo la dicha de santificar á toda su familia, santificándose ella misma, y de hacer hereditaria la santidad en ella; de modo que no sólo sus hijos, sino tambien su yerno, su nuera y su nieta, fueron cuasi todos contados por la Iglesia en el número de los santos.

Santa Blesila, la hija mayor de Santa Paula, habiendo quedado viuda á los siete meses de casada, se dedicó con tanto ardor al estudio de la perfeccion y de la santidad, que habiendo sido consumada en poco tiempo, la ejerció por largo tiempo, porque ella murió en Roma á la edad de veinte años, despues de haber admirado la ciudad, tanto como su madre, por el prodigio de su humildad y de su penitencia. Habiendo afligido profundamente á su santa madre esta muerte, San Jerónimo le dirigió una elocuente carta, en la que, tratando de consolar á la madre en su dolor, nos ha dejado un magnífico elogio de las virtudes de la hija. Él hace notar, entre otras cosas, que Blesila hablaba el griego como el latin, que habia aprendido el hebreo en pocos dias, y que la Escritura Santa estaba siempre en sus manos. (*In obitu Blesilæ, ad Paulam matrem.*) Debemos á Santa Blesila la explicacion del libro sagrado titulado *El Eclesiástico*, hecha por San Jerónimo, por haberle suplicado la santa viuda que le dejase un pequeño comentario de este libro, áun ántes de ausentarse de Roma.

Santa Eustoquia, la más jóven y la más querida hija de Santa Paula, la compañera de sus peregrinaciones y la más perfecta imitadora de sus virtudes, fué otra lumbrera de la virginidad cristiana en Roma y en Oriente, donde murió, llena de méritos, superiora de un monasterio de cincuenta vírgenes escogidas, fundado por ella en Belen. San Jerónimo canonizó en cierto modo á esta vírgen, todavía viva, en sus comentarios de Isaías, de Jeremías y de Ecequiel, que él hizo á instancia suya, y que le dirigió, y en su famosa carta, ó más bien tratado, *Del modo de conservar la virginidad*, que le dirigió tambien. (*Ad Eustochium, De virginitate servanda.*) Habiendo sido leida esta carta en un Concilio de Roma, fué unánimemente aprobada por los Padres y por la Iglesia.

Santa Paulina, otra hija de Santa Paula, casada con el senador

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Panmaquio, de la noble familia Furia, hizo de él un santo persuadiéndole, despues de haber tenido un hijo que murió muy pronto, que guardase castidad en el matrimonio, infundiéndole tanto amor á la caridad con los pobres, que al nombrarle ella por heredero, no dudó que por este medio dejaba toda su herencia á los pobres. En efecto, encontrándose San Panmaquio viudo y sin hijos, se consagró enteramente á las buenas obras. Él fué el primero que en Occidente fundó los hospicios para los pobres, á quienes él servía personalmente, despues de haberles dado todos sus bienes. Uno de estos hospicios fué el que estableció en Porto, cerca de Roma, para la comodidad de los pobres peregrinos que por mar se dirigian á esta ciudad de todas las partes del mundo. Este Panmaquio es el amigo íntimo y el hijo espiritual de San Jerónimo, á quien este santo doctor escribió cartas importantes y dedicó muchas de sus obras, y de quien hace un completo elogio con estas tres palabras: «Panmaquio es patricio por la nobleza, rico por las limosnas y sublime por la humildad.» Otro de los méritos de San Panmaquio es el de haber sido el primero que abrazó y profesó la vida monástica en medio del mundo; digno por esto mismo de ser llamado por San Jerónimo el general en jefe ó el emperador de los monjes: *Architrateger monachorum.* Y no podia ser de otro modo un hombre que vivió entre tantas mujeres santas y respiró los perfumes de la santidad.

Santa Leta, la nuera de Santa Paula, habiéndose casado con su hijo único, San Texocio, deseó tener una hija sólo para consagrarla á Jesucristo, lo que ella hizo en efecto; y esto hizo decir á San Jerónimo que esta niña fué concebida en virtud de la promesa hecha por su madre, de hacer de ella una vírgen de Jesucristo, y que ella fué consagrada ántes de ser engendrada: *Futuræ virginis promissione concepta, prius Christo consecrata quam genita.* San Jerónimo nos refiere igualmente que Santa Paula se llenó de gozo cuando supo en Oriente el destino que habian dado á su nieta en Roma, y que estando todavía en la cuna la pequeña Paula (éste era su nombre), cantaba ya la *alleluya.* Así era como la mujer católica educaba entónces á sus hijos. Para la instruccion de esta niña, hija y nieta de santos, escribió San Jerónimo su admirable *Tratado de la educacion de las hijas cristianas* (*Epistola ad Lœtam, De educatione filiæ*), que los preceptores eclesiásticos de la juventud cristiana deben

consultar con frecuencia. El padre de Santa Leta era Albino, personaje distinguido, aunque pagano y pontífice de los ídolos. Pero movido por las exhortaciones, las súplicas, y más aún por el espectáculo de la vida celestial de su hija, acabó por convertirse al Cristianismo. San Jerónimo nos dice tambien que habiendo perdido Santa Leta á su esposo á la edad de veinte años, se consagró á Dios por el voto de castidad perpétua, siguió por el camino de la santidad que su madre política le habia trazado, y dió en Roma los mismos ejemplos de fe y de caridad que Santa Paula dió en Jerusalen (1). Tal era la familia de Santa Paula.

Despues de estas grandes é ilustres mujeres cristianas, es necesario hacer mencion de algunas otras que, sin ser de la misma familia, eran de la misma escuela, de la escuela de San Jerónimo, tan célebre en los anales de la Iglesia, y que tanto bien hizo á la Iglesia.

Una de éstas fué Santa Asela, hermana de Santa Marcela. Consagrada á Dios esta noble vírgen á la edad de diez años, se encerró en una celda, de la que no salia sino para ir á las iglesias de los mártires, pero de modo que no fuese vista de nadie. Ella no hablaba jamas con ningun hombre, y apénas se dejaba ver de su misma hermana.

Ella guardaba una soledad perfecta en medio de Roma, ella se dedicaba al trabajo de manos, ella dormia sobre la dura tierra, ella se alimentaba sólo con pan y agua, ayunaba todo el año, y muchas veces pasaba tres dias sin tomar cosa alguna. Sin embargo, unas austeridades tan grandes no habian podido alterar su salud ni marchitar su belleza. Á la edad de cincuenta años se mantenia tan robusta y tan fresca como una jóven. Ella era la admiracion de Roma, tanto por su desprecio del mundo y por su espíritu de penitencia, unido á la inocencia y á la pureza de los ángeles, como por su celo y su valor en defender, en una edad tan avanzada, á los verdaderos siervos de Dios; porque ella fué la que hizo conocer á los magistrados que el calumniador infame que habia osado atentar contra la reputacion de San Jerónimo y de Santa Paula era un

(1) «Nurus æternæ se tradens pudicitiæ, socrus opera fide et eleemosynis sequitur, et Romæ conatur exprimere quod Hierosolymis Paula complevit.» (*Epitaf. S. Paul. ad Eustoch.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

emisario y un vil instrumento de la envidia y del ódio de sus enemigos (1).

Otra fué Santa Lea, cuyo elogio nos ha dejado tambien San Jerónimo en una de sus cartas á Santa Marcela, cuando la envió la explicacion del salmo LXX. Esta noble vírgen habia fundado una casa de vírgenes, que gobernaba é instruia más bien con sus ejemplos que con sus palabras. Su hábito y su alimento eran el hábito y el alimento de los pobres, pero sin la menor afectacion. Ella pasaba las noches en oracion y los dias en las obras de la caridad y de la humildad. Al verla sin conocerla, se la tenía por la última de las sirvientas de la casa: tal era su deseo de servir á todos sus subordinados, á pesar de que estaba acostumbrada á ser servida por un gran número de esclavos. Ella gobernaba obrando y mandaba sirviendo.

Otra de las mujeres ilustres de aquella época fué Santa Fabiola, señora distinguida sobre todas las demas por su orígen, y poderosa por sus riquezas y su belleza, y que hizo tanto ruido en el mundo romano, no tanto por una falta grave que cometió, cuanto por la larga y severa penitencia con que la expió. Obligada á abandonar á su brutal esposo, poco tiempo despues de casada, por la disolucion de sus costumbres y por la crueldad con que la trataba, contrajo un nuevo matrimonio en vida de su primer esposo. Las leyes civiles, cuyas prescripciones anticristianas no habian permitido al gran Constantino anular las circunstancias, parecian autorizar en tales casos un segundo matrimonio, y Fabiola creyó que lo que el Código permitia lo permitia tambien el Evangelio. Este fué un gran escándalo que dió entónces en Roma una hija de los Fabios. Pero la Providencia supo sacar de él el mayor bien.

La entrada en el templo del Señor fué prohibida al instante á la jóven prevaricadora; ella fué separada absolutamente de la comunion de los fieles, y de este modo, como observa San Jerónimo, que nos ha trasmitido todas estas particularidades, dió á conocer á la Iglesia cristiana que ella no se dejaba gobernar por las decisio-

(1) Véase la *Epístola á Asela*, que San Jerónimo escribió á esta ilustre vírgen, á bordo de un barco, en el puerto romano, al tiempo de volver á Oriente, y en la que el santo doctor, al mismo tiempo que da las gracias á su insigne protectora, consigna las pruebas más brillantes de la santidad de sus relaciones y de la grandeza de su alma.

nes de Papiniano, en perjuicio de las decisiones de San Pablo, ni por las leyes de los Césares, en perjuicio de las leyes de Jesucristo (1); y se mostró desde el principio la guarda fiel, la vengadora severa del dogma cristiano, de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio.

Fabiola reconoció su falta, se separó al instante de su pretendido esposo, y se sometió con una humildad sin ejemplo á todos los rigores de la penitencia pública. Fué un espectáculo tan nuevo como patético, dice San Jerónimo; fué un objeto de admiracion y de edificacion para los mismos paganos y para los cristianos, ver en la vigilia de Pascua, cuando Roma se hace la ciudad del mundo entero, á la hija de los Paulo Emilios y de los Escipiones á la puerta de la basílica de Letran con los cabellos esparcidos, los ojos bañados en lágrimas, el cuerpo cubierto con un cilicio, confundida entre la turba de los penitentes, pidiendo humildemente misericordia y perdon al vicario de Jesucristo, á los sacerdotes y al pueblo. Ella confesaba á todo el mundo la culpa que habia cometido; ella llamaba á todo el mundo por testigo de la sinceridad de su arrepentimiento, y Roma no podia contener sus lágrimas al ver su dolor. Separada de los demas, y postrada en los umbrales de la iglesia, como María, hermana de Moises, fuera del tabernáculo, pedia con su llanto y con sus palabras la gracia de la reconciliacion. Ella la obtuvo al fin, y el Pontífice, que la habia arrojado del rebaño, le permitió volver á entrar en él. Ella entra en efecto para vengarse del demonio y de sí misma con la penitencia más austera, que continuó hasta el fin de su vida, por las grandes limosnas que distribuyó á los pobres, y por el heroísmo de todas las virtudes. Rivalizando con San Panmaquio en el celo de las fundaciones de caridad, fundó tambien varios hospicios para los extranjeros que iban á Roma á venerar los sepulcros de los apóstoles, y ella fué la primera que fundó en Roma hospitales de caridad para los pobres (2), que ella misma, aunque extenuada por el ayuno y abatida por las enfermedades, recogia por las calles, asistia con sus

(1) «Aliæ sunt leges Cæsarum, aliæ Christi; aliud Papinianus, aliud Paulus noster docuit.» (Ad Ocean., *De morte Fabiolæ.*)

(2) «Prima omnium nosocomium instituit in quo ægrotantes colligeret de plateis et consumpta languoribus atque inedia, miserorum membra foveret.» (Hier., *loc. cit.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bienes y servía con sus manos; aliviar sus miserias, curar sus llagas y prodigarles todos los cuidados de una madre, eran su único consuelo, su felicidad y sus delicias. ¡Mujer admirable, digna de que San Jerónimo haya hecho su panegírico, y de que la Iglesia la haya puesto en el número de los santos!

Del mismo número fueron Santa Salvina, Santa Furia, Santa Principia, Santa Albina, y otras muchas, tan distinguidas por su nobleza como por la gloria de todas las virtudes, á quienes el mismo santo doctor dirigió importantes cartas, y cuyo elogio ha hecho.

Segun la pintura que San Jerónimo hace en su famosa carta á Eustoquia, que levantó contra él tantas borrascas, el clero de Roma no era en aquella época un modelo de virtud. Los jóvenes eclesiásticos carecian de ciencia y de gravedad, y los ancianos dejaban mucho que desear respecto á la edificacion y al celo por los intereses de la fe y por el bien de la Iglesia. Pues bien; lo que los hombres no hacian, lo hacian las mujeres, y con el más feliz resultado. Un cierto Helvidio, de la secta de los arrianos, acababa de publicar su repugnante libro contra la perpétua virginidad de la Santísima Vírgen, en el que sostenia que la Madre de Dios habia tenido otros hijos de San José despues de Jesucristo. Este odioso libelo causaba mucho daño en Roma, y preparaba el camino al nestorianismo, á esa herejía enemiga del honor y de los privilegios de María, que se proponia rebajar al Hijo, rebajando á la Madre, que no fué otra cosa que una nueva forma del arrianismo. Sin embargo, nadie fijaba la atencion en ello, quizá por el poco mérito de la obra y por la oscuridad del autor. No sucedió lo mismo á estas santas mujeres, que eran entónces la admiracion y la edificacion de Roma, y por Roma, de todo el mundo cristiano. En este innoble ataque contra la dignidad de María creyeron ellas ver atacada la dignidad de su sexo, lo mismo que la dignidad de la fe. Ellas se llenaron de sentimiento y de indignacion, y delataron el libro y el autor al celo de San Jerónimo; y este grande hombre, á instancias de ellas, escribió su bello y sólido *Libro contra Helvidio*, en el que, no sólo defendió vigorosamente la perpétua virginidad de la Madre de Dios, sino que sostuvo que San José fué perpétuamente vírgen; y desde esta época data el bello homenaje que la Iglesia tributa contínuamente á María, saludándola Vírgen ántes del parto, en el parto y despues del parto: *Virgo ante partum*, *Virgo in partum*, *Virgo post partum;* y diciéndole con frecuencia: « Oh Santísima Vírgen, que permanecisteis pura despues del parto, rogad por nosotros al eterno Padre, cuyo único Hijo disteis á luz: *Post partum Virgo inviolata permansisti; ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti.* »

§ XXVI, 2.°—Santa Demetriades admirando al mundo con su heroica renuncia del mundo.—Sublimes sentimientos de Juliana, su madre, y de Proba, su abuela, en esta ocasion.—Prodigioso número de jóvenes á quienes su ejemplo atrajo á la profesion de la santa virginidad.—Los Padres se valieron de estos ejemplos para la composicion de sus tratados sobre la vida cristiana.—Mision importante que la mujer católica desempeñó en esta época.—Las madres de la Iglesia al lado de los padres de la Iglesia.

La más célebre de estas mujeres católicas en el mundo entero y en la Iglesia, que en la época de los Padres edificaron tanto al mundo, y dieron tanta gloria á la Iglesia, fué la vírgen Santa Demetriades, de quien el lector no llevará á mal que le presentemos aquí algunas particularidades especiales.

Hija del cónsul Olibrio (1), de la antigua familia Anicia, prodigio de belleza y heredera única de una inmensa fortuna, era, dice San Jerónimo, *la primera en el mundo romano*. Prevenida siendo todavía niña, por la gracia, tuvo la fe ardiente de una mujer virtuosa y perfecta, y comenzó su carrera por donde otras desearian acabar

(1) Este Olibrio era hijo de Anicio Pretonio Probo, el romano más ilustre de su tiempo, que siendo procónsul en Italia, dió el gobierno de la Emilia y la Liguria á San Ambrosio, cuando este santo no era más que un jóven catecúmeno. Probo era tambien dueño de propiedades inmensas en todas las provincias del Imperio. Él era pagano; mas habiéndose casado con Proba Faltonia, cristiana ilustre por su talento, su piedad y su celo, se hizo cristiano y murió en la fe. Las grandes conversiones al Cristianismo se hacian entónces principalmente por las mujeres. Su hijo Olibrio era ya cónsul, aunque muy jóven, cuando se casó cŏn Juliana, señora muy distinguida por su nobleza y por su fe. Así es que Proba, su madre política, la amó como á su hija; y cuando, al poco tiempo de haber nacido Demetriades, quedó viuda de Olibrio, como otra Rut, no quiso separarse de su suegra, y rivalizó con ella en la práctica de todas las virtudes cristianas. Estas dos nobles matronas se amaban tan tiernamente y marchaban tan de acuerdo en los caminos del Señor, que parecian un solo entendimiento, un solo corazon y una sola alma viviendo en dos cuerpos. Así es como ellas consiguieron hacer de Demetriades un prodigio de santidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bienes y servía con sus manos; aliviar sus miserias, curar sus llagas y prodigarles todos los cuidados de una madre, eran su único consuelo, su felicidad y sus delicias. ¡Mujer admirable, digna de que San Jerónimo haya hecho su panegírico, y de que la Iglesia la haya puesto en el número de los santos!

Del mismo número fueron Santa Salvina, Santa Furia, Santa Principia, Santa Albina, y otras muchas, tan distinguidas por su nobleza como por la gloria de todas las virtudes, á quienes el mismo santo doctor dirigió importantes cartas, y cuyo elogio ha hecho.

Segun la pintura que San Jerónimo hace en su famosa carta á Eustoquia, que levantó contra él tantas borrascas, el clero de Roma no era en aquella época un modelo de virtud. Los jóvenes eclesiásticos carecian de ciencia y de gravedad, y los ancianos dejaban mucho que desear respecto á la edificacion y al celo por los intereses de la fe y por el bien de la Iglesia. Pues bien; lo que los hombres no hacian, lo hacian las mujeres, y con el más feliz resultado. Un cierto Helvidio, de la secta de los arrianos, acababa de publicar su repugnante libro contra la perpétua virginidad de la Santísima Vírgen, en el que sostenia que la Madre de Dios habia tenido otros hijos de San José despues de Jesucristo. Este odioso libelo causaba mucho daño en Roma, y preparaba el camino al nestorianismo, á esa herejía enemiga del honor y de los privilegios de María, que se proponia rebajar al Hijo, rebajando á la Madre, que no fué otra cosa que una nueva forma del arrianismo. Sin embargo, nadie fijaba la atencion en ello, quizá por el poco mérito de la obra y por la oscuridad del autor. No sucedió lo mismo á estas santas mujeres, que eran entónces la admiracion y la edificacion de Roma, y por Roma, de todo el mundo cristiano. En este innoble ataque contra la dignidad de María creyeron ellas ver atacada la dignidad de su sexo, lo mismo que la dignidad de la fe. Ellas se llenaron de sentimiento y de indignacion, y delataron el libro y el autor al celo de San Jerónimo; y este grande hombre, á instancias de ellas, escribió su bello y sólido *Libro contra Helvidio*, en el que, no sólo defendió vigorosamente la perpétua virginidad de la Madre de Dios, sino que sostuvo que San José fué perpétuamente vírgen; y desde esta época data el bello homenaje que la Iglesia tributa contínuamente á María, saludándola Vírgen ántes del parto, en el parto y despues del parto: *Virgo ante partum*, *Virgo in partum*, *Virgo post partum;* y diciéndole con frecuencia: « Oh Santísima Vírgen, que permanecisteis pura despues del parto, rogad por nosotros al eterno Padre, cuyo único Hijo disteis á luz: *Post partum Virgo inviolata permansisti; ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti.* »

§ XXVI, 2.°—Santa Demetriades admirando al mundo con su heroica renuncia del mundo.—Sublimes sentimientos de Juliana, su madre, y de Proba, su abuela, en esta ocasion.—Prodigioso número de jóvenes á quienes su ejemplo atrajo á la profesion de la santa virginidad.—Los Padres se valieron de estos ejemplos para la composicion de sus tratados sobre la vida cristiana.—Mision importante que la mujer católica desempeñó en esta época.—Las madres de la Iglesia al lado de los padres de la Iglesia.

La más célebre de estas mujeres católicas en el mundo entero y en la Iglesia, que en la época de los Padres edificaron tanto al mundo, y dieron tanta gloria á la Iglesia, fué la vírgen Santa Demetriades, de quien el lector no llevará á mal que le presentemos aquí algunas particularidades especiales.

Hija del cónsul Olibrio (1), de la antigua familia Anicia, prodigio de belleza y heredera única de una inmensa fortuna, era, dice San Jerónimo, *la primera en el mundo romano*. Prevenida siendo todavía niña, por la gracia, tuvo la fe ardiente de una mujer virtuosa y perfecta, y comenzó su carrera por donde otras desearian acabar

(1) Este Olibrio era hijo de Anicio Pretonio Probo, el romano más ilustre de su tiempo, que siendo procónsul en Italia, dió el gobierno de la Emilia y la Liguria á San Ambrosio, cuando este santo no era más que un jóven catecúmeno. Probo era tambien dueño de propiedades inmensas en todas las provincias del Imperio. Él era pagano; mas habiéndose casado con Proba Faltonia, cristiana ilustre por su talento, su piedad y su celo, se hizo cristiano y murió en la fe. Las grandes conversiones al Cristianismo se hacian entónces principalmente por las mujeres. Su hijo Olibrio era ya cónsul, aunque muy jóven, cuando se casó cŏn Juliana, señora muy distinguida por su nobleza y por su fe. Así es que Proba, su madre política, la amó como á su hija; y cuando, al poco tiempo de haber nacido Demetriades, quedó viuda de Olibrio, como otra Rut, no quiso separarse de su suegra, y rivalizó con ella en la práctica de todas las virtudes cristianas. Estas dos nobles matronas se amaban tan tiernamente y marchaban tan de acuerdo en los caminos del Señor, que parecian un solo entendimiento, un solo corazon y una sola alma viviendo en dos cuerpos. Así es como ellas consiguieron hacer de Demetriades un prodigio de santidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la suya (1); porque pudiendo aspirar á los partidos más brillantes de la tierra, no quiso más esposo que el Rey del cielo. Habiendo tomado Demetriades secretamente esta resolucion, confirmada por una promesa solemne que hizo á Dios en su corazon virginal, en medio de todas las seducciones y de todo el prestigio de la opulencia, rodeada de un gran número de eunucos y de doncellas que la servian, comenzó á domar su carne virginal, y á mortificar su delicado cuerpo con toda especie de austeridades. Bajo sus ricas vestiduras llevaba un duro cilicio; practicaba el ayuno y dormia sobre la dura tierra. Ella hacía todo esto á escondidas de su madre y de su abuela, y sólo algunas doncellas de la casa lo sabian; entre tanto, ella no cesaba de pedir al Señor, con lágrimas, que viniese en su ayuda para cumplir sus santos deseos, y que dispusiese á ello el espíritu de sus padres. Y habiendo llegado el tiempo de hacerles conocer su generosa resolucion, quitándose un dia sus nobles vestiduras y todas sus ricas joyas, se presentó á Juliana, su madre, y á Proba, su abuela (porque su padre habia ya muerto), en hábito de religiosa, con todas las insignias de la humildad y de la penitencia; y postrada á sus piés, les manifestó su vocacion, y les pidió la gracia de que no se opusiesen á ello. Unas mujeres mundanas se hubieran afligido y se hubieran puesto furiosas al ver tal escena y al oir tal declaracion; pero siendo Proba (2) y Juliana (3) dos santas mujeres, llenas tambien del verdadero espíritu del Evangelio, se alegraron tanto, que lloraban de gozo; porque aquellas sublimes mujeres habian deseado siempre que su amada hija abrazase la virginidad; pero no esperando de ella, en las condiciones en que se encontraba, un acto tal de perfeccion, habian resuelto desposarla en África con uno de aquellos ricos y nobles romanos que se habian retirado allí. Vedlas, pues, levantar del suelo á su hija, que temblaba de miedo de haberles causado un disgusto, estrecharla en sus brazos, colmarla de besos é inundarla en lágrimas, diciéndola:

(1) «Nobilitate et divitiis *in orde romano prima*, postquam puellarum annos fidei ardore superasset, inde incepit ubi aliæ desinunt.» (*Epist. ad Demetriadem, De virginitate servanda.*)

(2) Á esta ilustre matrona fué á quien dirigió San Agustin su famosa carta relativa á la oracion. (*De oratione, ad Probam.*)

(3) Por ella escribió San Agustin su bello libro *De las ventajas de la viudez*, que dedicó á la misma. (*De sancta viduitate, ad Julianam.*)

«¿Qué dices tú, querida hija? ¿Que nos ha de causar resentimiento tu resolucion? Ese es, por el contrario, nuestro deseo, esa es nuestra alegría; nosotras te bendecimos por haber prevenido y adivinado nuestros deseos; nosotras tenemos el mayor placer en que permanezcas vírgen; tú vas á hacer á nuestra noble familia todavía más noble por la gloria de tu virginidad.» Aquel dia, pues, fué un dia de inexplicable gozo en aquella cristiana casa (1).

«Pero es necesario no perjudicar (añadieron aquellas mujeres incomparables), es necesario no perjudicar al celestial Espóso á quien va á unirse nuestra hija. Ella debe llevarle toda la dote que hubiera llevado al esposo de la tierra. Hé aquí, dijeron á su pequeña heroína, hé aquí el rico ajuar que estaba preparado para tu matrimonio con el hombre: tú eres la dueña de él, lo mismo que de todas nuestras riquezas; dispon de él como quieras en favor de tu Esposo, Dios. Nosotras deseamos que lo que en las manos de un hombre del mundo iba á perecer, se convierta en tus manos en una fuente de socorros para los pobres y para los siervos del Señor» (2).

El dia en que esta augusta vírgen se consagró al Señor fué un dia de júbilo para toda la Italia cristiana, y para Roma en particular, cuyos muros, destrozados por la reciente incursion de los bárbaros, parecia que volvian á tomar su antiguo ésplendor; el perfecto sacrificio de aquel ángel terreno les hacía esperar que el Señor les era propicio (3).

Deseando Proba y Juliana que nada faltase á esta gran solemnidad cristiana, habian pedido á San Jerónimo que mandase á su hija, el dia de sus desposorios sagrados, los regalos de boda, enviándole, con su bendicion, algunas palabras de edificacion y algunas reglas de conducta. El santo padre estaba entónces ocupado con

(1) «Certatim in oscula neptis et filiæ mater et avia ruunt; ubertim fiere præ gaudio; jacentem manu attollere, amplexarique trepidantem, et gratulari quod nobilem familiam virgo virginitate sua nobiliorem redderet. Jesu bone! quid illum in tota domo gaudium fuit!» (*De sancta viduitate.*)

(2) «Quidquid fuerat nuptiis præparatum, à sancta Christi synoride virgini traditum est, ne Sponso fieret injuria. Imo, ut dotata pristinis opibus veniret ad Sponsum; et quidquid in rebus mundi periturum erat, domesticorum Dei sustineret inopiam.» (*De sancta viduitate.*)

(3) «Tunc lugubres vestes Italia mutavit. Romæ semiruta mœnia pristinum ex parte recepere fulgorem, propitium sibi existimantes Deum in alumnæ conversione perfecta.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus *Comentarios sobre Ecequiel*, y en particular con la explicacion del *templo misterioso* de que habla este profeta, que es uno de los pasajes más difíciles de los libros santos. Sin embargo, él accedió á los piadosos deseos de las dos santas matronas, diciéndose á sí mismo: «Yo no abandono mi objeto; yo no haga más que pasar de un altar á otro, y concurrir con mis palabras á la consagracion de la pureza eterna de una hostia viviente y agradable á Dios, ofreciéndole el holocausto de un corazon sin mancha» (1). Esto fué lo que nos valió la elocuente *Carta* de San Jerónimo *á Demetriades*, seguida de un excelente *Tratado sobre el modo de guardar la virginidad*, por la que este gran doctor hizo todavía más célebre en la Iglesia un acontecimiento ya demasiado célebre (2).

«¡Vírgen afortunada, dice el mismo doctor á su pequeña heroína, ved cuán bueno es Dios para con vos! Él os da, áun en este mundo, mucho más de lo que vos le habeis dado. Al desposaros con un hombre, apénas os hubiera conocido una provincia; y al desposaros con Jesucristo, todo el mundo os conoce, y vos edificais á todo el mundo (3). Y vos, Juliana, vos lo estais viendo tambien: no hay una vírgen cristiana que, al consagrar su virginidad, no se honre con haber imitado el ejemplo de vuestra santa hija. No hay una madre que no os aclame mil veces dichosa por ser madre de tal hija (4).

(1) «Malui uti hoc diverticulo, ut de altari ad altare transirem et hostiam placentem Deo, ac sine ulla macula æternæ pudicitiæ consecrarem.»

(2) San Agustin, que habia visto á Demetriades en Cartago, cuando fué á aquella ciudad para conferenciar con los donatistas, habiendo sabido por Proba y Juliana que su noble hija acababa de hacer su profesion religiosa, y de recibir el velo de las vírgenes de manos del obispo, experimentó una inmensa alegría, y dirigió tambien una patética carta á la nueva esposa del Cordero divino, en la que le hace ciertas advertencias contra la doctrina de los donatistas, y le encarga «que se atenga siempre á la fe del papa San Inocencio.»

Hallándose entónces en Palestina el famoso Pelagio, cabeza de la herejía que lleva su nombre, escribió tambien á Santa Demetriades una carta muy larga, ó más bien un libro, que se conserva todavía, en la que el astuto heresiarca trata, por medio de frases insidiosas, de imbuirla en sus errores, conociendo la importancia de esta conquista para su nueva herejía.

(3) «Plus recepisti, virgo, quam donasti. Quam sponsam hominis una tantum provincia nosset, virginem Christi totus orbis audivit.»

(4) «Quæ virginum Christi non hujus se societate jactavit? Quæ mater non tuum Juliana, beatum jactavit uterum?»

»En efecto, ningun acto de virtud cristiana, prosigue San Jerónimo, ha hecho tanta sensacion ni ha producido tantos bienes en el mundo. La noticia se divulgó por todas partes con la rapidez del rayo. No sólo las ciudades, los pueblos y las aldeas, sino las chozas, lo hacen objeto de su admiracion (1). Todas las iglesias de África se llenaron de gozo como si se tratase de su propia felicidad (2). Todas las playas del Oriente lo supieron tambien, y todas las ciudades interiores de aquella comarca aplaudieron tambien este bello triunfo de la fe cristiana» (3).

Pero ésta no fué sólo una admiracion estéril. El acto generoso de Demetriades fué una semilla preciosa, que hizo germinar un número prodigioso de vírgenes que quisieron consagrarse tambien á Dios. Las domésticas mismas siguieron el ejemplo de sus jóvenes señoras, y las clases inferiores el de las clases superiores. Estas jóvenes eran de condiciones diferentes á los ojos del mundo, pero el mérito de su castidad era igual á los ojos de Dios (4). No hubo casa alguna en que la profesion de la virginidad no tuviese generosas adeptas, que se consagraban á ella con entusiasmo (5).

San Ambrosio, al principio de su ministerio pastoral, se quejaba de que la virginidad en las mujeres, tan comun en el África cristiana, era cuasi desconocida en Europa. «Cada año, decia él, se consagran á Dios más vírgenes en África que hombres nacen en Italia» (6). Pero despues de este grande ejemplo, no sucedió ya lo mismo, en virtud del poderoso impulso que vino de Roma. El número de las jóvenes que abrazaban la virginidad voluntaria fué tan grande, que el mismo Santo Pontífice consagró de una vez más de ochocientas, y esta ceremonia duró tres dias. (*De virginitate.*)

(1) «Non solum ad urbes, oppida viculosque, sed ad ipsa quoque magalia celebris fama penetravit.» (*De sancta viduitate ad Julianam.*)

(2) «Cunctæ per Africam Ecclesiæ, quodam exultavere tripudio.» (*Ibid.*)

(3) Penetravit hic rumor Orientis littora; in Mediterraneis quoque urbibus christianæ gloriæ triumphus auditus est.» (*Ibid.*)

(4) «Quasi ex radice fecunda multæ simul virgines pullularunt; exemplumque patronæ et dominæ secuta est clientum turba atque famularum. Quarum cum impar esset in carne conditio, unum erat præmium castitatis.» (*Ibid.*)

(5) «Per omnes domos fervebat virginitatis professio.» (*Ibid.*)

(6) «In Ecclesia Orientali et Africana plures consecrantur virgines, quam in Italia nascuntur homines.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No es necesario tener un gran talento para comprender los buenos efectos que estos ejemplos, dados por las mujeres, debian producir tambien en los hombres y en los pueblos recien convertidos al Cristianismo. De este modo la castidad, esa grande virtud, cuya doctrina, cuya inspiracion y cuya gracia no se encuentran más que en el Evangelio, y que el paganismo habia despreciado tanto, erigiendo en actos de religion áun los excesos contra la naturaleza; la castidad, esa virtud social, que es la única que puede impedir que los pueblos se corrompan y caigan en la esclavitud y en la barbarie; la castidad, repito, se introdujo en las familias, comenzó á reinar en ellas en compañía de la verdadera fe, que es su base, y de todas las virtudes, que son efectos suyos. Por este medio se hicièron populares estas virtudes. Por este medio formaron ellas las costumbres de los pueblos cristianos, lo mismo que sus leyes, y la sociedad cristiana fué constituida definitivamente. De modo que este mundo, totalmente nuevo, de que el mundo antiguo no tuvo la más pequeña idea ni soñó jamas su posibilidad; este prodigio del verdadero progreso y de la civilizacion cristiana, que forma la admiracion del mundo, se debe en gran parte á la accion de la mujer cristiana. Los padres de la Iglesia tuvieron en ello una parte muy principal, porque con sublimes predicaciones y con sus sabios escritos explicaron y ensalzaron la verdad, la grandeza del dogma cristiano, la santidad y la importancia de las leyes y de las prácticas del Evangelio. Como sucesores de los apóstoles, propagaron ellos el Cristianismo donde no habia sonado la voz de los apóstoles. El gran medio que facilitó la mision y aseguró el triunfo de ellos, es necesario buscarlo en la facilidad con que la mujer abrazó el Cristianismo, en la prontitud con que se penetró de él, y en el generoso fervor con que ella lo introdujo en la familia y, por consiguiente, en la sociedad.

En una de sus cartas á San Agustin (Epist. 70) le dice San Jerónimo: «*Nuestras santas hijas*, Albina, Piniana y Melania, os saludan con mucho afecto, como igualmente nuestra pequeña Paula, la que os pide encarecidamente que os acordeis de ella.» San Agustin en sus cartas habla tambien de muchas mujeres de su tiempo con el mismo respeto y con el mismo afecto, y nada es tan honroso para ellas como verse tratadas así por estos dos grandes hombres, los dos padres más insignes de la Iglesia. Esto consiste en que aquellas sublimes criaturas, aunque por medios diferentes, trabajaban

para el mismo fin que estos santos doctores, que era el triunfo y la propagacion del Cristianismo; por consiguiente, ellos las consideraban como las auxiliares más poderosas de su importante mision, como las hijas predilectas de su celo, como una prueba viviente de la verdad y de la santidad de las doctrinas que ellos explicaban y derramaban en sus inmortales escritos, como las más bellas y las más puras glorias de Jesucristo y de su religion, como los frutos más exquisitos de la gracia del Evangelio, como la verdadera riqueza, el verdadero ornato, las verdaderas delicias y las verdaderas grandezas de la naturaleza humana. De aquí procedia aquella especie de parentesco espiritual y divino entre los padres de la Iglesia y estas nobles mujeres, en quienes la fortaleza del alma suplia la inferioridad del sexo, y cuyo fundamento era la identidad de la fe, cuyo vínculo era la santidad, y cuyo fin era la gloria de Dios y la santificacion del mundo; de aquí tambien procedia el cuidado de aquellos Padres en instruir á aquellas bellas almas, su prontitud en protegerlas, su celo en defenderlas, su entusiasmo en alabarlas, y su ternura en venerarlas y en amarlas.

Es de notar tambien que todas las reglas y todas las prácticas de la vida cristiana, áun ántes que los Padres hubiesen escrito sus admirables tratados sobre esta materia, habian sido seguidas por espacio de mucho tiempo por las mujeres. No de los libros, que no existian aún, sino del santo entusiasmo de la fe, de la manera exquisita con que ellas comprendieron el Cristianismo, de la sensibilidad de sus corazones y de la docilidad de sus entendimientos á los movimientos de la gracia, fué de donde ellas recibieron ese celo por la pureza de la doctrina católica y por la propagacion del Catolicismo, ese desinteres en cederlo todo á favor de la Iglesia y de los pobres, esos santos artificios de la caridad, esas precauciones severas, que podrian graduarse de exageradas, por guardar su poder y conservarse intactas en medio de la corrupcion del mundo; ese fervor por la oracion y por la penitencia, esas ideas exactas, esos principios sólidos, esos sentimientos generosos y esa abnegacion sublime que acabamos de admirar en lo que hemos leido de ellas, y cuyo prodigio admiró al mundo y áun á los mismos Padres, que lo han hecho constantemente el objeto de sus elocuentes narraciones y de sus panegíricos. Nadie, sino Dios, pudo sugerir á aquellas almas sublimes que hiciesen lo que hicieron, y muchos hombres apren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dieron en su escuela. Sus maestros en la fe no les enseñaron más que el espíritu, los dogmas, los preceptos, los consejos, en una palabra, los verdaderos principios del Cristianismo; y ellas dedujeron las consecuencias más remotas, y las practicaron en toda su perfeccion.

Los excelentes tratados que Tertuliano, San Cipriano, San Basilio, San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustin nos han dejado sobre la conducta de la mujer cristiana, nos ofrecen sobre esta interesante materia magníficas explicaciones, tomadas de la Sagrada Escritura, pero no contienen ni una sola práctica nueva que la mujer cristiana no hubiese adivinado y cumplido anteriormente. Parece que esos Padres formaron sus tratados con la *Biblia* en una mano y la historia de la mujer cristiana en la otra, y que escribieron lo más sobresaliente que vieron en esta historia viviente que tenian ante sus ojos. Así es que ellos citan siempre, en apoyo de sus observaciones, los más bellos ejemplos de estas heroínas del Cristianismo; y á este método de esos grandes escritores debemos el conocimiento de los ejemplos sublimes que forman el gozo y la edificacion de la Iglesia. Ellos son los que nos los han conservado No es, pues, posible dejar de reconocer que los mismos padres de la Iglesia deben mucho á las inspiraciones, á las virtudes de la mujer de la Iglesia, á la mujer tal como la gracia del Evangelio la habia formado.

Es verdaderamente grandiosa esta tercera época del verdadero Cristianismo. Despues de los prodigios de la constancia sobrenatural de los mártires, nada es más grande ni más bello que el prodigio de la ciencia y del celo de los padres de la Iglesia. Pero no podemos dejar de reconocer y de admirar la accion providencial de Dios sobre la Iglesia, en la aparicion simultánea de un número tan grande de mujeres maravillosas al lado de un número tan grande de hombres de genio. Parece que queriendo Dios mudar la faz del mundo, encargó á un mismo tiempo esta mision difícil á las mujeres lo mismo que á los hombres, y que los unos y las otras cumplieron fielmente la mision especial que con este objeto se les habia confiado. Miéntras que los padres de la Iglesia admiraban al mundo con su saber, las mujeres de la Iglesia lo encantaban con sus virtudes. Miéntras que aquéllos sometian todos los espíritus á las santas locuras de la cruz, éstas atraian todos los corazones. Los Padres dieron los preceptos y las reglas de la vida cristiana, y

las mujeres dieron los más bellos ejemplos. Los que los Padres emprendieron con su celo, las mujeres lo concluyeron con su fervor. Por consiguiente, todos ellos contribuyeron en igual proporcion, por decirlo así, á la gran obra de Dios, de cristianizar el mundo; todos ellos, aunque de diversos modos, sirvieron unidos, asistieron y glorificaron la Iglesia, y esta época de los padres de la Iglesia la podemos considerar tambien como la época de las *madres de la Iglesia*.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

Páginas.

PRÓLOGO..... 5

PRIMERA PARTE.

NECESIDAD DE OCUPARSE DE LA MUJER BAJO EL PUNTO DE VISTA CATÓLICO.

§ I.—Admirable designio del Criador en haber formado á la mujer más fuerte que el hombre en el órden moral, y al hombre más fuerte que la mujer en el órden físico.—El poder de la mujer sobre el hombre, para el bien y para el mal, señalado por la Escritura.—La manera bárbara con que la mujer es tratada en ciertos países es una prueba de este mismo poder..... 19

§ II.—Mision de la familia; la mujer lo es todo en ella.—La influencia de la religion y de la moralidad de la mujer tiene un poder inmenso sobre la moralidad de la familia y del Estado.—Esta verdad ha sido reconocida y consignada áun por la sabiduría pagana.—Horacio atribuye la ruina de Roma á la corrupcion de costumbres de las mujeres..... 24

§ III.—Poder de la mujer con respecto al error.—El hombre es quien lo engendra, pero la mujer es quien lo concibe y lo hace crecer.—Todas las falsas religiones y todas las herejías se han establecido por el concurso de la mujer.—La propagacion del protestantismo y de la incredulidad moderna son obra suya..... 30

§ IV.—El cuidado especial que los más grandes hombres del Cristianismo han tenido de la mujer.—San Pablo, Tertuliano, San Ambrosio, San Agustin, San Jerónimo, San Bernardo, San Francisco de Sales y otros muchos tomaron á su cuidado la instruccion de las mujeres.—La necesidad de convertir á la mujer si se quiere convertir al hombre..... 36

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

§ V.—Efectos funestos causados en los hombres por la ignorancia de la religion, por la incredulidad y por el libertinaje de las mujeres, en ciertos países católicos.—Digresion sobre la *ley del domingo.*—Principios naturales en que está fundada.—Escándalo de su violacion.—El gobierno no tiene poder para hacerla cesar.—Este es un negocio municipal.—El bienestar temporal de los pueblos depende de esta ley.—Imposibilidad de hacer que observen los hombres la ley del domingo cuando la violen las mujeres.—La vecindad.—Ella no puede ser conducida á la religion sino por medio de las mujeres... 44

§ VI.—La revolucion es el paganismo.—Estado lamentable del Cristianismo en Europa.—Sin embargo, no será desterrado de ella.—El papel que está reservado á la mujer en la restauracion católica que debe verificarse..... 52

§ VII.—La importancia especial del catolicismo para la mujer, probada por el estado de degradacion y de opresion de la mujer en todos los pueblos extraños á la verdadera religion.—El paganismo es necesariamente hostil á la mujer.—Triste condicion de la mujer en los antiguos pueblos.—El matrimonio entre los árabes..... 61

§ VIII.—Continuacion del mismo asunto.—Condicion no ménos deplorable de la mujer entre los antiguos griegos.—La filosofía impulsó al hombre á la opresion de la mujer.—La mujer pagana en Roma.—La facilidad con que era repudiada ó muerta por su marido.—El infanticidio, que se cometia ante sus ojos.—El aborto, autorizado por los filósofos y por las leyes.—Horribles angustias á que estaba condenada la mujer pagana..... 68

§ IX.—Condicion muy diferente de la mujer en los países cristianos.—Este cambio es obra del Cristianismo..... 75

§ X.—Continuacion del mismo asunto.—Condicion de los siervos y de la mujer entre los judíos.—Este es el único pueblo de la antigüedad en que la mujer era persona, era esposa, madre y cabeza de familia.—Los judíos eran el único pueblo de la antigüedad que profesaba el Cristianismo en preparacion, ó la religion verdadera.—La mujer esclava del tiempo presente en los pueblos extraños al Cristianismo..... 77

§ XI.—El verdadero hereje no es cristiano.—No hay más que un Cristianismo verdadero, que es el catolicismo.—Se debe entender del catolicismo todo cuanto se ha dicho hasta aquí de la accion del Cristianismo para la rehabilitacion de la mujer.—Pruebas de que fuera del catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada y humillada.—Condicion deplorable de la mujer en Inglaterra y en todos los países protestantes.—El protestantismo es un verdadero destructor del espíritu de familia..... 83

§ XII.—Siguen las pruebas de que fuera del Catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada y humillada.—Degradacion de la mujer entre los cismáticos.—La mujer griega.—Impotencia del cisma para civilizar los pueblos.—La mujer rusa del pueblo y de las clases elevadas.—Libertinaje de la aristocracia rusa.—La vida del palacio es el infierno de las señoras..... 88

Páginas.

§ XIII.—Continúan las pruebas del estado lamentable de la mujer fuera del Catolicismo.—El divorcio admitido por los cismáticos.—El clero cristiano, sustraido á la autoridad del Papa, no puede conservar el espíritu de su estado.—La ignorancia, la currupcion y la venalidad del clero cismático son causa de la degradacion de los matrimonios entre los cristianos de Oriente.—Sólo el Catolicismo hace que se respete á la mujer..... 92

§ XIV.—Grandes y magníficos medios por los que el verdadero Cristianismo ha realzado á la mujer.—Sublimes y santas doctrinas de Jesucristo y de los Apóstoles respecto á la mujer y al matrimonio.—Insolencia de los protestantes en haber admitido el divorcio, que se halla en contradiccion formal con estas doctrinas.—Por estas doctrinas rehabilitó el Cristianismo á la mujer..... 97

§ XV.—Segundo medio por el que el Cristianismo ha rehabilitado á la mujer, el dogma de la Encarnacion y de la maternidad divina de María.—Grandezas de María, segun las creencias cristianas y el lenguaje de la Iglesia.—La culpa de Eva reparada y borrada por María.—La mujer elevada en Ella y por Ella.—La influencia de estos misterios en favor de la mujer se deja conocer áun entre los mismos mahometanos..... 107

§ XVI.—Tercer medio por el que ha mudado el Cristianismo la condicion de la mujer; el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia.—El matrimonio no es el tipo de esta union, sino que esta union es el tipo del matrimonio, de la dignidad y de la grandeza de la mujer..... 115

§ XVII.—Cuarto medio por el que el Cristianismo ha elevado á la mujer: el *sacramento del matrimonio.*—Teología católica sobre los sacramentos.—El matrimonio ha sido siempre un sacramento.—Diferencia entre el antiguo y el nuevo sacramento del matrimonio.—Grandeza y gloria que este sacramento da á la mujer..... 119

§ XVIII.—Continuacion del mismo asunto.—La dignidad de sacramento, no sólo eleva al matrimonio, sino que es su más sólido apoyo.—Diferencia del matrimonio entre los cristianos y del matrimonio entre los infieles.—Porque el primero es un sacramento de la ley nueva, es *uno* é *indisoluble* y apoyándose en este mismo dogma han hecho los príncipes cristianos una ley de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio..... 126

§ XIX.—Se demuestra que la historia misma del protestantismo confirma la doctrina de *la importancia del sacramento del matrimonio para asegurar su unidad, su indisolubilidad y su santidad.*—Horrible corrupcion de costumbres, causada por la Reforma, y atestiguada por los reformadores y por el mismo Lutero..... 131

§ XX. Continuacion del mismo asunto.—La reforma autorizó la poligamia, el divorcio, el adulterio y toda clase de excesos.—Estas

Páginas.

horribles concesiones hechas al sensualismo se deducen necesariamente de la blasfemia, establecida en principio por Lutero, de que la carne es absolutamente indomable. — Los reformadores mismos confiesan que, partiendo de este principio, se vieron obligados á admitir las doctrinas más licenciosas respecto al matrimonio..... 135

§ XXI.—Continúa la importante materia del sacramento del matrimonio.—El principio luterano de *la indomabilidad de la carne* es tambien una consecuencia de la negacion del sacramento del matrimonio.—La observancia de la castidad es imposible sin el auxilio de Dios, que se obtiene por medio de la oracion.—Todo tiene una estrecha relacion en el Cristianismo.—Relacion entre la profesion religiosa y el sacramento del matrimonio.—La Reforma fué consecuente en abolir á un mismo tiempo estas dos instituciones; pero al abolirlas hizo imposible la observancia de la castidad y debió autorizar toda clase de desórdenes.—La negacion del sacramento es funesta, especialmente para la honestidad de la mujer..... 140

§ XXII.—Otras dos observaciones sobre este mismo asunto.—Primera observacion: Afinidad del error con la impureza.—Los filósofos del último siglo y los incrédulos del nuestro son enemigos encarnizados de la castidad.—Ellos han partido, lo mismo que los reformadores, de la negacion del sacramento del matrimonio para predicar toda especie de impurezas..... 145

§ XXIII.—Segunda observacion: Partiendo de la misma negacion, fué como los príncipes protestantes erigieron el divorcio en ley.—Relaciones entre la constitucion de la familia y la constitucion del Estado.—Así como es imposible evitar las relaciones cuando se niega el orígen divino del poder, de la misma manera es imposible evitar el divorcio cuando se niega el sacramento del matrimonio.—Las razones puramente humanas nada valen para imponer á los esposos la indisolubilidad del matrimonio, ni al pueblo la sumision al poder.—Beneficios que el Catolicismo ha hecho á la mujer al conservar el dogma del sacramento del matrimonio..... 149

§ XXIV.—Último medio por el que ha elevado el Cristianismo á la mujer, es decir, por su espíritu de igualdad y de libertad.—Derechos que la mujer ha adquirido desde que el Cristianismo la proclamó igual al hombre.—La libertad civil del hombre salió del pensamiento de Dios.—El Cristianismo dotó con ella á la mujer y á toda la sociedad cristiana..... 153

§ XXV.—Toda sociedad es una y trina, como Dios, que es su Autor.—Personas que la componen.—La mujer es en la familia lo que los funcionarios públicos en el Estado y el clero en la Iglesia; y lo mismo que los funcionarios en el Estado y el clero en la Iglesia, la mujer no es una persona social y libre en la familia, sino en cuanto que es inamovible por la indisolubilidad del matrimonio..... 157

§ XXVI.—Estúpida y culpable doctrina de los sectarios modernos sobre la mujer libre.—Esta doctrina no tiene más objeto que la degradacion y la esclavitud de la mujer.—Cuatro razones que demuestran que la ley de la indisolubilidad del matrimonio es principalmente en favor de la mujer.—El divorcio multiplica y agrava los desórdenes que se pretenden corregir por su medio.—Los filósofos que lo patrocinan defienden la causa del crímen y de las pasiones.. 160

§ XXVII.—Otra observacion acerca del divorcio.—La doctrina pagana y la doctrina cristiana sobre el poder.—Así como la amovilidad de los funcionarios públicos es funesta al mismo poder y al pueblo mismo, el divorcio es funesto áun al padre y á los hijos.—Esto es la revelucion en la familia y la barbarie en el Estado.—El interes público proscribe el divorcio..... 165

§ XXVIII.—Las tradiciones católicas, que el protestantismo no ha podido destruir, condenan en Inglaterra el divorcio lo mismo que el matrimonio de los eclesiásticos, á pesar de la ley que lo permite.—Pruebas de la repugnancia con que la jurisprudencia civil ha adoptado el divorcio en los países no católicos.—La Inglaterra, la Rusia, la Prusia y la Alemania reconocen los malos efectos del divorcio, y hacen justicia á la Iglesia..... 170

§ XXIX.—Si la mujer protestante no está absolutamente degradada, no es por ser protestante, sino á pesar de ser protestante; es decir, por la influencia secreta que el Catolicismo ejerce en los países protestantes; así como, por el contrario, si la mujer católica ha perdido mucho en estos últimos tiempos, es porque el espíritu del protestantismo ha penetrado áun en los países católicos.—No siendo el protestantismo más que una negacion, y no viviendo más que del ódio, nada sería sin el Catolicismo.—Resúmen de los medios con que el Cristianismo ha rehabilitado á la mujer.—No se puede hacer cosa mejor para la felicidad de la mujer que adoptar estos medios y hacerlos efectivos..... 177

SEGUNDA PARTE.

MÉRITOS, GRANDEZAS Y GLORIAS DE LA MUJER CATÓLICA.

PRIMERA ÉPOCA.

Época de Jesucristo y de los apóstoles.—Cooperacion de la mujer en la fundacion de la Iglesia.

§ I.—Las santas mujeres del Antiguo Testamento pertenecen á la Iglesia.—El Salvador del mundo fué alimentado por las mujeres.—Brillantes homenajes que ellas le tributaron.—Fe y devocion son los caractéres propios de la mujer católica..... 183

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

§ II.—Los apóstoles ayudados por las mujeres á fundar la Iglesia.—Testimonio de San Pablo en favor de este hecho.—La resurreccion de Tabita por San Pedro.—Grandes bienes hechos por esta mujer á la Iglesia de Joppe.—San Pedro acogido por las mujeres en Roma, y asistido por ellas en su apostolado.—Santa Pudenciana y Santa Práxedes dándole sus casas para hacer en ellas la primera iglesia de Roma.—Su misma mujer animándole para sufrir el martirio.—Otras mujeres que ayudaron á los apóstoles..... 189

§ III.—La mision de San Pablo á Filipos, comenzada en las mujeres y promovida por ellas.—Lidia dando su casa al apóstol para establecer en ella la Iglesia.—Priscila haciendo lo mismo en Corinto.—Afecto de esta santa mujer á San Pablo y á la religion cristiana.—Santa Febe, encargada por el mismo apóstol de llevar su famosa *Carta á los romanos*, y trabajando con él, lo mismo que las mujeres Ebodia y Syntichen, en la obra del Evangelio..... 194

§ IV.—Santa Tecla, la protomártir y la primera jóven que se consagró al Señor con el voto de virginidad.—Sus altas cualidades.—Progresos que hizo en la escuela de San Pablo.—Cómo ayudó á este apóstol.—Su apostolado; su glorioso martirio.—Magnífico cuadro que San Ambrosio trazó de Santa Tecla expuesta á los leones.—Su muerte.—Apostolado de Santa Marta y de otras santas mujeres del tiempo de los apóstoles..... 199

§ V.—Otras glorias de la mujer cristiana del tiempo de los apóstoles.—Vida de la mujer cristiana en la misma época, segun Tertuliano.—El mismo Jesucristo le encargó el cuidado temporal de la Iglesia.—Cómo cumplieron entónces ciertas mujeres cristianas esta mision.—Las mujeres de la primitiva Iglesia se ocupaban en la misma época, con un admirable éxito, en convertir á los paganos.—La santa industria de su celo para penetrar en las prisiones y sostener y consolar á los mártires..... 204

§ VI.—Los confesores de la fe son los trofeos de la victoria de Jesucristo sobre el mundo.—Por qué la misa se celebra sobre sus reliquias.—Las mujeres, desde el orígen del Cristianismo, hicieron construir cementerios y conservaron en la Iglesia los preciosos tesoros de las reliquias de los mártires..... 213

SEGUNDA ÉPOCA.

Época de los mártires, ó la mujer mártir demostrando la divinidad del Cristianismo y propagándola por todo el mundo.

§ VII.—Martirio de las jóvenes.—Santa Ines.—Hipotipósis de su confesion por San Ambrosio.—Elevacion de su entendimiento y tranquilidad de su corazon en medio de los más horribles tormentos.—Santa Ines expuesta en un lugar infame.—Martirio de Santa Emerenciana y Santa Eulalia..... 218

Páginas.

§ VIII.—Santa Cecilia.—Su amor á Jesucristo y á la santa virginidad.—Conversion de su esposo y de su hermano político.—Su admirable testamento.—Su martirio.—Santa Susana renunciando la mano del hijo de Diocleciano, y convirtiendo al Cristianismo á sus tios, que habian sido enviados por el Emperador para proponerle aquel matrimonio.—Constancia y gloria de su muerte..... 228

§ IX.—Santa Sotera.—Admirable trozo de elocuencia de San Ambrosio, describiendo su martirio.—El tormento de las bofetadas.—Santa Bibiana.—Sublime respuesta de Santa Segunda al tirano.—Santa Martina, diaconisa.—Multitud y horror de sus tormentos.—Grandes conversiones que siguieron á su gloriosa muerte..... 235

§ X.—Vírgenes mártires fuera de Roma.—Santa Águeda.—Su constancia y sus reconvenciones al tirano miéntras le cortan los pechos.—Su dichosa muerte fué seguida de prodigios.—Santa Lucía, su imitadora en la profesion de la virginidad y en la constancia del martirio.—Dios no permite que ella sea violada..... 241

§ XI.—Glorioso martirio de otras ilustres vírgenes.—Santa Victoria.—Su deseo de asistir á los santos misterios.—La locura de la cruz.—Un niño de nueve años mártir.—Bella confesion de siete hermanas.—Santa Teodora, y la risa de los mártires.—Admirable oracion de Santa Teófila por la conservacion de su virginidad.—Prodigios con que Dios se la conserva.—Jesucristo no permite jamas que ninguna de sus vírgenes mártires sea violada..... 247

§ XII.—Otro ejemplo de la proteccion divina en favor de la integridad de las santas mujeres.—Martirio de San Didimo y de Santa Teodora, referido por San Ambrosio; obra maestra de elocuencia y de gracia.—Drama patético entre estos dos héroes cristianos, poniéndose el soldado los vestidos de la vírgen, y la vírgen los del soldado, y disputándose los dos la muerte.—Santa Catalina convirtiendo á los filósofos.—Prodigio de su ciencia y gloria de su martirio..... 253

§ XIII.—Las santas viudas mártires.—Santa Felicitas y Santa Perpétua.—El triunfo que ésta alcanza sobre su padre.—Bella respuesta que aquélla da al verdugo, que le echaba en cara que no podia sufrir los dolores del parto.—Su actitud sublime en el anfiteatro, donde son expuestas á las fieras.—Perpétua cuidando de Felicitas, su esclava, como si fuese su hermana.—Felices efectos de su martirio.—Santa Sabina y Santa Teonila confundiendo á los tiranos..... 261

§ XIV.—Perfeccion del amor de la esposa cristiana, y ardor de su celo por la salvacion de su esposo, especialmente cuando éste sufria el martirio.—Santa Marta y Santa Teopista sosteniendo el valor de sus esposos en medio de los tormentos.—Heroismo de Santa Natalia, que ayudó ella misma al verdugo de San Adrian, su esposo, á cortar sus miembros..... 268

§ XV.—Sublimidad del amor materno de la mujer cristiana.—For-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

taleza de una madre que lleva su hijo á la Iglesia para partir con él la gloria del martirio.—Santa Sinforosa, y su perseverancia en animar á sus siete hijos para confesar á Jesucristo.—Gloriosa confesion de los siete hijos de Santa Felicitas en presencia de su madre.—Alegría y dolor de esta sublime madre al presenciar sus horribles tormentos y su muerte.—Elogio que San Agustin y San Gregorio han hecho de esta sublime mártir..... 271

§ XVI.—Continuacion del mismo asunto.—Santa Judita dando gracias á Dios por el martirio de su hijo, de tres años de edad, muerto en su presencia.—Sentimientos sublimes de una santa madre, que presenta ella misma su hijo al verdugo para que haga de él un mártir.—Santo entusiasmo de la fe de la madre de San Meliton para que él participase de la gloria de los cuarenta mártires coronados... 278

§ XVII, 1.°—La misma condicion de esclavo produce nobles vírgenes, agradables á Dios por el martirio.—Gloria de la confesion de la jóven esclava Santa Blandina.—Santa Potamiana, tambien vírgen esclava, pide y obtiene que se aumenten sus tormentos en vez de exponerla desnuda en presencia del pueblo..... 283

§ XVII, 2.°—Por qué ha querido Dios que la mujer penitente confiese á Jesucristo con el mismo mérito y la misma gloria que la mujer inocente.—Magnificencia del martirio de Santa Afra, ántes pagana y prostituta, y convertida por San Narciso al Cristianismo y á la santidad.—Ella convirtió á su madre, que habia sido su maestra, como tambien á las jóvenes que habian sido sus compañeras de libertinaje.—Admirable sabiduría y humildad de su lenguaje al tirano.—Gloria de su martirio, de la que participó su madre y sus compañeras.—Su admirable plegaria ántes de espirar.—Su muerte preciosa, comparada con la muerte de los pretendidos héroes del paganismo..... 289

§ XVIII.—Grandes y numerosas conversiones que siguieron al martirio de las mujeres.—Imposibilidad de atribuir á causas puramente humanas el prodigio de su constancia en la confesion de la fe.—Circunstancias especiales de sus martirios, y profunda impresion que hacian en el espíritu de los pueblos.—Parece que Dios habia escogido la mujer mártir para dar á conocer la divinidad del Cristianismo con las obras, miéntras que los predicadores la daban á conocer con las palabras.—Cualidades sublimes de las mujeres mártires.—Cómo ha sufrido el martirio la mujer.—Jesucristo triunfante por el martirio de la mujer.—Los países idólatras purificados con su sangre. 295

TERCERA ÉPOCA.

La época de los Padres, ó la mujer católica, vírgen ó mártir, instruyendo á los padres de la Iglesia y formando las costumbres cristianas.

§ XIX.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia griega instruidos y auxiliados por las mujeres.—San Atanasio.—San Gregorio de

Páginas.

Nacianzo.—Virtudes y muerte de Santa Nona, su madre.—San Basilio.—Santa Amelia, su madre, hace santos á todos sus hijos.—La vírgen Santa Macrina, hermana de San Basilio, concurre tambien á santificar á sus hermanos.—Sus virtudes y su muerte celebradas por su hermano, San Gregorio de Niza.....

§ XX.—Continuacion del mismo asunto.—Cómo Antusa educó á San Juan Crisóstomo, su hijo.—Santa Olimpiades y otras santas mujeres compañeras suyas.—Sus virtudes, su afecto sublime á San Juan Crisóstomo y á la Iglesia.—Santa Olimpiades encargada por su santo obispo del cuidado de la Iglesia de Constantinopla.—San Juan Crisóstomo fué sostenido y justificado sólo por la Santa Sede y por las mujeres..... 302

§ XXI.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, instruidos tambien por las mujeres.—San Agustin y Santa Mónica.—San Jerónimo, dedicado por causa de las mujeres al estudio de la Escritura Santa.—Sus inmortales cartas son una inspiracion de ellas.—San Ambrosio debió á su madre y á Santa Marcelina, su hermana, su espíritu de pureza.—Se deben tambien á Santa Marcelina los libros *De las vírgenes*, de este doctor.—Confesion que él hace de que la vida santa de las vírgenes fué lo que le suministró el asunto y las bellezas de estos libros..... 310

§ XXII.—Digresion sobre San Hilario, San Paulino y San Remigio, y sobre lo que ellos debieron á las mujeres.—San Gregorio el Grande formado á la santidad y á la vida religiosa por su madre.—Monumento por el que le manifestó su reconocimiento.—La madre de San Isidoro formando de sus diez hijos otros tantos santos..... 320

§ XXIII.—Prodigioso número de santas mujeres que habia en Roma en la época de los Padres.—Las dos Melanias.—Maravillas de su celo y de su adhesion á la causa católica.—Su generosidad con la Iglesia y con los pobres.—La jóven Melania convirtiendo á Volusiano, á quien San Agustin no habia podido convertir..... 325

§ XXIV.—Prosigue la misma materia.—Santa Marcela y sus grandes virtudes.—Esta es la fundadora de los institutos monásticos en Occidente.—Su celo salva la fe católica en Roma..... 330

§ XXV.—Santa Paula renovando en Oriente las maravillas que Santa Mercela obraba en Occidente.—Su viaje á Oriente y su visita á los Santos Lugares.—Su penitencia, su caridad y su celo contra los herejes.—Honores extraordinarios que la Iglesia le tributó durante su vida y despues de su muerte..... 339

§ XXVI, 1.°—La familia de Santa Paula edificando á Jerusalen y á Roma con sus virtudes.—Otras admirables mujeres católicas de la misma época, en Roma.—La escuela de San Jerónimo.—Santa Fabiola, modelo de penitencia.—Una mujer funda los primeros hospitales.—Las santas mujeres más celosas que los eclesiásticos para defender la pureza de la fe.—San Jerónimo defendiendo la perpétua virginidad de María, á instancia de las mujeres..... 345

354

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

§ XXVI, 2.°—Santa Demetriades admirando al mundo con su heroica renuncia del mundo.—Sublimes sentimientos de Juliana, su madre, y de Proba, su abuela, en esta ocasion.—Prodigioso número de jóvenes á quienes su ejemplo atrajo á la profesion de la santa virginidad.—Los Padres se valieron de estos ejemplos para la composicion de sus tratados sobre la vida cristiana.—Mision importante que la mujer católica desempeñó en esta época.—Las madres de la Iglesia al lado de los padres de la Iglesia..... 361

FIN DEL ÍNDICE.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNAM
DAD AUTÓNOMA
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE